

EXPLICACIÓN
DEL
CATECISMO ROMANO
DE SAN PÍO V

II

EL DECÁLOGO



EDITORIAL LITURGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESORES DE JUAN GILI
CORTES, 581.—BARCELONA
MCMXXVIII

CINCUENTA Y DOS SERMONES

SOBRE EL

EL DECÁLOGO

POR EL RVD. PLAT
ARCIPRESTE Y CANÓNIGO HONORARIO DE BLOIS

TRADUCIDOS DE LA DÉCIMA
TERCERA EDICIÓN FRANCESA

POR EL DR. MODESTO H. VILLAESCUSA



EDITORIAL LITURGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESORES DE JUAN GILI
CORTES 581.—BARCELONA
MCMXXVIII

ES PROPIEDAD

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTÍN MAS FOLCH, C. O.

Barcelona, 21 de Enero de 1927

IMPRIMASE

JOSÉ, Obispo de Barcelona.

Por mandato de su Excia. Ilma.,
Dr. Francisco M.^a Ortega de la Lorena
Canciller-Secretario

Con autorización del editor francés P. LETHIELLEUX

Tipografía de los editores

CARTA DEL M. R. P. MONSABRÉ AL AUTOR

Mi querido amigo:

Dignos Vd. enviar me, por mediación del querido párroco de Bourré, su volumen de Sermones sobre los Sacramentos, y yo lo recibí con la mayor complacencia. Leyéndolo, heme trasladado, con el recuerdo, a los días ya lejanos, en los cuales, sentados uno cerca del otro en los bancos del Seminario, oíamos explicar la doctrina de los Sacramentos. Uno y otro conservamos piadosamente las lecciones de nuestros maestros; lecciones que yo he convertido en conferencias y Vd. en sermones, pero ¡qué sermones!

Es la obra de los hijos de santo Tomás, venerables intérpretes y doctos comentaristas del Concilio de Trento, puesta al alcance de los más humildes fieles.

Naturaleza, eficacia, propiedad, ceremonias de los Sacramentos, disposiciones con que deben recibirse, todo está tratado con perfecta exactitud, con admirable claridad, con noble sencillez. Ha penetrado Vd. en los más minuciosos detalles de la práctica, sin caer jamás en la vulgaridad: su estilo, tan puro, tan flexible, tan elegante, unido

a una gran seguridad de doctrina, le coloca a Vd. entre los mejores predicadores de nuestro tiempo.

Quisiera, caro amigo, ver su libro en manos de todos los párrocos, vicarios y catequistas. Sería también excelente lectura para todos los cristianos que tienen necesidad de una doctrina perfectamente expuesta sobre el punto tan importante de la fe y de la vida cristiana tratado por Vd. Dios, que ya ha bendecido su trabajo, no le negará esta recompensa. Se la pide para Vd. y le envía la expresión de sus sentimientos más afectuosos,

J. M. L. MONSABRÉ, Dominico

OTRA CARTA
DEL M. R. P. MONSABRÉ AL AUTOR

El Havre, 7 de Noviembre de 1892

Mi querido amigo:

No he acabado de leer aún su volumen de Sermones sobre el Símbolo, pero lo que ya he visto, hame recordando la complacencia que experimenté leyendo sus Sermones sobre los Sacramentos. Veo en éste la misma elevación, la misma seguridad de doctrina, el mismo arte de decir y el mismo respeto de vuestra hermosa lengua. Estoy admirado de la noble sencillez de su exposición, pues se adapta a las inteligencias más humildes y puede cautivar a los espíritus más elevados.

Espero la moral, pues no puede faltar en una serie tan bien inaugurada.

Animo, y Dios le bendiga. Suyo siempre afmto.

J. M. L. MONSABRÉ, Dominico

SERMON PRELIMINAR

El Decálogo en general

Yo soy el Señor vuestro Dios que os he sacado del país de Egipto y de la casa de servidumbre (EXOD., XX, 2).

Decalogum legum omnium summam et apitomen, S. Augustinus litteris commendavit... Itaque pastores oportet in ejus contemplatione die noctuque versari, non ut vitam suam modo ad hanc norman componant, sed etiam ut populum sibi creditum in lege Domini erudiant.

Catech. Rom.

Hacia el año dos mil quinientos trece de la creación del mundo, ochocientos cincuenta y seis años después de la vocación de Abraham, y en el día cuadragésimo octavo de su salida de Egipto, estando los israelitas acampados al pie del Sinaí, Dios se dirigió a Moisés su servidor y jefe del pueblo de Israel, y le dijo:

Manda a este pueblo que se purifique y que viva en continencia hoy y mañana, y, al tercer día, el Señor descederá con magnificencia sobre la montaña. Y habiéndolo ejecutado Moisés puntualmente, en la mañana del tercer día, todo el pueblo vió, en medio de una gran tempestad, la montaña ardiendo, y oyó que, de en medio del fuego, salía una gran voz que decía:

Yo soy el Señor vuestro Dios, que os he sacado del país de Egipto y de la casa de servidumbre.

No tendréis otro Dios que Yo. No fabricaréis imágenes de talla ni representaciones de las cosas del cielo.

o de las de la tierra, como tampoco de las cosas que están en las profundidades de la tierra, de las aguas, para adorarlas y servirlas: porque yo soy el Señor vuestro Dios, el Dios fuerte y celoso.

No tomaréis el nombre de vuestro Dios en vano: porque el Señor no tendrá por inocente al que tome en vano el nombre del Señor vuestro Dios.

Acordaos de santificar el día del Señor. En los otros seis días, haréis todas vuestras obras; pero el séptimo día es el del reposo del Señor vuestro Dios. En él, no haréis ninguna obra, ni vos, ni vuestro hijo, ni vuestra hija, ni vuestro servidor, ni vuestra sirvienta, ni vuestras bestias, ni el extranjero que habita en vuestra casa: porque el Señor hizo en seis días el cielo, la tierra, el mar y todo lo que contienen, y en el día séptimo descansó, y santificó, y bendijo este día.

Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, a fin de que viváis largo tiempo sobre la tierra que el Señor Dios os concederá.

No mataréis.

No cometeréis adulterio.

No robaréis.

No levantaréis falsos testimonios contra vuestro prójimo.

No codiciaréis la mujer de vuestro prójimo.

No codiciaréis tampoco su casa, ni su campo, ni su servidor, ni su sirvienta, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que le pertenece¹.

Y el Libro sagrado añade: Tales fueron las palabras que el Señor pronunció con fuerte voz, de en medio del fuego, ante todo el pueblo reunido; y Dios las grabó sobre dos tablas de piedra que dió a Moisés su servidor².

1. EXOD., XX; DEUT., V.

2. DEUT., V, 22.

Pero no es suficiente saber el texto de los diez mandamientos. Tres cuestiones podemos investigar muy interesantes e instructivas.

1. ¿Los diez mandamientos son entre sí tan distintos, que el número diez es el número exacto de ellos?

2. Los diez mandamientos están dispuestos en tal orden, que cada uno de ellos tiene el lugar que le conviene?

3. Los diez mandamientos tienen carácter de obligación?

Primera cuestión: ¿Los diez mandamientos son entre sí tan distintos que el número *diez* es el número exacto de ellos?

Seguramente. Las Escrituras son terminantes en esta cuestión: *Decem verba quae scripsit Deus in duabus tabulis lapideis*³: Estas diez palabras las grabó el Señor en dos tablas de piedra. Toda la Tradición, judaica y cristiana, repite este versículo del Deuteronomio, y aunque se haya manifestado alguna divergencia, aun entre graves autores, sobre la delimitación respectiva de estas diez palabras, el acuerdo fundamental no ha sido alterado⁴. Y de la misma manera que hay siete sacramentos y doce artículos en el Símbolo de los Apóstoles, también hay diez Mandamientos de Dios que son, como dice san Agustín, el resumen de toda la ley divina: *Legum omnium summa et epitome; nimurum caetera omnia quae praeceperit Deus ex illis decem praecipitis quae duabus tabulis conscripta sunt, pendere intelliguntur*⁵; como también son el resumen de todas las leyes humanas. Porque la ley humana que no se conforma con la ley de las dos Tablas, no puede llamarse tal en el sentido riguroso de la palabra. El Decálogo.

1. DEUT., IV, 13.

2. S. THOM., I, 2, q. C., art. 4. et GOSCHLER, t. VI.

3. Quaest. 140 in Exod.

en efecto, no es sino la ley natural escrita; y la ley natural, a su vez, es la misma ley eterna impresa en la inteligencia de las criaturas racionales¹ por lo cual, toda ley humana que no sea la aplicación, próxima o remota de alguno de los diez mandamientos, no puede tomar su fuerza de la ley natural ni de la ley eterna. ¡Oh vosotros, los que estáis investidos del poder temible de legislar, reyes y parlamentos, cómo deberíais tener siempre presente estos preceptos primordiales, para que vuestras leyes tomasen su fuerza, no de las formalidades legales de que las revestís, sino de su conformidad con los mandamientos de Dios!

Segunda cuestión: ¿Los diez mandamientos están dispuestos por orden, es decir, colocados en el lugar que les corresponde según su objeto?

Efectivamente, y por esto los tres primeros forman un grupo aparte, ya que tienen por objeto a Dios, principio y fin de todas las cosas. Así fueron grabados separadamente sobre una de las dos tablas de piedra. Pero si se distinguen claramente de los otros siete mandamientos, también son distintos entre sí. Dejemos que el Doctor Angélico nos lo explique magistralmente: En toda asamblea, y la asamblea de que hablamos es la mayor, ya que comprende toda la humanidad, el primer deber de sus miembros consiste en someterse al que es su jefe supremo, y no tener comunicación con los enemigos de este jefe; y esto es lo que expresa el primer mandamiento: *No tendréis otro Dios que Yo.* Además, por el mismo hecho de reconocer a Dios como jefe supremo y único de la comunidad, le debemos respeto y reverencia, que deberán exteriorizarse en un

1. Quod pertinet ad legem naturalem, nihil aliud est quam impressio divini luminis in nobis, unde patet quod lex naturalis nihil est quam participatio legis aeternae in rationabili natura. S THOM. I. 2. q. XCI, art. 2.

sumo cuidado de no decir nada que le ofenda; y esto es lo que expresa el segundo mandamiento: *No tomaréis el nombre de vuestro Dios en vano.* También deduciremos del dominio absoluto de Dios sobre nosotros, el deber de servirle en la forma que El ha determinado, y, por lo tanto, el deber de observar el precepto de consagrar a Dios un día de cada semana, tal como indica el tercer mandamiento: *Acordaos de santificar el día del Señor.* Los siete preceptos siguientes, escritos en la segunda tabla y formando el segundo grupo, no están menos bien dispuestos que los precedentes. Estos siete preceptos se refieren al prójimo, y el buen orden exige que el primero de ellos se refiera a los que nos están más unidos, entre todos los próximos: a nuestros padres y a nuestras madres, que, por disposición divina, participan del poder creador de Dios. Por esto, existía una tradición entre los judíos, según Filón¹, que el cuarto mandamiento había sido escrito en parte sobre la primera tabla y en parte sobre la segunda, tan cierto es que la paternidad acerca los hombres a Dios. Los otros seis mandamientos que se refieren a los bienes del prójimo se escalonan, a su vez, según los perjuicios mayores o menores que ocasionan. Más daño causa la acción que la palabra, y la palabra que el mal deseo. Y así podéis comprender el orden graduado de los últimos seis mandamientos: *No mataréis.—No cometeréis adulterio.—No robaréis.—No levantaréis falso testimonio.—No deseareis la mujer ni la casa de vuestro prójimo.* Si todos los pecados que estos mandamientos prohíben son graves, ¿quién no ve que lo son en grados diversos? Más daño causa el homicidio que el adulterio, el adulterio que el robo, el robo que el falso testimonio, el falso testimonio que la concupiscencia o el mal deseo².

1. Véase Mons. BESSÓN, *Le Décalogue*, t. I, p. 396.

2. S. THOM., I, 2, q. C, art. 6.

¡Cuán bella es vuestra obra de legislador, oh Dios mío ! ¡Y con cuánta verdad dice el Apóstol que en todo lo que hacéis hay un orden admirable: *Quae autem sunt, a Deo ordinata sunt*¹ !

Tercera cuestión: Estos diez mandamientos, distintos y dispuestos, ordenadamente ¿son obligatorios ?

Lo eran ya bajo la ley natural cuya época se extiende desde Adán a Moisés. Por más que remontemos el curso de las edades, y en cualquier tiempo o en cualquier estado de cultura que consideremos a los hombres, jamás les fué permitido servir a otro dios que al Dios verdadero, perjurar, blasfemar, deshonrar a los autores de sus días, quitar la vida al prójimo, o quitarle su mujer, sus bienes o su honor. Entendamos bien que lo que constituye la malicia de la idolatría, del perjurio, de la blasfemia, del desprecio a los padres, del homicidio, del adulterio, del robo, del falso testimonio y de los malos deseos, no es el texto de la ley escrita, aunque esta ley fuese grabada sobre piedra y dictada por el mismo Dios, sino más bien la ley eterna, llamada ley natural cuando existe participada en las criaturas racionales, ley que llevamos inscrita al venir a este mundo, como dice san Ambrosio: *non inscribitur, sed innascitur*, y por la cual cualquier hombre, aunque ignorase todas las leyes positivas, podría distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto y la virtud del vicio. Donde ella falta, el hombre carece de guía, y él mismo establece su ley: *ipsi sibi sunt lex*².

También fueron obligatorios estos mandamientos con la ley escrita, ley que vigió desde Moisés a Jesucristo. Esta ley natural que tuvo su comienzo en el primer hombre, pero que fué deformada por la malicia de sus descendientes, Dios no la había renovado, grabado con su

1. ROM., XIII, 1.
2. ROM., II, 14.

dedo¹, y promulgado con tanta solemnidad si, siendo ya obligatoria como ley natural, quedase facultativa como ley escrita. No, Dios no lo entendió así. Leamos el preámbulo de la ley y la ley misma. En él vemos que Dios se autoriza de su soberanía y de los derechos que ésta le confiere: *Yo soy el Señor vuestro Dios, que os he sacado de la servidumbre*. En la ley, Dios emplea expresiones terminantes: *No tendréis otro Dios que Yo. No tomaréis el nombre de Dios en vano. Acordaos de santificar el día del Señor. Honrad a vuestro padre y a vuestra madre. No mataréis. No cometereis adulterio. No robaréis. No levantaréis falso testimonio. No codiciaréis los bienes de vuestro prójimo*. Moisés nos asegura lo mismo en el capítulo sexto del Deuteronomio: Estos mandamientos que el Señor ha grabado en la piedra, y ha puesto en vuestras manos, los habéis de grabar en vuestros corazones: *eruntque verba haec in corde tuo*². Y añade: *Instruiréis, sobre ellos, a vuestros hijos, y los meditaréis continuamente, en vuestra casa, en el viaje, en la noche, en vuestros intervalos de sueño, al despertar, los llevaréis en vuestra mano, en la frente y entre los ojos, y los escribiréis en el umbral de vuestras casas y en el dintel de vuestras puertas*³. ¡Qué lenguaje ! ¿Y dudaremos del carácter obligatorio de una ley que el legislador había enlazado con la vida del pueblo, y para el cual había sido hecha ?

Asimismo, son obligatorios con la ley de gracia, ley evangélica, ley de Jesucristo. Pues, bajo el régimen de esta dulce ley ¿por qué causa podría decirse que los diez mandamientos no obligan ? ¿Sería porque Jesucristo mismo derogó la ley de Moisés, en lo que toca al Decálogo ? Si algún falso intérprete de las Escritu-

1. EXOD., XXXI, 18.

2. DEUT., VI, 6.

3. DEUT., VI, 7 y sigs.

ras se atreve a defenderlo, respondedle, dice el Catecismo Romano, que el mismo Jesucristo refutó esta opinión cuando, interrogado sobre lo que era necesario hacer para salvarse, dijo: Si quieren salvarse, guarda los mandamientos: *Si vis in vitam ingredi, serva mandata*¹. Y san Pablo, intérprete tan autorizado del Maestro, escribe a los fieles de Corinto: No importa que seáis circuncisos o incircuncisos, lo que interesa es que guardéis los mandamientos: *Circumcisio nihil est, et praeputium nihil est, sed observatio mandatorum Dei*². Después de esto, ¿puede sostenerse que con la ley de libertad, la fe sola basta, y que mientras el cristiano tenga mayor firmeza en la fe que adhesión al pecado no deja de ser por eso un cristiano ejemplar³? ¡Oh moral inmoral! ¡Oh sistema digno de todos los anatemas, y tan contrario a las Escrituras como a la razón! A las Escrituras, que en cada página recomiendan las obras; a la razón, que ve claramente los crímenes y las abominaciones que se cometerían si predominase esta doctrina. O bien, ¿hemos de decir que si los mandamientos son practicables para la generalidad de los hombres, son imposibles, ello no obstante, en tal ocasión, en tal circunstancia y para cierta clase de personas? Algunos novadores astutos, y por lo mismo más peligrosos, lo han sostenido⁴. ¿Hay nada más contrario a la doctrina de Jesucristo, el cual nos asegura que su yugo es suave y su carga ligera: *Jugum meum suave*

1. MATTH., XIX., 17.

2. I COR., VII, 19.

3. Lutero escribió textualmente: Pecca fortiter, et crede fortius.

4. Prima propositio janseniana sic se habet: "Aliqua Dei praecepta hominibus justis, volentibus et conantibus secundum praesentes quas habent vires, sunt impossibilia, deest quoque illis gratia qua possibilia fiant."

*est, et onus meum leve*¹; que nos hallamos, no ya bajo la ley del temor, sino bajo la ley de la gracia: *Lex per Moysen data est, gratia et veritas per Jesum Christum facta est*²; que el amor es fácil y, en resumidas cuentas, toda la Ley se resuelve en el amor: *Plenitudo legis est dilectio*³; que San Agustín, cuya doctrina ha adoptado la Iglesia, el cual nos dice que Dios no nos obliga a precepto alguno imposible; que lo que nosotros juzgamos como tal, nos obliga a cumplirlo tal como podemos, y a pedir la gracia necesaria para cumplir lo que no podemos: *Deus impossibilia non jubet, sed jubendo, monet et facere quod possis, et petere quod non possis, et adjuvat ut possis*⁴? ¿Puede sostenerse la opinión de los que creen que Dios se mostró muy liberal con el pueblo escogido dándole, en cambio de su fidelidad, el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra, con todas las prosperidades imaginables, y que a nosotros no nos prometió nada semejante?

Las Santas Escrituras nos prometen mucho más: la felicidad del cielo, y además, por vía de acrecentamiento, nos prometen los bienes de la tierra⁵. Por lo cual, san Agustín nos dice que los preceptos de la ley nueva son menos numerosos, porque no contienen las leyes rituales y civiles que constituyan la parte variable y caduca de la ley antigua; son de más fácil cumplimiento, por la abundancia de gracias que nos mereció

1. MATTH., XI, 35.

2. JOAN., 17.

3. ROM., XIII, 10.

4. Conc. Trid. sess. 6 cap. 11.—Es, pues, un grave error, sostener que los mandamientos son imposibles de cumplir, contando, como contamos, con los auxilios necesarios; así pues, todos los que lo han afirmado se han visto censurados con razón, y los que lo sostengan en adelante se verán heridos con un anatema inexorable. Bossuet. Sermón sobre las vanas excusas.

5. MATTH., VI, 33.

Jesucristo, y son mejor renumerados que los preceptos de la antigua alianza: *Mandata facta sunt pauciora, faciliora, felicia.*

¡Cuán santa es vuestra ley, oh Dios mío! pero también ¡cuán obligatoria, y tanto más obligatoria cuanto más sana! Por lo cual, no queriendo limitarnos a un estudio sumario de ella, la estudiaremos por partes, en el curso de estas instrucciones; la escrutaremos¹, la meditaremos², no ya por un vano alarde de ciencia, sino, como vuestro gran servidor David, para conformar con ella nuestros pensamientos y nuestras acciones: *Cogitavi vias meas, et converti pedes meos in testimonia tua*³. Haced, Dios mío, que, por vuestra gracia, sea ella lo que fué para el santo Rey: *una luz para nuestros pasos y un panal de miel en nuestros labios*⁴.

1. PSAL. CXVIII, v. 34.
2. Ibid., v. 47.
3. Ibid., v. 59.
4. Ibid., v. 103 y 165.

PRIMER MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

El culto de adoración suprema

No tendréis otro dios que Yo

In verbis iis quæ proposita sunt, duplex contineri præceptum ostendet parochus, quorum alterum jubendi, alterum prohibendi vim habet. Nam quod dicitur: Non habebis deos alienos coram me, eam habet sententiam conjunctam: Me verum Deum coles, alienis diis cultum non adhibebis.
Catech. Rom.

En la instrucción preliminar precedente, hemos dado el texto íntegro de los mandamientos de la ley de Dios. Estos mandamientos son diez, perfectamente distintos, dispuestos por orden, es decir, colocados en el lugar que les corresponde, y teniendo fuerza obligatoria. Hoy explicaremos el primero de ellos y el más importante: *Non habebis deos alienos coram me.* No tendrás otro Dios que Yo. Aunque este mandamiento proceda por exclusión, y sea negativo en la forma, es afirmativo en cuanto al fondo: ordena rendir al solo Dios verdadero el culto de adoración que le es debido. Tal es la doctrina del Catecismo Romano: Las palabras que sirven para expresar el primer mandamiento contienen dos preceptos: uno afirmativo o positivo, y el otro negativo. Porque al decir: No tendrás otro Dios

que Yo, Dios ordena, a la vez, adorarle como verdadero Dios, y no dar culto a los dioses extranjeros.

En esta instrucción, trataremos únicamente de la parte afirmativa del precepto. Dios nos ayude con su gracia.

El hombre ha de rendir a Dios un culto de adoración, es decir, un culto del orden más elevado, de tal manera que no pueda ser sobrepujado ni igualado por otro alguno: así lo exige la ley.

Y en primer término, la ley escrita: Adorarás al Señor tu Dios, y no servirás sino a El solo¹. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu espíritu, con toda tu alma y con todas tus fuerzas². Yo soy el Señor vuestro Dios; vuestro libertador de la casa de servidumbre; no tendréis otro Dios ante mi presencia, ni os fabricaréis ídolos, imágenes de talla, ni figura alguna para adorarlas o servirlas³. ¿Qué más? Si alguna ley ha sido claramente promulgada con el doble carácter imperativo y prohibitivo, lo es ésta, cuyo texto acabamos de transcribir.

Lo exige también la ley natural: porque siendo Dios lo que es, y nosotros lo que somos, la naturaleza de las cosas exige que nosotros reconozcamos a la vez la absoluta soberanía de Dios y nuestra completa dependencia con respecto a El. Ni Dios puede despojarse de su cualidad de Señor, ni nosotros de nuestra condición de súbditos. Por esto, debemos servir a Dios de un modo especial; es decir, debemos darle un culto distinto de los demás cultos, superior a ellos, y que no tenga con ellos nada común. Porque, como dice san Agustín en su bello comentario del salmo sesenta y cinco, Dios es el

1. MATTH., IV, 10.

2. MARC., XII, 30.

3. EXOD., XX, 4, 5.

Creador y nosotros la criatura; Dios es luz y nosotros somos tinieblas; Dios, en fin, lo es todo sin nosotros, y nosotros no somos nada sin El: *Haec est distinctio: ut te intelligas creaturam, illum creatorem, te tenebras, illum illuminatorem, te sine illo nihil esse, illum autem sine te perfectum esse*¹.

Pero este culto de suprema adoración que debemos a Dios, en virtud de la ley escrita y de la misma ley natural ¿en qué debe consistir, tanto por el fondo, como por la forma?

En lo que toca al fondo, ya hemos dicho que consistía en el reconocimiento del supremo dominio de Dios sobre nosotros. Pero san Agustín enseña que a esta confesión de nuestra nada, hay que juntar el homenaje de una fe sumisa, de una confianza sin límites, y de un amor exclusivo: *Deus fide, spe, charitate est colendus*². El Catecismo Romano expresa la misma verdad con no menos autoridad, y con los desarrollos convenientes: Decir Dios, es nombrar al Ser más perfecto que pueda existir, inmutable, santo y fiel a su palabra. Es omnipo-tente y clementísimo, y ningún otro ser le iguala en esta propensión, genuinamente suya, de obrar el bien. ¿Quién dudará, pues, en poner en El toda su esperanza? Y si se consideran, al mismo tiempo que sus perfecciones, los innumerables beneficios que su bondad ha esparcido entre los hombres, ¿quién podrá dejar de amarlo? El Catecismo Romano concluye: Pues, los que no tienen ni la fe, ni la esperanza, ni la caridad, pecan negando el culto debido a Dios, defraudan a Dios de lo que le pertenece con un título tan legítimo que sobrepuja a cualquier otro; y así su pecado reviste mucha gravedad.

En lo que toca a la forma, hemos de recordar que,

1. Enarr. in psal. 65.

2. Enchirid., c. III.

siendo Dios un espíritu y la misma verdad, quiere ser servido en espíritu y en verdad. No hay canto más melodioso que una oración ferviente, ni incienso más suave que el perfume de la virtud de un alma santa, ni templo más digno que un corazón puro. Dios mira el corazón: *Deus autem intuetur cor*¹. Dios quiere ser el objeto de todos nuestros deseos, el principio de todos nuestros afectos, el fin de todas nuestras acciones, y el amor de nuestra alma. Todo lo que no tiene su fuente en estas disposiciones, lo que no nos conduce a ellas o nos fortalece en las mismas, Dios lo rechaza y lo abomina, como dice el profeta Isaías: ¿Qué me importan vuestros toros y vuestras terneras, y toda la multitud de vuestras víctimas? No las quiero, estoy fatigado de ellas y me disgustan²; y por la boca del profeta Amós nos dice que si no cantamos en espíritu, nuestros cantos, por dulces y arrebatadores que sean, le incomodan; por lo cual, añade, alejad de mí el ruido tumultuoso de vuestros cánticos; no quiero escuchar los acentos de vuestra lira: *Aufer a me tumultum carminum tuorum, et cantica lyrae tuae non audiam*³. Considerad estos pasajes y muchos otros del mismo género de las Escrituras; despojadlos de lo que tienen de figurado, no fijándoslo sino en la idea que expresan, y llegaréis a esta conclusión: Es necesario que el culto sea interior, para que no sea una ficción, una manera de ser o de obrar, semejantes a las fórmulas rituales que terminan las cartas: Recibid, Señor, la expresión del afecto que os profesa... Bellas frases, pero ¡cuán vacías! y si es cierto que contribuyen a suavizar las relaciones sociales, ellas no tienen, en el fondo, ningún valor.

1. I REG., XVI, 7.

2. ISA., I, 11, 14.

3. AM., V. 23.

Pero no vayamos más lejos, y, bajo el pretexto de que lo esencial radica en el culto interior, guardémonos de creer que sea suficiente. El culto exterior también es necesario; necesario como lo es, en general, todo signo a la cosa significada; como lo es, en particular, la palabra al pensamiento que expresa; o como el cuerpo lo es al alma para que esta consiga el ejercicio regular y completo de todas sus facultades. Pero una comparación, por buena que sea, no iguala a una buena razón. Y en el asunto que nos ocupa, las buenas razones abundan. En primer lugar, podemos decir que estando compuesto el hombre de dos substancias, una espiritual y otra material, debe a Dios el homenaje de ambas. En segundo lugar, que siendo el hombre, después de la caída original, más terrestre, más dependiente de los sentidos, y elevándose más difícilmente a las realidades de orden superior que en el estado de naturaleza íntegra, el hombre tiene necesidad de estimulantes, de signos, de símbolos, de templos, de altares, de sacrificios, de fiestas religiosas, en fin, de un conjunto de cosas sensibles que sean otros tantos escalones para subir a Dios. Por último, podemos decir que consistiendo el culto que debemos a Dios principalmente en el amor—y san Agustín nos lo enseña con la gran autoridad de su palabra: *Non colitur Deus, nisi amando*¹,—el amor ha de exteriorizarse, y, por el carácter expansivo de su naturaleza, ha de manifestarse al exterior, y el retenerlo en el interior del alma equivale a destruirlo. Si yo amo, pues, a Dios, como es mi deber, es preciso que se lo manifieste, y no solamente que se lo manifieste, sino que lo diga cantando; aún más: es preciso que mis ojos, mis manos y todos mis sentidos den testimonio de ello, que mi corazón y mi carne pal-

1. *Enarr. in psalm. LXXVII.*

piten de alegría: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*¹, es preciso que hasta mis huesos tomen parte en el concierto y digan: ¿Quién, pues, os es comparable, oh mi Dios?: *Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi?*²

Y aún no hemos agotado el tema. Que el profeta real rinda a Dios sus homenajes siete veces al día: *Septies in die laudem dixi tibi*³; que vaya, como hombre privado, a adorar a Dios en su templo, y a bendecir su santo nombre: *Adorabo ad templum sanctum tuum, et confitebor nomini tuo*⁴; después de cumplir su deber personal, no se tiene por libre para con la divina Majestad; pues, veo que se dirige a los servidores de Dios y les dice: Glorificad conmigo al Señor: *Magnificate Dominum tecum*⁵; y en el salmo noventa y cuatro: Venid, regocijémonos en el Señor, cantemos, con los instrumentos de música, cánticos a su gloria, porque nuestro Dios es grande: *Quoniam Deus magnus Dominus...* porque la tierra, hasta sus más lejanos límites, está en su mano: *Quia in manu ejus sunt omnes fines terrae...* porque el mar, cono todo lo que contiene, le pertenece: *Quoniam ipsius est mare, et ipse fecit illud...* porque es el Señor nuestro Dios, y nosotros somos su pueblo y las ovejas de su rebaño: *Quia ipse est Dominus Deus noster, et nos populus pascuae ejus et oves manus ejus...* Venid pues, adoremos y prosternémonos: *Venite adoremus, et procidamus*⁶... Así cantaba David; así convocabía a todo el pueblo de Dios a la plegaria en común. Es decir, el real profeta nos enseña con estas palabras que no es suficiente que el culto sea

1. PSAL. LXXXIII, 3.
2. PSAL. XXXIV, 10.
3. PSAL. CXVIII, 164.
4. PSAL. V. 8, CXXXVII, 2.
5. PSAL., XXXIII, 4.
6. PSAL. XCIV.

exterior; el culto, además, ha de ser público y social. Dios impera sobre el todo, como sobre cada una de sus partes; sobre el ser humano tomado colectivamente, como sobre el ser humano tomado individualmente. La sociedad que tiene a Dios por primer autor, tiene, por esta razón, la obligación de reconocerle, como primer principio y último fin. ¿Quién no sabe, por otra parte, que si Dios saca del culto público su más pura gloria, el hombre encuentra en él inapreciables ventajas: la edificación mutua, que no es la menor de sus necesidades; el sentimiento más vivo del deber y de una fuerza más grande para cumplirlo; el acercamiento de todos los miembros de una misma familia en una fraternidad más estrecha; en fin, Dios más a nuestro alcance, y las plegarias que le dirigimos más seguramente oídas? Venid, pues, pueblos y fracciones de pueblos, tribus, villas, villorrios y familias; venid sobre todo vosotros, conductores de pueblos, magistrados de ciudades y de aldeas, jefes de familia, venid a adorar al Eterno en sus templos; venid a rendirle públicos homenajes, a dirigirle públicas suplicaciones, a ofrecerle expiaciones sociales en reparación de los crímenes también sociales. Venid, pues, ya que es un rey el que os invita: *Venite, adoremus, et procidamus ante Deum, ploremus coram Domino qui fecit nos*¹...

Antes de concluir, permitidnos que deduzcamos de todo lo dicho las numerosas conclusiones prácticas que de ello se deducen.

El culto que debemos a Dios debe ser supremo. ¡Nadie, pues, se haga culpable de empequeñecer el holocausto! Cojeáis de los dos pies, decía el profeta Elías a los judíos de su tiempo, los cuales adoraron, ya al Dios de sus padres, ya al ídolo Baal, corrían de un al-

tar a otro, del verdadero Dios al ídolo, del ídolo al verdadero Dios¹. Guardémonos de merecer semejante reproche. Dios quiere nuestro corazón, todo nuestro corazón; nuestro espíritu, todo nuestro espíritu; nuestra alma, toda nuestra alma, nuestras fuerzas, todas nuestras fuerzas². Si no se lo damos todo, no aceptará nada. Es un Dios celoso: *Deus zelotes*³.

El culto que debemos a Dios debe ser interior. Lejos, pues, de nosotros el fariseísmo que hace consistir toda la religión en prácticas exteriores. Los adeptos de esta secta impía pensaban haber cumplido toda la ley practicando escrupulosamente todas las lociones rituales, y ofreciendo el diezmo de la menta y del comino. ¡Ah! cuán justamente se expresaba David, cuando dirigiéndose al Señor, en el cuarto de los salmos penitenciales, dice: Señor, si hubieseis querido sacrificios de toros o terneras, os los habría ofrecido; pero a la efusión de sangre de los animales, a un altar cargado de víctimas, preferís un corazón contrito y humillado, un corazón lleno de dolor por haberlos ofendido⁴.

El culto que debemos a Dios ha de ser exterior. Ya hemos dicho suficientemente que el culto exterior no es todo el culto, pero que constituye la expresión y el signo necesario del culto interno. Dejemos, pues, a estos espíritus sombríos que, con el pretexto de restaurar el culto divino, según el ideal que se forman de su pureza primitiva, en realidad lo destruirán, al convertirle en una cosa abstracta y encerrada en lo íntimo del alma. Digámosles que, en lo que toca a la religión, como en las demás cosas, la manifestación de los sentimientos

1. III REG., XVIII, 21.
2. Ibid.
3. EXOD., XX, 5.
4. PSAL. I,

interiores es exigida por la misma naturaleza de las cosas; que, por otra parte, por lo mismo que lo exige la naturaleza de las cosas, tal manifestación se ha realizado siempre: Desde los primeros tiempos, los patriarcas levantan altares al verdadero Dios por orden suya¹; David toma sus mejores vestidos para entrar en la casa del Señor²; Salomón, en pie ante el altar, levanta los brazos al cielo a la vista de todo el pueblo³; Daniel abre la ventana que mira a Jerusalén, y, tres veces al día, dobla la rodilla y ora⁴; san Pablo escribe a los fieles de Efeso, y les recomienda cantar salmos, himnos y cánticos espirituales⁵; cuando rogamos, dice san Agustín, nos dirigimos al Oriente, no porque creamos que allí reside Dios mejor que en otras partes, sino porque, estando allí sus más bellas obras, encontramos más razones para alabarle: *Cum ad orationes stamus, convertimur unde cælum surgit, non tanquam ibi sit Deus, sed ut admoneatur animus ad naturam excellentiorem se convertere*⁶... No insistamos más: el culto exterior está suficientemente justificado.

En fin, el culto que debemos a Dios ha de ser público. Esta conclusión la deduciréis fácilmente de lo explicado. Es necesario, pues, tomar parte en los ejercicios públicos del culto, y glorificar al Señor en la gran asamblea de los fieles: *Apud te laus mea in Ecclesia magna*⁷. Y notad que la misma palabra que significa la reunión de los fieles, también significa el lugar donde tiene lugar. Por esto razonan de una manera ilógica los que dicen: Yo no voy a la Iglesia, y rezo mis oracio-

1. GENES. *passim*.
2. II REG., XII, 20.
3. III REG., VIII, 21.
4. DANS., VI, 10.
5. EPH., V. 19.
6. Serm. Dom. in monte, lib. 2. c. V.
7. PSAL. XXI.

nes en mi casa. Esto equivale en la práctica a abandonar, o poco menos, la práctica de la oración y de todo culto. Pero si alguien hablase en esta forma, no por irreligión, sino por respeto humano, Dios se digne, con su gracia, renovar en su favor el milagro de conversión que nos describe san Agustín en el libro octavo de sus Confesiones.

Vivía en Roma un maestro célebre llamado Victorino. Toda la juventud romana, los senadores, los guerreros y los mismos cónsules, tenían como honor el asistir a sus lecciones. Su prodigiosa elocuencia le había valido el honor insigne de una estatua de mármol en el foro. Pero Victorino no era cristiano, y ved como vino a serlo.

Un día al encontrar a un venerable sacerdote llamado Simpliciano le dijo: Vedme convencido de la verdad de vuestrros misterios: soy cristiano.—Cristiano, exclamó Victorino; venid pues commigo a la iglesia; que gozo para nuestros hermanos al veros en nuestra compañía.—A la iglesia, exclama Victorino, entre sorprendido e irónico; ¿son tal vez los muros del edificio que llámáis iglesia los que hacen al cristiano? *Ille autem irridebat eum dicens: ergone parietes faciunt christianos?* Yo creo, y rezo, y esto me basta. Así, a cada vez que Simpliciano le decía: No serás cristiano hasta el día que vengas con nosotros a la iglesia, Victorino respondía: ¿Son tal vez los muros del edificio que llámáis iglesia los que hacen al cristiano?... hasta el día en que leyó este pasaje del Evangelio: El que se avergonzare de mí ante los hombres, verá como yo me avergüenzo de él ante mi Padre en el último día. Entonces Victorino vió claramente que era esclavo de un vano respeto humano; y su sumisión fué completa. Confuso de su miserable vanidad, lleno de rubor por haber traicionado a la verdad, se dirige a Simpliciano:

Vayamos juntos a la iglesia, le dice, quiero, por fin, ser cristiano: *Depuduit vanitati, et erubuit veritati, subitoque ait Simpliciano: Eamus in ecclesiam, christianus volo fieri!*¹

1. *Confess.*, Lib. '8, cap. II totū.

PRIMER MANDAMIENTO

SERMON SEGUNDO

El culto de los Santos

No tendréis otro dios que Yo

Illud etiam in hujus præcepti expli-
catione accurate docendum est, vene-
rationem et invocationem animarum
quæ cœlesti gloria perfruuntur, aut
etiam corporum ipsorum sanctorum
que cinerum cultum, quem semper
catholica Ecclesia adhibet, huic legi
non repugnare.

Catech. Rom.

Después del culto que debemos a Dios, trataremos del culto que tributamos a los santos. El mismo Catecismo Romano nos indica este deber: En la aplicación del primer precepto, dice, el párroco hará notar cuidadosamente, que la práctica de la Iglesia respecto al culto y a la invocación de los santos, ángeles y bienaventurados que gozan de la gloria, y la veneración que ella ha tenido siempre a sus reliquias, no contradicen, en manera alguna, al espíritu del primer mandamiento... En esta instrucción, con todo, nos ocuparemos del culto de los santos en su doble aspecto: culto de honor y culto de invocación. Estableceremos su legitimidad con tantas pruebas, y solventaremos las dificultades, nacidas de la herejía y de la ignorancia, con tales razones, que creemos disipar todas las dudas. Dios nos asista con su gracia.

El culto de los santos es legítimo, en primer lugar, porque es esencialmente distinto del que tributamos a Dios; y con esto se deshace la objeción de los protestantes que, contra toda razón, no quieren ver en el culto de los santos sino una forma rejuvenecida del antiguo paganismo. A Dios solo, único Señor, sólo omnipotente, solo altísimo, sean dados todo honor, toda gloria y toda alabanza¹. Este culto supremo de adoración, del cual hemos hablado precedentemente, es de un orden tan elevado, que no puede ser sobrepujado ni igualado por otro alguno. A los santos, amigos de Dios, observadores fieles de su ley en la tierra, y coronados ahora de gloria en los cielos, de los que Dios es el único soberano, tributamos un honor menor, una alabanza menor, un culto inferior al primero, dependiente del mismo, y del cual difiere tanto como lo accesorio de lo principal, lo contingente de lo necesario, lo accidental de lo esencial. Tal es la enseñanza católica, idéntica en todos los tiempos y en todas las fuentes donde se estudie, ya sea en la voluminosa colección de los concilios, ya en el más elemental catecismo.

En segundo lugar, el culto de los santos es legítimo precisamente porque en vez de disminuir el honor y el culto que debemos a Dios, lo aumenta. Es, en efecto, otro punto de doctrina, no menos seguro que el precedente, que todo culto religioso de segundo orden, aunque esencialmente distinto del que tributamos a Dios, se refiere a Dios, va hasta Dios, se termina en Dios, fuente de todo bien, de toda gracia, de toda santidad. Sí, nosotros honramos a los santos, celebramos sus fiestas, cantamos en su alabanza, les dedicamos templos, y levantamos altares que designamos con su nombre; pero nuestros homenajes, aunque ellos los merecen

1. I TIMOTH., IV, 17.

por razón de su excelencia, suben más arriba, van más lejos, llegan, por la intención, al mismo Dios, a Dios que ha hecho a los santos, que los ha llamado, que los ha santificado, y los ha glorificado. Concluyamos con las expresiones de los grandes doctores de la Iglesia; repitamos la expresión feliz de san Agustín, que ha pasado a la liturgia: *Coronando los méritos de los santos, Deus corona sus propios dones*¹; o bien, digamos con san Jerónimo, que el fin necesario de nuestros homenajes, su único y último término, es Dios, y cuando honramos a los santos, lo hacemos con el fin de que el honor tributado a los servidores recaiga sobre el Maestro: *Honoramus servos Dei, ut honor servorum redundet ad Dominum*².

¿Hemos concluído? No, ciertamente, y la importancia de la materia exige ulteriores desarrollos. No solamente pagamos a los santos un tributo de amor, de respeto y de veneración, con lo que les rendimos culto de honor, sino que imploramos su asistencia, y nos apoyamos en su crédito para con Dios, es decir, les rogamos. ¿Por qué no hacerlo? Las Santas Escrituras lo autorizan, la Iglesia lo enseña.

Las santas Escrituras lo autorizan: Ellas nos muestran al patriarca Jacob que no quiso concluir su lucha misteriosa con el Angel, hasta que éste le bendijo³. Ellas nos representan a los santos del cielo, ofreciendo a Dios copas de oro llenas de perfumes, que representan las oraciones de sus hermanos en la tierra⁴. Allí veo que san Pablo escribiendo a los fieles de Roma les dice: Hermanos, os conjuro, por Nuestro Señor, y por la caridad del Espíritu Santo, que me ayudéis con

1. Prefacio de Todos los Santos.

2. *Epist. ad Riparium.*

3. GEN., XXXII, 26.

4. APOC., V. 8.

vuestras oraciones¹. A los tesalonicenses les dice: Hermanos, rogar por mí: *Fratres, orate pro me*². Pues, si es permitido y útil rogar por los justos que están en la tierra, ¿con cuánta mayor razón y provecho rogaremos a estos mismos justos, cuando están en el cielo más cerca de Dios, y gozando de gran favor cerca de El³?

La Iglesia lo enseña: Sus liturgías, todas de origen apostólico, orales primero, después escritas, y recibiendo en el transcurso del tiempo nuevos aditamentos, ¿son otra cosa que una continua invocación a Dios, para obtener de él, por mediación de los santos, las gracias de que tenemos necesidad? Sus doctores son unánimes; sería preciso citarlos todos: san Ireneo, san Cipriano, san Efrén, tan conmovedor en las súplicas que dirige a sus hermanos del cielo; san Basilio, san Gregorio Nazianzeno, san Jerónimo tan decisivo al deshacer las objeciones sobre esta materia de un oscuro hereje de su tiempo; san Agustín, enseñando en uno de sus más bellos comentarios sobre los salmos, que los mártires interceden en el cielo por nosotros, y que su intercesión no cesará mientras no hayan cesado nuestros sufrimientos; san Juan Crisóstomo, por fin, el más elocuente de ellos, que exhorta a su amado pueblo con estas palabras: Visitemos a los santos, toquemos sus reliquarios, abracemos, con gran fe, sus restos sagrados, a fin de atraer sobre nosotros la bendición de Dios: *Idcirco illos saepe invisamus, capsulam attingamus, magna que fide reliquias corum completemur, ut inde aliquam benedictionem assequamur.*

¡Qué conjunto! ¡Qué unidad! Y si, a la práctica

1. ROM., XV, 30.

2. I THESS., V. 25.

3. Quanto sunt Deo conjunctiores, tanto eorum orationes sunt magis efficaces. S. THOM., 2, 2. q, LXXXIII, art. II.

constante de la Iglesia durante diecinueve siglos, si a los testimonios tan numerosos y tan concordantes de sus doctores, añadimos las definiciones aun más directas, más explícitas, más autorizadas de sus concilios, especialmente la del santo Concilio de Trento que declara, en su memorable vigésimaquinta sesión, que es muy saludable invocar a los santos, y que los que niegan esta conveniencia profesan una doctrina impía, ¿qué se puede oponer razonablemente a esta enseñanza? ¿Habrá una sola objeción que se mantenga en pie?

Si se dice que, en virtud del dominio absoluto que tiene sobre todas las cosas, y del culto supremo que le es debido, sólo a Dios pueden dirigirse nuestras oraciones, diremos que es un error. No disminuimos la autoridad del Soberano, ni obramos en detrimento de su dignidad, si para llegarnos a él con más facilidad, y obtener de su munificencia algún favor, nos servimos de algún intermediario que tenga libre entrada en el palacio. Y es justamente lo que hacemos nosotros: rogamos a los santos, amigos de Dios, los interesamos en nuestro favor, precisamente en calidad de amigos de Dios y de familiares de su corte¹. ¿Qué les pedimos? ¿Que nos concedan lo que demandamos? No, sino que lo obtengan; es el solo oficio que les compete, y el único que intentamos encomendarles. Pero Dios queda siempre como soberano, como señor de todos sus dones, y fuente única de donde provienen los santos deseos, los sabios consejos, las obras meritorias: *Deus a quo sancta desideria, recta consilia, et justa sunt opera*².

Si se dice que, teniendo cerca de Dios, como hemos

1. S. THOMAS, 2, 2, q. LXXXIII, art. 4. Utrum Deus debeat solus orari?

2. *Orat. de pace.*

dicho, un mediador universal, siempre vivo, siempre suplicante¹, Jesucristo, hijo de Dios, el reconocer otros intermediarios sería una injuria al Mediador único, y equivaldría a tener sus méritos por insuficientes, diremos que es un error. No podemos poner a los santos y a Jesucristo, el santo de los santos, en la misma línea. Lo que Jesucristo tiene por naturaleza y como de su propio fondo, los santos lo tienen por gracia y por la comunicación que de ello reciben. Jesucristo es el mediador por la redención, y como tal, lo decimos muy alto, y lo proclamaríamos desde los tejados, no puede ser sino único. Los santos, si es permitido calificarlos de esta manera, son mediadores de intercesión subordinados a Dios, dependientes de Dios, y no tienen acceso hasta Dios sino en virtud de los méritos del primero. Jesucristo, mediador por la redención, es el mediador necesario, pues no puede haber redención posible en otro alguno², y en rigor es suficiente, dice san Bernardo, *sufficere poterat Christus*, ya que había derramado su sangre en tan gran abundancia, que pudo rescatar mil mundos más culpables que el nuestro, y nos obtuvo mil veces más gracias que las que nos eran necesarias para llegar al cielo: *Liquidem et nunc omnis sufficientia ex eo est*³. ¿Diremos que los mediadores de intercesión son inútiles? El centurión del Evangelio no lo pensaba así cuando, para tener acceso a Jesús, para presentarle su petición, se dirigió a sus amigos. Y cuando nosotros rogamos a los santos, ¿hacemos otra cosa que lo que hizo el centurión cuya fe fué alabada por el mismo Salvador⁴?

1. HEB., VII, 25.

2. ACT., IV, 12.

3. En nuestra explicación del *Ave María*, usamos los mismos argumentos, tomados de san Bernardo, para establecer la doctrina de la mediación de la Virgen.

4. LUC. VII, 6 y sigs.

Si se dice que los santos no nos ven, ni nos oyen, y que, habitando en un mundo que no tiene ninguna comunicación con el nuestro, no pueden conocernos, nosotros hemos de considerar esta opinión como un error. De otra manera, ¿cómo explicaríamos las palabras del Angel a Tobías: Cuando tú rogabas con lágrimas, sepultabas a los muertos, e interrumpías la comida para ocultarlos en tu casa durante el día, con el fin de darles sepultura durante la noche, yo ofrecía tus oraciones al Señor¹. ¿No nos dice lo mismo Jesucristo en el Evangelio, al asegurarnos que habrá más gozo en el cielo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella? En fin, ¿cuál puede ser el sentido del noveno artículo del Símbolo: Creo en la comunión de los santos? O estas palabras no significan nada, o bien expresan que la Iglesia que triunfa en el cielo, la Iglesia que milita en la tierra, y la Iglesia que sufre en el purgatorio no forman sino una sola Iglesia, con una cabeza única, Jesucristo, y que entre todos los miembros de este gran cuerpo hay unión, simpatía y mutua presentación de servicios². No podemos dudar pues, que los santos, sin que tengan necesidad de vernos o escucharnos, y empleando un modo de conocer apropiado a su condición, nos conocen, y no ignoran nada de lo que nos atañe personalmente, sea que Dios se lo revele por medio de los ángeles, sea que lo vean directamente en la esencia divina, ya en el Verbo, ya de cualquiera otra manera, como dice santo Tomás³.

1. JOB. XII, 12.

2. Véase el sermón 40.^o del Símbolo de los Apóstoles.

3. 2, 2, q. LXXXIII, art. 4, y suppl. q. LXXII, art. 1. Et lib. 4. Sentent. distinc. 45, q. VIII.. El santo Doctor dice: Cogitationes cordium solus Deus per se ipsum novit, sed tamen sancti cognoscere possunt quatenus eis revelatur vel per visionem: vel quocumque modo.—San Agustín no podía

¿No sabéis que Dios no es corto en medios, y que para El no hay imposible sino lo que no puede querer?

En fin, si alguien dice que aunque los santos oigan nuestras oraciones, estando, como están, abismados en la contemplación de Dios, tienen su atención absorbida en la contemplación divina, diremos que esto es un error. ¡Pues qué! ¿Los santos no podrían amarnos porque gozan de una inefable felicidad? Esto equivaldría a introducir el egoísmo en el cielo, y el cielo dejaría de ser tal, si el monstruo del egoísmo encontrase allí lugar. Además, ¡qué contrasentido decir que los santos no pueden amarnos porque aman a Dios de la manera más perfecta que es posible! Cuanto más grande es el amor de Dios, tanto mayor es el amor al prójimo, en Dios y por Dios. Y los santos, después de llegados al término de su carrera, ¿dejarían de interesarse por nosotros que caminamos hacia el término? No era este el sentimiento de san Cipriano, el cual decía que estando asegurados los santos en su felicidad permanecen inquietos de la nuestra: *de sua sorte securi, de nostra salute solliciti*¹; ni tampoco era el de san Agustín cuando, en la más importante de sus obras, nos representa a los santos del cielo, felices por la comunicación que Dios les hace de su felicidad, eternos de su eternidad, fuertes de su verdad, santos de su gracia, y sobre todo, llenos de un gran amor

dejar de expresar su opinión en esta materia, opinión que deduce el Santo, por un argumento *a fortiori*, de dos textos de las sagradas Escrituras: Dios, dice, da a conocer al profeta Eliseo los planes secretos del consejo del rey de Siria. IV Reg., cap. VI... El mismo profeta, aunque ausente, ve a su servidor Giezi recibiendo presentes de Naamán, contra la voluntad expresa del profeta. Si Eliseo, dice san Agustín, ha conocido lo que su servidor Giezi hacía a distancia, ¿con cuánta mayor razón los santos del cielo conocerán las súplicas de los que oran en la tierra? De Civit., lib. 22, cap. XXIX.

1. Lib. de mortalitate.

compasivo para con nosotros, mortales desdichados, y celosos de compartir con nosotros su felicidad y su inmortalidad. Y la razón que da es la misma que nosotros aducíamos al hablar de la comunión de los santos: Somos de la misma ciudad, nos dice, de la ciudad de Dios; ciudad de la cual una parte, la nuestra, está desterrada y en el estado militante, y la otra parte, la suya, triunfa y está en condiciones de socorrer a la primera¹.

Y habiendo terminado nuestra explicación, y demostrado que el culto que tributamos a los santos es legítimo, tanto en el sentido de honor, como en el de invocación, me resta exortarlos a honrar a los santos, felices amigos de Dios, que forman parte de su corte, y a invocarlos como a hermanos prontos a acudir en nuestra ayuda. Honrémoslos e invoquémoslos a todos, a todos los santos apóstoles, a todos los santos mártires a todos los santos pontífices, a todos los santos confesores, a todas las santas vírgenes, y a todos los santos y santas de Dios. ¿Queremos decir con esto, que no debemos honrar a un santo más que a otro, ni dirigirnos a alguno de ellos de una manera especial? Nada más lejos de mi pensamiento. Hay preferencias permitidas y aun autorizadas. Por cada uno de nosotros, el ángel de la guarda ha de ser el ángel preferido. Para cada uno de nosotros, el santo patrono de la parroquia, y sobre todo el santo que nos ha sido señalado como patrono en el día del Bautismo ha de ser también preferido. Además, tal santo ha recibido de Dios un poder especial para podernos socorrer en tal género de prueba, en tal tentación, en tal enfermedad, porque en el cielo más que en la tierra, el Espíritu sopla donde quiere, y distribuye sus dones

1. *De Civit.*, Lib. 10, VII.

como le place¹; por lo tanto, si os molesta tal prueba, o tal tentación, o sufrís aquella enfermedad, es natural que invoquéis a los santos que han recibido de Dios un poder especial para remediar aquellas necesidades. Y hemos de añadir que esta misma variedad de dones concedidos a los santos para nuestro bien, ha estimulado la piedad de los fieles y les ha movido a dirigirse a tal santuario, o a arrodillarse ante tal altar; las grandes y las pequeñas peregrinaciones no tienen otro origen. En fin, concluyamos diciendo, con san Agustín, que la mejor manera de honrar a los santos es imitar sus virtudes; y digamos con uno de los doctores más autorizados en esta materia, san Juan Damasceno, que si para honrar a los santos les levantamos estatuas, los honraremos aun mejor si seguimos sus huellas, y si procuramos que nuestra vida sea una reproducción viviente de la suya: *Sanctos colamus, statuas ipsis ac visibiles imagines erigamus, immo ipsis virtutibus eorum imitandis hoc consequamur, ut vivae eorum statuae, atque imagines simus*².

1. I COR., XII.

2. Brev. Rom. In fest. SS Reliquiarum. Lect. VI ad finem.

PRIMER MANDAMIENTO

SERMON TERCERO

El culto de las santas reliquias

No tendréis otro dios que Yo

Si vestes, si sudaria, si umbra sanc-
torum, priusquam e vita migrarent, de-
pulit morbos, viresque restituit: quis
negare audeat Deum per sacros cineres,
essa ceterasque sanctorum reliquias
cadem mirabiliter efficeret?
Catech. Rom.

Después de haber tratado del culto de los santos, hablaremos del culto de sus reliquias, y con este nombre significamos todas las cosas que nos quedan de los santos después que sus almas pasaron a una vida mejor. En sentido estricto, este nombre se aplica al cuerpo entero y a cada una de sus partes aunque sean míminas. En sentido amplio, se llaman también reliquias: los vestidos, lienzos y otros objetos que fueron usados por los santos o que han estado en contacto con su cuerpo o con sus huesos. Hoy nos proponemos explicar que las reliquias de los santos tienen derecho a nuestros homenajes. Dios nos ayude con su gracia...

Sobre el culto de las santas reliquias, he aquí como se expresa el santo Concilio de Trento en su memorable vigésima quinta sesión:

“El santo Concilio manda a todos los obispos, y a todos los que tienen el cargo de enseñar, que, siguiendo la tradición antiquísima de la Iglesia, el unánime sentir de los santos Padres y los decretos de los concilios, instruyan cuidadosamente a los fieles respecto a la intercesión e invocación a los santos, al honor debido a sus reliquias y al uso legítimo de las imágenes. Les enseñarán a respetar los cuerpos de los santos mártires y de los otros santos que viven con Jesucristo, ya que estos cuerpos han sido miembros vivientes de Jesucristo y templos del Espíritu Santo que debe resucitarlos un día para la vida eterna y revestirlos de la gloria, valiéndose Dios de ellos para conceder sus dones a los hombres; de manera que los que sostienen que no se debe honrar ni venerar las reliquias de los santos, y que los fieles les tributan un respeto inútil, y que en vano son visitados los lugares dedicados a su memoria para obtener su intercesión, estos tales deben ser absolutamente condenados, y la Iglesia los ha condenado varias veces, y renueva ahora su condenación.”¹

¡Qué exposición tan clara y precisa, y cuan apta para consolidar nuestra convicción! Vamos a desarrollar, una a una, todas sus partes.

El culto de las santas reliquias es legítimo porque tiene por objeto los cuerpos santos; esto es, los cuerpos que estuvieron unidos a almas adornadas de la gracia santificante, y que, por consiguiente, participan de su santidad en virtud del lazo que los unía con ellas; los cuerpos santos, esto es, los cuerpos que, según san Pablo, cuyas palabras hace suyas el Concilio, son templos de Dios, habitaciones que el Espíritu Santo ha escogido para sí, miembros de Jesucristo que vive en sus santos,

1. SESS. XXV. De invocatione, veneratione, etc.

se incorpora a ellos, se identifica con ellos, y que, en el día de las supremas remuneraciones, les devolverá estos cuerpos íntegros, inmortales, gloriosos y configurados a su propio cuerpo¹; los cuerpos santos, en fin, es decir, los cuerpos en cuyo favor, y sin perjuicio de la gloria de ultratumba que los espera, Dios se ha declarado por medio del milagro. Más adelante, diremos lo que Dios ha obrado por ellos; digamos ahora las prerrogativas de que Dios los ha investido. ¿Quién no sabe, por otra parte, que los santos han sido objeto de una especial providencia de Dios: unos indemnes en medio de las llamas, otros perdonados por los animales feroces, estos con sus cuerpos intactos después de varios siglos, aquellos exhalando, aun actualmente², el más suave perfume, felices señales de su glorificación, entre las cuales indicaremos algunas: después de trescientos años, la lengua de san Juan Nepomuceno, que había guardado tan bien el sigilo sacramental, se conserva tan encarnada como la de una persona viva³. Cada año, en el día en que la Iglesia celebra la fiesta de san Javier, la sangre del generoso mártir borbota en el frasco que la contiene, como si no hubiese perdido su calor natural⁴. Una de las más bellas páginas de la antigüedad cristiana es aquella en que san Ambrosio nos muestra el cuerpo de santa Tecla siendo

1. PHILIP, III, 21.—Hemos expuesto como mejor hemos podido el argumento de SANTO TOMÁS. A esta objeción: *Stultum videtur rem insensibilem venerari. Sed Sanctorum reliquiae sunt insensibilia corpora. Ergo stultum est eas venerari.* El santo Doctor responde: *Corpus illud insensibile non adoramus propter se ipsum, sed propter animam, quae fuit ei unita, quae nunc fructus Deo: et propter Deum cuius fuerunt ministri,* 3 p. q. XXV, art. 6.

2. *Brev. Rom.*, passim.

3. *Brev. Rom.* 16 mai.

4. *Ibid.*, 19 sept.

objeto de un religioso respeto por parte de los leones¹. ¡Cuántos otros testimonios podríamos aducir, si no nos lo impidiese el largo camino que hemos de recorrer!

El culto de las santas reliquias es legítimo porque puede autorizarse de la práctica de la Iglesia y de la autoridad de sus doctores. Así lo expresa el santo Concilio de Trento: *Juxta catholicae et apostolicae ecclesiae usum a primaeris christianaे religionis temporibus receptum, sanctorumque patrum consentionem, et sacrorum conciliorum decreta.*

La práctica de la Iglesia. Esta práctica es antigua como la misma Iglesia. Para el que remonta el curso de los tiempos, uno de los hechos mejor establecidos por la historia es el culto de honor tributado a las santas reliquias desde los primeros siglos del cristianismo. En aquellos tiempos de fe viva y de valor indomable, cuando sobrevenía una persecución, los cristianos seguían en multitud a los mártires hasta al lugar de la ejecución para recoger sus miembros dispersos, emparar lienzos en su sangre, comprar, a peso de oro, sus huesos y envolverlos en telas preciosas, encerrándolos en ricos cofres, para guardarlos en lugar seguro, besarlos con respeto y venerarlos con amor, esperando el día en que, vencido el viejo mundo pagano, pudiese la Iglesia, victoriosa y dueña de sus destinos, concederles honores públicos, presidir, por medio de sus pon-

1. Citemos este hermoso texto: *Cernere erat lingentem pedes bestiam, cubare humi, muto testificantem sono quod sacrum virginis corpus voilare non posset. Ergo adorabat prædam suam bestia, et propria oblitera naturæ, induerat quod homines amiserant... Tantum virginitas habet admirationis, ut eam leones mirentur. Non impastos cibus flexit. Non stimulatos ira exasperat. Docuerunt religionem, dum adorant martyrem. Docuerunt etiam castitatem, dum virginis nihil aliud, nisi pedes, exosculantur, demersis in terram oculis, tanquam reverendantibus ne mas aliquis. vel bestia virginem nudam videret.*

tífices, a sus translaciones, establecer fiestas, elevar templos, erigir altares, y llegar a preceptuar, para que fuese patente a todo el mundo que intentaba tributar a las reliquias de los santos un culto religioso, que solamente serían celebrados los divinos misterios donde hubiese un cuerpo santo o una de sus porciones¹.

La autoridad de los doctores. Así como es constante la práctica de la Iglesia, así es unánime la opinión de los doctores. Si nos propusieramos solamente citar los principales textos reveladores de su doctrina, no bastarían algunos sermones para agotar la materia. Al menos, escuchémosles durante algunos minutos.

Tertuliano, en el siglo segundo, nos muestra a los fieles introduciéndose en los calabozos, burlando la vigilancia de los guardianes, arrastrándose en la sombra hasta los confesores de la fe, para besar sus cadenas, *reptant ad osculanda vincula martyrum*; y les alaba, como es natural, por su intrepidez.

San Basilio nota que si en la ley antigua un cuerpo muerto era tenido por impuro, en la ley nueva sucede muy de otra manera. Porque el que toca los huesos de los santos obtiene por este contacto gracias de santificación².

San Cirilo de Jerusalén, en su catequesis décima octava, recuerda las dos resurrecciones obradas por Eliseo: una la del hijo de la Sunamitis, otra la de un cadáver que, arrojado furtivamente en la tumba del profeta, volvió a la vida al contacto de sus huesos. El profeta hizo estos dos milagros, añade san Cirilo, uno durante su vida y otro después de la muerte, a

1. Concilio de Cartago en el siglo IV. Esta disposición fué renovada en los siglos siguientes especialmente en el 2.º concilio de Nicea.

2. *Martyris ossa si quis attigerit, ob gratiam corpori insidentem fit quadantemus, sanctificationis particeps.* In Psal. CXV.

fin de que no honrásemos solamente a las almas de los justos, sino también para que creyésemos que hasta sus cuerpos están dotados de cierta virtud¹.

San Ambrosio da testimonio de su fe sobre este artículo de nuestro credo, y de los motivos sobre que descansa: Yo honro, dice, en la carne de los mártires las cicatrices de las llagas que recibieron por Jesucristo; yo honro a sus cenizas venerables, por el testimonio que ellas han rendido y rinden a la divinidad de Jesucristo; yo honro este cuerpo que me ha enseñado a amar a Jesucristo, hasta el punto de sacrificar el mío por agradarle².

San Jerónimo nos ha dejado sobre esta materia un tratado y una carta: un tratado en el cual disputa acerbamente con un hereje de su tiempo, cuya audacia llegaba a tachar de idolatría el culto rendido a las reliquias de los santos³; una carta en la que establece esta distinción teológicamente exacta, y que, en una forma concisa, resume toda su doctrina: Nosotros no adoramos las reliquias de los mártires, las honramos solamente a fin de elevar nuestro espíritu hasta Aquel del cual han sido mártires. Les honramos para que el honor que reciben de nosotros llegue hasta Aquel que ha dicho: Quien os recibe, a mí me recibe⁴.

Pero a san Juan Crisóstomo conviene sobre todo citar aquí, ya porque nos dice con qué gozo visitaría las tumbas de los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo, se prosternaría a sus pies, besaría sus cadenas, y se sepultaría en sus cenizas sagradas: *Quis dabit sacro*

1. Catech. 18, n. 8.

2. Sermo 55, in nat. 55 mart. Nazarii et Celsi.

3. El texto bastante largo y muy irónico puede reducirse a esta idea: ¿Todos los hombres, reyes emperadores, súbditos, papas, obispos, fieles, serían locos? Y tú, Vigilancio, serías el único de sano entendimiento?

4. Epist. 53.

illo obvolvi cinere!; ya porque se dirige a sus fieles y les dice: Vayamos a los santos mártires, toquemos sus reliquiarios, y abracemos sus santas reliquias, a fin de obtener por su medio el favor divino¹; ya, en fin, porque celebra la memoria de san Ignacio, el más ilustre de los sucesores de san Pedro en la sede de Antioquía. Ignacio había sido arrancado de su sede episcopal, conducido a Roma, y condenado a las fieras.

Pero de su cuerpo, devorado por los leones, habían sido recogidos piadosamente y llevados a Antioquía, dos huesos importantes. ¡Qué bello tema para la elo- cuencia del santo! Oigámosle:

"Después que hubo entregado su vida en Roma, nos ha sido devuelto coronado... Roma ha sido regada con su sangre, pero vosotros veneráis sus huesos sagrados. Dios lo separó de vosotros para devolvéroslo más glo- rioso. Y así como los que toman dinero a préstamo, devuelven el dinero recibido con el interés correspon- diente, así Dios, al tomaros este tesoro precioso por al- gun tiempo, os lo devolvió mejorado. Porque vosotros cedisteis un obispo, y se os devolvió un mártir; vos- otros lo enviasteis con súplicas, y lo recibisteis con coronas²."

Pero nos resta explanar otra consideración tan con- cluyente como las dos citadas.

El culto de las santas reliquias es legítimo, porque Dios se sirve de sus piadosos restos para conceder abundantes gracias a los hombres; así lo dice el santo Concilio: *Per quae multa beneficia hominibus a Deo praestantur.* En otros términos, Dios mismo ha autorizado directamente este culto, y se ha declarado en su favor por un signo auténtico, y que no puede ser contrahecho: el milagro. ¿Quién contará los prodigios

1. Homil. in *plures martyres*.

2. Homil. in *S. Ignat. martyr.*

de todas clases obrados por las santas reliquias, no en virtud de un poder que les sea propio, sino de un poder recibido de Dios, en cuyas manos ellas consti- tuyen un instrumento de su bondad¹? ¿Quién osará, por otra parte, poner en duda la existencia de aquellos prodigios, y rehusar el asentimiento a los hechos mejor probados de la historia, cerrando los ojos a la evi- dencia? Con frecuencia, los mismos testimonios nar- ran los hechos que han presenciado. La hemorroísa del Evangelio, atropellando a la multitud para llegar hasta Jesús, se decía: Si puedo solamente tocar la fimbria de su manto, seré curada... Lo hizo, y fué cu- rada. El hecho nos es atestiguado por san Mateo que lo había presenciado². En los bellos días de la Iglesia naciente, los lienzos que habían tocado el cuerpo de san Pablo, la cintura que le ceñía, eran aplicados a los enfermos, y estos recobraban la salud. San Lucas, compañero e historiador de san Pablo lo dice en calidad de testimonio de vista³. Después de varios siglos de olvido, fueron descubiertos los cuerpos de los santos Gervasio y Protasio, y conducidos, ante un gran con- curso del pueblo, del lugar de la invención a la basílica Ambrosiana; y para que no hubiese duda alguna de la autenticidad de aquellos cuerpos, un ciego que se acercó a la caja que guardaba los restos de dichos san- tos fué curado instantáneamente. El hecho nos consta por san Ambrosio, testigo ocular del milagro. Este hombre, dice el santo, toda la ciudad lo conoce, y sabe que se llama Severo, y nadie ignora que antes de per- der la vista, trabajaba la lana⁴. No podemos exigir ma-

1. SAN JUAN DAMASCENO. Brev. Rom. in fest. SS. reliquia- rum.

2. MATTH. IX.

3. ACT. IX.

4. Epist. 22.

yores precisiones. Los mismos prodigios y las mismas multitudes se vieron en la invención y en las diversas translaciones del cuerpo de san Esteban protomártir: ¿Cómo es posible, dice san Agustín, que narra estos hechos, que un puñado de ceniza ponga en movimiento a todas estas masas de hombres, mujeres, niños y viejos¹? Esta ceniza está oculta, pero las maravillas que obra son visibles, y se manifiestan claramente²; y las relata en el libro XXII de la Ciudad de Dios, la más bella de sus obras.

Y hay más todavía. Nadie sabe, como Dios, dar lecciones de cosas. Y las que aquí nos da son particularmente excelentes, ya que no se limitan a las utilidades corporales. Ved sino: estas manos fueron siempre inocentes y puras; estos pies marcharon constantemente por los senderos de la justicia; esta boca no se abrió sino para llevar al mundo palabras de paz y de salud; este corazón, aun hecho polvo, parece palpititar de amor por Dios y por sus hermanos. Dios se sirve, pues, de las santas reliquias no solamente para enderezar miembros disformes, o para devolver la luz a los ojos extinguidos, sino para hacernos mejores: o más humildes, o más compasivos, o más puros, o más valientes en el servicio de Dios y en la práctica de las virtudes; porque todos estos restos sagrados nos predicen a su manera, y nos dicen lo que los historiadores eclesiásticos ponen en boca de un santo mártir de Lión: Aprended de nosotros a adquirir la fe, y a

1. Serm. de Steph. Marty.—Parecerá a alguien que hoy no se dan tales espectáculos; pero hemos visto en 1891, con ocasión de la exposición de la santa Túnica de Tréviris, que casi dos millones de peregrinos desfilaron ante la preciosa reliquia, y entre ellos figuraban treinta cardenales, arzobispos, obispos, abades mitrados, príncipes y princesas de todas las cortes católicas de Europa.

2. Serm. de Steph. marty.

guardarla aun ante la muerte. Temed menos la espada que el pecado; amad más la justicia que la vida, y conservad, en la paz, el temor de Dios que nosotros no hemos perdido en las agitaciones del mundo. Cuidad de no dejar escapar, en la tranquilidad del puerto, el ánchora de la esperanza que nosotros hemos guardado en la tempestad. Sobre el campo de batalla, en el cual Dios nos ha puesto como soldados, no penséis gustar el reposo. En la tierra, podemos merecer la felicidad, pero solamente en el cielo gozaremos plenamente de ella¹.

Meditemos estas palabras excelentes; pues con mayor autoridad que la nuestra dan a las palabras del Concilio todo su sentido, cuando pide que por medio de las santas reliquias, Dios nos conceda toda suerte de favores en el cuerpo y en el alma: *per quae multa beneficia hominibus a Deo praestantur.*

1. Extracto del prefacio del Martirilogio.—Unus ex eis, Eucherius Lugdunensis quondam protonymta sanctissimus, insonat facundo ore: Discite ex nobis fidem querendo acquirere, vivendo excolere, moriendo servare; discite peccatum plus timere quam gladium; discite, propter vitam magis justitiam amare quam vitam; fideimque et timorem Dei quem nos in media belli tribulatione servavimus, observate, nec vos in pace vel pacis securitate perdatis. Cavete ne anchoram spei et religionis quam nos custodivimus in fluctu, vos amittatis in portu. Cavete ne in area mundi, in qua ad subeundos agones missi sumus aliquam felicitatem expectandam putetis. Beatus parari hic potest, non potest acquiri.

PRIMER MANDAMIENTO

SERMON CUARTO

El culto de las imágenes

No tendréis otro dios que Yo

Non solum in Ecclesia imagines habere et illis homorem et cultum adhibere ostendet parochus, cum honos qui eis exhibetur referatur ad prototypa; verum etiam maximo fidelium hono factum declarabit.

Catech. Rom.

Hemos demostrado, en las dos instrucciones precedentes, que es legítimo el culto que tributamos a los santos y a sus reliquias. Pero nos falta tratar de las imágenes que representan a los santos, pues el Catecismo Romano lo impone, como un deber, a los pastores. Dios nos ayude con su gracia.

Resumiendo en pocas palabras toda la materia que vamos a explicar, diremos que la legitimidad del culto de las santas imágenes se deduce de la antigüedad y de la universalidad de su culto, de la noción verdadera del mismo, y de las ventajas que este culto nos procura. Expondré sucesivamente las tres partes de este enunciado.

En primer lugar, de la antigüedad y de la universalidad de este culto. Los libros sagrados del Antiguo Testamento nos lo demuestran: en el desierto, Moisés

manda erigir, a la vista de todo el pueblo, una serpiente de bronce, como signo representativo del Redentor futuro, según dice Nuestro Señor.¹ Dos querubines de oro forjado, leemos en el Exodus, cobijaban el Arca de la Alianza, con sus alas extendidas².

La misma Arca de la Alianza no era sino la figura visible de la invisible presencia del Altísimo, y vemos que Josué y todos los ancianos de Israel se prosternaban ante ella hasta el suelo, para adorar a Aquél que allí manifestaban sus oráculos³.

Pero continuemos; y sin salir de la era cristiana, vemos las santas imágenes honradas desde el principio, y propagarse por todas partes, hasta en las épocas de persecución. Toda la tradición da testimonio de ello. Santo Tomás se hace el eco de una antigua tradición según la cual san Lucas reprodujo la imagen del Salvador por la pintura⁴. El historiador Eusebio, en el siglo IV, atestigua que vió la estatua de bronce, erigida al Salvador por la hemorroísa agradecida de haber sido milagrosamente curada, tal como leemos en el Evangelio. Al poco tiempo, los primeros cristianos, con mano inexperta, pero firme, trazaban en las catacumbas algunos diseños que representaban hechos del Antiguo Testamento y los misterios del Nuevo. Tertuliano nos dice que en su tiempo (siglo II) la figura de Jesús, bajo la forma del buen pastor llevando en sus brazos a la oveja descarriada, figuraba en los cálices destinados a la celebración de los santos misterios⁵. Hacia la misma época, según dice Clemente de Alejandría, los cristianos tenían la costumbre de

1. NUM. XXI, 8. JOANN. III, 14.

2. EXOD. 25, 18, 19.

3. JOSUÉ, VII, 6.

4. 3, XXV, 5.

5. *De pudicitia*, cap. VII.

llevar un anillo, cuyo engaste tenía una cruz grabada o una figura emblemática: paloma, áncora o el monograma de Cristo¹. En los siglos siguientes, los testimonios abundan. San Basilio, en su sermón sobre el mártir Barlaam, se dirige a los pintores y les dice: Vuestro pincel me permita ver a este valiente atleta en una bella imagen². San Gregorio de Niza describe la basílica del santo mártir Teodoro, y nos cuenta que figuraban allí frescos representando su noble valor, su suplicio y su muerte bienaventurada: La pintura, nos dice, da un sentido a estos muros; sin ella, ellos permanecerían mudos³. San Juan Crisóstomo nos dice que los fieles de su tiempo llevaban consigo la imagen de san Melecio cuya notoriedad era grande en todo el Oriente, y aun querían que esta imagen estuviese pintada en los dormitorios. Este pasaje fué extraído de las obras del santo Doctor, y leído públicamente en la tercera sesión del séptimo concilio general, como testimonio de la creencia de los siglos anteriores⁴. ¡Qué bello espectáculo se ofreció a mis ojos, exclama san Asterio, en el momento en que iba a penetrar en el templo para entregarme a la oración! El martirio de santa Eufemia, pintado sobre la muralla de uno de los pórticos, se ofreció a mis ojos. Este espectáculo me llenó de gozo, y me transportó... Después nos describe esta pintura en una de las más bellas páginas que la antigüedad cristiana nos ha legado⁵. En fin, y para no prolongar estas citas tan interesantes, san Jerónimo nos muestra, y en cierta manera nos hace seguir con

1. Lib. 3. Paedag.

2. Apud Libermann.—3. Ibid.

4. ROHRBACHER, *Histoire de l'Eglise*, XI.

5. In Dei templum otio oraturus me recepi. Vidi in una e porticibus picturam quamdam cuius species me omnino cepit. Sacra quedam femina, intemerata virgo, suam Deo castitatem dicit. Euphemiam appellant... etc.

los ojos, a santa Paula visitando los Santos Lugares, derramando lágrimas en los mismos sitios en que Jesucristo había derramado su sangre y prosternándose ante la cruz para adorarla, como si hubiese visto al Salvador clavado en aquel madero: *Postrata ante crucem, quasi pendentem Dominum cerneret, adorabat*¹.

En segundo lugar, explicaremos la noción exacta de este culto. ¿Cuál es esta noción? ¿Es necesario decir con los herejes del siglo VIII, conocidos en la historia con el nombre de iconoclastas (destructores de imágenes), o bien repetir con los protestantes, que esta práctica es una idolatría; que venerar las imágenes, exponerlas en público, llevarlas procesionalmente, y quemar incienso en su honor, es violar el primer mandamiento del Decálogo, y usurpar los derechos de Dios, al cual se debe únicamente la adoración? No, jamás; y Dios ha permitido que el culto de las santas imágenes, tan digno de respeto por su antigüedad, como por su universalidad, tuviese contradictores, para dar ocasión al magisterio cristiano de pronunciarse sobre esta materia de una manera tan precisa, que en adelante no hubiese equívoco en las palabras, ni el menor peligro de errar sobre estas cosas. "Las imágenes de Jesucristo, de la Virgen María y de los otros santos, serán conservadas en las iglesias, dice el concilio de Trento en su XXV^a sesión; debemos rendirles el honor y la veneración que les son debidas, no porque creamos que habite en ellas alguna divinidad o alguna virtud por la cual hayan de ser honradas; o que, al pedirles algún favor, debamos tener, para con ellas, la misma confianza que tenían los paganos para con sus ídolos; sino porque el honor que les tributamos se dirige a la persona que ellas representan, y por lo mis-

1. Epist. ad Eustoch.

mo, cuando besamos a las santas imágenes, nos describimos o nos postramos ante ellas, besamos y honramos a Jesucristo y a los santos, cuya representación son ellas¹." He aquí en que términos la Iglesia se ha pronunciado. La noción exacta del culto de las santas imágenes es claramente indicado: no adoramos a las santas imágenes, ni les atribuimos el culto que se debe a Dios; tampoco les reconocemos poder y eficacia algunos, como si los tuviesen de sí mismas. Jamás un católico ha dicho: ¡Oh imagen, oh pintura, concédeme la gracia que te pido! sino que se ha dirigido, más que a la imagen, al término que ella representa. Cuando recibís una carta del Emperador, dice san Germán de Constantinopla, y saludáis al sello de que está provista ¿dirigís el saludo al plomo y a la cera, o a la imagen del soberano? No, ciertamente, sino al Emperador. Cuando el patriarca Jacob, añade el mismo santo, inspirándose en las Santas Escrituras, besó la túnica de José, al cual creía devorado por una fiera, ¿quién duda que no lo hizo para honrar a esta túnica, sino porque la túnica le recordaba al más querido de sus hijos, y que, al besarla, le parecía besar a aquel hijo tan amado? Asimismo, el cristiano, cuando saluda la imagen de Jesucristo, de los apóstoles o de los mártires, este saludo lo dirige al mismo Jesucristo, a los apóstoles o a los mártires como si tuviese ante sus ojos². No insistamos más; creemos haber estableci-

1. *Imagines Christi, Deiparae Virginis... etc.* Sess XXV.

2. S. Leoncio obispo de Neápolis en Chipre. Rohrbacher, t. XI.—Extraña contradicción del error: al mismo tiempo en que el emperador iconoclasta Constantino quitaba de los muros de las iglesias las imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de los santos, y las mandaba tirar al fuego, quería que las suyas fuesen honradas y coronadas de laurel. Enrique VIII e Isabel de Inglaterra, a los cuales nadie podía hablar sino de rodillas, trataban de idólatras y enviaban al suplicio a pobres católicos que no tenían más crimen que haber rogado ante una

do suficientemente la verdadera noción del culto de las santas imágenes y haberla hecha más inteligible.

En tercer lugar, explicaremos las ventajas que este culto nos procura, siguiendo, como en todo lo que hemos explicado, la doctrina de los antiguos Padres. Escuchémoslos: "Al dibujar las representaciones de los santos, y al ponerlas ante los ojos de los fieles, dice san Germán de Constantinopla, fomentamos, por la pintura, la fe en las verdades que hemos aprendido con nuestros oídos; y estando formados de carne y sangre, tenemos necesidad de ver representadas sensiblemente las verdades de la fe en la que creemos¹." También el papa san Gregorio II, defensor autorizado de la verdadera fe contra los iconoclastas, nos enseña que en su tiempo (siglo VIII) las imágenes de Jesucristo y de los santos, pintadas en los muros de las iglesias, constituyan la primera enseñanza de catecismo para los niños: Estas imágenes, dice el santo, son señaladas, con el dedo, por los padres a los hijos, a los cuales explican

imagen de Jesucristo o de la santa Virgen. Rohrbacher, t. X. Pero el más incisivo de los argumentos *ad hominem* es el del P. VENTURA en un sermón predicado en París hacia 1854. En esta época, en una de las grandes ciudades de Inglaterra, en Bristol, habían de confeccionarse, para hacer más divertida una fiesta, tres maniquíes representando la Santísima Virgen, el papa y el cardenal Wiseman. Después de pasearlos y azotarlos decía el programa, serán arrojados al fuego... ¿Qué se proponían los protestantes? decía el gran orador. ¿Es que querían azotar y menospreciar un trozo de cartón? No, su pensamiento era que las injurias que iban a dirigir a aquel cartón recayesen sobre las personas que representaban. No trataban de quemar el cartón sino para manifestar el deseo que tenían de quemar, si posible fuera, las personas. Y así, como los ultrajes no se detienen en el cartón que queman, sino que van hasta las personas, del mismo modo, los homenajes que tributamos a las imágenes de los santos, no se detienen en la madera, en el mármol, en el papel, en la piedra, sino que se elevan hasta las personas que moran en el cielo.

1. S. Germán de Constantinopla. ROHRBACHER, XX, p. 506.

su significado¹. Otro papa, san Gregorio Magno, reprendiendo al obispo de Marsella, Sereno, por haber prohibido en su ciudad el culto de las imágenes, bajo el pretexto de impedir su adoración, le dice: No has de destruir lo que está en las iglesias, no para servir a la adoración, sino a la instrucción de los ignorantes. No es igual adorar la imagen, que conocer, por medio de la imagen, lo que es necesario adorar. Porque lo que es la escritura a los que saben leer, la imagen pintada en el muro lo es a los que ignoran la lectura². Por último, la misma Iglesia docente nos enseña la misma verdad en dos de sus concilios ecuménicos, el primero de los cuales se expresa así: "Nosotros comprendemos, con la inteligencia, el Evangelio que nos es leído, y cuando contemplamos, con los ojos, las imágenes, somos instruidos de la misma manera; es decir, nosotros aprendemos una sola cosa con medios diferentes, pero que se ayudan mutuamente: la pintura y la escritura³. El otro concilio no es menos explícito: "Los obispos, dice, enseñarán con cuidado que la historia de los misterios de nuestra redención, tal como está representada por medio de las imágenes o de otros símbolos, debe exponer al pueblo los artículos de nuestra fe y recordar y fortalecer la memoria de aquellos misterios; además, han de enseñar que todos podemos sacar gran provecho de las sagradas imágenes, no sólo porque nos recuerdan los beneficios y los dones que Jesucristo nos ha legado, sino porque ponen ante nuestros ojos las maravillas que Dios ha obrado por medio de los santos, y los ejemplos de virtud que nos han dado, ejemplos que deben ordenar la conducta

1. S. Gregorio II. *Ibid.*, p. 522.

2. Ut ii qui litteras nesciunt saltem in parietibus videndo, legant quae legere in codicibus non valent.

3. Segundo Concilio de Nicea.

y las costumbres de los fieles¹." Sería, en verdad, temerario añadir una sola palabra a una enseñanza tan autorizada.

Digamos, pues, como conclusión práctica: Honremos y veneremos las santas imágenes, principalmente aquellas que la parroquia honra y venera. Respetad y honrad asimismo aquellas que están en vuestras casas. ¡Ojalá todos las tuvieseis y las honraseis como es de razón! Al menos no habría de faltar en vuestras casas la más excelente de ellas, tanto por lo que representa como por las bendiciones que nos procura: el crucifijo. El más ilustre de los predicadores del siglo XVII trabajó con gran empeño en renovar entre los cristianos, o al menos entre los fieles a los que se dirigía, la devoción al crucifijo. "No sin misterio, decía, vemos allí a un Dios que muere, o a un Dios muerto, con los brazos extendidos y el costado abierto con una lanza: al tendernos los brazos, quiere abrazarnos a todos, y en la sagrada llaga de su costado, quiere cobijarnos a todos." Y después de haber enumerado las gracias de toda suerte que Dios comunica por el crucifijo, añade: "Feliz el que hace de la cruz, o mejor, de Jesús clavado en la cruz, su confidente, su consejo, su maestro, su doctor, su pastor, su guía, su médico y su todo; porque Jesús lo será todo para él: todo en la vida y todo en la muerte. Pensad bien, cristianos, esta última palabra: todo en la muerte. Cuando llegue el último día de vuestra vida, en el cual oiréis la palabra fatal que espanta al hombre más santo: moriréis; y si nadie toma el cuidado de anunciároslo, el mismo desfallecimiento de la naturaleza os lo hará conocer claramente; cuando estéis, pues, próximo a este momento terrible, en el cual el pasado, el presente y el porvenir,

1. Conc. Trid. Sess. XXV.

se ofrecerán ante vuestros ojos para afligiros, inquietaros y consternaros, ¿dónde, hermano mío, hallarás remedio y confortación? En el crucifijo. ¿Dónde dirigirás tus miradas y tus supiros? Hacia el crucifijo. ¿Qué pondrán ante tus ojos, y qué besarás amorosamente? El crucifijo. ¿Qué nombre te harán pronunciar? El nombre de Jesús crucificado. Aquí radicará tu esperanza, si desde ahora hacéis del Crucificado el objeto ordinario de tus piadosos ejercicios, de tus coloquios más íntimos, y de tus más afectuosas consideraciones. Dios haga que os dispongáis de tal suerte, que podáis pasar de los brazos de Jesucristo crucificado a los de Jesucristo triunfante en la gloria¹."

1. BORDALOU. *Exortations*, t. II.

PRIMER MANDAMIENTO

SERMON QUINTO

Pecados contra el primer mandamiento. El culto de los ídolos

No tendréis otro dios que Yo

Hæc enim omnia (scilicet creature) tanquam Deum venerabantur, cum illi barum rerum imagines ponerent.
Catech. Rom.

Hasta aquí hemos visto lo que autoriza y prescribe el primer mandamiento.

Prescribe: el culto de suprema adoración que debemos a Dios; este culto debe ser interno, externo, público.

Autoriza: el culto de los santos, de sus reliquias, de sus imágenes, por cuanto honramos a Dios en los mismos que El ha glorificado y le glorifican.

En esta instrucción y en las siguientes expondremos lo que condena el primer mandamiento:

En primer lugar, los pecados contra el culto divino por exceso, esto es, cuando el culto se atribuye a un sujeto al cual no se le debe; v. g., el culto de los ídolos de los demonios.

En segundo lugar, los pecados contra el culto divino por superstición en sentido restringido, es decir, introduciendo en él prácticas falsas o superfluas.

En tercer lugar, los pecados contra el culto divino

por defecto, a saber: por irreligión y por todo acto encaminado a anularlo.

Hablemos hoy del culto de los ídolos. Dios nos ayuda con su gracia.

Todos sabemos, y podemos afirmarlo como el teólogo más consumado, que el culto de los ídolos consiste en tributar a una criatura cualquiera, espiritual o corpórea, animada o inanimada, en su propio ser o representada por la imagen, ya interiormente, ya en secreto, ya en público, el culto supremo que únicamente a Dios se debe¹.

Pero éste culto de los ídolos, que el primer mandamiento condena en términos tan explícitos: "No tendrás otros dioses delante de mí. No harás para ti imagen de escultura, ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás, ni rendirás culto"²... ese culto contra el cual las Escrituras lanzan invectivas, casi en cada una de sus páginas, con energía tanta, como se ve por estas palabras de justa cólera dirigidas por Dios a su pueblo: "Provocaron al Señor *con adorar* dioses ajenos, e incitaron su cólera con sus abominaciones *o idolatrías*"³; como se ve también por este anatema que lanza Isaías: "Sean confundidos los que confían en imágenes talladas, o dicen a estatuas hechas a golpes de martillo o fundidas en molde: Vosotras sois nuestros dioses"; como se ve igualmente, para no citar otras autoridades, en lo que la Iglesia nos da a leer, cada domingo, en el

1. Ea est (idolatría) quando tribuitur honor creatura, sicut Deo. S. THOM., 2, 2, q. XCIV, art. 1.

2. EXOD., XX; Non habebis deos alienos coram me; nec facies tibi sculptile, neque omnem similitudinem quo est in coelo desuper, et qua in terra deorsum, neque eorum quae sunt in aquis sub terra; non adorabis ea neque coles.

3. DEUT., XXXII, 16.

quinto salmo de vísperas: "Los ídolos de las naciones no son más que plata y oro, obra de las manos de los hombres; boca tienen, mas no hablarán; tienen ojos, pero jamás verán; orejas tienen, y nada oíran; narices, y no olerán; tienen manos, y no palparán; pies, mas no andarán, ni articularán una voz con su garganta; semejantes sean a estos ídolos los que los hacen, y cuantos ponen en ellos su confianza"¹... ese culto, en fin, que la razón misma, al expresarse por uno de sus más autorizados representantes, santo Tomás, califica como el mayor de todos los pecados, *gravissimum peccatorum*, porque, introduciendo en el mundo, en la medida en que le es posible, un dios distinto del verdadero Dios, le arrebata el idolatra su gloria a este solo y único verdadero Dios, gloria que ni puede ni debe ser usurpada por nadie, ya que por su propia naturaleza es incomunicable²... ¿Pero cuándo empezó el culto de los ídolos? ¿Qué causas lo produjeron? ¿Qué difusión obtuvo? ¿Hasta qué excesos ha sido llevado? ¿Existe todavía, aun entre los cristianos, y en qué forma? Todas estas preguntas son interesantes, y no menos instructivas que interesantes. Examinémoslas.

Primera pregunta: ¿Cuándo empezó el culto de los ídolos? La pregunta es difícil; no es posible fijar una fecha rigurosamente exacta. Este pueblo cayó muy pronto en la idolatría; aquél muy tarde. Lo único cierto, lo que debemos decir, en honra del género humano, y a mayor gloria de Dios, es que el culto del verdade-

1. PSAL., CXIII.

2. 2, 2, q. XCIV, art. 3.—En el cuerpo del artículo, compara santo Tomás la idolatría con el que tomara el partido por un concurrente, sin derecho, ni siquiera aparente, contra el rey legítimo, a riesgo de trastornar todo el reino.—Podría añadirse: con el que suscitara un antipapa en la Iglesia. Bossuet desarrolla la misma idea en su *Panegírico de san Víctor*, 1.^a parte.

ro Dios, con exclusión absoluta de todo otro culto, fué el primer culto al cual se entregó el hombre. Al principio, dice el autor inspirado de la Sabiduría, no existían los ídolos: *Idola neque enim erant ab initio*¹. Adán, aun después de su caída, y sus primeros descendientes, y los descendientes de sus primeros descendientes, adoraban al Dios eterno, todopoderoso, al cual nosotros adoramos, y a ningún otro. En la época del diluvio, la idolatría no aparecía todavía. *Toda carne había corrompido su camino*; mas esto quiere decir únicamente que las costumbres eran depravadas, en tanto que la fe en el único verdadero Dios, permanecía intacta. Sin entrar en más detalles, digamos tan sólo que, desde la creación del primer hombre, transcurrieron dos mil años hasta la invasión del culto de los ídolos.

Segunda pregunta: ¿Qué causas la produjeron? El Libro de la Sabiduría acaba de decírnos, siquiera por modo implícito, que la idolatría fué muy posterior al culto del verdadero Dios. Por su parte, el Doctor Angélico, inspirándose en muchos textos de este Libro, y comentándolos, va a decírnos cómo y por qué causas fué introducida y acabó por prevalecer².

Primera causa: El amor y el respeto excesivos por los muertos. Inconsolable por la muerte prematura de su hijo, trazó un padre su retrato, y se puso a venerarlo como a un dios; no tardó en encontrar otros hombres que hicieron lo mismo, y de esta suerte, los muertos, cambiados primeramente en manos con auxilio de la adulación, sobre todo cuando se trataba de reyes, convirtiéronse muy pronto en semidioses, y aun en dioses, fueron objeto sus imágenes de un culto religioso, y en la casa, y, en sus tumbas, transformadas en altares, ofreciéronse sacrificios.

1. SAP., XIV, 13.

2. 2, 2, q. XCIV, art. 4 totus.

Segunda causa: El placer vivísimo, por otra parte muy natural, y hasta entonces legítimo, que se experimentaba a la vista de ciertas obras de arte hechas por el hombre. Así, por ejemplo, en torno de un tronco de árbol cortado en el bosque, modelado cuidadosamente, y convertido por un artista en la estatua de un hombre, o en la figura, mediante excelente ejecución, de cualquier ser tomado del natural, sobre todo si lo pintaba de colores que le dieran cierto aire de vida, congregábanse criaturas humanas, llenas de admiración, se prosternaban, quemaban incienso y dirigían peticiones a aquel trozo muerto de madera, pero convertido en dios por una muchedumbre propensa al entusiasmo. A pesar de las apariencias en contrario, no debemos considerar como vana esta causa de idolatría. Aun en plena civilización griega, ¿no decían muy alto los paganos, como nos lo enseña la historia, que el Júpiter Olímpico de Fidias había recibido del artista tanta majestad, que el dios se había hecho más adorable?¹

Tercera causa: El olvido de Dios, cada día en aumento, en la misma proporción en que los sentidos predominaban sobre la razón. De tal modo había hecho y ordenado Dios las bellas y buenas obras de la Creación, que en sí mismas, como en un espejo, o detrás de ellas, como detrás de un transparente, viesen los hombres al Supremo Artista y gran Ordenador, y le adorasen como único Señor y Dueño. En realidad, veían siempre la obra, pero dominados cada vez más por las cosas sensibles, en vez del obrero, que acabaron por no ver, apreciaron tan sólo la obra en sí misma, la tierra, el mar, los ríos, el viento, el fuego, el sol, la luna, todo el cielo estrellado, y dando a cada uno un

1. Apud. BOSSUET. *Du culte des images*, 2.^o fragmento.

nombre propio que lo personificase, los convirtieron en dioses¹; tan verdaderas son estas palabras de la Escritura, y tan al pie de la letra se verificaban: "Por cuanto a las criaturas de Dios se las hizo servir de tentación para las almas de los hombres, y de lazo para los pies de los insensatos; *Creaturae Dei factae sunt in temptationem animabus hominum, et in muscipulam pedibus insipientium*"².

Cuarta causa, en fin, la más impulsiva de todas, la más seguramente seguida de efecto; santo Tomás, a quien seguimos paso a paso en esta exposición, la llama completiva, *consummativa*; tal es la acción del demonio. ¿Hay que asombrarse de ello? ¿No había jurado, en su odio implacable, destronar a Dios? ¿No le había dicho al hombre, casi al día siguiente de su formación, al presentarle el fruto prohibido: *Seréis como dioses*, intentando, desde aquel momento, repartir la divinidad entre muchos³? Metido en este camino de rebelión, ya no se detendrá. Caído del estado

1. CORNEL. A LAP., in cap XIII, v. 2, *Sap.*—¡Ah, cuánto mejor inspirado se nos ofrece san Agustín, cuando interrogando a todas las criaturas, una después de otra, y preguntando a cada una si es su Dios, hace que le respondan: No, yo no soy tu Dios! Interrogavi terram si esset Deus meus, et dixit mihi, quod non; et omnia qua in ea sunt, hoc idem confessa sunt. Interrogavi mare, abyssos et restilium quae in eis sunt, et responderunt: Non sumus Deus tuus, quaere super nos eum. Interrogavi stabilem aerem, et niquit universus ser cum omnibus incolis suis: Fallitur anaximenes, non sum ego Deus tuus. Interrogavi coelum, solem, lunam et stellas: Non nos sumus Deus tuus, inquietum. Et dixi omnibus his, qui circumstant fore carnis meae: Dicite mihi de Deo meo, dicite mihi aliquid de illo. Et clamaverunt, omnes voce grandi: Ipse fecit nos. Interrogavi proinde mundi moleni: Dic mihi si es Deus meus, au non. Et respondit voce fortí: Non sum, inquit, ego, sed per ipsum sum ego. *Soliloq.*, cap. XXXI.

2. SAP., XIV, 11.

3. Dice san Basilio de Seleucia que, al proferir estas palabras, echó Satanás desde el origen del mundo los fundamentos de la idolatría. cf. BOSSUET, *Panegírico de san Víctor*.

de gracia en que había sido creado, pero en posesión de los dones naturales que Dios le había dado, se servirá de ellos para ejecutar su infernal designio; se servirá de su poder para producir hechos sorprendentes, superiores al poder del hombre y a las fuerzas naturales; se servirá de su penetración de los secretos de lo por venir, para formular oráculos y hacer creer que el simulacro en medio del cual los formula, es un Dios, o por lo menos, que en él habita un dios; se servirá de la inclinación que sabe que en el hombre es la voluptuosidad y la codicia, para proponerle, como dioses, seres infames, incestuosos, impúdicos, ladrones, y para persuadirle de que, imitándolos, hace un acto de religión¹. *O altitudines Satanae!* ¡Oh profundidades de Sata-nás! ¿Quién conocerá jamás los muchos artificios de que se vale este espíritu tenebroso para perdernos y, por medio de nuestra pérdida, vengarse de Dios?

Tercera pregunta: Conocemos las causas, por lo menos las principales, del culto de los ídolos; pero ¿cuál ha sido la difusión de ellas en el mundo? ¿hasta qué excesos ha sido llevada esta difusión?; o mejor dicho, para reducir estas dos preguntas a una sola, ¿fué universal? Universal en cuanto al tiempo, no; ya lo hemos dicho y nos complacemos en repetirlo: el primer culto practicado por los hombres fué el culto del verdadero Dios, y durante casi dos mil años, sólo hubo raros

1. El culto de los falsos dioses fué hábilmente sugerido por el antiguo enemigo, a fin de que los hombres apasionados por la impureza, se apresurasen a adorar dioses cuyo culto se confundiera con las voluptuosidades mismas, tan anheladas por estos hombres. S. AUG., *Ciudad de Dios*, lib. II.—BOSSUET dice por modo semejante: "Por qué todos esos dioses, de tan indigna notoriedad, sino para sacudir el yugo del único verdadero Dios, a fin de que, envilecida por modo tan extraño la majestad divina, no tuviese ya el hombre más guía que sus pasiones, que es a lo que se reducían, en último término, todas las invenciones de la idolatría?" *Panegírico de san Víctor*.

casos de idolatría, si es que los hubo. Universal en cuando a los hombres, es decir, en cuanto a los que la profesaron cuando estuvo en vigor, en el sentido absoluto de la palabra, tampoco. Los judíos, pueblo testarudo, que únicamente se plegaba ante la amenaza o el castigo, y muy inclinado a la idolatría, no fueron idólatras más que en raras ocasiones, v. g., al pie del Sinaí, cuando adoraron al becerro de oro¹, y en algunas otras circunstancias; pero a partir de su vuelta del cautiverio, no vemos que lo fueran nunca más. En el seno mismo de la gentilidad, el verdadero Dios no quedó sin testimonio²; contaba en ella, en número mayor de lo que ordinariamente se cree, con fieles adoradores. Job, el idumeo, no servía más que al verdadero Dios³; Abimelech, el cananeo, no juraba más que por el verdadero Dios⁴; Melquisedech mismo, en el país enteramente pagano de Canaán, no sacrificaba más que al verdadero Dios⁵; en tiempo de José, en la corte de Faraón, el verdadero Dios era reconocido como el Dios del mundo entero; sólo mucho más tarde se le llama únicamente *el Dios de los hebreos*⁶; salvemos de un salto casi veinte siglos, y veremos que el centurión romano, Cornelio, con toda su familia, no adoraba más que al verdadero Dios⁷; y así otros muchos, conocidos tan sólo de Dios. Demos un paso más y digamos que aun algunos de los que se entregaban al culto idolátrico, muchos quizás, no desconocían al verdadero Dios. Desconocen los primeros principios de la teología, dice Bossuet, en un escrito que, por la naturaleza

1. EXOD., XXXII.
2. ACT., XIV.
3. LIB. DE JOB.
4. GEN., XXI.
5. Ibid., XIV.
6. EXOD., V Y IX.
7. ACT., X.

de las cosas que en él trata, es propiamente un escrito doctrinal, los que no quieren entender que la idolatría lo adoraba todo, así a Dios como a los otros seres¹. Pero hechas estas excepciones o reservas, ¡qué aberración había invadido al mundo entero! Idólatras eran los egipcios, los caldeos, los asirios, los griegos, los romanos, todos los pueblos, tanto civilizados como bárbaros. Idólatras eran, no solamente el vulgo, sino los letrados, los filósofos, es decir, los mismos que no debieran haberlo sido. Por eso dice san Pablo que Dios los entregó a todos los desórdenes, a todas las pasiones, aun a las impurezas contra natura, porque, glorificándose del nombre de sabios, y, en efecto, lo eran por más de un concepto, por lo que estaban en mejores condiciones para conocer la verdad, no se aprovecharon de su ciencia, ni la comunicaron a los demás². Pero no es esto todo: universal, en cuanto a las personas, lo fué también la idolatría en cuanto a las cosas, ¿Qué quedó por adorar? Esto es lo que explica la gradación siempre descendente, que notábamos hace poco en el texto de la ley prohibitiva del culto de los falsos dioses: "No tendrás otros dioses delante de mí. No harás para ti imagen de escultura, ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra"... es decir que, si ya no lo habían hecho, llegarían a deificar las cosas de lo alto, el sol, la luna, las estrellas, los astros grandes y los pequeños, toda la milicia celeste; luego, ya que el hombre no se sostendría en estas alturas, las cosas de abajo, los hombres, ¡y qué hombres!, con frecuencia los más abominables;

1. Tomo XLIV. El segundo de su correspondencia, p. 345.
2. ROM., I, 20 y sigs.—El orador BAILLET dice: Dios puso por debajo de las bestias a los sabios que ponían las bestias por encima de Dios.

al que los poetas llaman rey del cielo, calificábalo san Cipriano de rey de los vicios¹; después de los hombres, los animales, menos quizás los útiles, como el buey, que los delfínes, como la serpiente y el cocodrilo; después de los animales, los árboles de los bosques, las mismas plantas hortenses, el ajo, la cebolla, el puerro, y de aquí esta satírica observación del poeta: "Felices los pueblos que ven nacer sus dioses en sus huertas"²; tras las criaturas inanimadas, o animadas privadas de razón, las cuales son buenas en sí, o accidentalmente malas, lo que es siempre malo, esencialmente malo, malo por su propio fondo, el vicio; si, el género humano se descarrío hasta el extremo de adorar sus pasiones, sus propios vicios... Y a todos estos dioses, los unos ridículos, los otros infames, todos absolutamente indignos de llevar el nombre incomunicable³, se les levantaban templos, se les erigían altares, se les inmolaban víctimas, se instituían fiestas en su honor. ¡Y qué fiestas! Corramos un velo sobre estos horrores; no había, dice Bossuet, punto alguno en la vida humana de donde el pudor fuese expulsado con solicitud mayor que de los misterios idolátricos⁴...

Cuarta pregunta: ¿Existe todavía el culto de los

1. Cierta cortesana de Roma llamada Flora ganó inmensos tesoros con el tráfico de su cuerpo; habiéndolos dejado en testamento al pueblo romano, éste la convirtió en diosa. L. DE GRANADA, t. IV, p. 496.

2. Felices populi, quibus haec nascuntur in hortis Numina... (INVENAL).—SAN AGUSTÍN no es menos incisivo cuando, hablando del número prodigioso de dioses entre los paganos, dice que los habían colocado en todas partes, en los hogares, en las chimeneas, en los establos mismos, y aun ponían tres para guardar la entrada de una casa, cuando un solo hombre bastaba para este oficio: *Unum quidem domini suae ponit ostiarium et quia homo est, sufficit omnino: tres deos isti (pagani) posuerunt.* *De civit.*, lib. 4, c. VIII.

3. SAP., XIV, 21.

4. Disc. sobre la hist. univ., 2.^a parte, c. XXVI.

ídolos, aun entre cristianos, y en qué forma? Demos eternas acciones de gracias a Nuestro Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, Dios de Dios, verdadero Dios de verdadero Dios, consubstancial con el Padre, uno con el Padre, venido al mundo para deshacer las obras de Satán¹. Por la virtud de su cruz, y a la luz de sus enseñanzas, todos los falsos dioses, como las aves nocturnas a los primeros albores del día, emprendieron la fuga. Mas, porque no veamos ya en nuestras plazas públicas, o en nuestras casas, los ídolos groseros y materiales que adoraba la ciega antigüedad, ¿podemos afirmar que toda la idolatría está extinguida? ¿Por ventura qué son sino una idolatría del espíritu esas doctrinas insensatas y absurdas, panteísmo, materialismo, positivismo, y tantas otras, en las cuales, bajo fórmulas más o menos científicas, más o menos literarias, procuran hacer revivir los sueños más monstruosos del paganismo? ¿Qué es sino una idolatría del corazón ese sensualismo que nos invade por todas partes, y parece ser más que ningún otro la religión del tiempo presente? Sí, esto es verdad: no solamente es idólatra el que, en lugar y en puesto de Dios, hace de una criatura cualquiera su primer principio, sino que también lo es, y no en menor grado, el que, de esta criatura hace su último fin, y en ella pone todas sus aspiraciones... Considerado esto así, ¡cuántos idólatras, aun entre cristianos! Idólatra el avaro, pues sirve al dios Mammón, y de él esperá sus favores². Idólatra el intemperante, el glotón, el beodo, pues sirve al dios vientre³, y, procura hartarse en este servicio. Idólatras el impúdico, el vengativo, el egoísta, el hambriento de gloria. Finalmente, y para decirlo todo de una vez, siendo el pecado

1. I IOAN., III, 8.

2. COLOS., III, 5, y EPH., V, 5.

3. FIL., III, 19.

aversio a Deo, conversio ad creaturas, es idólatra todo el que peca mortalmente; idólatra pasajero, si sale pronto del estado de *aversión a Dios* en que le ha sumido el pecado; idólatra testarudo, si permanece en él. Por eso dice Tertuliano con gran sentido teológico que el crimen de idolatría es objeto total del juicio divino; *tota causa judicii idolatria¹*, por esta razón enteramente verdadera, que todo pecado es una idolatría, o en otros términos, que la idolatría es el pecado universal, y que en este solo pecado están comprendidos todos los demás pecados, siendo éstos como dependencias de aquél.

¡Oh Jesús Salvador, Dios de las virtudes, *Deus virtutum*, acabad vuestra obra! Habéis libertado al mundo de los ídolos de los falsos dioses que lo deshonraban; destruid también el reino del pecado; demasiado ha durado hasta aquí en nuestro espíritu, en nuestro corazón, en todos nuestros sentidos... ¡Sea por siempre jamás aniquilado, a fin de que, ahora, siempre, y hasta el fin de los siglos, seáis Vos nuestro solo y único bien!

1. *De idol.*, a. 1.

PRIMER MANDAMIENTO

SEXTO SERMON

Pecados contra el primer mandamiento. El culto del demonio.

No tendréis otro dios que Yo

Hæc verba eam habent sententiam
conjectam: me Deum verum coles,
alienis diis cultum non adhibebis.
Catech. Rom.

Tras el culto de los ídolos, el culto del demonio. El culto del demonio, ¡qué título para una plática! Pero si este culto ha existido, ¡qué pecado tan enorme, qué crimen tan espantoso contra el primer mandamiento de Dios! Y si este culto existe todavía, bajo una u otra forma, ¡qué utilidad, mejor dicho, qué necesidad, y aun qué urgencia, la de hacer esta plática! Dos preguntas, pues: ¿Existió en tiempos anteriores el culto del demonio? ¿Existe aún en nuestros días? Para contestar debidamente a ellas, y en provecho de nuestros intereses espirituales, Dios nos ayude con su gracia.

Lo hemos dicho ya en la instrucción precedente: el culto idolátrico, casi general, con poquísimas excepciones, en cuanto a los que a él se entregaban, lo era en absoluto en cuanto a las cosas que servían de objeto. El sol, la luna, los astros grandes y pequeños; la

tierra, el mar, los ríos y sus habitantes; entre los hombres, con frecuencia los más abominables; entre los animales, a menudo los más ridículos y dañinos; aun los árboles de los bosques, aun las legumbres de los jardines; es la frase de Bossuet: todo se había convertido en idolatría. Pero veamos: ¿era realmente esto lo que se adoraba? ¿Es posible que los hombres tuviesen tan mezquino entendimiento que tributasesen culto, y más de una vez *el culto supremo*, a seres faltos de razón, o a los que, habiéndola tenido, hicieron de ella uso tan odioso? ¿Quién descifrará este enigma? ¿Quién nos ayudará a penetrar este misterio? En primer lugar, las Sagradas Escrituras, y luego, los Doctores de la Iglesia.

Las Sagradas Escrituras.—Ellas nos dicen que, ya desde el principio, quizás al día siguiente de su formación, el más magníficamente dotado de los espíritus creados, convertido en demonio, aspiró a los honores divinos: Escalaré el cielo; sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono; la altura de las nubes, semejante seré al Altísimo; *In coelum concendam, super astra Dei exaltabo solum meum. Ascedam super altitudinem nubium, similis ero Altissimo*¹. Ahora bien, fácil es creer que no renunció después a su criminal proyecto.—Ellas nos dicen, y la Iglesia nos lo da a leer cada año el primer domingo de cuaresma, que habiendo llegado la plenitud de los tiempos, ofreció el demonio al Hijo de Dios encarnado, que ayunaba y oraba entonces en el desierto, todos los reinos del mundo con sus innumerables riquezas, si en cambio consentía en caer a sus pies y adorarlo; *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me*². Ciertamente, basta un poco de reflexión para concluir que, si el demonio se creyó suficientemente fuerte

1. ISA., XIV, 13, 14.
2. MATTH., IV, 9.

o fué bastante audaz para intentar semejante empreso acerca de Aquel a quien, en verdad, no conocía aún como Dios, pero al cual debía por lo menos considerar como hombre de Dios, superior a cuantos habían aparecido hasta entonces, menos esfuerzos necesitaba, y con mayor facilidad lograba sus fines, dirigiéndose a una infinidad de criaturas humanas, predispuestas ya a ella por su corrompida naturaleza. Las Escrituras son todavía más afirmativas. Recorrámoslas atentamente. En el salmo XCV, dice el Real Profeta: Todos los dioses de las naciones son demonios: *Omnis dii gentium daemonia*¹. En el capítulo XIV del evangelista san Juan, afirma Jesucristo: El demonio es el príncipe de este mundo; *Princeps hujus mundi*². En su primera epístola a los Corintios, declara san Pablo en términos formales que sacrificar a los ídolos, es sacrificar a los demonios mismos: *Quae immolant gentes, daemoniis immolant*³; que comer y beber de lo que ha sido ofrecido a los ídolos, es participar en el culto de los demonios, beber en el cáliz de los demonios, sentarse a la mesa de los demonios: *Nolo vos socios fieri daemoniorum; non potestis calicem Domini liberi es calicem daemoniorum, mensae Domini participes esse et mensae daemoniorum*⁴. El mismo Apóstol va más lejos aún en su segunda epístola a los de Corinto, pues pronuncia la frase hasta entonces sobreentendida: El dios de este siglo, es el demonio: *Deus hujus saeculi*⁵, es decir, como lo interpreta Bossuet, siguiendo a Tertuliano, anteriormente a la venida de Jesucristo, hacía que le elevaran templos, le erigieran altares, le consagraban sacerdotes, le inmolaran

1. PSAL. XCV, 5.
2. IOANN, XIV, 30.
3. I COR., X, 20.
4. Ibid.
5. II COR., IV, 4.

víctimas, le dirigieran plegarias; finalmente, y para resumirlo todo en una frase: Se hacía dios como se haría rey un súbdito rebelde que, por desprecio o insolencia, afectara la misma grandeza que su soberano¹. Sería difícil expresarse mejor.

Han hablado las Escrituras. A su vez los Doctores de la Iglesia, sobre todos los Padres antiguos, los mismos que, durante los tres primeros siglos de la era cristiana, hicieron, como es fácil comprender, del culto idolátrico el asunto más corriente de sus escritos, van a hablar ahora. ¿Qué es lo que dicen? ¿Desconocieron la universalidad de ese culto? No ciertamente, pues era un hecho demasiado palpable, lo veían con sus propios ojos, y el paganismo tardó mucho en desaparecer. ¿Negaron acaso los hechos sorprendentes, prodigiosos, y aun nos atreveríamos a decir milagrosos, si no supiéramos que sólo Dios puede hacer milagros en el sentido riguroso de la palabra, que veían en todas partes en que los ídolos eran adorados? De una manera general, no, ni mucho menos². Como hombres perspicaces que eran, sabían distinguir muy bien lo verdadero de lo falso, los testimonios auténticos de la historia, de las fábulas inventadas por la fantasía; por otra parte, estaban demasiado versados en la ciencia de las Escrituras para ignorar el poder del demonio sobre las criaturas de orden inferior: su penetración de espíritu, que lo hace apto para ver claramente, en las causas, efectos todavía muy lejanos; su agilidad, que le viene de su naturaleza enteramente espiritual y le permite salvar, en un abrir y cerrar de ojos, grandes distancias, y

1. BOSSUET, *Sermons*.

2. Al revés de los racionalistas, que todo lo niegan, aun los hechos mejor probados. Es que el diablo sabe muy bien ocultarse bajo una forma científica o de otra manera, y aun hacerse olvidar enteramente siempre que le convenga.

sobre todo, su malicia, *spiritualia nequitiae*, que le impulsaba a volver contra Dios, en cuyo celoso concurrente se había convertido, como ya lo hemos dicho, desde el principio, y contra el hombre, para arrastrarlo en su propia ruina, los dones maravillosos, que conservó, aun después de su caída. Así, pues, evocaciones seguidas de efecto; voces misteriosas en los templos, oráculos manifestados por los sacrificadores, o por los mismos simulacros, justificados más de una vez por los acontecimientos; movimientos y agitaciones de la sacerdotisa en Delfos, o en otras partes, considerados como divinos por los concurrentes; objetos insensibles por su propia naturaleza, animándose, moviéndose, trasladándose de un lugar a otro, como si tuviesen vida¹; cosas todas, y muchas otras aún, por lo menos en su generalidad, que los Padres antiguos tenían por reales e históricamente verdaderas. De aquí que todos los esfuerzos de su argumentación se redujeran a demostrar que semejantes prodigios, muy propios por sí mismos para descarriar a los pueblos, y, en efecto, los descarriaban, eran obra, no de tal o cual de sus dioses, a los cuales ellos los atribuían, sino del demonio mismo, y de nadie más, y que de hacerlos, según el poder de que al efecto disponía, nada menos se proponía que usurpar el culto supremo de adoración que sólo es debido a Dios². Sí, exclamaba Tertuliano—único de los

1. EXOD., VII, 11.—Véase también sobre el poder de los demonios a S. AGUSTÍN, *Ciudad de Dios*, lib. XVIII, c. XVIII.

2. Los textos, muy numerosos por cierto, de los Padres antiguos sobre este asunto, resúmelo así un teólogo distinguido de nuestro tiempo. CLEMENTE MARC: Idolatria gentium es daemonum cultus, quia testante S. Scriptura: Omnes dii gentium daemonia, ps. XCV. Quidquid enim gentes colebant, in idolis colebant; sub idolis delitescebant daemones qui se colendos exhibuerunt hominibus, per ella dando responsa, et faciendo talia quæ mirabilia videbantur hominibus. Ita SS. Patres et Doctores (CLEMENTE MARC, n. 557).

antiguos Padres cuyas palabras queremos recordar, para no extendernos sobre este asunto más de lo conveniente,—dirigiéndose a los adoradores de los falsos dioses; sí, esto es lo que debe ser; vuestros dioses son demonios; y para mostrároslo con una experiencia, la más convincente posible, llevad ante vuestros tribunales, y a la faz de todo el mundo, un hombre notoriamente poseído del demonio, y que uno de los nuestros, es decir, un cristiano cualquiera, sea llevado también ante vuestra presencia y ordene hablar al espíritu; si este espíritu no confiesa públicamente, en términos clarísimos, no atreviéndose a mentir a un cristiano, estas dos cosas, que es verdaderamente demonio, y que, además, se da falsamente por Dios, al punto, y sin otro procedimiento, haced morir a ese cristiano temerario, que no ha sabido sostener prácticamente una promesa tan extraordinaria... ¡Ah hermanos míos, continúa Bossuet, pues de esta fuente hemos tomado la cita que acabásis de oír del gran Apologista, qué alegría para los cristianos oír semejante proposición, hecha con tanta resolución y con tal seguridad por un hombre tan dueño de sí mismo, tan serio, y verosímilmente con el consentimiento mismo de toda la Iglesia, cuya inocencia defendía!

Pero terminemos. Resuelta la primera pregunta, esto es, que el culto del demonio existió en la antigüedad, pasemos a la segunda: ¿Existe aún en nuestros días?

¿Existe el culto del demonio en nuestros días? Tal como existía antes de la venida de Jesucristo, no existe. Esto es evidente. Entre nosotros, nada de templos de ídolos ni de oráculos como antes, nada de augurios ni de artíspices, nada de fuentes sagradas, ni de dioses, ni en las aguas, ni en los bosques, ni en los aires, ni en

i. TERTUL., *Apologet.*, n. 28.—BOSSUET. *Sermones*.

ninguna parte; el Olimpo está vacío; el viejo paganismos, en cuanto a culto, está muerto, bien muerto. Juliano el Apóstata, que quiso resucitarlo, vióse obligado a confesar su derrota, y, en efecto, lo confesó con palabras que todo el mundo recuerda “¡Vencistes Galileo!”

Pero si el paganismo, que no era más que el culto del demonio, desapareció, y para siempre, bajo su forma antigua, ¿quiere esto decir que no existe, hoy bajo otra forma mitigada y discreta? Planteada así la cuestión, ya no somos tan afirmativos, ni podemos serlo. Pero expliquemos nuestro pensamiento.

Más de veinte pasajes de la Escritura dan testimonio de que en el pueblo escogido, existieron ciertas prácticas que no son ciertamente paganismos puros, pero que de él derivan; v. g., la magia, o la ciencia de hacer cosas, sorprendentes que superan con seguridad las fuerzas del hombre y de la naturaleza; el maleficio, o acto por el cual se usa de esta ciencia para causar mal a otro, ya en el cuerpo, ya en el alma; la adivinación, o arte de conocer lo por venir sirviéndose de medios todos malos, porque el conocimiento de las cosas futuras que dependen de nuestro libre albedrío o de la voluntad de Dios, es un dominio que Dios se ha reservado para sí solo. Así, vemos en el Exodo: Pena de muerte contra quien use de maleficios o encantamientos¹; en el Levítico: Pena de muerte, y de muerte por lapidación, contra todo hombre o mujer que se entregue a la adivinación²; en el Deuteronomio: No se halle entre vosotros ni encantador, ni quien pida consejo a los que tienen espíritu pitónico y a los astrólogos, ni quien intente averiguar por medio de los difuntos la verdad; porque todas estas cosas las abomina el Señor: *Omnia enim haec abominatur Dominus*³.

1. EXOD., XXII, 18.—2. LEVIT., XIX, 31; XX, 27.

3. DEUT., XVIII, 11, 12.

Que esas mismas prácticas, bajo ciertos aspectos, diabólicas, lo repetimos, porque, como lo enseñan la Iglesia y sus Doctores, cuantos a ellas se dedican son, con justa razón, sospechosos de tener, más o menos explícitamente, comercio con el demonio, ya porque le invoquen, ya porque tengan con él un pacto que los ligue¹; que esas mismas prácticas hayan pasado del pueblo judío o del paganismo, aunque muerto a países cristianos, no es posible ponerlo en duda; la historia de la Iglesia y la misma historia profana, los sabios tratados de los teólogos sobre la materia, y mejor aún, las penas decretadas por los papas y por los concilios contra los culpables, dan fe de ello. Pero ¿qué hay en ello actualmente? Y puesto que a esta pregunta: ¿Existe hoy en día el culto del demonio?, hay que dar una respuesta, ¿qué respuesta daremos?

Daríamos cualquier cosa porque fuese negativa. Pero ¿es posible que lo sea en realidad? ¿No es, por lo contrario, manifiesto que la antigua magia, la antigua adivinación, el antiguo maleficio no han desaparecido más que para dar lugar a una nueva magia, a una nueva adivinación, a una nueva ciencia perjudicial, en una palabra, a nuevas formas del culto del demonio²?

Por ejemplo, el magnetismo, y los efectos que produce, sobre todo si se lleva a límites extremos: leer con los ojos vendados, y aun por órgano distinto del visual natural, ver lo que sucede a larguísimas distancias, como si se tuviera a la vista, hablar lenguas no estudiadas, tratar asuntos de los cuales no se tiene la menor noción, indicar de qué enfermedad está atacada tal o cual persona que no se conoce, ni se ha visto jamás... ¿quién

1. S. THOM., 2, 2, q. XCIV y sigs.

2. Véase GARY., n. 276 y sig.

se atreverá a decir que estas cosas no son diabólicas, ni equivalen a las antiguas operaciones mágicas¹?

Tras el magnetismo, el espiritismo. Son mesas que se mueven, que hacen ciertos signos convencionales, y aun que escriben son interrogadas, y responden, según las preguntas, o sobre cosas pasadas, o sobre cosas presentes, o sobre cosas futuras, y con más frecuencia sobre cosas del otro mundo. A creerlos a ellos, el espíritu que habla por su medio, es uno de los ángeles buenos, o, por lo general, el alma de un muerto... No, mil veces no, estad seguros de ello: es el mismo demonio el que habla, y nadie más; el demonio, que se ha dedicado a reanimar la nigromancia de los siglos idólatras; el demonio, que renueva hoy una vieja práctica antigua; siendo demonio, quiere hacerse pasar por una alma santa: *Frecuenter daemones simulant se esse animas mortuorum ad confirmandum gentilium errorem*².

Pero no es todo esto. He aquí que escritores, literatos, poetas, novelistas, dramaturgos, han acometido la empresa de amnistiar, de rehabilitar, de casi glorificar al demonio, en los siglos pasados tan aborrecido, y tan digno de serlo siempre: Hay mucha equivocación sobre este asunto, dicen; se le ha calumniado con exceso, vale él más que su reputación, es más digno de piedad que de censura, no ha perdido todo derecho a cierta simpatía: *Es un revolucionario desgraciado que seguramente triunfará con el progreso de las luces y de la civilización universal*³... Mas otros no se contentan con escribir,

1. Véase GURY, n. 273 y sig.

2. S. THOM., 1, q. CXVII, art. 4, ad 2.

3. RENÁN. Véase en el cap. XXX del *Traité du Saint-Esprit* del abate GAUME, otros textos, más impíos todavía de Schelling, Michelet, Quinet, etc. Pero de todos los devotos del demonio, el primero es PROUDHÓN: *Satanás es el muy amado de su alma...* Proudhón es lógico. Sí, según él, Dios es el mal, Satanás ha de ser el bien.

sino que obran, no a la luz del día, sino en la sombra, no aisladamente, sino en comunidad y con esfuerzos concentrados. No los nombraré, pero los designaré suficientemente. Celebran conventículos, o reuniones obligatorias; están ligados por terribles juramentos; cuentan con una jerarquía muy bien organizada y rigurosamente graduada; celebran ceremonias rituales y tienen signos en cierto modo sacramentales y una consigna, es decir, un fin bien determinado: *la abolición por siempre jamás del catolicismo, y aun de la idea cristiana*¹, por consiguiente, del culto del verdadero Dios... Ahora bien, ¿qué significa todo esto? ¿qué quiere decir esto? ¿Qué es esa literatura, de la cual tan sólo hemos recordado los propósitos menos abominables, pues tiene otros muchos más irritantes? ¿Qué es todo ello sino una manera de culto del demonio? ¿Qué son todas esas sociedades tenebrosas, cualquiera que sea el nombre con que se adornen, o el disfraz con que se cubran? ¿Podemos decir de sus secuaces otra cosa que lo que decía Pío IX, de gloriosa memoria, a mediados del siglo XIX, a saber, que tienen por padre al diablo y hacen lo que hace su padre: *Clandestinarum societatum gregales, in quos profecto verba illa cadunt divini Redemptoris: Vos ex patre diabolo estis, et opera patris vestri vultis facere*²...

Concluyamos. Es, pues, demasiado verdad que el culto del demonio ha existido siempre. Puede decirse de esta herejía la herejía demoniaca, lo que se dice de todas las otras, sus hermanas primogénitas: Las formas cambian, pero el fondo permanece. ¿Prevalecerá? No.

1. Palabras textuales de uno de los más altos dignatarios de este tenebroso imperio en 1819. Desde entonces, estas mismas palabras textuales, u otras absolutamente equivalentes, han sido repetidas centenares de veces.

2. Alocución de 9 de Diciembre de 1854.

jamás. Cuando lleguen los últimos tiempos del mundo, en los cuales el Malvado creerá seguro su triunfo, será vencido por siempre jamás¹. En cuanto al tiempo presente, ¡qué conjuración contra el Señor y contra su Cristo! ¡Qué complots tan admirablemente urdidos! ¡Qué ataques tan hábilmente dirigidos! Ocurre ahora lo que se dice en el salmo segundo: *Astiterunt reges terrae, et principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus*²... Nosotros, los celadores del verdadero Dios, agrupémonos para reñir el buen combate. Al grito de odio, lanzado antes por el judío furioso, y convertido hoy en grito de guerra: No queremos que éste reine sobre nosotros; *Nolumus hunc regnare super nos*, opongamos la frase de san Pablo, y hagamos de ella nuestra contraseña: Es preciso que reine; *Oportet autem illum regnare*; es preciso que reine desde ahora, aun antes que haya puesto todos sus enemigos a sus pies, y los haya reducido a la imposibilidad de perjudicarle: *Oportet autem illum regnare, donec ponat omnes mimicos sub pedibus ejus*³...

1. THESS, II, 8.

2. PSAL., II, 2.

3. I COR., XV, 25.

PRIMER MANDAMIENTO

SEPTIMO SERMON

Pecados contra el primer mandamiento. **Falso culto del verdadero Dios**

No tendréis otro dios que Yo

Superstitio est vitium religioni oppositum, quia exhibet cultum divinum, vel cui non debet, vel eo modo quo non debet.

S. THOM., 2, 2, q. XII, art. 1

El Doctor angélico santo Tomás y todos los teólogos enseñan que de dos maneras puede pecarse contra el primer mandamiento de Dios. Primera, tributando a una criatura, de cualquier orden que sea, dotada de razón o irracional, animada o inanimada, el culto supremo que únicamente a Dios es debido, v. g., el culto de los ídolos, el del demonio, con sus derivados, la magia, el maleficio, la adivinación, de la cual hemos hablado ya en las dos precedentes instrucciones. Segunda, rindiendo tan sólo a Dios el culto que, en verdad, le corresponde, pero por medios ilegítimos y prácticas que El no aprueba. Este culto, justo por el fin que se propone, pero vicioso en cuanto al modo que emplea, se llama *culto falso del verdadero Dios*. Vamos a decir por qué lo llamamos así. Dios nos ayude con su gracia.

En primer lugar, llamamos *culto falso del verdadero Dios*, y lo calificamos al punto de pecado gravísimo, a todo culto en el cual, aun cuando tenga el verdadero Dios por objeto, se introduce, una mentira, una falsoedad, o tan sólo alguna exageración notable, ya que, como dice santo Tomás, siguiendo a san Agustín, nunca es tan perniciosa la mentira como cuando ataca a la religión en sí misma: *Mendacium maxime perniciosum est, quod fit in his quae ad christianam religionem pertinent*¹. Por ejemplo, es *culto falso del verdadero Dios*, o por lo menos hay peligro de que lo sea, servirse de una liturgia distinta de las aprobadas, o, para llegar hasta el extremo, toleradas por la Iglesia, porque si bien la Iglesia universal es infalible en esta materia referente al modo de honrar a Dios, no lo es una iglesia particular, o que se tenga por tal, y puede dejar que se deslice algún error en los ritos que adopte u ordene. Es *culto falso del verdadero Dios* ejercer las funciones de un Orden sagrado al cual no ha sido uno promovido por ordenación legítima, ya que, como lo dice san Pablo en su hermosa Epístola a los Hebreos: Nadie se apropie esta dignidad si no es llamado de Dios, como Aarón; *Nec quisquam sumit sibi honorem; sed qui vocatur a Deo, tamquam Aaron*². Es *culto falso del verdadero Dios* exponer en una iglesia, sitio propio para el culto divino, una estatua, imagen, representación o símbolo, que pueda inducir a cualquier doctrina falsa, o dar ocasión a que personas poco instruidas caigan en algún error peligroso; por eso el Concilio de Trento prohíbe que nadie exponga ninguna imagen extraordinaria y nueva en parte alguna, y menos en ninguna iglesia, cualquiera que sea el privilegio de

1. S. THOM., 2, 2, q. XCIII, art. 1.
2. HEB., V, 4.

que, por otra parte, goce, sin la aprobación del obispo¹. Es *culto falso del verdadero Dios* invocar públicamente como santos, a personajes que no lo son, o sobre los cuales la Iglesia no se ha pronunciado todavía; popular revelaciones, apariciones, visiones falsas, o por lo menos equívocas; publicar ciertos milagros de autenticidad dudosa, y darlos por verdaderos, cualquiera que sea el fin que se propongan; exponer a la veneración reliquias de procedencia sospechosa, y con mayor razón las que no podrían recomendarse por alguna probabilidad. Hacer esto, o algo parecido, sería un acto de falsario, dice muy exactamente santo Tomás². De aquí que la Iglesia, único juez competente en todo lo relativo a la integridad de las creencias y al honor del culto, prohíbe que se admitan nuevos milagros, nuevas reliquias, como en nombre de ella se expresa el mismo santo Concilio, a menos que el obispo las haya examinado y aprobado; y añade: Tan pronto como tenga noticia de ello, solicitará la opinión de teólogos y otras personas religiosas, y resolverá lo que juzgue más conforme a la verdad y a la piedad³... En vista de esto, ¿quién se atreverá a afirmar, sin mentir a los demás y a sí mismo, que la Iglesia fomenta la superstición? Pero todavía hay otro ejemplo que queremos añadir a los precedentes. Es *culto falso del verdadero Dios* servirse, aun hoy en día, para honrar al solo y único verdadero Dios, de ritos y ceremonias del culto judío: *In tempore novae legis, peractis jam Christi*

1. Statuit S. Synodus nemini licere ullo in loco, vel eccllesia, etiam quomodolibet exempta, ullam insolitam ponere vel ponendam curare imaginem. Sess. XXV. *De invocatione, veneratione et Reliquiis sanctorum, et Sacris Imaginibus.*

2. S. THOM., 2, 2, q. XCIII, art. 1.

3. Adhibitis in concilium theologis, et aliis viriis piiis, ea faciat quae veritati et pietati consentanea judicaverit. *Ibid.*

*mysteriis, uti caeremoniis veteris legis*¹... no ciertamente porque este ejemplo sea más propio que los otros para establecer lo que queremos demostrar, sino porque nos proporciona la ocasión, que quizás no encontríamos ya, de expresar la diferencia enteramente característica entre estas dos leyes, de que tanto se habla en los catecismos de la infancia y en las pláticas parroquiales, entre la antigua y la nueva ley. Una y otra fueron establecidas por Dios; una y otra tienen el mismo objeto, esto es, Cristo Redentor, pero difieren en que—reténgase esto bien, pues hay peligro, en caso contrario, de no saber por qué es uno cristiano, y no judío—la una, la ley antigua, anuncia, predecía a Cristo Redentor que había de venir, y todo iba encaminado a este fin: *in figuris omnia contingebant illis*, en tanto que en la otra, en la nueva ley, así los ritos sacramentales como las ceremonias y todo el culto convergen en Cristo Redentor, que ya ha venido y reina por los siglos de los siglos. Por consiguiente, y a fin de no apartarnos demasiado de nuestro objeto, no hay nadie, ni siquiera un niño, que no comprenda que, a la hora presente, en pleno cristianismo, bajo la ley evangélica que nos rige, querer judaizar, es decir, querer honrar a Dios y servirle *al modo judío*, por la circuncisión, por la manducación del cordero pascual, por la inmolación al tal o cual víctima ritual, sería un contrasentido, equivaldría a la sustitución de la cosa figurada por la figura, de la realidad por la sombra, de la verdad por la mentira; sería lo mismo que decir que, a pesar de haber venido el Redentor hace ya diecinueve siglos, hay necesidad de esperarlo, como si todavía estuviere por venir, y suspirar por El a la manera de los antiguos profetas. Por consiguiente—esta segunda con-

1. S. THOM., *Ibid.*

2. I COR., X, 11.

clusión es consecuencia de la primera,—no hay nadie, ni siquiera un niño, que no comprenda cuán equivocados andaban, entre los primeros judíos convertidos al cristianismo, los llamados *judaizantes*, es decir, los que, llamándose cristianos, y siéndolo, en efecto, y cumpliendo sus deberes, querían, a pesar de todo, que se observasen los ritos ceremoniales de la antigua ley, sobre todo la circuncisión, y hacer de los dos cultos, aunque relativos a edades diferentes y a dos órdenes de cosas igualmente diferentes, uno solo. Tal fué la primera de las grandes herejías. Si el cristianismo no hubiera sido divino, lo hubiera ahogado en su germen. Para destruirlo, fué preciso que los Apóstoles pusiesen en juego toda su autoridad, que se reuniese en concilio, el de Jerusalén, la primera de las asambleas conciliares, que interviniere san Pedro en persona, en calidad de papa; finalmente, que san Pablo, viendo que el error, aunque condenado, persistía, escribiese su incomparable Epístola a los Romanos, la cual, aunque el Espíritu Santo no la hubiese inspirado, sería siempre, por su incontrastable argumentación, uno de los más hermosos monumentos del espíritu humano¹. Pero sigamos, pues mucho nos queda que decir todavía.

En segundo lugar, llamamos *culto falso del verdadero Dios* a todo culto en el cual, aunque tengan por objeto al verdadero Dios, se introduzcan cosas inútiles, superfluidades que lo desnaturalicen y lo conviertan más que en un culto en un remedio de culto. Pero ¿cuáles son estas cosas inútiles, estas superfluidades? La respuesta nos la dará santo Tomás con los

1. ¿Hacemos mal en extendernos sobre estas cosas? No lo creemos; en el curso del año litúrgico, hay numerosas epístolas de san Pablo que, sin estas nociones, casi serían incomprendibles para los fieles.

principios generales que sienta: El culto del verdadero Dios está ordenado a procurar a Dios la gloria que le pertenece, a elevar nuestro espíritu a las realidades de un orden superior, a purificar nuestro corazón regulando sus inclinaciones, a refrenar la carne combatiendo sus malas inclinaciones; de tal suerte que todo culto, añade, que no se encamine a alguna de estas cosas, que no tenga relación alguna con el honor debido a Dios, que abandone el espíritu a sus ideas terrenales, el corazón a sus efectos desordenados, y la carne a sus bajas codicias en vez de arrancarlos de ellas es un culto inútil y superfluo, porque, no glorificando a Dios, ni perfeccionando al hombre, no es nada de lo que debe ser el verdadero culto. *Si autem aliquid fit, quod quantum est de se, non pertinet ad Dei gloriam, neque ad hoc quod meus feratur ad Deum, aut quod carnis concupiscentiae inordinatae refrarentur, totum hoc reputandum est superfluum: quia in exterioribus solum consistens, ad interiorem Dei cultum non pertinet*¹. No es posible expresarse mejor.

Veamos ahora las aplicaciones que pueden hacerse de estos principios que acabamos de sentar, principios cuya exactitud no podía dejar de reconocer el más elemental buen sentido.

El culto superfluo, por simulacro de culto verdadero, era el de muchos judíos en tiempo de Jeremías. Poco cuidadosos de guardar la ley, o mejor dicho, violándola de buen grado, aun en sus puntos esenciales, con tal que dijesen: El templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor, se creían en paz con el Señor: *Templum Domini, templum Domini, templum Domini est*², en tanto que el Profeta no cesaba de gritar: No, no, eso no es así; por cuanto deshonráis

1. S. THOM., 2, 2, q. XCIII, art. 2, *in corp. art.*
2. JEREM., VII, 4.

al Señor, no os salvará el templo del Señor, sino que os sucederá lo que a nuestros hermanos de Efraim, que el Señor os arrojará de su presencia: *Et projiciam vos a facie mea sicut projeci omnes fratres vestros, universum semen Ephraim*¹.

Este culto superfluo, enteramente externo, y, si me atreviera a decirlo, enteramente de ostentación, era el de los fariseos en tiempo de Jesucristo. Estos nos son más conocidos que los anteriores. Interpretar falsamente la ley, encerrarla en un formalismo extremo, añadirle tradiciones sin fundamento, varias observancias, a riesgo de asfixiarla bajo esta carga, como ayunar fuera de sazón, darse lociones en todo el cuerpo varias veces del día, a pretexto de piedad, pagar escrupulosamente el diezmo de las menores hierbas, hacer interminables oraciones, en un rincón de las calles, por simple alarde, con un fin interesado... en esto consistía, y en otras cosas semejantes, toda su religión. Por eso dice Nuestro Señor, y para que no lo ignoremos nos lo hace leer la Iglesia cada año en el quinto domingo después de Pentecostés: Si vuestra justicia no es más abundante que la de los escribas y los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos: *Nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Pharisaeorum, non intrabitis in regnum coelorum*².

Pero de hecho, y por desgracia nuestra, obramos como si no supiéramos. El fariseísmo subsiste siempre en cuanto al fondo; únicamente cambian las formas. ¡Cuántos cristianos—quisiera excusarlos, pero ¿es posible?—sacrifican, pues, lo principal, y aun lo esencial del culto divino, para retener únicamente lo accesorio, o tan sólo la apariencia! Sí, sin duda alguna que adoptar tal oración, tal devoción, tal ejercicio piadoso, con

1. *Ibid.* v. 15.

2. MATTH., V, 20.

tal que sea una verdadera oración, una verdadera devoción, un verdadero ejercicio piadoso, es cosa excelente; rezar el rosario, llevar el escapulario, visitar tal santo, tal santuario justamente renombrado, afiliarse a tal cofradía y a tal otra, son hechos laudables. Decía san Francisco de Sales: Ingreso en todas las cofradías que conozco, porque nada hay que perder en ellas, y sí mucho que ganar mediante la comunicación de las oraciones y de las buenas obras. No espero ir al infierno, añadía, pero temo mucho al fuego del purgatorio, y aun podría permanecer en él mucho tiempo, si estas buenas almas no me sacaran de él¹. Finalmente, y para penetrar más hondo en lo vivo de los usos religiosos, guardar cuidadosamente la vela de la Candelaria, recibir la ceniza, *in capite jejunii*, la palma bendita el Domingo de Ramos, todo esto lo aprueba la Iglesia, y aun nos exhorta a ello, de lo cual da fe su liturgia, y a ello van unidas muchas gracias espirituales y temporales. Pero si hacéis estas cosas, buenas en sí, pero secundarias, porque no son más que de consejo, y, en contra de la recomendación de Nuestro Señor: *Haec oportuit facere et illa non omittere*, omitís estas otras, en verdad muy importantes, ya porque son de precepto, ya porque interesan más de cerca a la gloria de Dios y a nuestra santificación, v. g., tal ayuno de Cuaresma, tal observancia del domingo, tal confesión anual, tal comunión pascual, ¿creéis que las primeras, si no se apoyan de las segundas, os procurarán la gracia? Esto equivaldría a olvidar las palabras de Jesucristo: Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos, o el vigoroso apóstrofe de Jeremías a los judíos de su tiempo: Decís: el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor, y yo os grito: Si no cum-

1. *Le culte de la sainte Vierge*, por A. EGRÓN p. 200.

plís la ley del Señor, el templo del Señor no os salvará¹...

Pero no es esto todo, sino que debo decir algunas palabras sobre las supersticiones, restos impuros del paganismo, que viene a colocarse en los flancos del gran culto del verdadero Dios, como las plantas parásitas, en el tronco de los grandes árboles. Veamos: a pretexto de yo no sé qué sentimiento religioso, vago, flotante, inspirado por un temor que nada justifica, o por una confianza sin fundamento, ¿son demasiado pueriles y aun irracionales? Prestáis fe a los sueños, fantasmas nocturnos que suceden a las preocupaciones de la vigilia; atribuís cierta eficacia medicinal a tal o cual hierba, si se coge en tal fiesta, antes de salir el sol; teméis como mal presagio tal día de la semana, tal día del mes, tal encuentro fortuito, o el canto de tal pájaro; creéis leer en los secretos de lo por venir, en las líneas de la mano, o en las cartas, como si la naturaleza, al trazar aquéllas, y el artista, al pintar éstas de negro o amarillo, de verde y de rojo, les hubiera infundido una virtud profética²...

Pero ya es hora de acabar; y, para hacerlo útilmente, con una conclusión general que contenga el sermón de hoy y los precedentes, nos ayudará el capítulo cincuenta y cinco del hermoso tratado de san Agustín sobre la *verdadera religión*: ¿A quién atribuiremos el culto de suprema adoración? ¿A las vanas ideas que nos pasen por la mente? No. *Non sit nobis religio in phantasmibus nostris*, porque la me-

1. MATTH., XXIII, 23.

2. La mayoría de los teólogos recomiendan a los curas, predicadores y catequistas que sean breves en esta materia: *Brevem habeant sermonem de iis (superstitionibus) quae in sua regione notae sunt, ne potius eas adoceant, quam ab eis avertant*, GURY, n. 272.

nor partícula de verdad vale más que todas esas fantasías—¿A las obras de los hombres? No: *Non sit nobis religio in humanorum operum cultus*. ¿Por qué título serían adorables, si los que las hacen no lo son?—¿A la tierra, al agua, al aire, más sutil que el agua? No: *Non sit nobis religio terrarum cultus, et aquarum, nec etiam purioris aeris*. ¿Adoramos al fuego, superior a todo esto? El fuego, que encendemos y apagamos a voluntad, ¿es Dios?—¿A los animales salvajes y domésticos, a la manera de los egipcios y otros pueblos? No: *Non sit nobis religio bestiarum cultus*, porque el más insignificante de los hombres vivientes supera en excelencia a la más magnífica de las bestias, y, ello no obstante, no lo adoramos.—¿A los hombres muertos? Menos que a los vivos: *Non sit nobis religio hominum mortuorum*; si vivieron mal, nada les debemos; si vivieron bien, bueno será honrarlos imitándolos, pero adorarlos, no, porque la religión lo prohíbe—Si no adoramos a los hombres, ¿adoraremos a los demonios? Menos todavía, mil veces menos. *Non sit nobis religio daemonum cultus* porque sería para nosotros gran pecado y gran vergüenza, y, para ellos, vano triunfo, que tenemos obligación de impedir.—¡Ah! ya os entiendo: ¿a los ángeles? Ni siquiera a los ángeles!: *Non sit nobis religio angelorum cultus*, ya porque no lo quieren, testigo de ello el ángel que no toleró que san Juan se postrase a sus pies¹, ya porque no pueden quererlo, pues, si bien son muy superiores a nosotros, no tienen origen distinto de nosotros: *Non enim aliunde angelus, aliunde homo*.—¿A quién, pues? A vos ¡oh Dios mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Dios único, de quien, por quien, en quien son todas las cosas, únicamente a Vos debemos adorar: *Unum Deum, ex quo*

1. APOC., XXII, 9.

*omnia, per quem omnia, in quo omnia, ipsi gloria in
saecula saeculorum! Amen¹.*

1. ROM., XI, 36.—Hemos abreviado mucho este capítulo de san Agustín; leedlo todo entero.

PRIMER MANDAMIENTO

OCTAVO SERMON

Pecados contra el primer mandamiento. El sacrilegio

No tendréis otro dios que Yo

Omnis virtus moralis in medio consistit. Et ideo duplex vitium virtuti religionis (quae est virtus moralis) opponitur: unum quidem secundum excesum, aliud autem secundum defectum.
S. THOM., 2, 2, q. xii, art. 1

Continuamos el primer mandamiento de la ley de Dios, pero tocamos ya a su término.

Se peca contra el primer mandamiento por exceso o por defecto. Si se engaña el sentimiento religioso en cuanto al objeto, o al modo, se peca por exceso; v. g., el culto de los ídolos, el culto del demonio, los cultos falsos del verdadero Dios. En nuestras precedentes instrucciones, hemos hablado suficientemente de estos diversos cultos, todos violadores, por exceso, del primer mandamiento. Por lo contrario, cuando en vez de equivocar el camino y extraviarse, falta el sentimiento religioso, ya totalmente, ya por lo menos parcialmente, se peca por defecto; tal es, en general, la irreligión, y, en particular, la tentación de Dios, es decir, la prueba a la cual se somete a Dios, y, si puedo expresarme así, la experiencia que de El se hace, como si se dudase de

su bondad, o de su sabiduría, o de su poder; tal es también la simonía, o tráfico de las cosas santas, como si sólo fueran estimables a precio de dinero; tal es, en fin, el sacrilegio, del cual únicamente, como pecado quizá más grave que los precedentes, y sobre todo más frecuente, vamos a ocuparnos en esta instrucción. Dios nos ayude con su gracia.

Empezamos diciendo que por la palabra *sacrilegio* entendemos, con todos los teólogos, la profanación de lugares, personas o cosas consagradas a Dios y a su culto.

Lugares consagrados a Dios y a su culto, son principalmente las iglesias, las capillas públicas, los cementerios bendecidos. Ahora bien, se profanan los cementerios bendecidos inhumando en ellos algún infiel, algún excomulgado, o también un niño sin bautizar; se profanan las iglesias y capillas públicas, si se entra en ellas por fractura, si se las saquea, si uno roba de ellas una cosa sagrada o aun no sagrada, pero confiada a su guarda; si las incendian, si se hace uno culpable en ellas, ya de muerte, ya del pecado externo de lujuria; si se introducen tumultuarimente en ellas; si se comercia en ellas; si se ponen en ellas mesas para comer; si se transforman en pretorios para oír en ellas testigos, o demandas, y dar sentencias en materia civil o criminal. Todo el mundo tiene presente aquella página del Evangelio en la cual se nos aparece Jesucristo, armado de un látigo de cuerdas, expulsando del Templo a los vendedores y cambiantes que allí se hallaban, echando por tierra sus mostradores, y diciendo: Esta casa, la casa de mi Padre, es una casa de oración, y vosotros la habéis convertido en casa de tráfico, y, con los fraudes que en ella cometéis, en caverna de ladrones¹... ¿Ha-

1. MATTH., XXI, 13.

brá necesidad de añadir que es una falta de respeto más o menos grave, si no ya una profanación, estar en la iglesia sin recogimiento, sin modestia, reir y hablar en ella, tratar asuntos privados, desplegar un lujo que me atrevería a llamar escandaloso, como para atraer adoraciones sólo a Dios debidas, o de hacer oír en ella, a pretexto de religión, o quizás con un supuesto fin caritativo, tal canto, tal pieza de música, tal concierto, tales instrumentos, que tendrían su puesto señalado en un teatro, o en una asamblea mundana?

Personas consagradas a Dios y a su culto son los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los ministros inferiores, comprendidos en éstos los que todavía no han dado más que el primer paso en la clericatura¹, pero de los cuales constituye ya el Señor la parte escogida por ellos. A todos ellos se agregan los religiosos y las religiosas de cualquier orden que sean, explícita o implícitamente aprobada². Finalmente, toda persona perteneciente a Dios, ora por ordenación regular, ora por virtud de un culto, aun cuando no sea más que el simple de castidad³. Ahora bien, estas personas sagradas, por cualquier título que lo sean, quedan profanadas, si se las golpea, se las mutila, se las ultraja, se las expulsa, si, aunque no se las expulse brutalmente, se las obliga a expatriarse, si se viola, en sus personas, las inimidades de las cuales está en posesión la Iglesia. La historia eclesiástica abunda en hechos de esta especie, quiero decir, en sacrilegios que tienen por objeto a las personas. No citaremos aquí más que un nombre propio, cuando podríamos aportar centenares de ellas: Santo Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery y primado de Inglaterra. ¡Con qué intrepidez defendió las libertades

1. CRESSON, n. 6206.

2. Ibid., n. 6208.

3. Tal es el sentir más probable. ap. theologos.

y bienes de la Iglesia contra las pretensiones de un príncipe sombrío y codicioso! Tenía que pagarla con la vida. Gentes de la Corte oyeron que el Rey se lamentaba amargamente de que en todo el reino se atreviese a resistirle un solo sacerdote, añadiendo que mientras lo tuviera por súbdito, era imposible la paz. Era lo suficiente para aquellos aduladores del crimen. Parten precipitadamente y llegan a la ciudad del Primado, toman asiento en su iglesia a la hora de vísperas, y le abren la cabeza en el momento en que, revestido de sus ornamentos pontificales, y de rodillas, oraba ante el altar. Celébrase su fiesta, cada año, el 29 de Diciembre, tres días después de la de san Esteban, aproximación que más tarde inspiró a Bossuet, digno panegirista de tan gran hombre, estas palabras: Estos últimos días, hemos honrado al primer mártir de la fe; hoy celebramos el triunfo del primer mártir de la disciplina¹.

Finalmente, son cosas consagradas a Dios y a su culto, en primer lugar, los sacramentos, y principalmente la sagrada Eucaristía, las divinas Escrituras, los vasos y telas sagrados, las reliquias e imágenes de los santos, los ritos y ceremonias, los ornamentos sacerdotales, los bienes eclesiásticos, muebles e inmuebles. Pues bien, se profanan todas estas cosas santas del modo siguiente: los sacramentos, si se confieren en estado de pecado mortal, o con un defecto notable en la materia, en la forma, en la intención, o si se reciben sin las disposiciones requeridas, por ejemplo, la Eucaristía, si *hic et nunc* está manchada la conciencia, o el cuerpo no está en ayunas; la Penitencia, si uno se confiesa sin examen, sin sinceridad, sin dolor, sin el firme propósito de apartarse de una ocasión próxima peligrosa, de corregir un hábito malo, de satisfacer a Dios y al pró-

1. *Brev. Rom.*, in die 29 decemb.—BOSSUET, *Panegíricos*.

jimo; las Escrituras, si se sirven de ellas para supersticiones, obras impías y diabólicas, adivinaciones, encantamientos, sortilegios, o si se fuerzan las palabras y sentencias en ellas contenidas para aplicarlas a asuntos inconvenientes, a burlas, bufonerías, cosas vanas y fabulosas, a maledicencias, calumnias, libelos difamatorios, como lo enseña el santo Concilio de Trento; los cálices y copones, si se tocan sin autorización, aun cuando no contengan las sagradas especies, con mayor razón mil veces si los rompen, o los roban—por desgracia, con harta frecuencia en nuestros desdichados tiempos nos relatan los periódicos maldades de esta especie,—si se emplean en usos profanos, a ejemplo de Baltasar, a quien las Escrituras nos muestran sirviéndose de vasos sagrados, arrebatados al templo de Jerusalén, para un festín en compañía de sus oficiales y mujeres, en una noche de escándalo; las cruces, las sagradas reliquias, las santas imágenes, si las derrumban, las pisotean, las queman, las arrojan a las inmundicias, las mutilan, como lo hacían los iconoclastas del siglo VIII, los protestantes del siglo XVI, los devastadores de templos de fines del siglo XVIII, los que arrancaban las cruces en la primera mitad del siglo XIX; los ornamentos sacerdotales, cuando se los ponen por irrisión, o los llevan a los teatros; las ceremonias del culto, los ritos sacramentales, cuando se mofan de ellos, o se hace de ellos una parodia. ¿Por ventura es esto cosa rara? ¿No se ha intentado hacer bautizos *laicos*, primeras comuniones *laicas*, cosas extrañas, en las cuales no sabríamos decir qué es lo que prepondera, si lo ridículo o lo odioso. Finalmente, los bienes eclesiásticos, muebles o inmuebles, cuando los disminuyen, los invaden, o se apoderan de ellos por la violencia, la astucia; por la violencia, tal fué el crimen de Heliodoro enviado por

su dueño a saquear el templo de Jerusalén¹; por la astucia, tal fué el crimen de Lisímaco, crimen que no se advirtió sino después de las depredaciones cometidas por él en perjuicio del tesoro sagrado². Para no hablar de hechos más recientes, hemos tomado los ejemplos de la historia del pueblo antiguo de Dios, y con razón, según creemos, esto es, sin cometer anacronismos, ya que el destino de los bienes de la Sinagoga y de la Iglesia era el mismo, según el tiempo, a saber, servir para el culto de Dios y de las cosas relacionadas con él.

Hemos expuesto exactamente, y en términos claros, lo que es sacrilegio; réstanos decir qué clase de pecado es.

El sacrilegio es, por naturaleza, pecado gravísimo, es decir, que únicamente la falta de advertencia, o la parvedad de materia puede hacer que de mortal se convierta únicamente en venial. La razón es sencilla: es que las cosas santas, que son objeto de él, como sacan su carácter de cosas santas de la relación que tienen con Dios, la injuria que se les hace, recae sobre Dios mismo: *Ex hoc quod aliquid deputatur ad cultum Dei, efficitur quoddam divinum, et ideo omne illud quod ad irreverentiam rerum sacrarum pertinet, id injuriam Dei pertinet*³. Así se expresa santo Tomás; no es posible expresarse mejor en cuanto a la razón esencial.

Pero las razones extrínsecas quizás os hagan más impresión al poneros ante la vista la gravedad del sacrilegio; son abundantes.

Primera razón extrínseca de la gravedad del sacrilegio: lo que pensaban los mismos paganos. De ello da fe la historia; no diferían mucho de nosotros sobre

1. II MACKAB, c. III.

2. *Ibid.*, c. IV.

3. S. THOM., 2, 2, q. XCIX, art. 1.

este punto. Si un malhechor, Eróstrato, incendia el templo de Diana, en Efeso, los jueces hacen una ley para que su nombre, en adelante odioso, sea borrado de los registros públicos, y caiga así en un olvido eterno¹. Si otro, un procónsul, arrebata del templo de César, en Enna, la estatua de la diosa, Cicerón verá en este hecho un crimen abominable, digno del mayor castigo². A los ojos de uno de sus poetas, basta que los romanos descuiden sus templos, y los dejen derrumbarse por la desidia, para que se crea autorizado a decir a sus descendientes: ¡Oh romanos, no cesaréis de expiar los crímenes de vuestros padres, hasta que hayáis levantado las piedras de los santuarios arruinados, y devuelto a los dioses su honor³.

Segunda razón extrínseca de la gravedad del sacrilegio: lo que hacían, a este respecto, los poderes públicos cuando eran cristianos. Puesto que en aquellos tiempos eran cristianos, no tenemos que hacer largas investigaciones. Convencidos, y con justo derecho, de que las majestades de la tierra no pueden ser respetadas y obedecidas más que cuando la majestad del cielo es honrada, y en la medida en que lo es, dictarán leyes severas para castigar el sacrilegio: pena de muerte, en ciertas circunstancias, por la expoliación de las iglesias⁴; pena de muerte, por el fuego, por el robo de la custodia, o del copón, conteniendo las sagradas hostias⁵; penas menores por crímenes menores, pero todo robo cometido en una iglesia, aun de un objeto no

1. Ap. CORNEL., a LAP., in cap. XIX, v. 24, Act.

2. IN VERR., ap. BOSSUET, t. XXXIV, p. 256.

3. *Delicta majorum immeritus lues, Romane, donec templorum referis ardesque habentes deorum, et fæda nipo simulacra furio*. HORACIO.

4. *La ley romana en tiempo de los emperadores cristianos*. Ap. COSCHLER, t. XXI, p. 123.

5. *Código penal de Carlos V*. Ibis.

consagrado, era tenido por robo calificado y castigado como tal¹. Si estas disposiciones han desaparecido, y esta es la verdad, de la mayor parte de los Códigos modernos, si no de todos, me atrevo a preguntar: ¿son por ello más inviolables los poderes públicos y más sumisos los súbditos?

Tercera razón extrínseca de la gravedad del sacrilegio: la legislación de la Iglesia. En cuanto al fondo, ésta, por lo menos, no ha variado; ni podía, ni debía hacerlo, y no lo ha hecho. Recórranse, en efecto, sus antiguos cánones penitenciales², los decretos de sus concilios generales y particulares³, o mejor, y sin ir tan lejos, léase tan sólo la más reciente de las constituciones apostólicas sobre esta materia, y se verá que todos los casos están previstos, y que, según los casos, así las penas; o bien la excomunión reservada al papa, o al obispo, o bien la excomunión no reservada, verdad es, pero, como las precedentes, incurrida por el solo hecho⁴... Impónese, pues y no podría ser de otra manera, la conclusión de que el sacrilegio es un pecado gravísimo, por cuanto el culpable de sacrilegio, no forma ya, por esto mismo, parte de la Iglesia, y para volver a ella, es necesario, en ciertos casos por lo menos, que intervenga la sentencia del Soberano Pontífice.

Pero no es esto todo. Para juzgar de la gravedad del sacrilegio, tenemos algo mejor que los sentimientos de los paganos sobre este punto, algo mejor que la legislación civil en los siglos cristianos, algo mejor que la misma legislación eclesiástica: tenemos los textos de las

1. *Ibid.*

2. Léanse en SAN LIGORIO, lib. 6, n. 530, los antiguos cánones penitenciales relativos al sacrilegio.

3. Particular el canon *Si quis, suadente diabolo, etc.*

4. Constitución de Pío IX *Apostolae Sedis*.

Escripturas, y muchos hechos que prestan apoyo a los textos.

Los textos: Dios mismo dice, en la antigua ley, por boca de David: Guardaos bien de tocar a mis ungidos, es decir, a los que me son consagrados por la unción, ni de hacer daño a mis profetas: *Nolite tangere christos meos; et in prophetis meis nolite malignari*¹.

Dios es también quien, en esta misma ley, gritando a su pueblo por uno de sus grandes profetas, exclama: Por cuanto has profanado mi santuario, yo también te exterminaré y no te miraré con ojos benignos, ni tendré de ti misericordia: *Pro eo quod sanctum meum violasti, ego quoque confringam, et non miserebor*².

En la nueva ley: Quien os escucha, dice Jesús a sus Apóstoles, a mí me escucha; quien os desprecia, a mí me desprecia, y el que a mí me desprecia, desprecia a Aquel que me envió: *Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit; qui autem me spernit, spernit eum qui misit me*³.

Finalmente, nadie ignora que san Pablo escribió a los de Corinto censurando a muchos de ellos por sus comuniones sacrílegas: El que come y bebe sacrílegamente, come y bebe su propia condenación: *Qui enim manducat et bibit indigne, judicium sibi manducat et bibit*⁴.

De los hechos que dan relieve a los textos mismos, están llenas las Escripturas y la historia.

Ya es Oza, que pone la mano sobre el arca santa en el momento en que parece vacilar; la ley no autorizaba a nadie, en ningún caso, a tocar este objeto sagrado, y Oza paga al punto su temeridad con su propia vida: *Irratus est indignatione Dominus contra Ozam, et per-*

1. I PARASIP., XVI, 22.

2. EZEQH., V, 11.

3. LUC., X, 16.

4. I COR., XI, 29.

cussit eum super temeritate, qui mortuus est ibi juxta arcam Dei¹.

Ya es Baltasar, que hace servir en uno de sus desórdenes los vasos de oro y de plata arrebatados del templo de Jerusalén; una mano vengadora escribe en la pared de la sala del festín la sentencia de muerte del profanador; Baltasar muere, y el mismo golpe le arrebata la corona y la vida: *Eadem nocte interfectus ets Balthazar rex Chaldaeus... et Darius Medus successit².*

Ora es el enviado de Seleuco, Heliodoro, que viola el templo santo del Señor, y se apresta a devastarlo. No lo devastará, un personaje misterioso se presenta empuñando una espada de oro resplandeciente, montado en un corcel de fuego, que se precipita sobre él, lo echa por tierra, lo llena de heridas, y el desventurado yace en el suelo, atacado de mutismo y sin esperanzas de vida: *Et ille quidem per divinam virtutem jacebat mutus, atque omni spe et salute privatus³.*

Ora es Lisímaco, personaje ya nombrado, y tan conocido como los precedentes, que con astucia hace sus tracciones considerables en perjuicio del tesoro de aquel mismo templo de Jerusalén, y muere, como por una visible venganza del cielo, en el curso de una sedición suscitada contra él, muy cerca del mismo tesoro que había saqueado: *Ipsum sacrilegum secus aerarium interfecerunt⁴.*

Conocidísimo es el fin trágico de Judas para que haya necesidad de recordarlo. Salgamos de las Escrituras; ¿cómo perecieron la mayor parte de los perseguidores de la Iglesia durante los tres primeros siglos,

1. PARAL., XIII, 10.

2. DAN., V, 31.

3. Loc. cit.

4. Loc. cit.

perseguidores y profanadores a la vez, profanadores, no de lugares, pues en aquel tiempo los cristianos no tenían lugares, sino personas y cosas? ¿Cómo perecieron, pues es muy justo que los unamos a los primeros, los que a fines del siglo XVIII, devastaron iglesias, profanaron tabernáculos, mutilaron crucifijos, violaron santas reliquias y sagradas imágenes? Lactancio lo dijo con relación a los de su tiempo; en cuanto al tiempo presente, nadie lo ignora: muchos de muerte violenta, todos de muerte miserable, y en esa muerte, violenta o miserable, ven justamente los pueblos un castigo de Dios...

¡Oh Dios mío, preservadnos de ese gran mal del sacrilegio! Hacednos la gracia de que no faltemos jamás al respeto que se debe a nuestros templos, que son la morada que habéis escogido, y en la cual os dignáis morar; ni al respeto que se debe a aquellos de los nuestros que, salidos de la masa común, y entregados más estrechamente a vuestro servicio, ora por la unción que han recibido, ora por el voto que han hecho de pertenecer únicamente a Vos, son ya personas sagradas; ni al respeto que se debe a las cosas santas, las unas por haber sido hechas para emplearlas en vuestro culto, las otras por haber sido hechas por Vos para santificarnos con la virtud que les es propia, pero que de Vos recibieron: los sacramentos, y, entre los sacramentos, el más augusto de todos, *el santísimo y adorabilísimo sacramento de la Eucaristía*.

equívoco, hacer un juramento, es poner a Dios por testigo de lo que uno dice o promete. De aquí dos especies de juramento, uno asertorio, otro promisorio.

Ahora bien, dicen las sagradas Escrituras, lo testimonia la historia de todos los pueblos y la razón misma lo demuestra, que el juramento así definido es una cosa sagrada, *sacramentum*, como lo llamaban los antiguos, y propia para dar gloria a Dios, si se hace con las condiciones que explicaremos después.

Lo dicen las sagradas Escrituras en el libro del Deuteronomio: Temerás al Señor tu Dios, sólo a él servirás, y jurarás en su nombre: *Dominum Deum tuum timebis, et illi soli servies, ac per nomen illius jurabis*¹. Lo dicen en el salmo XIV: Señor, ¿quién será digno de habitar tu casa? El que haya hecho un juramento y, al hacerlo, no haya engañado a su prójimo: *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo? qui jurat proximo suo, et non decipit*². Lo dicen en el salmo LXII: Serán glorificados cuantos juren por Dios: *Laudabuntur omnes qui jurant in eo*³. ¿Por qué glorificados sino porque hacen una obra que honra a Dios? Pero si los textos abundan, los hechos son todavía más numerosos, y no tienen menos autoridad. Vemos que los Patriarcas hacen uso del juramento. Abraham jura por el señor, el Dios Altísimo, que nada quiere del rey de Sodoma, ni siquiera un hilo de su vestido, ni una correa de su calzado⁴. Eliecer jura por el Señor, el Dios a quien pertenecen todas las cosas, que no tomará ninguna hija del país de los infieles para convertirla en esposa del hijo de su amo⁵. Jacob jura a Labán, su suegro, que no

1. DENT., VI, 13.
2. PSAL. XIV, 1 y 4.
3. PSAL. LXII, 12.
4. GEN., XIV, 23.
5. Ibid., XXIV, 9.

romperá jamás el pacto que acaban de celebrar¹. José jura a su padre moribundo que llevará su cuerpo a la tierra de Canaán y lo depositará en la tumba de sus antepasados². Más tarde, jura David a una de sus esposas, Bethsabée, que, de todos sus hijos, Salomón será el que le suceda en el trono³. San Pablo escribe a los romanos: El Dios a quien sirvo en espíritu y verdad me es testigo de que no pasa un día sin acordarme de vosotros⁴; y a los de Corinto; Pongo a Dios por testigo (y deseo que me castigue si no digo la verdad) que si no he pasado todavía a Corinto, ha sido para poder ser indulgente con vosotros⁵; y a los Filipenses: Dios me es testigo de la ternura con que os amo a todos en las entrañas de Jesucristo⁶... Pero basta de textos y de hechos; las sagradas Escrituras tienen el juramento por cosa sagrada.

La historia de todas las naciones es testigo de ello. Este testimonio no tiene excepción alguna; es universal. Todos los pueblos, antiguos o modernos, civilizados o bárbaros, han practicado el juramento. Si concertaban una alianza con el vecino, el juramento; si querían asegurarse de la fidelidad de sus milicias antes de entrar en batalla, el juramento; si, terminaba la guerra, hacían un tratado de paz, el juramento; si ordenaban las relaciones entre gobernantes y gobernados, entre reyes y súbditos, el juramento; si pronunciaban un juicio en una cuestión capital, que interesaba a la vida o al honor de los ciudadanos, el juramento; si fijaban los derechos respectivos de la propiedad, el juramento. En todos sus actos, públicos o domésticos,

1. *Ibid.*, XXXI, 53.

2. *Ibid.*, XLVII, 31.

3. III REGES, I, 28 y sigs.

4. ROM., I, 9.

5. II COR., I, 23.

6. PHILIP., I, 8.

civiles o políticos, el juramento, siempre el juramento. Pero lo que hay que notar, no menos que la universalidad de esta práctica, es el carácter religioso de que lo vemos por todas partes revestido. O bien se elevaba la mano al cielo, como para buscar en él una caución superior y una garantía más segura, o bien se erigía un altar y se inmolaban víctimas, o bien se empleaban fórmulas de imprecaciones por las cuales, el que prestaba juramento invocaba sobre él la venganza celeste, si llegaba a ser perjuro. El griego juraba por los dioses del Olimpo, el romano por Júpiter Capitolino, el judío por el nombre tres veces santo de Jehová. En una palabra, si la divinidad no intervenía, nada se reputaba como valedero.

La misma razón lo demuestra. Como juiciosamente observa san Agustín, sería un error grosero atribuir al juramento un origen distinto del suyo propio: Si entre los hombres no hubiese habido jamás mentiras, ni engaños, jamás se hubiera recurrido a este medio: *Si enim defuisserent mendacia et fallacia, nullum opus esset juramento in hominibus*¹. San Juan Crisóstomo nota lo mismo, pero de un modo más extenso, y el Catecismo Romano se lo apropia². En la aurora de los tiempos, durante la primera edad del mundo, fué desconocido el juramento; los hombres, todavía rectos, se fiaban entre sí, sin esfuerzo alguno; no cabía en la cabeza de nadie que un hombre pudiese engañar a su semblante a sabiendas sobre la verdad de una afirmación, o sobre la sinceridad de una promesa. Pero después, cuando el mundo salió de su cuna y llegó a la madurez, *non nascente, sed jam adulto mundo*; cuando, habiendo crecido prodigiosamente la malicia humana, y no manteniendo nada en su orden y en su estado natural, todo

1. *Contra Faust.*, c. XXV.

2. *Quamobrem præclare docet sanctus Chrysostomas, etc.*

quedó trastornado, mezclado, confundido miserablemente; por fin, y sobre todo, cuando, para colmo de males, se hubo difundido por todas partes la idolatría, debilitando prodigiosamente el sentido moral, entonces, y sólo entonces, no inspirando confianza nadie, o casi nadie, *cum nemo facite ad credendum adduceretur*, imaginaron los hombres el juramento, como si hubieran dicho a Dios: Señor, a ti, único que eres verdadero, a ti, único que eres justo, a ti, único que todo lo ve y todo lo sabe, a ti, único que no puede engañarse ni engañarnos, a ti, verdad por esencia, justicia incorruptible, ciencia infinita, providencia cuyos ojos siempre están abiertos, a ti te tomamos por testigo, tú responderás por nosotros y nos prestarás caución... Ahora bien, hablar así, o mejor dicho, proceder así, ¿no es honrar a Dios, glorificar a Dios, reconocer a Dios en todo lo que es, hacer finalmente, un acto supremo de religión, un acto latréutico, es decir, en el buen sentido de la palabra, un acto de suprema adoración?

Mas, para que el juramento sea una cosa sagrada, muy propia para glorificar a Dios, exige varias condiciones. Es lo que nos queda por decir, y ciertamente no es la parte menor de esta instrucción.

Primera condición: la verdad. Jurad por el Señor, dice Dios mismo; sí, consentio en ello, pero no juréis más que en verdad: *Jurabis: Vivit Dominus, in veritate*². Es decir, no prometeréis con juramento más que lo que tengáis firme voluntad de cumplir. No afirmareís con juramento más que la verdad, lo que creáis verdadero, no temerariamente, no por simples conjetu-

1. S. THOMAS lo entiende también así. A esta pregunta: *Utrum jurare sit actus religionis, sive latriae?*, responde afirmativamente, da la prueba y concluye: *Unde manifestum est quod juramentum est actus religionis, sive latriae.* 2, 2, q. LXXXIX, art. 4.

2. JEREM., IV, 2.

ras, sino en virtud de sólidas pruebas y razones: *Non quidem temere, aut levibus conjecturis adductis et longe petitis, sed certissimis argumentis*¹... Mas si falta esta condición... ¡Ay, cuán a menudo falta! ¡Cuántos Caifás sacrílegos, sobornadores de falsos testigos en las más santas causas! ¡Cuántos traidores a la religión, a la verdad, a la justicia, por interés, por cobardía, o por algún motivo más indigno aún! Ved esos dos abominables viejos, en sus redes de jueces, haciendo comparecer a Susana ante ellos, arrancando el velo que le cubre el rostro, extendiendo sus manos sobre su cabeza, y sosteniendo, con el juramento en los labios y los ojos en el cielo, que la han sorprendido en adulterio; todo tan bien concertado que, sin una intervención providencial de Dios, la virtuosa joven iba a ser inmediatamente lapidada por el pueblo².—Si falta, pues, esta condición, ¡qué pecado, qué crimen! ¡Qué conciencia habrá a menos que esté totalmente extinguida, que no lo vea claramente? Lo que afirmáis como cierto, sabéis que es falso; aquello a lo cual os comprometéis, sabéis muy bien que no podréis, o no querréis cumplirlo... ¡Y tomáis a Dios por testigo de esa afirmación embustera, para que la confirme! ¡Lo dais en prenda de esa mentida promesa, que no podéis, o no querréis cumplir! Esto quiere decir que le hacéis representar un papel infame, un papel de cómplice; procedéis con él—y tomamos de un autor antiguo esta comparación, vulgar quizás, pero exacta—como procedería, con relación a una persona honrada, un miserable que le dijera: Señor, quiero engañar a uno con una mentira, pero yo solo no puedo conseguirlo, porque no me creería; hacedme, pues, el favor de

1. Catech. Rom.
2. DAN. c. XIII.

prestarme el apoyo de vuestra autoridad, de vuestro crédito, para cometer esta villanía.

Conocemos ya la primera condición del juramento para ser cosa sagrada propia para glorificar a Dios. Pasemos a la segunda.

Segunda condición: la justicia. Jurad por el Señor, dice Dios mismo; sí, consiento en ello, pero no juréis más que por justicia: *Jurabis: Vivit Dominus, in iustitia*.¹ Es decir, si hay necesidad de jurar, no os obliguéis, al hacerlo, más que a cosas ordenadas por la ley de Dios, o, si no ordenadas, por lo menos permitidas, de tal modo que, en conciencia, podáis hacerlas. ¿Pues qué, podría ser lo contrario? ¿Habrá almas tan perversas, o ciegas por la pasión, hasta el punto de comprometerse al pecado, y aun al crimen, apoyándose, para cometerlo, en Dios mismo, que lo odia y lo condena? A pesar de todo, es así. ¡Cuántos hay que hacen del juramento, de esta cosa sagrada, un lazo de iniquidad! ¡Cuántos hay que juran a un ídolo de carne, un afecto eterno! ¡Cuántos hay que meditan la ruina de un enemigo asociando el cielo y la tierra a sus nefandos proyectos! ¿Qué fué sino un abominable juramento contra la justicia el compromiso contraído por varios judíos de Jerusalén para deshacerse de san Pablo, aunque, para lograr sus propósitos, hubiera que atentar contra su vida? Esta historia está minuciosamente narrada en el capítulo XXIII del libro de los Hechos de los Apóstoles. Conjuráronse cuarenta judíos e hicieron voto, invocando sobre su cabeza, si faltaban a él, todas las maldiciones de Dios, de no comer ni beber hasta haber dado muerte al Apóstol: *Devoverunt se, dicentes neque manducaturos, neque bibituros, donec occiderent Paulum*.² ¡Cuánta maldad! Añadamos,

1. JEREM., IV, 2.
2. ACT., XXIII, 12.

sin salirnos del asunto, ni mucho menos, que los imitan y aun los superan, los que, afiliándose a cualquier sociedad secreta, se obligan, con los más horribles juramentos, a minar, ya el orden religioso, ya el orden social, ya también, y es lo más general, uno y otro, para convertir todo lo existente en un montón de ruinas...

Tercera condición: el juicio. Jurad por el Señor, dice Dios mismo; sí, consiento en ello, pero no juréis más que con juicio: *Jurabis: Vivit Dominus, in iudicio*¹; es decir, con madurez, con conocimiento de causa, por modo juicioso. ¿Podría exigir menos la majestad del juramento? Pero ¡cuán numerosas son los que faltan a esta majestad del juramento, los que juran precipitadamente, sin reflexión, sin motivo suficiente, o por cosas vanas! Tal era el pecado habitual de los judíos en tiempo de Nuestro Señor; de ello da fe el Evangelio. Imaginándose, en una falsa interpretación de la ley, que bastaba no mentir positivamente, juraban sin escrupulo, y por cualquier motivo. Jesucristo los censura, y motiva sólidamente su prohibición: De ningún modo juréis *sin justo motivo*, ni por el cielo, pues es el trono de Dios, ni por la tierra, pues es la peana de sus pies, ni por Jerusalén, porque es la ciudad o corte del gran rey, ni tampoco juréis por vuestra cabeza, pues no está en vuestras manos el hacer blanco o negro un solo cabello². Descendiendo a casos particulares, tal fué el pecado de Saúl y de Herodes; de Saúl, quien, habiendo temerariamente jurado, en un día de batalla con los filisteos, que quitaría la vida a quien tomase alimento desde la mañana a la noche, se la hubiese quitado, en efecto, sin los clamores del pueblo, a Jonatás, su propio hijo, por haber metido éste

1. Loc. cit.
2. MATTH., V, 34 y sigs.

el extremo de su bastón en un panal, y haberse humedecido con él los labios¹; de Herodes, quien, fascinado por el baile, más voluptuoso que hábil, de la hija de Herodías, comprometióse con juramento a darle lo que le pidiera, aunque fuera la mitad de su reino². Sabido es lo que pidió... Casi no menos sabido es el comentario de san Ambrosio a todo este pasaje evangélico, pues es una de las más bellas páginas que la antigüedad cristiana nos ha legado. Finalmente, y para no hablar de ni de Herodes, ni de Saúl, ni de los judíos, sino de nosotros mismos, tal es el pecado de una infinitud de personas que, por el hábito adquirido, no saben decir dos palabras seguidas sin jurar, con frecuencia por futilidades, por un puro nada, *pro buccella panis*³, y con más frecuencia todavía por interés mal entendido, como los vendedores y los compradores, aquéllos por alabar, éstos por despreciar, los unos por vender más caro, los otros por comprar más barato⁴. Todo esto es pecado. ¿Es posible, en efecto, mezclar así el santo nombre de Dios en todos los negocios sin disminuir la majestad de él? ¿Se trataría tan irrespetuosamente a un presidente de Audiencia pretendiendo que juzgase personalmente una causa en la cual se ventilasen únicamente algunos céntimos? Y aun es todo esto pecado mortal, o por lo menos, se corre gran riesgo de caer en él. El que jura inconsideradamente, en toda ocasión, ¿no sería milagro que jurase siempre verdad, y nunca en falso? Ahora bien, jurar en falso, es decir, perjuriar, aun en cosa ligera, por puras ba-

1. I REA, c. c. XIV.

2. MAR., c. VI.

3. Pro buccella panis deserit veritatem. Prov. XXVIII, 21.

4. *Catech. Rom.* id vero passim quotidie a vendoribus et emptoribus fisi videmus, illi ut quam plurimo vendant, sie ut quam minimo amant.

gatelas, es pecar mortalmente, dice santo Tomás: *Ille qui jocose perjurat, non evitat divinam irreverentiam, sed quantum ad aliquid magis auget; et ideo non excusat a peccato mortali*¹; y da de ello esta razón de gran valor, que en la especie, se saca el pecado, no de la importancia mayor o menor de la cosa jurada, sino del respeto y honor debidos a Aquel en nombre del cual es jurada; o dicho de otro modo, y para más amplia explicación: *Pertenece al número de esos pecados que, veniales por naturaleza, se convierten en mortales desde que son cometidos en menosprecio de Dios*².

Concluyamos, o mejor, concluya por nosotros el mismo santo Doctor. Según la juiciosa comparación que emplea, hay que usar del juramento como usamos de las medicinas³. ¿Cuándo, en qué tiempo y en qué dosis tomáis medicinas? Únicamente en caso de necesidad, en tiempo propicio, en la dosis prescrita, y nada más. Porque, de lo contrario, sobre todo si la medicina es de naturaleza muy activa, sería mucho más dañina que útil: *quanto est virtuosior, tanto majus nocumendum inducit, si indebite sumatur*. Lo mismo ocurre con el juramento; si no queréis que se vuelva en contra vuestra, no lo hagáis sino en caso de necesidad, y de la manera que deba hacerse⁴. Fuera de esto, recurrid a la aserción sincera, a la afirmación sencillísima, sin rodeos, sin exageración, sin reticencia; decir *sí*, cuando haya que decir *sí*, y *no* cuando haya que decir *no*; he ahí toda la diplomacia del cristiano: *Sit autem sermo*

1. 2, 2, q. XCIVIII, 3, ad 2.

2. *Ibid, in corpore art.*

3. 2, z, q. LXXXIX, art. 5.

4. Según un antiguo concilio, no debían jurarse más que en la Iglesia y en ayunas, como si se hubiese querido decir, añade el P. SEGNERI, que casi exige la misma disposición el juramento que la comunión.

vester: Est, est; non, non; quod autem abundantius est, a malo est¹.

1. MATTH., V, 37.—Hablando naturalmente, ¿no es esta diplomacia la más hábil de todas? ¿Se concede mucha fe a los profesionales del juramento? A este efecto, se cita esta frase que, si no es verdadera, es muy propia: Juras para que te crea mejor; mas yo te juro que jamás te creo menos que cuando juras.

SEGUNDO MANDAMIENTO

SEGUNDO SERMON

La blasfemia

No tomarás el nombre de Dios en vano

At vero longe magis detestabilis sceleris seipso adstringunt, qui sacrosanctum Dei nomen, ab omnibus creaturis benedicendum, et summis laudibus extollendum, aut etiam sanctorum nomen eum Deo regnantium, impuro et contaminato ore blasphemare aliquid execrari audent.

Catech. Rom.

Hemos dicho ya que el juramento, muy propio para glorificar a Dios, cuando se hace en verdad, en justicia y con juicio, se convierte en pecado gravísimo, si faltan sus condiciones. Pero en la materia del segundo mandamiento, hay un pecado más grave todavía; *detestabile scelus*; es el pecado de los que, con boca impura y manchada, se atreven a blasfemar el santísimo nombre de Dios, nombre digno de todas las bendiciones y de todas las alabanzas de las criaturas, y al propio tiempo que el nombre de Dios, el nombre de los santos que reinan con Dios en el cielo. Queda trazado nuestro camino; hoy vamos a hablar de la blasfemia. Dios nos ayude con su gracia.

Para proceder con orden, y mejor tratar el asunto precisándolo, definimos la blasfemia, con todos los

teólogos, diciendo que es una palabra injuriosa proferida contra Dios; *locutio contumeliosa in Deum*.

Pero no basta definirla; hay que explicar y decir de cuántas maneras se comete el pecado de blasfemia.

Primera manera: Hay blasfemia cuando, para calificar a Dios, se sirve de algún término, propio por su naturaleza para honrarlo, pero que, dadas las circunstancias en las cuales se emplea y el tono con que se le pronuncia, no puede entenderse más que por antífrasis, equivaliendo manifiestamente a un término de menoscenso, o aun de maldición. Así, por ejemplo, esta locución: *Sagrado nombre de Dios*, en boca de un hombre en cólera, y sobre todo de un impío, es generalmente tenida por blasfematoria¹. La opinión sobre este punto está formada; no la modificarán las sutilidades de los gramáticos y etimólogos.

Segunda manera: Hay blasfemia, ora cuando se niega a Dios, y es la blasfemia de los actos, ora cuando, sin negarlo intencionalmente, se le niega tal o cual perfección, que tiene, porque las tiene todas, o se le atribuye tal o cual defecto, que no tiene, porque no tiene ninguno; v. g., si decís que Dios no tiene sabiduría, ni bondad, ni justicia, que no escucha, ni oye siquiera, las plegarias que se le dirigen, que todo lo deja ir a la ventura, que si pudo hacer el mundo, no sabe gobernarlo, que los malos son sus preferidos, y los justos los que más agobia... Este lenguaje, u otro semejante, ¿es muy raro? ¿Qué decían de Dios los amigos de Job, en sus conversaciones con este santo varón? Que se pasea de un lado a otro del cielo, sin preocuparse de nada de aquí bajo: *Non nostra considerat, et circa cardines coelis perambulat*². ¿Qué decían los israelitas a Moisés en el desierto? Que consideraban a Dios como

1. Ita. fere omnes theologi.
2. JOB, XXII, 16.

impotente para ponerles mesas en aquella soledad, es decir, para proporcionarles alimento: *Et male loculi sunt de Deo, dixerunt: numquid poterit Deus porare mensam in deserto?*¹ No menos blasfematorias que bruscas son las palabras siguientes, mencionadas por la historia, de cierto príncipe de Aragón, a saber, que si él se hubiera hallado presente en el momento de la creación, hubiera dado a Dios buenos consejos, para disponer todas las cosas con más orden y exactitud de la que él las hizo². Pero en este género de blasfemias, ninguna tan horrible como las de los demasiados famosos reformadores del siglo XVI, Lutero y Calvino, al decir y enseñar—pues en ellos no había, como ocurre con frecuencia, chiste o arrebato, sino doctrina razonada, y hecha por ellos, de lo cual se alababan, para que prevaleciera,—al decir y enseñar, repetimos, que no tenemos más libertad en nuestros actos que el autómata en sus movimientos, esto es, que todo cuanto hacemos, Dios es quien lo hace, aun el pecado, aun el crimen; que la traición de Judas fué tan obra suya como la conversión de san Pablo; que los que salva, los salva únicamente porque así le place; que los que condena, los condena por puro capricho, sin que en manera alguna lo hayan merecido³... Pero apartemos el espíritu de esos supuestos dogmas, invenciones monstruosas, mentiras abominables, que mejor diríamos vomitadas por el infierno, que salidas de una boca humana.

Tercera manera: Hay blasfemia cuando se ultraja, no a Dios directamente, como acabamos de exponer, sino a la santa Humanidad del Salvador, a la santísima Virgen, a los santos, a la religión, ya en general, ya

1. PSALM., LXXVII, 19.

2. AP. SEGNERI, t. I, p. 204.

3. Véase BOSSUET, *Historia de las variaciones*, lib. II, c. XVII, y lib. XIV.

en un punto particular: a la santa Humanidad del Salvador, si se habla de ella en términos irreverentes y despreciables; a la santísima Virgen, si se dice que no defiere en nada de las otras mujeres, sosteniéndose con ello que no fué virgen ni madre de Dios; a los santos, si se mofan de sus obras, de sus milagros, de sus virtudes, de los honores merecidos que les tributa la Iglesia; a la religión, si se denigran sus prácticas y misterios, como los que hacen chistes sacrílegos a costa de ellos, desacreditan los ejercicios de piedad, no ven más que fanatismo y superstición en la asistencia a la misa y en la práctica de los sacramentos, hablan mal de las Escrituras, y las vuelven contra Dios mismo, que las inspiró, se alzan con desprecio contra la Iglesia, contra su cabeza suprema, contra su jerarquía, sus concilios, sus decretos dogmáticos o disciplinares. ¡Blasfemia, todo blasfemia! Porque como los santos y las cosas santas tienen, aunque en grados diversos, una relación estrechísima con Dios, la injuria que se les hace recae sobre Dios mismo: *Convicium in Sanctos, res sacras, in quantum specialem relationem habent ad Deum, ultimatum, in ipsum Deum refertur*¹.

Finalmente, para completar la noción de la blasfemia, y formarnos de ella, si es posible, una idea adecuada, añadamos que la palabra hablada no es la única que origina la blasfemia; basta la palabra escrita, y aun el gesto, y más que el gesto, ciertos actos. ¿Habrá necesidad de demostrar largamente que en la palabra escrita puede haber blasfemia? Especialmente en nuestros días, los libros, las novelas, los folletos, las revistas periódicas, mensuales o semanales, los diarios, la

1. CLEMENTE MARC., n. 596. Con respecto a los santos en particular, dice SANTO TOMÁS: *Quod sicut Deus in Sanctis suis laudatur, in quantum laudatur opera quae Deus in Sanctis efficit: ita et blasphemia, quae fit in Sanctos, ex consequenti in Deum redundat.* 2, 2, q. LIII, art. 1 ad 2.

misma estampería, ¿no ofrecen blasfemias, más gruesas las unas, más veladas las otras, pero no menos peligrosas? ¿Quién no sabe por experiencia propia, o por haberlo oído hasta la saciedad en nuestras catedras cristianas, que leerlas no es menos funesto a la fe, que perjudicial a las buenas costumbres? ¿No expresa el gesto todo el pensamiento con tanta claridad, y a veces más enérgicamente, como la palabra? Por ejemplo, Juliano el Apóstata, herido por una flecha en una batalla con los partos, recoge en su mano la sangre que sale de su herida, y la arroja contra el cielo; ¿no hubiera sido este solo gesto una blasfemia, aunque no hubiera ido acompañado de las palabras que la historia pone en la boca de aquel hombre furioso: *Venciste Galileo?*... Finalmente, los actos mismos, sobre todo los actos. En la nomenclatura que los buenos autores hacen de las diversas especies de blasfemias, ¿no incluyen la blasfemia de conducta, es decir, tales o cuales actos de una impiedad irritante, tal libertinaje, tal desbordamiento de costumbres, desvergonzadas hasta el punto de ser como un insulto al cielo y a Dios que lo habita? De aquí la frase de san Agustín: Si son raros los blasfemos en palabras—parece que en su tiempo lo eran, pero no en el nuestro,—numerosos lo son por su género de vida: *Raro enim jam inveniuntur qui lingua blasphemant, sed multi qui vita*¹.

Sabemos lo que es la blasfemia y de cuántas maneras se comete, pero queda todavía mucho que decir. ¿Qué pecado es la blasfemia?

¿Es pecado mortal? Sí, sin la menor duda; si es cometido con plena advertencia, si sobre todo tiene a Dios personalmente por objeto inmediato, aun cuando no se aprecie toda la enormidad del acto, desde el mo-

1. In Johann., tract. XXVII. Brev. Rom., in Oct. 3. Laurentii, Lect. IV.

mento en que las palabras, si son palabras, y la acción, si es una acción, tienen un carácter blasfematorio, y este carácter es conocido de quien pronuncia las palabras, o ejecuta la acción, el pecado es moral, porque, en la especie, no hay parvedad de materia, y *porque todo desprecio de Dios, cualquiera que sea, es justísimamente reputado grave*¹. De aquí que, en la antigua ley, fuese condenado el blasfemo a la pena capital. Los que lo habían oído, ponían la mano sobre la cabeza del culpable, el cual era lapidado al punto por todo el pueblo². Esto hace decir a santo Tomás que la blasfemia es seguramente pecado mortal, porque la pena de muerte sólo se aplicaba cuando la falta que la motivaba era mortal: *poena mortis non infertur, nisi pro peccato mortali; ergo blasphemia est peccatum mortale*³.

La blasfemia, que es pecado mortal, ¿es el menor de los pecados mortales, o el peor? Es el peor: *blasphemia nihil pejus*⁴; peor que el homicidio, peor que el perjurio, dice santo Tomás, a quien hay que citar siempre, porque, en esta materia, como en todas las demás, es el que mejor precisó la doctrina cristiana. Peor que el homicidio, porque, si bien éste es el mayor pecado cometido con relación al prójimo, ya que, al quitarle la vida, le priva de un bien tan precioso que, sin él, ya no puede conseguir ningún otro, el homicidio no afecta más que a un hombre, en tanto que la blasfemia, sobre todo si es inmediata y directa, afecta al mismo Dios, le insulta, le provoca personalmente; es un verdadero atentado; es, como dice el Profeta, insubordinarse con la boca contra el cielo: *insurrexis super me ore vestro*⁵. He ahí por qué, añade el santo Doctor, la blas-

1. GURY, n. 299, ad I.

2. LEVIT., XXIV, 6 y sigs.

3. 2, 2, q. XIII, art. 2.

4. JUAN CRISÓSTOMO.

5. ECEQ., XXXV, 13.

femia es peor que el homicidio, si no por sus efectos, porque, en definitiva, nada puede contra Dios, siendo pecado absolutamente estéril, del cual no saca el blasfemo goce ni ganancia alguna, por su objeto, que no es otro que la misma majestad divina: *manifestum est quod blasphemia qua est directe peccatum in Deum, praeponderat homicidio quod est peccatum in proximum*¹. Peor que el perjurio; pecado muy grave, como ya lo hemos dicho, es el perjurio; como la blasfemia, tiene a Dios por objeto, pero de ella difiere, y en beneficio suyo, ya que el que pone a Dios como testimonio de una falsedad, no cree por ello que Dios sea un testigo falso, sino que espera, y esto es todo, que Dios se mostrará bastante complaciente para no revelar su mentira con un signo cualquiera: *Deum adhibet testem falsitati, non tanquam aestimans Deum esse falsum testem, sed tanquam sperans quod Deus super hoc non testificeatur per aliquod evidens signum*². Pero el que blasfema va mucho más allá, pues ataca a Dios en su esencia propia, supone que es totalmente diferente de lo que es, y sobre todo niega su bondad, que es como la esencia de su esencia misma³. En efecto, si se reduce la blasfemia a su más simple expresión, se llegará a la conclusión de que Dios es un ser malo. En esto consiste el fondo de toda blasfemia. Por eso el blasfemo es peor que el perjurio mismo: *pejus est blasphemia quam perjurare*⁴.

La blasfemia, que es el peor de todos los pecados, ¿jamás es excusada por Dios?... No vamos tan lejos. Dios excusa la blasfemia, en parte por lo menos, cuando es excusable, y lo es a veces. Es excusable, si se

1. 2, 2, q. XIII, art. 3, ad 1.

2. Ibid., ad 2.

3. Ibid., art. 1, in corp.

4. Ibid., art. 3, ad 2.

profiere la blasfemia por inadvertencia y sin consentimiento perfecto. Es excusable si se profiere en un acceso violento de cólera, involuntario, y de tal modo súbito, que se adelanta a toda reflexión, a toda previsión. Es el caso de decir con el sabio: *Hay quien peca con la lengua, pero no con el corazón*¹. Finalmente, es excusable cuando procede de un hábito que, aunque con frecuencia retractado, y por largo tiempo combatido, y aun vencido, tiene todavía sus momentos de reacción, como un enemigo que, cayendo, asesta sus últimos golpes. Pero si blasfemáis fuera de estos casos, fuera del caso de inadvertencia, es decir, con pleno conocimiento de causa, ¿sois excusables? No. Fuera del caso de cólera fogosa súbita, involuntario en sí o en su causa, pero únicamente, por ejemplo, para mejorar acentuar una orden, o para inspirar más temor a un servidor, a un hijo desobediente, ¿sois excusables? Tampoco. ¿Por ventura hay gran necesidad de recurrir al nombre tres veces santo de Dios para obtener este resultado? ¿Qué diríais de quien tomara un velo, un alba, una casulla de iglesia y las expusiera en un campo para servir de esparcimiento a los pájaros, como si no hubiese bastantes trapos viejos en la casa²? Fuera del caso de hábito seriamente retractado, y fuertemente combatido, ¿sois excusables? En manera alguna; y para mayor exactitud, menos todavía, porque este hábito, tal como se supone aquí, voluntariamente combatido, voluntariamente conservado, siendo como es signo manifiesto de una gran inclinación al pecado, en vez de aminorarlo, lo agrava: *Ubi major est inclinatio voluntatis ad peccatum, ibi gravius est peccatum*³. ¿Dios lo castiga siempre?... Lo castigaba severamente antes. Todo el Anti-

- 1. ECCL., XLI, 16.
- 2. SEGNERI, t. I, p. 227.
- 3. S. THOM., 2, 2, q. CLVI, art. 3.

guo Testamento es testigo de ello. Veo en él un Benadad, un Holofernes, un Nicanor, un Antíoco, pagar con su vida los insultos que dirigen al cielo¹. ¿Es que Dios aflojaría después? ¿Tendría menos aversión a la blasfemia? San Juan Crisóstomo casi no pensaba así, sino que atribuía a este pecado, el peor, según él, de todos, *blasphemia nihil pejus*, las calamidades, pestes, hambre, terremotos, que diezmaban a su pueblo de Antioquía; hubiese querido que, cuando se oía un blasfemo, todo el mundo corriese a taparle la boca, como para cerrar la puerta de donde salían todos los males². Lo que era verdad entonces, lo es todavía. Las calamidades que padecemos, no son menos que entonces justo castigo de nuestras ofensas. Un sol exterminador, lluvias torrenciales, estaciones que prometen frutos que no dan, el microbio insaciable que devora los viñedos, el granizo que destruye en menos de un cuarto de hora todos los afanes de un año; estos, y otros muchos males, son causas segundas que reciben el impulso de más arriba; son en las manos de Dios lo que fué el ángel que hizo perecer en una sola noche ciento ochenta y cinco mil hombres del ejército del blasfemo Senaque-rib³, los ministros de su justicia... Pero concluyamos.

No blasfemáis. Si hasta aquí lo habéis hecho, no lo hagáis más; si la verdad quiere que podáis decir como san Pablo antes de su conversión, fuí blasfemo, *blasphemus fui*⁴, no lo seáis en adelante.

Ni hagáis blasfemar tampoco. ¡De qué gran dolor, que venía como a reformar el primero, fué sobreabierto David! Fácil es imaginar los profundos sollozos en que explotó, cuando, después de decirle Natán: Tú eres

1. Passim in vet. tes.
2. Homil 2 ad pop. Antioch.
3. IV REG. c. XIX.
4. I Time., I, 13.

ese hombre, ese asesino, ese raptor de la pobre ovejita ajena, añadió el Profeta: y por tu conducta indigna, has hecho blasfemar a los enemigos de Dios: *blasphemerare fecisti inimicos Domini, propter verbum hoc*¹.

Y todavía seríais culpables, si, aunque no blasfemárais, ni hicierais blasfemar, dejarais blasfemar a vuestros obreros, a vuestros criados, a vuestros hijos. ¡Ah, cuán admirable es el santo Job, aun en el tiempo de la prosperidad, cuando la Escritura nos lo muestra ofreciendo a Dios, cada día, un sacrificio de propiciación, por cada uno de sus hijos, por el temor de que hubiesen blasfemado el nombre del Señor: *Dicebat enim: ne forte peccaverint filii mei, et benedixerint Deo in cordibus suis. Sic faciebat Job cunctis diebus*².

Pero el deber negativo no es todo el deber. No hay bastante con no blasfemar nunca; es preciso bendecir siempre, y exclamar con el Real Profeta: *Alabaré al Señor en todo tiempo; la alabanza estará sin cesar en mis labios*³... Lo explicaremos más detenidamente el día, en que, Dios mediante, expongamos la primera petición de la Oración dominical: *Santificado sea tu nombre.*

1. II REG., XII, 14.

2. JOB, I, 5.

3. PSALM. XXXIII, 2

SEGUNDO MANDAMIENTO

TERCER SERMON

El voto

No tomarás el nombre de Dios en vano

Quod etiam (peccatorum perjuri) ad eos pertinet qui, cum se voti sponsione Deo obligarunt, non praestant.
Catch. Rom.

En las dos precedentes instrucciones hemos explicado lo que son, bajo el concepto moral, el juramento y la blasfemia; el juramento, por su naturaleza, gravísimo pecado mortal, siempre que carezca de las condiciones que lo convierten en acto religioso, si se dan en él; la blasfemia, también por su naturaleza, gravísimo pecado mortal, y aun el peor de todos, excusable a veces, pero, por lo general, punible, y, en efecto, severamente castigado. Después que hayamos dicho en esta instrucción, como nos proponemos hacerlo, lo que es el voto y las ventajas que procura, daremos por terminada nuestra tarea con relación al segundo mandamiento. Dios nos ayude con su gracia.

Noción del voto. El voto es una promesa deliberada hecha a Dios de una cosa buena, mejor que su contraria, con intención de obligarse.

El voto es una promesa, no tan sólo una resolución. Entre estas dos cosas, resolución y promesa, la diferen-

cia es notable, y aun esencial. Una resolución es simplemente un propósito, o, para entenderlo mejor, un designio. Por ejemplo, tengo el designio de hacer tal peregrinación, mas por ello, no estoy obligado a hacerla, sino que conservo toda mi libertad. Por lo contrario, una promesa es un compromiso formal contraído con relación a un tercero, que la acepta, y que, considerándola como un bien adquirido, no puede ya ser desposeído de ella sin su propio consentimiento. No tardaremos en decir quién es, aquí, ese tercero.

El voto es una promesa deliberada. No necesita larga demostración. Puesto que el voto obliga en conciencia, debe ser un acto de conciencia, es decir, un acto libre, reflexivo, hecho con pleno conocimiento de causa. He aquí, según santo Tomás, toda la economía, y si me atreviera a decirlo, todo el mecanismo del voto. Tres operaciones concurren a formarlo. La voluntad deliberada, proyecta, se compromete. Pero la voluntad no se compromete antes de haber proyectado, y jamás proyecta antes de haber deliberado. La primera operación sirve de base a las otras dos¹. Si falta, nada se hace.

El voto es una promesa deliberada hecha a Dios. Dios es el tercero de que hablábamos hace un momento. Sólo a Dios se refiere todo voto, y en El se termina, aun el hecho a la santísima Virgen o a cualquier santo. El voto es esencialmente un culto de latría². Sí ¡oh Dios mío!, por el compromiso que contraigo de cumplir tal obra de supererogación, o aun tal obra ya prescrita, pero capaz de nuevo lazo, de ofreceros una parte o la totalidad de mis bienes, y más generoso sería si me ofreciera a mí mismo, ora lo haga únicamente por agradaros, ora, menos desinteresado, espere de mi acto

1. 2. 2, q. LXXXVIII, art. 1.
2. *Ibid.*, art. 5.

alguna ventaja, aun cuando, para que se acepte mejor, me valga de intermediarios, a Vos, y a nadie en el mismo grado que a Vos, me propongo honrar; reconozco vuestro soberano dominio y mi entera dependencia, y si pido en cambio alguna gracia, la espero, no de mis obras, sino tan sólo de vuestra bondad.

El voto es la promesa deliberada, hecha a Dios, de una cosa buena, mejor que su contraria. De una cosa buena; es esta la evidencia misma. Una cosa mala, deshonesta, ilícita, injusta, no es en modo alguno materia de voto. No es posible leer sin profunda indignación, en el capítulo XXIII de los Hechos de los Apóstoles, el voto que varios judíos hicieron de matar a san Pablo. Tampoco es materia de voto una cosa imposible. Una cosa imposible no es cosa buena, puesto que ni siquiera existe. Prometed a Dios, por ejemplo, que no cometeréis, en toda vuestra vida, ningún pecado, ni mortal, ni aun venial, insuficientemente deliberado; prefiero creer que este voto procede de un buen natural antes que atribuirlo a otra causa; pero, por cuanto tiene por objeto una imposibilidad real, es nulo; de una cosa buena, mejor que su contraria. La razón que da la teoría es excelente: teniendo el voto por fin esencial honrar a Dios, Dios no es en modo alguno honrado por una ofrenda que, si fuera aceptada, impediría al que hace el voto obrar mejor¹. En consecuencia de este principio, habría que tener por nulo, por lo menos generalmente hablando, el voto de casarse, porque, si bien el matrimonio es cosa buena, honesta, honrosa, como la califica san Pablo, *honorable connubium*², también afirma el mismo Apóstol, y toda la tradición le hace eco, que la continencia le es muy superior³.

1. S. LIGORIO, lib. 3, n. 202.
2. HEB., XIII, 4.
3. I COR., VII, 38.

Finalmente, el voto es la promesa deliberada, hecha a Dios, de una cosa buena, mejor que su contraria, con intención de obligarse bajo pena de pecado. La obligación del voto resulta claramente de lo que acabamos de decir sobre su noción. En efecto, desde que el voto es la promesa hecha a Dios, con pleno conocimiento de causa, de una cosa buena que le honra, obliga en conciencia. Dad al Todopoderoso lo que por voto os habéis comprometido a darle, dice el Salmista: *Redde Altissimo vota tua.*¹ El Deuteronomio es más explícito todavía: Cuando hagas un voto al Señor, no tardes en cumplirlo, porque el Señor tu Dios te pedirá cuenta de él, y si lo dilatas, tu demora será imputada a pecado: *Cum votum voveris Domino Deo tuo, non tardabis reddere, quia requirit illud Dominus Deus tuus, et si moratus fueris, reputabitur tibi in peccatum.*² Y añade: No pecarás si no haces el voto; pero, lo que una vez salió de tus labios, lo has de cumplir y ejecutar como lo prometiste al Señor Dios tuyo, puesto que de tu propia voluntad *lo has hecho*, y con tu misma boca lo has pronunciado: *Si nolueris polliceri absque, peccato eris; quod autem semel egressum est de labiis, observabis, et facies sicut promisisti Domino Deo tuo, et propria voluntate et ore tuo locutus es.*³ Así se expresan las Escrituras; santo Tomás y el Catecismo Romano han bebido en esta fuente. De hombre a hombre, dice el primero, prometer y no cumplir, es faltar a la buena fe; pero es mucho más culpable esta infidelidad tratándose de Dios, de quien por dos conceptos somos deudores, como soberano y como bienhechor: *Maxime autem debet homo Deo fidelitatem, tam ratione dominii, tum etiam beneficij suscepti. Et ideo maxime obligatur ho-*

1. PSAL. LI. 14.

2. DEUT. XXIII, 21 y sigs.

3. Ibid.

*mo ad hoc quod impleat vota Deo facta.*¹ El Catecismo Romano quizás va más lejos todavía, pues asimila el voto no cumplido al juramento promisorio violado; y como hay perjuicio en que, al hacer una promesa con juramento, no se tenga intención de cumplirla, o bien, si se tiene, no se cumpla, por modo semejante hay perjurio en los que se obligan con Dios por medio de votos y no los cumplen. *Quod etiam (peccatum perjurii) ad eos pertinet qui, cum se voti sponsione Deo obligarunt, non praestant.*

Así, pues, sin prever, ni mucho menos, anular por adelantado, ni siquiera debilitar, por poco que fuera, lo que pronto diremos sobre las utilidades del voto, importa mucho penetrarse bien de esta verdad práctica, que es esencial consignar aquí, a saber, que no deben hacerse votos sino tras madura reflexión, no a la ligera, como ocurre con mucha frecuencia, en un momento de angustia extrema, o de entusiasta devoción. Las palabras que hace poco citábamos del Deuteronomio, son la sabiduría misma: No haciendo votos, no se peca; nuestra libertad queda intacta bajo este concepto; los mandamientos de Dios están completos; nada se les añadirá en adelante... Pero si nosotros les añadimos algo; si contraemos un compromiso que, a la verdad, Dios no nos pide, pero que acepta, una vez dada nuestra palabra, no nos ha dado retirarla, y, a menos que tengamos sólidas razones para que se nos releve de él, se impone el deber de cumplirlo. Por tanto, y para repetir una vez más lo que el sacerdote, si ya tiene alguna experiencia, considerará siempre oportuno recordar: no prometáis más que lo que podáis cumplir, y en el modo y tiempo en que podáis cumplirlo. ¿Tendráis menos perspicacia en las cosas del alma que en las de un orden

1. 2, 2, 2. q. LXXXVIII, art. 3.

inferior enteramente terrenal? Porque, tomando de Nuestro Señor la parábola del capítulo XIV de san Lucas, la cual tiene aquí una de sus aplicaciones: ¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no echa primero despacio sus cuentas, para ver si tiene el caudal necesario con que acabarla; no le suceda que, después de haber hechado los cimientos, y no pudiendo concluirla, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él diciendo: Ved ahí un hombre que comenzó a edificar, y no pudo rematar¹?

Las utilidades del voto. Después de lo dicho sobre la noción del voto y de su obligación, ¿habrá necesidad de emplear mucho tiempo en encarecer sus utilidades? Para afirmar que el voto es útil, ¿no bastará saber lo que es, es decir, un acto religioso, un culto de latría, un sacrificio, una ofrenda a Dios, a quien le agrada? Por otra parte, la obra materia del voto, buena ya en sí, y no siendo obstáculo a nada mejor, porque no hay voto sin esta condición, ¿no adquiere una bondad moral nueva, bondad moral específica, que saca de la virtud de religión, bajo el imperio de la cual se cumple, por tanto, dos veces buena, lo que hace decir a santo Tomás que una cosa buena, hecha por voto, vale y merece más que la misma cosa hecha sin voto: *Facere idem opus cum voto, est melius et magis meritorium quam facere sine voto*²?

Pero estas utilidades, aunque ya considerables, no son las únicas. Además de los votos temporales, hay otros votos; hay otras materias de votos diferentes de actos pasajeros, como una oración, un ayuno, una limosna, una peregrinación. Hay votos que obligan en todo momento y siempre, cuya materia es estable y permanente; v. g., el voto perpetuo de castidad, el voto voluntaria-

1. LUC., XIV, 28 y sigs.

2. 2, 2, q. LXXXVIII, art. 6.

rio perpetuo de pobreza, el voto absoluto perpetuo de obediencia. Se llaman votos monásticos, y son, no un acto transitorio, sino un estado, *status*, el estado religioso. Y puesto que, en su generalidad por lo menos, el asunto me invita, sin que mi papel, aunque humilde, de predicador se oponga a ello, quiero hablar de él, no ciertamente para decir todo lo que sobre él hay que decir, sino, por lo menos, para rectificar ideas falsas y desarraiguar, si es posible, prejuicios injustos, nacidos de la herejía¹ y acreditados por la impiedad, de donde han pasado a la opinión.

Y ante todas cosas, ¿es poco mérito el hombre, como vosotros y como yo, de carne y hueso, que, tomando del Evangelio, no los preceptos, sino los consejos, es decir, todo lo que hay de más puro, de más elevado, de más perfecto, se sirve de su libertad para imponérselo como otras tantas leyes, a pesar de los gritos desesperados de la naturaleza, y al mismo tiempo, se despoja de esta libertad, y se priva, por el voto, del poder, de la capacidad, de hacer jamás menos bien del que hace ahora, en esto semejante enteramente, dice también el Doctor Angélico, a quien tanto nos complacemos en citar en esta noble materia, a un hombre que diera a otro hombre, con los frutos de sus árboles, los árboles mismos, y al hacer esto, ¿habrá necesidad de decirlo?, le diera mucho más que si, reservándose los árboles, le diera solamente los frutos²? ¡Oh votos religiosos, votos perpetuos, que transformáis el hecho efímero y cambiante, en un hecho permanente, inmutable en adelante, cuán grandes y hermosos sois, cuán meritorios para el hombre que os concibe y agradables a Dios que os recibe!

1. Wiclef, Lutero, Calvino, declararonse en su tiempo enemigos de los votos monásticos.

2. 2, 2, q. LXXXVIII, art. 6.

Mas a esto debemos añadir que el que se desprende de lo que tiene, y, lo que es más heroico aún, de lo que es, para convertirse en hombre de Dios, en su vasallo, por un triple lazo de absoluta dependencia, no es menos útil a sus hermanos que generoso con Dios. Cuanto menos se pertenece uno a sí mismo, más pertenece a sus semejantes, para consolarlos, asistirlos, hacerles todos los servicios, tanto del cuerpo como del alma. La abnegación llama a la abnegación, como un abismo llama a otro abismo. Jamás se desarrolla tanto la caridad como en un corazón libre de toda traba, desprendido de toda preocupación terrenal, ¡Ah, cómo deseó que la lectura de la *Vida de los Santos* os sea casi tan familiar, como lo es para el sacerdote la recitación de su Breviario! Allí veríais verdaderas maravillas, y sobre todo veríais ésta: Nuestros santos, grandes fundadores de Ordenes, los Francisco de Asís, los Félix de Valois, los Camilo de Lelis, los Ignacio de Loyola, los Juan de Dios, los Vicente de Paúl, los Monfort, los La Salle, y veinte otros, añadiendo a los tres votos de religión, un cuarto voto, o algo semejante, un cuarto voto que tiene por objeto, según la diversidad de tiempos, lugares y necesidades, evangelizar a los infieles, reducir a los pecadores, rescatar cautivos, guardar locos, cuidar enfermos, asistir a los moribundos, enterrar a los muertos, socorrer a los pestíferos, instruir a los niños, preservar a las niñas en peligro de perder su inocencia, apartar del vicio a las jóvenes y mujeres perdidas. No acabaría nunca si tratara de enumerar los prodigios de la caridad nacidos de este cuarto voto que sirve de apéndice a los otros tres.

Pero ya os oigo, o por lo menos, me parece que pensáis una objeción que, si la expresárais, se formularía poco más o menos de este modo: Sí, sin duda son útiles, muy útiles, las Ordenes justamente llamadas acti-

vas; sus obras hablan muy alto. Pero ¿ocurre lo mismo con las contemplativas? ¿Qué ventajas nos proporcionan? ¿No nos sentiríamos tentados a decir, si esta frase no tuviera tan triste origen: De qué sirve esta pérdida: *Ut quid perditio haec?* O por lo menos esto: Las oraciones que hacen sólo aprovechan a los que las hacen... No es posible negarlo; casi no hay error que se haya insinuado más que éste, en nuestra época, en una multitud de espíritus, por desgracia demasiado desprovistos de las cosas sobrenaturales. No, mil veces no, las contemplativas no son útiles. Concededme por lo menos que son almas sensatas esas almas del claustro, esas almas consagradas, no menos que a la oración, a una vida repleta de abnegación, de austeridad, de pobreza, de castidad, y la demostración estará casi hecha. Nada ama Dios tanto como a sus santos. Y los ama tanto que, por consideración a ellos, perdona a los que no lo son. Si se hubieran hallado diez justos en Sodoma, Sodoma no hubiera perecido. Dios responde al profeta Jonás, asombrado, casi disgustado de que los castigos que había sido encargado de anunciar, no llegasen... ¿Y yo no tendré compasión de Ninive, ciudad tan grande, en la cual hay más de ciento veinte mil personas, que no saben aun discernir la mano diestra de la izquierda¹?... ¿No hubiera dicho lo mismo, y con mayor razón aún, si se hubiese tratado, no de ciento veinte mil ignorantes, sino de ciento veinte mil justos? Mi pensamiento aparece ya bien claro: Los justos—y las almas consagradas a Dios por los tres grandes votos de religión forman la porción escogida,—son los que nos salvan, los que nos hacen hallar gracia ante la justicia divina, siempre dispuesta a castigarnos; oid a Bossuet gritar con su autorizada voz: *Aun cuando no se*

1. Jou., IV, 11.

las amara, o no se las protegiera por ellas mismas, habría que amarlas y protegerlas por el bien público¹...

Si os parece bien, la conclusión de esta instrucción sería la siguiente: Debemos tener el voto como cosa santa; en la medida en que somos libres para no hacer votos, estamos obligados, si los hacemos, salvo dispensa, a cumplirlos; finalmente, las utilidades de los votos, ya individuales, ya generales, son tan evidentes, que sería una gran temeridad no reconocerlos...

1. *Méditations sur l'Evangile*, última semana, 83º día.

TERCER MANDAMIENTO

PRIMER SERMON

El séptimo día en la ley de naturaleza y en la ley escrita

Acuérdate de santificar el sábado

Hac legis præcepto externus ille cultus qui Deo a nobis debetur, recte atque ordine præscribitur, est enim hic veluti quidam prioris præcepti fructus.
Catech Rom.

Explicados ya los dos primeros preceptos del Decálogo, empezamos la explicación del tercero: *Memento ut diem sabbati sanctifices*: Acuérdate de santificar el sábado. El camino que debemos recorrer es largo. El séptimo día en la ley de naturaleza y en la ley escrita; el domingo en la ley de gracia; las obras prohibidas en este día; las obras permitidas; las obras simplemente aconsejadas; el domingo y el estado actual de los espíritus; el sabatismo o gran reposo; en una palabra, apenas bastarán ocho instrucciones. Empecemos, y que Dios nos ayude.

Dijimos ya, desde la segunda instrucción del Decálogo, y no hay necesidad de repetirlo, que el hombre debe tributar a Dios un culto, no solamente interno, sino también externo y público, y esto en virtud de la misma ley natural.

Otra verdad no menos rigurosa que la precedente es

que, en virtud de esta misma ley natural, el hombre, para cumplir el deber que le incumbe bajo este concepto, está en la obligación de distraer cierta porción de cada año, de cada mes, de cada semana. No se hace bien una cosa sino a condición de dedicarle cierto tiempo. Del mismo modo que tomado del Catecismo Romano, que a su vez la tomó de Santo Tomás, esta juiciosa comparación,—la naturaleza ha determinado tal tiempo para tal función necesaria a la vida del cuerpo, por ejemplo, un tiempo para comer, otro para dormir, y así de lo demás, así también quiere que haya tal o cual tiempo en el cual pueda el alma templarse, vivificarse por la meditación de las verdades eternas y la contemplación de las perfecciones divinas.

Pero esta porción de nuestra existencia terrenal, que debemos reservar para destinárla al culto externo y público debido a Dios, ¿cuál es? ¿cuál es su justa medida? ¿la ha precisado Dios por una ley positiva que supla aquí el silencio de la ley natural? Porque es de notar que, si ésta no nos deja ignorar el deber que debemos cumplir, se calla acerca del tiempo en que debe ser cumplido.

Para responder a la pregunta que acabamos de hacer, y que es capital en esta materia, decimos, en primer lugar, que, desde el origen, Dios reveló al hombre los homenajes que de él esperaba, y los medios que debía poner para tributárselos; en segundo lugar, decimos, pero sin querer ser más afirmativos de lo necesario, que, entre estos medios, puso la observación de cada séptimo día, como día religioso, destinado a su culto¹. ¿No

1. Sobre si la institución del séptimo día es contemporánea de la creación, o si no data más que de la promulgación de la Ley en el monte Sinaí, nos adherimos a la primera opinión, siguiendo a Cornelio a Lápide: Deus a mundi exordio hoc primo sabbati die, illum sanctificavit, id est actu festum instituit, colique voluit ad Adam, ejusque posteris, sacro otio et cultu

distinguió El mismo este séptimo día? ¿No lo sacó de la masa común? ¿No le imprimió un carácter sagrado? ¿Hay algo que incline más a creer en la institución primordial del sábado que lo que leemos en el capítulo I del Génesis, esto es, que luego que Dios hubo hecho toda la obra que había resuelto hacer, habiendo sido acabada su obra en seis días, entró en su reposo el séptimo, al que bendijo y santificó, *et benedixit diei septimo, et illum sanctificavit*¹, es decir, según el sentido exacto de estas frases, sobre todo de la segunda, que hizo de él, no un día laborable como los otros días, sino un día reservado, un día santo, un día que sería preciso guardar en adelante, separándolo del uso ordinario, para aplicarlo a un uso religioso²? Por consiguiente, aun cuando este séptimo día no fuese designado entonces con el nombre que se le dió más tarde, nos complacemos en pensar que fué santificado, desde el origen, por Adán y Eva y sus hijos. Nos complacemos en pensar que es el día en que Abel ofrecía al Señor las más hermosas piezas de su rebaño³. Nos complacemos en pensar que es el día en qué, en tiempo de Enós⁴, transformado del doméstico, que hasta entonces había sido, en culto público, se reunían las familias para orar en común. Finalmente, nos complacemos

Dei, máxime recolendo beneficium creationis suae, totiusque mundi, illo die completæ. Unde patet sabbatum fuisse festum institutum et sanctum primitus, puta ab origine mundi, hoc ipso primo mundi sabbato. Ita RIBERA, PHILO, CATHARINUS (CORN., a LAP., in cap. II Gen.). A este autor, de tan gran autoridad, puede añadirse BOSSUET, *Elev.*, 8.^a semana, 12.^a *Elev.* GOSCHLER, que dice que los fundamentos de esta opinión son mucho más fuertes; y los expone. *Dictionn. de Théolog.* palabra *Sabath*, t. XXXI, p. 8 y 9.

1. GEN., II, 3.

2. Ea enim dicuntur sanctificari in Lege, quae cultul applicantur. S THOM., 2, 2, q. CXXII, art. 4, ad 3.

3. GEN., IV, 4.

4. GEN., IV, 26, V. CORNEL A LAPID., *linth.*

en pensar que la observancia de este día constituyó, no toda religión, sino una parte notable de ella durante el período patriarcal, y que cuando, demasiado numerosos en las llanuras de Sennar, separáronse los hombres, para dirigirse los unos hacia una región, y los otros hacia otra, y poblar la tierra, cada tribu llevóse consigo esta fracción de la religión primitiva. Esto es lo que explica este hecho tan notable y, en efecto, tan notado, que en todas las épocas y en todos los lugares, hallamos la distribución septenaria de los días, es decir, la semana, y al mismo tiempo que la distribución septenaria de los días, o semana, casi en todas partes, y en la mayoría de los pueblos, cada séptimo día puesto aparte, cada séptimo día considerado como día de reposo, día de religión, día consagrado al culto de la Divinidad. Permitido es, pues, concluir que primordialmente fué ordenado a este fin¹.

Pero el asunto no queda agotado en esta primera instrucción. Despues de la obra de los seis días y de la indicación del séptimo como día de santo reposo, pasaron muchos siglos. Como los pueblos se inclinaban a la idolatría, o se habían sumergido ya en ella, no sería ya suficiente la ley de naturaleza, escrita únicamente en los corazones. Pero Dios no abandonará lo que empezó. Dios eligió una familia para convertirla en guardiana de las tradiciones de lo pasado, no menos que de las promesas de lo por venir. Tal fué la familia

1. Sobre esto se han publicado hermosos trabajos, encaminados a sentar, como, en efecto, sientan, que todos los pueblos, aun los más antiguos, tuvieron el ciclo hebdomedario, o división del tiempo en períodos de siete días, y la mayor parte de ellos, con un día de estos siete consagrado a la divinidad en general, o a alguna divinidad particular. Véase *La Bible sans la Bible* t. I.—*De l'Institution du dimanche*, por FRANCISCO PÉRENNE, lib. II.—*Lettres de Mgr. Gaume sur la profanation du dimanche*, III^o Lettre.—*Le Dimanche*, por el abate LE COURTIER, n.º 33.

de Abraham, padre de los creyentes. Esta familia se convirtió en un pueblo. Doblado por espacio de cerca de cuatrocientos años bajo el yugo de los faraones de Egipto, acaba de salir este pueblo de su lugar de esclavitud, *de domo servitutis*¹, o mejor dicho, el Señor Dios mismo es el que lo saca de allí con aparato de fuerza, hasta entonces sin igual, *in brachio extento*². Acampa ahora en el desierto, al pie del Sinaí. Dios le habla. Ya sabéis en medio de qué aparato de cosas aterradoras le habla. Sabéis también por medio de quién le habla. Los milagros casi innumerables, todos de primer orden, que ha obrado por medio de Moisés, han hecho de este hombre su órgano autorizado. Moisés se presenta, pues, al pueblo, y le dice, en nombre del gran Dios que le envía: Acuérdate de santificar el día de sábado; los seis días trabajarás y harás todas tus labores. Mas el día séptimo es sábado, o fiesta del Señor Dios tuyo. Ningún trabajo harás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tu bestia de carga, ni el extranjero que habita dentro de tus puertas o poblaciones. Por cuanto el Señor en seis días hizo el cielo, y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos, y descansó en el día séptimo; por esto bendijo el Señor el día del sábado, y lo santificó³.

La ley es precisa, bien dictada, grabada en la piedra; es una ley positiva. Pero aun así, y aunque para una ley valga más que esté escrita que confiada a la memoria, ¿durará la ley sabática? Leyes, formas de gobierno, constituciones a las cuales se había prometido la inmortalidad, ha bastado menos de un cuarto de siglo para hacerlas desaparecer. Pero no ocurrirá aquí lo

1. DEUT., XX, 2.
2. EXOD., V, 15.
3. EXOD., XX, 8 y sigs.

mismo. La ley sabática durará tanto como dure la alianza de Dios con el pueblo que fué hecho depositario de ella.

La ley sabática durará :

A este efecto, será fuertemente sancionada: Trabajando nueve años solamente después de la primera notificación, será la segunda, la cual, no contenta con reproducir íntegramente la primera, le añadirá un considerando. Escuchémosla: Cuida de santificar el día de sábado, como te tiene mandado tu Señor Dios. Seis días trabajarás, y harás todos tus quehaceres; el día séptimo es día de sábado, esto es, del descanso del Señor Dios tuyo; no harás en él ningún género de trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni el esclavo, ni la esclava, ni el buey, ni el asno, ni ninguno de tus jumentos, ni el extranjero que se alberga dentro de tus puertas, para que, como tú, descansen también tu siervo y tu sierva. *Acuérdate que tú también fuiste siervo en Egipto, y que de allí te sacó el Señor Dios tuyo con mano poderosa y brazo levantado. Por eso te ha mandado que guardases el día del sábado*¹.

La ley sabática durará :

A este efecto será fuertemente sancionada: Trabajareis seis días, el séptimo día será para vosotros santo, por ser el sábado y descanso del Señor. El que trabajase en él, será castigado de muerte². Imposible engañarse sobre el carácter prohibitivo de la ley; mas, a pesar de una amenaza tan formidable, no tardó en producirse una transgresión. Refiérese ésta detalladamente en el capítulo XV de los Números, y también su triste desenlace. Todavía se hallaban acampados los

1. DEUT., V, 12.—Todo el mundo sabe que el Deuteronomio, o segunda ley, se llama así porque es la segunda notificación de las leyes ya publicadas en el Sinaí.

2. EXOD., XXXV, 2.

hebreos en el desierto de Pharán, cuando hallaron un hombre que estaba cogiendo leña en día de sábado. Se apoderaron de él y lo presentaron a Moisés. A primera vista la falta parecía ligera; mas por cuanto había sido cometida con violación de una ley reciente; de una ley, no solamente reciente, sino promulgada con tanta solemnidad que no era permitido olvidarla tan pronto; de una ley, en fin, que significaba del modo más expresivo el soberano dominio de Dios como Creador, y no menos como cabeza suprema del pueblo, llamado de su nombre *el pueblo de Dios*, de tal modo que el violarla equivalía a desconocer esta supremacía, la falta por todos estos motivos era grave¹. Consultó, pues, Moisés con el Señor la decisión que debía tomar y la respuesta fué terrible: Muera sin remisión ese hombre; mátele todo el pueblo a pedradas fuera del campamento. Y habiéndolo sacado afuera, le apedrearon, y quedó muerto, como el Señor lo había mandado²... ¡Qué impresión debe producir este castigo, e! más ejemplar posible! ¿Podía creerse que no fuera viable la ley sabática armada como estaba de tan formidable sanción?

La ley sabática durará :

A este efecto, se constituirán varias instituciones que mantendrán sin cesar vivo su recuerdo, e impedirán que caiga jamás en desuso: Entre los israelitas, la solemnidad de las bodas durará siete días; siete días durarán también las grandes fiestas religiosas, que serán también fiestas nacionales; una de estas fiestas, y no la menor, Pentecostés, se celebrará siete semanas después de Pascua; cada siete años habrá un año, llamado *el año sabático*, como el sábado cada siete días, durante

1. Véase MENOCHIUS, in h. l., y GOSCHLER, *Dictionn. de Théol. Sabbat.*

2. NÚM., XV, 32 y sigs.

el cual reposará la tierra, falta de cultivo, como reposará el hombre, y Dios promete hacer producir a las viñas, a los olivos, en el sexto año tres veces tantos frutos como en un año ordinario; finalmente, transcurridos siete años, el año siguiente será jubilar, o de remisión general que devolverá la libertad a todos los que espontáneamente o por necesidad la habrán perdido, extinguirá todas las deudas y los antiguos poseedores recobrarán sus herencias y sus bienes¹... Con semejantes instituciones, ¿era posible echar en olvido la ley sabática que les servía de base? O bien, si queréis representarlos la ley sabática bajo la imagen de un hermoso monumento, elevado por un hábil constructor, ¿no será lícito representarse las diversas instituciones de que acabo de hablar como otros tantos contrafuertes destinados a asegurar su duración?

La ley sabática durará:

A este efecto, después que Moisés, obrando en nombre de Dios, la haya promulgado, sancionado y, merced a instituciones sabáticas en sí misma, como incrustado en el seno de la nación, vendrán los profetas, y hablarán a su vez, según los tiempos y las circunstancias. Dirá Isaías a Israel, si permanece fiel, o alentándolo para que lo sea: Feliz el hombre que observa el sábado y no lo viola, que conserva puras sus manos y se abstiene de hacer el mal²... Y también: Si te abstuvieres de caminar en *día* de sábado, y de hacer tu voluntad *o gusto* en mi santo día, y llamaras al sábado *día de reposo y santo o consagrado a la gloria del Se-*

1. LEVIT., c. XXV et alibi. El número *siete*, tan frecuente en la historia de los hebreos, como número misterioso y sagrado, ha sido encontrado, con el mismo carácter, en casi todos los pueblos, por los autores nombrados más arriba. Es esto muy significativo.

2. ISA., LVI.

fior, y lo solemnizares con no volver a tus andadas, ni hacer tu gusto, ni contentarte sólo con palabras, entonces tendrás tus delicias en el Señor, y yo te elevaré sobre toda terrena altura, y para alimentarte te daré la herencia de Jacob, tu padre¹. Por lo contrario, si Israel se hace prevaricador, no tardarán en sobrevenir las amenazas del castigo: Ve, profeta, dirá el Señor a su servidor Jeremías, ve y ponte a la puerta de la ciudad por la cual pasan los hijos y los reyes de Israel, y diles: He aquí lo que dice el Señor: ¿Queréis salvar vuestros bienes y vuestra vida? No llevéis cargas en día de sábado, ni las hagáis entrar por las puertas de Jerusalén; ni hagáis en día de sábado sacar cargas de vuestras casas, ni hagáis labor alguna; santificad dicho día, como lo mandé a vuestros padres... Si no lo hacéis así, pegaré fuego a vuestras puertas, fuego que devorará las casas de Jerusalén, y que nadie apagará²... Las mismas amenazas por parte de Dios vemos en los labios de Ezequiel, de Oseas, de Amós, de todos los profetas, y sabido es que, con la historia por testigo, cómo se cumplieron. Por último, vemos el mismo celo en Nehemías, cuando, a la vuelta de la cautividad, los judíos, tan severamente castigados, pero no corregidos, se pusieron de nuevo a violar la ley sabática, los unos pisando las uvas en el lagar en día de sábado, los otros llevando fardos, o cargando sus bestias con frutos de la viña, y de la higuera para venderlos en día de sábado... ¡Cómo les grita el hombre de Dios, qué crimen estáis cometiendo! ¡Profanáis el día del Señor! ¿Es que vuestros padres no se hicieron reos del mismo crimen? ¿Habéis olvidado que precisamente por esto envió nuestro Dios todos los males que hemos sopor-

1. ISA., LVIII.

2. JEREM., c. XVII.

tado? ¿Queréis, pues, reavivar su cólera violando el día sagrado del reposo?... Y para que estas palabras, inspiradas del mayor celo por la gloria de Dios produjeran su efecto, Nehemías en persona veló por su cumplimiento: la víspera del sábado siguiente, por la tarde, recorrió las murallas de la ciudad, hizo cerrar las puertas ante su presencia, y prohibió que se abrieran hasta pasada la solemnidad. Pero los habitantes de los pueblos vecinos a Jerusalén, acostumbrados a traficar con la ciudad en día de sábado, como en los otros días de la semana, llegaron, según costumbre, con sus cargas y mercancías. Sorprendidos de hallar cerradas las puertas y de verse obligados a volverse, o a esperar a que hubiese pasado el sábado, insistieron en entrar, y por fin, tuvieron que acampar a lo largo de la muralla. Mas ni siquiera esto toleró Nehemías, sino que se dirigió a los mercaderes y les dijo claramente que su intención no era que permaneciesen allí obstruyendo las puertas de la ciudad, y que si en lo sucesivo volvían a cometer la misma falta, haría una justicia tan severa que no les quedarían ganas de volver. Y no volvieron más en día de sábado¹.

¿Qué decir de esta página, una de las más hermosas de los Libros Santos sobre esta materia, y de todo lo que acabamos de exponer? Una ley que tenía a Dios por autor y a Moisés por promulgador; que tendrá, en el curso de los siglos, profetas como Isaías y Jeremías por predicadores y a un santo hombre como Nehemías por vengador, ¿podía dejar de durar? Duró, pues, la ley sabática, cuanto debía durar. ¿Qué digo? Epoca hubo en que fué observada más que nunca, y aun añado, más de lo necesario. Como el hombre pasa

1. ESDRAS., c. XIII. Quare manetis ex adverso muri? Si secundo hoc fecistis, manum mittan in vos. Itaque ex tempore illo non venerunt in sabbato.

con demasiada facilidad de un extremo a otro, vióse en tiempo de los Macabeos, a varios millares de israelitas, más celadores de la ley que valerosos soldados, aunque en aquellas circunstancias su celo no estuvo de acuerdo con la verdadera ciencia, preferir dejarse matar hasta el último, que defendese en el combate, en día de sábado¹... Y cuando, llegada la plenitud de los tiempos, según frase de san Pablo, el Hijo de Dios hecho hombre recorre las aldeas y ciudades de Judea, ¿qué leemos en el Evangelio? Los fariseos, doctores de moral exagerada, observadores del sábado, por lo menos en apariencia, hasta la irrisión, ¡imputan como crimen, al Salvador Jesucristo, los milagros que hace en los días de sábado!²...

Pero detengámonos aquí. Acabamos de pronunciar un nombre que nos impone este alto: Jesucristo... Jesucristo, señor del sábado³, como de todo lo existente; una vez venido Jesucristo, debía desaparecer el sábado para dar lugar a una ley mejor... Desde hoy saludamos el domingo en su aurora. Un poco más, y lo veremos en su pleno mediodía...

1. I. MACH., c. II.
2. LUC., c. XIV.
3. MATTH., XII, 8.

TERCER MANDAMIENTO

SERMON SEGUNDO

El primer día de la ley de gracia, o el domingo

Acuérdate de santificar el sábado

Placuit autem Ecclesiae Dei, ut dici
sabbati cultus et celebritas in domini-
cum transferetur, diem.
Catech Rom.

La ley sabática debía durar tanto como la alianza de Dios con el pueblo que había elegido; y, en efecto, subsistió todo este período, con alternativas de fervor y relajamiento de parte de aquellos para los cuales había sido promulgada. He ahí lo que ante todas cosas hemos dicho en nuestra anterior instrucción. Luego, tan pronto como se anunció el domingo, lo hemos saludado en su aurora, reservándonos el seguirlo hasta su completo desarrollo. Ha llegado el momento de hacerlo. Dios nos ayude con su gracia...

Observa juzgiosamente el Catecismo Romano, siguiendo al Doctor Angélico Santo Tomás¹, que, en el tercer precepto del Decálogo, hay dos partes bien distintas: lo que es principal y cómo la esencia del precepto, y lo que es accesorio únicamente. Tributar a

1. S. THOM., 2, 2, q. CXXII, art. 4.—Véase también S. LIGORIO, lib. 3, n. 263 y sigs.

Dios culto externo y público, y, a este efecto, la rigurosa obligación, para el hombre, de distraer cierta porción de tiempo, porque, como ya lo hemos dicho, no hacemos bien una cosa sino a condición de poner tiempo en ella, constituye la esencia del precepto, el cual, para expresar todo el pensamiento del gran teólogo, participando de la naturaleza misma de las cosas de ser lo que es, no está, ni puede estar sujeto a cambio. La naturaleza de las cosas no cambia. Pero que esta porción de tiempo que hay que distraer de la masa general para emplearla en el servicio de Dios, sea de tal o cual duración; por ejemplo, que sea la mitad de un día, o más de un día, o solamente un día entero, que sea tal día o tal otro, éste o el otro; he aquí lo accesorio, lo que es de pura ceremonia, la parte cambiante del precepto. De aquí se sigue, y no hay que olvidar esta consecuencia, que Jesucristo, señor del sábado, como lo es de todas las cosas, como nos lo enseña en el Evangelio², podía, ya directa inmediatamente, ya por medio de sus apóstoles obrando en nombre de El, según sus instrucciones, modificar el antiguo sábado judío, y trasladar, del último día de la semana al primero, el culto público que debemos tributar a Dios.

Esto es lo que, en efecto aconteció. Casi al día siguiente de la Resurrección del Señor, no todavía abolido rigurosamente el antiguo sábado, porque Dios no hace nada por sacudidas, pero visiblemente en su ocaso², aparece ya el primer día de la semana como día reli-

1. MATTH., XII, 8.

2. Dios no obra a la manera de los hombres, que dan decretos para que obligen desde tal día o tal hora. La ley antigua murió poco a poco, y no se convirtió en *mortifera*, es decir, en materia de pecado, para los que se empeñaban en observarla, sino cuando estuvo bien muerta, pues Dios quiso, según la expresión de san Agustín, hacerle honrosos funerales.

gioso. Leed los Hechos de los Apóstoles: Habiéndose reunido los discípulos, *el primer día de la semana*, para partir el pan eucarístico, Pablo, que debía marchar al día siguiente, les hizo un discurso que se prolongó hasta media noche¹. La misma indicación vemos en la primera Epístola de san Pablo a los Corintios: *El primer día de la semana*, cada uno de vosotros ponga aparte y deposite aquello que le dicte su buena voluntad, a fin de que no se hagan las colectas *al tiempo mismo* de mi llegada². En la mente del Apóstol, estas limosnas estaban destinadas a la Iglesia madre de Jerusalén, entonces angustiada. Pero no es esto todo; desde aquellos tiempos primitivos, el primer día de la semana, manifiestamente convertido en *día religioso*, por cuanto es aquel en el cual se reúnen los fieles para celebrar el Oficio divino y hacer ofrendas o colectas, que también ostentan un carácter religioso, tiene un nombre propio por el cual se le distingue mejor que por su número de orden; se llama Domingo, *Dies dominica*, esto es, Día del Señor. San Juan, el último superviviente de los Apóstoles, así nos lo enseña: Mientras estaba en la isla de Patmos, *un día de domingo* fué arrebatado en espíritu, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta³.

1. Act., XX, 7.

2. I. Cor., XVI, 2.

3. Apoc., I, 9-10.—En estos pasajes se funda el Catecismo Romano para decir que los Apóstoles fueron los que consagraron al culto de Dios el primero de los siete días de la semana, y le llamaron *Domingo*. He aquí sus palabras, que debemos citar contra ciertos autores que creen no ser bastante demostrativos los textos escriturarios: *Quam ob causam Apostoli ex his septem diebus eum qui primus est ad divinum cultum consecrare statuerunt, quem Dominicum diem dixere: nam et S. Joannes in Apocalypsi Dominici diei meminit, et Apostolus per unam sabbatorum, quae est dies dominicus, collectas fieri jubet, ut intelligamus jam tum in Ecclesia diem dominicum sanctum habitum esse.*

Pero sigamos, pues el astro ya no acaba de salir, sino que asciende por el horizonte. Apenas cerrada la era llamada *de los tiempos apostólicos*, oigo que san Ignacio mártir llama por su verdadero nombre al primer día de la semana, por el nombre que recibió de los Apóstoles, y conservará en adelante en toda la serie de las edades, por el nombre de *domingo*, día del Señor, y saluda en él al primero y más magnífico de los días, un día real: *Dominica dies, regina et princeps omnium dierum*¹. Después, san Justino, el filósofo convertido, dice en una sabia apología, dirigida por él a los poderes públicos, para defender a los cristianos, sus hermanos, de las odiosas calumnias de que eran objeto: Desde la aurora del día que vosotros llamáis *día del sol*, los cristianos de las ciudades y de los campos abandonan sus trabajos acostumbrados, y se reúnen en un mismo lugar. Allí leemos según los tiempos, los comentarios de los Apóstoles, o los escritos de los Profetas. Cuando el lector ha terminado, el Anciano, dirigiéndose a la asamblea, exhorta a todos los asistentes a poner por obra las cosas que acaban de oír. Luego, son ofrecidos a Dios el pan y el vino. El presidente continúa en profundo recogimiento el curso de las oraciones y acciones de gracias, a las cuales responde el pueblo: Amén. Finalmente, después de esto, se hace a todos los asistentes la distribución de lo que ha sido consagrado, y se envía su parte a los ausentes por medio de los diáconos².

Pero sigamos. Los mismos paganos dan testimonio,

1. Spist. ad Magnes.

2. ROHRBACHER, lib. XXVII.—San Justino no emplea la palabra *domingo*, por la sencilla razón de que, dirigiéndose a paganos tenía que servirse de su propio lenguaje; de lo contrario, no le hubieran entendido. Ahora bien, el primer día de la semana entre los romanos estaba consagrado al sol. Según nuestra manera de llamar hoy los otros días, si el domingo no

sin quererlo, en favor del domingo, y nos enseñan que en aquellos antiguos tiempos, primera edad de la Iglesia, los cristianos observaban el domingo como día religioso, hasta el punto de que esta observancia era su rasgo característico. De aquí que, cuando tal o cual procónsul o pretor hacía arrestar, para llevarlo a su tribunal, a cualquier cristiano, empezaba así su interrogatorio, o mejor dicho, lo empezaba y terminaba a la vez por estas únicas palabras: *No te pregunto si eres cristiano, sino si has observado el domingo*¹... Tan verdadero era que observar el domingo y profesar el cristianismo era una sola y misma cosa. De aquí también—introducimos aquí un nombre propio—que cuando Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, dirigió al emperador Trajano su memoria sobre los cristianos de su provincia decía: Todo lo que sabemos de ellos es que se reúnen, en un día fijo, cantan alternativamente alabanzas a Cristo, como a un Dios, se obligan con juramento, a no cometer un delito cualquiera, sino a no cometer robo, ni pillaje alguno, ni adulterio, ni faltar jamás a su palabra, ni negar nunca un depósito confiado. Después, se separan, y luego se reúnen otra vez para comer en comunidad²... No tener que decir más que esto de los cristianos, después de una investigación, ¿no equivale a hacer un panegírico y a tributar homenaje al domingo, día fijo en que reunían y aprendían a practicar tan admirables virtudes?

Pero el astro sube y crece. Hemos en el siglo IV. Acaba de producirse un gran acontecimiento; pero antes de exponerlo en todo su esplendor, ¿no convendrá hacer que preceda al relato una hermosa página de

fuerza el domingo, diríamos: *soldi, solis dies*, como decímos: *lundi, lunae dies*.

1. Ap. LE COURTIER.

2. ROHRBACHER, lib. XXVII.

san Agustín? Escribiendo al conde Bonifacio, su amigo, y hablándole de los deberes que deben cumplir aquellos a quienes Dios ha investido de una parte de su poder, dice: ¿Dónde estaban los emperadores que creyeron en Cristo y sostuvieron con su autoridad las leyes de la Iglesia? ¿Dónde estaban cuando se cumplía al pie de la letra la profecía del salmo II: ¿Por qué causa se han embravecido tanto las naciones y los pueblos maquinan vanos proyectos? Hanse coligado los reyes de la tierra, y se han confesado los príncipes contra el Señor y su Cristo... Y añade: Todavía no ha llegado el tiempo en que se oiga lo escrito más abajo en el mismo salmo: Ahora, pues, *oh reyes!* entendedlo; sed instruídos vosotros los que juzgáis o governáis la tierra; en vez de oponerse a sus designios, servid en adelante al Señor con temor y amor: *Nondum autem agebatur, quod paulo post in eodem psalmo dicitur: Et nunc, reges, intelligite, erudimi qui judicatis terram. Servite Domino in timore*¹

Era verdad. En la época en que nos hemos detenido hace un momento, aquel tiempo no había llegado todavía. Pero iba a llegar, y, por fin, llegó. Había subido al trono Constantino, el primer emperador cristiano. Había visto el signo², oído la voz y comprendido que Dios no da a los reyes, la victoria sobre sus enemigos sino a fin de que las majestades de la tierra atraigan los pueblos que les sirven a un servicio más elevado que el suyo, al servicio de la Majestad del cielo... Y he aquí que legisla en favor de esta Iglesia, que diez y aun más de sus predecesores se habían esforzado en ahogar en la sangre de sus hijos. Vedle promulgar

1. EPIST., 50.

2. La aparición de una cruz en el cielo, con estas palabras muy legibles que la acompañaban: *In hoc signo vinces*. ROHRBACHER, lib. XXXI.

un edicto haciendo obligatoria la observancia del domingo en toda la extensión del imperio romano; quiere que los tribunales vaquen, que se suspendan los trabajos ordinarios, excepto los agrícolas cuando haya peligro de perder los frutos que se esperan; que sus soldados tengan entera libertad para asistir a la asamblea de los fieles, y ofrecer a Dios sus oraciones; para los que están en los campamentos, él mismo compone una oración para su uso; con las manos y los ojos elevados al cielo, dirán: Te reconocemos como único Dios, te rendimos homenaje como a nuestro rey, te llamamos en nuestra auxilio. Por ti hemos obtenido la victoria. Te damos gracias por los beneficios recibidos, y esperamos otros para lo por venir. Te suplicamos que nos conserves muchos años, salvo y vencedor, a nuestro emperador Constantino¹.

Tal fué el decreto del primer emperador cristiano el 7 de Marzo de 321. Tuvo imitadores, y así vemos el mismo celo en Valentíniano, Teodosio el Grande, Arcadio, León y Antemio; el mismo celo en los primeros reyes de Francia, para no hablar más que de los nuestros, Gontrán, Childeberto, Pepino el Breve, y sus sucesores. Carlomagno hablará como Constantino, san Luis como Carlomagno, Luis XIV como san Luis², en tanto que, por su parte, papas, concilios, obispos, sacerdotes, párocos, predicadores, catequistas hicieron

1. ROHRBACHER, lib. XXXI.

2. Las leyes son auténticas, y cada una tiene su fecha en la historia.—Estos príncipes comprendieron en su tiempo lo que los príncipes de todos los tiempos no deberían olvidar nunca. De los reyes, de la emperadores y, en general, de todos los que están investidos del poder, dice el Catecismo Romano: Monendi vero et hortandi sunt principes et magistratus, ut in iis maxime que ad hunc cultum Dei retinendum atque augendum pertinet, Ecclesiae praesides auctoritate sua juvent jubeantque populum sacerdotum praeceptis obtemperare.

oir su voz, más autorizada que la de reyes y emperadores.

Todos estos honores éran te debidos ¡oh domingo santo! Ni la Iglesia ni los príncipes se excedieron en tu elogio. Pero ¿por qué? ¿Por qué fué distinguido el domingo de los otros días como día religioso, y consagrado en adelante al culto de Dios por los mismos Apóstoles? ¿Por qué fué llamado por el mártir san Ignacio, cuyas palabras me complazco en citar, el primero, el más solemne de los días, un día real... y por el primer emperador cristiano, en el mismo edicto de 7 de Marzo de 321, un día de *salvación*, un día de *verdadera vida y de inmortalidad*, un día de *luz*, pero de una luz mucho más perfecta que la que fué sacada de la nada en el prejuicio de las cosas? ¿Por qué, pues? Si todos los días del año, medidos e iluminados por el mismo sol, parecen de la misma naturaleza y de la misma condición, por qué fué elevado este a la dignidad de un día de fiesta, en tanto que los otros, nivelados en la fila, no sirven más qué para llenar las semanas y los meses? ¿Hay algo más natural que buscar la razón explicativa, la última palabra de un hecho ya tan importante considerándolo únicamente en sí mismo? Quedaremos satisfechos, y el domingo, magnífico astro que hemos visto remontarse por el firmamento de las almas, crecerá más aún.

En el primer día del período que más tarde debía llamarse semana, creó Dios la luz. Dijo Dios: Hágase la luz, y la luz fué hecha. A la verdad, el sábado recordaba la creación ya acabada y completa. Nótese, en efecto, que, a partir del sexto día, Dios no crea nada. Hay evolución, desarrollo de lo que ya existía, pero nada de creación nueva, ni siquiera un átomo; y cuando se dice que, habiendo acabado lo que había resuelta hacer, Dios descansó, esto debe tomarse a la

letra. Mas, para no apartarnos del asunto, ¿qué sería la obra de los seis días, sino fuese iluminada por la luz del primero? El don más rico que se nos ha otorgado, ¿no es la luz, sin la cual no aparecería ninguna de las otras obras de Dios? ¿De qué nos serviría habitar un departamento enteramente lleno de las más hermosas obras de arte si continuase sumergido en una profunda noche? Por este motivo, pues, el primer día de la semana, el día de la luz, tenía perfectísimo derecho a una distinción. Pero esto no sería más que el menor título del domingo. Hay algo más y mejor.

En efecto, el primer día de la semana, otra luz, mil veces más viva que la del principio de las cosas, brotó de otras tinieblas, de las tinieblas de un sepulcro... ¿De qué sepulcro? De un sepulcro bien sellado, bien guardado, del cual pensaban que no saldría nada de lo que se había puesto dentro de él. ¿Me entendéis? Enterrado el viernes, víspera del sábado, y habiendo permanecido en la tumba todo el sábado, al rayar el primer día de la semana, aparece la luz, son derribados los guardias, se rompen los sellos, y del sepulcro abierto por una fuerza invisible, sale viviente y glorioso Jesucristo. En los cuatro Evangelistas podéis leer estas cosas, las más asombrosas que se oyeron jamás. Mas lo que se deduce de este hecho tan históricamente cierto como los hechos mejor probados, tiene una importancia sin igual. Si Jesucristo, muerto de la más ignominiosa de las muertes, de una muerte que parecería echar por tierra todo lo que El había hecho antes para fundar su misión, no hubiese resucitado, su divinidad sólo insuficientemente hubiera sido demostrada. De tal modo es esto verdad, que El mismo, prescindiendo de sus otros milagros, como si hiciese poco caso de ellos, quiere que el de la resurrección sea el único verdaderamente decisivo, el único que entrañe

una prueba auténtica de su divinidad: Esta nación perversa, dice, me pide milagros para asegurarse de lo que soy; mas no tendrá otro milagro que aquel del cual el profeta Jonás es figura; pues como el profeta Jonás estuvo tres días en el vientre de la ballena, y salió de él, así el Hijo del hombre permanecerá encerrado tres días en las entrañas de la tierra, y al tercero resucitará¹... Y el hecho se verifica del mismo modo que es predicho. Muerto Jesucristo, fué enterrado, puesto en el sepulcro... y al tercer día resucitó... Luego es el Hijo de Dios y Dios mismo. ¿Veis ahora más claro que el sol por qué, en la nueva alianza, el primer día de la semana es el día consagrado a Dios y a su culto? Es el día, mil veces bendito, que nos recuerda que somos cristianos, y nos hace tocar con el dedo la razón determinante por la cual lo somos, es decir, hijos de Cristo resucitado, para vivir en adelante por los siglos de los siglos.

Finalmente, el primer día de la semana desciende el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y en sus personas es dado a la Iglesia, para permanecer en ella por siempre jamás. Hay que decir todavía esto antes de terminar. Siete semanas habían transcurrido después de la resurrección de Jesucristo; al clarear el primer día de la octava semana, hallábanse reunidos todos los discípulos en un mismo lugar, cuando de repente oyeron un gran ruido, como de viento tormentoso que descendía del cielo y llenaba toda la casa en que estaban sentados; al propio tiempo vieron aparecer como lenguas de fuego que se distribuían y se posaban sobre cada uno de ellos. Al punto quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y empezaron a hablar diversas lenguas, según que el Espíritu Santo les ponía las palabras en la boca².

1. MATTH., c. XII; LUC., c. XI.—Véanse nuestras instrucciones sobre el Símbolo, sermón 25.^o

2. ACT., c. II.

Conocéis lo demás, esto es, que la Iglesia quedó definitivamente fundada, que la nueva ley sustituyó, solemnemente promulgada, a la antigua, y que los Apóstoles, antes tan pusilánimes, quedaban ahora provistos de todo lo que necesitaban para marchar a la conquista del mundo...

¡Oh primer día de la semana! ¡Oh domingo, pues ahora menos que nunca no basta designarte por un número de orden... oh domingo, eres, sí, el día mil veces bendito! ¡Sí, eres el día de *salvación*, el día de *la luz*, el día de *la verdadera vida y de la inmortalidad!*! ¡Sí, eres el primero, el más magnífico de los días, *un día verdaderamente real!* Sí, eres, más que otro, el día que el Señor hizo y marcó con su sello: *Haec dies quam fecit dominus!* ¡Qué desgraciados somos! Como el antiguo patriarca Jacob, y con mayor razón aún, cada uno de vosotros puede decir: Mis días son pocos, y menos buenos aún que pocos: *dies parvi et mali!* Pero, en esta sucesión de días, hay uno por lo menos en el cual tenemos el derecho de regocijarnos, porque Dios y la Iglesia nos invitan a ello: *Haec dies quam fecit Dominus; exultemus et laetemus in ea*¹...

1. PSAL., CXVII.—OF. ECCL. IN PASCHATE.

TERCER MANDAMIENTO

SERMON TERCERO

Obras prohibidas en domingo

Acuérdate de santificar el sábado

Haec deinde praecepti pars explicanda est, quae quedam modo describit, qua ratione sabbati diem colere debeamus; praecipue autem explicat quid illa die facere prohibemur.
Catech. Rom.

Conocemos por su verdadero nombre el día consagrado al Señor en la nueva ley, el domingo. En esta instrucción y en la siguiente diremos cuáles son las obras prohibidas en este día, y cuales las prescritas; las primeras no deben hacerse; y las segundas no deben omitirse. Dios nos ayude con su gracia...

Para seguir una marcha progresiva y proceder de lo menos a lo más,

Empezaremos por decir que las obras prohibidas por el tercer mandamiento en domingo son las obras quasi serviles, como las llama un antiguo predicador¹, es decir, aquellas que, aunque en su cumplimiento toma el espíritu una buena parte, no hacen más que distraer a sus autores y apartarlos del culto de Dios... Así, por ejemplo, en el día consagrado al Señor está prohibido

1. EL P. SEGNERI.

dedicarse públicamente a los negocios, abrir los grandes almacenes, exponer las mercancías. Una sola venta queda exceptuada, la de las cosas necesarias a la vida. Del mismo modo están prohibidos los asuntos judiciales en materia civil o criminal, y todo lo que con ellos se relaciona, como citar a las partes, interrogar a los procesados, proceder a la audición de testigos, pronunciar sentencias, o ejecutarlas¹, cosas todas que no se hacen sin ruido, ni están exentas de una fuerte tensión de espíritu, a menos, con todo, que el plazo, por corto que sea, de veinticuatro horas solamente, no entrañe algún grave perjuicio para el Estado, o para los mismos particulares.

Decimos, en segundo lugar, que las obras prohibidas en domingo por el tercer mandamiento, y con mejor título que las precedentes, son las obras enteramente serviles, es decir, aquellas en las cuales el cuerpo tiene manifestamente la mayor parte, por lo cual la mayoría de los autores, en particular santo Tomás, las llaman obras corporales, *corporalia*. Entrando ahora en algunos detalles, ya que corresponde al predicador poner la doctrina teológica al alcance de todos, está prohibido labrar, sembrar, recoger cosechas, vendimiar, segar, garvillar, trillar. Esta simple relación basta para juzgar con acierto de tal o cual otra obra campestre propiamente dicha. No menor que cultivar la tierra está prohibido trabajar el hierro, extraer piedra, hulla, metales, pulir el mármol, cortar la madera y trabajarla, edificar casas, hacer caminos, abrir canales. En general, y con la única excepción de lo que está permitido por

1. Si el lector no lo sabe ya, se enterará, no sin cierto interés, de que, bajo este concepto, la ley civil está de acuerdo con la eclesiástica. En virtud de los artículos 781, 1037 del Código de procedimiento civil, y del art. 162 del Código de comercio, toda explotación, todo protesto, toda significación y ejecución están prohibidos los días de fiesta legales.

el derecho, o autorizado por la costumbre, todo oficio, todo arte mecánico, toda obra manual, aun coser, aun lavar la ropa o repasarla, aun imprimir, aun esculpir, a menos que se trate de la última mano de una obra que no espera más que esto para estar acabada, aun preparar la tela, triturar y mezclar los colores para pintar un cuadro, aun bordar, hacer rosarios, escapularios, imágenes, flores artificiales, sobre todo si se confeccionan con intención de venderlas; cosas todas que caen bajo la prohibición: No hacéis nada servil, dice el Señor: *Omnes opus servile non facies in eo*¹.

Mas ¿por qué semejante prohibición, que lleva tan lejos? El cultivo de la tierra, que fué la primera vocación del hombre, las diversas profesiones que nacieron luego como hijas de la necesidad, los trabajos de los campos, las artes mecánicas, todos esos oficios, tan permitidos en otros tiempos, tan autorizados, y aun tan honrosos, pensara de ellos lo que quisiera la antigüedad pagana², y aun tan necesarios, ya que redundan en beneficio de la sociedad, al propio tiempo que en bienestar de los mismos particulares, ¿por qué, llegado el domingo, quedan suspendidos, prohibidos de

1. LEVIT. c. XXIII.

2. En las antiguas sociedades paganas, el trabajo manual, el ejercicio de los oficios se reservaban a los esclavos. Queda uno asombrado cuando oye hablar sobre este asunto a los mismos que eran reputados como los más sabios. Jamás, dice Cicerón, se elevará el obrero al conocimiento de la verdadera sabiduría;... tan incapaz lo juzgaba de ello. A esta pregunta: ¿Debe contarse entre los ciudadanos?, contesta Platón: No, un buen gobierno no hará eso nunca. Aristóteles, hablando del trabajo de los campos, escribe estas palabras. Los que a ellos se entregan llevan una existencia degradada... ¿Quién ha reducido el espíritu humano a ideas más sanas? El Hijo de Dios, Jesucristo, con sus palabras y ejemplos. ¡Con cuánto gusto oímos exclamar a Bossuet: Consúlense los que viven de un arte mecánico; Jesucristo fué de los suyos! 20.^a sem. 8.^a elev.

una media noche a la media noche siguiente, ya que el día del Señor no es de menor duración que el civil, pues tiene veinticuatro horas? El niño más pequeño de nuestro catecismo quizás daría una contestación casi satisfactoria, pero el principio de nuestros teólogos, santo Tomás, no lo dirá con autoridad incomparablemente mayor: Las obras corporales, llamadas serviles, son contrarias a la observancia del domingo, en cuanto son obstáculo a la aplicación del hombre a las cosas de Dios: *Illa opera, quod dicuntur servilia, contrariantur observantiae sabbati, in quantum impediunt applicacionem hominis ad divina*¹. El Catecismo Romano, que visiblemente ha bebido en esta fuente, expresa el mismo pensamiento, pero con más amplitud. Dirigiéndose a su pueblo, dijo el Legislador: No harás obra servil alguna, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tu bestia de carga, ni el extranjero que esté en tu casa... Escuchad ahora el comentario:: Estas palabras nos muestran claramente que debemos evitar todas las obras que impidan tributar a Dios el culto que le es debido: *Quibus verbis ad id primum instituimur, ut quoecumque divinum cultum impedire possunt, omnino vitemus.* Por eso, añade, nos son prohibidas en ese día las obras serviles, no ciertamente porque sean malas por naturaleza, *non quidem ea re, quod sua natura, aut turpe aut matunn sit*, sino porque apartan a nuestro espíritu del servicio divino, que es el objeto principal de este precepto, *sed quoniam mentem nostram a divino cultu, qui finis praecepti est, abstractit*²... No insistimos, pues el asunto es claro: la incompatibilidad del trabajo manual con el cumplimiento de nuestros deberes para con Dios, deberes que son de un orden

1. S. THOM., 2, 2, q. CXXII, art. 4.

2. Catech. Rom.

infinitamente más elevado; tal es la última palabra del precepto, en cuanto precepto prohibitivo.

Pero apresúremos a añadir que, en la misma medida en que la Iglesia es respetuosa de los derechos de Dios, muéstrase indulgente con sus hijos, y que, en esta cualidad de madre llena de solicitud, acepta todas las razones legítimas, propias para aligerar la carga. Y más que las acepta las ha codificado, y podemos hallarlas, en una forma, u otra, en su cuerpo de derecho, en sus decretales, en la cánones de sus concilios generales o provinciales, en las decisiones auténticas de sus soberanos pontífices. ¡Ah, cuánta verdad es que vivimos lejos de la ley de gracia! Nuestra condición como hijos del Evangelio es mil veces mejor que la del antiguo pueblo. Allí donde el judío vivía como encadenado, nos movemos nosotros libremente.¹ Vamos a verlo.

Primera razón excusante, reconocida como legítima por la Iglesia: la costumbre debidamente establecida. Permítase todo lo que esté consagrado por el uso, decía un concilio del siglo VI: *Quod ante fieri licuit, liceat*². En virtud de esta regla, en la cual el espíritu complaciente de la Iglesia se demuestra en todo su extensión, es permitido preparar alimentos aun en cantidad más que suficiente, aun para una comida de lujo, atender a la limpieza del cuerpo y de la casa, cuidar el ganado, apacentar los rebaños, vigilar las cosechas ya recogidas para asegurar su conservación. Vendan los vendedores, si sus almacenes están discretamente abiertos; compren los compradores, si las cosas que se procuran son necesarias a la vida, o de utilidad incuestionable; maten los carníceros sus animales, si no pudieron hacerlo la víspera sino con demasiada dificultad.

1. Observare diem sabbati non od litteran jubemur. S. AGUSTIN. Epis. 55 ad Januarium.

2. Concilio de Ales en 588

tad; hierren los herreros los caballos que han de viajar, y repasen los vehículos, si se necesita para el día siguiente; rasuren los peluqueros, cuezan el pan los panaderos; préstense a las exigencias de sus clientes los pasteleros y los fagoneros; los empleados de ferrocarriles hagan su servicio de transporte de viajeros y aun de mercancías; en virtud de la costumbre, desde el momento en que es reconocida como verdadera, y si, por otra parte, se observa lo que es estrictamente de precepto, en la medida de lo posible, todas estas categorías de personas no pecan.

Segunda razón excusante, reconocida como legítima por la Iglesia: la piedad. Si tenéis la laudabilísima costumbre de leer el Evangelio, habéis visto que Jesucristo dijo a los fariseos, en una circunstancia en que aquellos rígidos observantes del sábado se habían escandalizado, aunque no había materia de escándalo: ¿No habéis leído en la ley cómo los sacerdotes en el templo trabajan en el sábado, y con todo esto no pecan: *Non legistis in lege, quia sabbatis sacerdotes in templo sabbatum violant, et sine crimine sunt*¹? ¿Qué quiere decir que violan el sábado y no pecan? Significa que, aunque inmolaban víctimas en día de sábado, hacían las mezclas de aceite y de harina prescritas por la ley, y preparaban los panes sagrados, como ordenaba el Levítico, cosas todas que, consideradas en sí mismas, son serviles, no pecaban, *sine crimine sunt*, porque aquellas inmolaciones, mezclas y fabricaciones, se referían directa y próximamente al culto de Dios, fin que, por sí solo, era suficiente a justificarlas. Ya lo habéis entendido. Ahora bien, lo mismo ocurre, y con mayor razón aún, en la ley de gracia. Todo lo que, el domingo y los días de fiesta, tiene por objeto directo y próximo el

1. MATTH., XII, 5.

servicio de Dios, no cae en modo alguno bajo el imperio de la prohibición. Está permitido limpiar la iglesia y decorarla; tocar el órgano, voz interior, y las campanas, voz exterior; cubrir el suelo de follaje o de flores, engalanar las casas de hermosos paños blancos o ricas tapicerías, construir graciosos altares, especie de descansos sagrados, para los días en que el Dios de la Eucaristía, *Jesús Sacramentado*¹, sale del templo y va a visitar a sus fieles creyentes en sus propias casas.

Tercera razón excusante, reconocida por la Iglesia: la caridad. Ni la costumbre debidamente establecida, ni la piedad para con Dios, que acabamos de explicar, son las únicas en aprovecharse del espíritu ampliamente interpretado de la Iglesia. Hace un momento leímos en el Evangelio; continuemos leyendo en él: Ciertito día de sábado enseñaba Nuestro Señor en la sinagoga; había allí una mujer que estaba enferma hacía ya dieciocho años, y tan encorvada estaba, que no podía mirar hacia arriba. Vióla Jesús, y llamándola, le dijo: Mujer, ya estás libre de tu enfermedad; y habiéndole impuesto las manos, enderezóse ella. Pero ved lo que ocurrió después: Indignado el jefe de la sinagoga, o fingiendo estarlo, de que Jesús le hubiera curado en día de sábado, dijo al pueblo: Hay seis días destinados al trabajo; venid en estos días a que os curen, no el día de sábado... ¡Hipócritas!, replicó el Señor, ¿hay alguno de vosotros que no desate su buey o su asno el día de sábado, y no lo saque del establo para darle de beber? ¿Y os parecerá mal que a esta hija de Abraham, una mujer de vuestra raza, una compatriota que Satanás tenía ligada hace ya dieciocho años, yo la libre rompiendo sus cadenas?... Todos sus contradictores

1. Términos empleados en España para designar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

quedaron confundidos, y todo el pueblo se complacía en sus gloriosas acciones: *Et omnis populus gaudebat in universis quae gloriari fiebant ab eo*¹. Aquel pueblo tenía razón, y daba en aquella circunstancia prueba de buen sentido. La caridad para con el prójimo en caso urgente, ordenada por la ley natural, es superior al sábado, el cual, por lo menos en cuanto al modo de observarlo, no procede más que del derecho positivo. Por consiguiente, los domingos y días de fiesta, siempre que la necesidad lo exija, es enteramente lícito asistir a los enfermos, preparar los remedios, trabajar, si no para los pobres en general, por lo menos en un caso apurado para tal pobre en particular, ya que él mismo podría hacerlo. En una palabra, ninguna obra corporal, ordenada a la salud corporal de otro, va contra la ley del domingo: *Opus corporale quod ordinatur ad salutem corporalem alterius, non est contra observantiam sabbati*².

Cuarta y última razón excusante, reconocida como legítima por la Iglesia: la necesidad. Nada más justo; tras las utilidades de la vida, las necesidades. La Iglesia admite todas las justificadas; ante cada una de ellas hace inclinar su precepto. Sois pobres, cargados de familia quizás; no os basta la escasa ganancia de los seis días laborables; podéis trabajar discretamente el domingo; la Iglesia os lo permite.—Sois criado o criada; vuestro amo, no menos inhumano que irreligioso, exige más de lo que permiten sus derechos, puesto que trafica con los de Dios y con los vuestros; buscad otro Filemón cristiano, esto es, otro amo caritativo y bueno, tal como los había en tiempo de san Pablo, y, gracias a Dios, los hay aún en nuestros días; pero, hasta que lo

1. LUC., c. XIII.

2. S. THOM., 2, 2, q. CXXII, art. 4.

encontréis trabajad; la Iglesia os lo permite.—¡Cuántos otros casos de éste género! Tan buena madre como sabia legisladora, la Iglesia los ha previsto todos, si puedo expresarme así: Ya es una cosecha que va a perderse, si no se recoge al punto, ya un vestido de luto, o un aderezo de bodas que no tiene espera; ora se trata de un alto horno que debe conservar encendido el fuego hasta la confección completa del producto, ora un muro que amenaza ruina, un puente que se hunde, un incendio que estalla, un dique que se rompe bajo la presión del agua... Para todas estas eventualidades, y otras muchas que podrían añadirse, muy diferentes en cuanto al aspecto, pero idénticas en el fondo, la solución es la misma: la necesidad hace la ley; toda obra servil por su naturaleza, pero ejecutada para evitar un grave daño, aun de orden temporal, sobre todo si es inminente, no viola el sábado: *Opus corporale quod ordinatur ad inminens damnum rei exterioris vitandum, non violat sabbatum*¹. Pero sigamos.

En tercer lugar diremos que independientemente de las obras cuasi serviles, de las obras puramente serviles, hay otras más que serviles, las cuales, prohibidas en todo tiempo, lo son más aún los domingos y días de fiestas, porque, como dice muy bien el Catecismo Romano, no sólo apartan nuestro espíritu de las cosas santas, sino que nos hacen perder totalmente el amor de Dios². Habéis adivinado mi pensamiento; se trata del pecado; del pecado, que hace de cuantos lo cometan otros tantos esclavos; *qui facit peccatum, servus est peccati*³; del pecado, que es visiblemente la

1. S. THOM., 2, 2, q. CXXII, art. 4.

2. Quae magis peccata a fidelibus vitanda sunt, quae non solum animum a divinarum rerum studio avocant, sed nos a Dei amore se Jungunt.

3. IOANN., VIII, 34.

más servil de las obras, no precisamente que esta obra sea más violadora del precepto, en cuanto precepto, que ninguna otra, sino porque, perjudicando más que ninguna otra al honor debido a Dios, va más directamente que cualquier otra contra el fin del precepto, que es honrar a Dios¹. En este sentido, dice san Agustín: Más valdría para un hombre "hacer trabajo útil en su campo el domingo, que asistir a tal o cual reunión impía o tumultuosa, para blasfemar en la primera, o combatir en la segunda; más valdría para una mujer, o para una joven, hilar todo el día, que tomar parte en danzas lascivas"… ¿Cuándo fué más necesario recordar esta doctrina? ¿En qué se ha convertido entre nosotros el domingo, tan respetado por nuestros padres? ¿Fué nunca más universalmente profanado que en nuestros días, no diré ya tan sólo por trabajos que nada justifica, sino toda suerte de excesos menos justificables todavía? Sin remontarnos a san Agustín, ya de su tiempo decía Bossuet: En verdad que se lleva demasiado lejos la licencia; los mandamientos de Dios, y en particular el que mira a la santificación del domingo y días de fiesta, están muy olvidados, y muy pronto el día del Señor valdrá menos que todos los otros; tantas explicaciones se buscan para abandonarlo a la inutilidad y al placer³… ¿Cuál hubiera sido el lenguaje del gran Obispo, si hubiera visto plenamente confirmado lo que sólo entonces empezaba a entrever: la violación casi general del domingo?…

Concluyamos. Nosotros, hijos sumisos de la Iglesia, respetemos sus santas ordenanzas. No hagamos en domingo ningún trabajo prohibido; abstengámanos en la medida de lo posible, de toda obra servil o quasi servil.

1. S. THOM., 2, 2, q. CXXII, art. 4. ad3.
2. Ap. THOM., *Ibid.*
3. Máximas y reflexiones sobre la Comedia.

Padres y madres, amos y amas, jefes de taller y de grandes explotaciones, apreciad bien la extensión de vuestros deberes con relación a este punto. Todavía restuena en vuestros oídos el texto primitivo de la ley: Acuérdate de santificar el sábado; por ello, no harás trabajo alguno en este día, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tu bestia de carga… ¿Qué quiere decir ni tu bestia de carga? ¿Es que Dios se cuida de los bueyes: *numquid de bobus cura est Deo*¹? Sin duda alguna; porque su providencia se extiende a todo, aun al animal más pequeño, aun a la misma brizna de hierba. Pero aquí la palabra de Dios mira más alto. Interpretada sobre todo por el Catecismo Romano, constituye una lección de primer orden. Si la prohibición, dice, tiene por objeto ahorrar el trabajo de las bestias el día del sábado, ¿con cuánta mayor razón debe el hombre guardarse de mostrarse demasiado exigente con sus semejante que le sirven?… Sería difícil decirlo mejor. Finalmente, más que las obras serviles o quasi serviles, evitemos el pecado, la más servil de todas las obras. Hagamos del domingo un día santo y santificador, no un día ad *luxuriam et ebrietatem*, para hablar el lenguaje de san Agustín²… El que descansa, descanse en verdad, dice un antiguo profeta: qui *quiescit, quiescat*³. Pero ¿es que reposar en verdad consiste en entregarse a excesos que, no sólo son vergüenza del cristianismo, sino que llegan a ultrajar a la naturaleza misma?…

En la próxima instrucción veremos en qué consiste ese religioso reposo del domingo…

1. I. Cor., IX, 9.
2. TRACT., 3 in Ioann.
3. EZEQH., V, 2.

TERCER MANDAMIENTO

SERMON CUARTO

Obra prescrita el domingo

Acuérdate de santificar el sábado

Neque vero parochus illud praetermittere debet, ut diligenter doceat quibus in operibus atque actionibus christiani homines diebus festis exercere se debeant. Illae vero ejusmodi sunt, ut ad Dei templum accedamus, eoque loco sincera piaque animi attentione sacrosancto missae sacrificio intersimus.

Catech Rom.

Cualquier otro preámbulo sería superfluo. Por otra parte, las últimas palabras de la anterior instrucción, hacían fácilmente entrever el asunto de la presente. En cuanto prohibitivo, el tercer mandamiento prohíbe las obras serviles. Ya lo hemos dicho, poniendo el mayor cuidado en la explicación. En cuanto preceptivo, el tercero mandamiento ordena asistir al santísimo Sacrificio de la Misa: *Ut ad Dei templum accedamus, eoque loco... sacrosancto missae sacrificio intersimus.* Esto es lo que ahora nos proponemos decir. Dios nos ayude con su gracia...

Los decretos de los concilios, los tratados de teología, los sermones de los párocos, los catecismos de las diócesis, y, con más autoridad que ninguno de ellos, el

Catecismo Romano, y, finalmente, la doctrina de la Iglesia en todos sus grados, proclaman altamente que todo bautizado llegado a la edad de la razón, tiene rigurosa obligación bajo pena de pecado mortal, de asistir al santo Sacrificio de la Misa los domingos y días de fiesta, a menos de estar legítimamente dispensado por enfermedad, por reciente convalecencia, por una obra de estricta caridad que tenga que cumplir, por el deber que le incumba de permanecer en su puesto, por obediencia que deba a su superior, aun cuando éste abuse de su derecho, o por cualquier otro motivo valadero, y lo es siempre que se trate de una imposibilidad física o moral.

Para el que quiera reflexionar, la razón de esta obligación no tarda en presentarse. El acto por excelencia de religión, es la misa. Asistís a misa; asistís al sacrificio renovado, continuado, del Calvario; el que ofrece es el mismo, Jesucristo; la cosa ofrecida es la misma, Jesucristo; sólo difiere el modo del sacrificio, pero en cuanto a la substancia del uno y del otro sacrificio, la identidad es absoluta. Asistís a la misa: reconocéis el soberano dominio de Dios, proclamáis vuestra total dependencia de El, le dais más gloria con este solo holocausto que con cualquier otro, aun cuando cortarais todos los cedros del Líbano para hacer con ellos una hoguera de sacrificio, y en esta hoguera inmolarais todos los rebaños de la tierra. ¿Por qué? Ya no lo ignoráis: es que el que ofrece es Jesucristo, y la cosa ofrecida es Jesucristo; por otra parte, como se inmola a Dios mismo este objeto de precio infinito, esta víctima, que es tan grande como El, síguese que Dios es adorado tanto como puede y debe ser adorado: Dios recibe de una misa, de una sola misa, el mayor honor posible, porque es infinito, y no es posible ir más allá de lo infinito. Finalmente, asistís a la misa: hacéis más por la expia-

ción de vuestros pecados, que haríais, por el mismo fin, con las obras de la más severa, de la más perseverante penitencia; hacéis más para agradecer a Dios sus beneficios, que haríais, por el mismo fin, con los arranques del más vivo reconocimiento; hacéis más, para obtener nuevos favores, que haríais, por el mismo fin, con las súplicas más humildes y los gritos más penetrantes proferidos ante el trono de Dios. ¿Cómo esto? Siempre por la misma razón, porque siendo el sacrificio de la misa idénticamente el mismo que el de la cruz, salvo el modo en el cual difieren, Jesucristo es en el altar lo que era en la cruz, sacerdote y víctima a la vez; está en el altar sustituyéndose a vosotros, expiando por vosotros, recibiendo los golpes de la justicia divina, para apartarlos de nuestras culpables cabezas; está en el altar dando gracias a Dios, su Padre, en lugar y puesto, porque nosotros somos impotentes para hacerlo, y ofreciéndole, no solamente lo aproximado, sino aun lo equivalente, y mil veces más que lo equivalente de sus dones, porque se ofrece a sí mismo; finalmente, está en el altar desempeñando la función de mediador intercediendo, con su autoridad, y bajo este concepto, diciendo a la Infinita Majestad: Enteramente cubiertos de sus pecados, no merecen los hombres ningún favor vuestro; pero por ellos he vertido mi sangre, y por ellos me inmolo en este momento; dejaos enternecer; escuchad sus plegarias, atended a sus necesidades, no porque sean dignos de ello, sino porque soy yo quien os ruega con ellos y por ellos, y porque, ofreciéndome a vos, os doy infinitamente más que ellos solicitan¹... No insistamos más, y aun descendamos de estas alturas para no perder el hilo de nuestra instrucción; y puesto que el domingo tiene principalmente

1. Véanse nuestras instrucciones sobre el *Sacrificio de la Misa*, 52 sermones sobre los sacramentos.

por objeto el culto debido a Dios, y secundariamente nuestra utilidad espiritual, siendo así que la misa alcanza este doble fin, apárecerán con toda claridad las razones que hacen de la asistencia a este augusto sacrificio una obligación rigurosa.

Pero hay que resolver otras cuestiones. Si la misa es estrictamente obligatoria, ¿qué misa se requiere? ¿qué presencia de cuerpo? ¿qué atención de espíritu?

¿Qué misa se requiere?... Respuesta: Una misa entera, y, entera del mismo sacerdote. Hay que descender aquí a detalles: Llegáis al *Sanctus* de la misa; habéis perdido la misa.—Faltáis a todo el principio de la misa, terminado ya el ofertorio; habéis perdido la misa,—Faltáis a la Consagración o a la Comunión, o, lo que es peor, a una y a otra parte de la misa, la Consagración y la Comunión; habéis perdido la misa.—Faltáis a la primera parte de la misa, la Epístola inclusive, y a la última parte de la misa, verificada ya la comunión del sacerdote; disgregada la una de la otra, cada una de estas partes es materia ligera; adicionadas la una a la otra, constituyen una cosa notable; por consiguiente, en este último caso, habéis perdido la misa.—Asistís a dos mitades de misa, por ejemplo, a la mitad de la misa dicha por vuestro párroco, y a la mitad de la otra misa dicha por el vicario; a menos que una de estas dos mitades contenga, ella sola, la Consagración y la Comunión, habéis perdido la misa... En resumen: una misa sin Ofertorio, Prefacio y *Sanctus*, no es misa; una misa sin la una o la otra, y, a mayor abundamiento, sin la una y la otra Consagración, no es misa; una misa sin la Comunión, no de los fieles, sino del sacerdote, según la opinión más autorizada, no es misa; la mitad de una misa, y la mitad de otra misa, no se ligan para formar un todo, y hacer otra misa. ¡Ah cristinaos!

permitidme que os diga con toda la libertad del ministerio pastoral: ¿Por qué se molestan tan poco los fieles, que la teología se ha visto precisada a examinar uno tras otro estos diferentes casos, y a resolverlos? ¿Por qué la misa más corta es siempre la preferida? ¿Por qué, por corta que sea, quieren tenerla aún por demasiado larga? ¿Por qué si al sacerdote celebrante se le ocurre hacer la más modesta de las pláticas, esos ademanes de sorpresa, como si cometiese una verdadera indiscreción? Cuando el párroco os ve acercarse con tanta lentitud para llegar *a tiempo*, o apresurarse a salir *antes de tiempo*, ¿podría dejar de hacerse interiormente esta reflexión, y aun retenerla en sus labios y no expresarla: Nuestro Señor mostró más comedimento el día en que, para expiar los pecados del mundo, y particularmente los nuestros, permaneció tres largas horas en la cruz?...

¿Qué presencia del cuerpo se requiere?... Respuesta: Una presencia que sea, en el sentido exacto de la palabra, *una verdadera presencia*. Recordemos sumariamente aquí lo que hemos expuesto con más extensión en otra parte. Dirigiéndose a los primeros fieles, y, en la persona de ellos, a los fieles de todos los tiempos, decíales san Pedro: Vosotros sois el linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes: *Gens sancta, regale sacerdotium*¹... La razón teológica de la magnificencia de este lenguaje es que el sacerdote que celebra la misa es el principal, pero no el único que ofrece; todos los asistentes, que no serían nada, ni podrían nada sin él, son y pueden algo con él; ofrecen con él; su sacrificio es el de él; de ello da testimojo la sagrada liturgia misma: antes de comenzar la Acción sacrificadora, el sacerdote, volviéndose al pueblo, le invita a unirse a él, a

1. I PETR., II, 9. Véanse nuestras instrucciones sobre el *Sacrificio de la Misa*.

hacer juntamente con él la oblación santa: *Orate fratres, ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem*: Orad, hermanos, para que mi sacrificio, que es también el vuestro, sea favorablemente acogido por la divina Majestad a quien es ofrecido. Apenas la Acción sacrificadora es empezada, cuando reaparece de nuevo la misma participación del pueblo cristiano en la inmolación de la santa Víctima, expresada, esta vez también, en los términos más precisos; en efecto, el sacerdote dice a Dios: Acordaos, Señor, de vuestros siervos y de vuestras siervas y de todos los que están aquí presentes, cuya fe y devoción os son conocidas, por los cuales os ofrecemos este sacrificio de alabanza, que ellos también a su vez os ofrecen por sí mismos y por todos los tuyos. ¿Qué más se necesita para demostrar lo que queremos decir en este momento? En sentir de san Pedro, sois sacerdotes, ofrecéis conjuntamente con el sacerdote y por el sacerdote; estad, pues, presentes al sacerdote, sed, pues, *asistentes*. Lo seréis si, sirviendo al sacerdote en el altar, le presentaréis el agua, el vino, el incienso.—Lo seréis si, miembros del clero, en cualquiera de sus grados; si, alto dignatario en el Estado; si, bienhechor insigne de la Iglesia, tenéis derecho por uno u otro de estos títulos, a un puesto distinguido.—Lo seréis también si, menos favorecidos; si, relegados al último puesto, como el publicano; si, de pie en un ángulo retirado; si, obligados a permanecer fuera, veis u oís al sacerdote, o, sin verlo ni oirlo, juzgáis, por los diversos movimientos de la asamblea, de lo que se hace en el altar.—Lo seréis igualmente si, enfermo y obligado a guardar cama, desde vuestra ventada orientada hacia el lugar santo, distinguís al celebrante¹. Aun cuando este hecho

1. Qui Sacro assistunt, una cum Celebrante sacrificare

bíblico no venga *ad rem*, nos complacemos en recordar y puede ser útil recordarlo, que tres veces al día, Daniel, cautivo en Babilonia, abría sus ventanas, se orientaba hacia Jerusalén, y poniéndose de rodillas, adoraba a su Dios, como lo hacía en tiempos más felices: *Daniel... fenestris apertis in coenaculo suo contra Jerusalem, tribus temporibus in die flectebat genua sua, et adorabat, sicut et ante facere consueverat*¹.

Finalmente, ¿qué atención de espíritu se requiere? Respuesta: Una atención sincera y piadosa, en expresión del Catecismo Romano, *sincera piaque animi attentio*.— Una atención sincera y piadosa, que excluye todo lo que sería incompatible, no diré sólo con la santidad del lugar, sino también con la excelencia de la función que en él se cumple. Ciertamente, es lo menos que puede decirse. Pero, por elemental y exiguo que sea, es útil y aun necesario decirlo, ya que, cuando la audición dé la misa es de precepto, y tal es el caso que aquí tratamos, la falta de atención exterior equivale a la falta de asistencia. Mas permitidme algunos detalles ... Por ejemplo, ora os sumergís, no en un adormecimiento simplemente pasajero, sino en un sueño completo, durante una porción notable del santo sacrificio; ora llenáis voluntariamente vuestro espíritu de pensamientos muy atractivos, y aun absorbentes, como lo sería una operación rentística en proyecto, un arreglo de cuentas, la solución de un problema erizado de dificultades, cálculos de ganancias o pérdidas en una adjudicación pública, en la cual pensáis tomar parte; va empezáis una conversación y la hacéis durar tanto como dura la misa, ya vais a la iglesia para ver o ser visto, ya examinando, una tras otra, todas las bellezas arquitectónicas, os fi-

censemur. *Le théologien* C. MARC. *De tertio praecepto*, c. III, art. 1.

1. DANIEL, VI, 10.

jáis en lo que, en materia de genio y de riqueza, han puesto los hombres en el edificio, sin tener un recuerdo para lo que Dios pone de sí mismo en el altar... casos todos que no son absolutamente muy raros, estáis presentes de cuerpo, y ausentes de espíritu, no cumplís, aunque parezca lo contrario, el precepto; perdéis la misa.—Una atención sincera y piadosa, que dirige los ojos y los oídos hacia el altar, los ojos para ver lo que se hace en él, los oídos para oír lo que se dice en él, y, con los ojos y los oídos, el espíritu, que penetra el sentido de lo que en él se hace y en él se dice.

En materia de precepto, sé que no hay que ir más allá de los límites que los grandes teólogos no se han atrevido a traspasar. Sé que, en rigor, basta un continente correcto acompañado de la intención general de honrar a Dos. Pero, si no tengo el derecho de exigir lo mejor, tengo el de aconsejarlo¹. Así, pues, asistentes al santo Sacrificio de la Misa, haced lo mejor, pues, aunque no esté mandado, es deseable. O bien, leed *la misa*; es de lamentar que haya caído tan en desuso el *Libro de Misa*; o bien, meditad en la infinita bondad de Dios, y más particularmente en la santa Pasión del Salvador, de la cual saca la misa toda su eficacia; o bien, dirigiendo más arriba vuestras miradas, procurad penetrar en los fines para los cuales fué instituído el santo Sacrificio. Ya hemos indicado sumariamente estos fines.—El Sacrificio de la Misa es un sacrificio de adoración; asistid a él con la intención de tributar a Dios los homenajes que le debéis, y en la medida en que se los debéis.—El Sacrificio de la Misa es un sacrificio de expiación; asistid a él con la intención de satisfacer a

1. Non facile arguendi sunt fideles de culpa gravi ob defectum attentionis sufficientis in missa, sed potius amanter ad hortandi sunt ut pie ad divina mysteria animum intendant. GURY, n. 345.

la justicia divina siempre dispuesta a castigarnos, como demasiado lo merecemos por nuestros innumerables pecados.—El Sacrificio de la Misa en un sacrificio eucarístico, o de acción de gracias; asistid a él con la intención de dar gracias, porque, deudores como somos de la infinita munificencia de Dios, es el mejor medio, mejor dicho, es el único medio de pagar a quien nos llena de beneficios.—Finalmente, el Sacrificio de la Misa es un sacrificio de impetración; asistid a él con la intención de obtener *con más seguridad* los auxilios y las gracias que necesitamos, tanto para el cuerpo como para el alma, tanto para vosotros personalmente como para los vuestros, tanto para los vivos como para los muertos, tanto para el tiempo como para la eternidad... *Con más seguridad*, hemos dicho, porque, durante la santa misa, Jesucristo mismo es el que ora por nosotros, el que se interpone por nosotros, el que toma como suya nuestra causa, el que hace hablar en favor nuestro, como otras tantas bocas elocuentes, las llagas de su santa Humanidad, y apoya nuestras súplicas con todo el peso de su potente mediación...

¡Oh Dios mío, antes de terminar esta instrucción, os pido generosamente que la bendigáis! Si mis palabras pudieran hacer que, en lo por venir, uno solo de esos queridos fieles asistiese al santo Sacrificio de la Misa con fe más verdadera, con más sincera piedad, y por ello, recibieseis más gloria, y él más gracias, me tendría por recompensado en medida superior a mis merecimientos por haber pronunciado estas palabras, ya que vos, Señor, sois quien las ha puesto en mis labios...

TERCER MANDAMIENTO

SERMON QUINTO

Obras recomendadas en domingo

Acuérdate de santificar el sábado

Atente praeterea diligenterque sacra concio a fidelibus audienda est: nihil enim minus ferendum est, neque tam profecto indignum, quam Christi verba contemnere aut negligenter audire.
Catech. Rom.

En el año de gracia de 1891, uno de nuestros Congresos católicos, examinando la cuestión, pronto lo diremos, repleta de actualidad, del domingo, expresaba el deseo de que se devolviese su esplendor a la misa parroquial, demasiado abandonada¹. Como humilde predicador, ¿no es mi primer deber unir mi débil voz a esta gran voz, y procurar, con todo mi poder, la realización de un deseo tan legítimo? Esto es lo que me propongo hacer con la gracia de Dios...

Aunque, en sentir de todos los teólogos notables contemporáneos, se cumple con el tercer mandamiento, en cuarto es preceptivo, con cualquier misa que se oiga en cualquier iglesia que se oiga, aun en un oratorio, con

1. Conclusiones del Congreso de Valence... Asistencia a la misa. El Congreso expresa su deseo de que se procure especialmente la asistencia del pueblo a la misa de domingo, y sobre todo, a la misa parroquial. (*L'Univers*, 5 de Octubre de 1891).

tal que no sea privado, sino público, no hay la menor duda que, por sólidas y numerosas razones, la asistencia a la misa mayor, llamada misa cantada, misa solemne, misa con sermón, y más comunmente, aún, misa parroquial, es muy recomendable, y muy legítimamente recomendada. Vamos a verlo.

Primera razón de la asistencia a la misa parroquial: el deseo de la Iglesia. No hablamos aquí, pues ya lo hemos hecho en otra parte¹, del origen de las parroquias, por más que sea una gran época aquella en la cual la Iglesia, victoriosa de las persecuciones, y difundida ya por todas partes, fué definitivamente dividida en patriarcados, los patriarcados en metrópolis, las metrópolis en diócesis, las diócesis en parroquias, teniendo todas estas subdivisiones su titular, cada patriarcado su patriarca, cada metrópoli su primado, cada diócesis su obispo, cada parroquia su sacerdote, y llamando a este último con el nombre que lleva hace ya largos siglos, su cura, encargado, como lo indica el título, de velar por esta pequeña fracción de la gran familia cristiana. Tampoco hablamos de las leyes en vigor referentes a la materia que nos ocupa, a las primeras edades y a las edades siguientes. Nadie pone en duda que eran prescriptivas; larga sería la enumeración de los concilios provinciales, de los rituales diocesanos, de las ordenanzas y reglamentos que ordenaban a los fieles, bien que con matices diversos, es decir, más o menos explícitamente, a asistir a la misa parroquial. Ello no obstante, añadamos, porque debemos permanecer en la verdad, que, según confesión de todos, hoy en día esta legislación ha caído en desuso, abrogada por una costumbre contraria, costumbre universal, con fuerza de ley, y de ley general, hasta el punto

1. *Sermones sobre el Símbolo de los Apóstoles*, 36.^o sermon.

de que si, fuera de tal o cual caso particular, de que más tarde hablaremos, un obispo en su diócesis, un cura en su parroquia, un confesor en el santo tribunal, impusieran, aquél a sus diocesanos, el otro a sus parroquianos, y éste a sus penitentes, la asistencia a la misa parroquial, traspasarían sus derechos. Ni el confesor, ni el párroco, ni el obispo tienen autoridad para oponerse a una costumbre acatada en todas partes¹. Por eso decíamos hace un momento, y lo repetimos aquí, que cualquiera misa que oigamos, en cualquier iglesia que se oiga, aun cuando sea un oratorio, con tal que sea público, satisface al tercer mandamiento en cuanto preceptivo. Pero esto es todo; porque avanzar un paso más en este camino, sería un mal más perjudicial que el rigorismo mismo. No, la Iglesia no ordena, ni menos piensa en hacer revivir las antiguas censuras y otras penas fulminadas contra los delincuentes; pero sí desea, exige, pide y quiere que los obispos en sus pastorales adviertan a los pueblos para que asistan con frecuencia a sus iglesias parroquiales, por lo menos el domingo y los días de gran fiesta: *Moneant Episcopi populum, ut frequanter ad suas parochias, saltem diebus dominicis, et majoribus festis, accedant*²; que los párrocos en sus instrucciones y pláticas, exhorten a este fin a los fieles cuyo cuidado tienen: *In praxi sane fideles valde exhortandi sunt, ut missae parochiali frequentem intersint*³; a sus ojos, y suponiendo, por otra parte, que todas las circunstancias sean iguales, es considerado como mucho más fervoroso el que mira como un deber asistir a la misa parroquial, que el que, observador puntual del pre-

1. S. LIGORIO, lib. 3, n. 420.

2. *Concil. Trid. ses. XXII, c. VII. Dicit Concilium populum debere moneri, non autem teneri*, S. LIGORIO, lib. 3, n. 320.

3. GURY, n. 350.

cepto, pero ateniéndose a lo estrictamente prescrito, no oye habitualmente más que una misa rezada, por la única razón de que tal es su conveniencia.

Segunda razón de la asistencia a la misa parroquial: las ventajas que procura. Son numerosas, y no menos apreciables que numerosas.

En la misa parroquial, más que en ningún otro signo, se os aparece la parroquia realmente tal como la etimología de la palabra que sirve para expresarla os la hace concebir: *Una casa bajo la autoridad de un solo jefe, una familia παροίχια*; o bien tal como la había constituido el derecho eclesiástico en la época del fraccionamiento de la Iglesia, de que he hablado más arriba, es decir, una imagen reducida, pero perfecta de toda la Iglesia, una unidad circunscrita en la gran unidad, una parte del todo, una parte de su vida propia, finalmente, un pequeño mundo cristiano en el gran mundo de la catolicidad³.

En la misa parroquial ora uno con más fundada esperanza de ser escuchado, y esto por dos razones. La primera, porque diciéndose la misa parroquial única y exclusivamente a intención de los parroquianos, tienen un derecho riguroso al fruto especial que a ella va unido, cuya aplicación debe hacer el sacerdote-pastor; de aquí que, misa por misa, no es dudoso que la misa

1. En su comentario sobre la multiplicación de los panes, tal como la refiere SAN MARCOS, c. VI, la aplicación que hace SAN GREGORIO es por lo menos ingenioso: los cinco mil hombres que había que alimentar, invitados a sentarse por compañías, unas de cien personas, otras de cincuenta, *por centenos et quinquagenos*, cada una verosímilmente con un *paroches*, esto es, en el sentido en que los autores latinos emplean esta palabra, un jefe de distribución para mantener el orden representan toda la Iglesia, con sus diferentes subdivisiones, unas más importantes, otras menos: *Diversi convivantium discubitus distinctiones ecclesiarum, quae unam catholicam faciunt, designant. Cat. Aurea in MARC.*

parroquial sea mejor, en general, para todos los parroquianos, y, en particular, para todos los que a ella asisten, que cualquier otra misa¹. La segunda, porque en la misa parroquial, la oración parece ser más colectiva, es decir, reviste un carácter más acusado de oración hecha en común. Esto se ve especialmente cuando la asamblea, en tal momento de la misa parroquial, conformándose con las ordenanzas rituales en vigor, substancialmente las mismas en todas las diócesis, se levanta o se arrodilla, y ruega por la Iglesia y todos sus órdenes jerárquicos, por la paz y las necesidades del Estado, por los magistrados y todos los depositarios de la autoridad, por la perseverancia de los justos, por la conversión de los pecadores, por los enfermos, los pobres y todas las personas afligidas, etc. ya que me veo obligado a reducir mi enumeración. No habréis olvidado el texto de san Justino del siglo II; el menor esfuerzo de memoria bastaría, por otra parte, para recordarlo. Unicamente los tiempos han cambiado. Fuera de esto, hoy como entonces, es el mismo día el consagrado para honrar a Dios con culto público, el primer día de la semana, es decir, el *solis dies*, o día del sol de los paganos, el *dies dominica*, o domingo de los cristianos; hoy como entonces, es la asamblea, en un mismo lugar, de todos los fieles de la ciudad y del campo, bajo la presidencia de un anciano, pues así se llamaba al sacerdote en las primeras edades de la Iglesia; hoy como entonces, es la misma oración brotando de los corazones que laten al unísono y pasando por labios que dicen lo mismo, como en los tiempos en que los hombres hablaban la misma lengua:

1. *Inducendi sunt fideles ut diebus dominicis ac festis missae parochiali assistant, eo quod missa parochialis applicatur, ac propior uberior ex ea fructus percipiatur. C. MARC. n. 677.*

erant autem terra labii unius et sermonum eorundem¹... ¿Es de despreciar esta ventaja? ¿Quién ignora la eficacia singular de que está dotada la oración colectiva? Orar en común, dice Tertuliano, es hacer a Dios una especie de violencia, y añade: Pero esta violencia es muy agradable: *Hoec vis gratu Deo²*. San Juan Crisóstomo va más lejos: Orar en común, es hacer llegar hasta Dios un grito tan poderoso, y al propio tiempo tan persuasivo, que se sentiría como avergonzado, si no lo escuchara: *Quasi pudore conmovetur, cum multitudinem ad precationem concordem atque conspirantem cernit³*. Y santo Tomás no retrocede ante esta afirmación, por atrevida que parezca: Es imposible que las oraciones en común no sean escuchadas, cuando, fundidas en un todo, se elevan al cielo como una oración única: *Imposibile est preces multorum non exaudiri, si ex multis orationibus fiat quasi una⁴*. Basta con lo dicho. Quizás tengamos ocasión otro día de tratar especialmente este asunto.

Finalmente, en la misa parroquial se hace la instrucción; la instrucción, es decir, tomando esta palabra en amplio sentido, la oración colectiva, de que acabo de hablar, la publicación de las proclamas de matrimonio, el anuncio de las fiestas, los ayunos que hay que observar, la notificación oficial de las encíclicas pontificias y de las ordenanzas episcopales; la instrucción esto es, tomando esta palabra en sentido restringido, es la plática que el párroco dirige a la concurrencia, después de meditarla, apropiándola a las necesidades de sus oyentes, porque habla a su propio rebaño, no a un rebaño cualquiera. Por eso, dice uno de los predica-

1. GEN., XI, 1.

2. *Apolog.*, c. XXXIX.

3. In *Epist.*, II ad *Cor. Hom.* 2.

4. In *MATTH.*, cap. XVIII.

dores más autorizados del siglo XVII, Massillón, la voz del pastor tiene una virtud particular para sus ovejas; habla con la autoridad y ternura de un padre; las verdades más sencillas en su boca sacan de la gracia de su ministerio una bendición que no sabríamos dar a las nuestras; nosotros somos extraños; él es el pastor; nosotros entramos en sus trabajos, pero a él pertenece la viña¹... Estas sabias palabras, aunque tienen ya más de dos siglos, han perdido por ello su actualidad? ¿Quién se atrevería a sostener, hoy sobre todo, que es indiferente oír o no oír la instrucción del pastor?... Sé muy bien que, en derecho estricto, no puede imponerse esta obligación. Un precepto no escrito en parte alguna, no es un precepto². De que tengan los párrocos, por derecho natural y divino, obligación de apacentar su rebaño, y de que este alimento espiritual, por derecho eclesiástico, deba serle ofrecido cada domingo, y cada día de fiesta, la conclusión que alguien sacara de estas premisas, esto es, que hay en cada fiel un deber correspondiente, sería una conclusión forzada³. Pero también sé que, si alguien, falto de instrucción religiosa suficiente, descuida adquirirla, aunque pueda fácilmente hacerlo asistiendo con regularidad a las instrucciones parroquiales, no puede considerarse como exento de pecado mortal⁴. Pues bien, tal es el caso de la mayor parte. En nuestra época, más que en ninguna otra quizás, el mal, el gran mal, la llaga viva de las almas, es la ignorancia en materia de religión. ¿Me permitiréis trasladar aquí toda una hermosa página, salida de la pluma de uno de

1. Cuaresma, miércoles de la 3.^a semana. *Du véritable culte.*

2. S. LIGORIO, lib. 3, n. 308.

3. CLEMENT MARC, n. 657.

4. *Ibid.*

los más esforzados obispos de este tiempo? Reducida a su más simple expresión, se encerraría en estas cuatro palabras: Nadie sabe el catecismo... Pero voy a copiarla toda entera:

"Hace unos treinta años, encontrábame yo a bordo de un navío, entre cuyos pasajeros hallábase un cónsul belga, enviado al extranjero por su gobierno que, como todos saben, es favorable al catolicismo. Honrábame él con su confianza, y a menudo hablábamos juntos durante las largas horas de la travesía. Cierta día, en el curso de la conversación, aproveché una ocasión propicia para preguntarle si iba a misa.—A veces, me contestó.—¿A veces? le repliqué. ¿Por qué no todos los domingos?—Explicadme vuestro pensamiento, me dijo. Entonces le expliqué que la misa no es otra cosa que la renovación incruenta del sacrificio del Calvario, y que, en virtud de los poderes y del orden dados a los apóstoles y a los sacerdotes por Jesucristo, consagramos el pan y el vino; que en el altar, Jesucristo lo es todo, *sacerdote y víctima*; que, por su virtud, las palabras del sacerdote hacen lo que dicen, y así, el pan y el vino quedan transsubstancializados y convertidos en carne, sangre, alma y divinidad de Jesucristo, en una palabra, en la persona de Jesucristo gloriosamente resucitado. De tal suerte, añadí, que nuestro divino Salvador, en la misa, está en el altar, desde la consagración del pan y del vino hasta la comunión del sacerdote. Así, pues, señor cónsul, si tenéis fe, debéis ir a misa todos los domingos, y si no tenéis fe, no sé por qué vais alguna vez.

"Entonces, mi compañero de viaje, siempre amable y complaciente, me respondió como un hombre que sale de un sueño: Confieso que lo que acabáis de recordarme, lo tenía olvidado, pero lo he sabido. Hice mi primera comunión, y aun he comulgado varias veces

después. Los placeres, las distracciones, los negocios, el mundo en que he vivido me han apartado de las cosas de la religión; la indiferencia ha hecho lo demás. Ya lo veis, añadió; ignoro en gran parte mi religión. Pues bien, creedme, de cincuenta hombres de la sociedad, cuarenta y cinco no saben de ella más que yo. Explicad con frecuencia el catecismo a vuestros compañeros de viaje, por mar y por tierra, porque, como yo, lo han olvidado.¹"

¡Qué página tan interesante! Pero ¡qué revelación! Cuarenta y cinco hombres de cincuenta, en las clases ilustradas, ignoran los elementos de la religión. ¿Cuántos hay en las clases populares? ¡Son innumerables! ¿No tendrá, pues, la Iglesia, cien veces razón para recomendar a sus hijos la misa parroquial, la cual con mucha frecuencia, si no siempre, es la misa de la instrucción?

Pero terminemos. Tercera y última razón de la asistencia a la misa parroquial: el buen ejemplo que se da. Como las precedentes, esta razón es muy apreciable². El que asiste habitualmente a la misa parroquial, y sólo por razones graves deja de asistir, no sólo *se edifica*, sino que *edifica*. Su puntualidad sobre este punto jamás deja de ejercer una influencia feliz, sobre todo si ocupa una posición preeminente, o como cabeza de familia, o como jefe de taller, o como alto funcionario del Estado... En cuanto a mí, jamás leo el Evangelio que la Iglesia propone a nuestra meditación el vigésimo domingo después de Pentecostés sin

1. Estudio de Mons. Fava, obispo de Grenoble, sobre el Catecismo, con ocasión de la publicación de un nuevo catecismo diocesano. (*Univers*, 7 de Agosto de 1892).

2. En efecto, es apreciada por el teólogo Clemente Marc, quien, considerando la asistencia a la misa parroquial, no como una obra prescrita, sino útil y muy recomendable, dice: *Talis assistentia bono exemplo est. n. 677.*

que aparezca en mi espíritu una imagen muy clara del poder del buen ejemplo. Después de Nuestro Señor, el personaje principal que figura en ese Evangelio, es un oficial, pero no un oficial cualquiera, sino un oficial superior, *regulus*. Pues bien, desde el momento en que este oficial superior, cuyo hijo moribundo ha sido curado por una palabra de Jesús, en la hora misma en que Jesús la pronunció, *creyó*, toda su *casa*, y por esta palabra, lícito es entender, no solo su familia, propiamente dicha, sino también su misma casa militar, es decir, los oficiales subalternos que estaban bajo su mando, toda su *casa* creyó con él: *Credidit, ipse, et domus ejus tota*¹.

Resumamos y concluyamos: ora debido a su gran respeto por la libertad de sus hijos, ora porque por concesión que cree necesaria o por lo menos más útil que el mantenimiento de la antigua disciplina, la Iglesia no prescribe ya la asistencia a la misa parroquial. Toda misa es buena para cumplir el precepto. Sólo hay pecado grave en los dos casos siguientes: ignorancia o escándalo; ignorancia, si la instrucción del pastor es el único medio para vencerla; de escándalo, por ejemplo, si no se asistiese a la misa parroquial por odio al cura, o por desprecio a la parroquia misma. Pero si la Iglesia no obliga a asistir a la misa parroquial, lo desea, exhorta, impulsa a su asistencia. Entre las cosas que recomienda, sin prescribirlas, una de las que más desea es sin duda alguna la asistencia a la misa parroquial.

Asistid, pues, a ella como buenos fieles. Asistid siempre que podáis. Asistid por las mismas razones que hacen que la Iglesia tan vivamente lo deseé.

Asistid a ella, porque en la misa parroquial es en

1. IOANN., IV, 46-53.

donde la parroquia es verdaderamente parroquia, es decir, una reunión de familia.

Asistid a ella, porque en la misa parroquial es en donde mejor se ora, pues cada oración particular se funde en el todo y participa de la fuerza misma del todo.

Asistid a ella, porque en la misa parroquial se pronuncia la intrucción, y porque el propio pastor, más que ningún otro, tiene verdaderamente la gracia de estado para instruir, exhortar, reprender, corregir, según los tiempos y las necesidades.

Asistid, finalmente, a ella, para dar buen ejemplo, vosotros los que sois padres, a vuestros hijos; los que sois amos y amas de casa, a vuestros criados, los que sois patronos, a vuestros obreros; los que sois miembros de las clases directoras, a las clases populares. Digámoslo aquí con la mayor sencillez, pero con la convicción de que expresamos una cosa verdadera: Las cuestiones principales de la hora actual, que a tantos espíritus preocupan, ¡cuán fácilmente serían resueltas, si fuera universalmente santificado el domingo, y universalmente oída la misa parroquial! ¿Qué sería el domingo, si lo pasáramos en la iglesia al pie de los altares? ¿No sería la fiesta de la fraternidad celebrada periódicamente cada siete días¹?

1. Uno de los grandes obispos de nuestro tiempo ha escrito las líneas siguientes: No nos preocupamos de esto como debiéramos; olvidamos los beneficios del cristianismo como los dones cotidianos de la naturaleza; pero en la reunión de la parroquia en la iglesia de la aldea, en la asamblea de todas las categorías, en las ceremonias de la Iglesia, en las palabras del párroco, que a todos dice la verdad con la misma libertad evangélica, hay más verdadera fraternidad que en todas las teorías de nuestros modernos soñadores; fraternidad suave y tranquila, que se insinúa con el espíritu evangélico, que, sin hacer un ruido inútil y casi siempre peligroso, corrige las costumbres con acción lenta y pacífica, y no conduce nunca a una barbarie salvaje, a pretextos de libertad. (Mons. LANDRIOT, *Obras pastorales*, t. II, p. 226).

TERCER MANDAMIENTO

SERMON SEXTO

Obras aconsejadas en domingo

Acuérdate de santificar el sábado

Exercitatio item atque studium fidelium in precibus divinisque laudibus frequens esse debet... sedulo se exerceat fidelis in iis officiis quae pietatem continent, pauperibus et egenis elemosynam tribuendo, aegros homines visitando, moerentes quique dolore afficti jacent pie consolando.

Catech Rom.

También el asunto de esta instrucción está suficientemente indicado por el Catecismo Romano, mi maestro. No se trata ya, como antes, ni de las obras prohibidas en domingo, bajo pena de pecado mortal, ni de las obras rigurosamente prescritas, ni de las obras particularmente recomendadas; o bien, si de ellas tenemos de decir algo, será únicamente por transición, para llegar más fácilmente a otras obras que, si bien muy útiles desde el punto de vista de la santificación del domingo, no son más que aconsejadas. Dios nos ayude con su gracia.

Llegado el domingo, puesto que es un día especial, que sólo tiene de común con los otros la duración, os quitáis vuestros vestidos de trabajo, llenos del sudor de la semana, para cambiarlos por ropa blanca nueva

y trajes limpios; os endomingáis¹. Es de justicia, o por lo menos, de conveniencia. El domingo es el día del Señor, *dies dominica*, y no hacerlo así, sería deshonroso, como lo decían nuestros padres en uno de sus viejos cantos populares... Si he leído bien la historia, así lo practicaba el ilustre canciller de Inglaterra, Tomás Moro, en los días de su desgracia, cuando un rey impío lo había arrojado al fondo de un calabozo. Preguntadle por qué los domingos y días de fiesta, se ponía sus vestidos más hermosos en un lugar en que nadie lo veía: Tengo costumbre de vestirme más ricamente estos días, respondía, no para honrarme a mí mismo, sino para honrar a mi Dios...

Así, pues, con vestidos nuevos, por lo menos limpios, desde el alba, o desde cualquier otra hora matinal, vais a oír misa, una misa entera, presentes de cuerpo, presentes de espíritu; o bien, porque me atrevo a esperar que las razones que militan en favor de la misa parroquial os han conmovido, tomáis parte en la asamblea de los fieles, oír la instrucción del párroco, seguís con ojos atentos las ceremonias. Pero, aun hecho todo esto, sólo habéis llegado a la primera mitad del domingo; falta la segunda. Tras la comida del mediodía, quizás muy frugal, pero más sustanciosa que los días precedentes, tenéis todavía seis horas por delante; ¿qué vais a hacer de ellas?

¿Trabajaréis? Si sois verdaderos fieles, no, ciertamente, a menos que se trate de un trabajo muy corto o autorizado por la costumbre, u ordenado por la necesidad. Exceptuados estos únicos casos, dejaréis reposar hasta el día siguiente, si sois obreros, vuestras

1. Preguntaron a un viejo obrero, poco después de la Revolución, qué día descansaban en aquella época: Descansábamos, respondió, cada década, pero el domingo nos mudábamos la camisa (*Le Repos du Dimanche*).

herramientas de carpintero o de herrero; si sois agricultores, vuestros instrumentos de labor; si sois mujeres o jóvenes, vuestras agujas o bordados, sin hacer valer siquiera una razón que, por otra parte, no tiene valor alguno, la razón del fastidio. Un verdadero cristiano, una verdadera cristiana, no se aburren jamás el domingo, o bien, si se presenta el fastidio, suponiendo que en lo demás no hay variación, es menor, mucho menor, que en cualquier otro día, porque hay una multitud de medios, todos saludables y muy legítimos, para expulsarle. Pero aun tenemos que decir algo más.

¿Frecuentáis las reuniones mundanas, bailes, espectáculos, casas de juego y otras? Si sois verdaderos fieles, ciertamente que no, sobre todo si esas cosas son peligrosas para la virtud, y, por lo general, lo son. Sería, pues, exponeros a cometer el pecado, y cometer el pecado, es hacer ciertamente la más servil de todas las obras, en el sentido en que lo hemos explicado en una precedente instrucción. Tampoco habréis ovidado estas palabras de san Agustín sobre el mismo asunto; pues son tan eficaces que no pueden dejar de grabarse en el espíritu: Más vale que un hombre haga en domingo un trabajo útil en un campo, que no que concurra a una reunión tumultuosa que acabará a golpes; y del mismo modo, más vale que una mujer o una joven pasen el día hilando, aunque violen el precepto, que tomar parte en bailes licenciosos... Pero la cuestión no queda resuelta, sino que se presenta de nuevo; ¿qué haréis? Mejor dicho, ¿qué conviene que hagáis? Porque yo he de mantenerme en el terreno de la verdad, sin rebasar sus límites; no quiero ni debo falsear la enseñanza imponiendo un deber que ha de cumplirse allí donde no hay más que un consejo que dar y una exhortación que hacer.

Si, pues, queréis seguir este consejo y atender esta

exhortación, he aquí lo que haréis: asistiréis al oficio vespertino, que comprende las vísperas y las completas; y asistiréis porque es la continuación del oficio de la mañana, y sirve como de acción de gracias a la misa parroquial misma. Asistiréis porque, instituído hace ya muchos siglos, venerable por su antigüedad, no menos que por su origen, la Iglesia os invita a que asistáis, y porque quien no responda a su llamamiento no pasará jamás a sus ojos como gran cristiano. Asistiréis porque, si bien no es de precepto, y vuelvo a decir que no existe tal precepto, que no se lee en parte alguna, que la Iglesia no lo ha promulgado jamás, ni piensa en hacerlo, hay, con todo, la obligación de honrar a Dios, y, merced al honor que le tributamos, santificarnos a nosotros mismos. Ahora bien, esta obligación de consagrarnos a las cosas divinas y a nuestra santificación, que es el fin del precepto, ¿quién no ve que, entre los medios propios para cumplirlo, casi ninguno mejor que el oficio vespertino? Si Dios debe ser particularmente honrado por la fe, la esperanza y la caridad, como ya lo hemos dicho en una instrucción anterior, sobre la autoridad de san Agustín y del Catecismo Romano¹, ¿en dónde hallar alicientes de fe más viva, de esperanza más fundada, de amor más ardiente, que en las vísperas, tales como la Liturgia las ha dispuesto, y nos las ofrece cada domingo? Los formularios de oraciones y otros libros que obtienen nuestras preferencias, son por ventura otra cosa que pallidísimo reflejo de los Salmos de David, escritos primitivamente en una de las más hermosas lenguas que hayan jamás hablado los hombres, de nuestros piadosos himnos, la mayor parte compuestos por santos, del sublime *Magnificat*, de los responsos, de las antífonas,

1. Segunda instrucción.

de la colecta misma, verdadera, aunque pequeña, obra maestra litúrgica, trasladada, bajo un nombre nuevo, del oficio matutino al vespertino?... Y si de las vísperas propiamente dichas pasáis a las completas—esta palabra dice lo que significa,—veréis otras maravillas, quiero decir, otros salmos, otros himnos, otras antífonas, y sobre todo, otras oraciones: Concedamos el Señor Todopoderoso una noche tranquila y un fin dichoso. Vele por nosotros, y nos guarde, el Señor, Creador de todas las cosas. Aparte de nosotros los sueños fastidiosos y los fantasmas nocturnos... Guárdenos como la niña de sus ojos, y cobíjenos bajo sus alas... Guarde nuestro sueño a fin de que, velando con Cristo, descansemos en paz... Bendiganos el Señor Todopoderoso y misericordioso, Padre, Hijo y Espíritu Santo; bendíganos y guárdenos... No hago más que desflorar la superficie de las cosas; no he dicho ni siquiera la décima parte de lo que hubiese debido decir. Inferior sin la menor duda a la misa parroquial, ¡cuán hermoso es aún el oficio vespertino, aunque en segunda fila!

Asistiréis, pues, a él... pero quiero llegar hasta el fondo de mi pensamiento: Asistiréis a él y tomaréis en él una parte activa. ¿Por qué no hacerlo así? ¿Estará Dios obligado, y por siempre jamás, a dejar que cantores asalariados canten sus alabanzas? Obreros, cantáis en vuestros talleres; mujeres de mundo, cantáis en vuestros salones; jóvenes, cantáis para romper la monotonía de vuestro trabajo; niños de las escuelas, cantáis vuestras lecciones, comenzando por el alfabeto, para que entren en vuestra inteligencia no menos por los oídos que por los ojos. ¿Quién es el que no canta? ¿Por qué todos los fieles no han de cantar en la Iglesia, con la Iglesia y como la Iglesia?... El canto religioso es de todos los tiempos. ¿Qué digo? Es an-

terior a todos los cantos. Se cantaba en el paraíso terrenal; las palabras que la Sagrada Escritura pone en labios de Adán, en el momento en que le es presentada la primera mujer: Esta es hueso de mis huesos, y carne de mi carne; dejará el hombre a su padre y a su madre, y estará unido a su mujer¹... es permitido creer que las cantó. Se cantaba bajo la ley de naturaleza; abro los Libros Santos, en el capítulo XXXIV del Génesis, y oigo que Labán se queja a Jacob de su fuga precipitada, y que le dice: Yo te hubiera acompañado con regocijos y cantares y con panderos y vihuelas². Se cantaba bajo la ley escrita: Débora, la profeta, canta³; Judit, la libertadora de su pueblo, canta⁴; David no se contenta con componer sus salmos, los canta⁵. A la vuelta del cautiverio de Babilonia los sacerdotes cantaron al Señor el himno de gratitud, y todo el pueblo respondió cantando a grandes voces⁶. Se cantaba en los tiempos evangélicos; el día en que Jesucristo entró triunfalmente en la Ciudad Santa, la cual, a los pocos días, había de convertirse en la ciudad deicida, no solamente se dijo, sino que se cantó el *hosanna*⁷. También se cantó la acción de gracias con la cual Nuestro Señor dió fin a la Cena, antes de dirigirse al Huerto de las Olivas, con los Once, pues ya en aquel momento había desertado Judas⁸. Se cantaba en los tiempos apostólicos ¡de ello da su testimonio el mismo san Pablo; en su Epístola a los Colosenses, les dice: Enseñándoles y animándoles unos a otros, con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando de corazón con gracia o *edificación* las alabanzas a Dios⁹.

1. GEN., c. II.

2. GEN., c. XXXI, 27.

3. JUDIT, c. V.

4. JUDIT, c. XVI.

5. PSALM., *passim*.

6. ESOR., lib. III, c. V.

7. MATTH., XXI, 9.

8. MATTH., XXXVII, 30.

9. COLOSS., III, 16.

No hay duda que estas recomendaciones, viniendo de tal maestro, fueron observadas a la letra. Se cantaba en los siglos siguientes. Leemos en sus obras que san Cipriano y san Ambrosio, en Cartago y en Milán, establecieron el canto alternado de los salmos¹. Al decir de san Jerónimo, la voz del pueblo cantando el *Amen* al final de las colectas, en las misas solemnes, resonaba a la manera del trueno: *Ad similitudinem coelestis tonitruí amen reboat*². ¡Oh Dios mío, como me enternecía vivamente el canto de los himnos y de los salmos que se cataban en vuestra iglesia! ¡Cómo se regocijaba mi corazón al oír resonar vuestras alabanzas en boca de los fieles! Es san Agustín quien habla así; y continúa: Porque a medida que todas estas palabras divinas resonaban en mis oídos, las verdades que expresaban se insinuaban en mi corazón, y el ardor de los sentimientos de piedad que en él suscitaban hacía brotar de mis ojos en gran abundancia las lágrimas, pero lágrimas deliciosas que eran entonces la mayor dicha de mi vida³... En todas partes y siempre se ha cantado, siempre y en todas partes, porque también se canta en el cielo; allí se canta un cántico eterno, que no envejece nunca, *canticum novum*: Al Cordero que ha sido sacrificado; al Cordero que es digno de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendición, por los siglos de los siglos⁴.

Pero si en todas partes y siempre se ha cantado, y si en el cielo se canta todavía, ¿por qué no se canta ya en la tierra? ¿Por qué se oyen únicamente en la asamblea de los fieles voces aisladas, que no igualan en

1. Ap. GOSCHLER, t. XV, p. 403.
2. *Ibid.*, p. 404.
3. *Confess.*, lib. 9, c. VI.
4. APOC., V, 9 y sigs.

manera alguna el ruido del trueno? ¿Son ahora las palabras menos divinas que en tiempo de san Agustín? No, son las mismas. ¿Tiene menos atractivos el canto que sirve para expresarlas? Ha recibido de los siglos, y aun me atreveré a decir que de una inspiración de lo Alto, inapreciables perfeccionamientos¹. En este siglo de razón pura, o que así se supone, ¿siéntese menos la necesidad de ritos ceremoniales y, en particular, del canto? La naturaleza de las cosas no cambia. Lo que el hombre ha sido, lo es y lo será siempre, un compuesto de alma y cuerpo. Ahora bien, en esta condición, necesita un culto externo, es decir, la alabanza de Dios, no sólo concebida en lo interior, sino manifestada a lo exterior, no solamente hablada, sino también cantada, por lo menos en muchos casos, porque es tal la debilidad de su ser, que no puede elevarse hasta las realidades espirituales sino por medio de las cosas sensibles, entre las cuales ocupa el canto uno de los primeros puestos: *Ut per oblectamenta aurium infirmorum animus in affectum pietatis assurgat*; así se expresa el Doctor Angélico, santo Tomás, en quien, ello no obstante, la razón pura, tomando la palabra en el mejor sentido posible, tenía un vigor incomparable². ¿Por qué, pues? Porque la cuestión no está resuelta. Si, en los tiempos presentes, y casi en todas partes, la alabanza de Dios cantada se ha extinguido en los labios de los fieles, ¿cuál es la causa real de este mal? Respuesta: la falta de fe, la indiferencia cada vez mayor, y, como consecuencia de esta debilitación de la fe, de esta llaga, cada vez mayor, de la indiferen-

1. Fácilmente comprenderá el lector que aquí aludimos al canto gregoriano, posterior a san Agustín y a san Jerónimo.
2. S. THOM. Léase todo este hermoso artículo: *Utrum in divinis laudibus, sint cantus assumendi*, 2, 2, q. XCI, art. 2.

cia, el respeto humano¹. El día en que el Arca de la Alianza entró en Sión, Micol, hija de Saúl, viendo desde una de las ventanas de su palacio que David andaba mezclado con el pueblo, se asociaba a sus transportes de alegría, y, según toda apariencia, a sus cantos, burlóse de él. El santo Rey no se avergonzó de ello, sino que dijo: Volveré a hacerlo, y pareceré más glorioso: *Et ludam, et vilior fiam plus quam factus sum, et gloriosor apparebo*²... ¡Ah! ¿Por qué nuestros fieles de hoy en día no tienen el alma tan bien templada como David? ¿Por qué no vuelven a poner en vigor las costumbres venerandas de los siglos de la fe? ¿Por qué no se asocian a las ceremonias santas, y especialmente a nuestros cantos eclesiásticos? Lo he dicho y lo repito: nuestros oficios parroquiales, lo mismo el de la mañana que el de la tarde, no serán realmente hermosos y atractivos sino el día en que todo el pueblo cante las alabanzas del Señor.

Pero es preciso acabar. Aun terminado el oficio de la tarde, el día santo no ha llegado a su término; muchas horas quedan todavía. ¿Qué haréis de ellas, piadosos fieles? Tampoco aquí prescribe nada la Iglesia; aconseja únicamente. Por ejemplo, si las vísperas van seguidas del rosario, según el deseo tan claramente expresado, y tantas veces notificado, del soberano Pontífice, la Iglesia os aconseja que lo recéis. Si el párroco ha fundado una cofradía cuyos miembros se reúnen cada domingo, o un catecismo de perseverancia, madres cristianas, jóvenes piadosas, la Iglesia os aconseja que forméis parte de ellos. Tenéis en vuestra vecindad un pobre enfermo, uno de vuestros prójimos muy afligido: visitadlo, consoladlo, alegradlo, ya con buenas

1. Sin perjuicio de otras causas; léase el apéndice a esta instrucción.

2. II REG., c. VI.

palabras que sacaréis del tesoro de vuestro corazón, ya con una limosna, abundante, si es posible, que sacaréis de vuestro bolsillo. El texto de Santiago viene aquí muy a propósito: La religión pura y sin mácula delante de Dios Padre, es ésta: visitar o *socorrer* a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones¹. Os gusta la soledad, o bien os veis obligados a no salir de vuestra casa por la edad, o por alguna dolencia; procuraos un buen libro de la biblioteca parroquial, y leed.—Vosotros, obreros cristianos, que desde el día siguiente, de buena mañana, os encerrareis por toda la semana en un taller falto de aire y de luz, id, en compañía de vuestra mujer y vuestros hijos, a henchir vuestros pulmones del aire puro del campo, *ese buen aire que el buen Dios hizo*, como decía el mismo Napoleón en la roca de Santa Elena².—Vosotros, jóvenes aprendices, dependientes de comercio, empleados de oficinas, estudiantes, dirigíos deprisa unos al patronato, otros al círculo, en donde os esperan buenos amigos y variadísimos juegos; porque, yo os lo aseguro, o mejor dicho, un gran doctor lo afirma: la Iglesia no es, ni mucho menos, enemiga de las diversiones honestas; tan sólo condena el desorden: *Non veto animi relaxationem; sed petulantiam coerceo*³.

¡Oh! santo día del domingo, día bendito, puesto que eres el día del Señor. ¿te veremos antes de entrar en el gran descanso de los hijos de Dios, recobrar aquí bajo tu dulce y legítimo imperio? ¡Ah, cómo la piedad, las buenas costumbres, la honradez, la paz en las familias, la unión entre los hijos de una misma patria, volverían a florecer rápidamente bajo tu sombra protectora!

Con toda el alma imploramos la vuelta de ese día,

1. JAC., I, 27.

2. ANATOLIO DE SEGUR, *Univers*, 2 de Marzo de 1892.

3. S. GREGORIO NACIAN., *Oratio*, 6.

que sería una resurrección para tantas y tantas cosas como en este momento sufren...

APENDICE AL SERMON SEXTO

Ponemos aquí en forma de apéndice un notable artículo de M. Arturo Loth sobre el canto litúrgico (*Univers*, 19 de Septiembre de 1892).

El público, aun el católico, no concede gran importancia a la cuestión relativa a la reforma del canto eclesiástico. Apenas se hace alguna mención de él en nuestros congresos, en los que, ello no obstante, se trata de todo lo que interesa a la vida y a las obras católicas. Desde que la muchedumbre sale del templo, parece que lo que en él se hace no tiene interés alguno, y las cuestiones referentes al canto, como las cuestiones de liturgia, que apasionaron un momento, son consideradas como asuntos de arqueología mucho más que de práctica. Todos se preocupan más de las cosas de fuera, de las escuelas, de las instituciones caritativas, de las obras externas, las cuales, por excelentes que sean, no deben hacer olvidar que el centro de todo apostolado, de toda acción católica, es la iglesia, en la cual se celebra el culto, cosa principal de la religión. La iglesia es el alma de la vida católica, la fuente fecunda de las obras, y a ella debe unirse y referirse todo lo demás.

Toda cuestión de reforma religiosa está íntimamente relacionada, en cierto modo, con esa moderna cuestión social, tan múltiple, tan compleja, pero mucho más religiosa aún que económica y política. Si hubiera un medio de conducir las muchedumbres a la iglesia, y de hacerlas participar en el culto, la cuestión social, que tan graves problemas suscita, estaría en camino

de solución. El elemento cristiano aportaría las bases más favorables a un feliz desenlace. Mucho podría hacerse por medio del canto para atraer los pueblos al templo, y, por ello mismo, para hacerlos religiosos, para restablecer la unión y solidaridad de las clases sociales, que es la primera condición de la paz social. La Edad Media conoció, en cuanto puede esto conciliarse con la condición humana, aquellos tiempos de justicia, de concordia y de fraternidad cristiana, tan maravillosamente simbolizados por esas grandes catedrales, en las que todo el pueblo de la ciudad, unido en el culto divino, oraba y cantaba con voz y corazón unánimes.

Lutero comprendió la importancia social del canto. En la época en que el renacimiento de las letras y de las artes del paganismo comenzaba a penetrar tan profundamente la vieja sociedad cristiana, introdujose, aun en el lugar santo, la música profana, de invención reciente. El arte de los coros y de los instrumentos es exclusivo de la multitud. Poco a poco el pueblo cristiano, privado de las piadosas y bellas armonías gregorianas, vióse obligado a callarse. Lutero comprendió que el medio más eficaz de atraer a sí al pueblo, que ya no tenía voz en la iglesia, y ligarlo a la nueva forma de religión, consistía en hacerle cantar; y así, inventó para sus templos el *choral*, género eminentemente popular, que obtuvo un éxito grandioso entre las masas. Por eso pudo decirse que la Reforma se hizo al canto de los almos.

Nada tan verdaderamente histórico. El novador fué singularmente ayudado más tarde en su obra por la aceptación general de la sabia música de Palestrina, que sólo tenía de religioso el aspecto exterior, pero que cautivó desgraciadamente el gusto del público, enamorado con exceso de la belleza y del ideal profano, y con exceso olvidadizo de las tradiciones gre-

gorianas. En aquellos templos luteranos de Alemania, Holanda e Inglaterra en que se ha mantenido el uso del canto por el pueblo, la afluencia de asistentes es la misma que al principio; la práctica del culto se sostiene. ¡Qué lección para nosotros los católicos de hoy en día oír en esas viejas iglesias que antes fueron nuestras, todo un pueblo de hombres, mujeres y niños, cantar a su manera, en un unísono potente, o en varias partes, en masa, las alabanzas divinas.

Mientras Lutero, inspirándose en las antiguas costumbres de la Iglesia, propagaba por todas partes el canto popular, la moda introducía cada vez más en los países católicos, el nuevo arte polifónico, en el cual no había lugar para el canto de los fieles; de tal modo que, en donde ha florecido esa música sabia incompatible con la oración, el pueblo, reducido al silencio, ha acabado por abandonar poco a poco la iglesia, dejando que los músicos ejecuten a solas sus conciertos. Y así, hoy, el oficio público, el oficio litúrgico, en el cual los fieles, unidos al clero, tenían su parte, desempeñaban su papel, está comúnmente abandonado, empezando por esa Italia demasiado orgullosa de su Palestrina y demasiado olvidada de san Gregorio el Grande.

Verdad es que se han hecho algunos esfuerzos para volver a la costumbre antigua. Se ha iniciado un feliz movimiento de restauración litúrgica, al cual empieza a mezclarse el clero; y, en efecto, del clero debe venir la reforma, y con su ejemplo y su celo volverá a florecer en nuestras iglesias la práctica del canto.

Acaba de fundarse en Grenoble una *Revista del canto gregoriano*, que nos complacemos en citar. Se publica bajo los auspicios de los RR. PP. Benedictinos de Solesmes, y con el concurso de colaboradores competentes. El clero debe protegerla. El culto litúrgico

debe reconstituirse según sus reglas tradicionales, para que desde el principio sea comprendido y apreciado, y luego enseñado con autoridad. ¡Qué elemento seguro de renovación de culto hay en él! ¡qué poderoso medio de atracción para el pueblo! El abuso de la música contribuyó al abandono de nuestras iglesias. El canto es un elemento de vida para el culto. En los campos, en la ciudad misma, se atraerá de nuevo poco a poco a los fieles a los templos, si se les hace participar en el canto. Pero esto exige una preparación especial, una enseñanza previa, ensayos reiterados, y quizás largos, en una palabra, medios apropiados al fin. Pero ¿por qué no hemos de hacer nosotros los católicos lo que hacen los protestantes, lo que se hacía en otros tiempos en toda la cristiandad, antes de la introducción de la música, lo que se hacía no hace mucho todavía en Francia, en tantas aldeas y aun en varias ciudades? ¿Por qué, con el canto gregoriano, felizmente descubierto y tornado a su belleza primitiva, no hemos de hacer la misma propaganda de que tanto se sirvió Lutero?

¿Por qué no hemos de servirnos nosotros de nuestras escuelas y de nuestros templos, para enseñar el canto a los niños, y, por medio de ellos, a las familias? ¿Por qué al devolver a nuestros oficios públicos su vida, su principal interés, por medio de esta participación de todos en las santas funciones y en la plegaria litúrgica, no intentar atraer las muchedumbres a las iglesias que para ellas fueron hechas y para que en ellas cantaran? ¿Por qué no contribuir a resolver por este medio práctico la cuestión social contemporánea? La experiencia ha triunfado en más de una parroquia en la cual se ha intentado. Esto es un aliciente para ensayarla en las demás.

ARTURO LOTH.

TERCER MANDAMIENTO

SERMON SEPTIMO

El domingo y el estado presente de los espíritus

Acuérdate de santificar el sábado

Itaque diem sabbati tum plene et
perfecte celebramus, cum pletatis et
religionis officia Deo praestamus.
Catech Rom.

Decir lo que fué el séptimo día bajo la ley de naturaleza y bajo la ley escrita; lo que es el domingo bajo la ley de gracia, las obras prohibidas en dicho día, las que son permitidas, las que son prescritas, las que son particularmente recomendadas, las que son simplemente aconsejadas... todo esto hubiera sido lo suficiente. Pero hoy, que la cuestión del domingo se ha convertido en una cuestión social; que de ella se trata, no solamente en las iglesias, sino en todas partes, es deber del párroco, por lo menos así lo creemos, tener a los fieles al corriente de lo que se dice, se escucha y se hace sobre esta materia. Voy a intentarlo, y tras una marcha algo larga, espero que llegaremos a esta conclusión práctica del Catecismo Romano: sólo cuando celebremos el domingo por modo completo y perfecto, habremos cumplido fielmente todos los deberes de la piedad con el Señor... Dios nos ayude con su gracia...

Basta abrir los ojos y aguzar los oídos para convencernos de que en nuestros días, aunque muy turbados bajo el concepto religioso, se experimenta en favor del domingo, por lo menos en cuanto día de reposo, un movimiento considerable, mejor dicho, un movimiento de espíritu.

Si abrís los ojos, veréis una multitud de obras, nacidas de este movimiento, o que se proponen acelerarlo: Conferencias dominicales, Liga popular para el descanso dominical, Asociación de propietarios cristianos, Unión de sindicatos del comercio y de la industria, Obra del domingo católico, Congresos regionales y Congresos internacionales, Comités diocesanos y Comités parroquiales, Libros de propaganda, Revistas mensuales y semanales... ¿Qué añadir aún? En todas las grandes Asambleas deliberantes de la mayor parte de los Estados católicos, o simplemente cristianos, del mundo entero, ha sido objeto de las más serias discusiones el descanso de un día a la semana.

Si prestáis oídos, veréis sobre esta materia las palabras más autorizadas y convincentes; palabras de industriales y fabricantes, de congresistas, de conferenciantes, de hombres de Estado. Uno de estos últimos, y por cierto muy distinguido, se expresa así: "La experiencia y la reflexión me han convencido de que todo el que trabaja con las manos o la inteligencia, tiene necesidad del reposo que únicamente puede garantizar la observancia general del domingo. Los filántropos y los cristianos pueden considerar la cuestión desde puntos de vista diferentes; pero, ya consideremos al hombre como un animal, ya como un ser inmortal, debemos unirnos para asegurarles el descanso que el cuerpo y el espíritu reclaman igualmente, a fin de que sean colgados y mantenidos en las mejores condiciones posibles. Los que no ven el mandamiento divino en la Bi-

bla, no podrán dejar de verlo escrito en el hombre mismo^{1.}" Otro, más autorizado aún, escribe estas líneas: "En cuanto a mí, es incontestable que la observancia del descanso dominical tiene raíces profundas, así en las convicciones como en los hábitos de la inmensa mayoría de mis compatriotas. Si se ofrece a muchos como una necesidad de la vida espiritual y cristiana, otros, en no menor número, lo defienden con igual energía como una necesidad social. La clase obrera es extremadamente celosa del descanso del domingo, y no solamente se opone a su abolición confesada, sino a todo lo que indirectamente podría contribuir a este resultado. Personalmente me he esforzado siempre, tanto como las circunstancias me lo han permitido, en hacer uso de este privilegio, y ahora, próximo al final de una carrera pública de cerca de cincuenta y siete años, atribuyo en grandísima parte a esta causa la prolongación de mi vida, y la conservación de las facultades de que gozo todavía. Con respecto a las masas, la cuestión es mucho más importante; es la cuestión popular por excelencia^{2...}" Estas citas, aunque largas, espero que os agraden, pues están íntimamente ligadas con el asunto que ventilamos. Pero continuemos.

Que este movimiento de opinión en favor del domingo en cuanto día de descanso, sea tan legítimo como general, y responda a reales necesidades, lo prueban, además de los testimonios que acabáis de oír, y que bastarían para demostrarlo, otros muchos, hijos también de una larga experiencia de las cosas, o de profundas reflexiones. Veámoslo.

La ley del domingo ha sido considerada desde el punto de vista de la higiene, es decir, del ser físico hu-

1. HARRISON, antiguo presidente de los Estados Unidos.
2. GLADSTONE, presidente del gobierno inglés.

mano; y bajo este concepto, se ha dicho: "El descanso del séptimo día es absolutamente necesario al hombre, cualesquiera que sean sus ocupaciones, so pena de los más graves peligros para la salud, y aun para su vida... Y aun se ha añadido: Haced trabajar un caballo todos los días de la semana tanto como lo permitan sus fuerzas, o concededle, de los siete, un día de descanso; pronto veréis que, en este último caso, merced al vigor mayor con que hará su trabajo durante los otros seis días, que el reposo del día séptimo le es indispensable. A la verdad, el hombre, como está dotado de una naturaleza superior, opone al exceso de la fatiga la energía de su alma, y el perjuicio que produce una sobre-excitación continua sobre su sistema animal, no se manifiesta tan pronto como en el bruto, pero sucumbe al fin por modo súbito; disminuye la duración de su vida, y priva a su vejez de ese vigor que debería conservar con la mayor solicitud. De esto debemos concluir que la observancia del domingo debe colocarse, no sólo entre los deberes religiosos, sino también entre los naturales^{1.}"

La ley del domingo ha sido considerada desde el punto de vista del ser espiritual del hombre, esto es, de la dignidad de su alma y de sus legítimas aspiraciones; y se ha dicho que el descanso del séptimo día no le es menos necesario bajo este segundo concepto que bajo el primero. ¿Quién no lo ve claramente? Al trabajador del campo, y sobre todo del taller, encorvado toda la semana sobre un trabajo ingrato, con frecuencia monótono, y aun mecánico, ennoblecido, quiero suponerlo, por el deber, pero que se deja dormitar las facultades de su inteligencia y los anhelos de su corazón, ¿le será demasiado un día en el cual le sea permitido elevar la

1. El doctor inglés FARR, en un informe presentado al Parlamento.

cabeza? ¿No será preciso que, sin verse obligado a disputarlas violentamente a las imperiosas necesidades de la vida material, tenga la libre disposición de algunas de esas horas durante las cuales pueda su alma alimentarse del manjar que le es propio? "Así, pues, decía, no ha mucho, un ilustre publicista, preparad la opinión, recoged adhesiones, y sobre todo mostrad bien que lo que hace que el trabajo sea aplastador, es la continuidad del esfuerzo. Por ejemplo, para no hablar más que de la industria textil, dar tres pasos, tender un hilo, volver atrás, empezar de nuevo; esto no es nada durante una hora, pero a las doce horas, es fatigador; esto no es nada el lunes por la noche, pero el viernes, el sábado... durante toda la vida... ¿Cuándo tendrá el obrero tiempo para instruirse, para pensar, para ser hombre? Si, se impone un descanso durante la semana; el obrero debe disponer de tiempo para sentir latir su corazón. Pero si pensáis en el obrero de la fábrica, no olvidéis al empleado de almacén, al dependiente del despacho, cuyo cuerpo y cuya alma están marchitos por un trabajo incesante¹."

La ley del domingo ha sido considerada desde el punto de vista de la familia, y aquí también, y aquí sobre todo, se ha reconocido que el descanso del séptimo día es absolutamente necesario. Escuchad a nuestros conferenciantes y oradores de los Parlamentos; jamás fueron tan elocuentes como cuando trataron este asunto. "Sin el descanso dominical, dice uno de ellos, no hay vida de familia; transformados en máquinas, rebajados a la categoría de instrumentos de trabajo, el padre, la madre, el hijo, viven separados, aislados, absorbidos por su obra cotidiana, sin sentarse jamás juntos en el mismo hogar, sin hallar en sus tristes exis-

1. El senador JULIO SIMÓN, *Univers*, 11 de Marzo de 1891

tencias las horas de libertad necesarias para comunicarse sus pensamientos, sus penas y alegrías¹." Otro se expresa así: "El domingo es la fiesta de la familia; es el día en que vuelven a encontrarse los afectos, en que las almas se confunden, en que se acercan al corazón, en que se reconstituye el pan del hogar; es el día en que el abuelo, el padre, la madre, el niño, extraños el uno al otro el resto de la semana, se agrupan bajo la mirada de Dios, en la comunión de los mismos deberes, de los mismos sentimientos, de las mismas esperanzas²." Y añade un tercero, el mismo que, en nuestra época, se ha convertido, quizás en mayor grado que ningún otro, en defensor, en abogado, en apóstol de los humildes, de los pequeños, de los trabajadores: "¿Cuándo, exclama con caluroso acento, reuniréis los miembros esparcidos de ese cuerpo?... La desorganización de la familia es la llaga más dolorosa de nuestro estado social presente, y el mal más profundo que sufre la clase obrera. Pues bien, la primera condición para que renazca la vida de familia consiste en que haya un día en que todos los que la componen se hallen reunidos en torno del hogar, en que las madres abracen a sus hijos, y no se vean obligadas a abandonar los más pequeños a mano de mercenarias³."

Finalmente, la ley del domingo ha sido considerada desde el punto de vista de la producción, del comercio, de la industria, y, por consiguiente, del bienestar, tanto de los particulares como de la sociedad en general; y se ha dicho que, bajo este concepto, no menos que bajo los precedentes, el descanso del séptimo día se impone casi rigurosamente. *El trabajo del domingo*

1. El conferenciante LAVOLLEÉ.

2. El senador CHESNELONG.

3. El conde ALBERTO DE MUN, en la Cámara de los diputados.

no enriquece... En este dicho popular hay más sabiduría de lo que ordinariamente se cree. Cuando la cantidad de los productos fabricados aumenta, su valor en venta disminuye, lo cual es una obligada consecuencia; una producción excesiva produce fatalmente una disminución del salario, y, finalmente, ocurre que el obrero ha gastado en pura pérdida sus fuerzas, su tiempo, su vida; al cabo del año no ha ganado más que si hubiera trabajado seis días por semana y hubiera dedicado el séptimo al descanso sagrado del domingo. Si el trabajo del domingo no enriquece al que lo ejecuta, tampoco enriquece a aquel o aquellos para quien se ejecuta¹. Hoy es una verdad indiscutible que el obrero que trabaja, como se dice vulgarmente, domingos y días de fiesta, sin descansar nunca, hace menos, y sobre todo lo hace menos bien, que el que sólo trabaja seis días, y descansa el séptimo, porque el primero agota sus fuerzas, y el segundo las renueva. "El hombre, el hombre, exclamaba no ha mucho un orador, orgulloso con justo título de la prosperidad siempre creciente de su nación, el hombre, el hombre, tal es el verdadero creador de la riqueza. He ahí por qué no nos hemos empobrecido, sino que, por lo contrario, nos hemos enriquecido con el descanso del séptimo día. Este día no ha sido perdido. Mientras que la manufactura se para, duerme el arado en el surco,

1. El obrero menos cansado, que ha podido dormir más, trabajará mejor; si es un tejedor, unirá más sólidamente, y con más prontitud, el hilo roto, sea de la urdiembre, sea de la trama. Si hace un mueble, mostrará más habilidad y vigor. En el Congreso de Arquitectos franceses, M. Penaурón dejó sentado que la suspensión del trabajo en domingo, es ventajoso para los intereses morales y materiales de los propietarios, de los contratistas, de los obreros y de los arquitectos. "Los trabajos hechos en domingo, dijo, son mal confeccionados por hombres cargados con el peso de los seis días precedentes. Todo el mundo pierde en ello" (Extractos de *L'Univers*).

cesa de salir el humo por la chimenea de la fábrica, la nación no se enriquece menos que durante los días laboriosos de la semana. El hombre, la máquina de las máquinas, se repara y se remonta, de tal modo, que vuelve a su trabajo al día siguiente con la inteligencia más lúcida, con más alientos para la obra y con el vigor rejuvenecido¹.

No insistamos; razonamientos más difusos serían superfluos. La proposición que adelanté reservándome su demostración, queda ya demostrada: En la misma medida en que es general el movimiento de opinión en favor del domingo, en cuanto día de descanso, es también legítimo, y responde a necesidades reales.

Pero el asunto no queda así agotado. Allí donde se detiene el filántropo que no es más que filántropo, el economista que no es más que economista, el hombre de Estado que no es más que hombre de Estado, el moralista cristiano y sobre todo el predicador, sólo considera como esbozada su empresa. Que los publicistas escriban sobre el descanso dominical interesantes revistas semanales o mensuales; que los conferenciantes lo traten en las asambleas populares, y los oradores en los Parlamentos; que a consecuencia de discursos calurosos, tomen los congresistas acuerdos y formulen votos en esta materia; que muchas Diputaciones², grandes Administraciones y servicios públicos, industrias, compañías de transporte, asociaciones, cooperativas, sindicatos profesionales, cámaras de comercio, hombres de toda categoría, de toda condi-

1. El inglés lord MACAULAY en la Cámara de los Comunes. En efecto, es sabido que en Inglaterra, el trabajo de los talleres de metalurgia cesa el sábado a mediodía, y se reanuda el lunes por la tarde. Las reparaciones se hacen el lunes por la mañana.

2. En particular las Diputaciones de la Viénne, de la Vendée, y del Aveyrón.

ción, capitalistas, ingenieros, arquitectos, abogados, notarios, agricultores, contratistas o maestros de obras, como se llamaban antes, entren por este camino; que el Estado mismo, tras profundas discusiones en las dos Cámaras, limite las horas de trabajo para los niños y las mujeres en las manufacturas, y ordene que al obrero adulto, ya en posesión de la totalidad de sus fuerzas, se le conceda un día de descanso por semana¹... necesario será decir que todo esto es bueno. que aplaudimos esos esfuerzos, que saludamos los resultados obtenidos. Pero añadamos que todo eso no basta. Nos queda por hacer algo más y mejor. Desde el origen de las cosas, y en el curso de los siglos, habló Dios. Dios se reservó un día. Hace ya diecinueve siglos que habla la Iglesia, y en una u otra forma recuerda el precepto: Guardarás el domingo sirviendo devotamente a Dios. Todavía ayer, su órgano más autorizado dirigíase al mundo entero, y particularmente a las clases obreras. ¿Quién mejor que nuestro gran Papa León XIII expone los derechos y los deberes? ¿Quién defiende con más competencia la santa causa del descanso dominical, en cuanto el descanso dominical se refiere al bienestar del hombre, y le aprovecha? Pero prestadme vuestra atención y veréis la consecuencia: ese hombre, ese obrero, ese labriego, ese tejedor, ese herrero, ese trabajador, en fin, es un hijo de Dios, tiene un alma inmortal, no debe descender de la elevada categoría en que está colocado, ni repudiar los dones que ha recibido; por consiguiente, está obligado

1. La mayor parte de los Estados nos han precedido en este camino de libertad: Alemania, ley de 17 de Julio de 1878; Austria, ley de 8 de Marzo de 1885; Inglaterra, ley de 27 de Mayo de 1878; Suiza, ley de 23 de Marzo de 1877. Anteriores y más amplias son las leyes promulgadas en Suecia, Dinamarca, Noruega y sobre todo en los Estados Unidos. La palabra *Domingo* es nombrada y está escrita con todas sus letras.

a servir a Aquel del cual los ha recibido. "Así, pues, dice nuestro Pontífice, guárdense bien de entender por descanso del séptimo día, el entregarse totalmente a una estéril ociosidad, y menos todavía, como muchos lo desean, a una holganza productora de vicios y disipadora de salarios, sino a un descanso santificado por la religión. De esta suerte aliado con la religión, el descanso saca al hombre de las labores y preocupaciones de la vida cotidiana, para elevarlo a los grandes pensamientos del cielo, e invitarlo a rendir a su Dios el tributo de adoración que le es debido¹".

De este modo es ya completa la obra dominical. No basta que el domingo sea el día del hombre, si no es también el día del Señor. Hay que santificarlo con la oración, con los ejercicios de piedad, sobre todo con la asistencia al Santo Sacrificio de la Misa, que es por excelencia el acto religioso. Todo movimiento que no llega aquí, es un movimiento que se detiene demasiado pronto. Todo esfuerzo que no se encamina a un precepto divino, y al fin de este precepto, que consiste en tributar gloria a Dios, y en santificar al hombre, es un esfuerzo imperfecto y quizás inútil. Y si llegara a ser más que inútil... "Admiro mucho, decía, hace pocos días, uno de nuestros conferenciantes populares que mejor han comprendido ese aspecto de la cuestión; admiro mucho a los hombres abnegados que, en nombre de la familia, de la higiene y de la moral, consagran su tiempo y sus esfuerzos a propagar la idea del descanso dominical. Pero temo que les falte, para triunfar, la palanca indispensable, la palanca de la idea religiosa. Temo que, evitando pronunciar el nombre augusto de Dios, no hagan de antemano estériles sus esfuerzos. Temo sobre todo que, si la religión no

1. LEON XIII, Encíclica *Rerum novarum*.

completa su obra, ni la vivifica, nos preparen un remedio del domingo, mejor que un domingo verdadero. Sí, digámoslo muy alto, el descanso dominical sin la santificación del domingo, no es el verdadero domingo, sino un domingo laico, un *lunes* cambiado de día... Hablad cuanto queráis de higiene, de la familia, de la moral; si no habláis también de Dios, no haréis presa en las pasiones humanas. El obrero avaro creerá siempre que es demasiado un día sin salario; al obrero perezoso o sensual le parecerá siempre que no hay bastante con un día por semana para el placer o la pereza. El hombre no es como el animal al cual le basta reparar sus fuerzas en la inercia; como es un ser espiritual, necesita que se le hable a su espíritu; como su alma es inteligente y libre, necesita que se hable a su alma, para realzarla, consolarla, fortalecerla. Necesita, como necesitamos todos, y reclamamos para todos, no ese domingo vacío y nebuloso que, no siendo ya el día del Señor, será el día de la holgazanería o del fastidio, sino el día de la taberna; necesita el domingo cristiano, en su luz y en su alegría; ese día en el cual todos los miembros de la familia pueden hallarse reunidos, no sólo en torno del hogar, sino también al pie del mismo altar; ese día bendito en el cual se elevan las almas juntas de la tierra al cielo, en donde se templan con la esperanza de un mundo mejor, en el cual pueden, temblando, pero con amor, acercarse a las fuentes misteriosas y sagradas de la vida divina¹..."

Terminemos con estas palabras; sería difícil pensar con más exactitud, y expresarse mejor...

1. Extracto del Boletín católico *Descanso Dominical*.

TERCER MANDAMIENTO

SERMON OCTAVO

El sabatismo o gran descanso

Acuérdate de santificar el sábado

Coeleste vero sabbatum est (ut ait D. Cyrus) eum locum Apostoli tractans). Relinquitur ergo sabbatismus populo Dei illa vita in qua omnibus bonis cum Christo viventes fruemur, peccato radicibus extirpato: omnia enim bona in visione Dei meus sanctorum adipiscitur. Quare fideles hortandi erunt his verbis et a pastore incitandi: Festinamus ingredi in illam requiem.
Catech Rom.

¡Qué honroso texto acabo de citar! Mas para hacer de él, como me propongo hacerlo, el asunto de la octava y última instrucción sobre el tercer mandamiento, necesario es traducirlo todo entero y lo mejor posible.

"Hay, pues, un sábado celestial, como lo nota san Cirilo en la interpretación que da a estas palabras del Apóstol: otro sábado hay reservado al pueblo de Dios... sábado que consiste en esa otra idea, en la cual, unidos con Jesucristo, seremos colmados de toda suerte de bienes, y por siempre jamás libres del pecado. En efecto, cuando los elegidos gocen de la vista de Dios, poseerán en abundancia todas las cosas. Por esto, deben ser exhortados los fieles, y para hacerlo con más segu-

ridad, sírvanse los pastores de estas palabras del Apóstol: Esforcémonos en entrar en ese descanso¹..."

Expliquémonos ahora, y Dios nos ayude con su gracia...

Lo hemos dicho ya: el sábado judío no fué instituido para que durara siempre, porque, figura de otro sábado, mucho más excelente, debía desaparecer ante este otro, como la sombra ante la luz; así, cesó de ser obligatorio tan pronto como fué promulgada la ley evangélica. Pero hay más todavía: este nuevo sábado sustituido al antiguo, llamémoslo con su verdadero nombre, *el domingo*, el domingo mismo, no será eterno. Un día u otro tendrá fin. Como, en toda la sucesión de los tiempos, habrá un siglo, y, en este siglo, un año, y, en este año, un mes, y, en este mes, una semana, que serán el último siglo, el último año, el último mes y la última semana, así también habrá un domingo que será el último domingo... ¿Es que con esto quedará todo terminado? No, ciertamente, responde san Pablo, en su admirable Epístola a los Hebreos: del mismo modo que al primer sábado habrá sucedido el segundo, más excelente que el primero, así también, a los dos precedentes, y mejor que estos dos precedentes, sucederá un tercero, el tercero y último sábado, al cual designa el Apóstol con una palabra que, de todos los escritores sagrados, él solo emplea, el *sabatismo*, es decir, el gran sábado, el gran descanso, *sabbatismus*, el sábado del cual el segundo no habrá sido más que la figura, como el primero lo habrá sido del segundo, el sábado guardado en reserva para ser dado, cuando llegue la hora, a los verdaderos hijos de Dios: *itaque relinquitur sabbatismus populo Dei*².

1. DEUT., V, 15.
2. HEBR., IV, 9.

Pero todavía no estamos más que en los preliminares del asunto. No basta decir que, después del sábado judío y del sábado de la ley evangélica, hay otro sábado: hay que conocerlo; hay que demostrar que el comentario que el Catecismo Romano hace de las palabras de san Pablo, es exacto, es decir, que este tercer sábado más excelente mil veces que los precedentes, no será nada menos que la vida eterna bienaventurada, esta vida nueva, en la cual, unidos a Jesucristo, nos veremos colmados de toda suerte de bienes, y totalmente libres del pecado: *Illa vita omnibus bonis cum Christo viventes fruemur, peccato radicitus extirpato*. Más brevemente y con mayor claridad, hay que demostrar que el cielo es un verdadero sábado, *sabbatismus*, es decir, un verdadero descanso, y que estar en el cielo, es verdaderamente *sabatizar*, en el sentido exacto de esta palabra, esto es, estar verdaderamente en reposo. ¿Hay algo más fácil que esta demostración? Pero ¿qué digo? Si ya está hecha; si no hay una página de las Escrituras, y de los intérpretes de las Escrituras, en que esta verdad no sea, o explícita, o equivalentemente expresada, esto es, que, estar el cielo, es estar en reposo. Escuchad y juzgad...

En el cielo, nada de indigencia ni de las privaciones que son su consecuencia. El cielo es el lugar de la santidad en la abundancia: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae*¹.

En el cielo, nada de enfermedades, ni de lágrimas, ni de quejas, ni de gritos de dolor, ni de muerte. El cielo es el lugar de la impasibilidad absoluta: *Neque mors, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt*².

En el cielo nada de ignorancia de la verdad, ninguna

1. PSAL., XXXV.
2. APOC., XXI, 4.

nube que la cubra, ningún falso resplandor que la disfraze, ningún error que la combata, ninguna duda que la debilite. El cielo es el lugar de la ciencia perfecta y total; ¿qué puede ignorar el que conoce a Aquel que sabe todas las cosas: *Quid nesciunt, qui scientem omnia sciunt*¹?

En el cielo, ningún temor, ninguna opresión, como aquí bajo, en donde soportamos males, aun antes que nos vengan, y, con mucha frecuencia, no menos que cuando han venido. Los felices moradores de la celestial mansión no dudan de la interminable duración de su felicidad, ni de la palabra de Dios que se la asegura. El cielo es el lugar de la seguridad en el seno de la opulencia, es un descanso lleno de dulzura: *Sedebit populus meus in pulchritudine pacis et in tabernaculis fidiae, et in requie opulenta*².

En el cielo, nada de competencias, como ocurre aquí bajo, nada de divisiones de hombre a hombre, de partido a partido; todo el mundo se estima, todo el mundo se ama; cada uno es feliz de la dicha de todos, y todos los son de la dicha de cada uno. Para todos es el mismo reino, la misma familia, la misma casa. En este reino, jamás reina la discordia, *nulla seditio*; en esta familia, no hay jamás querella alguna, *neque lis*; en esta casa, no hay más que hermanos; ningún amigo sale de ella, ningún enemigo entra en ella: *Unde amicus non exit, quo inimicus non intrat*³. El cielo es el lugar de la eterna paz.

Finalmente, en el cielo no se peca, porque nadie lo quiere, y nadie lo quiere, porque nadie puede quererlo. El cielo es el lugar de la impecabilidad. ¿Quiere esto decir que el libre albedrío está extinguido? No, cier-

1. S. GREGORIO.

2. ISA., XXXII, 8.

3. S. AGU. *in psal. XLIX y LXXIV.*

tamente, responde san Agustín: *Non ideo liberum arbitrium non habebunt, quia peccata eos delectare non poterunt*. Será tanto más libre, cuanto, en cambio del atractivo de pecar, ha recibido otro que anula el primero, el invencible atractivo de no pecar más: *Magis quippe erit liberunt, a delectatione peccandi usque ad delectationem non peccandi liberatum*¹.

Pero no basta que el cielo se nos aparezca únicamente en su parte negativa, como exclusión de todos los males; preciso es también que sepamos, y el Catecismo Romano, enteramente lleno del pensamiento de san Pablo, de que un tercer sábado está reservado al pueblo de Dios, se encarga de decírnoslo, que en el cielo veremos a Dios, y que, por efecto de esta visión, quedaremos llenos de toda suerte de bienes: *Omnia enim bona in visione Dei mens sanctorum adipiscitur*.

En el cielo, pues, veremos a Dios.

Veremos a Dios, no según el modo actual de visión, por reflejo, como en la luna de un espejo, o detrás de un transparente, ya que no hay más que dos maneras de conocer los objetos, o en sí mismos, o por medio de su representación: *Vel ex eorum substantia, vel ex eorum similitudine*²; sino que lo veremos claramente, intuitivamente, sin intermediario, cara a cara: *Videmus nunc per speculum, in aenigmate; tunc autem facie ad faciem*³.

Veremos a Dios, no a la verdad según todo lo que es, pues esto es imposible, ya que supera en toda la altura de lo infinito las fuerzas de una inteligencia creada, pero por lo menos lo veremos como es, y tal como es, *videbimus sicuti est*⁴: la unidad de su esencia, la

1. S. AUG., *De civit.*, lib. 22.

2. *Catech Rom.*

3. I COR., XIII, 12.

4. I. JOANN. III, 2.

trinidad de las Personas, todas sus perfecciones en general, y cada una en particular, su bondad, su justicia, su sabiduría, su santidad, su omnipotencia; y no menos que sus perfecciones, sus obras, si no todas las que podría hacer, por lo meno's todas las que ha hecho en los tres órdenes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Veremos a Dios y le conoceremos tanto mejor cuanto El mismo nos hará más aptos para esta visión inmediata, para esta contemplación intuitiva, fortaleciendo nuestro espíritu, dilatando nuestra capacidad natural de conocer, elevándola más, delitándola más, haciéndola, finalmente, más propia para sostener los esplendores del Ser divino. Causa digna de admiración es que, en el orden de la naturaleza, la retina de nuestro ojo, a pesar de su pequeñez, de tal modo está hecha, que envuelve con su mirada una montaña con toda su masa, un océano con toda su extensión, un monumento con toda su altitud. Más admirable es todavía que, en el orden de la gloria, en el cielo, nuestra alma, por limitada que sea en virtud de su condición de criatura, vea a Dios en todo su esplendor y sublimidad, porque, mediante un don particular de su munificencia, agrandará la potencia visual de esta alma, y la proporcionará a la inmensidad, a la infinitad de su ser.

Veremos, pues, a Dios, y desde el momento en que le veamos, se cumplirán las palabras que pronunciábamos hace un momento, y que hay que repetir aquí: Nos veremos colmados de toda suerte de bienes provenientes de esta misma visión: *Omnia enim bona in visione Dei mens sanctorum adipiscitur*. Sólo citaremos dos, pero dos que contienen todos los otros.

Primeramente, el amor de Dios, pero el amor de Dios más vivo, más inflamado, más ávido de todos los amores. La flecha lanzada por brazo vigoroso recorre

menos trayecto, y menos rápido es el vuelo del ave en la región del aire, que el arranque del alma hacia Dios. Verále ella, a ese Ser de los seres, soberana Bondad, suprema Belleza, Bien único; le verá, y al punto se lanzará hacia El, volará, se precipitará, veráse arrastrada por el peso mismo de su amor: *Amor meus, pondus meum*.

Luego, la transformación, ¡la transformación en Dios! Ciento que necesitamos no menos que la autoridad de las Escrituras para justificar a nuestros propios ojos el empleo que hacemos de una expresión tan atrevida. Sabemos, dice san Juan, que cuando se muestra en su gloria, le pareceremos semejantes a El: *Scimus quoniam cum apparuerit similes ei erimus*¹. Lo mismo piensa san Pablo y se expresa en términos semejantes²... es decir, si es que comprendemos a esos videntes de los destinos futuros, que seremos absorbidos en Dios, abismados en Dios, sumergidos en Dios, como el hierro se sumerge en el fuego, y se convierte en fuego, y así, sin perder por ello nuestra personalidad propia, como el hierro no deja de ser hierro, aunque esté en el fuego, nos pareceremos a Dios, viviremos la vida de Dios, seremos transformados en Dios, divinizados, deificados, en la medida en que una criatura puede serlo: *Scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus*.

¡Oh goce imposible de describir! ¡Oh alegría tan intensa como duradera! ¡Oh dicha completa, más que completa, porque se desborda! ¿Lo veis bien ahora? El cielo es con toda exactitud llamado sabatismo, *sabbatismus*, esto es, el verdadero sábado de los hijos de Dios, el domingo eterno, como le llama san Agustín³, el mis-

1. I JOANN., c. III.

2. II COR., c. III.

3. Ap. BOSSUET, 4.^o sermón para la fiesta de Todos los Santos.

terioso día séptimo, que tendrá una mañana, pero carecerá de tarde, dice también este gran Doctor, por consiguiente, día inmutable y sin declinación¹, en el cual Dios reposará con sus elegidos, mejor dicho, en el cual los elegidos reposarán eternamente en Dios; por tanto, y tal es el pensamiento que deseaba poner de relieve, estar en el cielo, es verdaderamente *sabatizar*; es por modo excelente estar en reposo².

Así, pues, entrad sin tardanza en ese reposo, concluye san Pablo dirigiéndose a los hebreos convertidos: *Festinemus ingredi in illam requiem*³. Sí, apresuráros a entrar, les grita. No procedáis como vuestros padres. Su historia os es conocida, pues está escrita en el capítulo XIII de los Números y en los salmos LXXVII y XCIV de David. Colmados de beneficios divinos, sacados por la fuerza de su brazo de la casa de la esclavitud, seguros de verse en posesión de la tierra que les había prometido, y faltándoles unas cuantas etapas para entrar en ella, murmuran contra el mismo Dios, cuya munificencia tantas veces habrán experimentado, dudan de la veracidad de sus palabras, casi lo desafían a que haga el último milagro en favor de ellos, un milagro menor que los que había hecho anteriormente por milares, y deliberan para arrebatar a Moisés la suprema magistratura y elegirse un jefe que los vuelva a conducir a Egipto: Rasa perversa y exasperante, exclama el Señor; no entrarán en mi reposo; no, lo juro en mi justa cólera, no entrarán en él, no entrarán en la tierra que yo les destinaba: *Juravi in ira mea, si in-*

1. Dies autem septimus sine vespera est, nec habet occasum, quia sanctificasti eum ad permansionem sempiternam. S. AUG., *Confes.*, lib. 36.

2. CORNELIA LAP. Se leerá con interés y provecho todo su comentario al cap. IV de san Pablo a los hebreos.

3. Loc. cit.

*troibunt in requiem meam*¹... y no entraron, y a excepción de dos de ellos, murieron todos en el desierto... Así, pues, os repito que no procedáis como vuestros padres. Sed más prudentes, más cuidadosos de vuestros verdaderos intereses. Venidos del judaísmo a la Iglesia de Jesucristo, discípulos suyos por la fe que le habéis dado, santificados por su gracia, participantes de todos sus derechos y como herederos suyos, no desdenéis la herencia que os reserva y que no conocieron vuestros padres; antes bien, esforzaos por entrar en esta tierra de vivientes, lugar de eterno reposo, en comparación de la cual, la tierra prometida, aunque la leche y la miel corrían por ella, no era más que imperfecta imagen: *Festinemus ingredi in illam requiem*.

La conclusión de san Pablo debe ser la nuestra, tanto más cuanto el Catecismo Romano nos obliga a darla como consecuencia necesaria de todo lo precedente: *Quare fideles hortandi erunt his verbis et a pastore incitandi: Festinemus ingredi in illam requiem*. Por eso deben ser exhortados los fieles, y, a este efecto, se sirvan los pastores de las palabras del Apóstol: Esforzaos por entrar en ese descanso. Por mi parte, cumple, cristianos, este deber del ministerio pastoral. Vosotros también *sabatizad, sabatizad*, pero en el sentido de san Pablo, mejor dicho, en el sentido del Espíritu Santo hablando por boca de san Pablo; es decir, que no se trata, preciso es repetirlo, del sábado de la antigua ley, pues cesó con ella, ni siquiera del sábado de la nueva ley, el domingo; todo cuanto debía decirse sobre este asunto y convenía que supieseis, fué dicho en las siete instrucciones precedentes. No, se trata del *sabatismo*, o gran sábado, del sábado eterno; del *gran descanso*, tras todas las agitaciones de aquí bajo, del des-

canso eterno; del *gran domingo*, del cual nuestro domingo de veinticuatro horas, por santo que sea, no es más que figura y sombra, del domingo eterno; de la Ciudad *por excelencia*, la ciudad firme, que tiene su fundamento, *fundamenta habens*¹, porque, más que ninguna otra, mejor dicho, única entre todas, tiene a Dios por arquitecto y constructor, *cujus artifex et conditor Deus*².

Orientémonos hacia este lado, hacia el sábado eterno, hacia el reposo eterno, hacia el domingo eterno, hacia la Ciudad eterna, única ciudad durable, verdadera ciudad de Dios.

Apresurémonos, forcemos el paso, *festinemus ingredi*, porque sólo allá está el reposo, y porque, para conseguirlo, no debemos darnos reposo alguno: *Surgite, et ite, quia non habetis hic requiem*³.

Apresurémonos, forcemos el paso, *festinemus ingredi*; porque, como nota san Agustín, esta ruta quiere hombres que caminen: *Via ista ambulantes quaerit*; hay tres clases de viajeros que no le gustan: *Tria sunt genera hominum quae odit*; los que se detienen, los que salen fuera de ella y se extravían, y, con mayor razón, los que vuelven atrás: *Remanentem, aberrantem, retro redeuntem*⁴. San Juan Crisóstomo no es menos expresivo: El que corre para ganar el premio, ¿se detiene comparando tal paisaje más alegre con otro de aspecto más severo? ¿Se detiene para hablar con un amigo? ¿Se inquieta de que le vea correr? Nada de eso, ya que entonces es cuando, hallándose más cerca del fin, precipita su marcha, en vez de retardarla: *Metae vicinus non languet, sed cursum intendit*; y añade: Así es co-

1. HEBR., XI, 10.

2. *Ibid.*

3. MICH., II, 10.

4. *Serm. de Cantic. novo*, n. 4.

mo, cargados de años, si, en efecto, lo estamos, y ya próximos al cielo, debemos correr más deprisa: *Sic quo seniores et coelo viciniores, eo magis et concitatius currere debemus*¹.

Pero terminemos, y terminemos con la plegaria de alabanzas con que termina san Agustín uno de sus libros más hermosos.

¡Oh Señor, oh Dios, después de todas las gracias que de Vos hemos recibido, dadnos la paz, la paz tranquila, la paz del gran día del sábado, esa paz que no tendrá declinación: *Pacem quietis, pacem Sabbati, pacem sine vespere!* Ese orden tan hermoso de la naturaleza, esa maravillosa armonía de tantas y tan excelentes cosas, pasarán cuando se cumplan vuestros designios; todo esto tendrá una tarde, como tuvo una mañana. Pero ese misterioso día séptimo, que Vos santificasteis, no tendrá tarde, porque Vos lo habéis santificado para que permanezca eternamente. Y ese reposo que Vos os concedisteis, después de hacer la creación, aun cuando hubieseis creado todas las cosas sin salir de vuestro reposo, ese reposo, digo, ¿no nos muestra, con el auxilio que para comprenderlo nos prestan vuestras Escrituras, que también nosotros, cuando hayamos acabado nuestras obras en la tierra, obras que sólo son buenas porque son otros tantos dones de vuestra gracia, reposaremos también en vuestro seno durante el sábado sin fin de la Eternidad²...?

1. AP. CORNEL. A LAP. in -. IV S. Pauli ad Hebr.

2. S. AUG., Confes., lib. XXXV y XXXVI.

Honra a tu padre y a tu madre; esto quiere decir: Respeta a tu padre y a tu madre; es el segundo.

Honra a tu padre y a tu madre; esto quiere decir: Obedece a tu padre y a tu madre; es el tercero.

Honra a tu padre y a tu madre; esto quiere decir: Asiste a tu padre y a tu madre; es el cuarto.

Hemos dicho que todos son legítimos.

Legítimo el primero: Honra a tu padre y a tu madre; es decir, ámalos.

Legítimo el segundo: Honra a tu padre y a tu madre; es decir, respétalos.

Legítimo el tercero: Honra a tu padre y a tu madre; es decir; obedécelos.

Legítimo el cuarto: Honra a tu padre y a tu madre; es decir, asistelos.

Esto es lo que nos proponemos demostrar en esta instrucción y en las siguientes. Dios nos ayude con su gracia...

El primer sentido es, pues, legítimo: Honra a tu padre y a tu madre; es decir, ámalos. La prueba es fácil. La naturaleza habla aquí más alto que todos los razonamientos. Después de Dios, a nuestros padres debemos la existencia. Somos carne de su carne, sangre de su sangre, huesos de sus huesos. Sin ellos, no hubiéramos nacido¹. Desde que estas palabras: Creced y multiplicaos², fueron dichas a la primera pareja, Adán y Eva, ninguna criatura humana ha sido hecha de otro modo que por el concurso del hombre y la mujer. Es decir, que si Dios es el principio universal de todo ser y de toda vida, como causa primera, nuestros padres son el principio particular, como causa segunda, de

CUARTO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

Los deberes de los hijos. El amor, el respeto

Honra a tu padre y a tu madre

Parochus verba praecepti interpretatur, atque primum, honorare quid sit: est enim de aliquo honorifice sentire, et quae illus sunt maximi putare omnia. Huic autem honori haec omnia conjuncta sunt amor, observantia, obedientia, et cultus.

Catech Rom.

Explicados ya los tres primeros mandamientos del Decálogo, que son los mandamientos de la primera Tabla, empezaremos hoy la explicación del cuarto, que es el primera de la segunda Tabla.

He aquí los términos en que es formulado en el capítulo V del Deuteronomio: Honra a tu padre y a tu madre: *Honora patrem tuum et matrem tuam*. A su debido tiempo diremos la sanción con que fué impuesto.

Ahora bien, según la doctrina del Catecismo Romano y de todos los maestros en esta materia¹, este texto de ley ofrece cuatro sentidos, todos legítimos.

Honra a tu padre y a tu madre; esto quiere decir: Ama a tu padre y a tu madre; es el primero.

1. CORNEL A LAPIDE in DEUT., c. V.

1. *Honora patrem tuum, et genitus genitricis tuae, ne obliviscaris. Memento quoniam nisi per illos natus non fuisse.*
Eccli., VII, 29, 30.

2. GEN., I, 28.

nuestra vida individual, y de esta porción de ser que se nos ha concedido: *Parentes sunt particulare principium nostri esse, sicut Deus est principium universale*¹...; ¿Podríamos no amar a los autores de nuestra vida? ¿Nos dejaría insensibles ese beneficio de la existencia, beneficio tan excelente, que no hay otro mejor que él, puesto que de él dependen todos los demás? Admirable se nos muestra san Ambrosio cuando, preguntando a un niño, le dice: Niño, ¿qué es lo que no debes a la madre que te ha dado el ser? ¡Cuántos peligros corrió durante los nueve meses que te llevó en su seno! ¡Y no era más que al principio! Libre de los dolores del parto, no tardó en conocer otros. ¡Cuántos cuidados! ¡cuántas diligencias! ¡cuántas alarmas! ¡cuántas noches pasadas en vela! ¡Cómo riega ese padre la tierra con sus sudores! ¡Cómo se expone a todos los rigores de las estaciones; ¡cómo se gasta y se consume! ¿Por quién? Por ti, niño, para procurarte el bienestar; por ti se despoja de todo; para hacerte vivir de su substancia². Imposible expresarse mejor, o bien, si san Ambrosio pudiera ser igualado, lo sería por el Catecismo Romano, cuando, después de enumerar, a su vez, los motivos por los cuales los hijos deben amar a sus padres, añade: Por todos estos beneficios, nada tan dulce reciben los padres, nada que los deleite tanto, como el verse amados por sus hijos: *Nihil illis accidere potest jucundius, quam ut filii claros se esse sentiant.*

Legítimo el segundo sentido: Honra a tu padre y a tu madre, es decir, respétalos. Tampoco son necesarios aquí los grandes razonamientos. Si el origen que tenemos de nuestros padres hace que debamos amar-

1. S. THOM., 2, 2, q. CXXII, art. 5.

2. S. AMB., lib. f in Lucam, n. 75. Nos hemos atenido al sentido del santo Doctor, antes que a la palabra.

los, en razón del beneficio de la existencia, que es el primero de los bienes, este mismo origen nos obliga a respetarlos, en razón de la excelencia que les origina, y, por esta excelencia, de la superioridad que tienen sobre nosotros. Basta un poco de reflexión para convencerse de ello. Ser padre, ser madre, es decir, formar un cuerpo, al cual Dios, en virtud de una ley puesta por El y en adelante irrevocable, une, en unidad de sustancia, un alma que crea expresamente para animarlo, un alma inmortal, un alma destinada a alabar, bendecirlo, glorificarlo, en el presente y en los siglos de los siglos, ¿puede imaginarse honor mayor¹? Esto quería decir que los padres son la imagen de Dios, los representantes de Dios, los socios de Dios, creadores de hombres conjuntamente con Dios, dioses terrestres, dioses visibles, como los llamaban los antiguos². Por consiguiente tiene derecho al respeto. Vamos más lejos: les es debido una especie de culto. Ocurre con los padres como con los dioses, decía un filósofo pagano, a pesar de su paganismo; cualquier honor que se les haga, queda siempre por debajo del honor que se les debe: *Diis, et parentibus nemo potest reddere aequivalens*³. Tertuliano saca la misma conclusión, Según él, faltar al respeto de los padres, es una irreligión, irreligión que equipara a la impiedad para con Dios: *Deo impium, patri irreligio sum*⁴. Un poco más

1. *Licet enim parentes proprie tantum dent corpus filio, anima vero creetur a solo Deo; tamen, quia corpus taliter a parentibus organisatum tales poscit animam, ideoque Deus eam creat, et creando infundit corpori: hinc parentes corporis, censentur quoque esse parentes animae, saltem mediate, puta mediante corpore; vocantur, enim parentes totius compositi, puta hujus hominis qui conflatur ex anima et corpore.* CORNEL. A LAP. in cap. VII. Eccl.

2. *Philo, apud eundem, in cap. VII.*

3. *ARIST, Ibid.*

4. *Cont Marción, 1, 1, c. XXIII.*

de atención: en el fondo, ¿no será esta la razón de que el mandamiento que regula los deberes de los hijos para con los padres, venga inmediatamente después de los que regulan los deberes de los hombres para con Dios, ya que, si bien este mandamiento no forma parte de la primera Tabla, está a la cabeza de la segunda? Es tanto más permitido creerlo así, cuanto vemos, no ya esta vez en un antiguo Padre, sino en un texto dictado por el Espíritu Santo mismo, el respeto debido a Dios y el respeto debido a los padres indivisiblemente unidos el uno al otro: El que teme al Señor, honra a su padre y a su madre, y servirá, como el criado a sus amos, a los que le dieron el ser: *Qui timet Dominum honorat patrem et matrem; et quasi dominis, serviet his se generunt*¹... He ahí bien expuestas las dos Majestades, la una celestial, la otra terrenal, cada una con su culto.

Tales son los dos primeros sentidos de estas palabras: Honra a tu padre y a tu madre; es decir, ámalos, respétalos. Por consiguiente, desde hoy veis—y lo veréis mejor en las instrucciones siguientes—cuán admirablemente está concebido el cuarto mandamiento. No basta amar al padre y a la madre; hay que respetarlos. No basta respetar al padre y a la madre; hay que amarlos. Respetar a los padres sin amarlos, fácilmente conduciría al temor, y este temor al servilismo. Esto no valdría nada, como nada valdría en el servicio de Dios, el temor solo. Si el respeto sin el amor no basta, igualmente el amor sin el respeto no es bueno, sino que rápidamente degenera en familiaridad;

1. Eccli. c. III, v. 8 Praeceptum de honorandis parentibus a Deo legislatore positum est in confinio duarum Tabularum Decalogi, puta in initio secundae Tabulae illico post praecepta de colendo Deo, tradita in prima Tabula, ut significaretur proxime post Deum colendos esse parentes, quasi deos nostros terrestres. Ita Philo. ap. CORNEL. a. LAP. in Eccli, cap. III.

¿y quién os asegura que esta familiaridad no degenerará en menosprecio? Así, pues, una vez expuestos los principios, vengamos a las conclusiones prácticas:

Hijos, amad a vuestros padres, pero con amor respetuoso, lleno de deferencia, y que vuestro lenguaje dé testimonio de ello, según la expresión de la Escritura: *In sermone honora patrem tuum*¹. Veamos, hijos: ¿Por qué esas palabras secas, esas respuestas altaneras, desvergonzadas, impertinentes? Aun cuando os asombré, y me tengáis por un moralista fastidioso, o por un hombre de otro tiempo, iré hasta el fin: ¿Por qué tutearlos? ¿Cómo tratáis de igual a igual la primera Majestad terrenal? ¿Habláis de tú a vuestros padres, a vuestras madres, a esos abuelos cargados de años? Acabáis de salir de los pañales, y ya empleáis una falta de consideración que otra edad diez veces más avanzada no legitimaría en modo alguno. Ya sé que esto no es un crimen, ni siquiera un pecado, por lo menos en sí mismo; pero es una gran inconveniencia. Por vuestra parte, ¡oh padres!, si lo toleráis, si lo permitís, si lo autorizáis, si, lo que sería más extraño, lo imponéis—y no saldría garante de que, en más de una familia, no ocurre así—¡qué olvido de vuestra dignidad! ¡qué abandono tan imprudente de vuestros derechos! ¿Qué puede producir de bueno semejante compañerismo? Al sacrificar el respeto para mejor asegurarlos el amor. ¿no veis que os exponéis a perder uno y otro? Y el día en que plazca a vuestro hijo dirigiros una palabra grosera o injuriosa, esta grosería, esta injuria, si os llega en esa forma, es decir, *tuteándoos*, ¿no será dos veces más amarga? ¡Ah! la Iglesia, de la cual se ha dicho con razón que es la escuela más grande de respeto que ha existido nunca en el mundo, mo-

1. Eccli., III, 9.

deló por modo muy diferente las generaciones de otras épocas. El tuteo era cosa desconocida. Vino más tarde. Es uno de los frutos malsanos de nuestras revoluciones. Creyendo los pueblos que debían reducir los poderes públicos a su altura, la autoridad paterna vióse al mismo tiempo quebrantada... Pero el asunto no queda con esto terminado; pues hay todavía mucho que decir.

Hijos, amad a vuestros padres, pero con amor respetuoso, lleno de deferencia, y que vuestros actos den testimonio de ello, en expresión también de la Escritura: *In opere honorat patrem tuum*¹. Los actos valen más que las palabras. Sin los actos, las palabras no son más que una ceremonia, vana etiqueta, fórmulas de cumplido, que no obligan a nada, ni engañan a nadie. Hijos, si sois verdaderamente diferentes con los autores de vuestros días, no incurráis por parte de ellos en el reproche que Dios hizo a su pueblo predilecto: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí², es decir, sus actos desmienten su lenguaje. Por tanto, menos cumplidos, menos caricias, menos efusiones, menos lisonjas interesadas, y más obras, más obras que palabras, más obras fecundas que palabras estériles. A este respeto nada mejor que el Catecismo Romano: Hijos, escuchad a este maestro autorizado: Honramos a nuestros padres con obras, cuando rogamos por ellos y pedimos a Dios que todo les suceda como lo desean: *Parentes honoramus, cum a Deo suppliciter petimus, et eisdem beme feliciter omnia fiant*. Rogar por los padres; ¡cuán feliz es ya este primer rasgo, y cuán bien empeza a dibujarse ya el hijo cristiano!—Honramos a los padres con obras,

1. *Ut supra.*

2. ISA., XXIX, 13.

cuando condescendemos con sus ideas y nos plegamos a su voluntad: *Item parentes honoramus, cum nostras rationes ad eorum arbitrium voluntatenque conferimus*. ¿No es la sabiduría misma la que habla aquí? ¿Quién mejor que los padres pueden aconsejar a sus hijos? ¿Quién tiene más experiencia, más luces, más gracias de estado? Todos los siglos han aplaudido estas palabras de Salomón: Escucha, hijo mío, las instrucciones de tu padre, y no abandones la ley de tu madre. Estas lecciones y esta obediencia serán como un ornamento para tu cabeza y un collar para tu cuello³. Por haber descuidado los deberes expresados por el más sabio de los hombres; por haber sacudido el yugo de sus padres y haber quitado de su cuello ese collar de honor, como él lo llama, son desgraciados tantos hijos. Mucho costó al hijo pródigo abandonar sin permiso de su padre el techo que le vió nacer⁴. Esaú tuvo que lamentar también no haber tomado consejo más que de sí mismo para casarse; de su unión con una infiel, iba a salir una raza perversa que Dios no tardaría en maldicir⁵... Pero tenemos que considerar otra fase del asunto.

Hijos, amad a vuestros padres, pero con amor respetuoso, lleno de deferencia, y que vuestra paciencia dé testimonio de ello, siempre según el texto de la Escritura: *In omni patientia honorat patrem tuum*⁴. Ya lo he dicho y hay que repetirlo: Los padres son la imagen de Dios, los representantes de Dios, dioses visibles, dioses terrenales. Pero, por lo mismo que son dioses simplemente terrenales, morirán como hombres: *Dii estis; vos autem sicut hominis moriemini*⁵... Hijos, con suficiente claridad veis mi pensamiento, para que

1. PROV., I, 8.

2. LUC., c. XV.

3. GEN., c. XXXVI.

4. *Ut supra.*

5. PSAL., LXXXI, 6 y 7.

tenga necesidad de desarrollarlo más. Esos dioses terrenales, vuestros padres y vuestras madres, son quizás fastidiosos, difíciles de contentar, con nada se satisfacen; lo creo, porque lo decís, si no como cosa real, por lo menos como cosa posible: los dioses de segunda categoría no están al abrigo de esas debilidades. Esos dioses terrenales, vuestros padres y vuestras madres, no sólo están de mal humor, sino que son irascibles, violentos, arrebatados, siempre con la amenaza en la boca y el castigo en la mano. Podrán demostrarre que tienen defectos todavía mayores, y aun vicios, sin que por ello me asombre poco ni mucho; las Escrituras afirman que en los antiguos patriarcas se daban graves pecados, actos criminales, y aun vergonzosos. Finalmente, esos dioses terrenales, vuestros padres y vuestras madres, antes llenos de salud y vida, en perfecta posesión de todo su ser físico, intelectual y moral, gobernaban su pequeño imperio, la familia, casi tan fácilmente como el Rey del cielo el suyo, su gran imperio, el mundo entero. Pero cada cosa tiene su tiempo, como lo dice el Sabio, *omnia tempus habent*¹; las enfermedades jamás dejan de tener el suyo; vienen infaliblemente con los años. Y ved ahí, viejos, viejos e impotentes, esos creadores de hombres, esos dioses terrenales; languidecen de día en día, se encaminan lentamente, pero con seguridad, *allí donde va toda carne...* Hijos, soportadlos: soportad con toda paciencia, no solamente los defectos, si los tienen, de la edad madura, sino también, y sobre todo, las enfermedades de sus últimos años, sus quejas continuas, sus inagotables contestaciones, las alabanzas del tiempo pasado en detrimento del presente, y aun las digresiones, sobre todo las digresiones de una inteligencia que ya no tiene más que

1. Eccli., III, 1.

fulgores pasajeros: *Si defecerit sensu, veniam da*¹. Y notad que, obrar así, no sólo es caridad, sino justicia. ¡Cuántas puerilidades y estupideces tuvieron que soportar de vuestra parte! ¡Cuántas veces quedaron aturdidos, importunados por vuestros lloros y por vuestros gritos! ¡Cuánta paciencia tuvieron que desplegar para hacer frente a vuestras terquedades, a vuestras fantasías, a vuestros extravíos, a las locuras de vuestra juventud! Haced, pues, por ellos lo que ellos hicieron por vosotros: *Retribue illis, quomodo et illi tibi*².

Pero es hora de acabar.

El capítulo XXXV de Jeremías nos da a conocer una familia que no ocupa más que un pequeño puesto en la historia del pueblo de Dios: los Recabitas, así llamados de Recab, descendientes de Jethro, suegro de Moisés. Dios, pues, dice el Profeta: Entra en la casa de los Recabitas, y dales a beber vino: *Vade ad domum Rechabitarum, et dabis eis bibere vinum...* Fué el Profeta, puso ante ellos copas llenas de vino, y les dijo: Bebed. Respondieron ellos: No beberemos, porque Jonadab, nuestro padre, hijo de Recab, nos dió este mandamiento: No beberéis vino, ni vosotros, ni vuestros hijos.³ Ahora bien, desde el día de la prohibición hasta aquel en el cual Jeremías, para tentarlos, les propuso infringirla, habían pasado más de trescientos años... ¡Oh, qué diferencia! ¡Oh qué respeto de los hijos por sus padres! Una prohibición que a los trescientos años, se mantiene todavía, llena de vida, como si datara de ayer... Hijos, os dejo esta página ante vuestros ojos, para que os recuerde la instrucción que acabo de hacer, y a la vez prepare la siguiente.

1. Eccli., III, 15.

2. Ibid., VIII, 30.

3. JEREM., c. XXXV, totum.

CUARTO MANDAMIENTO

SERMON SEGUNDO

Los deberes de los hijos. La obediencia

Honra a tu padre y a tu madre

*Huic autem honori haec omnia con-
 juncta sunt, amor, observantia, obe-
 dientia, cultus.*

Catech Rom.

Honrad a vuestros padres, esto es, amadlos, respetadlos; tales son los dos primeros sentidos del cuarto mandamiento; lo hemos visto en la última instrucción. Pero tiene otro sentido: Honrad a vuestros padres: es decir, obedecedlos. Este tercer sentido no es menos legítimo que los precedentes. Lo veréis en la instrucción de hoy. Dios nos ayude con su gracia...

La razón, aun por sí sola, concibe fácilmente que los hijos deben obedecer a sus padres, y que esta obediencia es la consecuencia obligada del honor que se les debe, hasta el punto de que una negativa de obediencia equivaldría a una negativa del honor. En efecto, ¿quién son los padres? ¿No lo sabemos ya? Hay necesidad de volver a decirlo, de llenar con su noción vuestros oídos: Son imagen de Dios, representantes de Dios, creadores de hombres conjuntamente con Dios, dioses visibles, dioses terrenales. Por tanto, ¿quién no ve claramente que así como tienen derecho al amor y al

respeto; al amor en razón de la existencia que nos han dado, y, que es el primero de todos los bienes; al respeto, en razón de su excelencia, excelencia que sacan de la elección que Dios ha hecho de ellos para asociarlos a su acción creadora, así también lo tienen a la obediencia que les es debida, en razón de la superioridad excepcional que resulta de estas ventajas y los convierte en jefes naturales de sus hijos¹. La frase de san Agustín es, pues, exacta. Los padres deben ser escuchados de igual manera que Dios mismo. *Audie-
ndus est pater quomodo Deus*². El Doctor Angélico, santo Tomás, es más amplio, y llega a la misma conclusión: Aunque en desigual medida, dice, el mismo título de príncipe conviene a Dios que a los padres³. El primer príncipe del ser humano es Dios; los padres son el segundo. A Dios le corresponde mandar primeramente, y en segundo lugar a los padres. De aquí que, después de Dios, a nadie debe un hombre tanto como a sus padres: *Et ideo post Deum est homo
maxime debitor parentibus*⁴.

Pero no solamente la ley natural impone la obediencia a los padres, y la hace derivar del honor que les es debido, sino que también se la impone, y con no menos autoridad, por cuanto emana de la misma fuente, la ley divina escrita. A la ley divina escrita le conviene este nombre, porque la leéis en muchos pasajes de los Sagrados Libros. Leéis en el Deuteronomio: Si un

1. CLEMENTE MARC, n. 694 y sigs.

2. In PSAL. LXX.

3. Carnalis pater particulariter participat rationem principii, quae universaliter invenitur in Deo. 2, 2, q. CII, art. 1.

4. Deus summum obtinet locum, qui et excellentissimus est, nobis essendi et gubernationis primum principium. Secundario vero nostri esse et gubernationis principia sunt parentes, a quibus nati et nutriti sumus. Et ideo post Deum etc. *Ibid.* q. CI, art. 1.

hombre tuviese un hijo rebelde y desvergonzado, que no atendiese a lo que mandan el padre y la madre, y castigado, se resistiese con desprecio a obedecer, prén-danle y llévenle ante los ancianos de su ciudad, y a la puerta donde está el juzgado, y díganles: Este hijo nuestro es protervo y rebelde; hace befa de nuestras representaciones; pasa la vida en merendonas y en disoluciones y convites. Entonces, *dada la sentencia*, morirá apedreado por el pueblo de la ciudad, para que arranquéis el escándalo de en medio de vosotros, y todo Israel, oyéndolo, tiembla¹. Lo leéis en los Proverbios y en el Eclesiástico. En los Proverbios: Escucha, hijo mío, las instrucciones de tu padre, y no abandones la ley de tu madre. Estas instrucciones y tu obediencia serán ornamento para tu cabeza y como un collar para tu cuello². En el Eclesiástico: El que tema al Señor, honrará a su padre y a su madre, y servirá como a sus amos a los que le dieron el ser³. Finalmente, la leéis en las epístolas de san Pablo; así escribe a la Iglesia de Colosso: Hijo, obedece en todo a tus padres, porque esto agrada al Señor⁴, como si Dios solidarizase su causa con la de los padres; a los fieles de Efeso dice: Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque es justo⁵, porque se refiere, tal es sin duda el pensamiento del Apóstol, al honor que se les debe.

Habló la ley natural; habló la ley escrita. Ateniéndonos a los términos de que nos hemos servido para fijar el cuadro de ellas, parece agotado el asunto, y lo sería, en efecto, si no se presentasen muchas otras

1. DEUT., XXI, 8 y sigs.
2. PROV., I, 8.
3. ECCLI., III, 8.
4. COL., III, 20.
5. EPHES., VI, 1.

cuestiones, accesorias si se quiere, pero importantísimas, relacionadas con la cuestión principal: cuestión de modo, cuestión de tiempo, cuestión de cosas.

Cuestión de modo: ¿Cómo hay que obedecer?

Cuestión de tiempo: ¿Hasta cuándo hay que obedecer?

Cuestión de cosas: Si los padres mandan mal, es decir, en una forma en que el hombre lo es todo, y Dios casi nada, ¿hay que obedecer? Si los padres mandan, no sólo mal, en el sentido que acabamos de decir, sino el mal, ésto es, cosas malas, ya por su propia naturaleza, ya simplemente porque están prohibidas, ¿hay que obedecer? Si esos padres mandan cosas buenas, a la verdad, pero extrañas a su autoridad, esto es, fuera de su competencia, ¿hay que obedecer?

Estudiemos, una tras otra, estas cuestiones, la mayor parte muy prácticas, todas muy interesantes, en las cuales todos los teólogos y todos los moralistas debían ocuparse y, en efecto, se han ocupado.

¿Cómo hay que obedecer? Un hombre tenía dos hijos, y llamando al primero, le dijo: hijo, ve hoy a trabajar en mi viña; y él respondió: No quiero. Pero después arrepentido, fué. Llamando al segundo, le dijo lo mismo, y aunque el respondió: voy, Señor, mas no fué¹. Dejemos a esta parábola, pues lo es, y de la mayor trascendencia, su verdadero sentido profético, para no tomar de ella más que lo que, por acomodación, puede servir a nuestro objeto. Hijos, no imitéis al segundo de estos hijos, y hacedlo mejor que el primero. No imitéis al segundo, porque su obediencia era hipócrita, y sus hermosas palabras, no seguidas de efecto, no sirvieron más que para hacer su conducta más culpable. Hacedlo mejor que el primero; en ver-

1. MATTH., XXI, 28 y sigs.

dad, fué obediente; pero ¿con qué obediencia? Lenta, tardía, no exenta, permitido es creerlo, de algunos murmullos. Sea la vuestra pronta y alegre. Aun en nuestros días, no faltan, gracias a Dios, hijos de ejemplar docilidad; causa maravilla en verdad verlos adelantarse a lo que puede agradar a sus padres. ¿Pero quién no ha encontrado otros, de especie diferente, ingobernables, murmuradores, cediendo únicamente a la amenaza y a la violencia. ¿Quién no ha visto padres y madres obligados a hacer concesión tras concesión para ser obedecidos, y aun reducidos al papel de suplicantes, obteniendo un servicio de sus hijos como se obtiene una gracia, a fuerza de plegarias? Cuando se invierte el orden hasta el punto de que los hijos manden a los padres y los padres obedezcan, la familia no es más que un simulacro.

¿Hasta cuándo hay que obedecer? Esta respuesta es menos fácil que la precedente. Para darla con exactitud, necesario es recurrir a cierta distinción. Hay diferentes edades. Una hay sobre todo a la cual un anciano atribuía todas las propiedades del fuego, chispeante como el fuego, siempre en movimiento como el fuego, capaz de traspasar todos los límites como el fuego. Es la primera edad. Es la edad en que se precisa sin reflexionar, en que se reflexiona sin madurar las reflexiones, en que la imaginación trata de ordenar por sí sola los destinos de lo por venir. ¡Cuántos errores vamos a cometer, si no andamos con cuidado! Mientras dure esta edad, que es la vuestra, niños, adolescentes, y aun jóvenes, obedeced; obedeced en el sentido absoluto de la palabra y en todo el rigor del precepto; sed dóciles y flexibles en las manos de vuestros guías naturales, como la cera en los dedos de quien la trabaja. Vuestros padres tienen la autoridad, la más elevada del orden natural; tienen la responsabilidad de vuestros actos y de toda vuestra con-

ducta; tienen la prudencia que os falta, y esa ciencia que no está escrita en parte alguna, pero que vale más que las que se aprenden en los libros, la ciencia de la vida, la experiencia... Pero por cuanto hay una edad primera, la lógica de las palabras quiere que haya otra segunda. Es la edad madura.

Cuando vuestras facultades desarrolladas y la experiencia adquirida os hayan puesto legítimamente en manos de vuestro consejo, sobre todo cuando hayáis abandonado la casa paterna, ya no tendréis que obedecer. La autoridad de los padres es sagrada, pero no eterna; estas palabras: *El hijo es siempre menor ante la naturaleza, aun cuando sea mayor ante el Estado, y la autoridad paterna es esencialmente perpetua*, no deben tomarse al pie de la letra; tienen más celebridad que exactitud. Pero, escuchad ¡oh hijos!, pues siempre os llamaré con este nombre mientras tengáis padre o madre: aunque la ley de obediencia cese, la ley del respeto no cesa; ésta, la ley del respeto y del amor es eterna; cualquiera que sea la edad en que estéis, no os separéis jamás de esa ley¹. Tenía José cuarenta años y era intendente de todo Egipto, cuando Jacob, su padre, que le creía muerto, habiendo sabido que vivía, partió del país de Canaán para verle. Advertido de su llegada—leed esta página; nada hay tan conmovedor en el Sagrado Libro—, José hace uncir los caballos a su carro, sale al encuentro del anciano, echa pie a tierra así que le ve, se arroja a su cuello y lo abraza llorando: *Juncto Joseph curru suo, ascendit obviam patri suo ad eundem locum: vidensque eum irruit super collum ejus, et inter amplexus flevit*²... Resueltas ya las cuestiones de modo y de tiempo, entremos en la cuestión de cosas.

1. Patris potentia non est perpetua, sicut perpetuum ejus jus ad prolis amorem et reverentiam. CLEMENTE MARC, n. 696.

2. GEN., XLVI, 29.

Si los padres mandan mal, es decir, en una forma en que el hombre lo es todo y Dios casi nada, ¿hay que obedecer? Desgraciadamente, es mucha verdad que hay padres que no saben mandar; toda orden les parece insuficiente, mal ejecutada, si es que no la dan con la cólera en los ojos, la injuria en los labios y el palo en alto. Es posible creer que esos hombres, tan faltos de medida, de dignidad y aun de justicia, sean imágenes de Dios, representantes de Dios, dioses visibles, dioses terrenales? Hijos, no importa; aun cuando vuestros padres no sepan mandar, vosotros sabed obedecer. No basta que la forma prevalezca sobre el fondo. Si grita, si amenaza, si traspasa los límites de la razón, el padre es siempre padre, y si, como se supone, lo que ordena es legítimo, no pierde su derecho. Añadamos con Santo Tomás que, en este caso, como en todos los que la naturaleza repugna obedecer, siendo la obediencia más penosa, es por ello mismo más meritoria, por cuanto la voluntad no halla impulso alguno fuera de sí misma para cumplir una orden tan mal dada: *In adversis autem vel difficilibus obedientia est major: quia voluntas propria in nihil aliud tendit, quam in praeceptum*¹.

Si los padres mandan mal, no sólo en cuanto a la forma, sino en cuanto al fondo, es decir, si mandan hacer el mal, por ejemplo, blasfemar, robar, mentir, vengarse, y otras cosas de esta índole, o malas por su naturaleza, o prohibidas por una ley positiva, ya de Dios, ya de la Iglesia, ¿hay que obedecer? No, ciertamente. Tal fué la afirmación de los Apóstoles ante el Sanedrín; tal será la afirmación de todas las conciencias rectas: Vale más obedecer a Dios que a los hombres². Dios es el primer padre, el primer dueño, el general en jefe; su derecho es superior a todo otro derecho. Suponed, dice san

1. 2, 2, q. CIV, art. 2.
2. Act. c. V.

Agustín, y la comparación del gran Doctor es admirable por su sencillez y claridad, que el subordinado del procónsul os ordena algo, ¿le obedeceréis si lo que ordenava contra el procónsul? Y si el procónsul os ordena una cosa y el emperador otra, ¿a quién obedeceréis, al procónsul o al emperador? Y si el emperador os ordena una cosa prohibida por Dios, ¿a quién obedeceréis? Paga el impuesto y adora al ídolo, os grita el emperador. — Pagaré el impuesto, pero no adoraré al ídolo. — Te meteré en la cárcel. — Señor, si por obedeceros desobedezco a Dios, iré al infierno; mi elección está hecha: *Da veniam tu carcerem, ille gehennam minatur*¹. Esto o algo semejante deben decir, según las circunstancias, los hijos a sus padres, las esposas a sus maridos, los criados a sus amos, en general, los inferiores a los superiores, cada vez que éstos se pongan en oposición con la ley de Dios, ya que, por alta que sea, toda autoridad viene de Dios y debe depender de su principio.

Más todavía. Hay cosas, no malas ni ilícitas, sino buenas por naturaleza, y aun muy buenas, que son extrañas a la autoridad de los padres, y están fuera de su competencia. Hijos, obedeced a vuestros padres; jamás se dirá esto suficientemente: todo lo concerniente a vuestra formación, a vuestra educación, a la guarda de vuestras costumbres, al cumplimiento de vuestros deberes religiosos, son de la incumbencia de vuestros padres. Pero si se trata de otras cosas, por ejemplo, de escoger tal o cual profesión, de abrazar tal o cual carrera, de casarse o no, de continuar en el mundo o consagrarse a Dios en la Iglesia o en el claustro, es decir, si se trata de lo que entraña elección de estado; más claramente aún, si se trata, no de vuestros servicios, sino de vuestras personas, aquí empiezan vuestros derechos y acaban los

1. Ap. THOM., 2, 2, q. CIV, art. 5; para el texto completo de S. AGUSTIN, Sermón 62. de *verbis Domini*.

suyos; no que no puedan, y aun que no deban, aconsejaros, dirigiros, hacer que os aprovechéis de su experiencia, sino que, como se trata de la última palabra, a vosotros os toca pronunciarla; vuestra persona es *sui juris*; únicamente pertenece a Dios y a vosotros disponer de ella. ¡Oh, cuán buenas nos parece que son de decir estas cosas, no ciertamente para que los hijos sacudan sus deberes, y afecten independencia, pues en este caso serían malas, sino para que los padres no rebasen sus límites, especialmente cuando se trata de ciertas vocaciones, antes demasiado buscadas, ahora sobrado temidas. Padres, hijos, escuchad este pasaje de san Ambrosio; está en el primer libro de las Vírgenes; el santo Doctor describe en él el combate de una joven cristiana, no contra los perseguidores de la fe, sino contra la carne y la sangre, contra sus parientes. Hallábase ella solicitada, de una parte, a contraer una alianza, cuyas ventajas le encarecían, y, de otra, a tomar el velo sagrado al pie de los altares. ¿Qué es lo que hacéis?, decía la generosa joven a toda su parentela, que la apremiaba, ¿por qué tanta solicitud en buscarme un partido en el mundo? Ya he tomado mi resolución: *Quid in exquirendis nuptiis sollicitatis animum; jam provisas habeo?* Vosotros me ofrecéis un esposo, pero yo he elegido otro; dadme uno tan rico, tan poderoso, tan grande como el mío, y entonces veré la contestación que debo daros; pero vosotros no me presentáis nada semejante, pues el que me proponéis es un hombre, y el que yo he elegido es un Dios; y querer arrebatarármelo o arrebatarme a El, no es asegurar mi fortuna, sino envidiar mi dicha: *Non providetis mihi, sed invidetis.* Palabras, añade san Ambrosio, que enterneциeron a todos los presentes; todos vertían lágrimas, viendo una virtud tan firme y tan sana en una joven. Más todavía; como alguien se hubiera atrevido a decirle que si no hubiera muerto su padre, jamás

hubiera consentido la resolución hecha por ella, replicó: ¡Ah, quizás por esto se lo llevó el Señor, para que no sirviera de obstáculo a las órdenes del cielo y a los designios de la Providencia sobre mí!...

Sólo algunas palabras para terminar: Hijos, conocéis vuestros deberes; padres, conocéis vuestros derechos. Plegue a Dios que vosotros, hijos, podáis cumplir vuestros deberes en toda su extensión, y que vosotros, padres, podáis ejercer vuestros derechos, respetando las reservas que Dios puso en ellos...

1. S. AMBR., *De virginibus*. BOURDALOUÉ, Dominicales, 1, p. 23.

tum in salutationibus el officis deferendis, quantum in eleemosynis ac munere oblatione sentitur¹.

Autorizado por este testimonio, digo, dirigiéndome a los hijos: Asistid a vuestros padres y a vuestras madres. Tal será el asunto de esta instrucción. Dios nos ayude con su gracia...

Sólo la gratitud que los hijos deben a los padres basta para demostrar que están en el deber de asistirlos, sin que sea necesario recordar tal o cual texto de la Escritura, tan formales por cierto, y sin que tampoco tengamos que recurrir a las leyes humanas, tan explícitas también en esta materia. San Ambrosio trató este asunto con su habitual elocuencia: Hijo, exclama, alimenta a tu padre, alimenta a tu madre: *pasce patrem tuum, pasce matrem tuam.* Les debes cuanto tienes, pues les debes cuanto eres: *Illi debes quod habes, cui debes quod es.* Para no hablar más que de tu madre, cuando la alimentas, no creas que has saldado tu deuda con ella, así lo que le debes por los males que ha padecido por ti, como por los bienes que te ha procurado: *Si paveris matrem, adhuc non redditisti dolores, non redditisti cruciatus, non redditisti obsequia².* Por ti ayunó, por ti comió, por ti tomó tal alimento que le repugnaba, por ti se privó de tal otro alimento que le agradaba, por ti veló, por ti lloró; ¿y consentirías que careciese de lo necesario: *et tu illum egere pateris?* ¡Qué sentencia tan terrible te espera en el tribunal del Soberano Juez, si dejas que únicamente la Iglesia alimente a aquellos a los cuales estás obligado a alimentar: *Quantum iudicium, si pascat Ecclesia quos tu nolis pascere²!* No es posible expresarse mejor.

Que el deber que incumbe a los hijos de asistir a

1. *Brev. Rom. HERD. III Quadrag. feria quarta. Lect. 2.*

2. *S. AMB. lib. VIII, in Luc., n. 75.*

CUARTO MANDAMIENTO

SERMON TERCERO

Los deberes de los hijos. La asistencia

Honra a tu padre y a tu madre

Huic enim honori haec omnia conjuncta sunt, amor, observantia, obedientia, cultus.

Catech. Rom.

Hemos visto precedentemente que los tres primeros sentidos del cuarto mandamiento son legítimos.

El primero es legítimo: Honra a tu padre y a tu madre; es decir, ámalos.

El segundo es legítimo: Honra a tu padre y a tu madre; es decir, respétalos.

El tercero es legítimo: Honra a tu padre y a tu madre; es decir, obedécelos.

Pues bien, el cuarto no es menos legítimo que los otros tres: Honra a tu padre y a tu madre; es decir, aséstelos... Y lo digo a sabiendas, fundado en la autoridad de san Jerónimo, de los antiguos Padres el más versado en la interpretación de las Escrituras. He aquí sus palabras: Honra a tu padre y a tu madre; este honor de que habla aquí la Escritura, menos consiste en saludos y atenciones, que en auxilios y ofrendas: *Honra patrem tuum et matrem: Honor in Scripturis non tan-*

sus padres, dictado por la gratitud—mejor dicho, para emplear la palabra exacta, por la piedad filial, ya que, según la juiciosa observación de Santo Tomás, la gratitud cambia de nombre al cambiar de objeto, y así, se llama piedad filial cuando se refiere a los padres, y religión cuando se eleva a Dios, y tanto en el uno como en el otro caso, es una deuda, *debitum*¹;—por consiguiente, que el deber que incumbe a los hijos de asistir a sus padres, dictado por la piedad filial, es rigurosamente obligatorio, en toda necesidad grave, bajo pena de pecado mortal, acaba de decirlo por modo equivalente san Ambrosio, y todos los teólogos lo han repetido en términos propios: *peccant graviter, si parentibus graviter egenis alimenta et alia necessaria non subministrant*². Esta piedad filial es de tal índole, y tan imperiosas las obligaciones que impone, que, fuera del caso de pobreza personal, nada puede dispensarla; ni la necesidad igual de los hijos, porque a los padres, tocándonos más de cerca, y teniendo que ser amados con un amor, si no más sensible, por lo menos preferente, les debemos los primeros auxilios; ni la necesidad igual de la esposa, porque, si bien está escrito: *Dejará el hombre a su padre y a su madre, y estará unido a su mujer*³, en virtud de esta orden, el marido debe preferir su mujer a su padre y a su madre en cuanto a la habitación, pero no en cuanto a la subsistencia; su padre y su madre, pues, precisamente en esta cualidad de padre y de madre, tienen en cierto modo hipoteca sobre él, es decir, un crédito anterior a cualquier otro⁴; ni, finalmente, la piedad

1. Religio est, per quam redditur debitum Deo; pietas est, per quam redditur debitum parentibus: gratia (gratitudine) est, per quam redditur debitum benefactoribus S. THOM., 1, 2, q. LX, art. 3.

2. GURV., n. 364, ad. 4.

3. GEN., II, 24.
4. Véase el P. SEGNERI, que se apoya en S. TOMAS, t. II, p. 143.

para con Dios mismo, como lo demuestra sin réplica la página del Evangelio que la Iglesia nos pone cuidadosamente ante los ojos, cada año, el miércoles de la tercera semana de cuaresma, en la cual Nuestro Señor increpa con tanta energía a los fariseos y a su habilidad en desviar la ley de piedad filial.

En efecto, aquellos hombres astutos habían imaginado un sistema en virtud del cual su codicia quedaba ampliamente satisfecha; y así, enseñaban al pueblo que, depositar en el altar una ofrenda en especie o en dinero, equivalía a cumplir sus deberes de piedad filial; esto es, que por el solo hecho de dar los hijos a Dios, primer padre, quedaban dispensados de dar a sus padres y a sus madres según la carne. Esto era sencillamente abominable. Mas como aquellos dones hechos a Dios iban a parar legalmente a los sacerdotes, lo que era criminal con relación a los padres se tornaba en provecho de los fariseos, casi todos de la tribu sacerdotal¹.

¿Entendéis ahora la razón de los reproches de Jesucristo a los fariseos, reproches que tanta fuerza prestan a mi argumentación? ¿Cómo, les dijo, porque mis discípulos no se lavan las manos antes de comer, se lo imputáis como un crimen? Y vosotros, ¿qué e slo que hacéis cuando, por seguir tradiciones sin autoridad, y para acreditarlas ante el pueblo, violáis uno de los primeros preceptos de la ley? Porque Dios habló así: Honra a tu padre y a tu madre; más todavía: El que ultraje a su padre y a su madre, reo será de muerte. Pero vosotros decís: El que diga a su padre y a su madre: como todo don que yo haga a Dios, es como si lo hiciera a vosotros mismos, no os debo nada, estamos en paz... He ahí lo que enseñáis; con lo cual, bajo la más

1. Atque ita fiebat ut oblatio liberorum, sub occasione templi et Dei, in lucha cederet sacerdotum. S. HIERONYM. *Brev. Rom.* in hac fera.

engañosora apariencia de religión, aniquiláis la ley divina: *Irritum fecistis mandatum Dei propter tradicionem vestram*¹...

No insistamos; el deber que tienen los hijos de asistir a sus padres, queda superabundantemente demostrado. Pero desgraciadamente, hay que reconocer—y las consideraciones siguientes, consideraciones dolorosas, darán fin a esta instrucción—que, por sentado que quede en derecho, de hecho queda frecuentemente vulnerado, y sobre todo incompletamente observado.

Se omite con demasiada frecuencia el deber de asistencia de los padres. Leemos en el capítulo XXXIII del Eclesiástico un texto que da mucho que pensar. He aquí por entero: Ni al hijo, ni a la mujer, ni al hermano, ni al amigo, jamás en tu vida les des potestad sobre ti; ni cedas a otro lo que posees, para que no suceda que arrepentido hayas de pedirle rogando que te lo devuelva. Mientras que estés en este mundo y respires, ningún hombre te haga mudar de este propósito. Porque mejor es que tus hijos hayan de recurrir a ti, que no el que tú hayas de esperar el auxilio de las manos de tus hijos: *Melius est enim ut filii tui te rogent, quam te respicere in manibus corum*². ¡Qué palabras! ¡Cuán sugestivas son! Verdad es, pues, como lo nota muy a propósito, y con tanta magnificencia lo expresa, san Juan Crisóstomo, que lo que la savia es para las plantas y los árboles, es el amor para los hombres: *Quod est in herbis aut in arboribus humor, hoc est in hominibus amor*. Y continúa: En efecto, el jugo nutritivo hace nacer y crecer toda vegetación, y también el amor hace nacer y crecer en el hombre. La savia asciende desde las raíces hasta las extremidades de la planta, y cuando ha recorrido todas las venas de este cuerpo, no des-

1. MATT., cap. XV.

2. ECCLI., XXXIII, 20 y sigs.

ciende a la raíz sino que sube siempre, y no se detiene sino después de haber hallado medio de reproducirse. Del mismo modo, el amor de los padres sube hasta los hijos, pero de los hijos no desciende a los padres. He ahí por qué los hijos no tendrán jamás para los padres el amor que éstos tuvieron por ellos: *Ideo parentes quidem diligunt, sed non sic diliguntur a filiis*. Y concluye: Porque, así como la savia asciende y no desciende, sino que, llegada a la cumbre, proponde a reproducirse, así también el hombre piensa menos en los que le dieron el ser, que en aquellos a los cuales se lo dieron y que absorben en adelante todos sus afectos: *Sic et homo non ad parentes, sed ad procreandos filios transmittit affectum*¹... ¿Debíamos abreviar este texto? Pensamos que no, pues nos sirve a maravilla para decir lo que debemos sobre el asunto que aquí tratamos. Y para reducirnos rigurosamente a los límites de este asunto, decimos que es verdad que el género humano no es mucho mejor en una época que en otra, ya que, como ocurría en la que floreció el autor sagrado, hace cerca de tres mil años, las cosas pasan hoy del mismo modo, es decir, que se encuentran hijos groseros e ingratos; hijos que quisieran apoderarse, por medio de oraciones o amenazas, de una herencia que tarda mucho en venir; hijos que, para pasar a sus padres viejos y enfermos una pensión alimenticia, pudiendo hacerlo, esperan que la sentencia del juez les fuerce a ello; hijos, finalmente, que, a la verdad menos inhumanos, pero demasiado egoístas para sacrificar nada de sus comodidades personales, alejan de ellos a los autores de sus días, o los relegan a un aposento retirado, y aun les dirían de buen grado, en términos propios o por medio equivalente, lo que leemos en uno de los pro-

1. In MATTH., cap. XIX, In catena aurea.

fetas: La casa es pequeña, y la necesitamos toda; hazme puesto: *Augustus est locus, fac spatium ut inhabitem*¹.

Pero no es esto todo. Si el deber de asistencia de los padres no se cumple a menudo, con mayor frecuencia todavía es incompletamente observado.

La ley de piedad filial quiere que la asistencia sea más que temporal, y no se limita a proporcionar habitación, vestido o alimento. ¿No es superior el alma al alimento? , dice Nuestro Señor: *Nonne anima plus est quam esca?*²... Hijos, deber vuestro es rogar por los padres, interesarse por su salud eterna, hacer revivir en ellos la fe, que quizás perdieron por el ansia de amontonar, con su trabajo demasiado absorbente, las riquezas de que ahora gozáis; finalmente, y para decirlo todo de una vez, volverlos a Dios, si de Él se han alejado. No creáis que sea esta una empresa imposible. Difícil, sí, a veces; imposible, jamás. Hay en el lenguaje del hijo, en su mirada, en sus lágrimas, en las amables deferencias de que rodea a sus padres, una fuerza, un poder de persuasión que no tienen los libros, ni siquiera los mejores discursos. Hijos, ¿cumplís con este deber de asistencia espiritual? ¿Intentáis esos esfuerzos que, bien dirigidos, harían de vosotros apóstoles de vida eterna con los que fueron para vosotros instrumentos de vida temporal?

La ley de piedad filial quiere que el apostolado de que acabo de hablar, sobre todo si fué infructuosamente ejercido durante la vida, redoble su celo a la hora de la muerte. Hijos, no solamente yo, sino nuestro común maestro el Catecismo Romano nos lo dice: Principalmente cuando vuestros padres están gravemente enfermos, os obliga más el deber de asistencia personal: *Et honoris quidem officia parentibus tribuere debe-*

1. ISA., XLIX, 20.
2. MATTH., VI, 25.

mus, maxime cum periculose oegrotant. Y continúa: Por consiguiente, haced de manera que no se vean privados de la confesión, ni de los otros sacramentos que los cristianos reciben en la hora de la muerte; visítenlos las personas piadosas a menudo para fortalecerlos, para ayudarlos, para elevar sus almas con la esperanza de la inmortalidad, a fin de que, enteramente desprendidos de las cosas de aquí bajo, confíen enteramente en Dios. *Ut cum mentem a rebus humanis excitaverrint, totam conjiciant in Deum...* Pero ¡ay!, pues todavía aquí hay motivo para lanzar una dolorosa exclamación: ¿cómo atendéis estas recomendaciones tan prudentes y autorizadas? ¿Cómo entendéis la pesada responsabilidad que pesa sobre vosotros en tal momento? ¿Por ventura no somos nosotros testigos demasiado habituados de vuestras irresoluciones, de vuestras ternuras, que son verdaderas crueidades? Hay que economizar las fuerzas del enfermo, no debemos impresionarle, el médico dice que esperemos... y tanto se espera que, cuando llega el sacerdote, no halla más que un moribundo sin conocimiento, dispuesto a exhalar el último suspiro, si es que no lo ha exhalado ya.

La ley de piedad filial exige que la asistencia de los hijos siga a los padres más allá de la tumba, y vaya a encontrarlos en donde moran. ¿En dónde están? Apartemos el pensamiento, pues sería demasiado doloroso. de la reprobación consumada. Pero para el purgatorio, es otra cosa. Lo hemos dicho ya en una de nuestras instrucciones sobre el símbolo¹, y lo repetimos aquí: Hay que creer que algunas almas, en cortísimo número, entran sin tardanza en el cielo, en el momento mismo en que abandonan esta vida. Otras, también en corto número, sin duda alguna no hacen más que pasar por el

1. *Sermones sobre el símbolo*, sermón 47.^o

purgatorio, sin detenerse en él. Pero menos dudoso es todavía que la gran mayoría va al purgatorio, y en él permanece un año, dos años, un cuarto de siglo, medio siglo, un siglo entero, y aún más... ¿Olvidamos, pues, que las almas, en el purgatorio, no pueden ayudarse a sí mismas, ni hacer acto meritorio alguno, ni recurrir a los sacramentos, ni ganar indulgencias, pues no tienen más que la facultad de padecer? ¿Olvidaremos que hay en el purgatorio almas que, al salir de la vida, no cuentan más que con lo justo, y apenas con lo justo, para no ir al infierno?... Y si vosotros, hijos, creéis estas cosas, y a ello estáis obligados; si creéis, no como cosa rigurosamente cierta, pues es el secreto de Dios, ni tampoco como suposición gratuita, sino como cosa probable por lo menos, posible, muy posible, que el alma de aquel padre que tanto trabajó por vosotros, que el alma de aquella madre que tanto os amó, están en el purgatorio, ¿por qué olvidarlas? ¿Por qué esos funerales pomposos y aun fastuosos, y tan pocas oraciones? ¿Por qué esas coronas poco o nada fúnebres y aun lujosas, que recuerdan la apoteosis? ¿Por qué, para tantos hijos, insensibles hasta la inhumanidad, el lugar de la expiación es esa tierra de olvido de que habla la Escritura: *terra oblivionis*?

Mas todavía hay otro punto sobre el cual la ley de piedad filial es, si no siempre, por lo menos con demasiada frecuencia, incompletamente observada. En efecto, son muy numerosos los hijos que podrían decir con toda verdad a sus padres difuntos lo que el profeta decía a Dios, aunque en otro sentido, y para otro objeto: No os hemos olvidado, ni hemos cometido injusticia contra vuestro testamento: *Nec oblii sumus te, et inique non egimus in testamento tuo*¹... Ello no obstante, las últimas voluntades de los moribundos son sagradas; todos

1. PSAL. XLIII.

los pueblos, aun los paganos, las respetan; en esta materia, la legislación divina y la legislación humana van acordes. Por otra parte, ¿quién sabe a qué pensamiento, o a qué preocupaciones obedecieron esas voluntades escritas o verbalmente expresadas? ¿Quién sabe si esos legados caritativos o piadosos no son restituciones? Y si vosotros, hijos, no los cumplís; si disputáis su ejecución; si por un simple defecto de forma, o por habilidad, arrancáis a la justicia humana una sentencia de casación, o una reducción no motivada, ¡qué injuria hacéis a los difuntos!¹ ¡Qué injusticia cometéis contra Dios o contra el prójimo! ¡Qué responsabilidad tan grande echáis sobre vosotros! ¡Con qué hipoteca graváis vuestros bienes! Vuestros padres libertaron su alma; vosotros cargáis la vuestra...

Pero es hora de acabar...

En esta instrucción y en las dos precedentes hemos explicado los deberes de los hijos con relación a sus padres, siguiendo paso a paso a nuestro querido y autorizado maestro: *Huic honori haec omnia conjuncta sunt amor, observantia, obedientia, cultus*. El honor debido a los padres entraña necesariamente el amor, el respeto, la obediencia, el servicio o asistencia. Hijos, cumplidlos, cumplid tan sagradas obligaciones; amad a vuestros padres, respetad a vuestros padres, obedeced a vuestros padres, asistidlos. Si así lo hacéis, pronto lo veremos, la gracia de Dios estará con vosotros, y en vosotros permanecerá por los siglos de los siglos.

1. Sobre la asistencia espiritual de los padres después de la muerte, dice el Catecismo Romano: Mortuis parentibus honor tribuitur, si justa et anniversaria sacrificia curamus. Para la ejecución de los testamento agrega: Mortuis parentibus honor tribuitur, si quae ab eis legata sunt diligenter persolvimus.

CUARTO MANDAMIENTO

SERMON CUARTO

La sanción de los deberes

Honra a tu padre y a tu madre y vivirás largos años en la tierra

Ubi haec parochus sigillatim expo-
suerit, deinceps consideret quodnam
praemium iis propositum sit qui di-
vino huic praecepto obediunt... Ac
quemadmodum his qui grati in pa-
rentes sunt, officii merces et fructus
est a Deo propositus sic, ingrati et
impil filii gravissimis poenis reser-
vantur.

Catech. Rom.

Tal es, en efecto, la doble sanción del cuarto mandamiento, en cuanto preceptivo de los deberes con relación a los padres: una sanción de recompensa, y otra de castigo. Explicaremos la sanción de recompensa, es decir, cuáles son las recompensas prometidas por Dios a los hijos que aman, respetan, obedecen y sirven a sus padres. Expondremos luego la sanción de castigo, y diremos las penas gravísimas reservadas a los malos hijos, a los hijos impíos e ingratos. Casi no hemos tratado hasta ahora asunto tan importante. Dios nos ayude con su gracia...

El que conoce las Escrituras, o las ha recorrido con ojo atento, sabe que en muchos puntos, y sobre todo en el libro del Eclesiástico, están expresadas las promesas hechas por Dios a los hijos fieles observadores de sus

deberes con relación a sus padres. En él se lee: la bendición de los padres a los hijos virtuosos afirma su casa: *Benedictio patris firmat domos filiorum*¹; el que honra a su madre se parece al hombre que amontona un tesoro: *Et sicut qui thesauriat, ita qui honorificat matrem suam*²; una buena reputación y la estimación del mundo son la consecuencia ordinaria del honor que se tributa a los padres: *Gloria hominis ex honore patris sui*³; aunque no esté sin falta ante Dios, desde que consuela a su padre en su vejez, verá el hijo fundirse sus pecados como el hielo en un día sereno: *Suscipe senectam patris tui; et sicut in sereno glacies solventur peccata tua*⁴; los hijos respetuosos, en recompensa de lo que hayan honrado a sus padres, hallarán un día su alegría en sus propios hijos, y cada vez que rueguen al Señor, serán escuchados: *Qui honorat patrem suum, jucundabitur in filiis et in die orationis sua exaudiatur*.

Pero de todos los textos que enuncian una sanción al cuarto mandamiento, el mejor sin duda alguna, el más oficial, si puedo expresarme así, porque toma cuerpo con la ley misma, es el que leemos en el capítulo XX del Exodo, un poco más desarrollado después en el capítulo V del Deuteronomio: Honra a tu padre y a tu madre, como el Señor vuestro Dios lo ha ordenado, a fin de que vivas largos años sobre la tierra y seas feliz en ella: *Honora patrem tuum et matrem, sicut praecepit tibi Dominus Deus tuus, ut longo vivas tempore, et bene sit tibi in terra quam Dominus Deus tuus datus est tibi*⁵. Este texto, el mejor de todos, el más oficial, el que san Pablo, andando el tiempo, habrá de hacer pasar a la Ley Evangélica⁶, fué interpretado por santo

1. ECCLI., c. III.

2. Ibid.

3. Ibid.

4. Ibid.

5. EXOD., XX, 12.

6. DEUT., V, 16.

7. EPH., VI, 2 y 3.

Tomás y, después, por el Catecismo Romano, los cuales resolvieron las dificultades que ofrece, con precisión tal, que el predicador no tiene otra cosa que hacer que seguir paso a paso a maestros tan autorizados. No tardéis en ver cuán exacta es esta observación.

Pregunta, pues, santo Tomás: ¿En qué consiste esa longevidad prometida a los hijos que honran a sus padres? ¿Será únicamente la vida futura, la vida bienaventurada, la vida eterna, porque en definitiva sólo la vida eterna es la vida verdaderamente larga? Todo lo que ha de tener fin, todo lo que es medido por el tiempo es relativamente corto; san Agustín llega a decir que esto no es nada, *quod aeternum non est, nihil est*; el patriarca Jacob, aunque ya centenario, exclama: Mis días no han sido buenos ni numerosos, *dies mali et parvi*¹... El Doctor Angélico que hace la pregunta, da la respuesta: No, dice; aunque la vida futura, bienaventurada, eterna, sea de todos los bienes el más deseable, y aunque deba constituir un día la herencia de los hijos virtuosos, no se trata aquí de la longevidad del cielo, sino de la longevidad de la tierra; lo que se promete a los fieles observantes del cuarto mandamiento, es una prolongación de la vida humana: *Longaeuitas promittitur honorantibus parentes, non solum quantum ad futuram vitam, sed etiam quantum ad praesentem*. Da de ello dos pruebas excelentes, una de autoridad, otra de razón. La prueba de autoridad consiste en que, como lo dice san Pablo en su primera a Timoteo, la piedad, la piedad filial, no menos que la piedad para con Dios—porque san Pablo no distingue entre la una y la otra, ni tampoco santo Tomás, y ya hemos dicho que son muy conjuntas—es útil para todo, y tiene las promesas de la vida actual y de la futura: *Pietas ad omnia utilis est*,

1. GEN., XLVII, 9.

*promissionem habens vitae quae nunc est, et futurae*¹. La prueba de razón dice: El hombre que ha recibido un beneficio merece, por lo menos como mérito de conveniencia, que no se le quite este beneficio durante el tiempo que de él haga buen uso: *Qui enim est gratus beneficio, meretur secundum quamdam congruentiam, ut sibi beneficium conservetur*². Ocurre con este hombre, añade santo Tomás, sirviéndose de una comparación muy propia para dar nuevo relieve a su pensamiento, lo que con un feudatario, que, si es fiel a lo tratado, es decir, si presta fe y homenaje a su señor, adquiere por este mismo hecho, una especie de derecho a la conservación de su feudo. Ahora bien, estos principios tienen aquí rigurosa aplicación. La vida es un beneficio, beneficio tan grande, hemos dicho ya, que en el orden natural no tiene comparación, puesto que entraña todos los otros. De aquí que el hijo que sabe reconocerlo, y paga con buenos oficios a los que, después de Dios, debe este beneficio, merece que no se le arrebate: *et ideo ille qui honorat parentes, quasi beneficio gratus, meretur vitae conservationem*³. La vida es un feudo; después de Dios, no la tenemos de nuestros padres más que a título de feudo; desde que el hijo presta el homenaje de este feudo, de todo este feudo de amor, de respeto, de obediencia, de servicio, exige la equidad que sea mantenido en su feudo: *Filiī obtinent vitam a parentibus, sicut milites feudum a rege; sicut ergo merentur hi ejus conservationem, quandiu homagium praestant, ita et filii merentur vitae conservationem, quandiu parentes honorant*⁴. Esta argumentación del Doctor Angélico es admirable.

1. I TIMOTH., IV, 9, S. THOM., 2, 2, q. CXXII. art. 5 y 4.
2. Ibid.—3. Ibid.
4. S. THOM. in Opusculo quarto. Apud CORNEL. A LAP. in
5. ISA., LVII, 1.
5. ISA., LVII, 1.

Pero justo es decir que los hechos hablan más alto que los razonamientos. ¡Cuántos hijos no logran la longevidad a que tendría derecho la muerte cruel corta la trama de sus días antes que haya sido urdida! ¡Cuántos otros la logran, a la verdad, pero que preferirían no tenerla; de tal modo la vida, cargada de pruebas de todo género, es para ellos carga pesadísima! Estas dificultades no se ocultan a nuestro Doctor ni al Catecismo Romano, y por poco exactas que sean nuestras ideas sobre Dios, sobre su providencia, sobre su manera de gobernar todas las cosas y de conducirlas a su fin, las respuestas que dan nos satisfacen.

Primera dificultad: hay hijos virtuosos, fieles observadores al deber con relación a sus padres, que no se benefician de la longevidad prometida, sino que son prematuramente arrebatados por la muerte. Dos respuestas: la primera, menos elevada quizás, pero fuerte, la saca el Catecismo Romano de estas palabras de Isaías: El justo ha sido arrebatado de este mundo al aproximarse las desgracias de su siglo: *A facie enim malitiae collectus est justus*³. Tal fué, por ejemplo, la suerte feliz de los hijos inocentes que murieron la víspera del diluvio, porque, si bien toda carne había corrompido su camino, ¿no es lícito creer que había algunos inocentes? Lo mismo decimos de los hijos judíos que no vivieron lo suficiente para ver los horrores del sitio de Jerusalén por Tito, o bien de los de nuestra época, para hablar de nosotros mismos, que por una muerte prematura escaparon a desastres sin precedentes, o a rigores de una cautividad más dura que la muerte misma... La segunda, más sobrenatural, y mirando más al fondo de las cosas: los bienes temporales, una larga vida en particular, no nos son verdaderamente provechosos, y no es conveniente que Dios nos los dé más que en cuanto no nos aparten del cielo; por eso, aunque confiesen, o hubiesen

cumplido seguramente todos los deberes de la piedad filial para con sus padres, hay hijos que son arrebatados pronto de este mundo, porque según los juicios de Dios, juicios velados al presente a nuestros ojos, pero certamente verdaderos, y con miras a la felicidad eterna, una larga vida los hubiera sumido en la condenación: *praesentia bona non cadunt sub merito nisi in quantum ordinantur ad futuram remunerationem: ideo quandoque secundum occultam rationem divinorum iudiciorum quae maxime futuram remunerationem respiciunt, aliqui qui sunt pii in parentes, citius vita privantur*. Así se expresa santo Tomás¹. El autor inspirado de la Sabiduría, lo dijo antes que él, y con más autoridad: Dios los arrebata pronto, por miedo a que la maldad corrompa su espíritu, y los bienes de aquí bajo, como engañoso aliciente, extravíen su corazón². Por poco que se reflexione en esto, sobre todo si uno está iluminado por las más puras luces de la fe, ¿no es la razón misma la que habla aquí? Por ejemplo, la matanza de los Inocentes, cuyo relato nos hace leer la Iglesia cada año en la semana de Navidad, y los gritos de dolor desesperado que san Agustín pone en boca de sus madres, nos enternecen hasta el punto de derramar lágrimas³. Pero, ¿quién sabe en qué se hubieran convertido si hubieran llegado a ser hombres? Nacidos en Belén, a poca distancia de Jerusalén, contemporáneos de Jesús Niño, pues por esto fueron muertos, ¿quién sabe si, hombres hechos, no hubiesen formado entre los que treinta y tres años después lo crucificaron? En cambio, habiendo sido los primeros en dar testimonio de El, los primeros en la carrera del martirio, los primeros en ser inmolados como tiernos corderos por cau-

1. 2, 2, q. CXXII, art. 5, y 4.

2. SAP., IV, 10 y 11.

3. Brev. Rom. in Oct. SS. Innocent.

sa del Cordero Redentor, en una palabra, los primogénitos de la Iglesia, fueron al cielo, y permitido es creer que trajeron allá a sus madres; madres e hijos que bendicen a Dios y lo bendecirán por siempre jamás por la suerte dichosa que, sin quererlo, les deparó su cruel tirano.

Segunda dificultad: Hay hijos virtuosos que tienen esa longevidad prometida a los fieles observantes del cuarto mandamiento; pero que preferirían no tenerla, y de buen grado dirían como Job: ¡Perezca el día en que nací, y la noche en que fuí concebido¹!; o como el divino Salmista: ¡Cuán larga es mi vida! ¡cuán fatigada está mi alma de habitar entre los malos²!; o bien se lamentarían, como el mismo san Pablo, de que nuevas tristezas vengan cada día a juntarse a las tristezas antiguas³... Respuesta: Hijos virtuosos, ¿pero lo fueron siempre? ¿lo son aún? ¿lo son, no solamente entre los hombres, que no ven más que lo exterior, sino también a los ojos de Dios, que escudriña los riñones y los corazones? ¡Cuántas justicias humanas que parecen verdaderas justicias, no aparecen a los ojos de Dios más que como un trozo de tela enteramente manchada: *Quasi pannus menstruatae universae justitiae nostrae*⁴!... Sí, convengo en ello, hijos virtuosos, lo han sido, lo son, lo serán siempre; pero, si bien Dios los aflige, y parece que no se acuerda ya de sus promesas, ¿no los sostiene en medio de las pruebas, como sostuvo, en su tiempo, a Job, a David, a san Pablo, hasta el punto de decir éste: Reboso de alegría en medio de todas mis tribulaciones? Más todavía: Dios ofrece compensaciones, propone cam-

1. JOB., III, 3.
2. PSAL. CXIX, 5.
3. PHILIP., II, 17.
4. ISA., LXIV, 6.
5. II COR., VII, 4.

bios; en lugar de los bienes presentes, temporales, percederos, que no concede o que retira, se compromete a proporcionar otros, incomparablemente mejores, espirituales, celestiales, eternos: *Deus in scripturis promittens bona praesentia, carnalia et temporalia, si ea non praestet, dat pro eis longe majora, scilicet spiritualia, caelestia, et aeterna*, dice un gran comentador de las Escrituras. Para ser más claros aún, nos serviremos de la comparación que emplea: ¡Oh hijo! Si habiéndote prometido un escudo, te doy un caballo que vale cien escudos, ¿no he cumplido superabundantemente mi promesa: *Sicut si tibi promittam unum aureum, et pro eo non aureum, sed equum dem, abunde promissis satisfec*1**?

Y ahora, si el tiempo no me prohibiera añadir algo a esta instrucción demasiado larga, ¡cuánto diría sobre la sanción del castigo! ¡Qué catástrofe! ¡Cuántos textos citaría! ¡Cuántos hechos recordaría! Textos: Del Exodo: El que maldiga a su padre o a su madre, sea reo de muerte². Del Deuteronomio: El hijo que no honre a su padre y a su madre sea maldito; y todo el pueblo responda: Sí, sea maldito³. De los Proverbios: Los ojos del que insulte a su padre, o a su madre, sean arrancados por los cuervos que viven a lo largo del torrente y cómanselos los aguiluchos⁴... Hechos: De ellos está llena la historia sagrada. Cam, maldito por Noé su padre en la persona de Canaán, su hijo, por la injuria que de él había recibido⁵. Absalón, rebelado contra David, que perece del modo que ya sabéis, colgado de un árbol, y cuyo cuerpo, después que lo hubieron bajado de aquel cadalso, fué arrojado a un hoyo y echaron so-

1. CORNEL. A LAP. in cap. VI, v. 3. ad Eph.
2. EXOD., XXI, 17.
3. DEUT., XXVII, 16.
4. PROV., XXX, 5.
5. GEN., IX, 25.

bre él un montón de piedras¹... Hechos, entre cien otros, el que refiere san Agustín en el libro XXII de la Ciudad de Dios: Habiéndose atraído diez hijos (siete varones y tres hembras) la maldición de su madre, por una grave injuria que le habían hecho, viéronse atacados de un horrible temblor de miembros, *horribili quatibantur omnes tremore membrorum*, sin que los abandonara tan horrible estado ni siquiera durante el sueño, *etiam per somnum*; recorrían a la ventura el mundo entero, *toto pene vagantes in orbe romano*, hasta que un día, habiéndose arrodillado ante los gloriosos restos de san Esteban, devolvíoles el Señor la salud; todos nosotros conocemos este hecho, añade el gran historiador: *umum est apud nos factum*²... Hechos: hay uno más interesante que todos los demás; es como si viéramos cumplirse al pie de la letra, y en todo su rigor, estas palabras del Evangelio: Con la misma medida que midiereis, seréis medidos; en otros términos, en el caso particular que aquí exponemos, si uno ha sido un hijo desgraciado, será un padre desgraciado; harán con él lo que él haga con los demás; tal es la ley del talión... Refiere, pues, Aristóteles en el libro V de su Moral³, que un padre fué conducido por su hijo desde lo alto al pie de la escalera; ya se disponía aquel hijo desnaturalizado a arrojarlo a la calle, cuando el padre le dijo: Detente, hijo, detente; en verdad que yo procedí con mi propio padre como tú acabas de hacerlo conmigo, pero yo sólo lo llevé hasta aquí; no lo arrojé a la calle...

Apartemos la vista de estos horrores, y fijémosla en la virtuosa joven, cuyo nombre lleva uno de nuestros Sagrados Libros. He aquí su historia en pocas palabras⁴.

1. II REG., XVIII, 17.

2. *De Civit.*, Lib. XXII, c. 8.

3. Según la indicación de SEGNERI, T. II p. 158.

4. RUTH., I y sigs.

Viuda muy joven y sin recursos, Rutunióse a su suegra, viuda también y enteramente pobre, diciéndole: Tu familia será mi familia, y tu Dios será mi Dios: a donde vayas, iré contigo; junto a tu tumba, tendré la mía: Vedla, en la siega de la cebada, espigar todo el día, detrás de los segadores de Booz, para sustentar las dos vidas, hasta que éste, conmovido de tanta piedad filial, la toma por esposa... Tal fué la primera recompensa de Rut. La segunda fué un hijo, Obed, nacido de este feliz matrimonio. Pero otra mayor todavía le estaba reservada. Obed engendró a Jessé, y Jessé engendró a David, de cuya familia, cuando llegó la plenitud de los tiempos, salió el Mesías... Tomad el Evangelio de san Mateo, abridlo por su primer capítulo: Rut, la mohabita, figura entre los antepasados de Jesucristo¹..., y confesad conmigo, y esta es la conclusión que quiero oír de vuestros labios, que Dios tiene magníficas recompensas, aun temporales, para los hijos que honran a sus padres...

1. MATTH., I, 5.

CUARTO MANDAMIENTO

SERMON QUINTO

Deberes de los padres. Educación corporal de los hijos

Honra a tu padre y a tu madre

Et quemadmodum divina lege sanctum est ut parentibus filii honorem habeant, ut pareant, ut obsequantur; sic parentum propria officia sunt atque munera, ut sanctissimis disciplinis et moribus filios imbuant, etc.
Catech. Rom.

Lo hemos dicho en las instrucciones precedentes con toda la extensión que el asunto exige: Hijos, honrad a vuestros padres, respetad a vuestros padres, obedeced a vuestros padres, asistid a vuestros padres. Pero no es esto todo. Antes de terminar el cuarto mandamiento, hay algo más que decir. Si en su condición de imágenes de Dios, de representantes de Dios, de asociados de Dios, de creadores de hombres conjuntamente con Dios, de dioses visibles, de dioses terrenales, tienen derechos los padres, del mismo modo, y por los mismos títulos, tienen deberes que cumplir: *Sic parentum propria officia sunt atque munera*. Estos deberes, muy numerosos, muy extensos y aun complicados, los resume una sola palabra: Educación. Padres, educad a vuestros hijos. Y como vuestros hijos tienen cuerpo y alma, y como por virtud de la unión substancial del cuerpo y

del alma, son hombres los hijos, educadlos como hombres, esto es, según el cuerpo y según el alma. Esto es lo que nos proponemos decir en esta instrucción y en la siguiente. Dios nos ayude con su gracia...

Satisfacer las necesidades corporales de los hijos, esto es, conservarles la vida, después de habérsela dado, alimentarlos, vestirlos, y luego, cuando llegue la hora, poner en sus manos un instrumento, quiero decir, una profesión, mejor dicho, y por modo más general, un establecimiento, por medio del cual puedan bastarse a sí mismos... si todas estas cosas fueran tan comúnmente observadas, como elementales son y fáciles de enunciar, podríamos detenernos aquí; el sermón quedaría terminado casi antes de haber empezado.

Pero no es así. El número de pecados cometidos contra la vida de los hijos, es mucho más considerable de lo que a primera vista parece. ¡Cuántos matrimonios no dan más que frutos demasiado raros, o no dan ninguno, por voluntad de los esposos, no ciertamente por amor de la continencia, sino por cálculos egoístas! ¡Cuántos otros, indebidamente contraídos, por ejemplo, los matrimonios entre próximos parientes, deben a este vicio original el engendrar seres incompletos, mal organizados, poco o nada viables¹! Pero todavía hay más. Tomad una teología moral, la que queráis; abridla por la página que trata del asunto que en este momento nos ocupa y veréis que son culpables de pecado mortal gravísimo esas mujeres, o mejor dicho, esas madres, porque ya lo son, que, en el tiempo de su embarazo,

1. En una de las sesiones del sexto Congreso Eucarístico celebrado en París el 4 de julio de 1888, bajo la presidencia de Mons. Richard, el canónigo Lambert, capellán de los sordomudos, declaraba, no sin suscitar en su auditorio profundas reflexiones que, de 35.000 sordomudos que había en Francia en aquella época, cerca de la mitad habían nacido de matrimonios consanguíneos (Véase *L'Univers* de 6 de Julio de 1888).

emprenden, como en otro tiempo, trabajos fatigosos, levantan fardos superiores a sus fuerzas, hacen largas caminatas, o se dejan dominar, éstas por violentas cóleras, aquéllas por profundos disgustos, y aun otras, ¿quién lo creería? se entregan al placer de la danza, y son causas voluntarias, o por lo menos se exponen a serlo, de la muerte de la pobre criaturita humana que llevan en su seno¹. Culpables son también, aunque de pecado notablemente menor, pero culpables al fin, las madres que, pudiendo hacerlo por sí mismas, y ordinariamente pueden, pues la naturaleza se cuida de que lo puedan, entregan sus hijos a nodrizas. ¡Por qué querer ser madre a medias, cuando tan dulce es serlo del todo? Las costumbres eran antes más severas, y sobre todo más cristianas. Conocida es la acción de Blanca de Castilla metiendo sus dedos en la boca de su hijo—este hijo fué san Luis—, para hacerle arrojar la leche que había mamado del pecho de una dama de la Corte, durante la ausencia de la Reina. Añadamos, antes de pasar a otra particularidad, que si, para supliros ¡oh madres! elegís una nodriza ni sana de cuerpo ni de vida irreprochable, por muchas razones que aleguéis para descargáros del cuidado de amamantar a vuestros hijos. ninguna os autorizará a hacer tal elección. A este respecto, la doctrina teológica es muy explícita: el pecado es mortal². — Culpables también son, no ya la madre solamente, sino el mismo padre, es decir, los dos progenitores, si, por cualquier pretexto, pues ninguno vale, acuestan con ellos a su hijito. El Ritual Romano da la razón de ello: *propter oppressionis periculum*: a causa del peligro de que se ahogue el niño³ ¡Oh Iglesia de Jesucristo, bien se ve que eres madre, porque

1. GURY, n. 372.

2. *Ibid.*

3. *Monita post baptismum.*

inmediatamente después de haber engendrado para la vida divina ese pequeño ser, cuando todavía está humedecido por el agua bautismal, das a sus padres según la carne, tan saludable advertencia¹. — Culpables, finalmente, son el padre, o la madre, o los dos juntos, si, por falta de vigilancia, o a consecuencia de ausencia demasiado prolongada, cae su hijo en el agua, o en el fuego, o se hiere gravemente, o le asaltan convulsiones, o se agita y grita, hasta que sobreviene la muerte². ¡Ah, cuán tristes e instructivas son sobre este punto las estadísticas! ¡Cuántos niños perecen víctimas de accidentes que les hubiera evitado un poco más de amor paterno o materno! ¡Cuántos otros deben a la impresión de sus padres el verse enfermos, contrahechos, estropeados, por toda su vida, a cargo de la sociedad y de ellos mismos!

No con esto queda agotada esta parte del asunto, es decir, la que mira a la educación corporal de los hijos. No basta hacer nacer hijos, y una vez nacidos, alimentarlos, vestirlos, conservarles la vida rodeándolos de mil cuidados en la primera edad, ni siquiera continuándolos en la segunda. Hay que darles, a su debida hora, una profesión, proporcionarles un establecimiento, es decir, ponerlos en estado de bastarse a sí mismos, de satisfacer sus propias necesidades. Padres, no os engañéis sobre vuestras obligaciones con relación a esto. Es un deber que os incumbe. Escuchad a san Pablo que os lo recuerda: No son los hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos: *Nec enim debent filii parentibus thesaurizare, sed parentes filii*³. Entendedlo bien. Aunque en muchos otros pasajes de la Escritura, el verbo *atesorar* se toma a

1. RITUALE, *De baptismo.*

2. GURY., *Ut supra.*

3. II. Cor., XII, 14.

mala parte, y sirve para designar ese vicio horrible, del cual dice el mismo san Pablo que los que a él se entregan caen en las redes del diablo y en toda especie de deseos inútiles y dañinos, hasta el punto de morir de muerte eterna¹, aquí se toma en muy buen sentido, y expresa un deber, un verdadero deber, el mismo que nos esforzamos en sentar en este momento, el deber para los padres de ponerse en condiciones, merced a prudentes economías, y gracias a una honrada y fructuosa gestión de los bienes de familia, de dar a sus hijos una ciencia, un arte, una profesión, un oficio, una dote, si les es posible, que les permita figurar en el mundo y sostener honrosamente el puesto que en él estén llamados a ocupar.

Pero, desgraciadamente, aunque la razón misma es la que habla por boca de san Pablo, ¡cuántos padres hay que no cumplen esta obligación de su espinoso cargo! ¡Cuántos otros que sólo imperfectamente la cumplen!

Los unos son disipadores. Llamo así a los que descuidan sus asuntos, y, por esta causa, van de mal en peor; a los que no se inspiran en los consejos de la prudencia, se lanzan a empresas aventuradas que terminan con frecuencia en un desastre irremediable; a los que por hacer el grande y ocupar en el mundo un puesto que no les corresponde, gastan más de lo que pueden, contraen deudas, comprometen su porvenir, y de un estado de prosperidad aparente, caen en una pobreza real; finalmente, y sobre todo, llamo disipadores—¿tengo necesidad de decirlo cuando es ésta una de las llagas más vivas de nuestra época?—a esos padres egoístas, desnaturalizados, más crueles que los mismos animales, que cada domingo, o si no el domingo, cada lunes, agotan hasta el último céntimo todo el salario de la sema-

1. TIMOTH., VI, 6.

na, en el juego, en comidas, en alcohol, en toda especie de disolución y de desorden¹. ¿Cómo podrán proporcionar a sus hijos un oficio, y una dote a sus hijas, si ni siquiera pueden ofrecerles un pedazo de pan?

Otros son avaros. Atesoran cuanto pueden, preciso es reconocerlo, y como en definitiva no está demostrado que usen de malversaciones, ni que violen los derechos ajenos, hasta aquí los cubre la autoridad de san Pablo; en otros términos, hacen lo que san Pablo dice que hagan los padres. Pero escuchad: ese manto protector va a desaparecer, y su desnudez aparecerá en toda su fealdad. Atesoran, sí, pero para ellos solos, no para sus hijos. De esta fortuna lentamente amontonada, y de día en día aumentada, no quieren desprenderse. En vano crecen los hijos y llegan a una edad en que es conveniente emprendan una carrera. En vano hacen saber, sin faltar a las reglas del respeto, el estado y género de vida a que se creen llamados. En vano amigos, personas graves, intervienen caritativamente, y procuran iniciar negociaciones. Las cosas se arrastran con lentitud, y acaban por fracasar miserablemente. Ese comercio es poco seguro, esa carrera de notario o de procurador rinde poco, esa alianza no conviene, ese partido no es aceptable, hay que esperar más... Y ese más no llega nunca, los hijos se consumen en el desaliento y el fastidio. Me atreveré a afirmar que no se dejan llevar de deseos culpables?...

Pero reconocemos que los padres avaros hasta ese extremo son raros. Mucho más numerosos, particularmente en nuestros días, son los padres ambiciosos. A este propósito viene a mi memoria una página muy interesante del Evangelio, página que la Iglesia nos hace leer, cada año, el miércoles de la segunda semana

1. GURY., n. 373, ad. 3.

de cuaresma. Hela aquí en el fondo: Hacia el fin del tercer año de predicación del Salvador, pocos meses antes de la última Pascua, dijo Jesucristo a los Apóstoles: Subiremos a Jerusalén, y el Hijo del hombre —que era él mismo—será preso, flagelado, crucificado, pero resucitará al tercer día, es decir, desde aquel momento tomará posesión de su reino. Salomé, esposa de Zebedeo, y madre de Santiago y Juan, oyó estas palabras, y creyendo el momento oportuno, llegóse a Jesús, cayó a sus pies, y levantando las manos, dijo: Señor, tengo que haceros una petición. —Habla. —Cuando estéis en vuestro reino, tomad a mis dos hijos, aquí presentes, por vuestros primeros ministros, y hacedlos sentar, uno a vuestra derecha, y el otro a vuestra izquierda¹... ¡Pobre mujer; creía obrar rectamente! En el retrato que de ella nos dejó san Ambrosio, la juzga excusable, *veniabilis*, y ruega al lector que no la trate con demasiada severidad: Era madre, dice, no lo olvidéis: *matrem cogitate²*. Pero en aquella ocasión, pecó; esto es evidente. Pecó por ambición. Al solicitar para sus dos hijos los dos primeros puestos del reino mesiánico, rebasaba de mucho la medida. Por eso se indignaron los diez: *Et audientes decem indignati sunt de duobus fratribus*; si no lo dijeron abiertamente, lo pensaron: ¿Por quién nos toma a nosotros? ¿No valemos tanto como los hijos de esta mujer? Pecó también porque no amaba a sus hijos como era debido; los amaba por modo demasiado carnal, demasiado humano, demasiado egoísta. Su amor propio de madre hubiera quedado extraordinariamente halagado, si sus dos hijos hubiesen salido de su humilde condición para elevarse a la cumbre de los honores en el reino de Cristo. Así son, por desgracia, la mayor parte de las

1. MATTH., XX.

2. *Brev. Rom.* in hac feria.

madres. Refiere la historia romana que una madre, habiendo hecho consultar al oráculo para saber lo que sería su hijo, respondióle que sería emperador, pero que la mataría. Me es igual, exclamó ella; consiento que me mate, con tal que él reine: *occidat, dum imperet...*

Este comentario de un hecho evangélico que el historiador sagrado refiere en pocas líneas, ¿os parece demasiado extenso? No lo creo, padres que me escucháis, si sacáis de él la conclusión de que debéis colocar a vuestros hijos de modo conforme a vuestra condición o a sus aptitudes. Creedme, no ambicionéis para ellos riquezas, honores, gloria. Si estas cosas han de venir, y han de servir para su mayor bien, y mejor aún para mayor utilidad de la Iglesia, o del Estado, vendrán, Dios hará que vengan; Dios hará que ese aldeanito de Auvernia sea adivinado por los monjes de Auriac, sea recogido y educado por ellos en todas las reglas divinas y humanas y llegue a ser un día el gran papa Silvestre II¹; Dios hará que ese pastorcillo de los Pirineos, que cada semana se dirige al molino vecino a buscar la harina de su padre², sea más tarde el proveedor de los pobres de todo un reino. ¿Será preciso nombrarlo? ¿Habrá que nombrar a san Vicente de Paúl? Pero hasta entonces, esperad su hora; *no paséis por encima de su providencia*³. Si no se manifiesta de un modo o de otro, es que quiere que tu hijo no salga de su condición, sea aldeano, se case con una aldeana, ejerciendo un honrado oficio, o cultivando el campo que heredaste de tus antepasados y pasará a tus descendientes. ¡Oh, cuán útil es, creedme, decir estas cosas en un tiempo como el nuestro, tiempo de desorden casi

1. ROHRBACHER, *Hist. de la iglesia*, Lib. LXI.

2. ABELLY.

3. Tal era la frase favorita de San Vicente de Paul.

general en las clases sociales, de emigración en masa de los campos a las ciudades, sobre todo a las industriales, y esto con gran detrimiento de las creencias, de las costumbres, de la sociedad misma, la cual, no pudiendo satisfacer tantos apetitos desordenados, vese cada día en vísperas de alguna catástrofe, quiero decir, de algún atentado socialista¹.

Es hora de acabar, y acabaríamos, en efecto, si no hubiese una cuarta clase de padres equivocados en cuanto al cumplimiento del deber que les incumbe de colocar a sus hijos. Hay padres que no aman por igual a sus hijos, sino que tienen señaladas preferencias por tal o cual, o por el mayor, o por el menor, o por cualquier otro. Esto ya es una falta. El hijo que se ve injustamente privado de las caricias paternas o maternas, no se resigna fácilmente a su suerte, y tarde o temprano, pagará, quizás muy caro, los padres, la exclusión que hicieron. Esaú era menos amado que Jacob; José era más amado que sus hermanos. Todos sabemos lo que ocurrió: Esaú, con el corazón ulcerado de despecho, huyó de la casa paterna, llevando consigo proyectos de venganza. El padre de José expió con lágrimas amargas sus preferencias demasiado visibles. Así, pues, ¡oh padres! ¡oh madres!, si usáis de parcialidad con vuestros hijos, por este mismo y solo hecho, cometéis una falta. Pero si vais todavía más lejos; si vuestro amor excesivo por éste, y vuestra antipatía, que nada excusa, por aquél, os lleva a mejorar pública o secretamente al uno en detrimento del otro, hasta el punto de que vuestra justicia quede comprometida a los ojos de la justicia, no os juzgaré, no tengo dere-

1. En los cinco últimos años, 55 departamentos agrícolas han perdido 399.000 almas, en tanto que 32 departamentos industriales han ganado 523.290 (*Univers* de 1.^o de Julio de 1892)

cho a hacerlo, pero ¡cuántas tristezas os preparáis para lo por venir¹!

Pero terminemos. Hemos expuesto, por modo tan completo como nos ha sido posible, los deberes, muy numerosos, muy extensos, expresados por esta única frase: *Educación corporal de los hijos*. Por vuestra parte ¡oh padres! cumplidlos lo mejor que podáis. Rodead de cuidados a esos pequeños seres que Dios os ha dado; alimentadlos, vestidlos, colocadlos según vuestros medios y sus aptitudes. Bajo este último aspecto, si no nos faltara el tiempo, os diríamos: Aun cuando un día, según las previsiones humanas, hayan de ser muy ricos vuestros hijos, hayan de ser opulentísimos, haced de modo que sepan ganarse la vida. Ganar la vida es nuestro deber común, no menos de los ricos que de los pobres, de los reyes que de los súbditos.² Por otra parte, ¿quién conoce los secretos de lo por venir? Carlomagno hizo que sus hijos y sus hijas aprendieran un oficio manual, ya para que evitasen la ociosidad, madre de todos los vicios, ya para que tuviesen un medio de bastarse a sí mismos, en caso de necesidad, porque las testas coronadas, lo mismo que las otras, y quizás más que las otras, no están a cubierto de los golpes de la fortuna... Si estas ideas son exactas, y, ciertamente, lo son, dejo a vuestra consideración darles el desarrollo que consideréis conveniente.

1. GURY.

2. La historia de Luis XI nos refiere una curiosa anécdota, por cierto muy instructiva. Cierta día, muy de mafiana, descendió el rey a las cocinas del castillo, y no halló en ellas más que un niño que daba vueltas al asador.—¿Cuánto ganas? El niño que jamás había visto al rey, exclamó:—Tanto como el rey.—¿Cuánto gana el rey?—Su vida, y yo la mía! (ROHRBACHER, *Hist. de la Iglesia*, lib. LXXXIII). Buena lección en la boca de un niño: todo el mundo debe trabajar y ganarse la vida.

CUARTO MANDAMIENTO

SERMON SEXTO

Deberes de los padres. Educación espiritual de los hijos

Honra a tu padre y a tu madre

Parentum propria officia sunt attque munera, ut sanctissimis disciplinis ac moribus imbuant, iisque optimadent vivendi praecepta, ut ad religionem intructi et parati, Deum sancte inviolateque venerentur.

Catech. Rom.

Es una hermosa y exactísima idea de un santo Doctor que, quien educa almas de niños, hace una obra infinitamente más excelente que el pintor que traza en una tela el retrato de una persona, o el escultor que talla una estatua en un bloque de mármol: *Omni certe pictore, omni certe statuario caeterisque hujusmodi omnibus excellentiorem hunc duco, qui juvenum animos fingere non ignorat*¹. Ahora bien, padres, esta obra, tan buena que no hay otra mejor, es la vuestra antes que la de cualquier otro. La misión de educar las almas de vuestros hijos Dios os la confía a vosotros antes que a ningún otro. Y para que la llevéis a buen término, como deber tenéis de hacerlo; la Iglesia os grita por medio de sus órganos autorizados²: Instruid a vuestros hijos.

1. S. JUAN CHRYSOST., *Brev. Rom.* in fest. S. JOSEPH *Calasancii*. Die 27. AUG. Lect. 9.

2. S. LIGORIO, Lib. 3, n. 339, et omnes theologi.

Corregid a vuestros hijos. Dad buen ejemplo a vuestros hijos. Esto es lo que nos proponemos desarrollar en la instrucción de hoy. Dios nos ayude con su gracia.

En primer lugar, padres y madres, instruid a vuestros hijos. Pero ¿qué les enseñaréis, o les haréis enseñar? Ya en su tiempo, lamentábase san Juan Crisóstomo con su habitual elocuencia de la manera como los padres entendían esta obligación. Por poca atención que pongáis, dice, a las exhortaciones que hacen a sus hijos para animarlos al estudio, únicamente oiréis salir de su boca razones como éstas: Fulano de tal era de obscuro nacimiento, pero estudió, y la ciencia adquirida le elevó a los más altos cargos; hizo una fortuna inmensa, se casó con una mujer riquísima, edificóse un palacio espléndido, y es temido y respetado por todos... En cuanto a las glorias del cielo, nadie las mienta, y si alguien se atreve a hablar de ellas, se le escucha como a un hombre que sólo sirve para echarlo todo a perder¹. Así se expresaba el santo Doctor. Si hubiese vivido en medio de nosotros, ¿hubiera tenido otro lenguaje? ¿Sería muy temerario pensar que hubiera sido más severo? Así, pues, padres, hacedlo mejor que antes, y mejor de lo que lo hacen aún hoy tantos semejantes vuestros. Vuestra misión es mucho más elevada que aquella a la cual tratan de reduciros. Es un verdadero sacerdocio. Por otra parte, ¿no hemos enseñado, y con demasiada amplitud para creernos dispensados de insistir más en ello, que tal es el fin del matrimonio, sobre todo desde que fué elevado por su propio autor a la dignidad de sacramento, que de esta fuente, ahora para siempre purificada y santificada, sale un pueblo nuevo y digno, con mejor título aún que el antiguo, de llamarse el pueblo de Dios: *Ut populus ad veri Dei et Salvatoris nostri*

1. *Apología de la vida monástica*, lib. III.

Christi cultum et religionem procrearetur atque educatur, sacramenti dignitas matrimonio tradita est¹?

Adelante, pues, padres; sean los hijos nacidos de vosotros no solamente hombres, sino cristianos; conozcan al verdadero Dios, que tal es la frase del hermoso texto que acabo de citar, esto es, el Dios del *Credo* católico, pues no hay otro que lleve legítimamente el nombre incomunicable², el Dios que es padre, que es todopoderoso, que todo lo ha creado, que todo lo ve, que todo lo oye, que todo lo gobierna, que pagará a cada cual según sus obras. Y a la vez que ese Dios, único verdadero Dios, Aquel al cual envió, su Hijo, Jesucristo, Nuestro Señor, verdadero Dios y verdadero hombre, el Hombre-Dios, que fundó una Iglesia, de la cual es preciso formar parte para salvarse, que dió leyes que es preciso observar, que instituyó sacramentos que es preciso recibir, que dictó un código completo de deberes religiosos, de los cuales no es permitido a nadie sustraerse... He ahí, padres y madres, lo que vuestros hijos deben saber; a vosotros os toca, en primer lugar, formar, tan pronto como sean capaces de formación, su inteligencia, su conciencia, su voluntad, su corazón; y cuando, sin que por ello deje de ser vuestra, pase esta obligación a otro, a cualquier otro elegido por vosotros, porque tenéis el derecho de elegir, derecho inalienable, derecho que tenéis por la misma naturaleza³, continúe y acabe este sustituto, este otro padre, la obra que habéis empezado, obra que solamente por exigencia de las cosas os veis obligados a suspender. ¡Qué desgracia para vuestros hijos, y de rechazo para vosotros mismos, si vuelven de la escuela profesional, o

1. *Catech Rom.* Véanse los sermones sobre los Sacramentos, sermón 52º.

2. SAP., XIV, 21.

3. Encíclica *Rerum novarum*.

de cualquier otra, llámese como se llame, llenos, así lo supongo, de la ciencia humana que hace al comerciante, al industrial, al letrado, al filósofo, pero pobres de esa otra ciencia, incomparablemente más estimable, que hace al cristiano, al hijo de Dios y de la Iglesia, al aspirante a la dicha eterna, al futuro morador del reino celestial! ¿No fué para prevenir este peligro, más o menos amenazador, según las circunstancias, los tiempos y los lugares, pero siempre formidable, que nuestro gran Papa, en una de sus memorables encíclicas, dirigiéndose especialmente a los padres, los conjuraba, en nombre de esa elevada autoridad, que es la suya, a oponerse con todas sus fuerzas a que sus hijos frecuenten escuelas en las cuales estén expuestos, según su propia expresión, *a beber el funesto veneno de la impiedad?* Y añadía: Cuando se trata de la buena educación de la juventud, el mal que sobrevenga, el trabajo que cueste, jamás serán tan grandes, que no puedan imponerse otros mayores: *Cum de fingenda prolis adolescentia agitur, nulla opera potest nec labor suscipi tantus, quir etiam sint suscipienda majora*¹.

Pasemos al segundo deber. Padres, corregid a vuestros hijos. El deber es duro, cuesta caro, a la sensibilidad materna sobre todo, pero es el deber. No podéis faltar a él sin comprometer gravemente vuestra responsabilidad, y quizás también el porvenir de vuestros hijos. Escuchad las Escrituras; quizás no hay asunto de moral sobre el cual sean más explícitas y abundantes: ¿Tenéis hijos? Encorvadlos desde el principio bajo el yugo de la obediencia. ¿Tenéis hijas? Conservad casto su cuerpo, y guardaos de mostrarles un semblante demasiado risueño². El que odia a su hijo, le ahorra la

1. ENCY. *Sapientiae christianae*. Véase todo el párrafo: *Locus admonet hortare nominatim patresfamilias. Ad finem*

2. ECCL. VII, 25. 26.

reprimenda; el que le ama, no se canse de corregirlo, a fin de que reciba alegría cuando sea grande, y no tenga que ir de puerta en puerta mendigando el pan¹.—¿Queréis temblar un día ante vuestro hijo? Prodigadle caricias. ¿Queréis que os colme de disgustos? Jugad familiarmente con él².—Como el corcel indómito se lanza y se precipita, así el hijo dueño de su voluntad³.—Obligadle a inclinar su cabeza y dadle con la vara en las costillas desde la primera edad, no sea que se endurezca y que, negándose a escucharos, no llene vuestra alma de un dolor sin consuelo⁴... Y muchos otros pasajes de esta fuerza y riqueza de imágenes.

Pero tanto importa a los padres no ignorar que deben corregir a sus hijos, como útil es, y aun necesario, que sepan cuándo y cómo deben corregirlos.

¿Cuándo?... Varios textos que acabo de citar lo dicen: desde el principio. Parécense los niños a esos arbolitos que todavía pueden enderezarse cuando empiezan a tomar una mala dirección, pero que, pasado el momento oportuno, y convertidos en árboles disformes y retorcidos, resisten a todo cultivo. Por otra parte, los divinos Oráculos son tan explícitos sobre este detalle como sobre el conjunto, y así, los oís decir que, si no se corrige al hijo desde la primera edad, los vicios de su adolescencia penetrarán hasta la médula de los huesos, en otros términos, hasta lo más profundo de su ser, y dormirán con él en el polvo de la tumba: *Ossa ejus implebuntur vitii adolescentiae ejus, et cum eo in pulvere dormient*⁵.

¿Cómo?... Sobre esta otra particularidad del asunto, ¡cuántas cosas podríamos decir! Felizmente para vos-

1. PROV., XIII, 14 et ECCLI., XXX, 1.

2. Ibid. 9.

3. Ibid. 8.

4. Ibid. 12.

5. JOB., XX, 11.

otros y para mí, el Catecismo Romano las ha dicho, y bien dichas, reduciéndolas a estos dos puntos: Evitar en la corrección la demasiada severidad, ya en las palabras, ya en los actos: *Cum necessaria sit castigatio, ne quid acerbius in liberos, aut loquantur, aut statuant parentes*; y no menos que la severidad inmoderada, la indulgencia excesiva: *Ne quid liberis per indulgentiam dissolute remittant*.

Evitad la severidad inmoderada, pues todo lo echa a perder; el hijo despiadadamente castigado, o agobiado de reproches que presagian golpes inmediatos, se irrita, se agria, se rebela contra el castigo, o bien se endurece contra la amenaza; un poco más, y maldecirá al autor de sus días, y no aspirará más que a sustraerse al yugo, que le es ya insoportable. Por eso dice san Pablo con toda justicia y razón: Padres, no seáis provocadores; no excitéis a vuestros hijos a la cólera o al odio, antes bien, educadlos en la disciplina y en el temor de Dios: *Patres, nolite ad iracundiam provocare filios vestros, sed educate illos in disciplina et correctione Domini*¹.

Evitad la indulgencia excesiva; si la severidad lo echa a perder todo, la dulzura excesiva nada salva. ¿Qué ganáis, padres y madres, idólatras de vuestros hijos, con vuestras extremadas debilidades, con vuestras complacencias inoportunas, con vuestras reconvenencias en tono suplicante, con vuestras concesiones cada vez más acentuadas? ¿Qué ganó el sumo sacerdote Heli? Esta historia viene aquí como de molde. Por eso el Catecismo Romano recomienda a los pastores que se sirvan de ella como ejemplo para mostrar a los padres a lo que se exponen con su demasiada lenidad en la educación de sus hijos: *Quamobrem a dissoluta indulgentia deterreat parochus exemplo Heli summi sacerdotis*. Heli era hombre

1. EPPH., VI, 4.

estimable, de irreprochable conducta; el escritor sagrado le da este testimonio; pero por lo mismo que sabía muy bien los excesos y desórdenes escandalosos a que se entregaban Ofni y Fineas, sus hijos, y no los corregía, cuando debía hacerlo, en su condición de padre, de sumo sacerdote y de juez de Israel, la muerte de los dos culpables, y de la suya propia, fueron tan trágicas, que al solo relato que de ellas se hacía al pueblo, oprimíase de espanto el corazón, y, según la frase de la Escritura, zumbaban los oídos¹.

Para concluir, pues, padres y madres, mostrad moderación entre esos dos extremos tan opuestos, esto es, castigar duramente y reprender con demasiada blandura. La verdad es esta: sed buenos sin dejar de ser firmes, y firmes sin dejar de ser buenos, como lo es Dios, *sauviter et fortiter*. Y como Dios también, que nada hace violentamente, proceded por modo gradual. Primeramente, reflexionad; si el espíritu no está sereno, difícilmente obra con justicia; después, advertid, amenazad, castigad en último término, pero, si es posible, muy poco, como se usa de remedios, y aun así, graduando la pena, sin llegar al castigo corporal, que es la pena suprema, sino después de agotar todas las demás². En una palabra, procurad que noten vuestros hijos, que se vean obligados a notar, en vosotros tanta moderación como firmeza; que se convenzan de que no obráis sino por conciencia y por deber; sólo a este precio, pero a este precio seguramente, podréis esperar de vuestras reprimendas y correcciones, buenos y saludables efectos.

Pero queda otro tercer deber que cumplir. Padres y madres, dad buen ejemplo a vuestros hijos. Dijo un sabio, y nada tan verdadero, sobre todo cuando se trata de

1. Lib. I. REG., cap. III y IV.

2. S. LIGORIO, en CLEMENT MARC, I, n. 701

aprender a ser virtuoso: El precepto es largo; el camino más corto es el del ejemplo: *Longum iter per praecepta, breve per exempla*¹. Otro sabio, el más digno de ser escuchado por nosotros los católicos, ha dicho también: Si la juventud halla en el hogar doméstico una vida correcta, bien disciplinada, verdadera escuela práctica de todas las virtudes cristianas, la salvación de la sociedad quedará en gran parte asegurada para lo por venir: *Si adolescens aetas disciplinam vitae probam, virtutum christianarum tanquam palaestram domi repererit, magnum praesidium habitura salus est civitatum*². Honor a nuestro gran papa León XIII; no será culpa suya si las familias y las naciones, que también son familias, no son mejores. Así, pues, y para repetir otra vez, sin entrar por ello en más consideraciones generales, que los límites de esta instrucción, ya larga, no permitirían, padres y madres, dad buen ejemplo a vuestros hijos. Dádselo en todo tiempo, mejor antes que después, desde el principio, aun desde que tienen ojos que ven y oídos que oyen, porque los hábitos contraídos en la infancia son, por lo general, los que gobiernan toda la vida, y dependen de los padres. Dádselo en todas las cosas, sin excepción, y, como lo recomendaba san Jerónimo a una dama romana, y a su marido, para la buena educación de su hija, no haya en vosotros, padres, ni en vosotras, madres, nada que los incite al pecado, nada de vuestra parte que les proporcione la materia, la ocasión o el pretexto del pecado: *Nihil in te, et in patre suo videat, quod si fecerit peccet*³. Finalmente, si hay que dárselo en todas las cosas y siempre, dádselo con más cuidado todavía en aquellas cosas que constituyen el fondo mismo de la vida cristiana. Por ejemplo, vuestros hijos deben orar, y debéis de-

1. SÉNECA.

2. Encíclica *Sapientiae christianaæ*.

3. EPIS. 7 ad Laed. de instit. filiae.

círselo; pero mejor, padres y madres, que oréis vosotros mismos, y que ellos lo vean; mejor todavía, vosotros y ellos orad juntamente. ¡Qué espectáculo digno de Dios y de los ángeles, si cada mañana, antes de comenzar el trabajo, y cada noche, antes de entregarse al reposo, todos los miembros de la familia, piadosamente arrodillados, orasen en común al mismo Padre que está en los cielos! Y sobre la santificación del domingo, la confesión anual, la comunión pascual, obligaciones más importantes aún, padres y madres, dad buen ejemplo; porque, ¿cómo queréis que vuestros hijos cumplan estos deberes, si vosotros no los cumplís? En efecto, si cuando cesen de cumplirlos; si cuando, después de dejar entrever, en los días tan rápidamente pasados de la primera edad, las más bellas esperanzas, los vemos, cual nuevos pródigos, dejarlo todo, abandonarlo todo, el domingo, la confesión, la comunión, las demás prácticas religiosas, conservando apenas un resto de respeto, ¿de quién será la culpa? De vosotros será ¡oh padres!, que paralizáis nuestras lecciones con vuestros actos, que arrancáis lo que nosotros plantamos, que arruináis lo que edificamos, que deshacéis hilo por hilo la trama que urdimos... ¡Ah, comprended mejor en adelante los intereses de vuestros hijos, y, con los suyos, los vuestros. Aligerad, en vez de aumentarla con todos los desórdenes cuyo principio seríais, vuestra responsabilidad directa, ya tan pesada. En vez de perder esos seres que son reproducción de vosotros mismos, huesos de vuestros huesos y carne de vuestra carne, y de perderlos con ellos, salvaos primeramente vosotros, siendo, cada uno de vosotros para cada uno de ellos, la que era santa Mónica con relación a san Agustín, un ángel tutelar, por la bondad de sus ejemplos, no menos que por la sabiduría de sus lecciones.

Padres y madres, plegue a Dios que, llegados al temeramente puros, y el corazón bastante seguro de sí mismo,

para poder decir a Aquel de quien procede toda paternidad, al Padre de los padres: Padre, Padre, de todos los que me disteis, ninguno se ha perdido por mi causa: *Pater, quos dedisti mihi, non perdisti ex eis quemquam*¹.

1. JOANN., XVII, 12.

CUARTO MANDAMIENTO

SERMON SEPTIMO

Deberes de amos y criados

Honra a tu padre y a tu madre

Honorandi autem sunt non modo ii
ex quibus nati sumus, verum etiam
alii qui patres appellantur.
Catech. Rom.

El Catecismo Romano ve con precisión y habla con claridad. En el sentido cristiano, las palabras *padre* y *madre* tienen más extensión que las que les atribuye el ordinario. En efecto, designan no solamente aquellos de los cuales tenemos la existencia, sino también, y de una manera general, todos los superiores, por cualquier título que legítimamente lo sean. Así también, la palabra *hijos* expresa todos los inferiores, todos los subordinados, no solamente en la familia, sino también fuera de ella. De aquí una serie de mutuos deberes: Deberes mutuos de amos y criados; deberes mutuos de pastores y fieles; deberes mutuos del poder y los súbditos. Son materia de otras tantas instrucciones. No faltaremos a esta obligación. Hoy hablaremos de los deberes mutuos de amos y criados. Dios nos ayude con su gracia.

Para proceder metódicamente, y sobre todo, para sacar de esta instrucción la mayor utilidad práctica posible, reduciremos a tres puntos principales los debe-

res de los amos para con los criados: deberes de justicia, deberes de caridad, deberes de piedad.

Deberes de justicia. No nos detendremos largo tiempo en ellos. El amo debe alimentar a su criado y pagarle el salario convenido. Todo obrero, dice Nuestro Señor, es digno de recompensa. *Dignus est operarius mercede sua*¹. Y en el Deuteronomio: No pondrás bozal al buey que trilla tu mies en la era; ni con mayor razón se lo pondrás al hombre, tu semejante, cuyo trabajo diario ayuda a tu subsistencia: *Non ligabis os bovis terentis in area fruges tuas*². A falta del Evangelio y de la ley antigua escrita, hablaría suficientemente alto la ley natural. Entre esos dos hombres, amo y criado, ¿no hay, aun en el caso en que nada verbal se haya expresado, como un pacto, una convención tácita, un cuasi contrato, en virtud del cual se obligan el uno para con el otro, el uno a dar su tiempo, su sudor, todas las fuerzas de su cuerpo, todas las industrias de su espíritu, y el otro a reconocer, merced a una remuneración conveniente y proporcionada, el precio de los servicios que recibe? Pues bien, a pesar de que esto es elemental, y de la más rigurosa equidad, ¡cuántas veces, por desgracia, es desconocido en la práctica! ¡Es por ventura raro encontrar, aun en el seno del Cristianismo, amos que hagan de la domesticidad una especie de esclavitud! ¡Cuántos alimentan groseramente o insuficientemente a sus criados! ¡Cuántos imaginan no sé qué pretextos para diferir el pago de su salario! ¡Cuántos que, por un perjuicio aun involuntariamente causado, les hacen pagar indemnizaciones! ¡Cuántos que, por la menor falta, o aun sin que haya falta, los despiden despiadadamente antes de finir el plazo convenido, y los condenan al paro forzoso! ¡Cuántos que, aun cuan-

1. *LUC.*, cap. X.

2. *DEUTER.*, XXV, 4.

do sus servidores tengan los más atendibles motivos de conciencia para abandonarlos sin esperar la época convenida, se niegan a pagarles el tiempo que estuvieron a su servicio! ¡Cuántos, más culpables aún, que, aprovechando su angustia, los contratan al más bajo precio posible, y, entre estos dos males, quedarse sin pan, o ganar un poco, les obligan a elegir el menor! Sepan esos amos sin entrañas que explotar la pobreza y especular sobre la indigencia ajena, son cosas que repreban igualmente las leyes divinas y las humanas. Sépanlo y no duden de ello, porque un Apóstol es quien se lo dice, y un gran Papa es quien se lo repite: El salario que susstraéis por fraude a vuestros obreros y personas de vuestro servicio, clama contra vosotros y su clamor llega a oídos del Dios de los ejércitos: *Ecce merces operariorum quae fraudata est a vobis clamat; et clamor eorum in aures Domini Sabaoth introivit*¹.

Deberes de caridad: En su orden, no son menos imperiosos que los de justicia. En efecto, de hombre a hombre, de amo a criado, ¿hay otras diferencias que las accidentales? ¿No tienen uno y otro el mismo Dios por padre, la misma Iglesia por madre, el mismo Cielo por herencia? Cierto día, la hija de uno de nuestros antiguos reyes pareció olvidarlo, pero su error fué de corta duración. Creyéndose, sin justa razón, ofendida por una de sus servidoras, le dijo con altivez: Acordeos que soy la hija de vuestro rey. Pero la otra, sin desconcertarse, replicóle: No olvidéis, señora, que soy la hija de vuestro Dios²... Contestación viva, quizás demasiado viva en la forma, pero verdadera en el fondo. Por consiguiente ¡oh amos!, sed dulces, afables, indulgentes para con vuestros servidores, habladles con bondad, tratadlos con caridad, socorredlos, asistidlos, amad-

1. JAC., v. 4. LEÓN XIII, Encycl. *Rerum novarum*.
2. ROHRBACHER. *Hist. de la Iglesia*, Lib. LXXXIX.

los. El afecto con que los tratéis los unirá a vuestras personas, así en la buena como en la mala fortuna. Parece que antes eran numerosas las personas de esta índole; crecían en casa de los amos, que parecían haberlos adoptado; en ella envejecían; a veces se criaban ante sus ojos varias generaciones; los mismos brazos sostenían los hijos y los hijos de los hijos. El criado era en verdad, y según todo el sentido etimológico de la palabra, el hombre de la familia, *famulus, domesticus*¹. Todavía los hay, pero dicen que son muy raros. ¿A qué debemos atribuirlo? Seguramente, y creo que están en lo cierto, a ese deseo de cambiar, que es el carácter distintivo de nuestra época. Ora se ensaya una cosa, ora otra; a despecho de mil decepciones, se aspira siempre

1. En confirmación de lo que decimos, copiamos el siguiente relato de la *Semana religiosa* de Albi, reproducida por *L'Univers* (1892). "Celebrábanse en estos últimos días las bodas de oro de servicio de una anciana criada de la casa. Habían sido llamados todos los miembros de la familia, aun los que vivían muy lejos, para asociarse a esta fiesta. Muy temprano, reuníronse ante el altar amos, obreros y criados, con ese espíritu de fraternidad propio únicamente del Evangelio. Vióse allí acercarse a la santa Mesa la feliz criada al lado de su ama, unidas en una misma fe, una misma esperanza, un mismo amor. Algunas horas después, la vieja doméstica sentábase en el puesto de honor de la mesa de familia. La dueña de la casa con lágrimas en los ojos, trazó en suaves versos la vida de la humilde y abnegada servidora. Hablóse de los ancianos, cuyos últimos momentos había consolado, y de los que habían crecido en sus brazos. El miembro más joven de la familia, en nombre de todos, recordando que los gobiernos conceden condecoraciones a los empleados fieles, colocó sobre el pecho de la cincuentenario una medalla de oro. La conmoción era grande en todos; la pobre sirvienta estaba silenciosa, como atontada. Mas todavía le estaba reservada otra alegría mayor; iba a recibir una recompensa inesperada, más estimada para ella que toda gloria humana. En efecto, anuncióse que el Soberano Pontífice León XIII, asociándose a la gratitud de la señora Noemí Larroque por los servicios prestados durante cincuenta años a su familia por María Ricard, su criada, otorgaba a ésta con el mayor afecto, su bendición apostólica.

a lo mejor. Pero esta razón no es la única, y aun quizás no es más que secundaria. La principal es esta: el criado ya no es tan amado como antes. Con demasiada facilidad no se ve en él más que un hombre a sueldo, al cual se cree no deber nada, absolutamente nada más que el precio convenido. Es un error esta manera de pensar y de obrar. Tened un servidor fiel, dicen las Sagradas Escrituras, que no os sea menos querido que vuestra propia vida, y tratadlo como a un hermano: *Si est tibi servus fidelis, sib tibi quasi anima tua; quasi fratrem sic eum tracta*¹. Así, pues, ¡oh amo!, lo repito una vez más, pues jamás se insistirá bastante sobre este punto: en vez de mantener a vuestro servidor a distancia por la severidad del mando; en vez de hacerle sentir su inferioridad y su dependencia por las exigencias de un servicio que, al parecer, os complacéis en complicar, sed buenos, indulgentes, dispuestos a excusar, fáciles en perdonar, y contad con que, a menos que tratéis con una naturaleza realmente ruda, quizás viciosa, os devolverá en cuidados, en abnegación, en adhesión sincera y durable, lo que le hayáis dado en afecto. Quisiera saber quién dijo estas palabras tan exactas: En los superiores, la indulgencia y la afabilidad son virtudes que les cuestan poco y les rinden mucho...

Pero ya es hora de elevarnos a un orden superior de ideas.

Deberes de piedad. Los deberes de caridad y de justicia, no son los únicos que hay que cumplir. Amos, tenéis cargo de almas. Sí, desde el momento en que semejantes vuestros dependen de vosotros y están sujetos a vuestra autoridad, os incumbe necesariamente la obligación de emplearlos, según todo vuestro poder, en su

1. Eccli., XXXIII, 31.

santificación. Necesariamente decimos, lo queráis o no, porque la misma naturaleza de las cosas así lo exige. Jamás, en ningún caso, puede Dios comunicar su autoridad, o una parte de su autoridad, a nadie, ni al sacerdote en la Iglesia, ni al príncipe en el Estado, ni al padre en la familia, ni al amo sobre las personas de su casa, por otro fin que el que El mismo se propone. Por consiguiente, ¡oh amos! tenéis verdaderamente cargo de almas, esto es, como explica admirablemente Bourdaloue: En la medida en que este doméstico os debe su trabajo, le debéis vuestro celo por su salvación; en tanto os debe una especie de servicios, en cuanto le debéis otros; si él desempeña ciertos cargos en vuestra casa, vosotros sois responsables de sus actos; si es vuestro servidor en lo que mira al cuerpo, vosotros sois para con él en lo que mira al alma. Así, entre vosotros y vuestros criados la servidumbre es mutua y recíproca la dependencia².

Por consiguiente, y entrando ya en explicaciones prácticas:

Amos, instruid, o haced instruir a vuestros servidores en las verdades de la fe, si las ignoran, y casi siempre las ignoran. Son esos humildes, esos pequeños, esos hambrientos del pan de la doctrina, a los cuales hasta el presente quizás nadie les ha dado la menor migaja.

Amos, dejad a vuestros servidores tiempo para orar, para asistir a los Oficios de la Iglesia, para cumplir el deber pascual, o cualquier otro deber religioso esencial. ¿Quién sabe si la presencia de ese piadoso doméstico atrae sobre vuestra casa las bendiciones del cielo? En el capítulo XXX del Génesis leemos que Labán dice a Jacob: *Desde que estás en mi casa, es evidente que Dios me bendice*².

1. DOMINICALES, t. II.

2. GEN., XXX, 27.

Amos, velad por vuestros servidores; conoced con exactitud sus hábitos, sus conversaciones, sus visitas. Conoced bien sus costumbres. ¿Por qué este niño no es ya lo que todavía era ayer? ¿Por qué se ha transformado esa fisonomía hasta ahora tan pura, tan candida, tan transparente? ¡Cómo se han apagado sus ojos! ¡Sus labios no saben ya sonreir! Madre poco avisada, ¡en qué manos habéis puesto ese pequeño ser tan querido, esperanza de vuestra casa! Un moralista pagano, a pesar de su paganismo, quería que se pusiese gran cuidado en la elección de criadas encargadas de la primera educación; porque, si es necesario modelar los miembros de los hijos inmediatamente después de su nacimiento, para que no contraigan ningún defecto natural, nunca será demasiado pronto para formar su índole y sus costumbres.

Amos, no tengáis nunca en vuestra casa criados blasfemos e impíos, libertinos ni viciosos. ¿Queréis un hermoso modelo que os sirva de imitación? Escuchad al Real Profeta: En la necesidad de tener a mi lado personas que me sirviesen, tomé las que sabia eran más fieles al Señor, las que caminaban por la senda de sus mandamientos y llevaban una vida irreprochable: *Ambulans in via immaculata, hic mihi ministrabat*¹. Y todavía: No quise en mi casa esos soberbios, ni ninguno de esos hombres cuyos labios no se abren más que para insultar al Dios a quien adoro: *Non habitabit in medio domini meae, qui facit superbiam, qui loquitur iniquam*². Ya lo sabéis, amos cristianos; un rey es el que acaba de hablar, un rey que, viéndose obligado a tener muchos empleados, tenía buen cuidado de no tomar más que a los virtuosos.

Finalmente, ¡oh amos! y para no omitir nada: aña-

1. PSAL., V, 6.
2. PSAL., C, 6.

did á la instrucción y a la corrección, el buen ejemplo. Los criados se parecen a los hijos; son naturalmente observadores e imitadores. Así, pues, no digáis en su presencia nada que no pueda hacerse. Sobre todo, ¡qué desgracia para ellos, y qué gran responsabilidad para vosotros, si, con péridas insinuaciones, o con actos de violencia, los convirtieseis en instrumentos de criminal pasión! ¡No le hubiera valido mil veces más a esa humilde aldeana vivir en la casa paterna, pobre, pero virtuosa, que entrar en la vuestra para salir de ella deshonrada!... Perder a los que tenemos obligación de salvar, ¿no es la mayor de las iniquidades?

Explicadas todas estas cosas, y espero que bien entendidas, nos resta hablar de los deberes de los servidores para con sus amos. Pero, ¿podremos hacer otra cosa que enumerarlos?

Los criados deben respetar a sus amos. En efecto, ¿no son éstos los representantes de Dios, de Dios que los reviste de una parte de su autoridad, y quiere que, entre los hombres, aunque sean iguales por naturaleza, haya, por razones de orden general, ciertos lazos de subordinación y dependencia: *Quae autem sunt, a Deo ordinata sunt*¹?

Los criados deben obedecer a sus amos. La razón es la misma: Dios es quien manda en la persona de ellos. San Pablo lo dice expresamente: Criados, obedeced a vuestros amos según la carne: *Servi, obedite dominis carnalibus*; sea esta obediencia sencilla, respetuosa, acompañada del temor de Dios: *cum timore et tremore, in simplicitate cordis vestri, sicut Christo*; y continúa: No los sirváis únicamente cuando os ven, sino que, considerándolos como servidores de Jesucristo, haced de buen grado la voluntad de Dios: *non ad oculos servien-*

1. I COR., VII, 21.

tes, quasi hominibus placentes, sed ut servi Christo^o, facientes voluntatem Dei ex animo¹.

Los criados deben ser fieles. Es un estricto deber. Sirven a título oneroso. Por consiguiente, la primera condición del contrato es que, en cambio del salario convenido y libremente aceptado, no echen a perder nada que pertenezca a su amo, no prodiguen nada, no roben nada, no retengán nada por cualquier motivo que sea, o de compensación, o de necesidad, o de costumbre. Pueden aspirar a un mejoramiento en su estado, o dicho de otro modo, para emplear el lenguaje acostumbrado, pueden pedir ganar más; bajo este concepto, conservan toda su libertad; y si el amo es cristiano o simplemente equitativo, considerará como un deber reconocer, mediante una remuneración más crecida, servicios cuya importancia ha podido ya apreciar. Pero hasta que no se hagan nuevas convenciones, las primeras constituyen la ley, y el doméstico, por muchos méritos que tenga, o crea tener, porque uno es mal juez en causa propia, no puede vulnerarlas sin violar las reglas de la más rigurosa justicia.

Finalmente, ¡oh criados!, aceptad sin murmurar la condición en que la divina Providencia os ha colocado. Sin duda que considerándola desde un punto de vista simplemente humano, es ínfima y aun penosa; duro es permanecer quizás toda la vida bajo la dependencia de otro; pero si miráis más arriba, veréis que los aspectos cambian y oiréis a san Pablo que os dice: Aun en el caso que podáis ser libres, quizás os valdría más continuar en vuestra condición: *Et si potes fieri liber, magis uteret².* ¿Por qué? Porque siendo menores las responsabilidades, y menos numerosas también las ocasiones de pecar,

1. EPH. VI, 5 y 6.
2. I COR., VII, 21.

la salvación de vuestra alma es más fácil y mil veces más segura. En todas las cosas hay que considerar su fin. Llegará un día en que tal amo lamentará haber sido amo, y tal servidor se alegrará de haber sido servidor. La figura de este mundo pasa, dice san Pablo: *Praeterit figura hujus mundi¹*, es decir, según el pensamiento del Apóstol, que, así como en una representación de teatro, lo importante no es representar este papel o el otro, ya que, terminada la pieza, cada cual vuelve a ser lo que era antes, sino representar bien el que uno tiene, para recibir la remuneración convenida, así también, en el mundo, que éstos estén más elevados, y aquéllos lo estén menos, que éstos sean príncipes y aquéllos súbditos, éstos amos y aquéllos criados, es cosa secundaria; lo que realmente importa es que cada uno cumpla su deber, todo su deber, allí donde la divina Providencia lo haya colocado, con miras a la recompensa que ha de recibir de Aquel que, siendo la justicia misma, juzgará según el mérito, sin fijarse en la diferencia de condiciones: *Scientes quia et illorum et vester Dominus est in coelis, et personarum acceptio non est apud eum².*

1. I COR., VII, 31. Est enim mundus instar scoenae in qua peragitur fabula vitæ hujus. CORNELIUS LAPIDUS, in h. I.

2. EPH., VI, 9.

CUARTO MANDAMIENTO

SERMON OCTAVO

Deberes mutuos de patronos y obreros

Honra a tu padre y a tu madre

Sua meminerint officia lecupletes et
domini: enitantur ratione, quorum res
agitur proletarii.

Encyc. Rerum novarum.

En la instrucción precedente, anunciamos ya lo que nos proponemos decir en esta: Tras los deberes mutuos de amos y criados, los deberes mutuos de patronos y obreros. Quizás no haya asunto, entre todos los que pertenecen al Decálogo, para el cual, a fin de tratarlo con toda la exactitud doctrinal, tenga el predicador tanta necesidad de la asistencia de lo Alto, y la sienta más.

Os pido este auxilio, Dios mío. Dígnese vuestra gracia concedérmelo.

Empecemos con unas palabras de la mayor importancia, propias para guiarlos en la grave y difícil cuestión obrera:

“Entre patronos y obreros, el error capital consiste en creer que las dos clases son enemigas natas la una de la otra, y como ejércitos por naturaleza para combatirse en obstinado duelo. Tan grave es este error, que hay necesidad de colocar la verdad en una doctrina diametralmente opuesta; porque, así como en el cuerpo humano, los miembros, a pesar de su diversi-

dad, se adaptan maravillosamente el uno al otro, para formar un todo exactamente proporcionado, al que podríamos llamar simétrico, así también, en la sociedad, las dos clases están destinadas por la naturaleza a unirse armoniosamente, y a mantenerse mutuamente en perfecto equilibrio. La una tiene imperiosa necesidad de la otra; no puede haber capital sin trabajo, ni trabajo sin capital”¹.

¡Qué lenguaje! Sólo con el sello de grandeza en él impreso, no dudo que habéis reconocido y ya nombrado al Pontífice eminente que en la hora actual gobierna a la Iglesia, y habla al mundo con sabiduría consumada... Pero tampoco dudo que de estas premisas, las más autorizadas de todas, estás dispuestos a sacar todas las consecuencias que contienen.

Primera: Patronos y obreros, puesto que sois dos porciones, ambas necesarias, de un mismo todo, y por cuanto este todo es obra de la naturaleza, o mejor dicho, de Dios, autor de la naturaleza, sed respetuosos los unos con los otros: vosotros los obreros, de vuestros patronos; son vuestros amos; ocupan en el mundo del trabajo el mismo lugar que la cabeza en el cuerpo humano; no tenéis derecho a negarles el honor que, en el cuerpo humano, los miembros, si fueran capaces de ejercer derechos, no tendrían el de negarlo a la cabeza; vosotros los patronos, de vuestros obreros; aunque humanamente hablando, de condición menor, son vuestros hermanos; entre vosotros y ellos, sólo hay diferencias accidentales: la naturaleza es la misma, el origen es el mismo, los mismos destinos os esperan para lo por venir. ¿Qué más hay que decir? ¿Es que las relaciones entre patronos y obreros son únicamente paternales? Patronos, sois padres. La palabra que sir-

1. *Encycl. Rerum novarum*, de S. S. León XIII.

ve para designarlos no puede tener una significación distinta de aquella de la cual deriva. Por consiguiente, ¡desgraciados de vosotros si, reivindicando el título, y sacando de él honor y provecho, declinaseis las obligaciones que impone! ¡Desgraciados de vosotros, si vuestros obreros, que son como vuestros hijos, y seguramente vuestros hermanos, no fueran tratados por vosotros como hombres, sino como esclavos, si no vierais en ellos más que máquinas de producción, instrumentos de lucro! ¡Qué vergüenza para vosotros! Obrar así, obrar con ese desprecio del hombre para el hombre, sería volver al pleno paganismo, sería hacer renacer las doctrinas monstruosas que imperaban entonces, doctrinas que el mismo Platón formulaba así: La naturaleza no hizo herreros, ni zapateros; semejantes ocupaciones degradan a los que las ejercen; y el más sabio de la antigüedad, el maestro de los maestros, aquel en cuya autoridad se han fundado durante siglos, Aristóteles, en fin, se expresaba en estos términos más extraños todavía: Hay en la especie humana individuos que no están menos por debajo de los otros que el cuerpo lo está del alma, o la bestia del hombre. Estos seres inferiores son los que labran nuestros campos y edifican nuestras casas¹. Pero corrámonos un velo sobre estos horrores.

Segunda: Patronos y obreros, puesto que sois dos porciones, ambas necesarias, de un mismo todo, y por cuanto este todo es obra de Dios, haced algo más que guardar mutuas consideraciones para vuestras personas: respetad vuestros mutuos derechos; en otros tér-

1. Sobre la doctrina de Platón y Aristóteles referente a la esclavitud, cf. ROHRBACHER. *Hist. de la Iglesia*, libro XX, y la Carta pastoral para la Cuaresma de 1877 del cardenal PECCI, hoy LEÓN XIII: *L'Eglise et la Civilisation* (*Univers* de 4 de Marzo de 1878).

minos, sed justos. Obreros, sed justos con vuestros patronos. Ahora bien, no lo seríais, si les causaseis algún perjuicio, apropiándoos de lo que les pertenece; ellos mismos, los *minuta furtiva*, como los llama la teología, es decir, los robos de poca importancia, pero sucesivos, con frecuencia renovados, y formando así unión entre ellos, no tardarían en convertirse en materia grave, y os obligarían a la restitución. Tampoco seríais justos, si, habiéndoos comprometido, verbal o tácitamente, pero en plena libertad, a dar tantas horas de vuestro trabajo cada día, no las dierais, o bien, si las dierais materialmente, no las emplearais como es debido; la asiduidad al trabajo es manifiestamente una de las primeras cláusulas del contrato. Finalmente, y a fin de no omitir nada, seríais culpables de injusticia, si, echando a perder la obra, o disimulando los defectos, la entregaraís en condiciones diferentes de las convenidas. No se necesita más que un poco de reflexión para comprender que una fabricación defectuosa, no pudiendo dejar de tener por resultado la suspensión de los pedidos, sería más perjudicial al patrono que las pérdidas de tiempo del obrero... Vosotros también, patronos, sed justos con vuestros obreros. Sed justos, es decir, no los oprimáis, no les impongáis una suma de trabajo superior a sus fuerzas, ni a su edad, ni a su sexo. De lo contrario, levantarían contra vosotros sus gritos al cielo, y el Señor los escucharía, como escuchó a los hijos de Israel, cuando, oprimidos bajo el yugo del Faraón de Egipto, hacían noche y día la argamasa y cocían los ladrillos destinados a la construcción de sus reales palacios: *Et ingemiscentes filii Israel propter opera vociferati sunt; ascenditque clamor eorum ad Deum ab operibus, et audivit gemitum eorum*¹... Sed

1. EXOD., II, 23.

justos, o bien, si, absolutamente hablando, no peligra aquí la justicia, sino tan sólo la caridad, sed caritativos, esto es, no contratéis los libertinos; el obrero honrado quiere que sus costumbres sean respetadas, protegidas, garantizadas de todo ataque; menos estragos haría un lobo en un redil, que un obrero licencioso en una fábrica, en un taller. Escuchad una voz mil veces más autorizada que la mía: es un deber, y la religión lo prescribe, que se protejan los intereses morales del obrero y el bien de su alma: *Similiter praecipitur, religionis et bonorum animi habere rationem in proletariis oportere*¹. Por eso corresponde al patrono darles plena satisfacción; el obrero, pues, no debe ser entregado a la seducción, ni a las solicitudes corruptoras; nada debilita en él el espíritu de familia y los hábitos de vida prudente y ordenada: *Quare dominorum parles esse, non hominem dare obvium lenociniis corruptiarum illecebrisque peccandi; neque ullo pacto a cura domestica parimoniaeque studio abducere*²... Sed justos, es decir, dejad el domingo a vuestros obreros, dejádselo libre de todo trabajo, de todo servicio. Esto no sólo es caridad, sino justicia, y obligación de justicia resultante de un pacto, por lo menos tácito. Aun cuando fueran menos que hombres, únicamente cosas, como lo quería y decía el antiguo paganismo, tendrían ya derecho a algún descanso: una máquina no funciona siempre. Aun cuando fueran hombres, hombres solamente, y nada más, como se proponen hacer creer ciertas doctrinas del tiempo presente, su derecho al descanso sería aún más sólidamente establecido: el hombre sólo tiene fuerzas limitadas; a medida que las ejercita, preciso es que las renueve. ¿Qué digo? Si no es seguido de otro descanso más largo, más reparador, sin dejar de ser periódico, el

1. ENCICL. *Rerum novarum*.
2. *Ibid.*

mismo descanso de la noche no basta; sobre esto se ha hecho la prueba. Pero, felizmente, tenemos algo más que el antiguo o el nuevo paganismo: el obrero no es tan sólo una cosa, o simplemente un hombre; es un cristiano, un hijo de Dios, que tiene, como tal, deberes religiosos que cumplir, deberes esenciales, que no es libre de omitir, un fin sobrenatural que debe alcanzar, fin sobrenatural necesario, al cual no puede renunciar sin cometer un crimen. Y como el descanso dominical le es medio indispensable para cumplir esos deberes esenciales y conseguir ese fin sobrenatural necesario, la *interrupción del trabajo en el día del Señor, debe ser condición expresa o tácita de todo contrato entre patronos y obreros*¹. Así se expresa el gran Doctor que será nuestro guía hasta el fin en este importante asunto; y concluye: Donde esta condición no entre, el contrato carecerá de probidad, esto es, será injusto, porque ni el patrono tiene el derecho de exigir, ni el obrero de prometer la violación de los deberes para con Dios y para consigo mismo: *Neque enim honestum esset convenire secus, quia nec postulare cuiquam fas est, neque spondere neglectum officiorum quae vel Deo vel sibi met ipsi hominem obstringunt*²... Finalmente, y aquí también, como antes, para no omitir nada, patronos, sed justos con vuestros obreros, y pagadles su salario, un salario conveniente. No hacerlo así, esto es, especular con sus necesidades, explotar su miseria, comprar su trabajo con rebaja, lo que ocurre siempre que, sin razones absolutamente imperiosas para obrar así, se le paga por debajo del *minimum*, y con menos probidad aún, cuando no se le paga nada, ¡qué crueldad! ¡qué inhumanidad! ¡qué irritante violación de la justicia! ¿Habrá que decir que semejante contrato, en el que hay violencia por una par-

1. ENCICL. *Rerum novarum*.
2. *Ibid.*

te, y falta de libertad por otra, es nulo de pleno derecho¹?

Pero ¿qué debe ser este salario para que sea conveniente?

¿Debe ser proporcionado al trabajo? Sin duda alguna; porque desde el momento en que la obra hecha por un hombre es un acto humano, es decir, producto de la inteligencia de este hombre, más aún que de la fuerza de sus brazos, por tanto, más noble que toda mercancía, de cualquier especie que sea, nada más sencillo que sea asimilado, en cuanto a la remuneración, a tal objeto cambiante que uno se procura mediante su precio, según la estimación común. Entre la obra y el salario, que es el pago de la obra, debe haber, pues, equivalencia, lo cual quiere decir que, si el trabajo exige mayor esfuerzo de inteligencia, o despliegue de actividad, o bien que sea de más larga duración que la duración ordinaria, o bien de tal naturaleza que la salud pueda resentirse, o también, como ocurre en las minas, por ejemplo, que la vida esté comprometida, es de justicia que el salario se eleve en consecuencia.

¿Pero debe ser proporcionado al provecho del patrono? En estricta justicia, no. El patrono hace todos los adelantos, de fondos, de locación, de materias primeras, de herramientas, de la conservación de las mismas; el obrero no hace ninguno. Y así como hace todos los adelantos, el patrono corre todos los riesgos, provenientes, ya de la concurrencia, ya de la producción excesiva, que ocasiona la baja en el precio de venta, ya de tal acontecimiento grave, propio para introducir la perturbación en la vida social de un pueblo, y, en efecto, introduciéndola; el obrero no corre riesgo alguno, o, si

1. Quod si necessitate opifex coactus, aut mali pejoris metu permotus duriorem conditionem accipiat, quae, etiamsi nolit, accipienda sit, quod a domino vel a redemptore operum imponitur, istud quidem est subire vim, cui justitia reclamat. ENCL. *Rerum novarum.*

alguno corre, es en proporción incomparablemente menor. Por eso, como compensación de los adelantos hechos y de los riesgos posibles, todos los beneficios son para el patrono, y en estricta justicia el obrero no tiene en ellos parte alguna. Pero allí donde termina la estricta justicia, aparece la equidad natural con sus fecundas industrias. Patronos, si la fortuna os sonríe, si vuestro comercio prospera, si el cuerpo de cien brazos de esas buenas gentes, de esos obreros sobrios y honrados, hace afluir a vuestra casa la riqueza, sed bienhechores, generosos, caritativos; lo que no hayáis tenido que dar por obligación de justicia, dadlo espontáneamente y por supererogación¹; haced de modo que vuestros obreros, cuyo trabajo conciencioso y asiduo tantas ventajas os procura, puedan, no solamente alimentarse, vestirse, tener buena habitación, ellos y sus familias, sino hacer también algunas economías para atender a su existencia en los días de paro forzoso, de enfermedad y de vejez. Una sana y autorizada teología nos dice que no basta observar el precepto de la caridad, sino que en el cumplimiento de este deber hay que guardar cierto orden, de tal modo que los que nos tocan más de cerca pasen por delante de los que nos tocan menos. Ahora bien, después de vuestras mujeres, vuestros hijos y vuestros parientes, ¿quién os toca más de cerca que esos buenos obreros, para los cuales sois como padres, en el sentido en que lo hemos indicado antes, los cuales constituyen para vosotros una segunda familia? ¡Ah, cuán bien se entendían antes estas cosas! También hoy en día, a pesar de que vivimos en una época de egoísmo y de olvido de las santas prescripciones evangélicas, nuestros grandes industriales cató-

1. Ille qui ex re alterius accepta multum juvatur, potest propria sponte aliiquid vendenti supererogare; quod pertinet ad ejus honestatem. S. THOM., 2, 2, q. LXXVII art. 1, in corpore arti. ad finem.

licos lo entienden así y lo practican¹...

Pero el asunto no está agotado todavía. De las trascendentales palabras citadas al principio y de las explicaciones que sobre las mismas hemos dado ya, queda por sacar una tercera consecuencia.

Patronos y obreros, por cuanto sois dos porciones, ambas necesarias, de un mismo todo, y por cuanto del lazo que os une resultan derechos que ejercitar y deberes que cumplir, a fin de ejercitar estos derechos como deben ser ejercidos, y cumplir estos deberes como deben ser cumplidos, sed cristianos. Patronos, si no lo sois, ¿qué seréis? Temo que os mostréis orgullosos en demasiada de vuestros éxitos, fáciles en abusar de vuestra prosperidad, desdiosos del obrero, como si fuera de otra naturaleza, quizás inhumanos, quizás ávidos de ganancias hasta la injusticia. Evidente es que el siglo está en la pendiente de la falta de probidad. El dueño está por encima de todo, aun de la virtud, sobre todo de la virtud: *Virtus post nummos*, decía un antiguo; y añadía otro: Se quiere poseer; en cuanto a los medios para poseer, no se repara en ellos; lo importante es poseer: *Unde habeat nemo querit, sed oportet habere*. ¿Difiere mucho nuestro tiempo de aquellos en los cuales podrían pronunciarse palabras semejantes sin provocar gran asombro, pues eran reconocidas como la expresión verdadera de las costumbres existentes?... Obreros, si no sois cristianos, ¿qué seréis? ¿qué haréis? ¿hasta dónde llegaréis? Por desgracia, lo veo con toda claridad. Seréis impacientes del yugo, descontentos de vuestra suerte, celosos del bien ajeno hasta la negra envidia, incapaces de hallar en vosotros y en vuestras propias fuerzas suficiente valor; no diré ya para aceptar, pero

1. En particular los señores Mame, de Tours, y Harmel, cerca de Reims. Sea permitido al humilde autor de estos sermones ofrecerles el justo tributo de su admiración.

ni siquiera para soportar esa desigualdad, necesariamente inevitable en el estado social, la desigualdad de las condiciones. Haréis... ¡ah! bien sé yo lo que deberíais hacer, asociaciones como antes entre patronos y obreros, para discutir pacíficamente vuestros respectivos intereses; pero en vez de estas asociaciones, haréis, si no sois cristianos, otras, haréis coaliciones, huelgas, empresas desdichadas, tan malvadamente dirigidas por los unos, como fácilmente aceptadas por los otros, todavía más perjudiciales a los obreros que a los patronos. ¿Hasta dónde iréis? Iréis más lejos todavía que el paro querido y concertado de que acabamos de hablar, llamado *huelga*, iréis hasta el socialismo, esa gran herejía de nuestra época, que tantos adeptos ha hecho ya, y se apresta a hacerlos en lo por venir. Socialista o cristiano. Sí, las ambiciones están demasiado excitadas, y el Evangelio, el único capaz de extinguirlas, o de moderarlas por lo menos, está demasiado olvidado, para que el obrero no sea, en un tiempo determinado, socialista, si no es cristiano.

Así, pues, patronos y obreros, sed cristianos; conoced mejor, y aceptad sin desconfianza la religión, sus enseñanzas, sus instituciones, sus preceptos, sus obras. La aproximación sobre los puntos que os dividen, es a este precio. Vos lo habéis dicho, ¡oh gran Papa!, nada eficaz será posible, si no se logra por el mejoramiento moral y religioso de patronos y obreros. Todo otro medio sugerido por la prudencia humana, será inútil. *Cum religio malum pellere funditus sola possit, illud reputent universi: in primis instaurari mores christianos oportere, sine quibus ea ipsa arma justitiae, parum sunt ad salutem valitura*¹.

Terminemos con unas palabras no menos interesantes

1. ENCYCL. *Rerum novarum* ad finem.

que provechosas. ¿Os acordáis de haber visto... ¿qué digo? quizás está en vuestro poder, como recompensa de una lección de catecismo bien aprendida, o del Evangelio del domingo recitado de corrido, un grabado que representa un *Interior del taller de Nazaret*. La sierra y el cepillo penden de la pared, en el centro el banco de carpintero, y como personajes, María, sentada, hilando, José, con los brazos desnudos, trabajando, con el rostro sudoroso, y el divino Infante, Jesús, con una antorcha alumbrando a los trabajadores... ¡Oh feliz inspiración de la iconografía cristiana! ¡Oh suave visión! Jesús sosteniendo la antorcha, porque se trabajaba muy temprano, o por la noche, en aquel taller, el más santo, pero también el más pobre quizás del mundo! Jesús, repito, sosteniendo la antorcha, ¿qué significa? ¿No significa su divina religión, y la Iglesia depositaria autorizada de sus enseñanzas, proyectando la más viva claridad sobre la cuestión obrera, cuando la sabiduría humana la deja en la más profunda obscuridad, y con la autoridad que le es propia diciendo a todos aquellos a los cuales interesa esta cuestión, e interesa a todo el mundo, cuáles son los derechos que deben ejercitar, y la manera de ejercerlos, y cuáles son los deberes que deben cumplir, y la manera de cumplirlos^a...

CUARTO MANDAMIENTO

SERMON NOVENO

Deberes mutuos de pastores y fieles

Honra a tu padre y a tu madre.

Honorandi autem sunt non modo
il ex quibus nati sumus verum etiam
alii qui patres appellantur, ut episco-
pi et sacerdotes.

Catech. Rom.

Hemos dicho ya, en otra serie de instrucciones¹, que en la Iglesia, sociedad religiosa, perfecta en su orden, y abierta al mundo entero, hay, no solamente, como en toda sociedad bien organizada, sino por institución divina inmediata y directa, dos partes muy distintas: los miembros que no son más que miembros, y los miembros que son más que miembros. Los miembros que no son más que miembros, de cualquier condición que sean, grandes o pequeños, ricos o pobres, sabios o ignorantes, son iguales entre sí, y un mismo nombre sirve para designarlos: se llaman *fieles*. Los miembros que son más que miembros, aunque pertenecientes a diversos órdenes, reciben por modo semejante un mismo calificativo: se llaman *pastores*. Aquí sólo hablaremos de aquellos a los cuales pone la Iglesia a la cabeza de tal o cual parroquia, para regirla, y de los fieles que viven bajo este régimen, el régimen curial. Los unos y los otros ¿no constituyen una familia espiritual? Bajo este concepto, ¿no tienen deberes mutuos que

1. *Cincuenta y dos sermones sobre el Símbolo*; Sermón 36º.

cumplir, que proceden del cuarto mandamiento? Pues bien, de estos deberes vamos a tratar hoy como asunto de nuestra instrucción. Dios nos ayude con su gracia.

Mas empiezo por decir que si yo, el último de la tribu sacerdotal, me atrevo a discurrir sobre los deberes de los párrocos, lo hago ciertamente, menos por instruir a mis hermanos, que son mis maestros, que para recordármelos a mí mismo. Dicho esto, y era de justicia decirlo, pasemos adelante.

Los pastores deben residir en medio de sus rebaños. ¿No son los padres, los verdaderos padres, en el orden de las cosas espirituales? ¿Pues cómo podrían satisfacer plenamente las obligaciones que esta paternidad, la más elevada de todas, les impone, si estuvieran largo tiempo, por modo habitual, apartados de ellos? La Iglesia lo ha entendido bien: siempre iluminada y conducida por el Espíritu de Dios, ha legislado sobre esta materia, y en su memorable sesión XXIII, después de recordar a los párrocos que deben, por derecho divino, conocer a sus ovejas, ofrecer por ellas el adorabilísimo sacrificio, administrarles, en caso de necesidad, los sacramentos, ofrecerles el pan de la palabra divina, distinguir entre la totalidad los más indigentes y los más afligidos, para prodigarles cuidados particulares, añade el santo Concilio de Trento: Todas estas cosas son imposibles de hacer, si el pastor no reside personalmente allí donde habita el rebaño: *Quae omnia nequaquam ab eis praestari, et impleri possunt, qui gregi suo non invigilant, neque assistunt, sed more mercenariorum deserunt*¹. Después de esto, el mismo Concilio declara que los ausentes, pastores de nombre únicamente, no pueden en conciencia cobrar las rentas de sus beneficios en la misma proporción de su ausencia.

1. Sess. XXIII, cap. 1.

Los párrocos deben apacentar sus rebaños. Acabamos de decirlo sumariamente. Mas no será inútil explicarlo con más detalles. Tomando las cosas desde su misma raíz, el oficio de todo pastor consiste en apacentar: *pastor a pascendo*. Rara vez el lenguaje humano ha expresado una idea exacta con una palabra más feliz. Por consiguiente, apacíen los pastores sus rebaños. San Bernardo les dice: Apacentadlos con la palabra, apacentadlos con el ejemplo, apacentadlos con el fruto de vuestras largas oraciones: *Pasce verbo, pasce exemplo, pasce longarum fructu orationum*².

Con la palabra: *verbo*. Prediquen los pastores; San Pablo se los dice, y añade que no es este solamente asunto aconsejado y supererrogatorio, el cual sea permitido convertirlo en título de gloria, sino obligación rigurosa, un deber que se impone³. Prediquen los pastores, con la mayor frecuencia posible, aun a deshora, si es necesario, por lo menos cada domingo y en las fiestas de precepto; así lo ordena la Iglesia, bajo la amenaza de severas penas⁴; y el pasto que les den, sea una doctrina santa, *cloquia sacra*, palabras saludables, *salutaria verba*, advertencias provechosas a las almas que les están confiadas, *monita salutis*; en resumen, la palabra de Dios, *verbum Dei*⁵, y que de ella se alimenten ellos mismos, para mejor alimentar a los otros; *Inde pasco, unde pascor*⁶. Prediquen, pues, los pastores, pero al mismo tiempo que las ovejas, *oves*, es decir a los fieles adultos, apacíen también los corderos, *agnos*, es decir, los niños; denles a aquéllos un alimento fuerte, y leche a éstos. ¡Ah, que no fuéramos todos Franciscos de

1. S. BERNARDO.

2. *I Cor.*, IX, 16.

3. *Conc. Trid.*, Sess. V. De refor., c. II.

4. *Conc. Trid.* *passim*.

5. S. AGUSTIN.

Sales en nuestra catequesis! Era una maravilla, dice un autor contemporáneo, que había visto en sus actos evangélicos al santo Obispo de Ginebra, era una maravilla, y recreaba hondamente el ánimo, oír cuán familiarmente exponía a los niños los rudimentos de nuestra fe; a cada momento brotaban de sus labios las más ricas comparaciones; contemplaba a su pequeño mundo, y su pequeño mundo le contemplaba a él; hacíase niño con los niños para formar en ellos al hombre perfecto según Jesucristo¹.

Con el ejemplo: *cxemplo*. Esta predicación vale todavía más que la precedente; tan buena es. Predicar con el ejemplo es el medio de predicar a toda hora: *Est perpetuum praedicandi genus*². Lo que el Príncipe de los pastores, Jesucristo, decía a sus Apóstoles, lo repite a todos los que, por un título o por otro, tienen cargo de almas, esto es, que son la luz del mundo, *lux mundi*, la sal de la tierra, *sal terrae*. En el admirable apólogo que la Iglesia nos hace leer, en el segundo domingo después de Pascua, no solamente el buen pastor conoce a sus ovejas, y les habla, por cuanto las llama, cada una por su nombre, sino que va delante de ellas: *ante eas vadit*³. ¿Hay manera más conmovedora de recordar al jefe espiritual de una parroquia que su deber consiste en edificar con el ejemplo, no menos que con la palabra? Por eso, en sus dos epístolas a Timoteo, el discípulo querido al cual él había hecho sacerdote y pastor, lo que más le recomienda san Pablo es que sea, en medio de su rebaño, un modelo perfecto en todas las cosas, principalmente en las conversaciones, en las relaciones con el prójimo, en la caridad, en la fe, en la cas-

1. HAMON. *Vida del Santo*.

2. AP. S. LIGUORI. *Selva*.

3. JOANN., cap. XI.

tidad¹. Decía Jesucristo a los judíos, demasiado refractarios a estas enseñanzas: Mi palabra no arraiga en vosotros: *Sermo meus non capit in vobis*². El servidor no es de mejor condición que el amo. En los tiempos tan turbulentos que atravesamos, nuestra palabra, como la del Maestro, no halla eco. Nos queda el último recurso: el buen ejemplo. La predicación por el ejemplo no está sujeta a contradicción. Es un lenguaje del cual no se desconfía, y raro es que no produzca efecto. Quiero pertenecer a la religión del santo Obispo de Ginebra, decía un protestante honrado; una religión que ha hecho a un hombre tan bueno, tan dulce, tan adornado de toda suerte de virtudes, no puede dejar de ser la verdadera.

Mas los pastores tienen otro deber que cumplir, otra manera de ser pastores, es decir, de apacentar: orando. Oren, pues: *pasce longarum fructu orationum*. Oren mucho. Sea cada uno de ellos para su pueblo un nuevo Onías: *Hic est fratrum amator et populi: hic est qui multum orat pro populo*³. Añadiré que el menor de vosotros está mejor provisto, a este efecto, que el sumo sacerdote en la ley antigua, aunque fuese Onías. En efecto, éste sólo tenía a mano pálidas figuras, elementos sin vigor, como dice san Pablo, *infirma et agena elementa*⁴. Pero nosotros tenemos la realidad, el verdadero y substancial sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, sacrificio de adoración, de propiciación, de impetración, de acción de gracias. Saque de él el pastor toda la virtud que en él se encuentra cada vez que suba al santo altar, e inmole la divina víctima, ore por él y por los otros, más por los otros que por él, por los que tienen más necesidad, por los pequeños, los humil-

1. I TIM., IV, 12.

2. JOANN., VIII, 37.

3. IIMACH., XV, 14

4. GALAT., IV, 9.

des, los afligidos, los enfermos, los pecadores, sobre todo por los pecadores endurecidos. En cuanto a estos últimos, los pocos sentimientos religiosos que todavía anidan en su alma, aunque a raros intervalos: su vida que, si bien no es ya cristiana, es honrada; la vuelta a la fe y a sus santas prácticas, que se logrará, hay que esperarlo, al final de su existencia, o en las proximidades de la muerte... ¿quién sabe si todo esto no será fruto del *Memento* que el pastor hace de ellos y para ellos en la misa de cada día?

Y ahora ¡oh parroquianos! ¡oh fieles! ¿no he dicho lo suficiente sobre los deberes de los pastores para con vosotros, para tener el derecho de recordaros los que tenéis que cumplir con relación a ellos?

En primer lugar, amad a vuestros pastores. Son vuestros padres en la fe. Os han engendrado en Jesucristo por el Evangelio¹. Casi les debéis tanto como los gálatas a san Pablo. Ahora bien, ¿sabéis hasta qué punto llevaban éstos su adhesión y gratitud por los beneficios recibidos? Una palabra escapada a la humildad del Apóstol nos lo enseña: Os rindo el testimonio, les escribe, de que estabais dispuestos, si hubiera sido posible, a arrancaros los ojos para dármelos: *testimonium perhibeo vobis, quod, si fieri posset, oculos vestros eruissetis, et dedissetis, milii*². Apresurémonos a añadir que nadie está obligado a este heroísmo, ni a ningún otro. Por otra parte, hay que reconocer que los gálatas eran una excepción, y así, el mismo san Pablo dice a los de Corinto, no para lamentarse de ello, sino para hacerlo constar, que si bien estaba enteramente dispuesto a darles cuanto tenía y aun a entregarse él mismo, por la salvación de sus almas, a pesar de que le parecía que cuanto más los amaba, menos amado era de ellos: *Ego*

1. *I Cor.*, IV, 15.
2. *GALAT.*, IV, 15.

*autem libertissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris: licet plus vos diligens, minus diligar*¹.

En segundo lugar: Respetad, honrad a vuestros pastores, en razón de los poderes que han recibido, de las fuerzas que ejercen, del carácter de que están revestidos. ¿No son otros Jesucristo, como los llama un antiguo Doctor, *sacerdos alter Christus*?... Luego ¿no tienen derecho al respeto y al honor en cuanto hombres? No; como hombres pueden tener menos inteligencia que vosotros, una posición social inferior a la vuestra; entre ellos *non multi potentes, non multi nobiles*²...; finalmente, como hombres pueden ser mucho menos que vosotros, pero como sacerdotes, son mucho más que vosotros, más que los más poderosos de este mundo, más que los mismos reyes. Sin duda, habéis leído este rasgo de san Martín en la mesa del emperador Máximo. El monarca, por deferencia, presentóle su copa, como era costumbre en aquel tiempo, en la convicción que, después de beber, se la devolvería el santo. Pero con gran asombro de los convidados, san Martín, sin atenerse a la etiqueta imperial, ofreciósela al diácono que le acompañaba, queriendo dar a entender con ello que un diácono era, según él, superior aun a las testas coronadas. Toda la corte entendió la lección, y nadie pensó en quejarse³.

En tercer lugar obedeced a vuestros párracos, ya ordenen, ya prohiban, sobre todo cuando señalen doctrinas perversas, o truenen contra vicios públicos y escandalosos. Están en el deber de hacerlo, deber de caridad, y aun de justicia⁴, y desgraciados de ellos, si no lo hacen, pues serán grandes culpables, faltarán a su

1. *II Cor.*, XII, 15.

2. *I Cor.*, I, 26.

3. ROHRBACHER, Lib. XXXVI.

4. GURY, t. II, n. 113.

misión, y por eso las Escrituras llaman a estos videntes que nada ven, perros mudos, *speculatores caeci, canes muti, non valentes latrare*¹. Pero, si lo hacen, desgraciados los pueblos que no los escuchan y los dejan gritar, para correr a las fuentes emponzoñadas del error. Corrían a su perdición los judíos, y ya se anunciablea como próxima la cautividad el dia en que, tapándose los oídos, para no oir las advertencias que hubieran podido salvarlos, dijeron a los profetas: Habladnos un lenguaje más agradable, y ved únicamente visiones que nos agraden, aunque nos engañen: *Loquimini nobis placentia, videte nobis errores*².

En cuarto lugar, orad por vuestros pastores. ¡Ah! decís, ¡oh fieles!, que tenéis gran necesidad de gracias divinas para conseguir vuestra salvación... Verdad es, convengo en ello; pero tened la convicción de que los ministros sagrados tienen más necesidad que vosotros, en razón de sus obligaciones más numerosas, más difíciles, más delicadas; en razón de las responsabilidades más pesadas que recaen sobre ellos, sobre todo si tienen cargo de almas, y, por tanto, teniendo que dar cuenta, no solamente de su propia alma, sino también de todas las vuestras, *quasi rationem pro animabus vestris reddituri*. Aligerad, pues, esa carga y hacedla más suave, no solamente con una oración pronta y fácil, sino también con una oración asidua... Cada penitente debería orar todos los días por su confesor, y cada feligrés por su párroco.

He llegado al término de mi exposición de los deberes que deben cumplir párrocos y feligreses. Antes de cerrar esta instrucción, ¿me permitiréis, o me permitiré yo mismo, rebasar un poco los límites que me he impuesto, sin que, ello no obstante, me vea obligado es-

1. Isa., LXI, 10.

2. Ibid., XXX, 10.

trictamente a mantenerme siempre dentro de ellos? Sí. Lo que se debe a los sacerdotes de parroquias, ¿no se les debe también y con mayor razón, a los obispos, y más aún al Pastor supremo, de quien los unos y los otros dependen?

Así, pues, amor, respeto, honor, obediencia al obispo diocesano; orad por él. El obispo es también sacerdote, pero sacerdote engrandecido, el sacerdote completo, el más alto representante de Jesucristo, no para toda la Iglesia, sino para una porción ya extensa de la Iglesia, y sacando de esta divina representación tanta majestad, que reyes, emperadores, conquistadores, aun en los momentos en que más ebrios estaban de su poder y de sus triunfos, no creyeron rebajarse inclinándose ante ella.

Así, pues, amor, respeto, honor, obediencia al papa; oremos por él. Como, en derecho absoluto, el obispo es el cura de toda su diócesis, el papa es el obispo de toda la Iglesia, el padre, el cabeza, el pastor único, a quien se le dijo que apacentara ovejas y corderos, todo el rebaño. Ahora bien, ¿a quién se amará, si no se ama a ese padre de los padres? ¿a quién se respetará y honrará, si no se respeta y se honra esa cumbre la más elevada de las grandezas sacerdotales y jerárquicas? ¿A quién se obedecerá, si no se obedece a ese rey universal de las almas... no solamente, nótese bien, en tal orden de cosas, sino también en tal otro, siempre que estén en juego graves intereses religiosos; no solamente en materias de fe, y en todas las cuestiones con ellas relacionadas, sino también en materias de moral, y en todos los deberes que de ellas derivan, ya de la vida privada, ya de la pública? Dícese a veces: hay circunstancias, o tal concurso de circunstancias que hacen que sea más difícil conocer el deber que cumplirlo. Pero este lenguaje, generalmente al menos, es más sentencioso

que exacto. Cuando el papa ha hablado, y jamás deja de hablar cuando es útil hablar, ya no hay obscuridad, ni tinieblas, ni siquiera luz débil; el deber queda claramente determinado, y de cualquier orden que sea, hay que cumplirlo; *porque*, como se ha dicho con toda la autoridad que dan la categoría y la ciencia, *el Evangelio entregado a la solicitud y el magisterio infalible del Papa, es la regla suprema e inmutable, así de la conciencia individual, como de las leyes que rigen los pueblos constituidos en nacionalidades*¹.

Por eso, bien que en medida diferente, y por diversos títulos:

Adhesión filial al pastor de la parroquia, al obispo diocesano, al papa.

Respeto y honor al pastor de la parroquia, al obispo diocesano, al papa.

Obediencia pronta, fácil, al pastor de la parroquia, al obispo diocesano, al papa, en las cosas que les incumben; y cuando se trata del papa, esas cosas van muy lejos.

Finalmente, en cuanto a la oración que hay que hacer por el pastor de la parroquia, el obispo diocesano y el papa, ninguna mejor que la que hace la Iglesia misma el Viernes Santo, no solamente por el papa, sino por todo el Orden jerárquico, por los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los subdiáconos, los acólitos, los exorcistas, los lectores, los ostiarios.

No podemos reproducirla toda.

Por el papa dice:

Oremos por nuestro Santo Padre el Papa, para que el Señor Dios nuestro, que lo ha elegido en el orden del episcopado, le conserve su salud y seguridad para

1. Exposición del clero del arzobispado de Braga (Portugal) al Papa. *L'Univers*, 8 de Septiembre de 1893.

el mayor bien de la Iglesia y para la dirección del santo pueblo de Dios.

Sí. Así sea. *Amén*. Así sea por nuestro gran papa León XIII, actualmente reinante, y por todos sus sucesores en la suprema magistratura de la Iglesia.

CUARTO MANDAMIENTO

SERMÓN DÉCIMO

Deberes mutuos del poder y de los súbditos

Honra a tu padre y a tu madre

Idem de regibus, de principibus, de
magistratibus et reliquis quorum po-
testati subjicimur, dicendum est.
Catech. Rom.

En las instrucciones precedentes hemos explicado los deberes mutuos de padres e hijos, de amos y criados, de patronos y obreros, de pastores y fieles. Pero con ello no queda agotado el cuarto mandamiento. ¿No hay otras relaciones que las que existen entre padres e hijos, entre amos y criados, entre patronos y obreros, entre pastores y fieles? En otros términos, la sociedad doméstica no es toda la sociedad. La sociedad religiosa tampoco es toda la sociedad. Más extensa que la primera, menos vasta que la segunda, hay la sociedad civil, es decir, tal pueblo y tal otro, tal pueblo que forma un todo distinto, y tal otro pueblo que forma otro todo distinto. Aunque diferentes los unos de los otros por la índole y las costumbres, todos esos pueblos tienen de común que cada uno de ellos se compone de dos elementos esenciales, los gobernantes y los gobernados; los gobernantes que constituyen la cabeza, y los gobernados que constituyen el cuerpo. Ahora bien, de éstos para aquéllos, y recíprocamente, ¿cuáles son los de-

beres que hay que cumplir? Esto es lo que nos proponemos decir. Dios nos ayude con su gracia.

Para mejor tratar el asunto, haremos algunas indicaciones sobre la necesidad del poder, sobre su origen, el modo según el cual se transmite y las diversas formas de gobierno.

De la necesidad del poder, diremos que es absoluta. Cien veces se ha hecho la observación, y es ciertamente una vulgaridad volver a hacerla, de que Dios creó al hombre para vivir en sociedad. En efecto, toda nuestra naturaleza da de ello claramente testimonio. El sistema de los que sacan el estado social de una convención, de un pacto entre los hombres, en vez de hacerlo derivar, como en realidad deriva, de los instintos y necesidades del hombre, es uno de los más groseros errores que se hayan cometido nunca. Mas este estado social, este cuerpo, si se quiere, necesita una cabeza que mande. Entre tantos miembros como lo componen, tan diversos en ideas, en voluntades, en naturales, en inclinaciones, en intereses particulares, la unión es imposible sin una fuerza que la mantenga y dirija la acción de todos y de cada uno hacia el bien común. La frase de Bossuet es verdadera y lo será siempre, porque es, no el fruto de una o de varias experiencias, sino la expresión del buen sentido: En donde todos quieren hacer lo que les plazca, nadie hace lo que quiere; en donde todo el mundo es amo, todo el mundo es esclavo¹.

Del origen del poder, diremos que es divino, y lo decimos a ciencia cierta. Lo decimos con el autor inspirado de la Sabiduría: Por Dios reinan los reyes: *Per me reges regnant*². Lo diremos con san Pablo cuando

1. BOSSUET. Política sacada de la *Escritura Santa*. Lib. I, art. 3.

2. PROV., VII, 15.

escribía a los romanos: Toda autoridad tiene en Dios su fuente: *Non est potestas nisi a Deo*¹. Lo diremos con Jesucristo dirigiendo a Pilato, que se prevale de su poder de gobernador, ya para ponerlo en libertad, ya para enviarlo a la muerte, la respuesta que bien sabéis: No tendrías poder alguno sobre mí, si no se te hubiera dado de lo alto: *Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper*². Diremos también, con la simple razón, expresada aquí, como en tantas otras materias, por boca de nuestro gran papa León XIII, que quedando demostrado que la sociedad viene originariamente de Dios, del mismo modo viene de Dios, y por el mismo título que la sociedad, eso sin lo cual la sociedad no podría existir, ni siquiera concebirse, esto es, el poder: *Quae (auctoritas) non secus ac societas, a natura propterea que a Deo oritur auctore*³.

Sobre el modo como el poder se transmite, diremos que, si bien el poder viene de Dios, la sociedad en provecho de la cual se ejerce, entra por alguna cosa. ¿Cómo? ¿Cómo participa en su colación? En una u otra de las dos maneras siguientes: O bien el poder que reside en ella, no que lo tenga de sí misma y de ella sola, sino como un bien que le ha sido concedido por Dios para que haga de él el mejor uso posible, es transmitido por ella misma a uno o a varios sujetos determinados; o bien Dios concede a la comunidad el derecho de elegir y presentar ese o esos sujetos, a los cuales concede al punto la autoridad, y entonces las partes se distribuyen así: la comunidad proporciona la materia, y Dios añade la forma. Mas, ora sea de esta manera, ora sea de la otra, el texto de san Pablo: *toda autoridad viene de Dios*, queda a salvo, porque en el primer caso, si el poder es

1. ROM., XIII, 1.

2. JOANN., XIX, 11.

3. ENCIC. *Immortale Dei*: *Non est magni statuere.*

conferido *inmediatamente* por la *comunidad*, lo es *mediatamente* por Dios, de quien lo tiene, y, en el segundo caso, *mediatamente* por la *comunidad*, ya que presenta un sujeto apto para recibirla, e *inmediatamente* por Dios, que lo concede. Añadamos que, en uno y otro caso, el poder recibe una garantía no mediana, ciertamente, de estabilidad, que saca primeramente de su origen, el cual es divino, como acabamos de decir, y, en segundo lugar, de los compromisos de una y otra parte, en razón misma de este origen, esto es, del poder, por cuanto se compromete a gobernar en bien de los intereses de la *comunidad*, y de la *comunidad*, porque se compromete a obedecer mientras no se viole el pacto fundamental.

Finalmente, sobre las diversas formas gubernamentales bajo las cuales se ejerce el poder, diremos que si, prácticamente hablando, en tal caso, en tal concurso de circunstancias, teniendo presentes las ideas, las costumbres, las aspiraciones, el temperamento de tal o cual pueblo, ésta es mejor y aquélla menos buena; especulativamente hablando, en otros términos, considerándolas en sí mismas y en su ser propio, monarquías, o gobierno de uno solo, aristocracia, o gobierno de los notables, democracia, o gobierno del pueblo por sus representantes directos, todas son buenas, es decir, capaces de cooperar al bien común, con relación al cual se constituye la autoridad social. A este efecto, nadie, si es respetuoso y sumiso, puede abrigar duda alguna, desde que la Iglesia se ha pronunciado, como acaba de hacerlo, por su órgano más autorizado: *Jus imperii per se non est cum ulla reipublicae forma necessario copulatum*¹. La soberanía no está en sí necesariamente ligada a ninguna forma de gobierno; y también: *Ex*

1. ENCIC. *Immortale Dei*.

variis recipublicae generibus, modo sint ad consulendum utilitati civium per se idonea, nullum quidem Ecclesia respuit¹. De las diversas formas de gobierno, con tal que sean en sí mismas aptas para procurar el bien de los ciudadanos, la Iglesia no rechaza ninguna.

Sentadas estas nociones, que juzgamos necesarias, o por lo menos muy útiles, ved cómo esta luz ilumina nuestro asunto.

El poder es la condición de vida para un pueblo, y, bajo cualquier forma gubernamental que se ejerza, viene de Dios; las consecuencias se imponen:

Respetad el poder, respetad a los que lo poseen legítimamente, llámense como se llamen, reyes, emperadores, cónsules, presidentes; respetadlos a pesar de sus faltas, si las tienen, a pesar de sus vicios, si los tienen; porque si, de una parte, no hay que pedir a los hombres más de lo que la naturaleza humana puede dar, de otra, honrando a éstos, en su calidad de lugartenientes de Dios, de representantes de Dios, de hombres, en fin, a quien Dios confía el cuidado de los negocios públicos, a Dios es a quien honramos en sus personas, y a su providencia, que es el último término de nuestros homenajes: *Si quem eis (principibus) cultum tribuimus, is ad Deum refertur, qui publici munieris procreationem iis attribuit, quibusque utitur tanquam potestatis suaे ministris².*

Obedeced al poder; la prueba es más fácil aún; los textos abundan. Dice san Pablo: Sea toda alma sumisa a los poderes superiores, porque no hay poder que no proceda de Dios y todos los que existen Dios los ha establecido. Así, pues, quien resiste al poder, resiste a la orden de Dios. Y para que nadie se engañe sobre el

1. ENCL. *Libertas*, y varios puntos de la *Encíclica a los franceses*, de 16 de Febrero de 1892.

2. *Catech. Rom.*

carácter de esta obligación, verdadera obligación moral, añade: Hay que obedecer no solamente por temor, sino también por motivos de conciencia¹. Por su parte, escribe san Pedro: Mostraos sumisos, por amor de Dios, al orden establecido entre los hombres; sumisos al rey, pues ejerce el poder supremo, y a aquellos a los cuales comunica su autoridad, como enviado por él para alabanza de las buenas acciones y castigo de las malas². ¡Admirable enseñanza! Tal fué en los primeros días de la Iglesia, y tal ha sido en la sucesión de los siglos... Todavía ayer la encontramos en los labios del actual sucesor de san Pedro, León XIII: No es lícito despreciar el poder legítimo, cualquiera que sea la persona en la cual resida, como no lo es resistir a la voluntad de Dios. Por eso, concluye, sacudir la obediencia y trastornar la sociedad por medio de la sedición, es un crimen de lesa majestad, no solamente humana, sino divina: *Quapropter obedientiam abjecere, et, per vim multitudinis, rem ad seditionem vocare est crimen majestatis, neque humanae tantum, sed etiam divinæ³*... ¡Ah, si tan saludables lecciones fueran mejor escuchadas de los pueblos y de los reyes! ¡Ah, si tuvieran siempre presente el origen divino del poder; éstos para no verse tentados a promulgar otras leyes que las que Dios mismo haría, aquéllos para someterse sin esfuerzo, y, repitiendo la frase de san Pablo, por conciencia, a la más alta de las autoridades, a la autoridad de Dios!

Finalmente, asistid al poder; esto quiere decir que, en principio, si no en aplicación rigurosa, los deberes de los súbditos para con el poder, son los mismos que los de los hijos para con los padres. Asistid, pues, al poder, ayudadle con vuestras oraciones, con vuestro di-

1. ROM., cap. XIII.

2. I PETR., cap. II.

3. *Immortale Dei*.

nero, y aun me atrevo a decir, con vuestra sangre, con vuestros consejos. Con vuestras oraciones: En todas partes y siempre en la Iglesia, aun en plena persecución, se ha orado por los poderes públicos; esta tradición se remonta a los apóstoles: Ante todas cosas, dice san Pablo, os ordeno que hagáis súplicas, oraciones, votos, acciones de gracias, por los reyes y por los que están revestidos de autoridad, a fin de que, merced a su buen gobierno, llevemos una vida feliz y tranquila¹. Con vuestro dinero: El Estado no puede prescindir de él; necesita mucho para las cosas de la guerra y para las cosas de la paz. Con tal que sea equitativamente repartido, y en la justa medida de las necesidades, el impuesto es legítimo, y debe en conciencia pagarse; la respuesta de Jesucristo a una pregunta insidiosa de los fariseos, sobre este asunto, está en la memoria de todos: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios². Con vuestra sangre: Acabamos de recordar las cosas de la guerra; a ellas estamos sujetos; no basta que exijan el impuesto de oro, exigen también el de sangre; es duro, pero es duro, y continuará siéndolo, hasta que llegue, si llega algún día, el tiempo en que el hierro de las lanzas se cambie en las rejas del arado. Con vuestros consejos: porque, como con gran sabiduría lo dice el Autor inspirado de los Proverbios: Allí donde faltan prudentes consejeros, perece el pueblo; por lo contrario, allí donde se encuentran hombres instruidos, la prosperidad pública queda asegurada³... ¿A quién, pues, enviar junto al poder, para aconsejarle, mejor dicho, para ayudarle eficazmente y formar parte activa en la gestión de los negocios? La respuesta es sencilla, y no podría hallarse otra mejor: a hombres prudentes,

1. ROM., II, 1, 2.

2. MATTH., XII, 23.

3. PROV., XI, 14.

ilustrados, virtuosos, íntegros, que entiendan los intereses sociales y religiosos, generales y particulares, y sepan defenderlos...

Pero acabemos.

Si de la noción del poder, se derivan para los súbditos deberes que cumplir con relación a sus jefes, de esta noción bien entendida, se derivan, por modo semejante, para los jefes, llámense como se llamen, y cualquiera que sea la forma de su gobierno, deberes que cumplir con relación a los súbditos. Solamente las enumeraremos:

Han de ser desinteresados. El poder es un servicio público, una gran servidumbre, como decían los antiguos, *magna servitus, magna fortuna*. Los que de él están investidos, no lo recibieron sino con miras al bien común, no para utilidad propia. Nunca será lícito apartarlo de su objeto.

Han de ser padres, los padres de sus pueblos. Esto quiere decir que se inclinen a la moderación en la imposición de las cargas públicas, y a la indulgencia, sin dejar de aplicar, según lo exija la necesidad, las severidades de la ley. La frase es de san Agustín: Al hacerte rey, no quiso Dios hacerte soberbio¹. Admirable es san Luis cuando, entre otros consejos a su hijo, le dice: Más valdría que viniese de Escocia un escocés que gobernara bien, que un rey salido de tu raza fuese malo para sus súbditos²... También sobre este punto pensaban los antiguos como nosotros, a pesar de no estar iluminados con la luz del Evangelio. No solamente sus poetas, sino también su lenguaje habitual, da testimonio de ello. Para ellos, el arte de gobernar no era más que el arte de saber ser moderados en el mando³.

1. In. D. 125, n. 7.

2. ROHRBACHER, *Hist. de la Iglesia*, lib. LXXIV.

3. ¿Sabéis, me preguntaba cierto día el Cardenal, con aque-

Han de ser justos. ¡Cuántas cosas expresa esta palabra! Para el poder, ser justo es reprimir el mal, y castigarlo, pero sin exceder de la medida, en los que lo cometen: la espada que ciñe, para esto la ciñe: *Non enim sine causa gladium portat*¹. Ser justo es promover el bien con buenas leyes; porque como dice excelentemente santo Tomás, el fin de toda ley consiste en proponerse formar hombres honrados y virtuosos: *Finis cuiuscumque legis est ut homines efficiantur justi et virtuosi*². Finalmente, y por modo general, pues es imposible, en efecto, descender a detalles, para el poder, ser justo, no es, en verdad, procurar por sí mismo e inmediatamente, a sus súbditos, todo aquello a lo cual tienen derecho, sino ponerlos en condiciones de adquirirlo, y en asegurarles el goce apacible de ello, sea en el orden moral, sea en el temporal, sea en el espiritual, y, en este último orden, procurar que consigan el último fin para el cual fueron creados; porque el poder público ha sido establecido para utilidad de los súbditos, y aunque no se proponga como fin próximo más que conducir los ciudadanos a la prosperidad de esta vida *terrenal*, le incumbe el deber, no de disminuir, sino de aumentar, por lo contrario, para el hombre, la facultad de conseguir ese bien supremo y soberano en el cual consiste la eterna felicidad de los hombres. Ahora bien, sin la religión,

lla lentitud cadenciosa y aquel ritmo meridional que nunca olvidarán los que le oyeron, sabéis por qué los violentos no son amigos para el gobierno? Consultad la etimología, y ella os lo dirá. Los romanos, cuyo genio tanto sobresalió en la administración como en la conquista, empleaban el término *moderari* para expresar la idea de gobierno, tanta verdad es que la medida (*modus*), la posesión de uno mismo, la ponderación, son cualidades indispensables a los hombres encargados de conducir a otros. Extracto de la *Oración fúnebre* del cardenal *Guilbert*, arzobispo de París.

1. ROM., XIII, 4.

2. 1, 2, q., CVII, art. 2.

es esto imposible: *quo perveniri non potest religione neglecta*. Por eso deben conservarla los jefes del Estado y protegerla, si quieren, como deben quererlo, asegurar prudente y útilmente los intereses de la comunidad. *Itaque hanc (religionem) qui rem publicam gerunt conservent, hanc tueantur, si volunt prudenter atque utiliter, ut debent, civium communitati consulere*¹.

Con esto queda explicado todo el cuarto mandamiento. Resumámoslo en una aspiración. ¡Ojalá los que están sometidos a sus prescripciones, y por un título u otro lo está todo el mundo, cumplan fielmente los deberes que impone: los padres y los hijos sus deberes de padres y de hijos; los amos y los criados sus deberes de amos y criados; los patronos y los obreros, sus deberes de patronos y de obreros; los pastores y los fieles, sus deberes de pastores y de fieles; los gobernantes y los gobernados, sus deberes de gobernantes y gobernados! ¡Cuán terrible es la responsabilidad de los primeros, es decir, de los superiores! Por lo mismo que lo son, y por esta cualidad están cargados de obligaciones, tendrán que soportar un juicio más severo: *Judicium durissimum his qui praesunt, fiet*²... A pesar de las apa-

1. ENCICLICA *Libertas*; véase todo el texto. Interesante es, después de más de doce siglos de intervalo, comparar la enseñanza *ex cathedra* de León XIII, con el pasaje siguiente de una carta de Gregorio el Grande al emperador Mauricio: *Ad hoc enim potestas super omnes homines dominorum meorum pietati ccelitus data est: ut qui bona appetunt, adjuventur; ut cœlorum via largius pateat; ut terrestre regnum cœlesti regno famuletur*: El poder soberano sobre todos los hombres ha sido dado desde lo Alto a Vuestra Majestad para que la virtud se vea ayudada, ampliado el camino del cielo, y el imperio terrestre sirva al celestial... Este texto gustaba mucho a Bossuet, quien lo cita varias veces, especialmente en la *Oración fúnebre* de la reina de Inglaterra, en su sermón sobre los *Deberes de los reyes*, y en el que lleva por título *La justicia*.

2. SAP., VI, 6.

riencias en contrario, es más aceptable la condición de los segundos, esto es, de los inferiores. A los pequeños, y porque lo son, se les tendrá más fácilmente misericordia: *Exiguo enim conceditur misericordia*¹...

1. SAP., IV, 7.

QUINTO MANDAMIENTO

SERMÓN PRIMERO

La muerte

No matarás

Non occides. Magna illa quae pacificis hominibus proposita est felicitas, quoniam filii Dei vocabuntur, pastores maxime commovere debet, ut praecepti hujus disciplinam fidelibus diligenter accurateque tradant.
Catech. Rom.

La gran felicidad prometida a los hombres pacíficos, de los cuales dijo Jesucristo que serán llamados hijos de Dios, es para los pastores motivo poderosísimo para explicar a los fieles con gran solicitud el quinto mandamiento: *No matarás, Non occides*. En efecto, para asegurar la concordia entre los hombres, no hay medio más eficaz que la observancia exacta de este precepto bien entendido, ya que no predica más que unión y paz. Por eso, dice el Catecismo Romano, del cual tomamos todo este preámbulo, si, de una parte, la obligación de los pastores consiste en dar sobre este asunto cuidadosas instrucciones: *Ut praecepti hujus disciplinam fidelibus diligenter accurateque tradant*, de otra, es obligación de los fieles escucharlas atentamente y de buen grado: *Fidelcs attente libenterque praeceptum audire debent*. Queda trazado el deber, a vosotros el vuestro, y a mí el mío; cumplámoslos del mejor modo posible, vosotros el vuestro, y yo el mío. Dios nos ayude con su gracia.

Non occides: No matarás. Aunque el Catecismo Romano, y, antes que él, san Agustín y santo Tomás, no descuidaron esta fase del asunto, apenas hay necesidad de decir que el dominio del hombre sobre las criaturas inferiores, y el uso que está autorizado a hacer de ellas, no entran en esta prohibición. Rey de este mundo, bajo la soberanía divina, ora obre como propietario, o por lo menos como usufructuario; ora corte los árboles de sus bosques, o las plantas de sus huertos; va capture en sus redes, o persiga con su rápido plomo los vivientes del aire, de la tierra o de las aguas; ya, finalmente, mate, para alimentarse, para vestirse, o aun para recrearse, el hombre ejerce siempre un derecho legítimo. En virtud de la concesión que Dios le hizo¹, y aun dejando aparte toda concesión positiva, en virtud de la razón que quiere que las cosas menores queden subordinadas a las elevadas, pertenece al hombre toda vida inferior a la suya, toda vida vegetativa, toda vida animal, para someterlas a sus usos. Unicamente la vida humana queda sustraída a su imperio, y únicamente esta vida humana es el objeto de la prohibición ordenada por el quinto mandamiento.

Non occides: No matarás. Bien delimitada ya, y entendida en el único sentido que acabamos de decir, esta prohibición es antigua, y ha sido muchas veces renovada.

Antigua. En el capítulo V de san Mateo dice Jesucristo a su oyentes: Sabéis que se dijo a los antiguos: No mataréis: *Audistis quia dictum est antiquis: non occides.* ¿Qué antiguos eran estos? Adán y sus primeros descendientes. La muerte de Abel por su hermano Caín,

1. Sobre esta cuestión que, aunque está fuera de controversia, no carece de interés, véase el *Catecismo Romano*. In eo autem quod cædes prohibentur etc. S THOM., 2, 2, q. LXIV, art. 1. S. AUGUS., *De Civit.*, Lib. 1, c. XX.

la intervención de Dios en el lugar mismo del crimen, los terribles remordimientos del culpable, su existencia vagabunda, todas estas cosas, muy presentes a vuestros espíritus, suponen manifiestamente una ley prohibitiva de la muerte ya existente, sea positiva, sea grabada en lo más íntimo de la conciencia, pero en uno y otro caso, emanada de Dios². ¿Quiénes eran también estos antiguos? Noé y sus hijos. Sumergido el primer mundo en las aguas del diluvio, la única prohibición que Dios hace al mundo nuevo que se eleva sobre los despojos del antiguo, a esta sociedad incipiente que contiene en su seno todas las futuras generaciones, es ésta: No cometerás homicidio: Pediré cuentas de vuestra sangre a quien la vierta, sea hombre, sea bestia: *Sanguinem requiram animarum vestrarum, de manu cunctarum bestiarum, et de manu hominis*³. ¿Quiénes son, en fin, estos antiguos? Los mismos hebreos. Como las precedentes, os es conocida muy bien esta historia. Todas las tribus de Isreal hállanse consagradas al pie del Sinaí; Moisés se encuentra en la cumbre de la montaña, y recibe, para promulgarla de nuevo y más solemnemente la ley de Dios; esta ley es grabada en la piedra, en donde estará menos expuesta a borrarse que en la conciencia humana; se compone de diez preceptos, resumen substancial de todos los deberes del hombre para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismo. Ahora bien, de estos diez preceptos, el quinto dice: *Non occides*³ no matarás. Dos palabras lo expresan pero en estas dos palabras está contenida toda una legislación.

1. GEN., c. IV.

2. *Ibid.*, c. IX. Tiene Dios tanto horror a las muertes, dice Bossuet sobre este pasaje y sobre la cruel efusión de sangre humana, que en cierto modo quiere que se mire como culpable a las bestias que la derraman. *Política sagrada*.

3. EXOD., c. XX.

Con frecuencia renovada. ¿Quién lo ignora? ¿Quién no ha recorrido suficientemente las Escrituras para saber que en cien puntos diferentes es la muerte explícitamente condenada y severísimamente castigada? En el Exodo: No matarás al inocente ni al justo, dice el Señor, porque yo aborrezco al malo que vierte sangre¹. En los Números: Si alguno golpea con hierro, con piedra o con una rama del árbol, y el golpeado muere del golpe que ha recibido, sea condenado a muerte el matador². En el Deuteronomio: Si alguien, por odio a su prójimo, busca la ocasión de sorprenderle, y arremetiendo contra él, le hiere y le mata, se le entregará a los parientes del muerto, y será condenado a muerte³. En los Salmos: El hombre engañador, el hombre de sangre, he ahí el hombre que el Señor abomina⁴. En los Proverbios vemos expresada la misma idea casi en los mismos términos: Tres cosas hay que horrorizan a Dios: los ojos altivos, la lengua embustera y las manos que derraman sangre inocente⁵. Jesucristo dice en el Evangelio: Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No matarás, y que quien matare, será condenado a muerte en juicio. Yo os digo más: quiénquiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene⁶. San Pablo en sus epístolas: Bien manifiestas son las obras de la carne, las cuales son: adulterio, fornicación, deshonestidad, lujuria, culto de ídolos, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, enojos, riñas, discusiones, herejías, envidias, *homicidios*, embriagueces, glotonerías, y cosas semejantes: sobre las cuales os prevengo, como ya tengo dicho, que los que ta-

1. EXOD., c. XX.

2. NUM., XXIII, 16, 17, 18.

3. DEUT., XIX, 11, 12.

4. PSAL. V., 7.

5. PROV., VI, 17.

6. MATTH., V. 21-22.

las cosas hacen, no alcanzarán el reino de Dios¹. No insistamos: jamás ley divina o humana fué más claramente promulgada, ni más ampliamente notificada.

Non occides: No matarás. Esta prohibición es la más general de todas en sus aplicaciones. Ninguna prohibición contiene tantas otras como esta. He ahí el hombre tal como Dios lo ha hecho, con sus derechos y sus deberes: *No debe matar ni ser muerto*. Del propio modo que las comparaciones, las suposiciones tienen la ventaja de arrojar mucha luz sobre los asuntos que uno trata. Supongo, pues, un hombre que tiene sobre sus semejantes, por un título u otro, alguna supremacía, o la de la riqueza, o la de la inteligencia, o la de la categoría; ya es un príncipe, ya un rey, ora un poderoso de la tierra, ora, en fin, un hombre superior. ¿Le está prohibido matar, por su propia autoridad, fuera del orden de la justicia? Sí, ciertamente, le está prohibido matar: *non occides*; la prohibición es general, no tolera excepción alguna: *Quoad eos qui caedem faciunt, nemo plane excipitur, non divites, non potentes, non domini: sed delectu omni et discriminis remoto, occidere vetitum est omnibus*². Hago otra suposición, y la saco de aquel sobre el cual se ejerce la acción: Por ejemplo — permitidme por un instante este lenguaje, poco evangélico, verdad es, pero demasiado usado en el mundo —, o bien se trata de un hombre de nada, un esclavo, un mendigo, un vagabundo, como Caín, un desheredado de la naturaleza, un insensato; o bien de un anciano gravoso a sí mismo y a los otros; o bien de un soldado herido de muerte en el campo de batalla, que apenas respira; o bien de un niño que nace, y necesitará largos años para desarrollarse y ser útil; o bien, para ir más adelante, de un niño todavía por

1. GALAT., V. 19, 20, 21.

2. Catech. Rom.

nacer; o bien, para llegar hasta el fin, de un germen de hombre apenas recibido en el seno que debe fecundarle; ¿está prohibido matar a uno u otro de estos diferentes seres? Sí, ciertamente, está prohibido matarlo: *non occides*; la prohibición es también aquí general; en donde Dios no distingue, no nos es permitido distinguir: ese esclavo es un hombre, ese mendigo es un hombre, ese vagabundo es un hombre, ese desheredado de la naturaleza es un hombre, ese insensato es un hombre, ese anciano, ese paralítico, es un hombre, ese soldado mutilado es un hombre, ese niño apenas nacido es un hombre, ese niño que está por nacer es un hombre, *ese germen de hombre es un hombre, al menos en bosquejo¹*. *Si vero ii spectantur qui interficiuntur, ad omnes haec lex pertinet; nec quisquam est tam humilis et abjectae conditionis homo, quin legis hujus vi defendatur²*... Dice el Señor: el que mate al asesino Caín, será considerado también como asesino, y la pagará con las setenas³. En el rey Acab, que mata a Nabot, súbdito suyo pobre y sin defensa, para apoderarse de su viña, la historia ha visto un asesino⁴. En el amalecita, que mata a Saúl herido de muerte y que no acababa de morir, David, y, con David, todo el mundo ha visto un asesino⁵. En Herodes, que mata por millares a los inocentes de Belén, la Iglesia no ha cesado de ver al más cruel de los asesinos, y cada año, en el día conmemora-

1. *Homicidii festinatio est prohibire nasci; nec refert nam tam quis eripiat animam, an nascentem disturbet; homo est et qui est futurus.* Traduciremos este pasaje: Impedir el nacimiento es un crimen anticipado; entre matar una vida ya abierta, y poner obstáculos a su floración, ¿en qué consiste la diferencia? Esa sangre que se transforma en hombre, es ya un hombre. TERTUL., *Apolog.*, c. IX.

2. *Catech. Rom.*

3. GEN., c. IV.

4. III. REG., 6. XXI.

5. II. REG., c. I.

tivo de aquellas amables criaturas, pone en la boca de una de las madres, este grito: *Quid separas a me, quem genui ex me? Cauta portavi, quem a te video manu crudeli jactari. Modo eum effuderunt viscera mea et tu elidis ad terram¹...*

Pero con esto no queda agotado el asunto. La cuestión de personas no es toda la cuestión. Hay la cuestión de modo. La muerte directa está tan prohibida como la indirecta. Se llama muerte indirecta toda muerte de hombre, proveniente, como el efecto previsto o fácil de prever, de un acto, o voluntariamente ejecutado, o voluntariamente omitido.

Ejemplo: No matáis, a la verdad, con vuestras propias manos, pero ordenáis que maten, proporcionáis los medios para hacerlo, aconsejáis que lo hagan, aunque sea por signos, como aquel romano que, rogado para que diera su opinión sobre el modo de proceder con relación a tales o cuales personajes, hizo cortar, a la vista de los que habían ido a consultarle, las cabezas más altas de las adormideras de su jardín.

Otros ejemplos: Vosotros, testigos en una causa de pena capital, deponéis en falso contra un acusado, o bien, vosotros, jurados, le condenáis sin causa suficiente que motive semejante sentencia; vosotros, médicos, carecéis de la ciencia suficiente del arte de curar, o bien, si la tenéis, no hacéis uso de ella en tal caso grave, o bien, prescribís remedios dudosos, y hacéis experiencias, como con demasiado desdén se dice, *in anima vili...* Vosotras también, enfermeras, si en el oficio que tenéis, oficio que entraña la confianza pública o privada, miráis menos el deber que impone que la ganancia que reporta; vosotros, maridos, si tratáis duramente o con poca consideración a vuestras esposas que se encuentran en una situación—es lo menos que puede decirse—que exige

1. *Brev. Rom. In oct. SS. Innocent.*

miramientos; vosotras madres imprudentes, negligentes o mundanas, que cargáis sobre subalternas poco seguras una obligación que os incumbe personalmente a vosotras, la de velar por vuestros hijos... si de una u otra de estas causas, de esa cooperación, de ese consejo, de esa omisión, de esa brutalidad, de esa frivolidad, o de un acto más criminal aún¹, sobreviene la muerte de un hombre, esta muerte os es imputable, sois responsables de ella. Tampoco insistimos sobre esto. Cualquiera que sea el autor o la víctima, de cualquier manera, directa o indirecta, que se produzca la muerte, toda muerte cae bajo la prohibición impuesta por el quinto mandamiento: *Non occides, no matarás*².

Non occides: No matarás. Finalmente, esta prohibición es la más justificada de todas. ¿Quién no lo ve claramente? ¿Quién no ve que matar a un hombre es el crimen más atentatorio posible a los derechos de Dios, de la sociedad y del hombre considerado como individuo? A los derechos de Dios, dueño de la vida y de la muerte: Yo soy el que hace vivir; yo soy el que hace morir, dice el Señor³; a los derechos de Dios, que ha hecho todas las cosas, como Él mismo lo declara, todo ese mundo terrenal, para el hombre, únicamente para el hombre, de tal suerte que, como lo declara muy juiciosamente el Catecismo Romano, el que destruye al hombre, destruye cuanto de él depende, toda

1. En el Congreso de Higiene de 1878, las estadísticas comprobaron que más de 3.000 niños perecen cada año a consecuencia de actos criminales (*Univers*, 13 de Noviembre de 1890).

2. No hemos hecho más que desarrollar aquí este substancial párrafo del *Catecismo Romano*: *Quibus exceptis — estos exceptuados son el homicidio involuntario, el homicidio de un justo agresor, etc. — Quibus exceptis, reliquæ omnes prohibentur cœdes, sive homicidiam spectet, sive eum qui cœcidit, sive modos quibus cœdes fit.*

3. DEUT. XXXII, 39.

la obra divina, porque destruye al que es la única razón de ser de las obras divinas: *Homicidae, quantum in eis est, universum Dei opus evertunt cum hominem tollant, cuius causa ea omnia quaecumque procreata sunt, se fecisse testatur*¹. A los derechos de la sociedad, que tiene necesidad de todos sus buenos miembros, ya que por el momento sólo se trata de éstos, que los reivindica muy legítimamente, que saca de ellos las más preciosas ventajas, y los considera como la porción mejor de la sociedad: fácilmente reconoceréis aquí el argumento del maestro, santo Tomás: *Vita autem justorum est conservativa et promotiva boni communis: quia ipsi sunt pars principalior multitudinis*². A los derechos del individuo mismo, privado por el hierro homicida de la primera y más santa de las propiedades, de una propiedad cuya pérdida es irreparable. ¿Habrá necesidad de largos razonamientos? ¿Quién no sabe al punto que, en la escala de la criminalidad, el homicida ocupa el primer escalón? Menos es el robo, y la rapiña, que es peor que el robo; menos la maledicencia, y la calumnia, que es peor que la maledicencia; menos la fornicación, y el adulterio, que es peor que la fornicación. Ese oro que os arrebatan, esa reputación de la cual os despojan, esa integridad de cuerpo que perdéis, esa mujer que es vuestra, y sobre la cual vosotros solos tenéis derechos; cada una de estas cosas es un bien, un bien muy grande; pero si os arrebatan éste o el otro, os quedan otros todavía... Pero el malvado que os mata os lo quita todo, puesto que os quita aquél sin el cual ya no hay ningún bien: la vida.

La demostración queda hecha. *Non occides: No matarás.* De todas las prohibiciones, esta es la más antigua, la más frecuentemente renovada, la más general

1. *Catech. Rom.*

2. S. THOM., 2, 2, q. 64, art. 6.

en sus aplicaciones, la mejor justificada en derecho. ¡Pero la perversidad humana es tan grande! Por eso, aunque esta sea la más antigua de todas las prohibiciones, la más frecuentemente renovada, la más general en sus aplicaciones, la mejor justificada en derecho, si a pesar de todo, es infringida, si es violada, si hay muerte de hombre, o simplemente golpes, heridas, mutilación, *quid ad praxim?* ¿Qué hacer? Hay que reparar... pero ¿cómo reparar? Hay que reparar en parte lo que es irreparable en totalidad... Pero esta respuesta no es la única. Hay otra. *Quid ad praxim?* ¿Qué hacer? Es la pregunta que los judíos, más que homicidas, puesto que mataron al autor mismo de la vida, dirigieron a san Pedro y a los otros Apóstoles, el día mismo en que conocieron más claramente el crimen abominable que habían cometido: *Quid faciamus, viri fratres?* ¿Qué hemos de hacer? Hombres que sois nuestros hermanos, decidnoslo. Y san Pedro les respondió: Haced penitencia, y que cada uno de vosotros sea bautizado en nombre de Jesucristo, en remisión de sus pecados: *Paenitentiam agite, et baptizetur unusquisque vestrum, in nomine Iesu Christi, in remissionem peccatorum*¹. Esta respuesta es la nuestra. Haga penitencia el hombre culpable que ha manchado sus manos en la sangre de uno de sus hermanos, y sean para él como un nuevo bautismo las lágrimas de su arrepentimiento... *in remissionem peccati*.

1. Act., II, 37 y 38.

QUINTO MANDAMIENTO

SERMON SEGUNDO

El suicidio

No matarás

Neque vero seipsum interficere cu-
piam fas est; cum nemo vitae suae
ita potestatem habeat, ut suo arbit-
ratu mortem sibi conscidere liceat.
Catech. Rom.

Expuesta ya en la precedente instrucción la doctrina sobre la muerte en general, es de justicia, no sólo tratar del suicidio, ya que es un verdadero homicidio, sino también darle entre los homicidios el primer puesto. ¿Por qué?

Primeramente, porque es, de todos los homicidios, el más grave.

En segundo lugar, porque es, de todos los homicidios, el más perjudicial a su autor, que es al propio tiempo la víctima.

Finalmente, y para decir algo más actual, porque, de raro que era antes, se ha convertido en nuestros días, de todos los homicidios, en el más común.

Empecemos, y Dios nos ayude con su gracia.

El suicidio, es decir, como la palabra lo indica, el atentado voluntario, premeditado, directa o indirectamente cometido por un hombre contra su propia vida; el suicidio es un verdadero homicidio; basta un ligero razonamiento para convencerse de ello. El que se mata a sí mismo, mata a un hombre. En efecto, en vez de

decir: *No matarás a los otros*, la ley dice simplemente: *No matarás: non occides*; esto significa: *No te matarás a tí mismo, ni matarás a los otros*. Así lo entendieron, y lo entienden todos los teólogos, con san Agustín a la cabeza: *Restat ut de homine intelligamus quod dictum est: non occides: non alterum, ergo nec te. Neque enim qui se occidit, aliud quam hominem occidit*¹.

Pero no estamos más que en los preliminares. Hemos dicho que, de todos los homicidios, el suicidio es el más grave, el más perjudicial, el más común.

El suicidio es, de todos los homicidios, el más grave; no, a la verdad, en el sentido de que sea más atentatorio a los derechos de Dios que el homicidio simplemente dicho, pero más que el simple homicidio, el suicidio invade el soberano dominio de Dios, único a quien pertenece dar la vida, único a quien pertenece igualmente volver a tomarla, como dicen las Escrituras: *Ego occidam, et ego vivere faciam*². Así, pues, bajo este concepto, homicidio y suicidio son de la misma naturaleza, sin que la culpabilidad de éste sea superior a la culpabilidad de aquél. Ni tampoco en el sentido de que el suicidio sea más indemnizable a la sociedad que el homicidio simplemente dicho, ya que el uno y el otro, pero no más el uno que el otro, hacen lo mismo y en igual medida; como cada individualidad humana es miembro de un cuerpo, y parte de un todo, todo hombre que se mata a sí mismo y todo hombre que mata a otro, arrebatan a la sociedad, que es este cuerpo, que es este todo, un miembro que le es propio, una parte que le pertenece, de la cual no puede ser privada sin verse dañada en su derecho: *Quilibet homo est pars communitatis; et ita id quod est, est communitatis*³. Así, pues, bajo este

1. S. AUGUST., *De Civit.*, lib. 1, c. XX ad finem.

2. DEUT., XXXII., 39.

3. S. THOM., 2, 2, q. LXIV, art. 5.

concepto, como bajo el precedente, el homicidio y el suicidio se asemejan, y la culpabilidad es la misma. De todos los actos, pues, que el quinto mandamiento reproba, ¿en qué sentido es el más criminal el suicidio? El Doctor Angélico responderá: Menor es, dice, el pecado de fornicación que el homicidio, menor es el pecado de adulterio que el homicidio; pero también es menor el homicidio de otro que el homicidio de uno mismo: *Constat minus esse peccatum fornicationem vel adulterium, quam homicidium, el praecipue sui ipsius*; éste, el homicidio de sí mismo, el suicidio, añade, es el más grave de todos: *quod est gravissimum*; y da al punto la razón: Porque todo hombre, debiendo, por el orden de la caridad, amarse más que a ningún otro hombre, el que se mata es más culpable por el solo hecho de matarse a sí mismo, que si matara a otro hombre: *quia sibi ipsi nocet, cui maximam charitatem debet*¹... Por consiguiente, si hemos seguido bien este encadenamiento: menor que el suicidio, cualquier otro homicidio; menor el homicidio de un esposo, menor el homicidio de un niño, menor el homicidio de un hermano, menor, ¿lo diré?, el homicidio de un padre o de una madre; siempre por la misma razón, que cualquiera que sea o deba ser el amor, el amor de un esposo por su cónyuge, de un hermano por su hermano, de un padre por su hijo, de un hijo por su padre, más grande debe ser el amor que nos debemos a nosotros mismos. El suicidio es, por este motivo, un homicidio calificado.

El suicidio es, de todos los homicidios, el más perjudicial a su autor, que es al mismo tiempo la víctima. ¡Ah, bien lo sé, Dios es rico en misericordia! En la dicha que experimenta en decirlo, encuentra el pastor una compensación a la contrariedad que se impone a

1. S. THOM., *Ibid.*

veces por anunciar verdades severas. Dios es, pues, misericordioso, infinitamente misericordioso; perdona al pecador contrito y humillado, cualquiera que sea la enormidad de sus crímenes; perdona aún, perdona siempre, *qui facit misericordiam in millibus*¹; en donde abunda la iniquidad, superabunda la gracia redentora, *ubi abundavit delictum, superabundavit et gratia*²... Suponed que Judas, después de su traición, se arrepintiese del crimen cometido, y en vez de ir a arrojar a las losas del templo el precio de su infame comercio, cayendo a los pies del Redentor, implorase su misericordia; ¿le hubiera perdonado el buen Maestro? Sí, el buen Maestro le hubiera perdonado. Suponed que el mismo Judas, renunciando a su satánico proyecto de suicidio, humillado, pero lleno de confianza, y diciendo a Dios, como el hijo pródigo, cuya historia sabía de memoria, por haberla oído de labios de Jesús: Padre, padre, pequé contra el cielo y contra ti, ¿le hubiera perdonado el Padre celestial? Sí, el Padre celestial le hubiera perdonado. Se han visto muchos desdichados llenos de desesperación, precipitarse a la muerte, y detenerse a tiempo sobre la fatal pendiente. Repatriados, reconciliados con la vida, deshechos en lágrimas, piden perdón a Dios y a los hombres, y dan signos inequívocos de arrepentimiento. ¿Se convierten en grandes santos? Es posible que no, pero, por lo menos, su salvación final no queda comprometida. Mas esto no es más que la excepción; aunque Dios puede hacerlo, no está obligado a hacer un milagro a cada tentativa de suicidio; el gran respeto que tiene a nuestra libertad, basta para impedirlo; casi siempre, si no siempre, no lo hará; no hará que este acero no corte, que esta carga no explote, que este veneno no queme, que este

1. JEREM., XXXII, 18.
2. ROM., XV, 20.

fuego no asfixie, que esta agua se transforme en sólida y os conduzca como si fuera tierra firme. Os empeñáis obstinadamente en morir; moriréis. Pero ¿y después?... ¡Ah! la primera muerte no es la terrible, o bien, si lo es, hay otra más terrible mil veces, la que las Escrituras llaman la *segunda muerte*, es decir, la muerte eterna, la reprobación eterna, el infierno eterno. El desgraciado que se mata, acaba por un crimen; el último acto que ejecuta en este mundo, es un crimen; y puesto que la vida ha terminado para siempre, ya no hay arrepentimiento posible, ni confesión posible, ni absolución posible; este crimen jamás será perdonado, ni puede serlo; esto es precisamente, dice santo Tomás, lo que hace que, de todos los pecados, el más perjudicial, el más funesto, el más lleno de peligros, sea el suicidio: *Est etiam periculosisimum, quia non restat tempus, ut per poenitentiam expietur*¹... Y si a esta reprobación de la eternidad, se agrega la reprobación del tiempo! A la verdad, esto no es más que un accesorio, pero ¡qué accesorio! El lugar santo quedará cerrado ante este cuerpo mutilado; el incienso no humeará sobre esos despojos deshonrados; el sacerdote no le acompañará a la última morada; la cruz no coronará la fosa de este criminal impenitente; hasta el día en que sea secularizada, la misma ley humana no tendrá más que rigores para ese cadáver².

1. S. THOM., 2, 2, q. LXIV, art. 5.

2. Véase en GOSCHER las prescripciones de las diversas legislaciones sobre este asunto. *Dict. de Théol.*, t. XXII, p. 484. —Un autor francés, que escribió día por día la historia de su tiempo, refiere lo siguiente sobre un caso de suicidio ocurrido en Normandía, a principios del siglo XVIII. Alzaron el cadáver sobre una especie de zarzo hecho con ramaje despojado de sus hojas, tumulado sobre el vientre, con un perro muerto al lado; hicieron luego que un asno arrastrase el zarzo, con los pies del hombre atados al rabo de la bestia, hasta un patibulo en el cual los ayudantes del verdugo lo colgaron de

Pero preciso es que acabemos esta demostración. Considerado en sí mismo, es ya el más grave de todos los pecados que el quinto mandamiento prohíbe; igualmente es el más perjudicial a su autor, que es también su víctima, y en nuestros días se ha convertido en el más común.

Antes era raro; se llegaba a viejo, sin que los oídos se escandalizasen con el relato de un suicidio. ¡Cómo han cambiado los tiempos! En la actualidad, pasan pocos días sin que nos llegue la noticia de un crimen de esta especie. Todas las categorías y condiciones sociales, todas las edades, la vejez, la edad madura, la juventud y aun la misma adolescencia¹, pagan el fatal tributo. Por millares se cuentan cada año esas destrucciones criminales de existencias humanas. Las estadísticas oficiales establecen, con el testimonio irrecusable de sus números, que bastarían dos o tres períodos quinquenales para que el número de esos muertos voluntarios igualase el número de muertos producidos por una grave guerra². ¿Por qué ésto? ¿Por qué esta diferencia entre antes y ahora? ¿De dónde proviene la progre-

la horca con el perro. (*Memorias de la marquesa de Crequi*, t. I).

1. Desconocidas eran antes esas muertes voluntarias de niños. Desde 1885, hay ochenta casos por año, como término medio, de niños menores de dieciséis años, y más de trescientos cincuenta de jóvenes de dieciséis a veinte años. He ahí destruida, cada año, por el suicidio, cuatrocientas a quinientas vidas humanas en pleno desarrollo, vidas de las cuales queda privada la patria por la perversión moral de la juventud (*Univers*, 17 de Abril de 1890).

2. Recientemente se ha publicado la estadística de los suicidios en Francia durante el año de 1887. Fueron 7.577 (*Univers*, 5 de Octubre de 1888). Una de las causas de la despoblación, que es preciso señalar, consiste en el aumento de suicidios. Francia ha llegado a perder, en cortos períodos de años, por la muerte voluntaria, tantos hombres, como muertos tuvo en la guerra de 1870. En el último período quinquenal, el número de suicidios se eleva a más de 35.000. Y

sión siempre creciente de un crimen que la razón sola bastaría para demostrar que es funesta? Respuesta: de la disminución de la fe, de la corrupción de las costumbres, de los libros.

De la disminución de la fe. ¿Quién no lo ve con toda claridad? Desde el momento en que no se cree va en Dios, ni en la espiritualidad del alma y en su supervivencia al cuerpo, ni en otra vida, renumeradora para los buenos, terrible para los malos y vengadora de sus crímenes, si la vida pesa, aun sin causa verdaderamente seria, se libran de ella como de una carga pesadísima. Con toda justicia se ha dicho: pocos suicidios habría, si no hubiera tantos incrédulos. A menos que haya perdido la libertad de sus actos, ¿quién, si cree en el infierno, se atrevería a cometer pecado semejante, pecado que conduce directamente al infierno, lo más irrevocable posible, por cuanto ya no puede esperar el perdón?

De la corrupción de las costumbres. ¿Quién no lo ve con la misma claridad? Un alma muelle, sensual, enervada por los placeres, saturada de goces, es imprópria para las luchas de la vida. Sobreviene una desgracia, un revés, una ruina, una catástrofe cualquiera, una de esas cosas, en fin, contra las cuales ninguna existencia humana está exenta, y esa alma ya no tiene vigor, ni bastantes recursos; está como desamparada, y, si, por otra parte, la idea de Dios está ausente, como acabamos de decirlo; si no tiene una fuerza superior que la sostenga o la eleve, entonces, como se ha expresado en un lenguaje quizás vulgar, pero lleno de elo- cuencia, el hierro, el veneno, la estufa, la cuerda, el río, sustituyen las creencias desaparecidas y la esperanza naufragada.

sólo se trata de los casos oficialmente comprobados (*Univers*, 17 de Abril de 1890).

Finalmente, los libros que conducen directamente, o por vías indirectas, pero seguras, a la disminución de la fe y a la corrupción de las costumbres. San Agustín nos hace leer, casi en el principio de la más notable de sus obras, que un hombre, admirador apasionado de Platón, habiendo leído de este filósofo el tratado sobre la inmortalidad del alma, dominado enteramente por el deseo de poseer la vida bienaventurada que espera al alma después de su separación del cuerpo, precipítose de un punto elevado, y halló la muerte en su caída. Esto, añade san Agustín, era grande, pero no bueno, ciertamente, y el mismo Platón hubiera podido decirle; *Quod tamen magne potius factum esse quam bene, testis ei potuit esse Plato*¹. Por una aberración de espíritu, reprobable, sin duda alguna, pero inspirada por motivo generoso; en cambio, ¡cuántos otros son mil veces más reprobables, por cuanto nada de loable entra en su conducta! Malhechores de la pluma o de la palabra; oradores, poetas, novelistas, decís, o escribís, que no hay otro Dios que el ciego destino; que el alma, esto es, un principio vital, únicamente espiritual, distinto del cuerpo, no existe; que el hombre, simple compuesto de moléculas más artísticamente ordenadas, es materia, todo materia, nada más que materia; tomando a pechos la empresa de arrebatar al pueblo su fe, de minar deliberadamente todas sus creencias, y lográndolo en gran parte, ¿no veis que sembráis en los que os escuchari o leen gérmenes de suicidio? Decís o escribís que cuando uno ha muerto, todo ha muerto; que

1. Quamobrem si magno animo fieri putandum est, cum sibi homo ingerit mortem ille Cleombrotus in hac animi magnitudini reperitur, quem ferunt: lecto Platonis libro, ubi de immortalitate animæ disputatur, se præcipitem dedisse de muro, atque ita ex hac vita migrasse ad eam quam creditit esse meliorem... quod tamen magno potius etc. S. AUGUST., *De Civit. Dei*; Lib. 1, ca. XXII.

nada hay que temer ni esperar más allá de la tumba; finalmente, que no hay más vida que la presente; pero como en ésta precisamente hay quienes son muy desgraciados y lo serán siempre, que no tienen su parte de goces, ni la tendrán jamás, al quitarles la esperanza en un mundo mejor, ¿no veis que los impulsáis a la rebelión contra las leyes que rigen al mundo presente, leyes religiosas, leyes sociales, o que por lo menos les abris de par en par la puerta del suicidio?... Antes, el que se mataba, a menos que hubiera perdido la razón, inspiraba cierto horror, no se pronunciaba su nombre, se dejaba que su recuerdo se extinguiera en el olvido; pero vosotros, oradores, en vuestros discursos, vosotros, poetas, novelistas, en vuestros libros, en vuestras obras teatrales, lo sacáis de ese olvido, lo ensalzáis, rehabilitáis, de ese deshonor merecido a ese criminal, hacéis de él un ser interesante, ¿qué digo?, hacéis de él casi un héroe. ¿No veis que vuestras palabras o vuestros escritos, que son algo más que alienatos, producirán sus frutos a su debido tiempo? ¡Y qué frutos!

¡Ah, cristianos, apartad de vosotros todos esos discursos, todos esos libros, todos esos dramas, glorificadores del más espantoso de los crímenes! Apartad de vosotros todas esas doctrinas malhechoras, verdaderas causas de muerte. El Evangelio, las enseñanzas de la Iglesia, las lecciones del párroco en la plática dominical; he ahí el único alimento que os conviene, en cuanto sois hombres, pero hombres hijos de Dios, destinados a un fin sobrenatural. Si sois probados en vuestras almas, acordaos de estas palabras del Apóstol: Las aflicciones tan breves y tan pasajeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria¹. Si os veis afligidos en vuestro

1. II Cor., IV, 17.

cuerpo, haced y decid como esos mártires de que nos hablan nuestros Anales: Fueron condenados a pasar toda una noche en un estanque helado, y se decían mutuamente: Valor, una mala noche nos valdrá una eternidad de dicha... No olvidemos jamás la verdadera, la única noción de la vida presente: Corta y sujetá a mil males, la vida presente está ordenada a otra vida, a la vida eterna, la cual, si así lo queremos, será para nosotros eternamente bienaventurada.

QUINTO MANDAMIENTO

SERMON TERCERO

El Duelo

No matarás

Detestabilis duellorum usus, fabri-
canto Diabolo, introductus, ut crue-
nta corporum morte, animarum etiam
perniciem lucretur, ex christiano or-
be penitus exterminetur.
Concil Trident. Sess. XXV, cap. XIX

Una experiencia casi cotidiana atestigua demasiado, por desgracia, que una costumbre detestable, como la llama el Concilio de Trento, una invención imaginada por el diablo en persona, para que, en medio de la muerte violenta de los cuerpos, sean las almas arrastradas con más seguridad a su eterna perdida, una verdadera llaga, en fin, digna de todos los anatemas, el duelo, puesto que hay que nombrarlo, entra de lleno en las costumbres. Siendo esto así, con gran detrimiento de la Iglesia y de la misma sociedad civil, queda trazado el deber de los pastores: combatir a todo trance esa llaga homicida; romper la trama de esa empresa satánica; exterminar, si es posible, esa costumbre detestable, vergüenza del nombre cristiano. Por nuestra parte, nos proponemos trabajar para lograrlo en la medida de nuestras fuerzas, y a este efecto sentaremos estas dos proposiciones que contienen, a nuestro parecer, toda la materia:

Nada justifica el duelo.

Todo condena al duelo.

Dios nos ayude con su gracia.

El duelo: se llama así el combate de un hombre contra otro hombre, o de varios hombres contra varios hombres, emprendido por su autoridad propia y por causa privada, con previa designación de tiempo, de lugar, de armas y de testigos jueces del campo: *duorum aut plurium certamen, privata causa et privata auctoritate susceptum, designatis antea armis, judicibus, loco et tempore configendi*¹.

Ahora bien, el duelo así definido, y desarrollándose en estas condiciones, ¿quién podrá justificarlo?

¿Su origen acaso?... Si este origen fuera algo honroso; por ejemplo, si proviniese de una nación culta que hubiera representado buen papel en la historia, ciertamente que por ello no sería excusable el duelo—lo que es intrínsecamente malo, y el duelo lo es, como pronto diremos, no puede jamás ser excusado—, pero tendría, por lo menos, un pretexto y una apariencia lejana de razón. Mas no es así, ni mucho menos. Los griegos y los romanos, pueblos muy cultos y belicosos del mundo antiguo, para no hablar más que de ellos, no conocieron el duelo, ni se encuentra en ellos el menor vestigio². Ni para el que ha leído y conoce la historia, no hay la menor duda: el duelo no es otra cosa que un resto de barbarie, que saca su origen, en siglos de ignorancia, de ciertas tribus nómadas, las cuales, a falta de leyes y tribunales regulares, dejaban que sus miembros recurrieran a las armas, o aun los impulsaban a ello, para terminar sus mutuas querellas... No insista-

1. LIBERATORE, Institut. Ethic., p. 159.

2. *Ibid.*—Por lo contrario, vemos que Temístocles, por ejemplo, responde a Euribíades, que ya había alzado su bastón para pegarle: Pega, pero escucha... Y Euribíades, dominado por la moderación de su contradictor, le escucha y se rinde a sus razones.

mos sobre este punto: el origen del duelo no justifica el duelo.

¿Quizás su utilidad, como instrumento de derecho, es decir, como medio de asegurar la verdad en materia de justicia, y de saber quién es inocente y quién culpable?... Se creía antes, o se fingía creerlo, que Dios, juez soberano y soberanamente íntegro, tenía como primer deber, en esta condición, declararse contra el opresor en favor del oprimido, como si Dios debiera tomar parte por uno contra otro en las querellas humanas, y verse obligado, a nuestra demanda, a hacer milagros; como si la Iglesia, no tal Iglesia en particular, sujetada a error, sino la Iglesia universal, es decir, los papas y los grandes concilios, no hubiesen constantemente desaprobado esta práctica supersticiosa y aun sacrilega; como si, en fin, el simple buen sentido no bastase a demostrar que, en todo duelo, judicario o de otra clase, el resultado del combate depende, no de la culpabilidad, no de la inocencia de los combatientes, sino de su más o menos vigor, destreza, sangre fría, o audacia, y con mucha frecuencia, tan sólo del azar: *Cum vero quoad exitum valde pendeat ex robore, et dexteritate pugnantium, maxime vero ex fortuna: duellum nullo modo favet justae causae potius quam iniquae*¹... Tampoco insistimos más sobre esto. La utilidad del duelo, más que contestable, porque es absolutamente nula, no justifica el duelo.

Por ventura una a otra de las cuatro razones siguientes, ya que es preciso, si se puede, agotar esta materia: el deber que resulta de una orden que no es posible discutir; el derecho que todo hombre insultado tiene de recobrar su honor; el temor, casi no hay ninguno tan legítimo, de no ser tenido por cobarde; la certeza, nacida de las condiciones mismas del combate de que

1. LIBERATORE, In eodem loco.

no tendrá un resultado fatal? Examinemos todas estas razones, y demostraremos que no tienen valor alguno.

El deber que resulta de una orden que no es posible discutir. Esta razón es nula. No hay aquí deber alguno, en el sentido propio de la palabra, esto es, deber verdadero, que obligue en conciencia, por la razón sencillísima de que, en esta materia, la orden dada, la orden de batirse en duelo, es radicalmente nula. Es un abuso de poder. Nadie en el mundo, ningún superior jerárquico, por elevado que esté, ya sea general del ejército, ya príncipe, ya rey o emperador, no tiene autoridad para imponer, por su orden, un acto malo por naturaleza, un acto contrario a la conciencia. Soportadlo todo, la prisión, la pérdida de vuestros bienes, el reemplazo, si sois militares, o encargados de un servicio cualquiera, antes que hacer lo que repreba la conciencia. Así lo dicen las Escrituras y el buen sentido: *Vale más obedecer a Dios que a los hombres*¹.

El derecho que tiene todo hombre insultado a recobrar por sí mismo, y si es preciso, por el duelo, su honor. Esta razón es nula. Como, en materia de duelo, el deber que resulta de una orden no es un deber, así también, el derecho de vengar el honor, empleando este medio, no es un derecho. Entre el honor que se cree ultrajado, o que realmente lo ha sido, y la efusión de sangre, no hay proporción. Por otra parte, el ofendido tiene otros recursos, recursos legítimos, las leyes, los tribunales, y lo que hay que procurar más que la sentencia de los magistrados, la estimación, la consideración de los hombres sensatos y honrados. A este efecto, permitidme que os cite un rasgo histórico del tiempo presente; pertenece a la primera mitad del siglo XIX. Sí, me lo permitiréis sin duda, ya que el

1. Act., v, 29.

sermón, instrucción sencilla, y aun en caso de necesidad, familiar, tolera esta especie de relatos. El emperador Nicolás de Rusia tenía verdadero horror al duelo; según él, toda la sangre que no se vertiera en su servicio, o en bien de la patria, era criminalmente vertida, y castigaba al culpable con las más severas penas. Certo día, pues, dijole un militar: Señor, estoy deshonrado. Es preciso que me bata.—¿Qué quieres decir?—He recibido una bofetada.—¡Ah!, dijo el Emperador frunciendo las cejas... Pues bien, no puedo permitirte que te batas en duelo. Pero ven... ven conmigo. Y cogiéndole por el brazo, condújole ante la Corte reunida, y le besó en presencia de todos sobre la mejilla abofeteada.—Puedes marcharte, le dijo, y recobra tu tranquilidad, pues queda lavada tu afrenta... Era verdad; aquel hombre tenía la estimación de su soberano, y, con ella, la de todas las personas sensatas¹.

El temor, que se cree bien fundado, aunque no lo sea mucho, de ser tenido por cobarde. Esta razón es nula. Dejemos hablar aquí unos labios más autorizados que los nuestros: "No, los que provocados aceptan el combate, no tienen una excusa legítima en el temor de pasar comúnmente por cobardes, si se niegan a batirse. Porque si hubiera que medir los deberes de los hombres por las falsas opiniones de la multitud, y no por la ley eterna de la justicia y de la equidad, no habría diferencia, natural y verdadera, entre las acciones honradas y los hechos vergonzosos. Los mismos sabios paganos supieron y enseñaron que el mortal animoso y constante debe despreciar los juicios engañadores del vulgo. El único temor justo y santo aquí es el que aparta al hombre de una muerte inicua, le da la solitud de su propia vida y la de sus hermanos. Además, el que desprecia las vanas opiniones de la muchedumbre,

1. Extracto de l'Univers, Octubre de 1891.

el que prefiere soportar la flagelación de los ultrajes, a faltar jamás a su deber, parece estar dotado de un alma más grande y elevada, que el que recurre a las armas agujoneado por la injuria. Más todavía, juzgando santamente, es el único en el cual brilla el valor sólido, ese valor que se llama, en verdad, virtud, y acompaña a una gloria ni engañadora, ni lisonjera. En efecto, la virtud consiste en el bien de acuerdo con la razón, y, toda gloria, si no está fundada en la aprobación de Dios, es una gloria estúpida".

Finalmente, la certeza de que, dadas las condiciones en que el duelo se efectúa, no tendrá consecuencias fatales. Esta razón, como las precedentes, no vale. Porque esa certeza que creéis tener, en realidad no la tenéis. Cuando dos adversarios se ponen frente a frente, ignoráis, y ellos mismos ignoran, cuál será el resultado de la lucha. ¡Cuántos duelos, empezadas con la intención de hacerse el menor mal posible, acabaron con la muerte de uno de los combatientes! Lo decis, y quiero creeros: esa espada es inofensiva; esa arma de fuego no está cargada; más que un duelo, es un simulacro de duelo. No importa; el mismo duelo ficticio es un crimen, en razón del escándalo que origina.

No nos extendamos más. La primera demostración queda hecha: nada justifica el duelo, ni su origen, ni su utilidad, que no es más que supuesta, ni el deber resultante de una orden, ni el derecho de vengar, por este medio, el honor, ni el temor de pasar por cobarde, ni la certeza, pues no existe, de que el duelo no tendrá fatales consecuencias.

1. Carta de León XIII a los arzobíspos y obispos de Austria.

2. Tenemos a la vista la estadística, desde 1870 hasta hoy, de los duelos célebres, si podemos llamarlos así, que, faltando a lo convenido, terminaron por muerte de hombre. Son dieciséis ¡Cuántos otros, más oscuros, no han sido consiguados en las estadísticas!

Ahora falta añadir, para cargarnos de razón, que nada justifica el duelo, todo, en cambio, lo condena, todo sin excepción: la ley natural, la ley divina positiva, la ley eclesiástica, la misma ley civil.

La ley natural condena el duelo. La ley natural no tolera que se usurpen los derechos de Dios, ni los de la sociedad; por consiguiente, prohíbe todo acto que, por su naturaleza, atenta a la vez a los derechos de Dios, único dueño de la vida y de la muerte, y a los derechos de la sociedad, la cual, instituida por Dios, juez único de los derechos y deberes de cada cual, y, a este efecto, teniendo leyes, tribunales, magistrados, no puede tolerar que tal o cual de sus miembros se haga legislador, juez y verdugo de su propia causa, uniendo, por su propia autoridad, la pena de muerte, o la de mutilación, a una ofensa que puede ser en si la más frívola y la más ligera del mundo. El día en que la justicia privada, si es lícito llamarla así, se sustituyera por el ejercicio regular de la justicia pública, quedaría sentenciada a muerte la sociedad.

La ley divina positiva condena el duelo. En la materia que nos ocupa, conocemos la fórmula: *Non occides*, no matarás, dice el Señor. No matarás a ningún hombre, *non occides*; no te matarás a ti mismo, porque matarse a sí mismo es matar a un hombre; *non occides*. Ahora bien, el duelo es a la vez el homicidio de otro y el homicidio de uno mismo, o por lo menos, el peligro de homicidio de otro y de homicidio de uno mismo. De los dos combatientes, cada cual procura matar al otro, lo que constituye, para cada uno, el crimen de homicidio de otro. Del propio modo, de los dos combatientes, cada uno acepta dejarse matar por el otro, lo que constituye, para cada uno, el crimen de homicidio de uno mismo. ¡Oh costumbre detestable! ¡Oh invención diabólica!

el que prefiere soportar la flagelación de los ultrajes, a faltar jamás a su deber, parece estar dotado de un alma más grande y elevada, que el que recurre a las armas agujoneado por la injuria. Más todavía, juzgando santamente, es el único en el cual brilla el valor sólido, ese valor que se llama, en verdad, virtud, y acompaña a una gloria ni engañadora, ni lisonjera. En efecto, la virtud consiste en el bien de acuerdo con la razón, y, toda gloria, si no está fundada en la aprobación de Dios, es una gloria estúpida¹".

Finalmente, la certeza de que, dadas las condiciones en que el duelo se efectúa, no tendrá consecuencias fatales. Esta razón, como las precedentes, no vale. Porque esa certeza que creéis tener, en realidad no la tenéis. Cuando dos adversarios se ponen frente a frente, ignoráis, y ellos mismos ignoran, cuál será el resultado de la lucha. ¡Cuántos duelos, empezadas con la intención de hacerse el menor mal posible, acabaron con la muerte de uno de los combatientes²...! Lo decis, y quiero creeros: esa espada es inofensiva; esa arma de fuego no está cargada; más que un duelo, es un simulacro de duelo. No importa; el mismo duelo ficticio es un crimen, en razón del escándalo que origina.

No nos extendamos más. La primera demostración queda hecha: nada justifica el duelo, ni su origen, ni su utilidad, que no es más que supuesta, ni el deber resultante de una orden, ni el derecho de vengar, por este medio, el honor, ni el temor de pasar por cobarde, ni la certeza, pues no existe, de que el duelo no tendrá fatales consecuencias.

1. Carta de León XIII a los arzobíspos y obispos de Austria.

2. Tenemos a la vista la estadística, desde 1870 hasta hoy, de los duelos célebres, si podemos llamarlos así, que, faltando a lo convenido, terminaron por muerte de hombre. Son dieciséis ¡Cuántos otros, más oscuros, no han sido consignados en las estadísticas!

Ahora falta añadir, para cargarnos de razón, que nada justifica el duelo, todo, en cambio, lo condena, todo sin excepción: la ley natural, la ley divina positiva, la ley eclesiástica, la misma ley civil.

La ley natural condena el duelo. La ley natural no tolera que se usurpen los derechos de Dios, ni los de la sociedad; por consiguiente, prohíbe todo acto que, por su naturaleza, atenta a la vez a los derechos de Dios, único dueño de la vida y de la muerte, y a los derechos de la sociedad, la cual, instituida por Dios, juez único de los derechos y deberes de cada cual, y, a este efecto, teniendo leyes, tribunales, magistrados, no puede tolerar que tal o cual de sus miembros se haga legislador, juez y verdugo de su propia causa, uniendo, por su propia autoridad, la pena de muerte, o la de mutilación, a una ofensa que puede ser en sí la más frívola y la más ligera del mundo. El día en que la justicia privada, si es lícito llamarla así, se sustituyera por el ejercicio regular de la justicia pública, quedaría sentenciada a muerte la sociedad.

La ley divina positiva condena el duelo. En la materia que nos ocupa, conocemos la fórmula: *Non occides*, no matarás, dice el Señor. No matarás a ningún hombre, *non occides*; no te matarás a ti mismo, porque matarse a sí mismo es matar a un hombre; *non occides*. Ahora bien, el duelo es a la vez el homicidio de otro y el homicidio de uno mismo, o por lo menos, el peligro de homicidio de otro y de homicidio de uno mismo. De los dos combatientes, cada cual procura matar al otro, lo que constituye, para cada uno, el crimen de homicidio de otro. Del propio modo, de los dos combatientes, cada uno acepta dejarse matar por el otro, lo que constituye, para cada uno, el crimen de homicidio de uno mismo. ¡Oh costumbre detestable! ¡Oh invención diabólica!

La ley de la Iglesia condena el duelo. Testigos los teólogos, todos unánimes sobre este punto, todos concluyendo, en materia de duelo, en que es pecado mortal excepcionalmente grave. Testigos los Obispos, desde los actuales a aquel ilustre arzobispo de Lión, del siglo IX, Agobardo, quien decía del duelo judicial, por desgracia demasiado usado por sus contemporáneos: No, las leyes divinas y humanas nada han establecido que se parezca a eso; a pesar de todo, ¡he ahí lo que los hombres insensatos llaman Juicio de Dios! ¡Juicio de Dios!... ¿Cómo puede llamarse así lo que Dios jamás ordenó, lo que Dios jamás quiso, lo que Dios jamás autorizó de ningún modo? Testigos también, no tal o cual teólogo, o tal o cual obispo, sino tales y cuales reuniones de teólogos y obispos, conocidas en la historia con el nombre de Asambleas eclesiásticas, en particular la de 1700 en Francia, la cual, examinadas dos proposiciones que trataban de excusar el duelo ofrecido y el duelo aceptado, las declaró falsas, escandalosas, contrarias a todo derecho, al derecho natural, al divino, al humano, al eclesiástico y al civil: *Doctrina his propositionibus contenta, falsa est, scandalosa, contraria juri divino, et humano, tam ecclesiastico quam civili, imo et naturali*²... Pero tenemos todavía algo superior a tal o cual asamblea del clero. Tenemos el grande y santo Concilio de Trento, el cual, como ya se ha dicho, califica el duelo de costumbre abominable, de invención diabólica hecha expresamente para perder las almas... y pronuncia la excomunión contra todo emperador, rey, duque, príncipe, marqués, conde y todos los otros señores temporales que concedan en sus tierras lugar apropiado para el combate singular entre cristianos; contra los combatientes en esta especie de combates, con pri-

1. ROHRBACHER, Hist. de l'Egl., Libro LV.
2. Apud BOSSUET.

vación, a perpetuidad, si mueren en la lucha, de la sepultura eclesiástica; y no solamente contra los combatientes, sino también contra los llamados padrinos, y contra los que dan consejo para el hecho o para el derecho en esta materia; contra los que de un modo u otro impulsan a este acto culpable; contra los mismos espectadores, principalmente si lo son de propósito deliberado; y todo ello a pesar de cualquier privilegio, o mala costumbre, aun de tiempo inmemorial.¹ Finalmente, tenemos los soberanos pontífices Julio II, León X, Clemente VIII, Gregorio XIII, Benedicto XIV, Pío IX, León XIII, unos renovando las antiguas prohibiciones, otros añadiendo algo a las penas ya impuestas, todos, no menos que los concilios generales, órganos infalibles de la enseñanza cristiana en materia de moral, como en materia de fe¹. Pero hora es de acabar.

La ley civil condena el duelo; pero, a la verdad, no lo persigue siempre de hecho, o bien, si lo persigue, atiende a muchas consideraciones, a ciertos prejuicios, a no pocas costumbres inveteradas; y así, o bien lo absuelve con demasiada facilidad, o lo castiga con sobrada lenidad. Pero, en principio, lo condena, lo asimila, aunque no lo designe con su verdadero nombre, al homicidio, a la mutilación, a las heridas voluntarias, y lo considera, en derecho, como incurso en las mismas penas, aunque con el beneficio, si hay lugar a ello, de circunstancias atenuantes...

Esperemos que el hecho se ponga de acuerdo con el derecho. Esperemos que la legislación llene las lagunas existentes, y provea, bajo este respeto, de la mejor manera posible, así al bien general de la sociedad, como a

1. Conc. Trid., Sess. XXV, cap. 19 totum.

2. Véase en particular la Constitución de Pío IX: *Apostolicae Sedis*.

los intereses bien entendidos de los particulares¹. Esperamos que la religión penetre con su espíritu las legislaciones humanas, y entonces, el duelo, resto de antigua barbarie, gravísimo atentado al orden público, y, para repetir una vez más las palabras del santo Concilio, costumbre detestable, invención diabólica, propia para perder las almas, desaparecerá del mundo cristiano. Así las palabras que han abierto esta instrucción nos servirán también para cerrarla: *Detestabilis duello-rum usus... ex christiano orbe penitus exterminetur...*

1. Estas páginas fueron escritas al día siguiente (4 de Julio de 1892) de presentarse una moción que propendía a reformar, acentuándola más, la legislación represiva del duelo, la cual fué tomada en consideración por el Parlamento.

QUINTO MANDAMIENTO

SERMON CUARTO

El homicidio excusable y el homicidio legítimo

No matarás

In eo autem quod caedes prohibentur, illud etiam docendum est: quae sint caedes ejusmodi quae hac praecepti lege non vetentur.
Catech. Rom.

Hemos visto en las precedentes instrucciones cuán numerosas son, aunque bajo cortísima fórmula, las prohibiciones del quinto mandamiento y cuán graves las infracciones de las mismas. La muerte, es decir, el acto injusto voluntaria y libremente ejecutado por el cual se quita a un hombre la vida: un crimen, *non occides*. El suicidio, esto es, el homicidio de uno mismo, no menos grave, y aun más grave que el homicidio de otro: un crimen, *non occides*. El duelo, que es, en principio por lo menos, el homicidio de uno mismo y el homicidio de otro: un crimen, *non occides...* Mas el asunto no está agotado. Salta aquí una cuestión; especulativamente, cuestión muy interesante; prácticamente, cuestión que, en una circunstancia o en otra, puede tener utilidad. La enuncio, y, con el favor de Dios, voy a resolverla. ¿Todo homicidio es un crimen?

¿Todo homicidio es un crimen? No; hay homicidios excusables; por consiguiente, exentos de pecado. Abrid la Biblia, en el capítulo XIX del Deuteronomio: El que hiriere a su prójimo sin advertirlo, y de quien no consta

que tuviese el dia antes o el otro más allá ningún rencor contra él; sino que de buena fe salió, por ejemplo, con él al bosque a cortar leña, y al tiempo de cortarla se le fué el hacha de la mano, y saltando el hierro del mango, hirió y mató a su amigo; ese tal se refugiará en una de las sobredichas ciudades, y salvará la vida: *Hic ad unam supradictarum urbium configuet, et vivet¹*. A falta de las Escrituras, la razón por si sola bastará para establecer la prueba, ora tenga por órgano a san Agustín, ora se exprese por boca de santo Tomás; por el primero, la razón os dice qué es la voluntad, y nada más que la voluntad, la que hace al pecado; *non nisi voluntate peccatur²*; por el segundo, que nadie, con tal que una acción sea licita, y que su autor no omita nada para que no sea perjudicial, si, ello no obstante y contra su intención lo es, y lo es hasta el punto de que se siga de ella la muerte de un hombre, esta muerte no le es imputable: *Si aliquis det operam rei licitae, debitam diligentiam adhibens, et ex hoc homicidium sequatur, non incurrit homicidii reatum³*.

Todo homicidio es un crimen? No. Hay homici-

1. DEUT., XIX, 4 y sigs.

2. S. AGU., de duabus naturis. c. X.

3. S. THOM., 2, 2, q. LXIV, art. 8.—Cum S. Thoma concordat Catechismus Romanus, qui sic habet: In quo tamen duabus de causis, etc. Con todo, hay dos casos en que el homicidio puede sermos imputado, aunque ocurra sin que haya habido premeditación por nuestra parte. En primer lugar, si alguien, ejecutando una acción injusta, mata a un hombre; por ejemplo, si uno maltrata a una mujer encinta dándole puntapiés o puñetazos, pugno vel calce, de manera que cause la muerte de su hijo, la causa sin voluntad, pero es culpable de ella, por la razón de que le está absolutamente prohibido maltratar a una mujer encinta. En segundo lugar, si alguien mata a un semejante suyo, sin haber tomado las precauciones y cuidados necesarios para evitar semejante desgracia: si non omnibus circumspectis, negligenter et incaute aliquem occiderit.

dios permitidos. Os veo asombrados, y me pedís autoridades. Son abundantes. La Sagrada Escritura dice en el Exodo: Si un ladrón fuese hallado forzando de noche o socavando una casa, y siendo herido, muriere, el matador no será reo de muerte: *Percussor non erit reus sanguinis¹*. La legislación humana lo dice, tanto la eclesiástica como la civil; las palabras siguientes, que son un adagio en esta materia, son bien conocidas: Si se trata de rechazar la fuerza con la fuerza, todas las leyes y todos los derechos lo permiten: *Vim vi repellere, omnes leges et omnia jura permittunt²*. El Catecismo Romano, que es nuestro guia autorizado, lo dice: Es evidente de toda evidencia que quien, al defender su propia vida, mata a su semejante, a pesar de las precauciones que toma para evitar esta desgracia, no es culpable de homicidio: *Qua etiam ratione, si quis salutis suae defendendae causa, omni adhibita cautione, alterum interemerit, hac lege non teneris satis appeti³*. Lo dice toda la Teología: hechas las reservas de que luego hablaremos, enseña que, para proteger vuestra vida, o aun la integridad de vuestros miembros, podéis matar al agresor injusto que os amenaza con el uno o el otro de estos males⁴; enseña, casi por unanimidad de los maestros de esta ciencia que podéis matar al ladrón que os roba, no, en verdad, tal parte mínima, sino una porción notable de vuestros bienes, porque esta porción notable de bienes es como un anexo, una dependencia necesaria de vuestra vida⁵; enseña, por el mismo motivo, y con mejor título todavía, que a toda mujer atacada en su honor de mujer, le es permitido matar al

1. Exód., XXII, 2.

2. Jus can., c. XVIII de homicid.

3. Catech. Rom.

4. GURY., n. 395-397.

5. Ibid.

infame que intente corromperla, pues su honor de mujer es el primero y el más perfecto de sus bienes¹. Finalmente, la razón misma lo dice, no porque los precedentes lo digan, ya que la proposición contraria es la verdadera, esto es, que los precedentes lo dicen, porque la razón lo dice; y, en efecto, dice que la defensa de uno mismo por la muerte del agresor injusto, es de derecho natural. En virtud del derecho natural, tengo el derecho de conservarme tal cual soy y en toda la integridad de mi ser: *Hoc est cuilibet naturale, quod se conservet in esse, quantum potest*². En virtud del derecho natural, estoy obligado a amar al prójimo como a mí mismo; no estoy obligado a amarlo más que a mí mismo; por consiguiente, la vida de quien quiere arrebatarme la mía, me es menos cara que la mía misma: *plus tenetur homo vitae suae providere, quam vitae alienae*³.

Pero atended: si todas las leyes, la natural, la divina, la humana, me autorizan a quitar la vida a quien amenace con quitarme la mía, hay reservas que hacer; ya las he dejado entrever; hora es ya de enunciarlas y de dar a cada una de ellas el desarrollo conveniente; esto es, lo que la teología llama *moderamen inculpatae tutelae*. — Primera reserva: Preciso es que la agresión sea actual, y no presumida. Si tomáis la ofensiva, si atacáis antes de ser atacado, cambiáis los papeles, perdéis vuestros derechos; si atacáis, pasado un tiempo más o menos largo después del golpe de fuerza de que ibais a ser víctimas, ya no es defensa, sino venganza. — Segunda reserva: Es necesario que no haya otro medio, para salvaros, que la muerte del agresor. Si hay algún otro, empleadlo; huid, si la huída es posible; gri-

1. GURY, n. 398.

2. S. THOM., 2, 2, q. LXIV, art. 7.

3. S. THOM. *Ibid.*

tar, pedid auxilio, si estos dos medios bastan, y si es suficiente una herida, no hagáis más que herir. Ir más allá de lo necesario, salir de los límites de lo indispensable, es decir, emplear más violencia que la necesaria para preservarse, no es justicia, dice santo Tomás, sino pecado: *Si aliquis ad defendendam propriam vitam, utatur violentia plus quam oporteat, erit illicitum*¹. — Tercera y última reserva: La muerte del agresor injusto ha de ser querida y perseguida, no como fin que uno se proponga alcanzar, sino solamente como medio para poner a salvo la propia vida. No es esto una vana sutileza. Un mismo acto puede producir dos efectos. De estos dos efectos, sólo es imputable el que está en la intención del autor del acto². Quiero únicamente salvar mi vida; por tanto, no quiero la muerte de mi agresor más que como medio de salvar mi vida.

¿Todo homicidio es un crimen? No; hay homicidios impuestos. Habéis adivinado mi pensamiento. Me refiero a la guerra. Empezé por decir que de todas las plagas, es la más antigua y espantosa. La más antigua: cuando sólo había en este mundo cuatro personas, dos de ellas hermanos, estalló la guerra entre estos dos hermanos. Después... ¿Es por ventura la historia humana, siguiendo su trama más aparente, otra cosa que la historia de guerras, sin cesar renacientes, de familia a familia, de tribu a tribu, de nación a nación? La más espantosa: ¡cuánta sangre derramada!, ¡cuántas vidas humanas tronchadas en pleno desarrollo!, ¡cuántas lágrimas! Para decirlo de una vez, se necesitaría aquí la intervención del profeta que igualaba las lamentaciones a los dolores... De esta llaga destructora, ¿cuándo veremos el fin? ¿Cuándo los trabajos útiles de la paz sucederán, para no sufrir en adelante interrupción al-

1. S. THOM., *Ibid.*

2. *Ibid.*

guna, a los furores insensatos de la guerra? Tendrá realidad algún día semejante visión: De sus espadas harán rejas de arado, y de sus lanzas, haces; y no veremos ya un pueblo alzado contra otro pueblo? Lo deseamos vivamente, pero apenas lo esperamos. La guerra es un mal inherente a nuestra condición actual; es el fruto del pecado; es la aplicación en grande de estas palabras de las Escrituras: Por un hombre entró en el mundo el pecado, y por el pecado la muerte: *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors*².

Pero, y si la guerra es justa? No digo que lo sea siempre, ni mucho menos; pero puede serlo; ofensiva o defensiva, puede serlo. Y lo es, en efecto, si reúne todas las condiciones que voy a indicar: En primer lugar, si se hace por orden del poder supremo, sea príncipe, sea asamblea; porque, como dice santo Tomás, que alega las razones de ello, la guerra es esencialmente una de las atribuciones de la autoridad pública en su más alto grado; en segundo lugar, si se hace, no por vanos motivos, sino por causa justa y legítima, fundada en la equidad, aprobada por la sana razón, ya, por ejemplo, para rechazar una invasión, ya para obtener satisfacción de una injuria; porque, dice san Agustín, en esto consiste que las guerras sean justas, en vengar las injurias recibidas: *Justa bella solent definiri, quae ulciscuntur injurias*³; en tercer lugar, si se hace del modo que debe hacerse, especialmente si antes de empezarla, se ha echado mano de todos los medios de conciliación: negociaciones, notas diplomáticas, mediación de un tercero, para llegar a un arreglo amistoso por mutuas concesiones; porque la guerra es tan gran mal y lleva con-

1. Isa., III, 4.

2. Rom., v, 12.

3. In Josuf. Quæst. 10.

sigo tantas calamidades, que sólo debe emprenderse después de haber agotado todos los recursos para evitarla. Es una observación de buen sentido que desde el día en que deja de ser necesaria, toda guerra deja de ser justa: *Ubi enim bellum desinit esse necessarium, desinit quoque esse justum*¹... Ahora, pues, que todos los preliminares quedan expuestos, y, como lo espero, bien entendidos, si la guerra reúne todas estas condiciones de equidad, responded, súbditos del poder supremo, al llamamiento que os haga; oficiales de todos los grados, formad vuestros cuadros; soldados de todas las armas, movilizaos, entrad en campaña, correde contra el enemigo, sembrad la muerte en sus filas... Si la guerra es justa, y no puede ser evitada, la guerra es un deber. Si la guerra es justa, y no puede terminarse más que con la muerte de hombres, el homicidio es impuesto.

Pero aquí también prestadme atención. No debe hacerse más que lo necesario, lo indispensable. Preciso es reducirse a los límites de una agresión justa, o de una legítima defensa, sin ir más allá. Los que matan al enemigo en una guerra justa, no son culpables de homicidio, con tal que obren en esto únicamente por el bien de la patria, y no para satisfacer dos malos instintos, que son con mucha frecuencia, y la historia es testigo de ello, la gran tentación de los hombres de guerra: la codicia y la crueldad: *Qua ratione ne illi quidem peccant, qui justo bello, non cupiditate, aut crudelitate impulsi, sed solo publicae utilitatis studio, vitam hostibus adimunt*. Así se expresa el Catecismo Romano. Tal es la enseñanza de la teología, y tal es la ley de la equidad. Conocida es la frase: Si quieres la paz, prepárate para la guerra... Menos justa parece esta otra

1. Catech. Rom.

frase: Al hacer la guerra, aun llevándola con gran vigor, prepara la paz: *Sic bellum geratur, ut pax acquiratur*¹... Esto es, que el vencedor use moderadamente de la victoria y de los derechos que le da; que evite las exacciones, los pillajes, las injusticias, de cualquier clase que sean; que las propiedades queden inviolables, y más inviolables aún las personas, sobre todo las indefensas, las mujeres, los niños, los ancianos... Si no se hace así, se atiza el odio y las represalias suceden a las represalias, y hasta que uno de los dos pueblos queda exterminado, la guerra no se acaba; y entonces, la guerra, que no debería ser más que rarísima excepción, pasa al estado de hábito para el mayor mal del género humano... Pero hay que terminar.

¿Todo homicidio es un crimen? No; hay homicidios necesarios. Si mi pensamiento se os ofrece esta vez con menos claridad, no tardará en revelarse: No dejéis vivir a los malhechores, dice el Señor en el Exodo: *Maleficos non patieris vivere*². Del Antiguo Testamento, pasad al Nuevo; san Pablo escribe a los romanos: Si has hecho el mal, teme al príncipe; porque el príncipe no sin motivo lleva la espada; el príncipe es ministro de Dios, y le venga con justa cólera de aquel que hace el mal³. Lo que las escrituras dicen, la razón misma lo establece. Cada hombre no es más que una parte del todo, del todo social, parte que no tiene razón de ser más que en cuanto está ordenada al todo. En otros términos, ocurre con el cuerpo social lo que con el cuerpo humano. Para éste es hacer obra útil, es saquearlo, cortarle un miembro dañado y propio para dañar el resto; así también, es obrar con toda justicia y en pro de los intereses del cuerpo social, suprimir al hom-

1. S. AUG. ap. THOM., 2, 2, q. XL, art. 1, ad 3.

2. EXOD., XIII, 4.

3. ROM., XIII, 4.

bre perverso, al criminal, que pone en peligro al cuerpo social, dice santo Tomás, de quien tomamos esta hermosa demostración: *Ideo si aliquis homo sit periculosus communitati, et corruptus ipsius propter aliquid peccatum, laudabiliter et salubriter occiditur, ut bonum commune servetur*⁴. Pero no basta esto: el magistrado hace más que ejercer un derecho; cumple un deber; la pena capital es más que legítima, es necesaria, como es, no solamente legítima, sino necesaria, la amputación de un miembro dañado, como es, no solamente permitido, sino mandado, urgente, en un incendio, la parte que debe entregarse al fuego, en una inundación, la parte que debe sacrificarse al agua, a fin de no perderlo todo. Estas verdades son evidentes, y se imponen al más vulgar buen sentido. Para apartar la espada del crimen de la cabeza del ciudadano pacífico y honrado, preciso es tener suspendida sobre la cabeza del malvado la espada de la justicia. Hay hombres cuyo sentido moral, de tal modo está pervertido, y extinguido de tal modo el temor de Dios y de su justicia eterna, que no temen a nada, excepto el patíbulo. Las vanas declamaciones de ciertos filósofos, supuestos amigos del género humano, no prevalecerán jamás contra la experiencia y los hechos. El desbordamiento de las pasiones más perversas, sólo con grandes esfuerzos puede ser contenido; ¿qué sería, si se rompiera esta barrera? Abolida la pena de muerte, pronto se realizaría esta visión del profeta: *Maledictum, et mendacium, et homicidium, et furtum, et adulterium inundaverunt, et sanguinem sanguinem tetigit*⁵.

Resumamos: Hay homicidios excusables... Hay homicidios permitidos... Hay homicidios impuestos... Hay homicidios necesarios. ¿Qué conclusión sacaremos de

1. S. THOM., 2, 2, q. LXIV, artd 2.

2. OSEA, v, 1, 2.

lo que acabamos de decir? Por ahora ninguna. La próxima instrucción servirá de conclusión a la presente, y veréis, así lo espero, que no podríamos hallar otra mejor.

QUINTO MANDAMIENTO

SERMON QUINTO

La parte afirmativa del quinto mandamiento

No matarás

Cum autem huius legis vim Dominus explicaret, in et duo contineri ostendit. Alterum, ne occidamus, quod a nobis fieri vetitum est. Alterum quod facere jubemur, ut concordia amicitia charitateque inimicos complectamur, pacem habeamus cum omnibus, cunctaque incommoda patienter feramus.

Catech. Rom.

Como todos los otros preceptos del Decálogo, el quinto es negativo y afirmativo al mismo tiempo. En otros términos: prohíbe y manda. Prohíbe tales cosas, y manda otras. Hemos dicho ya casi todas las que prohíbe: la muerte, el suicidio, el duelo. Vamos a tratar de las principales que ordena, a saber: amar a nuestros enemigos, vivir en paz con todo el mundo, soportar pacientemente los males que nos llegan. Dios nos ayude con su gracia.

Juiciosa observación del Catecismo Romano es que, si es verdad que hay pocos hombres homicidas de hecho, hay muchos que lo son de voluntad: *Multi reperiuntur qui, si minus manu, animo saltem caedis scelus committunt.*

Homicida, no de hecho, sino de voluntad, es el hombre celoso que se consume de despecho a la vista de las ventajas del prójimo y de la consideración de que goza, como si la suya propia quedase extinguida y arrinconada. ¿Cómo puede acabar este estado de ánimo? La Sagrada Escritura nos lo dice en una página repleta de enseñanzas. Ya la hemos leído muchas veces, pero conviene volver a leerla: Abel era pastor de ovejas, y Caín agricultor. Ambos hacían sacrificios al Señor, pero mientras Caín ofrecía los frutos de menos valor de la tierra, Abel, por lo contrario, sacrificaba los corderos que primero nacían de sus ovejas, las mejores piezas de su rebaño. El Señor miró favorablemente los presentes de Abel, y apartó los ojos de las flacas ofrendas de Caín. Tal despecho concibió éste, que andaba cariacontecido. Y dijo a su hermano Abel: Salgamos a fuera. Salieron, y cuando estuvieron en el campo, Caín se arrojó sobre su hermano Abel, y le mató: *Cumque essent in agro, consurrexit Caín adversus fratrem suum Abel, et interfecit eum*¹.

Homicida, no de hecho, sino de voluntad—aunque aquí también el acto material siga con demasiada frecuencia el movimiento desordenado del alma—, es el hombre colérico, colérico hasta el ultraje, hasta la riña sangrienta, hasta la mutilación. Un moralista de gran distinción, dotado de un golpe de vista exactísimo, traza en alguna parte el retrato del hombre colérico: El que se deja dominar por esta pasión, pierde toda decencia; los ojos se inflaman, hinchanse las venas, se erizan los cabellos, tiemblan los labios, echa espuma la boca. Ningún afecto del alma altera tanto la fisonomía humana... El autor continúa durante varias páginas; luego añade: Ninguna plaga ha costado tanto al género hu-

1. GEN., c. IV.—Los comentaristas dicen que Caín se había reservado lo que había de mejor. CORNEL., A LAP. in h. I.

mano como la cólera. Echad una ojeada a las ruinas, apenas reconocibles hoy en día, de las ciudades antes tan florecientes; la cólera las amontonó. Recorred con la mirada esas inmensas soledades deshabitadas; la cólera las despobló. Los incendios consumen los edificios, las fuentes son envenenadas, familias enteras sucumben; esos crímenes y muchísimos otros han sido cometidos por la cólera. Creeríase uno en medio de un rebaño de bestias feroces, no en una sociedad humana; sólo que las bestias feroces se respetan mutuamente, en tanto que los hombres, por lo contrario, se desgarran a porfía².

Homicida, no de hecho, sino de voluntad, es el hombre lleno de odio, que medita proyectos de venganza, alimentándose de ellos, siempre dispuesto a ejecutarlos, como el explosivo a vomitar una lluvia de hierro. Así se expresa san Juan en su primera Epístola: Todo hombre que odia a su hermano es homicida: *Omnis qui odit fratrem suum homicida est*³; no de hecho, dicen los comentadores, sino de deseo, *ex affectu*⁴. Y si a esta disposición interior se añade alguna provocación, alguna excitación proveniente de fuera, un consejo malvado, una sugerencia pérflida... No todo el mundo es tan prudente como David. No todo el mundo tiene un alma tan elevada. ¡Ah, cuán interesante es esta página de la Escritura, más instructiva aún que interesante! Su implacable enemigo, Saúl, quería matarlo, y no perdonaba medio alguno de los que la malicia puede inventar para ejecutar su criminal proyecto. Cierto día en que Saúl, solo y sin escolta se refugió en una profunda

1. El cardenal Bona: *Manuductio ad cælum*, cap. VII, traducción francesa, por LA HAUTIERE.

2. I JOANN., III, 15.

3. Non sunt longe ab occidentibus, qui animo occisionis oderunt: próximo está a matar el que odia de muerte. SALVIEN, *De Prov.*, lib. VIII.

cueva, David, que estaba oculto en ella con un pelotón de su guardia, hubiera podido matarlo fácilmente, pues la ocasión era propicia, y sus gentes lo incitaban a hacerlo: La hora de la libertad ha sonado, le decían; tu enemigo está en tus manos; atraviésalo con tu espada. —No, no, respondió David. No permita Dios que jamás haga yo tal cosa contra mi señor, contra el ungido del Señor: *Propitius sit mihi Dominus; ne faciam hanc rem, ut mittan manum meam in eum, quia christus Dominus est...* Y se contentó con cortar la orla del manto de Saúl, silenciosamente, dice la Escritura, *silenter*, es decir, sin que el rey lo advirtiera; y todavía se arrepintió después, como si, al hacer una acción tan inofensiva, le hubiera faltado al respecto: *Post haec, percussit cor suum David, eo quod abscidisset oram clamydis Saüli.*

Pero ciertamente no basta demostrar el amor de los enemigos, como deber que debemos cumplir, de un modo indirecto, esto es, por la consideración del contrario, sino que tenemos algo mejor, un mandamiento positivo, el mandamiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Mandamiento formal, claramente dictado: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen y os calumnian². Y también: Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda³; es decir, como observa un Padre antiguo, que Dios descuida su propio honor, para sustituir a él el amor del prójimo; quiere que su culto quede interrumpido, antes que se poster-

1. I REG., cap. XXIV.
2. MATTH., cap. V.
3. *Ibid.*

gue la caridad; un corazón apacible y sin hiel, un alma sinceramente reconciliada; he ahí el sacrificio que le place: *Honorem suum despicit pro charitate erga proximum. Interrumpatur cultus, ut charitas maneat; nam vere, sacrificium est, reconciliatio cum fratre¹.*

Mandamiento renovado por los Apóstoles, hablando como el Maestro y en su nombre: Si vuestro enemigo tiene hambre, dice san Pablo, dadle de comer; si tiene sed, dadle de beber; obrando así, amontonaréis carbones encendidos sobre su cabeza², esto es, le obligaréis a amaros. El mismo Apóstol se expresa en términos no menos vivos cuando pide al hombre irritado que no deje ponerse el sol estando todavía en cólera: *Sol non occidat super iracundiam vestram³.* Y Bossuet, comentándolo con sus hermosas palabras, dice: No quiere que la cólera permanezca mucho tiempo en su corazón, de miedo a que, agriándose insensiblemente, como un licor en su copa, no se convierta en odio implacable. No le cabe en la cabeza que un cristiano, hijo de paz y caridad, pueda tener un sueño tranquilo con un corazón ulcerado contra su hermano. Durante el día, el espíritu, distraído en mil cosas, no piensa gran cosa en la injuria recibida, pero llegada la noche, la obscuridad, el secreto, la soledad, dejándolo enteramente solo, le recuerdan toda suerte de imágenes molestas, y las ondas de la cólera se elevan más y más, y la llaga se encontra⁴.

Hay que reconocer que este mandamiento es difícil de cumplir, pero, por la gracia de Dios, no imposible. Muchos, midiendo los preceptos divinos con la medida de su debilidad, sin recurrir al auxilio de lo alto, los tienen por impracticables, y dicen que basta no detestar

1. S. CHRYSOST. in MATTH.
2. ROM., XII, 20.
3. EPH., IV, 26.
4. BOSSUET, *Sermóns*.

a sus enemigos, pero que amarlos es cosa superior a la naturaleza humana. Esto es un error. Sépase bien que Dios manda cosas perfectas, no cosas imposibles. Tal es la lección que la Iglesia nos hace leer el día en que celebra la fiesta de un santo cuya virtud, bajo este concepto, fué puesta a ruda prueba. Juan Gualberto es su nombre. Juan Gualberto, que murió con el hábito monástico, era todavía seglar, gentilhombre, y ceñía espada. Cierta noche de Viernes Santo encontró en un camino tan estrecho que sólo podía pasar por él un solo hombre, al asesino de su hermano, solo y sin defensa. ¿Qué hará? ¿se precipitará sobre él para atravesarlo con su espada? Su cólera, que podía considerar como legítima, le impulsa a ello; el derecho entonces en uso, lo autoriza a hacerlo... Pero es Viernes Santo; el mandamiento de amar a los enemigos, que es el mandamiento, no de un día, sino de todos los días, se le representa más imperativo que nunca, reforzado con el ejemplo de un Dios. Se adelanta, pues, hacia su enemigo, le saluda, le abraza, y le cede el paso... Prueba convincente, por cuanto se encarna en un hecho, que Dios manda, no cosas imposibles, sino cosas perfectas: *Scientum est ergo Christum non impossibilia praecipere, sed perfecta¹*.

Por otra parte, es un mandamiento que a nadie impone el sacrificio de su dignidad. Interrogado por el Pontífice, y abofeteado, en vista de su respuesta, por un criado, dice Jesús a este hombre: Si he hablado mal, da testimonio de ello, pero si bien, ¿por qué me hieres²? Otro ejemplo: San Pablo era ciertamente cristiano, tanto como el que más; pero apresurémonos a decir que era también tan poco tímido como el que más. Toda

1. In fest. S. GUALB. *Brev. Rom.*, Lect. 7.
2. JOANN., XVIII, 23.

su vida es prueba de ello. Si se le quiere dar tormento y azotarlo, responde al pretor que ha ordenado este acto arbitrario: ¿Te es permitido acaso azotar a un ciudadano romano, si no ha sido debidamente condenado: *Si hominem romanum et indemnatum licet vobis flagellare?* Lo cual, oído por los verdugos, cobraron miedo y se retiraron: *Protinus ergo dicesserunt ab illo, qui eum torturi erant*¹. A la verdad, poco tiempo antes, como lo vemos en el capítulo XVI de los Hechos, fué menos feliz, ya que lo azotaron y lo redujeron a prisión con Silas, su compañero de trabajos. Pero el resultado del asunto no fué menos glorioso para los dos apóstoles. Al día siguiente de su encarcelación, tan pronto amaneció, los magistrados, ora porque se avergonzaron del abuso de poder cometido, ora más bien porque un terremoto que sobrevino aquella noche, y que tomaron por una advertencia del cielo, los llenase de espanto, enviaron emissarios para decir al carcelero: Pon en libertad a esos hombres... No, respondió Pablo, *non ita*. ¿Pues qué? Después de habernos azotado públicamente, sin habernos oído, a pesar de ser ciudadanos romanos; después de meternos en prisión, atados como malhechores, ¿quieren ahora ponernos secretamente en libertad?... Vengan ellos mismos a sacarnos de la prisión; reparen la injusticia que nos han hecho. La energética respuesta de Pablo fué transmitida a los magistrados, los cuales se llegaron a la prisión, presentaron sus excusas, pusieron en libertad a los dos presos, y les rogaron que se fuesen: *Et venientes, deprecati sunt eos, et educentes rogabant ut egredierentur de urbe*².

Finalmente, es un mandamiento cuya observancia, prácticamente hablando, debe traducirse por el perdón de las ofensas, que es por excelencia el acto de caridad,

1. Act., XXII, 25.
2. Ibid., XVI, 19-40.

el acto plenario de esta virtud, acto que debemos ejecutar poniendo en él el mayor cuidado posible: *At longe vero omnium praestantissimum officium quod charitatis plenissimum est, in quo maxime nos exercere convenit, illud est, ut injurias quas accepimus aequo animo remittamus atque condonemus*¹. Así se expresa el Catecismo Romano; y cosa singular; mientras que sobre una multitud de puntos de doctrina, se limita a indicar mejor que a desarrollar, aquí indica y desarrolla a la vez. Indica tres razones del perdón de las ofensas, y las expone tan bien, que el discípulo no tiene que hacer más que citar al maestro casi textualmente. Primera razón: la persona que nos ha ofendido, y sobre la cual queremos hacer caer nuestra venganza, no es siempre la principal causa del perjuicio que tenemos que sufrir. Agobiado de los malos tratamientos que de todas partes le venían, el hombre más virtuoso de los antiguos tiempos, Job, la emprende con los sabeos, con los caldeos, con el demonio sobre todo? Otro lo hubiera hecho, pero él no lo hace: El Señor, exclama, me lo había dado todo; el Señor me lo ha quitado; sea bendito su santo nombre². Estas palabras, y el ejemplo de semejante hombre, son muy propias para convencernos de que lo que en esta vida padecemos, no viene de los hombres, que no son más que instrumentos de Dios, *ministri et quasi satellites Dei*, sino de Dios mismo, y que Dios, siendo ante todas cosas padre, los males que nos envía, menos son para castigarnos como a enemigos tuyos, que para corregirnos como hijos que de El somos: *Neque vero Ille, cuius est immensa benignitas, ut inimicos punit, sed ut filios corrigit et castigat*³.— Segunda razón: El rencor y la venganza están llenos

1. *Catech. Rom.*

2. *Jon., I, 21.*

3. *Catech. Rom.*

de funestas consecuencias, que son como inevitables. Por esto, añade, haga sentir el pastor a los que no pueden resolverse a perdonar, que el odio no es sólo gravísimo pecado, sino que la obstinación en él lo hace excepcionalmente criminal: *diuturnitate gravius*. El que alimenta ésta pasión en su alma, está como sediento de la sangre de su enemigo, y día y noche se ingenia en hallar medios para dañarle. Los más negros proyectos resumen todas sus ideas. Con gran exactitud, pues, se ha comparado la herida que abre el odio a una llaga en la cual queda hundido el dardo: *Quare merito vulneri comparatur, cui telum infixum haesi*¹. Tercera razón: Finalmente, perdonando al prójimo, sacamos dos preciosas ventajas: primera, parecernos a Dios, a Dios, que especialmente se distingue por ser misericordioso, y serlo siempre, *Deus cuius proprium est miseri-
teri semper et parcere*²; a Dios, de quien dicen las Sagradas Escrituras, y lo vemos cada día, que hace brillar el sol sobre los malos lo mismo que sobre los buenos, y llover sobre los injustos lo mismo que sobre los justos³. Segunda ventaja, prepararnos a nosotros mismos un perdón fácil; Dios no podría dejarse vencer en misericordia; por otra parte, su palabra está empeñada; habría que romper veinte páginas del Evangelio, si el perdón, concedido por nosotros, de las ofensas que se nos han hecho, no fuera uno de los más seguros medios de obtener a los ojos de Dios disminución de los innumerables pecados que cometemos cada día contra El.

¿Qué conclusión sacaremos ahora de una doctrina tan autorizada y tan completa? ¿Quién no la ve? ¿Quién no ve que tenemos, en general, el deber de amar

1. *Catech. Rom.*

2. Oración litúrgica.

3. MATTH., c. V. v. 45.

al prójimo, a todo prójimo, y de vivir, si es posible, en paz con todo el mundo, como dice san Pablo: *Si fieri potest, quod ex vobis est, cum omnibus hominibus pacem habentes?*¹ Y si de lo general pasamos a lo particular, ¿quién no ve que el perdón de las ofensas es una ley, un deber, una obligación, en el sentido riguroso de la palabra, y no, como uno está tentado muchas veces de creerlo, una cosa puramente facultativa, un objeto de lujo? Será juzgado sin misericordia, quien no tenga misericordia; son palabras de la Escritura². Con la medida que midieréis, seréis medidos; palabras son también de la Escritura³. Veo siempre en la Escritura un Cordero que quita los pecados del mundo, y los borra; me lo muestran con el dedo: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi*⁴... Vuelvo algunas hojas del Sagrado Libro, y el mismo Cordero se me muestra lleno de cólera, con los ojos lanzando llamas, y oigo que dice: Montañas, caed sobre nosotros, y ocultadnos al furor del Cordero: *Cadite super nos, et abscondite nos ab ira Agni*⁵... Un cordero lleno de cólera... Un cordero pacífico y dulce al principio, pero arrebatado luego por el furor... ¡qué imagen tan viva y tan propia para expresar el juicio severo reservado a quien no haya tenido misericordia, sobre todo cuando se le haya hecho a él mismo misericordia!

Por consiguiente, insistimos una vez más en decir: seamos misericordiosos; amemos al prójimo, a todo prójimo, aun a nuestros enemigos; perdonemos las ofensas, todas las ofensas que nos hayan hecho.

Dice la historia que César no sabía guardar el re-

1. ROM., XII, 18.
2. JACOB., II, 13.
3. MATTH., VI, 2.
4. JOANN., IV, 29.
5. APOC., VI, 16.

cuerdo de una injuria; tenía memoria para todo, menos para las injurias: *Nihil Caesar solitus oblivisci, nisi injurias.* ¿Permitiremos que nos dé lecciones este paganista?...

Otro personaje muy ilustre, cristiano a la verdad, Tomás Morus, gran canciller de Inglaterra, decía: *Hay que escribir las injurias sobre arena, y grabar los beneficios sobre mármol...* ¿Lo habéis entendido?

Grabar los beneficios en mármol, es decir, guardar el recuerdo de ellos en un corazón eternamente reconocido. Escribir las injurias en arena, esto es, olvidarlas, borrarlas de la memoria, como se borran facilísimamente con el pie los caracteres que se acaban de trazar en el polvo del camino...

Una frase de Tertuliano terminará esta instrucción: El verdadero cristiano no es enemigo de nadie: *Christianus nullius est hostis...*

SEXTO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

El vicio impuro: El adulterio

No cometerás adulterio

In hac ipsa re explicanda, cautus admodum sit parochus et prudens, et tectis verbis rem commemoret, quae moderationem potius desiderat quam orationis copiam.

Catech. Rom.

Con la más viva aprensión emprendemos la explicación del sexto precepto del Decálogo. Porque, de una parte, su importancia es mayor; de cien réprobos, condenados al fuego eterno del infierno, noventa y nueve lo son únicamente por haber cometido el pecado de impureza, dice uno de los principes de la teología; y añade que, aun el centésimo, no está exento de ella¹. Por otra parte, ¿de qué lenguaje, a la vez del todo prudente y mesurado, se valdrá el párroco para decir todo lo que debe decir, pero nada más que lo que debe decir, y para decir lo que debe decir con tanta prudencia y circunspección, que sus palabras sir-

1. Haec est frequentior et abundantior materia, propter quam major animarum numerus ad Infernum dilabitur; imo non dubito asserere, ob hoc unum impudicitiae vitium, aut saltem non sine eo omnes damnari, quicumque damnantur. S. LIGOURI, n. 413.

van de corrección a los unos, sin que sirvan de perversión a los otros?

Dios nos ayude con su gracia; y por cuanto no la concede jamás con tanta seguridad como cuando uno está vivamente necesitado de ella, precisamente por nuestra propia indigencia, esperamos obtenerla con la mayor abundancia. Empecemos.

Si, como obligados estamos a ello, empezamos por considerarlo en el sentido estricto y riguroso de las palabras que lo expresan, el sexto mandamiento prohíbe el adulterio: *Non moechaberis*, no cometerás adulterio.

¿Qué es, pues, el adulterio?

El Catecismo Romano lo define diciendo: El adulterio es la violación del lecho nupcial: *Adulterium est legitimi tori injuria*², sea que un hombre casado cometa el crimen con una mujer libre, y en este caso viola él su propio lecho, sea que un hombre libre peque con una mujer casada, y en este caso viola el lecho ajeno, sea, finalmente, que los dos culpables sean casados, y entonces cada uno de ellos viola su propio lecho y el ajeno.

Pero esto no está suficientemente definido; preciso es que sepamos qué clase de pecado es el adulterio.

Las Sagradas Escrituras nos lo dirán: Es un pecado excepcionalmente grave, un verdadero crimen, y la más irritante de las iniquidades: *Hoc est nefas et iniquitas maxima*³. Es un pecado que atrae sobre el que lo comete un legítimo deshonor, y su infamia no se borrará: *Qui adulter est turpitudinem et ignominiam congregat sibi, et opprobrium non delebitur*³. Más todavía: es un pecado tan monstruoso que la antigua ley lo castigaba de muerte. Acordaos en este momento del Evangelio

1. Catech. Rom.

2. Job, XXXI, 11.

3. PROV., IV. 32.

que la Iglesia nos hace leer, cada año, el sábado de la tercera semana de Cuaresma: Veis a Jesús en el Templo, rodeado de la multitud. Pues bien, mientras que El habla al pueblo, ávido de escucharle, los escribas y los fariseos le llevan una mujer sorprendida en flagrante delito de adulterio, y obligándola a permanecer de pie en medio de la asamblea, dicen a Jesús: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio; según la ley, ordena Moisés que las personas de este especie sean lapidadas... Sabéis lo demás; tampoco ignoráis el motivo detestable que los movía a proceder así. Pero en lo referente a la ley, decían verdad: Todo el que cometía el crimen de adulterio, sea hombre, sea mujer, se dice en el capítulo XXII del Duteronomio, morirá: *Si dormierit vir cum uxore alterius, uterque morietur, id est adulter, et adultera*¹. Pero no es esto todo; la muerte más terrible, no es la muerte temporal, sino la eterna, la *segunda muerte*, como la llaman las Escrituras². Pues bien, el apóstol san Pablo declara aplicada a los adulteros esta pena de *segunda muerte*, de reprobación eterna; serán condenados: irremisiblemente condenados, si no hacen penitencia; toda ilusión sobre este punto les es arrebatada: *Nolite errare, adulteri regnum Dei non possidebunt*³... No insistimos; las Escrituras han hablado.

Todas las legislaciones humanas, empezando por las paganas, han repetido lo que las Escrituras dicen del adulterio, como crimen punible, y aun pasible en esta vida del último suplicio. No os disgustarán algunas citas. ¿Qué digo? En vez de desagradarlos, os enseñarán, os recordarán, si la hubierais olvidado⁴, la parti-

1. DEUT., XXII, 22.

2. APOC., V.

3. I Cor., IV, 9.

4. Véanse nuestras instrucciones sobre el matrimonio.

cularidad verdaderamente notable de que, aun en aquellos pueblos, la fidelidad conyugal fuese considerada como cosa sagrada, cuando todo lo demás había perecido. Los egipcios castigaban a la mujer adúltera con mil azotes de vara. Los sajones la obligaban a extranearse, o bien la sometían al suplicio del fuego, y sobre sus cenizas alzaban un patíbulo para su cómplice. Los griegos, según la ley de Licurgo, consideraban a los adulteros como parricidas, y los condenaban a la misma pena que a éstos. En Roma, en los primeros tiempos de la república, la mujer acusada por el marido y juzgada por la familia, era condenada a una pena arbitraria, es decir, quedaba a la discreción de sus jueces naturales, y por lo general no se escapaba de la muerte¹. Tras las legislaciones paganas, las cristianas. Al principio por lo menos, estas últimas difieren poco de las precedentes. El primer emperador cristiano Constantino el Grande impuso la pena de muerte a la mujer adúltera y a su cómplice. Fué más lejos, y adoptando la ley de Licurgo, decretó que los adulteros del uno y del otro sexo fueran tratados como parricidas. Los emperadores posteriores siguieron sus pasos, los unos más severos, los otros menos, éstos aplicando como los anteriores la pena de muerte a los adulteros, aquéllos inspirándose en el espíritu del Evangelio, limitándose a castigarlos con la pena de prisión perpetua, o, aun en ciertos casos, temporal². Finalmente, y para cerrar esta

1. Véase CORNELIUS A LAP., cap. 38. GEN. y el catecismo de Guillois, t. II, p. 245.—Los galos, más tolerantes, no imponían a los culpables más que penas pecuniarias; la ley francesa actual, que no condena a la mujer adúltera más que a la pena de detención, cuya duración *mínima* fija en tres meses, y la *máxima* en tres años, parece haber adoptado la muelle indulgencia de nuestros antepasados. (Nota juiciosa de Hennequin, jurisconsulto distinguido de este siglo).

2. El mismo.

exposición, recordemos, de acuerdo con la recomendación que hace a los pastores el Catecismo Romano, que, a los ojos de la legislación eclesiástica propiamente dicha, es decir, distinta de las leyes civiles, la cual tiene por autor, no tal o cual principio, sino la Iglesia misma, el adulterio es un crimen enorme, *peccatum gravissimum*, que el cometerlo, y no hacer penitencia, es vivir en estado cierto de condenación, *in damnationis statu vivere*; que hacerlo público, y por ello mismo, escandaloso, sosteniendo una mujer distinta de la legítima, es incurrir en excomunión: *Statuit Sancta Synodus concubinarios tam liberos quam uxoratos excommunicatione feriendos esse*, excomunión que no será levantada al culpable sino después de obedecer las admoniciones del obispo diocesano, *a qua non absolvantur, donec re ipsa admonitioni factae paruerint*¹.

Han hablado las Escrituras, han hablado las legislaciones; y si la razón hablara a su vez, la razón natural misma, y mejor aun que la razón natural, la razón aytadida de las luces de la fe, la simple razón diría que el adulterio es el atentado más sensible a la dicha de los esposos, por cuanto unidos, como lo están, por lazos estrechísimos, y no pudiendo serles nada tan agradable como sentirse mutuamente amados con amor tierno y sincero, ningún disgusto tan grande para ellos como ver pasar a otro ese amor al cual tienen derecho ellos solos con exclusión de todos los demás². La simple razón diría que el adulterio, no solariente es un atentado, el más sensible, contra el amor conyugal, sino también la más criminal violación del pacto conyugal. ¿Quién no lo ve claramente? En virtud de este pacto, el marido no se pertenece ya a sí mismo, sino que

1. Conc. Trid. Sess. XXIV de reform., c. VIII.

2. Quoniam viri et uxoris vinculum arctissimum est, et nihil, etc. Catech. Rom.

pertenece a su esposa, y la mujer no se pertenece ya a sí misma, sino que pertenece a su esposo; ni el uno ni el otro tiene la libre posesión de su corazón, y todavía menos de su propia carne; la razón habla aquí como san Pablo: *Mulier sui corporis potestatem non habet, sed vir, similiter et vir sui corporis potestatem non habet, sed mulier*¹. Por consiguiente si el uno o el otro, tú, esposo, o tú, esposa, porque, notadlo bien, no hay aquí privilegio alguno para nadie, pues los derechos y los deberes son iguales, se reserva, después de haberse dado, para darse a cualquier otro, rompe el contrato, usurpa un bien que no es suyo, viola el derecho del conjunto, y, con relación a él, comete una irritante injusticia.—La simple razón diría que el adulterio, que tan criminal es, como acabamos de ver, cualquiera que sea su autor, reviste, si se considera sobre todo en la mujer, otro carácter particularmente odioso por la inmixtión en la familia de hijos adulterinos, que vienen a tomar parte en la herencia. ¡Ah, si los hijos legítimos conociesen, si pudiesen penetrar el misterio de iniquidad que les ha dado hermanos que no son hermanos, ¿tendrían en sus labios y en su corazón, para expresar no menos su vergüenza que su dolor, otras palabras que las del Profeta: Acordaos, Señor, de los males que nos han sobrevenido; contemplad nuestro oprobio: la herencia ha pasado a otros, y la casa ha caído en manos extrañas: *Recordare, Domine, quid acciderit nobis; intuere et respice opprobrium nostrum: haereditas nostra versa est ad alienos, et domus nostra ad extraneos*³.—Pero ¡cuántos otros males arras-

1. I Cor., c. VII.

2. Certe, si alteruter corpus suum, quod est alieni juris ab eo cui illud adstrictum est, disjungit, is admodum iniquus est, et nefarius. Catech. Rom.

3. TREN., cap. V.

tra consigo el adulterio, con gran perjuicio de la familia y de la sociedad misma! Empecemos por suponer que todo quede en secreto; si es el marido el que viola la fe jurada, ¡cómo abandona poco a poco sus deberes de esposo, de padre y aun de ciudadano! ¡Cuántas escenas injustas en el hogar doméstico, cuántas disipaciones insensatas, cuántas donaciones disimuladas, cuántas enajenaciones sin motivo! Si es la mujer, ¡cuántas mentiras y rodeos, cuántas maniobras de toda especie, para alejar las sospechas, cuántos crímenes quizás! Ya lo decía Tertuliano en su rudo lenguaje: *Sciunt obstetrics quot adulteri conceptus trucidantur*¹. Supongamos ahora que todo se hace público. Ved lo que se prepara: un escándalo inmenso, quizás una separación, quizás un divorcio, quizás una muerte, quizás un suicidio; o bien, si las cosas no llegan a estos excesos, por lo menos tened por seguro que, desde este momento, y para siempre, la paz, la concordia, la confianza han desertado de esta casa². — Finalmente, la razón diría, no la simple razón, sino la razón auxiliada por las luces de la fe, que el matrimonio no puede recibir mayor injuria que la que le hace el adulterio. ¿Qué es el matrimonio? ¿Un pacto natural regido por leyes humanas? Es mucho más que esto. ¿Es una institución que tiene, como lo leemos en la primera página de las Escrituras, a Dios por autor, y por fin primero la propagación del género humano según estas palabras: *creced y multiplicaos*? Todavía es algo más. ¿Qué es, pues, el matrimonio? Desde que Jesucristo vino a restaurar todas las cosas, así el matrimonio como todo lo demás, el

1. TERTULL., Lib. de pudicitia, c. v.

2. El teólogo CLEMENTE MARC resume muy bien y en pocas líneas, lo que acabamos de exponer: *Adulterium laedit, in re gravissima, jus alterius conjugis, officit bono prolii, nocet familiæ, parit sepe scandala et rixas, innumeraque alia gignit mala, prout docet quotidiana experientia.* t. I, p. 531.

matrimonio es un sacramento. El matrimonio es un sacramento, es decir, una cosa santa y santificante. El matrimonio es un sacramento, esto es, un signo sagrado. Signo sagrado ¿de qué? ¡Ah, dignate decírnoslo, gran Apóstol! Maridos, amad a vuestras mujeres como Jesucristo ama a su Iglesia... Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos como al Señor, porque el hombre es la cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia... El que ama a su mujer, se ama a sí mismo; nadie odia a su propia carne, sino que la alimenta y la sostiene, como lo hace Cristo con su Iglesia... Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una misma carne... Este sacramento es grande, si, lo digo, grande en Jesucristo y en su Iglesia¹... Así se expresa san Pablo (es decir, si lo entendemos, que en el matrimonio cristiano, el esposo representa a Jesucristo, la esposa a la Iglesia, y la mutua fidelidad del esposo y de la esposa, la adhesión inviolable de Jesucristo a la Iglesia y la adhesión inviolable de la Iglesia a Jesucristo². Pero tú, esposo infiel a tu mujer, ¿qué representas? Y tú, esposa infiel a tu marido, ¿de quién eres imagen? Un antiguo Padre nos lo dirá con su enérgico lenguaje: El adulterio es la moneda del demonio; en ella está la imagen del demonio y su inscripción. ¿Habéis cometido un adulterio?... Habéis sido acuñados con la imagen del demonio: *Adulterium pecunia diaboli est; diaboli in eo imago est, et superscriptio; commisisti adulterium? accepisti numisma diaboli*³.

Esto dice lo suficiente sobre el adulterio.

1. EPH., v. 32.

2. *Matrimonium habet perfectam firmatatem, in quantum significat indivisibilem conjunctionem Christi et Ecclesiae,* S. THOM. Supp., q. XLIX, art. 6, ad 1.

3. Orígenes Ap. Michaelem Vivien. t. I, p. 49.

Pero con ello no queda agotado el asunto. El sentido literal, estricto, no contiene todo el sentido de las palabras que expresan el sexto mandamiento. Hay el sentido lato, no menos usado, y no menos legítimo que el primero, porque, en definitiva, las palabras tienen la significación que los hombres, y Dios mejor aun que los hombres, les asignan. Así, pues, del mismo modo, dice san Agustín, que Dios, al prohibir el robo, como diremos en su lugar, prohíbe todos los géneros y especies de robo, del mismo modo, al condenar el adulterio, *non moechareris*, condena el vicio impuro, de cualquier naturaleza que sea, llámese como se llame¹. El Catecismo Romano repite lo que dice san Agustín, y toda la teología lo enseña: *Hoc adulterii interdicto facile intelligimus omne impuritatis et impudicitii genus, quo polluitur corpus prohiberi; immo vero omnem intimationem animi libidinem hoc praecepto vetitam esse*².

Por consiguiente, y para no dar a esta idea más que un corto desenvolvimiento, el único, por lo demás, que aquí conviene:

Non moechareris, es decir, no cometerás ningún pecado de impureza, ni con tus sentidos externos, ni con la mirada, ni con el tacto, ni con el oido, ni con la palabra, ni con tus sentidos internos, con la imaginación, ni con la representación, ni con la complacencia deliberada, ni con el deseo consentido: *Omnis qui viderit mulierem ad concupiscendam eam, jam moechatus est in corde suo*³.

Non moechareris, es decir, no cometerás ningún pecado de impureza consumada, ni la fornicación, ni el

1. S. AUGUS., Quaest. 71 in Exod.

2. *Catech. Rom.*—CORNELIUS A LAP. dice también: *Ex parte enim notiori et famosiori, puta moechia, sive adulterio, totum libidinis genus, omnesque ejus species intelligi voluit Deus. In cap. V. Deuter.*

3. MATTH., V, 28.

estupro, ni el rapto, ni el incesto, pecados enormes, de los cuales uno solo, aunque fuera el menor, bastaría para hacer perder la herencia de Cristo: *Omnis fornicator, aut immundus, non habet haereditatem in regno Christi*¹.

Non moechareris, es decir, no profanarás tu cuerpo, como no profanarás el cuerpo de otro; en vez de manchar las fuentes de la vida, y cegarlas, las guardarás intactas para el día en que seas llamado al honor de la paternidad por Aquel de quien toda paternidad deriva²; proceder de otro modo, es excluirse del reino de los cielos: *Negue molles regnum Dei possidebunt*³.

Non moechareris, es decir, tendrás horror a esos amores infames que atrajeron en otro tiempo sobre Sodoma y las ciudades vecinas el fuego del cielo⁴, y a esas prácticas más abominables todavía, por las cuales el hombre que a ellas se entrega, se rebaja al nivel de la bestia y se convierte en su semejante: *Homo, cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis*⁵.

En los días felices en que Salomón, dueño de su corazón, marchaba por el camino recto, decía: Como sabía muy bien que no podría poseer la continencia, guardiana de la pureza, si Dios no me la concedía, me dirigí al Señor para que me hiciese semejante don⁶... Procedamos con la misma humildad y la misma confianza. Pidamos con Jesucristo y por medio de Jesucristo: Padre, no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal⁷... Pidamos con la Iglesia, y por medio de la Iglesia: Señor, líbranos del pecado impuro: *A spiritu fornicationis, libera nos Domine*⁸...

1. EPH., V, 5.

2. EPH., III, 15.

3. I COR., VI, 10.

4. GEN., cap. XIX.

5. PSAL. XLVIII.

6. SAP., cap. VIII.

7. Oración dominical.

8. Letanías mayores.

SEXTO MANDAMIENTO

SERMON SEGUNDO

Causas del pecado impuro

No cometérás adulterio

Sed quoniam hoc praecepto multa continentur, que praetermittenda non sunt ea suo loco explicabuntur a parochis.

Catech. Rom.

En esta materia, que nos hemos propuesto tratar, del pecado impuro, no decimos más que lo que debemos decir, como nos lo ordena el Catecismo Romano: *Cautus admodum sit parochus et prudens et tectis verbis rem commemoret;* pero también nos ordena que digamos, y decimos, todo lo que debemos decir: Este precepto es muy extenso en su objeto, y las cosas que la prudencia no le induce a omitir, las dirá el pastor con cuidado, y cada una en su lugar: *Sed quoniam hoc praecepto multa continentur, quae praetermittenda non sunt, ea suo loco explicabuntur a parochis.* De aquí que, sin separarnos de las reglas de la más estricta reserva, mas siempre cuidadosos de cumplir el deber, expondremos en esta instrucción las causas del pecado impuro, y, en las siguientes, los funestos efectos que produce, y las medidas que hay que tomar, ya para preservarse, ya para corregirse de él. Dios nos ayude con su gracia.

Las causas del pecado impuro... ninguno de los moralistas las ha precisado mejor que el Catecismo Romano: la intemperancia, la ociosidad, la inmodestia en las miradas, los excesos de refinamiento en el vestido, la licencia en las palabras y en los escritos, la danza, los espectáculos.

La intemperancia conduce al pecado impuro: Comieron y bebieron sin medida, dice el Profeta; por eso cometieron adulterio: *Saturavi eos et moechati sunt¹.* Velad, dice Nuestro Señor, no suceda que se ofusquen vuestros corazones con la glotonería y la embriaguez: *Attendite vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula et ebrietate².* El Apóstol expresa la misma idea y la completa: No os embriaguéis, escribe a los fieles de Efeso; el vino, tomado inmoderadamente, engendra la lujuria: *Nolite inebriari vino, in quo est luxuria³.*

La ociosidad conduce al pecado impuro. ¿Por ventura no es la ociosidad la escuela de todos los vicios, y más que de todos, del vicio impuro? La Escritura da testimonio de ello. Porque rebosaban de bienes, y especialmente porque estaban ociosos de la mañana a la noche, los habitantes de Sodoma y de las cuatro ciudades hermanas de Sodoma, cayeron en desórdenes tales, que, para vengar la naturaleza ultrajada, hizo Dios caer sobre los culpables una lluvia de fuego: *Haec fuit iniquitas Sodomae saturitas panis, et abundantia, et otium ipsius et filiarum ejus⁴.*

La inmodestia en las miradas conduce al pecado de impureza. Continuemos interrogando las Escrituras. El santo hombre Job nos dice que ha hecho un pacto con sus ojos, a fin de evitar hasta la idea misma del

1. JEREM., V, 7.

2. LUC., XXI, 34.

3. EPH., V, 18.

4. EZECH., XVI, 40.

mal. *Pepigi foedus cum oculis meis ut ne cogitarem quidem de virgine*¹. Oigo al sabio que nos grita que apartemos la vista de la mujer engalanada: *Averte faciem tuam a muliere compta*². Con más autoridad que cualquier otro, declara Jesucristo que mirar a una mujer con mal deseo, es ya cometer adulterio en su corazón: *Qui viderit mulierem ad concupiscendam eam, jam moechatus est eam in corde suo*³. Los hechos responden a los textos. En el capítulo XXXIV del Génesis, una mirada es seguida de un rapto, y se convierte en causa primera del exterminio total de los habitantes de la ciudad de Siquem⁴. Más conocida es la historia que la Iglesia nos hace leer el sábado de la tercera semana de Cuaresma; porque cada día esperaban el paso de la virtuosa Susana para verla, concibieron tan criminal pasión los infames viejos de Babilonia: *Videbant eam senes quotidie egredientem et deambulantem, et exarserunt in concupiscentiam ejus*⁵. Más lamentable fué todavía la caída de David. Hasta entonces tan casto y adornado de tantas gracias, complacióse David en una mirada culpable. ¿Qué importa, dice san Agustín, que el objeto que le fascina esté distante, si la concupiscencia está muy próxima, y se apresta ya a encender sus fuegos?: *Mulier a longe, sed libido prope!*... David, pues, comete un adulterio, y muy poco después, un segundo crimen para encubrir el primero, un homicidio⁶; el valeroso pastor de otros tiempos, que ahogaba a los leones entre sus brazos, el fuerte de Israel, a quien poderosos enemigos no pudieron abatir, vese aterrado

1. JOB., XXXI, 1.
2. ECCL., IX, 8.
3. MATTH., V. 28.
4. GEN., XXXIV, 1 y sigs.
5. DANIEL., XIII, 8.
6. II REG., XI.

por sus propios ojos; llevaron la devastación a su alma: *Oculus meus deprædatus est animam meam*¹.

El exceso de refinamiento en el vestido conduce al pecado impuro. El Catecismo Romano coloca esta causa de ruina entre las más funestas: *Elegantior item ornatus, quo oculorum sensus valde excitatur, occasionem libidini non parvam saepe praebet*. Y añade: Como las mujeres son ordinariamente muy solícitas del adorno del cuerpo, deben los pastores advertirles con frecuencia este defecto, y aun reprenderlas severamente, si lo tienen: *Cum igitur milieres in nimios ornatus studio versentur, non alienum erit, si parochus eas interdum moneat objurgelque*. ¡Es por ventura nueva semejante invitación a los pastores? No, ciertamente. Los antiguos profetas tronaron contra el lujo. El Real Profeta dice: Sus hijas, las hijas de los incircuncisos, se presentan adornadas, adornadas como templos, y como las divinidades que en ellos adoran². Isaías, el más grande de los Videntes de Israel, escribe: Las hijas de Sión se yerguen con orgullo y vanidad, caminan con la cabeza erguida, con la mirada llena de afectación y pasos cadenciosos; pero muy pronto el Señor descubrirá la frente soberbia de ellas, y las despojará de sus cabellos, y les quitará sus magníficos ornamentos, sus redes, sus alhajas, sus collares, sus brazaletes, sus escofietas, sus anillos, las perlas que caen sobre su frente, sus perfumes, sus pendientes, sus vestidos tan variados, sus mantos, sus velos, sus espejos, el lino que las cubre, sus finos lienzos, y las cintas y los vestidos de verano. Los Apóstoles tronaron contra el lujo. San Pedro se dirige a las mujeres de su tiempo, y les dice que no se adornen con arte, que no se engalanesen con el oro, que no atrai-

1. THERLEN, III, 51.
2. PSAL. CXLII.
3. ISA., III, 16-24.

gan la atención con la suntuosidad de los vestidos: *Mulierum non sit extrinsecus capillatura, aut circumdatio auri, aut indumenti vestimentirum cultus*¹. San Pablo escribe a su discípulo Timoteo; la modestia que deben guardar las mujeres no ocupa la menor parte de su epístola enteramente directiva; no prohíbe que se adornen las mujeres: *Similiter et mulieres in habitu ornato*; pero quiere que, en esto, como en todas las cosas, observen la moderación y las reglas del pudor: *cum verecundia et sobrietate*; por consiguiente, que se abstengan de afeites, de adornos de oro, de piedras preciosas, de vestidos preciosos: *non in tortis crinibus, aut auro, aut smaragdo: vel veste pretiosa*². Los grandes Doctores tronaron contra el lujo. Los apóstoles hablaron como maestros; aunque con menos autoridad, los Doctores, por las razones que alegan, nos hacen entender mejor que el pecado impuro procede de la inmodestia en el vestir, como el efecto de la causa que lo produce. Escuchad a Tertuliano: El deseo de agradar por los incentivos de la belleza, no puede ser inocente. Demasiado sabido es que no está permitido provocar en los otros deseos criminales. Si no se quiere obrar mal, ¿por qué excitar a él? ¿Por qué exponer a otro a que lo cometa? ¿Por qué aventurarse a encender fuegos desordenados? Sois responsables de los pecados cuya ocasión habéis sido³. San Cipriano no se muestra menos vehemente: Queréis parecer magníficas con vuestros vestidos y vuestros tocados, dice a las mujeres de su tiempo. ¿Qué conseguís? Atraéis las miradas de una juventud ardiente y licenciosa, encendéis fuegos criminales, hacéis nacer ilegítimas esperanzas, alentáis temerarias pasiones. Si vosotras quedáis invulnerables, otros que-

1. PETR., III, 3.

2. I. TIMOTH., II, 9.

3. Citado por Guillois, t II, de su catecismo, p. 251.

dan heridos; sois para esos corazones imprudentes, la espada que los atraviesa y el veneno que los mata¹. San Juan Crisóstomo, san Agustín y cien otros tienen el mismo lenguaje, es decir, para tomar de Tertuliano esta última frase, que si el orgullo nada pierde, ni mucho menos, la luxuria en todos los refinamientos del lujo, gana mucho. *Gloria insilescit, negotiatur luxuria*².

La licencia en las palabras y en los escritos conduce al pecado impuro. San Pablo no quisiera que tan sólo un nombre expresivo de alguna impureza saliera jamás de una boca cristiana³. Los malos discursos, dice en otra parte, corrompen las buenas costumbres: *Corrumunt mores bonos eloquia mala*⁴.

El Catecismo Romano bebió en esta fuente: compara las palabras obscenas a una antorcha encendida que prende, sobre todo en el corazón de los jóvenes, el fuego de la impudicia: *Verborum obscenitate, quasi face quadam subjecta, adolescentum accenduntur animi*. No hay un solo moralista que no señale las conversaciones demasiado familiares y demasiado asiduas entre personas de sexo diferente como conducentes, casi con seguridad, a privanzas peligrosas. La castidad no ha muerto todavía, dice san Jerónimo, pero empieza a morir, agohiza: *Sunt principia morituræ virginitatis*⁵. Más funesta es todavía la palabra licenciosa escrita, que la palabra licenciosa hablada. La palabra escrita es la palabra fija, el libro. Un hombre no habla más que a otro hombre, o a una asamblea más o menos numerosa; un libro habla a todo un pueblo, y a veces al mundo entero. Un discurso malvado dura relativamente poco; las palabras vuelan y se disipan, y la impresión que

1. Citado por Guillois, *ibid.*

2. De cultu foem.

3. EPH., v. 3.

4. I Cor., XV, 23.

5. EPIST. ad. Nepot.

producen se debilita poco a poco; pero un libro infame permanece; el tiempo que todo lo envejece, no siempre lo envejece. El libro es una potencia; si es malo, es una potencia nefasta... Pero no nos limitemos a hablar de este asunto tan sólo de un modo general. Los antiguos predicadores podían creer que todo lo habían dicho sobre las lecturas peligrosas, pero se engañaban. Los mismos concilios antiguos, cuando prohibían, bajo pena de excomunión incurrida por el solo hecho, que los libros provocadores de la luxuria fuesen impresos, vendidos, leídos, o guardados¹, pensaban haber construído un dique indestructible; pero no era así. Jamás fué esta llaga tan devastadora como en nuestros días. En ninguna época fueron tan numerosos y corruptores los malos libros. Una prensa infatigable los edita por millares y por centenares de millares. Una propaganda satánica los difunde por todas partes, aun por las humildes aldeas. Pero no solamente el libro predica el desorden y excita a él, sino también el folleto, la revista mensual o semanal, el periódico, la imagen, el grabado, y aun la música. Para denominar toda esta licencia escrita, pintada o cantada, ha sido preciso inventar una nueva palabra, pues las antiguas no bastaban. ¡Oh, poderes públicos, preocupaos, inquietaos de ese desbordamiento de corrupción que amenaza con aniquilar lo que todavía queda sano del cuerpo social; a veces lo hacéis, pero nunca lo hacéis suficientemente ni con suficiente frecuencia! ¡Oh poderes domésticos, oh padres y madres, si fuieseis solícitos, y lo sois, del honor de vuestros hijos, tanto como del vuestro propio, no toleraríais que la novela, que la canción deshonesta, o algún otro producto de la litera-

1. Ne ibri ad luxuriant et luxum provocantes imprimantur, vendantur, legantur aut refineantur omnino... jubetque sicubi reperti fuerint, comburantur, sub ejusdem anathematis poena, quam ipso facto incident qui minime paruerint. Concil. Tironense. Anno 1583.

tura obscena, salvase el umbral de vuestra casa, pues tanto valdría introducir en ella un envenenador, o cualquier otro de vuestros peores enemigos! Y nosotros también, pastores de almas, elevemos la vida, tronemos contra los malos libros, contra los que los leen, contra los que los guardan, contra los que los prestan, contra los que los venden, contra los que los hacen. Mostrémonos llenos de celo en procurar a nuestros fieles, pastos sanos, en vigilar para apartar de ellos las influencias perniciosas que les darian la muerte. Guardemos intactos los dos depósitos que nos han sido confiados, la fe y las costumbres². Predicando san Pablo a la Iglesia de Efeso, no se contenta con la humilde y sincera confesión que los paganos convertidos le hicieran de sus extravíos. Sabiendo que la detestación del pecado implica el sacrificio de los objetos que han conducido a él, y el apartamiento de las ocasiones propias para recaer en él, exigió que se le entregasen los malos libros. Fué religiosamente obedecido; hicieron con ellos un montón y les pegaron fuego en presencia de todo el pueblo: *Contulerunt libros, et combusserunt coram omnibus*².

Pero todavía no hemos agotado nuestro asunto. También la danza, y no menos que la danza, los espectáculos, conducen al pecado impuro. No toda danza, a la verdad. Vencidos los egipcios, y libertados los hebreos, las mujeres de estos últimos se unieron a la hermana de Aarón, para danzar al son de los instrumentos y cantar himnos de acción de gracias³. Del mismo modo las Escrituras elogian a David por haber bailado delante del Arca, el día que entró triunfalmente en la ciudadela de

1. Satagant igitur et animo mactent, ministri Dei, concionatores scilicet et confessarii, ut tot viribus huic (pravorum librorum) torrenti iniquitatis se opponant et pereentes animas e facibus infernalis abyssi eripiant. (GURY, n. 240).

2. Act., cap. XIX y XX.

3. Exod., XV, 29.

Sión¹. En sí mismo, el baile es un placer permitido, como cualquier otro placer mientras sea honesto. La desgracia consiste en que ha dejado de serlo. Con gran frecuencia, si no siempre, tal como se practica hoy en día, con las actitudes que adopta, la música que lo acompaña, las joyas que ostenta, las familiaridades que autoriza, el baile es ocasión de pecado, provoca al pecado, y, por consiguiente, es pecado, por lo que no se asombra uno de que san Ambrosio, después de referir la decapitación de san Juan Bautista, la cual fué el precio de una danza, continúe y diga: Las madres que aman la castidad y el pudor, den a sus hijos lecciones de religión, no de bailes²... Tampoco los espectáculos son malos por naturaleza. Podrían ser útiles, instructivos, y aun moralizadores. Mas aquí también está la desgracia en que jamás lo fueron mucho, y que hoy en día no lo son nada. En efecto, ¿qué es lo que se representa? ¿qué vemos en ellos? ¿qué se oye en ellos? ¿qué se encuentra en ellos? ¿Es muy difícil responder a esto? Hay necesidad de haber vivido mucho para saber y tener el derecho de decir que todo, el fondo de las cosas, y no menos que el fondo de las cosas, los accesorios, la declamación, los gestos, el canto, las decoraciones, es propio para excitar los sentidos, para llenar el espíritu de imaginaciones peligrosas, y de deseos culpables el corazón? Así, ved lo que pensaban de los espectadores los antiguos Padres, órganos autorizados de la Iglesia; de qué invectivas, de qué vigor de lenguaje se servían para apartar de semejantes espectáculos. Tertuliano llama al teatro una especie de templo en que el demonio de la impureza reina como dueño absoluto: *Theatrum proprius sa-*

1. I PARALIP., XV, 20.

2. Saltet, sed adulterae filia; quae pudica, quae casta est filias suas religionem doceat, non saltationem.

*crarium veneris est*¹. Esperad un poco, y el pensamiento del austero africano se encarnará en un hecho. Refiere, y pone a Dios por testigo de la verdad de su relato, que habiendo ido al teatro una mujer cristiana, y habiendo salido de él poseída del demonio, como en el exorcismo se reprochase al espíritu impuro que se hubiera atrevido a penetrar en un discípulo de Jesucristo, respondió: La he encontrado en mi casa, *in meo inveni*². El obispo de Cartago, san Cipriano, no es menos incisivo; para él el teatro es una escuela peligrosa y un escollo casi inevitable con relación a la fe y a las costumbres; lo que en él se dice, lo que en él se hace, desafía a que se repita o se refiera sin avergonzarse: *Pudet referre quae dicuntur; pudet etiam accusare quae fiunt*³. Tras Tertuliano y san Cipriano, el hijo de Santa Mónica, el que será más tarde San Agustín; podemos creerle, pues se acusa a sí mismo. Corría, dice, a contemplar aquellas representaciones trágicas; buscaba en ellas las imágenes de mis propias debilidades, y un alimento para el fuego que me devoraba: *Rapiebant me spectacula theatrica, plena imaginibus miseriarum mearum, el fomitibus ignis mei*⁴.

Y ahora, apresurémonos a terminar. Tenemos prisa por llegar al término de esta instrucción. Sólo el deber nos ha obligado a acometerla. ¿No era preciso investigar las causas del pecado impuro, antes de mostrar sus consecuencias y de indicar sus remedios?

¡Oh Dios mío, llenad de vuestra gracia y de vuestro auxilio mis palabras! Inspirar horror al mal y hacer amar la virtud, es mi más ardiente deseo, y ver cumplido este deseo, la más envidiada de las recompensas.

1. De spectaculis.

2. Ibid.

3. Epist. adv. Donat.

4. Confess., lib. 3, c. I ad finem.

SEXTO MANDAMIENTO**SERMON TERCERO****Las consecuencias del pecado impuro*****No cometerás adulterio***

Multa divine animadversionis exempla in sacris litteris prodita sunt, que ad deterrendos a nefaria libidine homines parochus colligere poterit... Qui vero mortem effugiant, intolerabiles tamen dolores ac pectorum cruciatus quibus aspe plectuntur, non effugiant.

Catech. Rom.

Hemos expuesto en la precedente instrucción cuáles son las causas del pecado de impureza: la intemperancia, la ociosidad, la inmodestia en las miradas, el exceso de refinamiento en el vestido, la licencia en las palabras y en los escritos, la danza, los espectáculos. Después de las causas, las consecuencias, las consecuencias del pecado impuro. El Catecismo Romano recomienda con insistencia a los pastores que traten este asunto, *ad deterrendos a nefaria libidine homines*, a fin de detener a los fieles en una pendiente fatal, en cuyo término hallarían la muerte, y toda especie de males. Para obedecer esta recomendación, tomamos hoy la palabra. Dios nos ayude con su gracia.

Las consecuencias del pecado impuro:

Ante todas cosas, diré que llamo así los castigos que

la justicia divina le ha infligido en diferentes tiempos. Sólo citaremos aquí aquellos cuyo relato nos proporcionan las Sagradas Escrituras y en los cuales la mano de Dios se ha mostrado del modo más visible: el diluvio, el incendio de Sodoma y Gomorra, la muerte instantánea y violenta de Onán, los males que afligieran a David en la segunda mitad de su reinado.

El diluvio. Abramos la Escritura y leamos: Toda carne había corrompido su camino, esto es, como lo explican los comentadores, todos los hombres se habían sumergido en los placeres de la carne, y no vivían más que a la manera de las bestias: Mi espíritu, exclama el Señor, no podrían morar más tiempo con ellos: *Non permanebit spiritus meus in homine, quia caro est... delebo eos*¹. He aquí que las fuentes del abismo se rompen, que las cataratas del cielo se abren, que la lluvia cae a torrentes durante cuarenta días y cuarenta noches, que las aguas suben y acaban por cubrir aun las más altas montañas. A excepción de ocho vidas humanas que hallaron gracia a los ojos del Señor, y que El conservó para repoblar la tierra, el diluvio acabó con todo².

El incendio de Sodoma y Gomorra. Los habitantes de estas ciudades y de otras tres que no se nombran se habían convertido en los más abominables de los hombres. Del primero al último, hombres, mujeres, ancianos, y aun niños, todos se entregaban a las más odiosas prácticas del pecado de impureza. El grito de sus crímenes ha llegado hasta mí, dice el Señor; *descenderé y veré*³. Desciende, en efecto, y ve... y vierte sobre aquellos infames, no un diluvio de agua, como en tiempos de Noé, sino una lluvia de fuego y azufre: *Igitur Dominus pluit super Sodomam et Gomorrhām sulfur et ignem*⁴.

1. GEN. cap. VI.

2. LUC., XVII, 27.

3. GEN., XVIII, 21.

4. GEN., XIX, 24.

Excepto Lot, su mujer, sus hijas y sus yernos, todos perecen, y en toda aquella región que la cólera divina acaba de visitar, no se halla niada vivo, ni siquiera una brizna de yerba. Así lo dice el sagrado texto: *Et subvertit civitates has, et omnem circa regionem, universos habitatores urbium, et cuncta terrae videntia!*¹

La muerte instantánea y directa de Onán. Quién era Onán. Uno de los hijos de Judá, hijo de Jacob, esposo de Tamar, viudo sin hijos de Her, hermano de Onán. ¿Qué crimen cometió Onán, o mejor, qué crimen cometía, porque la Sagrada Escritura indica suficientemente que por modo habitual cometía el crimen que le reprocha, *faceret?* Cometía habitualmente un crimen detestable, *rem detestabilem*, un pecado impuro de la peor especie. No solamente quebrantaba una prescripción legal propia del pueblo hebreo, en virtud de la cual debía suscitar hijos a su hermano muerto sin posteridad², sino que violaba una de las más santas leyes de la naturaleza, esto es, se oponía por calculado egoísmo a la acción creadora de Dios; hablamos más claramente todavía, pero diciendo únicamente lo que es preciso decir: usaba del matrimonio, no según uno de los fines para los cuales fué instituido, a saber, que por su medio se perpetúen las familias, y, por las familias, las razas, sino para satisfacer una pasión enteramente carnal. Por eso el Señor le hizo morir de muerte instantánea y violenta, verosimilmente por ministerio de algún ángel exterminador, a fin de mostrar a quien se sintiera tentado a imitarle, que semejante crimen no puede quedar siempre impune: *Idcirco percussit eum Dominus quod rem faceret detestabilem*³.

Los males que afligieron a David en la segunda mitad

1. GEN., *ibid.* 25.

2. DEUT., XXV, 5.

3. GEN., XXXVIII, 10.

de su reinado. No ignoráis las faltas enormes de que se había hecho culpable, él, que hasta entonces había sido el hombre según el corazón de Dios. Las hemos recordado en la precedente instrucción. Cuando hubiera debido ponerse a la cabeza del ejército y dirigir la guerra, permaneció ocioso en su palacio. Enervado por un descanso fuera de razón, comete un adulterio, y poco después, un segundo crimen para encubrir el primero, un homicidio. Un año entero transcurrió sin que pareciese tener conciencia del crimen cometido. Fué preciso que el profeta Natán llegase de parte del Señor, y descorriese el velo: El culpable, le dijo el hombre de Dios, no es el personaje ficticio del apólogo que acabas de oír; el culpable, el hombre de rapina y de sangre, eres tú: *Tu es ille vir...* Por eso, desde ahora, la espada de la justicia divina quedará en tu casa, y ya no saldrá de ella: *Quam ob rem non recedet gladius de domo tua asque in sempiternum.* De todas partes caerán males sobre ti, y te vendrán de aquellos mismos que habitan bajo tu techo: *Itaque hoc dicit Dominus: Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua.* Has ocultado tu falta, pero la venganza será pública; aparecerá a la luz del sol, y todo Israel será testigo de ella: *Tu autem fecisti abscondite; ego autem faciam verbum istud in conspectu omnis Israel, et in conspectu solis*¹... Dichas estas cosas, retiróse Natán, pero los males que dejó suspendidos sobre la cabeza del Rey, llegaron a su tiempo, y de la manera que él predijo según las órdenes recibidas.

Quedan expuestos los castigos del pecado impuro en los cuales la mano de Dios se ha mostrado de un modo más visible; pero el asunto no queda agotado; hay mucho más que decir acerca de él.

1. II REG., XII, 12.

Las consecuencias del pecado impuro:

En segundo lugar, llamo así los frutos de muerte que produce en los que lo cometan, y por los cuales Dios lo deja que se castigue a sí mismo.

El pecado impuro perturba la razón, la pervierte; un poco más, y acabará por extinguirla. Ya hemos hablado de los dos infames viejos de Babilonia; veámoslos de nuevo. Desde que concibieron por la virtuosa Susana una pasión criminal, perdieron las luces naturales de su inteligencia, ya no supieron hacer más que dar vueltas por la tierra, a la manera de las bestias, con los ojos llenos de lujuria; ancianos, magistrados, hombres de viso en razón del cargo que ejercen, no piensan ni en su edad, ni en el ejemplo que deben dar al pueblo, ni, y esto es lo más inexplicable, en la justa severidad del juicio de Dios; son locos: *Everterunt sensum suum, et declinaverunt oculos suos ut non viderunt coelum, neque recordarentur iudiciorum justorum*¹. Más lamentable es todavía lo que sabemos de Salomon. ¡Qué cambio! Había sido el más sabio y honrado de los reyes de Oriente. Enteramente lleno del don de sabiduría, ninguno de los secretos de la naturaleza, desde el cedro del Líbano a la brizna de yerba que aparece en la grieta de un muro, nada le era desconocido. Profeta inspirado, había cantado, bajo el velo de un casto himeneo, las bodas, más castas aún, del Cristo futuro con su Iglesia y del alma fiel con su Dios. Mas dichoso que su padre David, había edificado un templo al Señor, de una magnificencia sin igual, el único que, en aquel tiempo de universal idolatria, pertenecía al verdadero Dios... Más he aquí que cuando su vida empezaba a declinar, se entrega Salomon a un amor desordenado por mujeres extranjeras, y llega al extremo de la irrisión y la ignominia. Después de adorar ídolos de carne, dobla la rodilla ante ído-

1. DANIEL., XIII,

los de piedra, sacrifica al dios de la muerte, al dios de la impudicia, a todos los dioses de la gentilidad: *Cum jam esset senex, depravatum est cor ejus per mulieres, ut sequeretur deos alienos*¹... Salomón es la prueba más tristemente convincente de la verdad de estas palabras, pronunciadas por él, en los días, con tanta rapidez deslizados, en que oráculos llenos de sabiduría brotaban de su boca: La sabiduría no puede morar en un cuerpo sujeto al pecado, especialmente al pecado de impureza: *Sapientia non habitabit in corpore subditu peccatis*²...

El pecado impuro no es menos destructor de la fe, que enemigo de la razón. En general, todo vicio, cuando se quiere perseverar en él, conduce a la pérdida de la fe. Imposible es vivir mal y creer bien durante largo tiempo. Pero el vicio impuro, más que cualquier otro, es el que conduce a este resultado. El hombre que es todo carne, digámoslo con san Pablo, el hombre animal, no aprecia las cosas de Dios, es incapaz de entenderlas. *Animalis homo non percipit ea quae Dei sunt*³. ¿Podría ser de otro modo? Así como de un terreno pantanoso se elevan espesos vapores que obscurecen la atmósfera, así también, del lodo del pecado impuro parten exhalaciones tales, que las hermosas claridades de la fe quedan veladas y ocultas a la vista⁴. Por otra parte, ¿qué es lo que ordinariamente vemos? ¿Convertirse en libertinos los ateos? No, por lo menos de ordinario. Convertirse los libertinos en ateos. Esto no es raro. Si miramos de cerca las cosas, no tardaremos en vernos dominados por esta convicción: la verdadera causa de la incredulidad no es la falta de comprensión de los misterios reli-

1. III REG., XI, 4.

2. SAP., I, 4.

3. I COR., II, 14.

4. Comparación de Raineri, t. IV, p. 345.

giosos que debemos creer, sino el orgullo, la avaricia, y sobre todo, la impudicia, la más común y furiosa de todas las pasiones. ¿Qué importa que el sol brille en todo su esplendor, si los ojos destinados a verlo están legañosos y llenos de ictericia? ¿Qué importa que un aposento tenga hermosas y grandes ventanas, si los cristales están empañados? Lo mismo ocurre aquí, y bien entendéis mi pensamiento; quiero decir que las puras luces del Evangelio, y las castas verdades de la religión, como las llama Bossuet, no pueden entrar en un corazón habitualmente manchado por esta pasión, como los rayos del sol, por vivos que sean, no pueden iluminar ojos enfermos, ni atravesar ventanas armadas de cristales opacos.

Pero sigamos.

El pecado impuro es la más dura de las servidumbres. El que comete el pecado, siervo es del pecado, sobre todo si es pecado impuro: *Qui facit peccatum servus est peccati*¹. El pecado impuro, dice santo Tomás, es un pecado de grandísima adherencia, y nada es tan difícil como romper sus mallas: *Peccatum est maxima adhaerentiae, et difficile ex eo homo potest eripi*². San Agustín lo prueba con su propia experiencia, mejor aun que santo Tomás con la autoridad de su palabra. Cuando su corazón estaba apegado a criminales amores, dice: Suspiraba, veía claramente mi debilidad, me avergonzaba de ella, mas permanecía encadenado, no por una cadena de hierro, sino por mi voluntad, más difícil de romper que el hierro: *Suspirabam ligatus non ferro alieno, sed mea ferrea voluntate*³. Esta primera confesión va seguida de esta otra: ¡Qué joven tan miserable era yo! ¡Oh Dios mío, os pedia la castidad, y al propio

1. JOANN., VIII, 34.

2. I, 2, q. LXXIII, art. 5, ad. 2.

3. Confess., lib. 8.

tiempo os rogaba que no me la concedierais tan pronto: *At ego adolescens miser, et valde miser, petebam a te castitatem et continentiam; sed noli modo*¹. Y sigue diciendo: Temía que me escuchárais demasiado pronto, y me curaseis de mi enfermedad antes de lo que yo quería, pues prefería el placer de verla prolongarse y gozar de ella, a la felicidad de verme libre de ella: *Timebam ne me cito sanares a morbo concupiscentiae, quam mallebam expleri, quam extinguiri*²... ¿Qué es todo esto sino la más dura de las servidumbres? Mas ¿quiere esto decir que hay que desesperar de la vuelta a la virtud, y que la sentencia de condenación sea tan segura que esté ya pronunciada? No, ciertamente; la gracia divina hizo de María Magdalena un vaso de elección, y de san Agustín un gran santo y un incomparable doctor. Pero si la conversión es absolutamente posible, ¡cuán difícil es y cuán rara! ¡Cuán difícil y raro es remontar esta pendiente! ¡Cuán difícil y raro es imprimir un movimiento de retroceso a toda una multitud de pensamientos culpables, cuando el espíritu de fornicación se ha arraigado en un alma! *Non dabunt cogitationes suas ut revertantur ad Deum, quia spiritus fornicationum in medio eorum*³. Oigo que un Padre de la Iglesia, san Jerónimo, nos dice que, para convertir a un habituado al pecado impuro, se necesita un milagro no menor que para resucitar a un muerto⁴. ¿Se convirtió Salomón? ¿se salvó? Posible es. ¿Murió Salomón en la impenitencia? ¿se condenó? Hay razones más que suficientes para temerlo.

Réstanos por decir que el pecado impuro, si terrible es para el alma, no es menos funesto para el cuerpo que

1. CONFESS., *ibid.*

2. *Ibid.*

3. OS., V, 4.

4. Ad EUSTOCH., Epis. 12.

para el alma. La razón de esto es evidente. Aunque el alma sea el agente principal del pecado, del pecado impuro, como de todo otro, con relación a éste, en muchos casos, por el cuerpo, por medio del cuerpo lo comete. El pecado de luxuria consumada es propiamente el pecado del cuerpo y por medio del cuerpo. Siendo esto así, ¡es asombroso que vaya contra el cuerpo, que ataque directamente al cuerpo, que consuma el cuerpo, que altere su belleza, que rompa su armonía, que agote sus fuerzas, que conduzca, lenta, pero seguramente, a la tumba! ¡Cuántos hijos nacidos de sangre manchada por el pecado impuro no ven su vigésima primavera! ¡Cuántos hombres, ya hechos, sucumben prematuramente arrebatados por semejante peste! ¡Cuántas enfermedades, complicadas, incurables, verdadera desesperación de la medicina no reconocen otra causa¹!... Y si de la parte pasamos al todo, cuán fácil sería demostrar, con sólo seguir la trama más aparente de la historia, que los pueblos que han desaparecido, aun los que hicieron algún ruido en el mundo, fueron muertos por el pecado impuro, ora porque no tuviesen ya suficientes almas valerosas en cuerpos enteramente sanos, ora porque las uniones, hechas voluntariamente infecundas, no proporcionasen ya bastantes hombres para sustituir a los que mueren por otros que nacen²...

Esto quiere decir que el pecado impuro es el asesino del cuerpo y del alma, del hombre todo entero. Y añade,

1. *Qui fornicatur, in suum corpus peccat.* I Cor., VI, 18. Primo quia corpus suum polluit, coquinat et maculat. Secundo quia, corpus suum fornicando debilitat, exhaustit, et saepe liquefere, alisque morbis inficit et consumit. Ita CORNEL. A LAP. in h. I.

2. No puede ponerse en duda que el decrecimiento de la natalidad en un pueblo es resultado de varias causas; pero la principal y más dolorosamente eficaz es el vicio impuro. En esta cuestión, que tanto preocupa en la hora actual, únicamente los moralistas cristianos están en la verdad.

por último, pues hay que terminar, que es el asesino de todo el hombre, no solamente en cuanto al tiempo presente, sino también para la eternidad. Si, dice el Catecismo Romano, lo que más que nada nos da a entender que el pecado impuro es tan funesto, es que hay que excluir del cielo a los que se hacen culpables de semejante pecado; ¡no es ésto, en efecto, el mayor de los males? *Perniciosum vero scelus esse intelligi ex eo potest, quoniam propter hoc peccatum e Dei regno perlluntur atque exterminantur homines; quod malorum omnium ultimum est!*... Aunque el mundo se complazca en calificar al pecado de impureza de pecado de fragilidad, de debilidad perdonable, a fin de velar su horror, el mundo no prevalecerá contra el Evangelio. Pronunciada la sentencia, se ejecutará a la letra: Sabed bien que todo fornicador, todo hombre inmundo, no tendrá parte en la herencia de Dios, en su reino: *Scitote quod omnis fornicator, aut immundus, non habet haereditatem in regno Dei!*... Ni los fornicadores, ni los adulteros, ni los que manchan su cuerpo, o el cuerpo de otro, poseerán el reino de los cielos: *Neque fornicarii, neque adulteri, neque molles, neque masculorum concubitores regnum Dei possidebunt!*... ¿Adónde irán, pues? Al estanque de fuego y de azufre: *Fornicationis pars erit in stagno ardenti, in igne et sulfure!*...

¡Oh Dios mío, que tanto amás a las almas, a condición, empero de que conserven vuestra imagen!... ¡Oh Dios mío, cuya voluntad es que nos santifiquemos, que nos abstengamos de todo pecado impuro, que sepamos mantener nuestro cuerpo en la圣idad y en la honestidad, no según los deseos de la carne, como las naciones

1. *Catech. Rom.*

2. *EPHES.*, v, 5.

3. I Cor., VI, 9, 10.

4. *APOC.*, XXI, 8.

que no os conocen¹... purificad en el fuego de vuestro Espíritu nuestros riñones y nuestro corazón, es decir, todo nuestro ser, a fin de que os sirvamos con un cuerpo casto, y que la pureza de nuestra alma os sea agradable²...

1. THESS., IV, 3.

2. In missal. Ad petendam continentiam.

SEXTO MANDAMIENTO

SERMON CUARTO

Los remedios del pecado impuro

No cometerás adulterio

Quoniam vero a Sanctis Patribus multa tradita sunt quibus docemur domitas habere libidines et coercere voluptates, ea parochus student populo accurate exponere, atque in hac traditione diligentissime versetur.
Catech. Rom.

Así como nada hemos omitido para señalar las causas del pecado impuro, ni las consecuencias del pecado impuro, así nada omitiremos para indicar los remedios propios para curarlas. Por otra parte, este proceder es tradicional en la Iglesia. Sobre este punto, como sobre todos los demás, los Padres antiguos son nuestros modelos: *quoniam vero a Sanctis Patribus...* Despues de éstos, todos los moralistas cristianos, teólogos, predicadores, catequistas, han entendido bien el deber que les incumbía sobre este punto. Nosotros mismos, que somos el último de todos, no faltaremos a él. Dios nos ayude con su gracia.

El Catecismo Romano, cuya dirección en esta materia es todavía más apreciable que en toda otra, en razón de las dificultades que ofrece, indica primero de una manera general, y luego de un modo particular, los me-

dios eficaces para evitar el pecado de impureza, o para levantarse, si, por desgracia, se ha caído en él. De una manera general, dice, los unos dependen del espíritu: *partim quae in cogitatione consistunt*, los otros consisten en la acción: *partim quae in actione*; de una manera particular, por la enumeración que hace de estos medios, cualquiera que sea el género a que pertenezcan, sigamos esta marcha; no hay otra más autorizada.

Empecemos por los que dependen del espíritu:

El primero consiste en reflexionar sobre la torpeza del pecado impuro; esta reflexión, si se hace con madurez, nos inspirará ciertamente un vivo horror al pecado. *Quod in cogitatione remedium positum est, id in eo maxime versatur, ut intelligamus quanta sit hujus peccati turpitudi, qua cognita facilior fiet ejus detestandি ratio.* Toda explicación sería aquí superflua. En efecto, ¿hay algo más vergonzoso que el pecado? ¿Hay algo más propio para llenarnos de vergüenza? San Bernardo da de ello una razón de mucho peso¹: Cuando el hombre, dice, se deja arrebatar por el orgullo, peca sin duda alguna, pero peca como ángel, porque el orgullo es un pecado del espíritu; cuando sucumbe a la avaricia y a la tentación del interés, nadie pone en duda que peca todavía, pero peca como hombre, porque la avaricia es un desorden de la ambición, que no conviene más que al hombre; pero cuando se entrega a los deseos impuros de la carne, ya no peca como ángel, ni siquiera como hombre, sino que peca como bestia, porque sigue el movimiento de una pasión predominante en las bes-

1. Citado por BOURDALOUÉ, *Carême*, t. II, p. 81.—La obra de carne, aun ejercida legítimamente, *quod fit quando honestate nuptiarum decoratur*, es ocultada cuidadosamente por sus autores. S. AGUSTIN. *De Civit*, lib. 14, cap. XVIII. S. THOMAS, 2, 2, q. CLII, art. 4. BOSSET, 6^a Sem., 6^a Elev., da la razón de ello.

tias; de aquí este frase de la Escritura, frase severa, pero exacta: Porque el hombre, constituido en honor, no tuvo discernimiento; se ha igualado con los irracionales, y se ha hecho semejante a ellos: *Homo, cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus este illis*¹.

El segundo consiste en considerar, con no menos atención que su deformidad, las funestas consecuencias del pecado impuro: *Hujus peccati turpitudi, et perniciес*, dice el Catecismo Romano. En la precedente instrucción expusimos ya estas funestas consecuencias; son los castigos que Dios le infinge: aquellos con los cuales Dios le hiere ostensiblemente como a enemigo declarado; aquellos con los cuales permite que se castigue él mismo, sin intervenir el Señor de una manera visible; los que sólo recaen sobre el alma; los que pesan sobre el alma y el cuerpo a la vez; los que pertenecen a la eternidad. ¿A cuál de estos males permaneceréis insensibles? ¿A la pérdida de vuestra dignidad como hombres? ¿A la pérdida de vuestra fe como cristianos? ¿A la pérdida de vuestro honor, de vuestra fortuna, de vuestra salud? En el caso, muy raro, por cierto, en que el vicio impuro fuera dichoso y quedara triunfante en este mundo, ¿evitaría con ello la justa cólera de Dios, los golpes terribles de su venganza? Ya hemos dicho, y repetimos aquí, que san Pablo es quien habla, y habla en nombre de Dios: Sabed muy bien que el fornicador, el hombre inmundo, no tendrá parte en la herencia divina¹... y añade: Ni los fornicadores, ni los adulteros, ni los que mancillan sus cuerpos, o el cuerpo de otro, no poseerán el reino de los cielos²... ¿A dónde irán, pues? Al estanque del fuego y azufre, añade san Juan³. ¡Oh

1. PSALM. XLVIII.

2. Loc. jam. cit.—3. Ibid.

fuego de la lujuria, exclama san Jerónimo, fuego infernal, que tiene por alimento la intemperancia, por llama el orgullo, por chispas los discursos deshonestos, y por castigo la condenación eterna *O ignis infernalis, luxuria, cuius materia gula, cuius flamma superbia, cuius scintillae prava colloquia, cuius finis gehenna*¹

Pero no basta reflexionar sobre la fealdad del pecado impuro, ni siquiera sobre los castigos que le alcanzan en esta vida, o que le esperan en la otra, todo tan adecuado para inspirar terror a él, sino que hay que añadir: *Nunc ad ea remedia veniamus quae in actione consistunt*².

Hay que obrar, esto es, hay que velar. Tales son las palabras de Jesús; san Pedro las repite, y todos los moralistas cristianos se hacen eco de ellas: *Velad, vigilate; velad para no coer en tentación*³. Velad, porque vuestro enemigo, como león rugiente, *vuelve* sin cesar al lado vuestro para devoraros⁴. Velad todos y siempre, porque en esta materia del pecado impuro, nadie puede dejar de estar preparado: ni los ancianos, pues en la declinación de su vida dejó Salomón que su corazón fuera depravado por las mujeres⁵; ni los hombres de edad madura, pues precisamente en esta edad cayó David en adulterio⁶; ni menos aún que todos los demás jóvenes, porque, como se expresa admirablemente san Ambrosio, la juventud es más tierna, más inflamable, *juventus ad amorem liberior*, más voluble, menos cuidadosa del peligro, *ad lapsum incautior*, más frágil, y casi sin experiencia de la vida, *ad infirmitatem fragilior*, más insensible a la corrección y a los consejos de los sabios, *ad correctio-*

1. Epistol. ad Mar. et fil.

2. Catech. Rom.

3. Luc., XXII, 40.

4. I PETR., V, 8.

5. III REG., XI, 2.

6. II REG., XI, 1.

*nem durior*¹. Por consiguiente, no dejéis un momento de velar. Un hombre de este tiempo, más competente que ningún otro en estas cuestiones de estrategia espiritual, ha dicho con sobrada razón: El gran talento en la guerra consiste en saber sorprender al enemigo; de aquí se sigue que la gran falta y la gran desgracia consiste en dejarse sorprender. Por eso, si tras un día de batalla, se permite que las tropas se harten de dormir, se tiene buen cuidado de rodearlas de centinelas que velen. En suma, es evidente que, en los continuos combates en medio de los cuales vivimos, la vigilancia, no sólo entraña nuestra primera seguridad, sino que es también nuestro primer deber².

Preciso es obrar, es decir, mortificarse. La mortificación es una virtud cristiana que nos aparta de los placeres prohibidos, y aun reduce los permitidos, a fin de asegurar al hombre la completa posesión de sí mismo. Importa, dice Bossuet, que nuestra alma no goce de toda su libertad, no sea que llegue hasta la licencia, y que, tocando en el extremo, rebase fácilmente los límites³. No es posible expresarse mejor; añadamos, con todo, que cuando se trata del pecado impuro, la mortificación es más necesaria todavía en esta especie de tentación, que en cualquier otra. No sólo el enemigo que debemos combatir no está lejos de nosotros, sino que se halla dentro de nosotros, es inseparable de nosotros, está identi-

1. Sermón 16. PSAL. CXVIII.

2. Mons. GAY. *De la vida y virtudes cristianas*, t. I, p. 523.—El cardenal Bona, estratégico muy ejercitado, dice: Tan pronto como se acercan los pensamientos impuros, hay que expulsarlos con la misma prontitud con que expulsamos una chispa caída en los vestidos. Desgraciados de los que acaricien la menor imagen de esta especie. La rendición de una plaza es inminente cuando el gobernador empieza a parlamentar con el enemigo.

3. Sermón de la exal. de la S. Cruz, primer punto.

cado con nosotros; el enemigo somos nosotros mismos, es nuestra propia carne. Así, pues, el deber se impone. Esta carne, foco de pecado, debe ser debilitada, domada, contenida en sus movimientos y en sus ímpetus, por medio de la abstinencia, del ayuno, del trabajo, del cílico, de las disciplinas, si es preciso. Escuchad lo que dice san Pablo: *Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre; castigo mi cuerpo, es decir, lo trato como a un corcel poco o mal domado, que necesita, en ocasiones, la espuela o el freno; lo reduzco a servidumbre, esto es, que si quiere dominar, lo someto a su puesto, dándole a entender que no debe mandar, sino obedecer.* *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo*¹. Ved a san Benito, a quien el demonio de la impureza siguió al desierto, revolverse en medio de las espinas y de los abrojos, para reprimir con sus punzadas y ardientes escozores, las insolencias de su carne rebeldada². Conformes con que no lleguéis a estos extremos, pero, ¿por qué descuidar los medios ordinarios de uso más asequibles? Las abstinencias y los ayunos que la Iglesia prescribe, ¿por qué no los hacéis? ¿Por qué conceder mucho tiempo al reposo y muy poco al trabajo? ¿Por qué ese lujo, cebo del pecado? ¿Por qué esa alimentación, demasiado suculenta y abundante, otro cebo del pecado? Un autor, justamente estimado, dice: Se quiere absorber el goce por todas las fibras del alma sensitiva; se sigue la pista de todos los descubrimientos que puede hacer la ciencia del bienestar. Sería en realidad un milagro que no acabase por declararse el incendio en una casa en la cual se arrojan sin cesar materias inflamables³.

Hay que obrar, es decir, hay que huir, hay que orar,

1. GAL., V, 24.

2. Giry.

3. MONS. LANDRIOT, *Oraison dominicale*.

hay que frecuentar los sacramentos. Digamos unas palabras sobre cada uno de estos puntos.

Hay que huir. Es juiciosa observación de todos los moralistas que, si hay pecados a los cuales debemos resistir y hacerles frente combatiéndolos, en esta materia del pecado impuro, el deber consiste en retirarse, en evitar cuidadosamente todo lo que podría conducir a un encuentro con el enemigo. No entremos, decía el filósofo Séneca, en un terreno resbaladizo; aun en un terreno muy seco, nos vemos poco firmes: *Quantum possumus, nos a lubrico recedamus; in sicco quoque parum fortiter stamus*¹. San Pablo vale mucho más para nosotros que este pagano: Huid de la fornicación, exclama, y, por consecuencia necesaria, de todo lo que a ella conduce: *Fugite fornicationem*². En este género de combates, no se obtiene la victoria sino huyendo. Conocida es la historia de José, hijo de Jacob: La mujer de su amo había concebido por él una pasión criminal; cogiéndole un día por su capa, le dijo: Ven conmigo. Pero José, dejando su capa entre las manos de aquella impudente huyó, y salió de la casa: *Qui relicto in manu ejus pallio fugit, et egressus est foras*³. Santo Tomás de Aquino hizo más aún: una mujer perdida, pero de gran belleza, entró en su aposento para incitarlo al mal; no teniendo a mano otra arma, el virtuoso joven, cogió un tizón encendido, arrojólo contra aquella miserable, quemóle el rostro, y la expulsó ignominiosamente⁴. Así procedieron aquellos dos jóvenes, dando a entender con su heroico ejemplo, el primero, según las palabras del Sabio, que no hay que habitar con mujeres, y que la iniquidad del hombre procede de la mujer, como de un vestido la ti-

1. SENECA, EPIST. CXVI.

2. I. Cor., VI, 18.

3. GEN., XXXIX, 12 y sigs.

4. Giry.

ña: *In medio mulierum noli commorari; de vestimento enim procedit tinea, et a muliere iniquitas viri*¹; y el segundo, lo que escribirá él mismo en la más hermosa de sus obras, que a menos de evitar el principio, el cual con frecuencia no es otro que una mirada lanzada con complacencia sobre una mujer, sólo con gran trabajo se logra no caer en el pecado impuro: *Luxuria vix vitari potest, nisi vitetur principium ejus, scilicet aspectus mulieris pulchrae*².

Hay que orar. Tan pronto como notéis en vosotros una tentación, dice san Francisco de Sales, proceded como los niños que ven en el campo una bestia feroz, que al punto corren a los brazos de su padre y de su madre, o por lo menos, los llaman en su ayuda. Acudid también a Dios, reclamando su misericordia y auxilio³. Este consejo del Santo se aplica especialmente a la enfermedad que tratamos ahora. La castidad es un don de Dios; nadie la posee, si no la pide⁴; mas apresurémonos a añadir que quien la pide como se debe, la obtiene con seguridad. Así lo enseña la Iglesia por uno de sus órganos más autorizados: *Deus donum castitatis recte potentibus non denegat*⁵. Dios, dice también el Concilio de Trento, no nos ordena nada imposible; lo que nos parece tal, ordenándolo Dios, nos advierte que hagamos lo que podamos, que pidamos lo que no podemos hacer, y en aquello mismo que no podemos hacer, nos ayuda para que lo podamos: *Deus impossibilia non jubet, sed jubendo monet et facere quod possis, et petere quod non posses, et adjuvat ut possis.* ¡Cuán fortalecedora es esta doctrina! Así, para hacer de ella

1. ECCL., XIII, 12 y 13.

2. S. THOM., 2, 2, q. CLXVII, art. 2.

3. *Vida devota*, 4.^a parte. c. VII.

4. SAP., c. VIII.

5. *Conc. Trid.*

una aplicación inmediata al asunto que nos ocupa, orad, orad como Salomón en los felices días de su juventud. ¡Ojalá lo hubiera hecho en su edad avanzada, con alma fervorosa y rendido corazón, *ex totis praecordiis!*¹. Sobre todo cuando la tentación es más violenta, llamad a Dios, exponedle el exceso de vuestra debilidad, el furor de la pasión que os arrastra, quizás también el peso del hábito que os tiraniza. Si es preciso, y es raro que no lo sea, unid a la oración el ayuno. El demonio de la impureza es una especie de demonio que no se expulsa bien sino por la oración y el ayuno, dice Nuestro Señor². San Juan Crisóstomo, sin añadir nada al pensamiento del Maestro, lo hace más sensible: El ayuno y la oración son como las dos alas del alma: *Qui orans jejunat, binas possidet alas*; y continúa: El pájaro armado de sus alas, y sirviéndose de ellas para cernerse en las regiones más elevadas del aire, mientras se pasea por estas alturas, es imposible cogerlo, *etenim volatilia, dum aerem secant, non facili capintur*³. ¡Qué hermoso y útil comentario de las palabras le Jesucristo en el Evangelio, y a la vez, de estas palabras del Sabio en los Proverbios: En vano se tenderán las redes a la vista de los que tienen alas: *Frustra autem jacitur rete ante oculos pennatorum*⁴.

Pero terminemos.

Hay, con todo, un remedio, mejor todavía que los que acabo de enumerar, mejor que la vigilancia, que la mortificación de la carne, que la huída de las ocasiones, que la oración: la frecuencia de los sacramentos. Sólo citaremos aquellos cuya acción es más directa, y quizás con más frecuencia repetidos: la Penitencia y la Eucá-

1. SAP., 1.

2. MATTH., XVII, 20.

3. AP. SCHRAM., t. I., p. 253, 254.

4. PROVERB., I, 17.

ristia¹. ¿Por ventura no fué instituída la Penitencia precisamente para el efecto, no de cubrir tan sólo el pecado, o a lo menos de arrasarlo, pues el sistema protestante de la justificación es insostenible, sino de extirparlo, de aniquilarlo, de arruinarlo de arriba abajo? Y si, como lo supongo, o mejor, como lo aconsejo vivamente, se le recibe a cortos intervalos, cada semana, o cada quince días, o cada mes lo más tarde, ¿hay nada más saludable, ya como medio de conocerse uno a sí mismo, ya como dirección, ora como preservativo contra las recaídas, ora, y es lo mejor, por todas estas cosas a la vez? ¿Y qué diremos de ese otro sacramento, mucho más excelente, la Eucaristía? ¿Habrá que rebuscar todavía entre los grandes Doctores y grandes Concilios? O mejor, ¿no lo han dicho ya todo sobre este santísimo y augustiniano sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo? En efecto, de él se ha dicho que es el alimento de los elegidos, el vino que hace germinar vírgenes, como el Profeta lo había predicho²; que es el antídoto maravilloso por virtud del cual nos vemos libres de nuestras faltas cotidianas, y preservados de las mortales³; que uniéndonos, incorporándonos a Jesucristo, haciéndonos vivir de su espíritu, es más apto que ningún otro, para temperar los ardores malsanos del alma, para embotar, y con el tiempo, amortiguar el aguijón de la carne, para extinguir el fuego de la codicia, finalmente, para vivificar todo el ser espiritual, con sucesivos acrecentamientos de la gracia santificante, y un don más amplio de la gracia sacramental... Decídnoslo, grande y amable Doctor, que tantas almas hicisteis llegar al sagrado banquete.

1. Sed ad vim libidinis opprimendam maxime valet frequens confessionis et Eucharistiae Usus. *Catech. Rom.*

2. ZACH., IX, 17.

3. Conc. Trid., *Sess. XIII*, c. II.

Imposible es vivir de esta carne de vida, y morir de la muerte del pecado¹.

¡Oh Dios mío!, así lo habéis querido: la vida del hombre aquí bajo' es un combate continuo, un verdadero servicio de guerra; *militia*. ¡Cuán numerosos y potentes son nuestros enemigos! Los más terribles son los que llevamos dentro de nosotros mismos. *Inimici hominis domestici ejus!* Pero también ¡cuántos auxiliares dispuestos a acudir al llamamiento! ¡Qué arsenal tan lleno de armas ofensivas y defensivas! No, ciertamente; el auxilio no nos falta. Haga vuestra gracia ¡oh Dios mío! que seamos dignos del auxilio.

1. S. FRANCISCO DE SALES. *Vida devota* 2.^a parte, c. XX y XXI.

SEXTO MANDAMIENTO

SERMON QUINTO

La castidad

No cometérás adulterio

Docendi sunt fideles ac vehementer hortandi, ut pudicitiam et continentiam omni studio colant mundisque se ab omni inquinamento carnis et spiritus, perficientes sanctificationem in timore Dei.

Catech. Rom.

El pecado impuro, en general, y más particularmente el adulterio, objeto de la prohibición del sexto mandamiento; las causas del pecado impuro; los remedios del pecado impuro; todo esto ha sido ya explicado en las cuatro instrucciones precedentes. Pero con esto no queda agotada la materia. El sexto mandamiento no es menos preceptivo que prohibitivo. En otros términos: Ordena lo contrario de lo que prohíbe. Dejemos hablar al Catecismo Romano: Hay que enseñar a los fieles que están obligados, en virtud de este precepto, a guardar castidad y continencia, a mantenerse puros de todo lo que mancha la carne y el espíritu, acabando así la obra de santificación en el temor de Dios. Por eso, añade, dirigirán los pastores, a este fin, las más vivas exhortaciones, haciendo observar que si la castidad resplandece por modo particular en los que guardan religiosamente la santa

virginidad, puede ser también practicada por los que vienen en el celibato y aun por los que, unidos en matrimonio, se abstienen cuidadosamente de todo placer prohibido. Trazado así nuestro deber, Dios nos haga la gracia de cumplirlo con toda rectitud de corazón y conveniencia de lenguaje.

El papa san Gregorio, en su XXII homilía, observa juiciosamente que hay enfermedades del alma que deben curarse, como las hay en el cuerpo; así, pues, como se tratan éstas por sus contrarios, el frío por el calor, y el calor por el frío, así quiso Nuestro Señor, como buen médico que es, que aquéllas, las enfermedades del alma, hallasen su remedio cada una en la virtud que le es opuesta, y que los que se ven atacados de ellas, lo buscasen en estas virtudes, por ejemplo, los avaros en la liberalidad, los lúbricos en la castidad, los irascibles en la suavidad, los orgullosos en la humildad... Citemos este hermoso texto en su lengua de origen; mejor expresado, ganará en claridad el pensamiento: *Sicut arte medicinae, calida frigidis, frigida calidis curantur: ita Dominus noster contraria opposuit medicamenta peccatis, ut lubricis continentiam, tenacibus largitatem, iracundis mansuetudinem, elatis praeciperet humilitatem*¹.

Pero esta virtud de la castidad, pues de todas las nombradas es la única en que debemos ocuparnos aquí, que una terapéutica severa y bien conducida opone a las más juiciosas inclinaciones de nuestra viciada naturaleza, ¿por quién puede ser, y por quién debe ser practicada?

Puede practicarla...; por sí mismo, y en virtud de sus propias fuerzas, nadie: *Nemo continens nisi Deus det*. Ningún estado de vida es de tal modo santo, ni ninguna edad tan avanzada, ni los sentidos tan fríos, que el vicio impuro no pueda dar repetidas y terribles acometidas.

1. *Brev. Rom. Com unius martyr., 2. loc., lect. 7.*

Pero implorando el favor de Dios, y ayudándonos El con su gracia, ¿quién puede practicar la castidad? Todo el mundo. Sin duda que no habréis olvidado las dos hermosas enseñanzas de la Iglesia, una general, a saber, que Dios nada imposible nos ordena, que lo que juzgamos como tal, al ordenárnoslo Dios, nos advierte que hagamos lo que podamos, que pidamos lo que no podamos y que aun en lo mismo que no podamos, nos ayuda para que lo podamos; y la otra, particular a la virtud misma de que tratamos en este momento, esto es que, en realidad, la castidad es un don, pero que Dios no rehusa jamás este don a todo hombre que ore en debida forma y lo pida¹. Así los hechos hablan con más elocuencia que los textos, por autorizados que sean. De los dos héroes de la castidad que nombramos en la instrucción precedente, el primero, José, era joven todavía, y — lo que ha sido causa de ruina para muchos — de extraordinaria belleza, cuando huyó para sustraerse a las criminales solicitudes de que era objeto; el segundo, Santo Tomás de Aquino, apenas había salido de la adolescencia, cuando se armó de un tizón encendido para expulsar a la mujer desordenada que iba a perderle². La *Vida de los Santos* está llena de casos semejantes. Un joven príncipe, san Casimiro de Polonia, prefiere morir, a los veinticinco años, a usar el remedio que le proponen, pero que pondría en peligro su castidad³. Las religiosas de san Juan de Acre, al ser tomada por asalto la ciudad, se mutilan el rostro y se cortan los labios, a fin de que los turcos, viéndolas desfiguradas, sientan repulsión y dejen intacta su pureza⁴. Y ese otro mártir, al cual, después de atarlo con cuerdas,

1. Véase la precedente instrucción.

2. *Brev. Rom.*, Dic 7. *Martii*.

3. GIRY, 4 de Marzo.

4. Varios hagiógrafos citan el hecho como ocurrido en Tiro.

presentan los paganos objetos propios para hacerlo caer en pecado mortal, vedlo cortarse la lengua con sus dientes y esculpirla a la faz de sus impúdicos tentadores¹. Contemplad en los primeros siglos de la Iglesia las Agatas, las Inés, las Potamianas, y miles de otras, de las cuales dirá san Ambrosio que aportaban los suplicios y temían las miradas: *Impavidae ad cruciatus, erubescentes ad aspectus*; y Bossuet que, entregadas a las bestias feroces y a los toros furiosos, que las arrojaban al aire, veíaselas cuidadosas de su pudor ypreciando los tormentos de la vida, no teniendo, por decirlo así, más que la frente tierna en cuerpo de hierro²... ¡Quién, después de esto, se atreverá todavía a sostener que la castidad es imposible?

Quién debe practicarla... Resuelta la primera cuestión, queda resuelta también la segunda por el mismo hecho. Desde que todo el mundo, con la ayuda de Dios, puede ser casto, todo el mundo debe serlo. Entendedlo bien, todo el mundo, porque no toleran excepción alguna estas palabras: todos debemos mantenernos puros de cuanto pueda manchar la carne y el espíritu³; ni tampoco estas otras: no hemos sido llamados a vivir de la vida de los sentidos, de una vida enteramente animal, sino de una vida santa y pura⁴; todo el mundo, pues, debe ser puro; y para no dejar nada por explorar en esta materia, todo el mundo, es decir, los que no han contraído todavía matrimonio, los que viven en matrimonio, los que han salido de él, y los que jamás entrarán en él.

En primer lugar, los que todavía no han contraído matrimonio. ¡Adolescentes, jóvenes de uno y otro sexo,

1. Citado por Newman, en una de sus conferencias.

2. *Elèvations sur les Mystères*.

3. *II. Cor.*, VII, 1.

4. *THESS.*, IV, 7.

sed castos! Guardad con celoso cuidado la pureza del corazón y la integridad del cuerpo. Los sentidos son como las puertas del alma. En cada una de estas puertas poned un centinela seguro, para que el enemigo no se deslice por sorpresa. Si la joven Dina, hija de Jacob, no hubiera salido de su casa, en vez de ir al país de Siquem en un día de regocijo público, para ver, dice el sagrado texto, *ut videret*, y sin duda también para que la vieran, no hubiese perdido su libertad y su honor¹. Huid de la disipación, no menos que de la ociosidad, madre de todos los vicios. El consejo, que san Jerónimo dió a un joven de su tiempo, conviene a todos los jóvenes de todos los tiempos: Jamás os encuentre ociosos el demonio: *Diabolus te inveniat semper occupatum*². El que trabaja, dicen los moralistas, sólo tiene un demonio que le tiente; el ocioso tiene cien que le obsesionan. Finalmente, como ya lo hemos dicho ampliamente en otra parte, repetimos aquí que los bailes, los espectáculos, las danzas, conducen al pecado impuro; huid de todo eso; aun cuando el efecto no sea inmediato, no deja de producirse. Ocurre con ésto como con un concierto, que los oídos conservan largo tiempo después de terminado las modulaciones y dulzura de los cantos. En el fondo de su gruta de anacoreta, y aun en la más extrema vejez, véase assaltado san Jerónimo por los recuerdos de otra edad. Escuchad lo que dice: Aunque sólo tenía por compañeros escorpiones y bestias salvajes, véame transportado con el pensamiento en medio de las danzas de las jóvenes romanas. Mis miembros enteramente secos, tenían por todo vestido un saco, pero mi corazón sentíase devorado de ardientes deseos. En un cuerpo extenuado, en una carne muerta, ante el hom-

1. GEN., XXXIV.

2. Ad Rusticum.

bre, la concupiscencia atizaba sus llamas impuras¹... Adolescentes, jóvenes de uno y otro sexo, escuchad mis últimas palabras, las cuales no son más que repetición de las primeras: Sed castos. ¡Qué alegría tan grande para el pastor que habiéndoos bautizado, catequizado, admitido al banquete eucarístico, pudiera deciros, estando presente, o escribiros, estando ausente, lo que san Juan a sus discípulos: Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sé que sois valerosos, porque la palabra de Dios permanece en vosotros, y porque habéis vencido al maligno espíritu... ; el maligno espíritu, es decir, según todos los comentadores, el demonio de la impureza, que es el más formidable enemigo de la juventud: *Scribo vobis, adolescentes, quoniam vicistis malignum...* *Scribo vobis, juvenes, quoniam fortes estis, et verbum Dei manet in vobis, et vicistis malignum*².

En segundo lugar, los que ya han contraído matrimonio. Aunque san Pablo dijo: El que casa a su hija, obra bien, pero el que no la casa, obra mejor³, y de estas palabras haya que concluir que la virginidad es superior a todos los otros estados de la vida, el matrimonio, si bien de orden inferior, es honroso. ¿Cómo no serlo? El matrimonio fué instituido por Dios mismo, desde el principio, y bendecido por Dios: *Masculum et feminam creavit eos, benedixitque illis*⁴. Santo por su origen, el matrimonio, aun después de la decadencia, no cesó jamás, ni bajo la ley patriarcal, ni bajo la ley escrita, de ser objeto de las atenciones divinas. Mas todavía le estaba reservado un honor más grande. Llegada la plenitud de los tiempos, Jesucristo convirtió el matrimonio en sacramento, esto es, en cosa santa; cosa

1. Citado por L. de Granada.

2. I. JOANN., II, 13, 14.

3. I Cor., VII, 38.

4. GEN., I, 27, 28.

santa que significa una cosa santa, que opera una cosa santa; que significa una cosa santa, la unión de Cristo con su Iglesia; que opera una cosa santa, la gracia santificante, y con este aumento de gracia santificante, una gracia sacramental, una gracia propia del sacramento, según los fines para los cuales fué instituido. El matrimonio es, pues, honroso. *Honorabile connubium*¹. De estas premisas, veamos salir ahora las consecuencias. Por cuanto el matrimonio es honroso, esposos, honradlo. Esposos, sed castos... Esposos, sed castos, esto es, proceded en el matrimonio, en lo referente a los derechos que os concede, y a los deberes que os impone, con reserva, moderación, honradez y pureza, poseyendo, como dice san Pablo, cada uno de vosotros su vaso, es decir, su cuerpo, en toda santificación y honor²; porque, pensar que todo es permitido entre casados, es un error muy grosero y muy peligroso. Esposos, sed castos, es decir, guardaos, es lo menos que uno puede pediros, de recuperarlos después de haberlos entregado, de recuperarlos para entregarlos a otro, de cometer ese crimen que la religión castiga con todos sus anatemas; ese crimen que san Pablo inscribió, y de los primeros, entre los que excluyen del reino de los cielos; ese crimen que la opinión pública, aun en nuestros días de moral relajada, estigmatiza como se merece; ese crimen que todas las legislaciones, aun las paganas, han combatido y severamente castigado; ese crimen, en fin, que es a la vez pecado enorme de impureza y la más irritante violación del derecho ajeno, el adulterio. Esposos, sed castos, es decir, no frustréis al matrimonio del principal de los fines para los cuales fué instituido; sed padres, la vida que conserváis en depósito, tenéis el deber, no menos que el honor, de

1. HEBR., XIII, 4.
2. THESS., IV, 4.

transmitirla; tú, mujer, sé madre; el matrimonio no es un objeto de lujo; su nombre, derivado del latín, significa que la mujer se casa para ser madre: *Matrimonium ab eo dicitur quod femina idcirco maxime nubere debet, ut mater fiat*¹. Así, pues, tú, padre, y tú, madre, sedlo tantas veces como plazca a Dios que lo seáis. En nombre de Dios, que lo prohíbe bajo las penas más severas; en nombre de la sociedad, que con ello sufre cruelmente, no poned límites a la acción creadora; no hágais la cosa *detestable*, como la llama la Escritura, que hacia Onán². Finalmente, esposos, sed castos, es decir, que si, de mala fe, habéis contraído matrimonio con un impedimento que tacha vuestra unión de nulidad radical, entrad en el orden por la vía de una rehabilitación que la Iglesia no niega nunca, siempre que puede concederla. De lo contrario, vuestro matrimonio no será más que un concubinato disfrazado. Pero basta ya de este asunto.

En tercer lugar, aquellos cuya unión ha sido rota por la muerte de su cónyuge, esto es, los viudos y las viudas. Sean ellos también castos; séanlo, una vez salidos del matrimonio en la misma medida que los que todavía no han entrado en él. San Pablo recomienda a su discípulo Timoteo que honre a las viudas que sean verdaderas viudas: *Viudas honra, quae vere viduae sunt*³. Mas ¿qué es la viuda verdaderamente viuda? La que después de verter algunas lágrimas, se prepara a contraer nuevos lazos? No, ciertamente. La que, sin pensar precisamente en contraer nuevas nupcias, vive en la relajación y en la molicie? Tampoco, pues esta viuda, como dice san Pablo, aunque viviente en apariencia, está muerta en realidad: *nam quae in deliciis est, vivens*

1. Catech. Rom.
2. GEN., XXXVIII, 10.
3. I TIMOTH., V, 3.

*mortua est*¹; porque, como añade Bossuet en su comentario, olvidando el duelo eterno y el carácter de desolación que constituye el sostén y como la gloria de su estado, se abandona a las alegrías del mundo². ¿Quién es, pues, la viuda verdaderamente viuda? El mismo san Pablo nos lo dirá: La que pudiendo volver a casarse, pues en riguroso derecho las segundas nupcias jamás fueron prohibidas, no por ello será menos dichosa si no las contrae, sin duda porque le será más fácil ser casta: *Beatior autem erit, si sic permanserit*³; la que renunciando, por bueno que sea, a otro enlace, se ocupa con la mayor actividad posible en el prudente gobierno de su casa, deber sagrado, que nunca se cumple mejor como cuando uno es casto: *Si quae autem vidua filios habet, discat primum domum suam regere*⁴; finalmente, la que, enterrándose, por decirlo así, en la tumba de su esposo, y enterrando en ella todo amor humano, confía en Dios, le ruega día y noche, y concentra en El sólo todos sus afectos, lo que manifiestamente equivale a ser casta: *quae autem vere vidua est et desolata, speret in Deum, et instet obsecrationibus et orationibus nocte ac die*⁵. Así, queda entendido según san Pablo, que la viuda verdaderamente viuda, es la viuda casta. Y si los ejemplos pueden añadir algo a las palabras, la viuda verdaderamente viuda, es Judit, hacia la cual se adelanta, después de la liberación de Betulia, el sumo sacerdote Joaquín, para decirle en nombre de todo el pueblo: Porque has amado la castidad, porque no has tomado otro marido, la mano de Dios te ha fortalecido, y serás bendita por toda la eternidad⁶. También lo es

1. I TIMOTH., V.

2. Oración fúnebre de Ana de Gonzaga.

3. I COR., VII, 40.

4. I TIMOTH., V, 4.

5. Ibid., 5.

6. JUDITH., XV, 10 y 11.

la profetiña Ana, tan elogiada a causa de su castidad, y por esto mismo, juzgada digna de ser una de las primeras en conocer al Mesías, y en darlo a conocer a los demás. Era de la tribu de Aser, dice el evangelista san Lucas, hija de Faniel; pasó únicamente siete años con su marido, con el que se casó muy joven, y vivió viuda hasta los ochenta y cuatro años; su virtud era tan grande, que enteramente apartada del mundo, servía a Dios noche y día en el ejercicio del ayuno y de la oración; recibió el don de profecía, y hablaba de Jesús a todos los que esperaban la redención de Israel¹... También lo fueron en los siglos cristianos, santa Mónica, santa Francisca Romana, santa Margarita de Escocia, santa Isabel de Portugal, santa Heduvigis de Polonia, y millares de otras, las cuales han merecido, por su castidad, inviolablemente guardada en el estado de viudez, que la Iglesia las coloque, en su liturgia, después de las vírgenes, verdad es, pero en la misma categoría².

En cuarto lugar, por fin, los que no entraron jamás en el estado de matrimonio, porque le cerraron la puerta, ya con su energética resolución, ya en virtud de un voto. Tales son las vírgenes... Las vírgenes, cuyo estado de virginidad es muy superior al de viudez, como éste al de matrimonio³; las vírgenes, a las que el mismo paganismo tenía en tal estima, que, en las ceremonias públicas, pasaban delante de los más altos empleados del Estado, y a las cuales, en el seno del cristianismo, se les ha hecho el honor, mil veces más apreciado aún, de ser el más bello ornamento de la Iglesia, la más

1. LUC., II, 36 y sigs.

2. Omnes sanctae virgines et viduae.

3. Centesimum fructum virginibus, sexagesimum viduis, trigesimum casto matrimonio deputamus. Ita S. HIERONYMUS. Ap. CLEMENTE MARC.

noble porción del rebaño de Jesucristo, y, en el cielo, el de seguir por todas partes al Cordero, de llevar su nombre escrito en la frente, de celebrar con cánticos su gloria, cánticos, que, a la verdad, pueden oír los otros coros de santos, pero que no pueden repetir¹... ¡Oh vírgenes, cuán grande es vuestra dignidad! ¡cuán digna de envidia vuestra suerte! Pero, sed castas... Sed castos, sacerdotes que subís al altar santo, que tenéis por rey y por modelo al Pontífice santo, inocente, exento de mancha, separado de los pecadores y más elevado que los cielos², para deciros sin duda que apenas debéis tocar la tierra... Sed castas, vírgenes consagradas a la oración en el claustro, o viviendo en el mundo, para curar en él con mano más segura sus horribles llagas, tanto físicas como morales. Tenga todo vuestro corazón, únicamente el que recibió vuestros juramentos. Dejar algún día de ser casta, después de haberse comprometido a serlo toda la vida, sería cometer un adulterio. Serlo siempre, después de haber jurado no dejar de serlo jamás, es ser un ángel, ¿qué digo?, más que un ángel. ¿No lo veis así? Más dichosa, sin duda alguna, es la virginidad del hombre, y, por consiguiente, más meritoria en lucha continua con la carne y con la sangre, como más blanca, así lo creemos, es la nieve mientras no sale de la nube en cuyo seno se formó, y en el que nada puede empañarla; por consiguiente, más admirable si, caída en tierra, y a pesar de tocar en tierra, conserva toda su blancura.

Pero hay que terminar. Así, pues, adolescentes, jóvenes de uno y otro sexo, hombres y mujeres unidos en matrimonio, y vosotros también cuyos lazos se han roto, viudos y viudas, y vosotras, en fin, vírgenes, que

1. APOC., XIV.

2. HEB., VII, 12.

lo sois en virtud de una promesa, y mejor aún, en virtud de un voto, sed todos castos... sedlo según el don que hayáis recibido y según el estado que hayáis abrazado... Felices los que entiendan estas cosas, más felices aún los que las practiquen. La castidad es un tesoro tan precioso, que ningún otro del mundo puede serle comparado. Lo dijo el Sabio, y podemos creerlo, porque lo dijo en nombre de Dios que lo inspiró: *Omnis ponderatio non est digna continentis animae*¹..

1. ECCL., XXVI, 20.

SEPTIMO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

El derecho de propiedad

No hurtarás

Quam haec verba subjectam habent notionem? nisi vetare Deum bona haec nostra, quae in ejus tutela sunt, a quoquam auferri aut violari.

Catech. Rom.

Tal es el título auténtico del séptimo mandamiento: No hurtarás: *Non furtum facies*. Al dictarle, dice el Catecismo Romano, Dios no se propuso otra cosa que impedir que se tomase o se perjudicase el bien ajeno, del cual se declaraba protector. Ahora bien, añade, cuanto más este mandamiento es un efecto de la bondad de Dios para con nosotros, tanto más debemos mostrarle gratitud por él; y como el medio mejor de hacerlo es, no sólo recibir con alegría sus preceptos, sino también practicarlos con puntualidad, preciso es que el pastor nada olvide para inspirar el amor de ellos e incitar a su cumplimiento. De este deber trataremos en esta instrucción y en las siguientes, Dios nos ayude con su gracia.

Demuestra la razón que Dios tiene el alto dominio sobre toda la creación, que es obra suya, y, en parti-

cular, sobre la tierra que habitamos. El Ser eterno, infinito, todopoderoso, que existe por sí mismo, y sin el cual nada existiría de lo que existe, no puede dejar de ser soberano en el sentido más absoluto de la palabra. Lo que la razón afirma por sí sola, las Sagradas Escrituras lo dicen con más autoridad aún. En el capítulo II del Exodo, dice el Señor: Obedeced puntualmente a mi voz, y guardad mi alianza, porque toda la tierra me pertenece¹. En el capítulo XXV del Levítico: La tierra es mía, dice el Señor, y vosotros sois extranjeros en ella, colonos a quienes yo la arriendo². Y en el salmo XXIII: La tierra pertenece al Señor, exclama el Salmista, con todo lo que contiene, toda la tierra y la universalidad de los que la habitan: *Domini est terra et plenitudo ejus, orbis terrarum et universi qui habitant in eo*³. No insistamos; queda sentada esta primera verdad: el verdadero amo, el verdadero Señor, el único propietario, es Dios.

También dan testimonio las Escrituras de que Dios, verdadero dueño, verdadero señor y propietario único, cedió al hombre el dominio útil de la totalidad de las cosas, pero reteniéndose el dominio supremo de las mismas; y que, en virtud de esta cesión, la tierra y sus productos, las riquezas que contiene en su seno, y los frutos que maduran en su superficie, los bosques profundos, las llanuras inmensas, las fuentes, los ricos, los océanos, los vivientes del aire, de la tierra y de las aguas, todas estas cosas pertenecen al hombre, que añade a ellas su trabajo, y sirven para sus usos. En el capítulo I del Génesis, habla así el Señor: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y enseñoreaos de ella, y dominad a los peces del mar y a las aves del cielo,

1. EXOD., X, 5.
2. LEVIT., XXV, 23.
3. PSAL. XXIII, 1.

y a todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y añadió Dios: Ved que os he dado todas las yerbas, las cuales producen simiente sobre la tierra, y todos los árboles, los cuales tienen en sí mismos simiente de su especie para que os sirvan de alimento a vosotros¹. Después del diluvio, Dios hizo al hombre la misma cesión, y en los mismos términos; Dios bendijo a Noé y a sus hijos, y les dijo: Creced y multiplicaos, y poblad la tierra. Teman y tiemblen ante vosotros todos los animales de la tierra, y todas las aves del cielo, y todo cuanto se mueve sobre la tierra; todos los peces del mar están sujetos a vuestro poder. Y todo lo que tiene movimiento y vida os servirá de alimento, y todo lo que crece en los campos; como entregué todas estas cosas a los que vivieron antes que vosotros, os las entrego a vosotros mismos². No insistamos más. Esta verdad no es menos cierta que la primera: Dios no deja de ser lo que es, el verdadero dueño, y, como tal, quedan reservados todos sus derechos, y el hombre es propietario en segundo lugar, y, en cuanto al uso, le pertenece la tierra.

Pero sigamos. ¿Quién no ve con toda claridad que, después de haber sido dada colectivamente a todos, como, en efecto, lo fué, desde el origen, iba a convertirse la propiedad de la tierra, por el hecho mismo del hombre, de común en particular, de general en individual, puesto que Dios no hizo, a este respecto, prohibición alguna? ¿Quién no ve con toda claridad que, convertida en particular y en individual, por cualquier título legítimo; v. gr.: por el título de *primer ocupante*, sobre todo si el primer ocupante ponía en ella una parte de sí mismo, su trabajo, la propiedad de la tierra debía ser estable y estar al abrigo de toda empresa de usur-

1. GEN., I, 28 y 29.

2. *Ibid.*, IX, 1 y sigs.

pación? Finalmente, ¿quién no ve con toda claridad que, para ser verdaderamente particular, verdaderamente individual, verdaderamente estable, la propiedad de la tierra sería en manos de sus detentados, entendiendo esta palabra en su mejor excepción, algo así como cosa propia de él, disponible en todo tiempo, y transmisible a su antojo? Examinemos estas tres verdades.

En primer lugar, es evidente, sobre todo con la propagación y difusión del género humano, que la propiedad de la tierra, cedida por Dios a la universalidad de los hombres, iba a convertirse, de común en particular, de general en individual, si no por todas partes y siempre, por lo menos en la mayoría de los casos¹. De lo contrario, es decir, si la tierra hubiera quedado indivisa, si todo hubiese pertenecido a todos y a cada uno, no solamente en cuanto a la propiedad de los fundos, sino también en cuanto a su uso, ¿sería posible imaginar las contestaciones a que hubiera dado lugar semejante estado de cosas? Escuchad lo que se lee en el capítulo XIII del Génesis: Abraham y Lot, hijo de su hermano, por tanto, ambos justos y temerosos de Dios, no podían vivir juntos, aunque sus intereses eran de la misma naturaleza: *Nequibant habitare communiter*. Cada día se querellaban sus servidores: *Facta est rixa inter pastores gregum Abram et Lot*, hasta el punto de que el tío dijo al sobrino: Ruégote no haya disputas entre nosotros, ni entre mis pastores y los tuyos, pues somos hermanos. Ahí tienes a la vista toda esta tierra; ruégote que te separes de mí; si tú fueres a la izquierda, yo iré a la derecha; si tú escogieres la derecha, yo iré

1. Deus generi hominum donavisse terram in communi dicitur, non quod ejus promiscuum apud omnes dominatum voluerit. *Encyc. Rerum novarum*.

a la izquierda. Y se separaron¹... De aquellos remotos tiempos, vengamos a los nuestros. Estando diez veces poblada la tierra más que entonces, y siendo los hombres de hoy, por lo general, menos virtuosos que en la época patriarcal, si las propiedades fueran indeterminadas, en otros términos, si todo fuera de todos, i qué de litigios, de conflictos, de guerras de exterminio de pueblo a pueblo, de tribu a tribu, de familia a familia, de individuo a individuo! La tierra no podría ser habitada.

En segundo lugar, es evidente que, convertida en particular y en individual, por el hecho del hombre, y, como se supone aquí, por cualquier título legítimo, v. gr.: el de *primer ocupante*, sobre todo si el primer ocupante ponía en ella una parte de sí mismo, su trabajo, la propiedad de la tierra debió convertirse en estable y a salvo de toda empresa de usurpación. ¿Cómo hubiera podido dejar de ser así? Si fuese potestativo apoderarse impunemente, por violencia o fraude, de la propiedad ajena, merecería llamarse propiedad? En cuanto puede ser exacta una comparación, ¿diferiría mucho de aquella tela de los tiempos fabulosos que se desejía a medida que se trabajaba en tejerla? La propiedad debía, pues, ser estable, y, en efecto, lo será, con seguridad, tanto mayor, cuanto el principio en que se apoyará para serlo será más elevado. ¿Cuál es este principio? Acabo de decirlo: soy primer ocupante, y el trabajo por el cual he removido, desecado, mejorado y fertilizado ese campo que hasta entonces no pertenecía a nadie, o fué abandonado por todo el mundo, ese trabajo me pertenece, me pertenece inviolablemente, me pertenece en virtud de un derecho estable y permanente; es producto de mis facultades intelectuales y físicas;

1. GEN., XIII, 5 y sigs.

mi espíritu lo ha concebido; mi discernimiento ha escogitado los medios que debía emplear para llevarlo a buen fin; si ayer lo dejé sin acabar, hoy me lo recuerda mi memoria; mi cuerpo lo ha ejecutado, el sudor de mis miembros lo ha fecundado, toda mi persona, mi cuerpo y mi alma, le ha impreso su sello y se ha encarnado en él. Ahora bien, el efecto sigue a la causa: *Effectae res causam sequuntur a qua effectae sunt*¹. El fruto de este trabajo es, pues, mío, es otro yo, si puedo hablar así, es como una porción de mi ser, una prolongación de mi ser, una evolución de mi ser²... ¿Habrá que añadir algo más para llegar a la inviolabilidad de la propiedad? ¿Será preciso añadir, al derecho natural que ha creado esta inviolabilidad, el derecho positivo divino, el cual, sobre este punto, es la promulgación, la homologación del derecho natural? ¿Habrá necesidad de mostrarlos a Dios haciendo de protector, de defensa, de garantizador del derecho de propiedad?: No tomarás los bienes ajenos: *Non furtum facies*... Ni siquiera los codiciarás: *Non concupisces*³. Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, interrogado, en el curso de su misión evangélica, sobre las condiciones esenciales de la vida eterna, renueva las prohibiciones dictadas en el monte Sinaí: No matarás, no hurtarás: *Non occides; non furabis*⁴. Finalmente, san Pablo, hablando como el Maestro, en nombre del Maestro, y colocando el robo y la rapiña entre los casos de exclusión del reino de los cielos, dice a su vez: *Neque fures, neque rapaces, regnum Dei possidebunt*⁵... No

1. *Encyc. Rerum novarum*.

2. Et sane, operatio, cum facultatibus dimonet, quae sine dubio vi naturae sunt propriæ, est velut explicatio quædam personalitatis operantis, Liberatore, p. 177.

3. EXOD., XX, 13.

4. LUC., XVIII, 20.

5. I COR., VI, 10.

prosigamos; la demostración queda hecha: la propiedad debía ser inviolable por derecho natural; superabundantemente, lo es también por derecho divino¹.

Finalmente, si quisiéramos agotar el asunto, es cierto que, para ser verdaderamente individual, verdaderamente estable, verdaderamente inviolable, la propiedad debería estar en las manos de quien la tiene, como cosa propia de él, disponible en todo tiempo, y transmisible a su antojo. Leed, si tenéis tiempo para ello, el capítulo XXIII del Génesis; Abraham usa como bien le parece de las inmensas riquezas que posee; cambia 400 siclos de plata por un campo, y por este solo hecho, se convierte en legítimo dueño de él: *Appendit quadrigentos siclos argenti, probatae monetae publicae*²; hace en vida a los hijos de Cetura y de sus otras mujeres, presentes considerables: *Filis concubinarum largitus est munera, dum adhuc viveret*³; pero no los confunde con Isaac, hijo de Sara: *El separavit eos ab Isaac filio suo*, y constituye a éste en heredero universal suyo: *Deditque Abraham cuncta quae possederat Isaac*⁴. Pues bien, lo que hizo el gran patriarca, podrá

1. Léanse los 5 ó 6 primeros párrafos de la *Ency. Rerum novarum*.

2. Nada tan interesante como este pasaje de la Escritura; las costumbres patriarciales muéstranse aquí en toda su sencillez y embeleso. El patriarca se dirige a Efrón el heteo para comprarle en sus dominios el emplazamiento de una tumba de familia, comprometiéndose a pagarle el precio convenido *pecunia digna*. Efrón ofrece una concesión gratuita, pero Abraham, movido por un sentimiento de elevada delicadeza, la rehusa, y pide una verdadera venta. Señor, responde el heteo, escúchame: la tierra que pides vale 400 siclos de plata; he ahí el precio convenido entre los dos. Al punto pone Abraham en la balanza los 400 siclos de moneda pública corriente, y fué dueño del fundo.

3. En esta época la poligamia, aunque desviación de la institución primitiva del matrimonio, era tolerada.

4. GEN., c. XXV.

también hacerlo todo hombre que posea por modo legítimo. Estará en su derecho, si cambia un producto por otro producto; si da de lo que le sobra al que no tiene lo necesario, en su derecho está también, y notaremos en decir que en su deber; y aun si renuncia a todo lo que tiene para abrazar la pobreza voluntaria, en su derecho está igualmente. En su derecho está si lo que le pertenece, y de lo cual goza durante su vida, lo transfiere, posesión y goce, por vía de herencia, a quien le place, sobre todo a sus hijos, que son como la extensión y continuación de su personalidad¹. La propiedad no sería más que una palabra vacía de sentido, si no fuese transmisible por quien la posee, y disponible en todo tiempo a su libre arbitrio. El cambio, la donación, la renuncia total o parcial, el legado, el testamento, son de derecho natural. La legislación humana podrá intervenir para reglamentar estas cosas, pero, fuera de esto, le está prohibido tocarlas.

Ahora que el derecho de propiedad queda demostrado como real y verdadero en el sentido de la doctrina católica y de la sana razón, repitamos las palabras con las cuales hemos entrado en esta materia: Demos gracias a Dios por su gran bondad con relación a nosotros: *In ipsius beneficii auctorem Deum gratiore esse oportet*². No era bastante para El proveer a su gloria y al honor de su culto merced a los tres primeros mandamientos; ni estrechar los lazos de la familia, asegurando así el reclutamiento de la sociedad; ni salvaguardar nuestra vida y la incorruptibilidad del hogar doméstico, todo lo cual es propio de los tres mandamientos siguientes, sino que quiso, por virtud de este otro, que es el séptimo: *No hurtarás, poner al abrigo*

1. *Fili sunt naturaliter aliquid patris.* S. THOM., 2, 2, q. X, art. 12.

2. *Catech. Rom.*

de toda injusticia, aun nuestros bienes externos y todo cuanto nos pertenece¹... Las instrucciones próximas nos enseñarán a apreciar mejor aun, como él se merece, semejante beneficio.

1. *Catech. Rom.*

SEPTIMO MANDAMIENTO

SERMON SEGUNDO

La negación del derecho de propiedad, o el socialismo

No hurtarás

Bonorum distributiones et assignationes, jam inde ab initio constitutas, divinis et humanis legibus confirmatas, ratas esse oportet, ut unusquisque, nisi humanam societatem tollere velimus, ea teneat quae ei jure obtigerunt.

Catech. Rom.

¿Es particular de nuestra época ese mal conocido con el nombre de socialismo? ¿Se remonta a otra época? Ya el Catecismo Romano se refería a él, en su tiempo, cuando pronunciaba estas graves palabras: Necesario es que la distribución y reparto de los bienes, establecidos desde el origen, y confirmados por las leyes divinas y humanas, no queden violadas en manera alguna, y que cada cual posea apaciblemente lo que en derecho le pertenece; obrar de otro modo, añade, sería trastornar la sociedad humana, y querer que se abisme en su total ruina: *Nisi humanam societatem tollere velimus...* Sea lo que fuere de los siglos anteriores al nuestro, el estado presente de las almas, no puede dejar duda a nadie: el mal existe; ¿qué digo?, es más amenazador que nunca, se extiende como la lepra, y el predicador de nuestros

días está más obligado que el predicador de otros tiempos, a combatirlo con la mayor resolución. Esto es lo que nos proponemos hacer en esta instrucción. Dios nos ayude con su gracia.

Acabamos de decirlo implícitamente, pero, a fin de precisarlo más aún, lo repetimos: no se trata aquí del socialismo en general, ni de tal o cual forma de socialismo que pueda ser legítimo, sino del socialismo según el concepto actual, del socialismo que se propone destruir, abolir la propiedad privada existente, a fin de transferirla al Estado, o a los municipios, con encargo de que éstos o aquél la repartan por partes iguales entre todos los ciudadanos.

Ahora bien, si esta noción del socialismo, tal como hoy se presenta, es la noción exacta, no nos costará mucho demostrar que, desde el punto de vista de los intereses sociales, cuya defensa se atribuye, entre todas las doctrinas que tienen por objeto estas materias, es la más condenable. Porque, en efecto, supone como verdadera una cosa que es de todo punto falsa; como posible, una cosa que no lo es, ni lo será jamás; como conforme al derecho, una cosa que, si, lo que es imposible, se realizase, sería una flagrante violación del derecho. Examinemos estas tres proposiciones, y demos a cada una de ellas el desarrollo conveniente.

En primer lugar, el socialismo tal como lo concebimos, el socialismo actual, supone como verdadera una cosa absolutamente falsa, a saber, que la propiedad, originariamente colectiva, como todo el mundo lo reconoce, se convirtió, o por la violencia, o por un pacto general concluido al efecto, o por la ley civil, en individual, personal, exclusiva. Ahora bien, de todas estas afirmaciones no hay ninguna que tenga fundamento. Es falso que la propiedad, de colectiva como la suponen,

y con razón, en su origen, se convirtiese, por la violencia, en individual, personal, exclusiva. El primer propietario conocido, quiero decir, el primer hombre que aparece en las Escrituras con la cualidad de propietario privado¹, Abel, es llamado el justo². El más rico propietario de la época patriarcal, Abraham, era célebre en todo el Oriente por sus virtudes. Es falso que la propiedad, de colectiva como la suponen, y con razón, en su origen, se convirtiese, por un pacto, por una convención general, espontánea o hábilmente conducida, en individual, particular, exclusiva; semejante pacto es una pura ficción; de él no hay rastro alguno en la historia, y, lógicamente, nada tan permitido como negar gratuitamente lo que se afirma gratuitamente. Es falso, en fin, que la propiedad, de colectiva como la suponen, y con razón, en su origen, se convirtiese, por virtud de la ley civil, en individual, personal, exclusiva, pues existía como tal, sin la menor sombra de duda, antes que los hombres se constituyesen en sociedad, e hiciesen leyes. No, sépase bien y no se olvide: la violencia, un pacto cualquiera, la ley civil, no suponen nada en la institución primera de la propiedad. Lo hemos dicho en la instrucción precedente, y lo repetimos en ésta: originariamente común y colectiva, no habiendo Dios asignado parte alguna a nadie, la propiedad se convirtió en individual, particular, exclusiva, por el derecho natural, del modo siguiente: Un hombre, luego cien, luego mil... ocupó un campo que no era de nadie, lo labró, lo remo-

1. Según el sagrado texto, Abel es propietario, en el verdadero sentido de la palabra; su rebaño le pertenece a él solo, y a nadie más; de su rebaño, que es propiamente suyo, saca una o varias de sus gordas ovejas para ofrecer un sacrificio al Señor: Abel quoque obtulit de primogenitus *gregis sui*. GEN. IV, 4.

2. MATTH., XXIII, 35.

vió en todos sentidos, lo expuso al aire fecundante; puso en él al propio tiempo que una simiente escogida, todo el sudor de su cuerpo, todas las industrias de su espíritu. Este campo, ayer estéril, hoy cubierto de hermosas cosechas, o plantado de frutales, ¿es otra cosa que la extensión, la prolongación del cuerpo y del alma de este laborioso primer ocupante, y como una porción de su ser? ¿No lo ha firmado con su nombre, marcado con su sello, impregnado de su personalidad? ¿No le pertenece en virtud del derecho natural, como su trabajo, como las facultades intelectuales y físicas de donde procede su trabajo, le pertenecen por el mismo derecho? Y antes que la ley civil hablase, aun antes que en la cumbre del Sinaí hubiese Dios pronunciado el *non furtum facies*, no hurtarás... quien hubiese intentado desposeerle de él, ¿no hubiera sido del modo más legítimo considerado como culpable de robo? Pero sigamos:

En segundo lugar, el socialismo supone como posible una cosa que no lo es, ni lo será nunca: la igualdad de las condiciones. Que todos los hombres son iguales por la comunidad de origen, no es dudoso para nadie, y digo que el más magnífico de los reyes de Oriente, el más capacitado para pensar y hablar en sentido contrario, si esta verdad no fuera de tal modo evidente, que es imposible contradecirla, digo, que exclama: Soy mortal, semejante a todos los mortales, concebido como ellos de la substancia de un hombre en el seno de una mujer, y nacido profiriendo gritos. Ningún hombre, aunque sea rey, no ha venido a este mundo por modo distinto de todo el resto de los hombres: *Nemo ex regibus aliud habuit nativitatis exordium*². Que todos los

1. Véase la primera parte de *Encic. Rerum novarum*.
2. SAP., cap. VII.

hombres sean iguales ante la muerte, nadie tampoco lo pone en duda; la ley es inexorable, no tolera excepción alguna; así, el mismo monarca Salomón continúa y dice: Para todo hombre, no hay más que una manera de entrar en la vida, y del mismo modo, para cada hombre, no hay más que una manera de salir de ella: *Unus ergo introitus est omnibus ad vitam, et similis exitus*¹. Finalmente, que todos los hombres sean iguales ante la ley, fuera del caso en que un servicio público sirva de equivalente y justifique un privilegio, nada mejor. Como Dios no hace acepción de personas², la justicia humana, emanación de la justicia divina, no haga tampoco acepción de personas; si dos hombres han llevado a feliz término una empresa igual, reciban igual recompensa; si dos hombres han cometido el mismo crimen, sean castigados con la misma pena; si eres el poder público, o un simple particular, tú, poder, en el reparto de los favores o de las cargas, y tú, particular, en tus relaciones comerciales con tus semejantes, no tengáis dos pesos y dos medidas, cosas éstas de que el Señor abomina³.

Pero esto dicho, el capítulo de las desigualdades, en el orden natural por lo menos, queda casi agotado. En cuanto a la nivelación de las condiciones, tan soñada por el socialismo, ¿quién no ve su imposibilidad absoluta? ¿Quién no ve igualmente de dónde procede esta imposibilidad? De hombre a hombre, fuerzas físicas desiguales; de hombre a hombre, facultades intelectuales desiguales; de hombre a hombre, aptitudes desiguales; de hombre a hombre, hábitos morales diferentes; de hombre a hombre, suertes, si el nombre fuera cristiano, suertes variables, felices para éste, des-

1. SAP., cap. VII.
2. ROM., II, 11.
3. PROV., XX, 10.

favorables para aquél; por consiguiente, por efecto de una u otra de estas causas, o de todas reunidas, diversidad de profesiones, especialidad de cada una, división del trabajo; y para el que ejerce esta profesión, o ejecuta este trabajo, más o menos éxito, más o menos ganancia. La desigualdad de las condiciones queda explicada.

Sí, me diréis, pero semejante estado de cosas, ¿no es imperfecto? ¿No hubiera sido mejor que fuese de otra manera? Convengamos en ello por un momento. Pero nada podemos hacer en este terreno, ni vosotros, ni yo, ni nadie en el mundo. Para abolir la desigualdad de las condiciones, sería preciso destruir las desigualdades, las deficiencias de la naturaleza humana, todas sus debilidades con todas sus variedades. Imposible. Hágase lo que se haga, siempre habrá fuertes y menos fuertes, sabios y menos sabios, sobrios e intemperantes, económicos y prodigos, trabajadores y holgazanes, hábiles que prosperan y torpes que se arruinan; y si un día u otro el socialismo, vencedor en toda la línea decretase la nivelación universal, el reparto de todos los bienes en lotes iguales, habría que volver a empezar al día siguiente. Convengamos en ello por un momento, hemos dicho; porque, si la desigualdad de las condiciones es una necesidad que se impone, desde ciertos puntos de vista es una necesidad útil. Esta mezcla de fuertes y débiles, de grandes y pequeños, de ricos y pobres, es una mezcla ventajosa. Uno de los más ilustres doctores de la Iglesia griega, san Juan Crisóstomo, y Bossuet, que lo interpreta, imaginan dos ciudades, habitadas, la primera solamente por ricos, y la segunda solamente por pobres. ¿Cuál de ellas, será dichosa? Ni la una ni la otra. Desgraciada sería la primera, porque la abundancia, enemiga del trabajo, inci-

paz de refrenarse, y siempre corriendo detrás de los placeres, corrompería todas las almas, y enervaría todas las energías con el lujo, el orgullo y la ociosidad. Desgraciada sería la segunda, porque no estaría poblada más que por pobres, pero mucho menos desgraciada que la primera, porque la necesidad industriosa y fecunda en invenciones, y madre de las artes provechosas, adiestraría los espíritus por la necesidad, los aguzaría por el estudio, y les inspiraría más vigor por el ejercicio de la paciencia. ¿Qué remedio quedaría? Reunirlas, completarlas la una por la otra, hacer que se amaran los habitantes de la una y de la otra, que se sacrificaran recíprocamente, que se prestaran servicios caritativos, que trabajaran de concierto en el bien común¹... Pero lo que aquellos dos grandes hombres imaginaron, Dios lo realizó. ¿Quién se atreverá a decir que se equivocó?... Pero queda por examinar otra consideración.

En tercer lugar, el socialismo supone como conforme al derecho una cosa que, puesta en ejecución, sería una flagrante violación del derecho. ¿Qué cosa es esta? Por cuanto sólo tratamos aquí del socialismo según el concepto actual, dejemos a un lado los intransigentes del sistema, que dicen: Todo es de todos y de cada uno; todos los bienes son comunes; libre es cada cual de apoderarse de ellos... para no hablar más que de los que, o menos audaces o más hábiles, lo formulan así: Todo es de todos, pero no de cada uno; cada particular sólo tiene derecho a lo que le es concedido por la comunidad, es decir, por el Estado, propietario único, o, bajo su inspección, por los municipios. Si la primera fórmula, demasiado absoluta, demasiado descarada, abriendo las puertas de par en par a los desórdenes más extre-

1. S. JUAN CRISÓSTOMO, *De divit. et paup. BOSSUET, De l' éminente dignité des pauvres dans l'Eglise.*

mos, cuenta con pocos partidarios, la segunda, más mitigada, ocultando mejor el error, los cuenta por miles y centenares de millares. Ciertamente, no seremos nosotros los que regateamos al Estado los derechos que, en realidad, le corresponden, pues nadie mejor que la religión recomienda el respeto que se le debe. Esos derechos son numerosos, variados, muy extensos. Si el Estado cobra impuestos, con tal que sean proporcionables y en la justa medida de las necesidades públicas, en su derecho está. Si el Estado tiene a sus órdenes un ejército permanente, ya para mantener la tranquilidad en lo interior, ya para asegurar la inviolabilidad de un territorio contra los ataques de fueta, en su derecho está. Si el Estado expropia a uno de sus súbditos por causa de utilidad debidamente comprobada, pero mediante indemnización, es decir, reconociendo que este súbdito es verdadero propietario, en su derecho está. Si el Estado entra aún en el santuario, cerrado a todo el mundo, de la familia, y en ella interviene, ya para proteger un derecho que él sólo puede proteger, ya para reparar un perjuicio que él sólo puede reparar, en su derecho está. Pero ¿posee otros además? No tenemos la pretensión de enumerarlos todos. En general, el Estado debe estar provisto de todos los medios necesarios para llenar sus funciones, casi siempre muy delicadas, y todas importantísimas; es decir, que sus derechos llegan hasta donde llegan sus deberes... Pero que el Estado sea propietario único y soberano; que, por este título, le pertenezca todo, la tierra y lo que produce, el obrero y la obra que hace, la industria, el comercio, la fábrica, la manufactura, todo, las personas y las cosas, ¿qué decir de una pretensión tan exorbitante, que más se parece a un sueño que a la concepción de un hombre despierto? Pero si, lo que Dios no permita, este sueño se

convirtiera en una realidad; si esta concepción, la concepción socialista, saliendo de la región de las ideas, acabase por tomar cuerpo en los hechos, esta invasión de todo por el Estado, especie de absorción general, verdadera omnipotencia, verdadera deificación del Estado ¿sería otra cosa que un juego odioso, una insopportable tiranía, la más irritante de las injusticias, la más repelente violación de los derechos del individuo, de la familia y de la misma sociedad? Dispensadnos de demostrarla; la evidencia no se demuestra... ¡Ah, cuán bueno es ser católico! Tal será la última afirmación de esta conferencia. Para refutar el socialismo, para relegarlo al país de las quimeras, mostrando todos los errores que contiene, la imposibilidad de su ejecución, su injusticia, hubiera debido bastar la razón natural. A pesar de ello no ha bastado. ¡Cuántas inteligencias, muchas notables por más de un concepto, se han equivocado en esta cuestión, o no han sabido apreciar más que un aspecto de las cosas! Ha sido necesario que un gran pap, iluminado por una luz más esplendente del problema social, lo estudiase en todas sus fases, e hiciese oír a todos y a cada uno lo que importaba soberanamente que todos y cada uno entendiesen: a los gobernantes y a los gobernados, cuáles son sus derechos y sus deberes; a los ricos y a los pobres, cuáles son sus derechos y sus deberes; a los patronos y a los obreros, cuáles son sus derechos y sus deberes. La sabiduría ha hablado por boca de León XIII¹... Repitamos, pues, no como un grito de entusiasmo pasajero, sino como la expresión de una convicción reflexiva y profunda: ¡Ah, cuán bueno es seguir las enseñanzas de la Iglesia! ¡Ah, cuán bueno es ser católico! ¡Plegue a Dios que siempre lo seamos de inteligencia, de corazón, de acción!...

1. *Encycl. Rerum novarum.*

SEPTIMO MANDAMIENTO

SERMON TERCERO

La violación del derecho de propiedad, o el robo

No hurtarás

Ad ea igitur detestanda (seilicet furtum et rapinam) et ad fidem populum a scelesto facinore deterrendum, conferent omnem curam ac diligentia parochi.

Catech. Rom.

De lo que precedentemente hemos dicho sobre el derecho de propiedad, a saber, que entre las manos de quien la tiene legítimamente, la propiedad es inviolable por derecho natural y por derecho divino positivo, resulta que el robo queda bien definido por san Agustín y toda la teología diciendo que es la usurpación injusta de una cosa que pertenece a otro: *Furti nomine bene intelligitur omnis illicita usurpatio rei alienae*; por consiguiente, que el robo es la violación de un derecho, un acto condenable, un pecado. Pero ¿qué pecado es? ¿Quién se hace culpable de él? He ahí las dos cuestiones que se presentan aquí. A resolverlas destinamos esta instrucción. Dios nos ayude con su gracia.

En primer lugar, ¿qué pecado es el robo?

Dejando a la casuística el cuidado de decidir cuándo y mediante qué condiciones, el robo es simplemente pe-

cado venial; cuándo y mediante qué condiciones, el robo sería impropiamente llamado robo, y, en consecuencia, dejaría de ser pecado, aun venial, para convertirse en cosa permitida, decimos que, exceptuados estos casos, y es útil, si no necesario, mencionarlos, por su naturaleza, el robo es pecado mortal.

El robo, por su naturaleza, es pecado mortal. Las Sagradas Escrituras lo dicen; en ellas veo colocados en la misma línea, y como asociados en la misma reprobación, el perjurio, el homicidio, el adulterio, el falso testimonio, el robo: *Non assumes nomen Domini tui in vanum... non occides... non moechaberis... non furtum facies*¹.... Así se expresa el divino Legislador en el Exodo y en el Deuteronomio. La misma asimilación vemos en el capítulo IV del profeta Oseas: Un torrente de iniquidades inunda la tierra: la blasfemia, la mentira, el homicidio, el adulterio, el robo, y la sangre corre con la sangre. *Maledictum, et mendacium, et homicidium, et adulterium, et furtum inundaverunt, et sanguis sanguinem tetigit*². El texto de san Pablo os es aún más conocido: No menos que la intemperancia, que la avaricia, que el pecado de la carne bajo sus múltiples denominaciones, el robo simplemente dicho, y la rapiña, que es el robo complicado de violencia, son casos de exclusión del reino de los cielos: *Neque molles, neque masculorum concubitores, neque avari, neque ebriosi, neque fures, neque rapaces, regnum Dei possidebunt*³.

El robo, por su propia naturaleza, es pecado mortal; así lo enseña la Iglesia por la unanimidad de sus doctores, de sus teólogos, de sus canonistas, de sus predicadores, de sus catequistas. Escuchad a san Agustín que habla

1. EXOD., XX. DEUT., V.

2. OSÉ., IV, 1.

3. I COR., IV, 9.

en nombre de todos, y dice: *Non dimititur peccatum, nisi restituatur ablatum.* Leed, en el Ritual Romano, la regla que deben seguir todos los confesores, y que hace ley en esta materia: No deben recibir la absolución los qu no quieren restituir los bienes ilegítimamente retenidos, pudiendo hacerlo: *Videat diligenter sacerdos ne absolvat qui talis beneficii sunt incapaces, quales sunt qui aliena, si possunt, restituere nolunt*¹. No insistamos. La doctrina de la Iglesia sobre este punto no es dudosa para nadie. Depositaria fiel de la ley moral, la Iglesia no ha cesado un instante de condenar la injusticia, venga de donde viniere, y bajo cualquier forma que se presente. En todas las épocas de su larga existencia, se ha mostrado como la escuela del respeto de las cosas, no menos que de las personas, el Derecho de propiedad, no menos que de todo otro derecho. De cualquier naturaleza que sea el bien de otro, ora sea su mujer, ora su honor, ora su campo, prohíbe arrebatárselo: *Fortum non facies.*

Finalmente, el robo, por su naturaleza, es pecado mortal; la misma razón lo demuestra, dice el Catecismo Romano: *Quam scelus grave furtum sit, ipsa naturae vis, et ratio satis ostendit;* y añade las palabras siguientes que ya conocemos, pero que tienen aquí puesto señalado: Es necesario, en efecto, que la distribución y reparto de los bienes, establecidos desde el origen y confirmados luego por las leyes divinas y humanas, no sean violados, y que todo hombre posea apaciblemente lo que en derecho le pertenece, a menos que se quiera trastornar la sociedad humana y destruirla de arriba abajo: *nisi humanam societatem tollere velimus.* El Catecismo Romano tiene razón. Si la propiedad privada, individual, no estuviera garantida por una protección eficaz; si el derecho de cada cual de gozar de lo que posee no estuviera al

1. *Rit Rom.*

abrijo de toda empresa violenta o fraudulenta, ¿quién no ve los males a que estaría expuesta la sociedad? Así también, suponiendo que los robos privados se multiplicasen, como en efecto, se multiplicarían indefinidamente, y el sentido moral en materia de justicia, sobre todo en lo que se refiere a la legitimidad de la propiedad individual, se debilitase por grados, ¿quién duda que el robo público, el robo erigido en sistema, el socialismo, en fin, se prevaldría de semejante estado de cosa?

Las Sagradas Escrituras, la Iglesia, la razón, han hablado; la prueba está hecha: el robo es pecado mortal por su naturaleza, por consiguiente, digno de condenación. Pero, ¿quién se hace culpable de él? Mejor dicho, según la observación del Catecismo Romano: por cuanto los pecados cometidos con violación del séptimo mandamiento, aunque indefinidos en número, a causa de sus variedades, se reducen a dos categorías principales, a saber, al robo simplemente dicho, que conserva el nombre de robo, y al robo complicado de violencia, que se llama rapiña, en vez de una cuestión única, tenemos dos: ¿quién se hace culpable de rapiña? El mismo Catecismo Romano nos dará la respuesta; no haremos más que traducirlo.

¿Quién se hace culpable de robo? Los que compran cosas robadas, si saben que son robadas, o retienen las que han sido halladas, o robadas de cualquier manera que lo hayan sido: *Sunt fures qui furto sublatas res emunt, vel aliquo modo inventas, occupatas, aut ademptas retinent.* Es la antigua moral; ya estaba en uso en tiempos de san Agustín: Si os encontráis algo, dice, y no lo devolvéis, seréis juzgado como si lo hubieseis robado: *Si invenisti, et non redditisti, rapuisti.* Remontándonos más arriba aún, a Tobías, veremos en él un comovedor ejemplo de antigua probidad. El anciano patriarca se

había quedado ciego. Oyó cierto día balar en el estable un cabrito, que su mujer había comprado sin que él lo supiese, con el producto de su trabajo. No sabiendo cómo explicarse el hecho, por el estado de pobreza extrema en que habían caído, empezó a gritar: Os ruego que tengáis cuidado, pues ese cabrito se ha escapado de casa del vecino y se ha metido furtivamente en nuestra casa; devolvedlo a su legítimo dueño, y guárdeme el cielo de comer jamás cosa alguna que no nos pertenezca, ni que tan sólo lo toque: *Videte ne forte furtivus sit, reddite eum dominis suis, quia non licet nobis aut edere ex furto aliquid, aut contingere*¹.

¿Quién se hace culpable de robo? Los que cuando venden o compran, usan de fraude o de palabras engañosas: *Eodem se alligant scelere, qui in emendis vendendisque rebus fraudes adhibent et vanitatem orationis.* El Catecismo Romano añade que, en este género de injusticias, son especialmente criminales, *graviores et injustiores in hoc furorum genere*, los que venden por buenas mercancías averiadas y corrompidas, o, para engañar al comprador, se valen de pesas y medidas falsas. ¿Quién ignora el lenguaje enérgico que emplea la ley divina para estigmatizar esas operaciones fraudulentas? Dice el Deuteronomio: No tendréis en vuestro saco dos pesas diferentes; *Non habebis in sacculo diversa pondera*². Y en el capítulo XIX del Levítico, leemos: No hágais nada reprehensible, ni en vuestros juicios, ni en vuestras reglas, ni en vuestros pesos, ni en vuestras medidas: *Nolite facere iniquum aliquid in iudicio, in regula, in pondere, in mensura;* sean justas vuestras balanzas, justos vuestros pesos, justos el modo y el sextario: *Statera justa, oequa pondera, justus modius, oequisque sextarius*³. Y no se

1. TOB., II, XXI.

2. DEUT., XXV, 13.

3. LEVIT., XIX, 36.

diga que estos robos sucesivos, tomados separadamente, y hechos a diferentes compradores, son mínimos; que sólo se trata de algunos gramos por kilogramo, o de algunos centímetros por metro; porque precisamente la verdad consiste en que no pueden estar separados, y que, habiendo entre ellos una unión moral, acaban inevitablemente por formar un todo más o menos considerable. Así, pues, presida a todas las transacciones la más austera probidad. Las fortunas tardías y lentamente adquiridas, son de ordinario las más honradas, y la experiencia cotidiana demuestra que son también las más sólidas.

¿Quién se hace culpable de robo? Los artesanos y los obreros que, no habiendo empleado el tiempo como es debido, ni ejecutado el trabajo según lo convenido, o según las reglas del arte, exigen el salario total y completo: *Furtum etiam apertum est operariorum et artificum qui totam et integrum mercedem exigunt ab iis quibus ipsi justam ac debitam operam non dederunt.*—Los criados negligentes o infieles; negligentes, si no ponen todo el cuidado que deben en bien de su dueño; infieles, si cometen malversaciones, ya para enriquecerse, ya para ganarse amigos, como el intendente del Evangelio, cuya historia leemos cada año en el octavo domingo de Pentecostés; estos son particularmente criminales, porque, teniendo la llave de casi todo en la casa en que viven, abusan de la confianza depositada en ellos: *Nec vero distinguuntur a furibus servi dominorum, rerumque custodes infidi, qui etiam eo detestabiores, quod furaci servo nihil domi obsignatum esse potest.*—Los mismos falsos pobres, es decir, los que, no siendo pobres en el sentido verdadero de la palabra, o sin serlo en la medida que dicen, solicitan, y acaban por obtener, a fuerza de artificios y de afición en la indigencia, limosnas que no necesitan; dinero de iniquidad, para darle su verdadero

nombre, que los cargará con un peso enorme ante el tribunal de Dios, y los hombres execrarán su memoria: *Furtum praeterea facere videntur qui fictis simulatisque verbis, quive fallaci mendicitate pecunian extorquent, quorum eo gravius est peccatum, quod furtum mendacio cumulant.* — Finalmente, no para agotar la materia, sino para cerrar una lista ya demasiado larga, son culpables de robo, dice el Catecismo Romano, los que, ejerciendo algún cargo, particular o público, descuidan las obligaciones que impone, o no las cumplen del todo, pero sin dejar de percibir los emolumentos que les procura: *Illi quoque in furum numero reponendi sunt qui, cum ad privatum aliquod vel publicum officium conducti sunt, nullam vel parvam operam navantes, munus negligunt, mercede tantum et pretio fruuntur.*

Si los pecados de robo son tan numerosos, que sólo con gran trabajo pueden contarse, ¿serán menos los pecados de rapiña? Seguramente, son más criminales, en razón de la violencia, o por lo menos, de la coacción moral que los caracteriza, y de la afrenta personal que se hace a los que son víctimas de ella¹. Por eso el párroco tiene el deber de decir algo sobre esto.

¿Quién se hace culpable de rapiña? Todo usurpador que, a mano armada, o en virtud de una ley inicua, o por el camino de algún crimen oculto, despoja a otro de lo que posee legítimamente. Falta aquí un nombre propio Sea Acab. Acab es rey de Israel. Acab codicia, para agregarla a los jardines reales, una viña vecina, perteneciente a uno de sus súbditos llamado Nabot. Acab pide la viña. Nabot se niega a darla. Insiste Acab. Esta viña es la herencia que Nabot tiene de sus padres, por lo que

1. Quia per rapinam non solum infertur alicui damnum in rebus, sed etiam vergit in quamdam personæ ignominiam, sive injuriam. S. THOM., 2, 2, q. LXVI, art. 9.

persiste en su negativa. El resultado ya lo conocéis. Acusado de un crimen imaginario, merced a la declaración de dos testigos falsos, Nabot es llevado ante el tribunal, condenado y lapidado, y su viña entregada a su asesino, que es el mismo rey¹... He ahí una historia muy antigua, nota juiciosamente san Ambrosio, pero que los hechos se encargan de rejuvenecer: *Historia tempore vetus est, usu autem quotidiana...* ¿Qué católico, si es hijo fiel de la Iglesia, no tiene presente, aunque a más de veinte años de distancia, como uno de sus más tristes recuerdos, la página conmovedora en la cual el gran pontífice Pío IX comparaba el pobre y pequeño rincón de tierra que hasta entonces le habían dejado, y del cual acababa de ser desposeído, con la viña del humilde e infortunado Nabot²?

¿Quién se hace culpable de rapiña? Todo deudor que niega sus deudas, a pesar de saber que son efectivas, aunque no se le puedan presentar título ni testimonio alguno; todo comprador que, habiendo pedido un plazo para pagar, ha adquirido las mercancías, con la garantía de su palabra, o de la palabra de otro, y no paga: *Fraudatores creditorum et inficiatores, quique sumpto temporis spatio ad salvendum, sua vel aliena fide merces emunt, neque fidem liberant, damnantur eodem scelere rapinarum;* pero especialmente, y más que cualquier otro, es culpable de rapiña el que niega al obrero su salario: *Qui debitam operaris mercem non persolvunt, sunt rapaces.* El salario, cosa sagrada, es la equivalencia de sus sudores. El salario, cosa sagrada, responde a las diversas necesidades de la vida, mejor dicho, a la conservación misma de la vida³. El salario, cosa sa-

1. III REG. XXI.

2. *L'Univers*, 1871.

3. ENCÍCL., *Rerum novarum*.

grada, no podía ciertamente ser pasado en silencio por la Sagrada Escritura, la cual, en su parte moral, es ciertamente el código más completo de las reglas de la justicia, y así dice que robar al obrero su salario, es ser homicida: *qui effundit sanguinem, et qui facit fraudem mercenario, fratres sunt¹*; y añade que hay que dar al obrero el precio de su trabajo en la noche misma del día que trabajó: *eadem die reddes pretium laboris²*; y la razón de esta prontitud en pagar es que tiene necesidad de su salario, a la hora misma, para sustentar su vida: *quia pauper est, et ex eo sustentat animam suam³*.

¿Quién se hace culpable de rapiña? Si la materia pudiera ser agotada, lo sería por el Catecismo Romano. Es pecado de rapiña la concusión, que es el pecado de los que distraen en provecho de ellos el dinero público: *In hoc crimine rapacitatis includuntur, qui vectigalia, tribula interventur, et ad se transferunt*. Lo es también el pecado de los legisladores que, si es que los hay, repartiendo inícuamente el impuesto, exigen derechos que no son debidos, y rebajan lo que es debido. Pecado de rapiña es también la corrupción, que es el pecado de los que, en el orden administrativo, judicial o legislativo, se dejan comprar con promesas o presentes: *Item rapinas faciunt nummarii judices, qui venalia hubent judicia, et pretio muneribusque deliniti optimas agentium causas evertunt*; ¡Ah, si resonaran en todos los tribunales, y en el fondo de toda conciencia de juez, estas palabras de san Luis: *Y queremos que se haga justicia, no que se venda!* Pecado de rapiña es igualmente el monopolio, que es el pecado de los que monopolizan los valores, las empresas, los productores del trabajo, o de la tierra, y reducen así al pobre

1. ECCL., XXXIV, 27.

2. DEUT., XXIV, 15.

3. Ibid.

pueblo a las más duras necesidades: *Ex numero eorum qui raptore dicuntur, sunt qui in frugum inopia frumentum comprimunt; quod etiam valet in rebus omnibus ad victim et ad vitam necessariis*. Hay que oír las invectivas llenas de indignación con que los antiguos Padres perseguían en su tiempo a los que monopolizaban el trigo, invectivas que, por otra parte, no eran más que ecos de nuestras sagradas Escrituras, que dicen: Maldito sea por el pueblo el que oculta el trigo: *Qui abscondit frumenta, maledicetur in populis¹*. — Finalmente, pecado de rapiña es la usura: *Huc etiam referuntur feneratores, in rapinis acerrimi et acerbissimi, qui miseram plebem compilant, et trucidant usuris*; la usura, crimen abominable, lepra devoradora²; la usura, calificada por san Juan Crisóstomo de cosa inmunda; por san Agustín, de muerte del pobre; por san Gregorio el Grande de bandidaje... ¡Pero si los paganos mismos hablan de ella como los Padres de la Iglesia! ¿Qué diferencia hay, dice uno de ellos, entre prestar con usura y degollar a un hombre? La usura denota en el que la ejerce una extinción completa de todo sentimiento humano; por eso, en otros tiempos, y en ciertos pueblos, sin perjuicio del castigo que se infligía a los usureros, colgaban de su cuello un corazón de plomo.

Detengámonos aquí, pesar de lo mucho que todavía queda por decir. En vez de podar las ramas, apliquemos el hacha a la raíz. Del robo y de la rapiña, y de sus ramificaciones innumerables, la raíz común es la codicia. Por cuanto se quiere, con voluntad inmoderada, ser rico, se cae en la tentación y en las redes del diablo³. Re-

1. PROV., XI, 26.

2. ENCL. RERUM NOVARUM.

3. I TIMOTH., VI, 9.

frenemos estos anhelos peligrosos. La medianía, esa dorada medianía, de que habla un antiguo, *aurea mediocritas*, a menudo vale más, si no siempre, que la gran abundancia. San Pablo dice: Con tal que tengamos alimento y vestido, mostrémonos contentos¹. No son ciertamente menos verdaderas, y más autorizadas aún, las palabras de Jesucristo: *Busquemos el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.*

1. Luc., XI, 31.

SEPTIMO MANDAMIENTO

SERMON CUARTO

La reparación del derecho de propiedad, o la restitución

No hurtarás

Haec de vetitis: num ad jussa veniamus in quibus satisfactio, vel restitutio primum locum habet; peccatum enim non remittitur, nisi restituatur ablatum.

Catech. Rom.

El robo, de cualquier manera que se cometiera, por sorpresa, o por fraude, es pecado mortal por su naturaleza; la rapiña es pecado más grave aún, y forma como una especie aparte, por cuanto, a la pérdida que sufre de la cosa, se añade, para el legítimo poseedor, un ultraje a su persona. Tales son los dos actos culpables que prohíbe el séptimo mandamiento. De ellos he hablado suficientemente en la instrucción anterior: *Haec de vetitis*. Pero todavía queda mucho que decir de ellos bajo otro aspecto. Si el bien del prójimo no debe arrebatarse, tampoco debe guardarse. En otros términos, el séptimo mandamiento que condena el robo y la rapiña, obliga a reparar el mal causado a otro por el robo y la rapiña. Esto es lo que hoy nos proponemos explicar. Dios nos ayude con su gracia.

La obligación de restituir; quién tiene obligación de restituir; lo que hay que restituir; a quién y cuándo debe ser hecha la restitución.

La obligación de restituir... no puede ofrecer duda a nadie. El derecho natural, el derecho divino escrito, el derecho eclesiástico, el derecho civil concurren a afirmar esta obligación. El derecho civil: todas las legislaciones sin excepción, antiguas y modernas, dan fe de ello. El derecho eclesiástico: ha hecho suyas estas palabras de san Agustín: A menos de una imposibilidad real, si el bien robado no es restituído, el pecado no queda perdonado: *Non remittitur peccatum, nisi restituatur ablatum, cum restitui potest*¹. El derecho divino escrito: ora hable Dios por medio de Moisés, ora por medio de Ezequiel, ambos órganos autorizados de su voluntad, dicta siempre la misma ordenanza: La cosa robada debe devolverse a su legítimo dueño: *Si furto ablatum fuerit, restituet dominum domino*²... Al pecador que se arrepienta de sus faltas y haga penitencia de ellas, le será concedido el perdón, pero a condición, de que satisfaga a la justicia, si la ha violado, y devuelva todo lo robado: *Impius, si poenitentiam egerit, et pignus restituerit, rapinamque reddiderit vita vivet*³. Finalmente, el derecho natural, que se resume en este axioma bien conocido: *Res clamat ad dominum*, es decir, la cosa robada clama por su dueño, grita hasta que se le haya devuelto, y retenerla después de usurparla, es querer ahogar esta voz de la legítima devolución.

Pero si hay una obligación rigurosa de restituir, fundada, como acabamos de decirlo, en el derecho natural divino, eclesiástico y civil, ¿son muchos los que la cum-

1. Ap. GURY, b. 626.

2. EXOD., XXII, 12.

3. EZECH., XXXIII, 15.

plen con verdadera espontaneidad de corazón? ¿Es muy raro encontrar cristianos que lleguen al extremo de imaginarse que basta confesarse de las injusticias cometidas, sin que haya necesidad de repararlas? Las juiciosas observaciones que el más eminente de los predicadores del siglo XVII hacia ya en su tiempo, ¿no convienen también al nuestro? "Si, decía Bourdaloue, Dios ha dado a los hombres que son sus ministros en la tierra un poder casi sin límites, ya que pueden, en virtud de la jurisdicción que ejercen, considerada en su plenitud, dispensar de las más santas leyes de la Iglesia, absolver de las censuras más terribles, relevar de los juramentos más auténticos, hacer cesar el compromiso de los votos más solemnes, borrar los crímenes más enormes, remitir las penas y satisfacciones más legítimamente impuestas. Tienen estos poderes en mil circunstancias. Pero si se trata de restituir, asombraos, cristianos, esos hombres a los cuales llama Dioses la Escritura, y los trata como omnipotentes, ya no pueden nada; las llaves entregadas a san Pedro no tienen la virtud de abrir el cielo a cualquier usurpador, mientras se encuentre voluntariamente cargado con el bien de otro, y la Iglesia, a la cual corresponde atar y desatar en todo lo demás, nos da a entender que, sobre este punto, tiene también atadas sus manos ella misma. Esto no basta, pero según sapientísimos teólogos, siguiendo al Doctor Angélico, Dios mismo, con relación a nosotros, y propiamente hablando, no puede dispensar. Puede muy bien, dicen, como Señor absoluto de todas las cosas, trasladar la propiedad y el dominio de mis bienes a aquél que me lo ha arrebatado, porque nada tengo de lo cual no sea Dios dueño más que yo mismo; pero si no hace ese traslado, y mientras ese bien sea mío, Dios, a pesar de ser Dios, no puede eximir, a quien me lo ha robado, de la obligación de devolvérmelo. ¿Por qué?

Porque esta obligación está necesariamente encerrada en la ley eterna e invariable de la soberana justicia.^{1.}"

Queda resuelta la primera cuestión: hay que restituir. Pero, ¿quién debe restituir? He aquí la segunda cuestión; cuestión muy sencilla en apariencia, delicadísima en cuanto al fondo, y aun complicada, y de difícil solución, si no contamos con un guía seguro que nos dirija.

Sin duda alguna, y por confesión de todos, debe restituir el que causó un perjuicio a otro en sus bienes, de cualquier manera que se los apropiase, o que injustamente los retenga. ¿Sólo a él incumbe esta obligación? No, ciertamente, dice el Catecismo Romano; hay otros, y la lista de ellos, añade, es larga: *Sunt autem plura hominum genera*, pues comprende:

Primeramente, los que dan la orden de robar, y participan de este crimen como cómplices y autores; de todas las categorías de ladrones, es la peor: *Primum est eorum qui furari imperant: qui non modo sunt ipsi furtorum socii et auctores, sed etiam in illo furum genere deterrimi*.

En segundo lugar, los que, no creyéndose con bastante autoridad para ordenar el robo, aconsejan hacerlo. Se parecen a los primeros y difieren de ellos; difieren de ellos en que la acción no es la misma, y se parecen en que tienen una voluntad enteramente criminal: *Alterum genus par voluntate primis, potestate dispar; in eodem tamen furum gradu ponendi qui, cum jubere non possunt, suasores sunt alque furtorum impulsores*.

En tercer lugar, los que, sin concurrir al daño, ni ordenándolo, ni aconsejándolo, hablan y obran de tal modo que de ello resulta un acto injusto, por el cual quedan perjudicados los derechos de otro: *Tertium genus est eorum qui cum furibus consentiunt*. Por ejemplo,

1. BOURDALOUÉ, *Dominicales*, t. IV, p. 301, 302.

si sois jurados en un tribunal, o mandatarios, por un título cualquiera, en una asamblea deliberante, y emitís un parecer, o un voto, que sabeis bien que redundará en perjuicio del acusado, o de vuestros mandatarios, estais obligados a la restitución.

En cuarto lugar, los que, sin haber participado en el crimen, ni directa, ni indirectamente, sacan provecho de él, si es que como observa juiciosamente el Catecismo Romano, puede llamarse provechosa una cosa injustamente adquirida, ya que, si no es devuelta, conducirá al detentador al suplicio eterno: *Si lucrum dicendum est, quod nisi resipuerint, eos addicit aeternis suppliciis*. Herederos de un bien mal adquirido, estais comprendidos en este número, y a menos que quedéis a cubierto por una prescripción legítima, esto es, revestidos de todas las condiciones de derecho, estais obligados a la restitución, desde el día en que este vicio de origen os sea conocido.

En quinto lugar, los que, en vez de impedir el robo, pudiendo y debiendo hacerlo, toleran que impunemente lo cometan: *Quintum genus est furum qui, cum furta possint prohibere, tantum abest ut illis occurrant et asistant, ut corum licentiam permittant atque concedant*. Reyes, príncipes, magistrados de todo orden, todos vosotros, en fin, los que habéis recibido mandato de la sociedad para velar por la seguridad de sus miembros, y asegurarles tranquila posesión de lo que les pertenece, sabed que os atañe todo esto. Los príncipes, dice santo Tomás, y lo mismo hay que decir de todos los que, por un título u otro, ejercen el poder, no son príncipes más que para hacer justicia: y si por su falta, se multiplican los crímenes, las malversaciones, las dilapidaciones, los robos, son responsables de ello, y les incumbe la obligación de restituir, en virtud de un con-

trato tácito entre ellos y la comunidad que les llena de honores, o les paga sus servicios; hay que citar, aunque es largo, todo este texto: *Tenetur ad restitionem ille qui non obstat, cum obstare teneatur: sicut principes qui tenentur custodire justitiam, si per eorum defectum latrones increscant, ad restitutionem tenentur quia redditus quos habent quasi sunt stipendia ad hoc instituta, ut justitiam conservent in terra*¹.

Finalmente, si a esta lista, ya tan larga, añadimos los que, teniendo conocimiento de un robo cometido, y del lugar en que se ha cometido, no solamente no lo declaran, sino que procuran por todos los medios ocultarlo: *qui cum et furtum factum, et ubi factum sit certo sciant, non indicant rem, sed eam scire se dissimulant*; como también los que prestan ayuda a los ladrones y les dan asilo, *furum adjutores, custodes, patronos, quique illis receptaculum proebent*; como igualmente los que los aprueban, los felicitan y los elogian por lo que llaman, sus hazañas: *qui laudant quasi strenuos de hoc quod aliena acceperunt...* ¡que nomenclatura! ¡cuántas clases de injusticias! Ahora bien, añade el Catecismo Romano, pertenezca uno a la categoría que sea, de cualquier manera que haya tomado parte en el daño causado, hay que repararlo; esta obligación es indispensable, este deber es urgente, y aquellos sobre los cuales pesa, deben fuertemente, imperiosamente ser exhortados a cumplirlo: *qui omnes, et satisfacere debent iis quibus aliquid detractum est, et ad illud necessarium officium vehementer cohortandi sunt*²..

1. S. THOM., 2, 2, q. LXII, art. 7.

2. Nos detenemos donde el Catecismo Romano se detiene, dejando que los pastores determinen, según los casos, la medida de la restitución y el orden que ha de guardarse entre los que deben hacerla, los unos, causas principales del daño, son responsables en primer lugar, y los otros, causas secundarias, subsidiariamente.

Pero con esto no queda agotado el asunto. Tres cuestiones quedan por resolver. ¿Cuál es la cosa restituible? ¿A quién hay que restituirla? ¿Cuándo debe ser restituída?

¿La cosa restituible?... Por ejemplo, ¿será requisito indispensable superar el valor robado, aun cuando en la ley de Moisés era preciso por un buey robado devolver cinco¹, y en el Evangelio se diga, y con elogio, de Zaqueo que restituyó cuatro veces lo robado², no, no se requiere esto. ¿Es permitido devolver menos? En manera alguna, porque se trata aquí de la justicia commutativa, que consiste en cierta igualdad, dice santo Tomás: *Restitutio est actus justitiae commutativae quae in quadam aequalitate consistit*³. ¿Qué debe hacerse, pues? La verdad está a igual distancia de los dos extremos. La cosa restituible es la cosa misma que fué usurpada, si existe todavía, y si pereció, un valor aproximadamente igual; siempre por la misma razón que da el gran teólogo, esto es, que restituir es poner a una persona en posesión de lo que le pertenece, y, en cuanto sea posible, en un estado igual al que tenía la cosa antes de que le fuera arrebatada: *Restituere nihil aliud esse videtur, quam iterato aliquem statuere in possessionem, vet in dominium rei suea*⁴.

¿A quién?... La respuesta es más fácil aún. Al mismo que fué dañado en su derecho de propiedad. Si es desconocido, hay que buscarlo. Si está lejos, haced llegar a él su cosa. Si ha muerto, entregadla a sus herederos, los cuales hacen con él una sola persona moral. Sólo en el único caso de duda real, y de pesquisiciones infructuosas, puédese convertir en buenas obras y en

1. EXOD., XXII.

2. LUC., XIX.

3. 2, 2, q. LXII, art. 2.

4. Ibid., art. 1.

limosnas, una restitución cuyo dueño no se encuentra. Acordaos en este momento, sin gran esfuerzo de memoria, de una particularidad que no deja de tener alguna relación con nuestro asunto; la ofrece Judas devolviendo y arrojando al pavimento del Templo los treinta dineros, fruto de su infame comercio, y los sacerdotes que, por un resto de conciencia, el único que vemos aparecer en tan inicuo proceso, le responden: No, esto no puede ser; este dinero, es precio de sangre, y no nos es permitido ponerlo en el tesoro destinado a los pobres y a la conservación del Templo: *Non licet eos mittere in carbonam, quia pretium sanguinis est*¹. Ya veis la aplicación. San Juan Crisóstomo la hacía en su tiempo, y es justa en todos los tiempos: Restituir en buenas obras y en limosnas en detrimento del legítimo propietario, sería una limosna de Judas, o aun del demonio, añade este Doctor: *Judaica eleemosyna, imo vero diabolica*².

¿Cuándo? Cuestión no menos práctica que las precedentes, y sobre la cual se hace uno extrañas ilusiones. Hay que restituir lo antes posible, porque, como dice santo Tomás, no es permitido quedar, ni siquiera por corto tiempo, en el pecado³; porque, añade el mismo Doctor, el precepto de restituir, aunque afirmativo en los términos que lo expresan, es negativo por su naturaleza: *quamvis secundum formam affirmativum, implicat tamen in se praeceptum negativum*, y, por consiguiente, obliga siempre, en toda coyuntura, en todo instante⁴; porque, en el sentir de muchos teólogos, cuantas veces se reflexiona en la obligación que hay de restituir, otras tantas se peca, si, pudiendo hacerlo, no

1. MATTH., XXVII.

2. HOMIL., 86, in MATTH.

3. 2, 2, q. LXII, art. 8.

4. *Ibid.*

se hace; porque, difiriendo sin cesar el cumplimiento de un deber tan difícil ya por sí mismo, se le hace, con plazos interminables, más difícil aún; finalmente, porque puede uno ser sorprendido por la muerte, o impedido por enfermedades casi equivalentes a la muerte misma. Digamos de todas las cosas serias, y singularmente de ésta, lo que san Agustín dice de los testamentos que hay que hacer, que es preciso hacerlos cuando uno goza de buena salud, y las ideas son sanas, y se pertenece uno enteramente: *Dum sanus es, dum sapiens es, dum tuus es*.

Conclusión: En esta instrucción y en las precedentes, ha sido estudiado el séptimo mandamiento, si no en su totalidad, porque mucho falta todavía por decir, por lo menos en su mayor parte. ¿Hemos hecho obra útil? Esto sería preguntar si hay, para la sociedad en general, y para una parroquia en particular, mejores bases, y un apoyo más sólido que la justicia y la honestidad. Cierto día, el propietario de un bosque dijo a su guarda: Estoy contento de ti y de la manera como cuidas mis intereses. — Señor, respondió el guarda, no es a mí a quien hay que elogiar por el cumplimiento de mi obligación, sino al señor cura; lo que dice en sus sermones, guarda mejor que yo nuestras propiedades... Tenía razón. La moral sin Dios, la moral puramente humana, independiente, como la llaman, no es seria. Para hacerse respetar y obedecer, sólo cuenta con la fuerza material, en una multitud de casos, fácil de desconcertar. La enseñanza cristiana; he ahí el verdadero guardián de todos los derechos, el mejor inspirador de todos los deberes, porque se apoya en Dios, se apodera de la conciencia, y tiene una sanción. Se ha dicho esta frase, que entraña un gran sentido: Lo que la filosofía no puede hacer, lo hace fácilmente la reli-

gión, y lo que la filosofía hace bien, lo hace mejor la religión... La oportunidad de esta frase no es menos digna de atención que su exactitud. La gran preocupación del tiempo presente —y, en verdad, me guardaré bien de decir que está fuera de razón— consiste en moralizar. Si se escucha a unos y a otros, os dirán que hay que moralizar... moralizar el individuo, la familia, la sociedad, moralizar a todo trance. No falta razón, y nunca se moralizará bastante. Pero sólo la religión puede hacerlo. Nada sustituirá al Catecismo. Toda ley humana que no tenga por base la ley divina, es impotente. Aferrémonos, pues, cada vez más, con más amor, a la religión, ya que todos sus esfuerzos se encaminan a hacernos mejores, y al propio tiempo que nos procura los bienes eternos, toma bajo su custodia nuestros bienes terrenales, y nada omite de lo que puede asegurarnos su legítimo goce.

SEPTIMO MANDAMIENTO

SERMON QUINTO

El deber correlativo del derecho de propiedad, o la limosna

Dad limosna de lo vuestro que os sobra

Jam vero huic praecepto illa sententia subjecta est: ut pauperum et inopum misereamur, eorumque difficultates et angustias nostris facultatibus et officiis sublevemus.

Catech. Rom.

El derecho de propiedad, la negación del derecho de propiedad, esta negación puesta en práctica, o el robo, la reparación de la injusticia cometida por el robo, todo esto queda ya explicado en las cuatro instrucciones precedentes. Pero aun dicho todo esto, no queda agotado el séptimo mandamiento; queda todavía algo por decir. Vosotros los que poseéis la tierra y sus tesoros, acordaos de vuestros hermanos menos dichosos. Al propio tiempo que la religión consagra vuestro derecho, os impone un deber; y cuando hayáis suficientemente provisto a las necesidades de la vida, o a las exigencias de la posición, con lo que os sobre, haced limosna: *Quod superest date elemosynam*. Tal es el punto de moral que me propongo exponeros en el día de hoy. Dios nos ayude con su gracia.

Ante todas cosas, y a fin de entrar con buen pie en esta materia, hay que demostrar una primera verdad,

la cual, sólidamente establecida, servirá de base a muchas otras; tal es que la limosna no es únicamente una obra de consejo y supererogación, como tantos cristianos se ven tentados a creer, ya para considerarse inocentes, si no lo hacen, ya para sacar mérito de ella, si la hacen, por mínima que sea la que hagan; sino que es más bien, como lo dice la ley natural, como la ley escrita lo ha dictado, y como lo enseña la Iglesia, un precepto formal, riguroso, que obliga en conciencia.

Lo dice la ley natural. ¿Habrá necesidad de demostrarlo extensamente? Por sumario que sea, es más que suficiente el razonamiento del Doctor Angélico, esto es, que la ley natural, imponiéndonos como un deber el amor al prójimo, por esto mismo, y sin que haya necesidad de particulares excitaciones, nos ordena actos tales que, de no hacerlos, no aparecería en modo alguno el amor del prójimo, es decir, que nos impone un amor que no se contenta con querer solamente el bien del prójimo, sino que consiste en hacerle real y verdaderamente el bien en la medida de nuestros medios. Citemos este hermoso texto; es del todo magistral: *Cum dilectio proximi sit de precepto, necesse est omnia illa cadere sub precepto, sine quibus dilectio proximi non conservatur. Ad dilectionem autem proximi pertinet, ut proximi non solum velimus bonum, sed etiam operemur*¹. En apoyo de este texto, cita estas palabras de san Juan: Amemos a nuestros hermanos, no con la lengua solamente, y con bellas palabras que nada cuestan, sino con obras, y en verdad, es decir, consolándolos con auxilios reales y efectivos: *Non diligamus verbo, neque lingua, sed in opere et veritate*²... No insistamos; por parte de la ley natural, la limosna es obligatoria.

1. 2, 2, q. XXXII, art. 5.
2. I JOANN., III, 8.

La ley escrita lo ha dictado, no una, sino innumerables veces. Leed:

En los libros de Moisés:

No faltarán pobres en la tierra que habitareis; por eso yo, vuestro Señor, os ordeno que abráis la mano a vuestro hermano indigente¹... Cuando segares las mieses de tu campo, no cortarás el fruto de la tierra hasta el suelo ni respigarás lo que quede; ni tampoco en tu viña rebuscarás los racimos y granos de uvas caídos, sino que dejarás que los recojan los pobres y los forasteros. Yo el Señor, vuestro Dios, os lo ordeno².

En el libro de Tobías:

Sed misericordiosos en cuanto podáis serlo; si tenéis mucho, dad mucho; si tenéis poco, dad poco³.

En los libros Sapienciales:

Dad limosna al pobre; no hacerlo así, sería defraudar... Escuchadle sin enojo; pagadle lo que le debáis; respondedle favorablemente con suavidad⁴.

En los libros Proféticos:

Partid vuestro pan con el que tiene hambre; dadle un asilo al que carece de él. Si veis un hombre sin vestido, procurad vertirlo⁵.

En el Evangelio:

Dad limosna según vuestros recursos, y según lo que os sobra. Conquistad amigos cerca de Dios con vuestro dinero que, de lo contrario, sería un dinero de iniquidad, y amontonad así tesoros para el cielo⁶.

En los escritos de los Apóstoles:

Ordenad a los ricos del siglo que hagan una parte

1. DEUTER., XV, 11.
2. LEVIT., XIX, 9.
3. TOB., IV, 7.
4. ECCLI., IV, 1 y 8.
5. ISA., LVIII, 7.
6. LUC., XI, 41.

de sus bienes, y den de buen grado lo que tengan que dar¹... Si alguien tiene en sus manos los bienes de este mundo, y viendo a su hermano en la necesidad, cierra sus entrañas, ¿cómo la caridad de Dios podrá habitar con él²?

No insistamos tampoco aquí; por este lado, por el lado de la ley escrita, la limosna es obligatoria.

Finalmente, la Iglesia lo enseña. ¿Por quién? ¿en qué términos? Ciertamente, no os diré que recorráis la colección de sus concilios, los catecismos de sus obispos, los sermones de sus párrocos, los tratados casi innumerables de sus teólogos. Una exposición más sumaria bastará. El mismo Catecismo Romano no va más allá. Los curas, dice, cumplirán su deber, si se limitan a elegir los mejores fragmentos de los antiguos Doctores que mejor escribieron sobre este asunto: *Potent ea parochi ex virorum sanctissimorum libris, qui de eleemosyna paeclare scripserunt et quibus huic muneri satisfaciant*³. El catecismo Romano tiene razón, pues, en efecto, nada tan concluyente.

Estos órganos poderosos de la enseñanza de la Iglesia, en materia de limosnas, dicen que no obtendrá misericordia quien no haya sido misericordioso, ni podrá alcanzar nada de la divina bondad, si es insensible a la oración del pobre: *Neque enim promererit misericordiam Domini poterit, qui misericors ipse non fuerit; aut impetrabit de divina pietate aliquid in precibus, qui ad precem pauperis non fuerit humanus*¹.

Dicen que siendo la caridad el resumen de la ley, y, por consiguiente, el mayor de sus preceptos, *charitas, ut summa legis, paeceptorumque omnium primum*

1. I Tim., XI, 17, 18.

2. I Joann., III, 17.

3. Catech. Rom.

4. S. CIPRIANO.

et maximum, tiene también de particular que consiste principalmente en subvenir con la limosna a las necesidades de nuestros hermanos desgraciados: *Hujus præcipuum partem in eo sitam esse comporio, ut pauperes amore ac bencvolentia complectamur*¹.

Dicen que los pobres, soportando su carga, y los ricos la suya; los pobres porque carecen de lo que necesitan, *onus paupertatis non habere*; y los ricos porque tienen más de lo que les hace falta, *dixitum onus, plus quam opus est, habere*², éstos deben hacer limosna con lo que tienen de abundancia temporal, y aquéllos deben dar de su abundancia espiritual, por virtud del crédito de que gozan cerca de Dios, a fin de que entre los unos y los otros, según la frase de san Pablo, se logre la igualdad: *Abundantia vestra illorum inopiam suppleat, ut et illorum abundantia vestrae inopiae sit supplementum, ut fiat aequalitas*³.

Dicen, entrando más en lo vivo de la cuestión, que, si bien los que poseen los bienes de este mundo, son los verdaderos propietarios, y esto en virtud de la ley divina, estos bienes, en cuanto a su uso, no son solamente de ellos, sino también de los que, si no participan de ellos, quedarían en una necesidad real: *Bona temporalia quae homini divinitus conferuntur, ejus quidem sunt quoad proprietatem, sed quantum ad usum non solum debent esse ejus, sed etiam aliorum qui ex eis sustentari possunt*⁴. De aquí, que, partiendo de este principio, añaden que, una vez cubiertas suficientemente las exigencias de la vida, el resto no debe gastarse en inutilidades, sino depositarse en el tesoro celestial por medio de la limosna; pues si no se hace así—escuchad

1. S. GREGORIO NAZIACENO.

2. S. AGUSTIN.

3. In II Cor., VIII, 14.

4. S. THOM., 2, 2, q. XXXII. art. 5 ad. 2.

esta conclusión,—somos detentadores, no ante los hombres, sino a los ojos de Dios, de un bien que no es nuestro: *Quidquid, excepto victu et vestitu rationabili superful, non luxui reservetur, sed in thesauro cœlesti per eleemosynam reponatur. Quod si non fecerimus, res alienas invasimus*¹.

¿Es posible expresar en términos más claros, y a la vez más enérgicos, la obligación de la limosna? Pero el asunto no está agotado. ¿No os he dicho ya que una primera verdad, sólidamente sentada, serviría de base a otras muchas? Si la limosna es obligatoria, y lo es; ¿cuándo lo es? ¿bajo qué pena lo es? ¿en qué cantidad lo es? ¿con relación a quién lo es? Escuchadme.

¿Cuándo es obligatoria la limosna? ¿Lo es en caso de necesidad extrema? Apenas tiene razón de ser esta pregunta, pues basta formularla para que quede resuelta. Sí, ciertamente, la limosna es obligatoria en caso de necesidad extrema. He ahí un hombre que va a morir; o bien, la sed y el hambre lo torturan; o bien, la fiebre lo devora; o bien, como el viajero del Evangelio, yace al borde del camino, acribillado de heridas, bañado en su sangre; si no acudís en su auxilio, si no le dais de vuestro pan, de vuestro vino, de vuestro aceite, de vuestro dinero; si, aun a riesgo de que vayáis a pie, no le cedéis vuestra silla para conuducirlo al hospital... escuchad a san Ambrosio, que os grita con su autorizada voz: Si, pudiendo no lo socorréis, es como si lo hubierais muerto: *Si. non pavisti, occidisti*.² ¿Lo es en caso de necesidad apremiante? Se llama necesidad apremiante aquella por virtud de la cual está expuesto un hombre a perder, no la

1. S. AGUSTIN.

2. Ap. S. THOM. 2. 2. q. XXXII, art. 5, ad. 2.

vida, sino la salud, el honor, o decaer de su condición. Se llama también necesidad apremiante a toda calamidad que tenga carácter público, como una inundación, una epidemia, un hambre, una invasión del territorio. Sí, la limosna es obligatoria en caso de necesidad apremiante. ¿Quién no lo ve claramente? Si el prójimo no es socorrido cuando está en peligro de perder la salud, el honor, o el puesto que legítimamente ocupa; o bien cuando el hambre, una inundación, una epidemia, una invasión de territorio le amenaza de cerca, en uno u otro caso, ¿quién no ve que, de simplemente grave y apremiante que es, se convertirá en extrema e intolerable?—Finalmente, ¿lo es en el caso de necesidad común? La necesidad común se presenta cada día a nuestros ojos; es la de los pobres que por su edad, por sus enfermedades, por la falta de trabajo, por una insuficiencia cualquiera, vense obligados a extender la mano. Sí, también en el caso de necesidad común, es obligatoria la limosna. ¿Por ventura no son generales las palabras de Jesucristo: Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; estaba desnudo y no me vestisteis; no tenía abrigo, y no me recogisteis?... ¿No abarca el discípulo amado, san Juan, todas las necesidades, la necesidad común, la necesidad apremiante, la necesidad extrema, cuando dice: El que posee la substancia de este mundo, si ve que uno de sus hermanos está necesitado, y, viéndolo, cierra sus entrañas a sus necesidades, ¿cómo tendrá la caridad de Dios en él?

La limosna es obligatoria en todos los casos de necesidad; pero ¿en qué cantidad? Atengámonos a una discreta teología; la distinción de las necesidades, ex-

1. MATTH., XXV, 41.

2. I JOANN., III, 17.

trema, apremiante, común, se presenta aquí de nuevo, como igualmente la distinción entre las varias clases de superfluo. Hay lo superfluo de la vida y lo superfluo del estado; lo superfluo de la vida es lo que resta después de provistas, en su justa medida, todas las necesidades de la existencia; lo superfluo del estado es lo que resta después de conceder, a las exigencias de la categoría que uno ocupa, y al *decorum* de la vida, todo lo que estas exigencias y este *decorum* reclaman legítimamente.

Sentadas estas premisas, si el prójimo que se trata de socorrer está en necesidad extrema, en esa necesidad que hemos definido peligro inminente de muerte, ricos, dad con larguezas, abundantemente; dad, no solamente lo superfluo del estado, sino también lo superfluo de la vida, por necesario que parezca al estado. ¿Por qué? Porque la caridad bien entendida pide que tengamos más miramientos con la vida de nuestro prójimo, que con las conveniencias de nuestra condición, y porque dejarle perecer no dándole limosna, es, dice santo Tomás, justificar estas severas, pero justas palabras de san Ambrosio que hemos citado más arriba: *In illo enim casu locum habet quod Ambrosius dicit: Pasce fame morientem; si non pavisti, occidisti*¹. Si se trata del caso de necesidad apremiante, de esta necesidad que, sin ser extrema, no deja de ser muy grave, ricos, dad una gran parte de lo superfluo del estado; dádselo todo, si la necesidad de que hablo, muy grave, muy apremiante, se extiende a toda una aldea, a toda una ciudad, a toda una región. Entonces, en esas necesidades apremiantes, es cuando, como nos lo dice la historia, vendían los obispos los vasos sagrados de sus iglesias para alimentar a las pobla-

1. *Loc. jam cit.*

ciones hambrientas. Entonces recogía san Vicente de Paúl suficientes limosnas para auxiliar a provincias enteras devastadas por el azote de la guerra.—Finalmente, si se trata del caso de necesidad común, de esa necesidad que cada día tenéis a la vista, de esa necesidad a la cual se refería más especialmente Nuestro Señor, cuando decía: siempre habrá pobres en medio de vosotros: *Pauperes semper habetis vobiscum*¹; ricos dad también, dad una cierta porción de vuestro superfluo; y porque es difícil, en este caso, determinar con exactitud la cantidad que hay que dar, dad más bien más que menos. En esta materia, vale más mil veces pecar por exceso que por defecto; y aquí tiene lugar señalado esta otra frase de san Ambrosio: Cuando se tiene mucho, se falta a la obligación de la limosna si se da poco: *Non est eleemosyna c multis pauca largiri*.²

La limosna es obligatoria en tal o cual necesidad del prójimo, y, según el grado de necesidad, en tal o cual cantidad. Pero en tal necesidad o en tal otra, en tal cantidad o en tal otra, ¿bajo qué pena es obligatoria? Quizá se encuentre dura la respuesta, pero es justa: bajo pena de pecado mortal. Bajo pena de pecado mortal, porque, al decir del Eclesiástico, la limosna es una deuda: *Inclina pauperi aurem tuam, et redde debitum tuum*³. Bajo pena de pecado mortal, porque al decir del mismo Libro inspirado, no hacer limosna, es defraudar, no en estricta justicia sino en materia grave de caridad: *Eleemosynam pauperos ne defraudes*⁴. Bajo pena de pecado mortal, porque, de una parte, al decir de Nuestro Señor, muchos de los reprobos lo serán porque no le alimentaron, ni vistie-

1. MATTH., XXVI, 11.

2. S. AMBROSIO.

3. *Loc. jam cit.*

4. *Id.*

ron, ni recogieron en la persona de los pobres¹, y porque, de otra parte, es cierto que nadie es condenado si no es por una falta mortal. Bajo pena de pecado mortal, porque, al decir de los grandes Doctores de la Iglesia, no siendo los ricos más que los dispensadores y los economos de sus bienes bajo la mirada de un propietario único y universal, que es Dios mismo, no hacer limosna, es retener un bien que no les pertenece: *Quod si non fecerimus, res alienas invasimus*². Bajo pena de pecado mortal, porque, al decir de los grandes teólogos, siendo rarísimos los casos de necesidad extrema, y de necesidad apremiante, casos en los cuales, por confesión de todos, la limosna es ciertamente obligatoria, si dejase de serlo en el caso de simple necesidad, ya no lo sería más que de la manera más intermitente posible, lo que equivaldría a una radiación casi completa del número de los deberes³.

Nos falta resolver otra cuestión. ¿Con relación a quién es obligatoria la limosna? Respuesta: Con relación a todos los que se hallan en una verdadera y real necesidad, sin excepción, sean justos o pecadores, fieles o infieles, católicos o herejes, compatriotas o extranjeros. Aunque sean enemigos nuestros, la obligación permanece: Haced bien a los que os hacen mal, dice Nuestro Señor: *Benefacite iis qui oderunt vos*⁴. Y en la ley antigua, mucho menos perfecta que la nueva, leemos: Si vuestro enemigo tiene hambre, dadle de comer; si tiene sed, dadle de beber: *Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitierit, potum da illi*⁵... Sólo hay una clase de personas a las cuales no es debida la limosna,

1. *Loc. jam cit.*
2. S. AGUSTIN.
3. GURY, n. 228, totus.
4. MATTH., V, 44.
5. PROV., XXV, 21.

y aun debe negárseles, en ciertos casos por lo menos; los que hacen de la limosna vil oficio; los que, como decía un antiguo autor, prefieren *pordiosear* toda su vida, que trabajar¹. Tal es la doctrina autorizada de la Teología: Aquí, como en todas las cuestiones prácticas que hemos tratado en el curso de esta instrucción, estamos en lo cierto: *Nulla obligatio eleemosynam faciendo pauperibus laborare nolentibus; imo illicitum foret ulpote illis nocivum*.²

Pero cuando decimos que hay obligación de asistir a todos los pobres dignos de interés sin excepción, no hay que pensar que no haya que hacer alguna distinción entre tal o cual, entre este o el otro. En la caridad, como en todo, es necesario el orden. Supuestas iguales todas las demás circunstancias, vale más socorrer al que tiene más necesidad, que al que tiene menos, al viejo que al que, siendo más joven, puede remediarlo sin gran trabajo. La naturaleza tiene cierto derecho preferente, y la amistad y la religión, también. Dad a vuestros parientes y a vuestros amigos con preferencia a los que no lo son; a vuestros compatriotas con preferencia a los extranjeros; a los pobres de vuestra parroquia con preferencia a los de otra; a vuestros correligionarios con preferencia a los infieles; a los que antes estuvieron en buena posición con preferencia a los que, habiendo sido siempre pobres, mendigan más fácilmente, y sienten menos el peso de la indigencia.

1. CHAVESSU, antiguo predicador, algo anticuado, pero que todavía puede leerse con provecho, t. IV, p. 305.

2. GURY, n. 229.—Hay una pobreza honesta, y hay una pobreza degradante; cuando el hombre, para no trabajar, teniendo una colocación que le produce lo necesario para vivir, se envejece pidiendo limosna, porque declara (histórico) que este oficio le produce más. LEROUTIER, *Conferences sur l'aumône*, p. 178.

Me limito a indicar, no explico, porque hora es ya de terminar esta instrucción, demasiado larga.

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem, dice el Real Profeta¹. Bienaventurado aquel que piensa en el necesitado y en el pobre; es decir, el que considera la limosna, no como cosa facultativa, o como un consejo que puede seguir o no seguir, sino como una ley, un precepto, un deber, en el sentido absoluto de la palabra; esto es, el que, sabiendo qué obligación le incumbe con relación a esto, hace limosnas cuando debe hacerlas, en tal o cual cantidad, según sus posibilidades, y según las necesidades, ora se trate de una necesidad común, o de una necesidad apremiante, o de una necesidad extrema... Por consiguiente, bienaventurado el que piensa en el necesitado y en el indigente, porque Dios lo bendicirá con frecuencia aun aquí bajo. ¡Cuántas veces se han cumplido a la letra estas palabras del Sabio: Estos dan lo que tienen, y siempre son ricos; aquéllos arrebatan lo que no les pertenece y siempre son pobres: *Alii dividunt propria et ditiores fiunt; alii rapiunt non sua et semper in egestate sunt*². Sobre todo, y esto es lo mejor, Dios los librará en los días malos: *In die mala liberabit eum Dominus*³. De la caridad se ha escrito que cubre no solamente los pecados, sino la multitud de los pecados⁴. De la limosna se ha dicho que como el agua apaga el fuego, la limosna extingue el pecado⁵. No me acuerdo, dice san Jerónimo, haber visto morir de mala muerte un hombre que haya hecho durante su vida obras de caridad. Es imposible que tan gran número de personas, que oran por él y se

1. PSAL., XI.
2. PROV., XI, 24.
3. PSAL., XI.
4. PROV., X, 12.
5. I PETR., IV, 8.

interesan por su salvación, no sean escuchadas: *Non memini me legisse mala morte mortuum, qui libenter opera charitatis exercuit; habet enim intercessores multos, et impossibile est multorum preces non exaudiri*¹...

1. EPIST. Ad Nepot.

OCTAVO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

El falso testimonio

No levantarás falso testimonio contra tu prójimo

Prior hujus præcepti pars habet hanc rationem, ut quamvis nomine falsi testimonii significatur quidquid in malam partem de altero dicatur, sive in iudicio, sive extra iudicium: tamen præcipue prohibetur illud testimonium quod in iudicio, falso dicitur a jurato.
Catech. Rom.

Lo que nos pertenece legítimamente, en virtud del derecho de propiedad, tal como lo establece el séptimo mandamiento, no es el único bien de que no podemos ser despojados sin crimen. Nuestro honor, nuestra reputación, por los cuales nos ordenan velar las sagradas Escrituras, son cosas de tan gran precio, que Dios hizo un mandamiento distinto del precedente, para asegurarnos la tranquila posesión de ella: *Non loqueris contra proximum tuum falsum testimonium*: No levantarás falso testimonio contra tu prójimo; y por extensión: No mentirás; no harás detacción; te prohibirás el juicio temerario, porque el prójimo tiene derecho a tu estimación, siempre que no haya merecido perderla. Hablaremos hoy del falso testimonio. Dios nos ayude con su gracia.

Para proceder con exactitud, o por lo menos, para no ser demasiado incompleto en esta materia, empecemos por decir que el falso testimonio puede ser tomado en una acepción general y en una acepción restringida.

En su acepción general, el falso testimonio, según santo Tomás y el Catecismo Romano, que borbó en esta fuente, es todo pecado cometido con la lengua: *Omnia nocumenta quae pertinent ad locutiones, sicut detractiones, blasphemiae, et si quae hujusmodi, intelliguntur prohiberi in falso testimonio.*¹

En este sentido, fácil es comprender que nada hay tan común como el falso testimonio. Perfecto es, dice el apóstol Santiago, el que no peca con la lengua: *Qui non offendit verbo, hic perfectus est.*² Pero ¿en dónde se encuentra ese hombre perfecto, el hombre irrepreensible de todo punto, con todas sus palabras? Le busco en el mundo entero, dice el Salmista, y no le encuentro en parte alguna, y, a pesar del despecho que experimento al decirlo, véome obligado a reconocer que toda boca humana es mentirosa: *Dixi in excessu meo: omnis homo mendax.*³

Al propio tiempo que hay que confesar que nada es tan común como los pecados de la lengua, nos vemos obligados a añadir que nada es tan pernicioso. En efecto, ¡cuántos pecados graves se cometen cada día con la lengua! La lengua sirve de instrumento a las detacciones, ora sean calumnias, ora maledicencias, ya blasfemias, ya palabras impuras, lascivas, simplemente bufonadas. De la lengua proceden las quejas, las murmuraciones, las querellas entre particulares, las rupturas violentas entre familias. Conocéis el proverbio:

1. S. THOM. 2. 2. q. CXXII. art. 6. ad. 2.
2. JACOB. c. III, v. 2.
3. PSALM. CXV, v. 11.

Una mordedura de la lengua es peor que una lanzada; y si queréis autoridades más competentes aún, a pesar de que los proverbios sabido es que representan la sabiduría de los pueblos, escuchad al Eclesiástico: *Multi ceciderunt in ore gladii, sed non sic quasi qui interierunt per linguam suam*¹. Escuchad al apóstol Santiago; nada tan sorprendente ni tan verdadero como el retrato que hace de la lengua: Es un miembro pequeño, dice, y aca-
so el menor de los que entran en la composición del cuer-
po humano, *modicum quidem membrum*; pero es un
fuego que devora, *ignis est*, un mundo de impiedades,
universitas iniquitatis; es un mal irreducible, enteramente lleno de veneno mortal, *plena veneno mortifero*. El hombre es bastante fuerte para domar a todos los animales, a las bestias de la tierra, a los pájaros, a los reptiles; con un freno que no es más que un trozo de hierro, somete los caballos más fogosos, los hace dar vueltas y moverse a su antojo; con un pequeño timón, que no es más que una débil plancha de madera, conduce y dirige los grandes navíos, aun por los mares más tormentosos. Pero cuando se trata de la lengua, ya es otra cosa; a pesar de ser el miembro más pequeño, es intratable, ingobernable, no se puede someter, *lin-
guam autem nullus domare potest*².

He ahí el retrato que el apóstol Santiago traza de la lengua; y vosotros tenéis suficiente experiencia de las personas y de las cosas, para no reconocer, como lo decía yo hace un momento, que es tan sorprendente en la forma como verdadero en el fondo.

Pero dicho ya lo suficiente sobre el falso testimonio tomado en su acepción más amplia, queda ahora por explicar lo que es en su acepción restringida.

1. ECCL., XXVIII, 22 y sigs.
2. JACOB., III.

Pues bien, en este sentido, el falso testimonio es una deposición hecha en justicia, con juramento, contra la verdad: *Illud testimonium est, quod, in judicio, falso dicitur a jurato*.¹ Así, por ejemplo, se ha cometido un crimen, o simplemente un delito; conocéis, o presumís conocer, al autor de él; os citan, pues, ante el juez; supongo que este juez es competente; por otra parte procede jurídicamente, y vosotros juráis decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad... Pues bien, si no decís la verdad, si la disfrazáis, si la mutiláis, si acusáis a un inocente, si hacéis libertar a un culpable, vuestra deposición es un falso testimonio. Pecado gravísimo, pecado enorme, de todas las injusticias, una de las más irritantes, porque es la violación de todos los derechos. ¿Queréis que haga la prueba en pocas palabras?

El falso testimonio es la violación de los derechos de Dios, porque no produciéndose el falso testimonio más que con la garantía de este nombre tres veces santo, *testes non admittuntut nisi jurati*², el abuso sacrílego que de él se hace, a nada menos propende que a hacer al que lo lleva, a Dios mismo, autor, cómplice, garante, de la falsedad que se adelanta. Por eso, dice santo Tomás, el falso testimonio es, por esto mismo, siempre y en todos los casos, pecado mortal. *Ex hoc semper est peccatum mortale*³.

El falso testimonio es la violación de los derechos del juez, porque el juez, desde el momento en que la sociedad le ha elegido, siendo el representante de Dios, y estando investido de su autoridad para dar sentencias equitativas, si hace comparecer ante él un sujeto some-

1. Catech. Rom.

2. S. THOM., 2. 2. q. X, art. 5.

3. Ibid.

tido a su jurisdicción, y al cual interroga según las fórmulas admitidas por la justicia, tiene el derecho estricto, riguroso, de conocer la verdad, la cual, en la mayor parte de los casos, no puede averiguarse más que por medio del testimonio: *Est enim in humanis rebus maximus usus veri testimonii, quia sunt innumerabiles res quas a nobis ignorari necesse est, nisi eas ex testium fide cognoscamus*¹.

El falso testimonio es la violación de los derechos de la parte perjudicada, es decir, de la parte inocente, porque la supongo perjudicada. ¿Quién es esta parte perjudicada? Es, si así lo queréis, la virtuosa Susana, quien, por la acusación calumniosa de dos infames viejos, acaba de ser condenada a la lapidación². Es el inocente Nabot, a quien se le confisca judicialmente su viña, herencia de sus padres, porque dos hombres perversos, verdaderos hijos del diablo, *adductis duobus viris, filiis diaboli*, han depuesto ante los magistrados que había hablado mal del rey³. La parte perjudicada, decimos, a consecuencia de testimonios embusteros contra ella, se ve arrebatar sus bienes, su honor, su libertad, y aun su vida, o todas estas cosas a la vez, y esto fatalmente, irresistiblemente, por invencible necesidad, porque, como dice el Catecismo Romano, el juez no tiene derecho de rechazar las deposiciones de los testigos jurados: *Juratos enim testes, ne judex quidem potest reficere*⁴.

Finalmente, el falso testimonio es la violación de los derechos de la sociedad. En toda sentencia injusta dictada por sus tribunales, como de deposiciones contrarias a la verdad, la sociedad misma es la que resulta per-

1. *Catech. Rom.*

2. DANIEL., XIII.

3. III REG., XXII.

4. *Catech. Rom.*

judicada, no simplemente tal o cual de sus miembros. Lo entenderéis fácilmente si, a consecuencia de falsos testimonios que le declaran inocente, es puesto un malhechor en libertad, y camina con la frente alta, y halla en la impunidad nueva audacia para cometer otros crímenes; o bien, por lo contrario, si a consecuencia de falsos testimonios que le acusan, es condenado un inocente, injusta, pero legalmente, y pierde sus bienes o su honor, y gime entre hierros, o perece en el cadalso... en uno y en otro caso, la sociedad queda desarmada, impotente; el deber que incumbe al Estado, y en el cual radica su verdadera razón de ser, de proteger la propiedad privada y la propiedad pública, la seguridad de los individuos y el orden social general, al débil contra el fuerte, al ciudadano útil contra el hombre perverso, no lo cumple el Estado; más todavía, se le coloca en la dura necesidad de no poder cumplirlo, siempre por la misma razón, esto es, que de derecho natural, como de derecho divino positivo, de derecho eclesiástico como de derecho civil, varios testigos, si sus declaraciones son concordantes, hacen fe, ponen fin a las controversias, fijan el juicio... a menos que haya razones legítimas para no admitirlos al juramento, y para recusar su testimonio, lo que es raro y de prueba difícil; o bien, que no aparezca de repente un Daniel inspirado que descubra la impostura, lo que es más raro todavía.

¿Qué más? ¿No queda superabundantemente probado que el falso testimonio es un pecado gravísimo, un crimen enorme, la más irritante de todas las injusticias? Por tanto, ¿hay que extrañarse de que, casi en cada página encontremos en la sagrada Escritura, en la legislación eclesiástica, en la legislación civil, lo que

1. *Catech. Rom.* Es el complemento del texto del cual dimos antes una parte.

en ellas leemos, en efecto... En la Sagrada Escritura: que Dios odia al testigo falso y abomina de él¹; que lo castiga con todo rigor con la pena del talión, alma por alma, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie²... En la legislación eclesiástica: que testigo falso es considerado como infame, juzgado indigno de testimoniar en justicia; que durante un tiempo muy largo, y si es preciso, hasta el día de su muerte, sea privado de la comunión³... En la legislación civil; que el testigo falso debe condenarse a reclusión, a trabajos forzados temporales, a trabajos forzados a perpetuidad, y aun a la pena capital, según los casos⁴... ¿Qué más se necesita para inspirarnos el más vivo horror por el falso testimonio?

Y ahora, parecerá a primera vista que el asunto está agotado, y que sería hora de acabar; pero no es así, pues todavía queda algo por decir. Si la mentira y el perjurio quedan prohibidos a los testigos, también se les prohíbe a los acusadores, y, en general, a todos los que intervienen en los juicios: *Ut igitur testium vanitas, mendacium et perjuria prohibentur, sic et accusatorum, ei reorum, et patronorum, cogni torum, et procuratorum, advocatorum, et omnium denique qui iudicia constituant.* Así se expresa el Catecismo Romano. Esto quiere decir que el octavo mandamiento regula todo el orden de la justicia.

Leed las sagradas Escrituras, o acordaos de lo que habéis leído en ellas. Culpables fueron los acusadores de Pablo y de Silas ante los magistrados de Filipo: Esos

1. Proferentem mendacia testem fallacem odit Dominus... abominatio Domini labia mendacia. PROV., VI y XII.
2. Cum digentissime persecutantes, invenerint (sacerdotes) fallacem testem dixisse contra fratrem suum mendacium, reddent ei sicut fratri suo facere cogitavit. DEUT., XIX.
3. Apud CRAISSON. n. 6203. Coñc. Arelat. Anno 314.
4. Legislación francesa.

hombres, esos judíos, alborotan nuestra ciudad¹...; pero los jueces, que los hicieron que los azotasen con varas, sin querer ni siquiera oirlos², ¿lo fueron menos? Culpables fueron los testigos falsos que declararon ante el sanedrín contra san Esteban: Este hombre no cesa de blasfemar contra este lugar santo y contra la ley³...; pero los jueces, que se taparon los oídos para no escuchar la defensa del valeroso mártir⁴, ¿lo fueron menos? Tenéis en la memoria y en los labios un ejemplo superior a los precedentes, ya por la prioridad del tiempo, ya sobre todo por la importancia de las cosas. Culpables fueron sobre toda ponderación los testigos falsos que declararon contra Jesús, desnaturalizando sus palabras desde su primera comparecencia ante el tribunal del sumo pontífice⁵...; pero el juez que le condenó en última instancia, contra su conciencia, Pilato... y los acusadores públicos, Caifás y los suyos... y los que pedían su muerte, los judíos amotinados y furiosos, ¿lo fueron menos?

Manifiesto es, pues, que el octavo mandamiento regula todo el orden de la justicia. Por consiguiente,

Peca gravemente contra este mandamiento, lo repetimos, el testigo que declara en falso contra la verdad, cuando jurídicamente es requerido a declarar.

Peca gravemente contra este mandamiento el juez que no se contiene en los límites de su jurisdicción, que no interroga según las normas de la justicia, que descuida el estudio de las leyes, o que, conociendo la letra, no penetra el espíritu de ellas; el juez que cede al

1. ACT., XVI, 20.
2. Ibid., 17.
3. Ibid., VI, 13.
4. Ibid., 55.
5. MATTH., XXVI, 60 y 61.
6. AP. OMNES EVANGEL.

favor, que se deja corromper por los presentes, que abdica su independencia, que hace servicios y no dicta sentencias. Antes de aplicar leyes injustas por su oposición a la ley natural o divina positiva, descienda de su sede; no se juzga en oposición al derecho natural o divino positivo.

Peca gravemente contra este mandamiento, el jurado que, juzgando con prejuicio o ligereza los hechos sometidos a su jurisdicción, dice sí cuando debe decir no, o no cuando debe decir sí. ¿Quién ignora las consecuencias que puede tener este *sí* o este *no*, sobre todo en materia criminal, y las responsabilidades que entraña? Por consiguiente, si no es recusado de oficio, recúseste a sí mismo, por cuanto no tiene, en grado suficiente, lo que hace al buen juez, un discernimiento seguro y rectas intenciones.

Pecan gravemente contra este mandamiento el perito, el demandante, el acusador público, el abogado, el acusado mismo: el perito que carece, para desempeñar su papel, verdadero papel de juez, de la imparcialidad requerida y de la ciencia competente; el demandante que, para obtener una indemnización pecuniaria, o una reparación honrosa, exagera el daño que se le ha causado, como si quisiera sacar provecho de su situación de parte perjudicada; el acusador público que, en su relación o requisitoria, falsea la verdad, ora agravando, ora debilitando las pruebas de cargo o de descargo, que tiene obligación de presentar en su verdadera significación; el abogado que, para ganar una causa, que sabe no es justa, usa de fraude, de mentira, de artificios de lenguaje, que tienen por objeto, y con frecuencia por resultado, extraviar la justicia; finalmente, el acusado que legítima y periódicamente compelido, miente al juez que le interroga, el cual, persona pública, re-

presentante de Dios, obrando en nombre de la sociedad, y para el bien general, tiene el derecho de saber la verdad de boca del mismo acusado, aunque sea culpable¹.

Terminemos con algunas conclusiones prácticas. Pocos son los que pueden ser jueces, jurados, peritos, abogados, procuradores, y muchos los que pueden ser testigos; por consiguiente, instados como testigos, y legítimamente interrogados, digamos la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad, con toda lealtad, franqueza, sencillez; es nuestro deber. No tratemos de hacer que prevalezca tal o cual consideración personal en contra de este deber. Guardémonos de decir: Si declaro todo lo que sé, he ahí un hombre perdido, una familia deshonrada; no me consolaría en toda mi vida. O bien, fulano es amigo mío; no puedo declarar contra él... No, la justicia ante todo; el interés general debe prevalecer sobre el particular; la amistad misma debe sacrificarse a la verdad. Conocéis esta frase juiciosa de un antiguo: Fulano es amigo mío; pero yo soy más amigo de la verdad. Tampoco ignoráis esta otra de un gran papa: *He amado la justicia y aborrecido la iniquidad; por eso muero en el destierro.*² Gregorio VII sabía que los derechos de la verdad son tales, que jamás es permitido traicionarlos.

Pero como, en segundo lugar, y según enseñía santo Tomás y, después de él, el Catecismo Romano, hay que entender por falso testimonio, en su acepción general, todo pecado cometido con la lengua, tengamos cuidado

1. Excipe tamen casum in quo de magna poena subeunda agitur, quia lex non censetur reo imponere adeo arduam obligationem quae vires humanas superare videtur. S. LIGORIO, lib. 4, n. 274, y su abreviador GURY, t. II, n. 25, tienen esta opinión como bastante probable, aun intrínsecamente, con tal que el bien público no quede perjudicado.

2. *Brev. Rom. Die 25. Maii.*

con los extravíos de la lengua y con la intemperancia de las palabras, pongamos guarda en nuestra boca y un cerrojo en nuestros labios: *Custodiam ori, et ostiam circumstantiae labiis.*¹ De sabios es saber callar, de acuerdo con el proverbio: Si la palabra es plata, el silencio es oro. La frase de Santiago tiene todavía más autoridad que el proverbio árabe: *Qui non offendit in verbo, hic perfectus est*²... el que no peca con la lengua es perfecto.

1. PSALM. CXI.

2. JACOB. *Loc jam. cit.*

OCTAVO MANDAMIENTO

SERMON SEGUNDO

La mentira

No levantarás falso testimonio contra tu prójimo

Ut autem libentius hoc mendacii
vitium caveant fideles, proponet eis
parochus summam hujus sceleris misera-
riam et turpitudinem.

Catech. Rom.

No solamente el falso testimonio, es decir, toda declaración embustería hecha a un juez competente al interrogar según las reglas de la justicia, sino también toda mentira, cualquiera que sea, y a cualquier hombre que se haga, cae bajo las prohibiciones del octavo mandamiento. Ahora bien, dice el Catecismo Romano, a fin de que los fieles tengan este pecado, que él califica de *crimen*, en mayor aversión, preciso es que el pastor les muestre toda su fealdad y toda su enormidad. Esto es lo que nos proponemos hacer en la instrucción de hoy. A este efecto, consideraremos la mentira bajo tres aspectos: el de la conciencia, el de las relaciones sociales y el de la dignidad personal. Dios nos ayude con su gracia.

En primer lugar, bajo el aspecto de la conciencia, la mentira es siempre pecado, por mínima que sea su importancia. Aunque sea simplemente jovial, es decir,

cúchicha con un fin recreativo, para animar la conversación; aunque sea únicamente oficiosa, esto es, proferida para hacer un servicio al prójimo, o para procurarse una cierta ventaja, sin que la utilidad que se trate de sacar redunde en detrimento de nadie... en todos estos casos, dice san Agustín, quiero que el pecado no sea grave, pero es pecado: *Duo sunt omnino genera mendaciorum in quibus non magna culpa est, sed tamen non sunt sine culpa, cum aut jocamur, aut, ut prosimus, mentimur.*¹ Hay diferentes especies de mentira, según la juiciosa y espiritual nota de un autor, como hay diferentes especies de serpientes. Todos estos reptiles no son venenosos y temibles en el mismo grado, si bien ninguno es absolutamente inofensivo.²

Pero si deja de ser simplemente jovial, o únicamente oficiosa, en el sentido y con la reserva que acabamos de hacer, la mentira se convierte en perniciosa; esto es, si tiene por objeto dañar la reputación del prójimo, quitarle su crédito, la consideración de que goza, los bienes que posee; y lo que es peor todavía, si ataca a Dios mismo, si daña el honor que le es debido, si con la pluma de un escritor impío, o con el discurso de un hereje obstinado, contradice las verdades reveladas³... he aquí que el áspid de mortal veneno se presenta, la mentira toma un carácter superior de culpabilidad, es pecado mortal y hace a su autor reo de condenación.

Asombraos ahora, si podéis, del lenguaje severo de las Sagradas Escrituras en esta materia; en cambio, sería realmente asombroso su silencio, si lo guardaran. Dicen, pues:

1. S. AUGUST. Enarr. in psal. 5.

2. P. SEGNERI.

3. Plenissimum vero impietatis est mendacium, cum quis in religionem, vel de religione mentitur. *Catech. Rom.*

La boca que miente mata al alma: *Os qui mentitum eccidit animam.*¹

Dios condenará a todos los mentirosos: *Perdes omnes qui loquuntur mendacium.*²

La mentira es un oprobio y una vergüenza para el que se hace culpable de ella: *In mendacio opprobrium.*³

Dios se muestra horrorizado de la lengua mentirosa, como de los ojos altivos, como de las manos que vierten sangre, como de un alma que maquina perversos designios, como de los pies prontos a correr al mal, como de los hermanos que siembran la discordia: *Ser sunt quae odit Deus... linguam mendacem.*⁴

¿Qué más? Dicen que el primero de los embusteros es el diablo, porque es embuster, no por plagio, no por imitación, sino por sí mismo, por su propia naturaleza: *Ille, cum mendacium loquitur, ex proprio loquitur.*⁵

Fijaos en este contraste: Dios Padre engendra a su Hijo, que es llamado por David, con espíritu profético, Dios de la verdad⁶, que dice de sí mismo que es la verdad⁷, que ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad⁸; en cambio, el diablo engendra la mentira: *Mendax est et pater ejus;* los que mienten son hijos suyos: *Vos ex patre diabolo estis;* están llenos de su espíritu, ejecutan sus órdenes, cumplen sus deseos, hacen obra demoniaca: *Et desideria patris vestri vallis implere.*⁹

No digamos nada más sobre este primer punto. La

1. SAP., I, 11.

2. PSAL., V, 7.

3. ECCLI., cap. XX.

4. PROV., VI.

5. JOANN., VIII.

6. PSAL., XXXVIII.

7. JOANN., XIV.

8. Ibid., XVIII.

9. Ibid., VIII.

prueba esta hecha. La mentira es pecado, pecado grave, gravísimo, si es perniciosa, menor si es oficiosa, notablemente menor si es jovial, pero aunque así sea, aunque sólo sea venial, y aun muy venial, siempre será prohibida, nunca permitida, aun cuando, haciendo con San Agustín las suposiciones más extremas, se trate de procurar a un alma su salvación eterna: *Ad sempiternam salutem nullus ducendus est, opitulante mendacio*¹; el gran Doctor va más lejos todavía: aun cuando se esperara recuperar, por este medio, un girón de la Iglesia, todos los desertores de la fe, y hacer salir de las cuevas en que se ocultan todas las zorras de la herejía: *Tolerabilius in suis foveis delitescerent haereticae impietatis vulpes, quam propter illas capiendas in mendaciis foveam caderent venatores.*²

Pero si la mentira, cualquiera que sea, compromete siempre, en un grado u otro, la responsabilidad de la conciencia, ¿es menos perjudicial considerada a la luz de las relaciones sociales?

San Pablo no lo pensaba así cuando escribía a los fieles de Efeso: Todos sois miembros los unos de los otros; por esto mismo, no mintáis, y cada uno de vosotros no tenga otro lenguaje con sus hermanos que el de la verdad: *Deponentes mendacium loquimini veritatem unusquisque cum proximo suo, quoniam sumus invicem membra.*³ San Pablo estaba en lo cierto; no hay nadie que no concluya en la legitimidad de su argumentación. En efecto, si por un momento suponemos que tal miembro del cuerpo humano está dotado de razón, y que no usa de esta facultad más que para engañar a los otros, ¿podría imaginarse nada más monstruoso? Por ejemplo, ¿qué sucedería si el ojo persua-

1. S. AUGUST. *Contra mend. ad Conventum.*

2. *Ibid.*

3. EPH., IV, 25.

diera a la mano que los carbones son flores y las flores carbones, al paladar que tal alimento es un veneno y tal veneno un alimento, a los pies que un lago es tierra firme y la tierra firme un lago?

San Agustín no lo pensaba así. Como hombre que ha estudiado el asunto y lo domina¹, saca su demostración del don de la palabra hecho al hombre. De todos los seres que pueblan la tierra, sólo el hombre está en posesión de tan inestimable bien. Habla. ¿Para qué? ¿Será para disfrazar su pensamiento, como miserablemente se ha dicho? No, ciertamente, sino para todo lo contrario, para comunicarlo a sus semejantes, y no sólo su pensamiento, sino los últimos sentimientos de su alma: *Verba propterea sunt instituta, non per quae homines se invicem fallant, sed per quae in alterius quisque notitiam cogitationes suas perferat.* Por eso, añade al punto, mentir, hacer servir la palabra para engañar, es pervertirla, es apartarla de su legítimo uso, es contrariar las leyes de la naturaleza, es hacerse culpable de un acto malo: *Verbis ergo uti ad fallaciam, non ad quod instituta sunt, peccatum est.*² Tanto valdría decir que la aguja puesta en su cuadrante, no tiene otro fin que inducir al público a error, cuando en realidad, y en virtud del mecanismo que la obliga a moverse, está allí realmente para indicar, minuto más minuto menos, las diferentes horas del día.

Tampoco santo Tomás lo pensaba así. Esta verdad, tantas veces repetida, que ya es vulgar, a saber, que el hombre ha sido creado para vivir en sociedad: *Quia homo est animal sociale*, es puesta como principio por

1. San Agustín es quizás de todos los Padres antiguos el que más escribió sobre este asunto. Fué movido a ello por sus numerosas controversias con los herejes, cuya arma principal fué siempre la mentira.

2. ENCHIRIDION., cap. XXII.

el santo Doctor, es decir, como una verdad indiscutible, que lleva su prueba en su enunciado mismo. Pero esta socialidad, que radica en los instintos del hombre, y que sus más imperiosas necesidades reclaman, ¿quién o qué la hace posible? Jamás cuestión alguna fué más sencilla, pues un niño la resuelve: es la mutua confianza, la sinceridad de las relaciones, la lealtad de los procedimientos; mediante esto, lográis la paz, la unión, la concordia, transacciones honestas, amistades duraderas, una sociedad, en fin, esto es, no tan sólo seres yuxtapuestos, sino miembros pertenecientes a un mismo cuerpo, formando un todo armonioso. Por lo contrario, figuraos que nada de esto existe, ni buena fe, ni franqueza, ni rectitud; imaginaos un estado de cosas en el cual sea permitido a cada uno mentir como bien le parezca, o como sus pasiones y su interés le dicten; representaos una sociedad, si puede dársele este nombre, en la que nadie pueda ya fiar en la palabra de otro, descansar en las promesas de otro, descubrirse confidencialmente a otro sin correr el riesgo de verse traicionado por este otro... ¡qué confusión! ¡qué caos! ¡qué infierno! Nada de relaciones en adelante, nada de asuntos públicos ni privados, nada de tratados de paz entre naciones, ni cambios entre particulares! Por todas partes inquietud, desconfianza, sospecha... Recordemos, pues ya es hora, el texto de santo Tomás: el hombre es social; no se concibe de otro modo; luego todo hombre debe a sus semejantes aquello sin lo cual no puede vivir la sociedad: *Quia homo est animal sociale, naturaliter unus homo debet alteri id sine que societas humana servari non potest.* Imposible es que vivan los hombres juntos, si no confían los unos en los otros, si no se dicen mutuamente la verdad: *Non autem possunt homines ad invicem convivere, nisi invi-*

cem crederent, tanquam sibi invicem veritatem manifestantibus; por eso, la verdad, si no es toda la justicia, concluye el Doctor Angélico, es por lo menos parte integrante de la justicia: *Unde veritas est pars justitiae, in quantum annexitur ei;* por consiguiente, decirla es un deber, es pagar una deuda: *Et ideo virtus veritatis aliquo modo attendit rationem debiti.*¹

Lo hemos explicado ya extensamente: el embustero es el enemigo, y en cuanto de él depende, el perturbador del orden, ya que, por el uso indigno que hace de la palabra, o de la escritura, que es la palabra escrita, nada menos se propone que arruinar la sociedad. Añadamos para terminar que es también el enemigo de sí mismo, el destructor con sus propias manos de su honor personal, pues ejecuta los actos más propios para comprometerse. ¿Quién no lo ve así? ¿Quién no ha pensado cien veces en establecer ese contraste, que se impone a los menos perspicaces? He ahí un hombre que no dice siempre todo lo que piensa, pero que piensa siempre todo lo que dice; es verídico, recto, franco, leal; su palabra es una escritura... Todos lo quieren, lo rodean, buscan sus consejos; aun los que no comparten sus ideas no le niegan su estimación. Es verdaderamente el hombre honrado. Mucho me extrañaría que no fuera cristiano, pero si no lo es todavía, el día en que lo sea, será el hombre perfecto... Ah, cuán diferente es el hombre bribón, astuto, el hombre que miente, o bien que, si dice verdad en un punto, no lo hace mas que para mejor engañar en otro. ¿Quién lo quiere? ¿quién lo respeta? ¿quién lo estima? Por lo contrario, ¿quién no lo desprecia? ¿Quién no lo teme y evita su encuentro? ¿Quién no lo juzga ya, y con una severidad que solamente será superada por la de Dios mismo?

1. S. THOM. 2. 2. q. CIX, art. 3.

Sobre muchos puntos, el mundo no peca por exceso de escrúpulo, ni mucho menos; para tal falta, para tal crimen, es fácil para la indulgencia, y pronto para el perdón. Unicamente hay que hacer una excepción con relación a la mentira. Nadie quiere ser tachado de embuster. Si alguien lo es, y se le dice, el rubor cubre su rostro. Si no lo es, y la imputación resulta falsa, se da por ofendido gravemente... ¡Extraña contradicción en verdad! Hoy os revolvéis, y con razón, contra una censura inmerecida, y, quizás mañana mismo, pronunciaréis tales o cuales palabras y ejecutaréis tales o cuales actos, por los cuales la habréis merecido diez veces...

Concluyamos: Por cuanto la mentira es, como acabamos de decirlo, un acto pecaminoso que compromete siempre, en un grado o en otro, la responsabilidad de la conciencia; un acto contra natural¹, que propende a falsear y aun a destruir las relaciones sociales, para las cuales fué creado el hombre, un acto, en fin, desde el punto de vista simplemente personal, perjudicial a su autor, al cual imprime un sello tal que provoca contra él el desprecio, nadie mienta jamás por ningún concepto. Durante el tiempo que Dios me dejé en este mundo, decía el santo hombre Job, *donec superest habitus in me*, mientras me quede un soplo de vida, *et spiritus Dei in naribus meis*, no pronunciarán mis labios la menor injusticia, *non loquentur labia mea in justitiam*, ni proferirá mi lengua mentira alguna, *nec lingua mea meditabitur mendacium*²... Nadie se valga tampoco de equívocos ni rodeos, cuando equivalgan a la mentira. Dígase sí, cuando haya que decir sí, y no

1. Cum voces naturaliter sunt signa intellectuum, innata est aliquis vox significet quod non habet in mente. S. THOM. 2. 2. q. CX. art. 3.

2. Job, XXVII, 4.

cuando haya que decir no, *est, est, non, non*; he ahí toda la diplomacia del Evangelio. El exceso nada vale, procede de lo malo, esto es, del diablo: *Quod his abundantius a Malo est*¹... ¿Quiere esto decir que, en todo momento, haya que decir siempre lo que uno sabe, todo lo que uno sabe? En manera alguna; y aquí viene como de molde una observación que ya hemos hecho. Como varios otros preceptos, el octavo es a la vez negativo y afirmativo. En cuanto negativo, esto es, en cuanto obliga a no disfrazar la verdad, obliga siempre y en todos los casos; en otros términos; siempre, en todos los casos, cualquiera que sea el pretexto que se alegue, o el provecho que pueda reportar, está prohibido recurrir a la mentira, porque siendo la mentira intrínsecamente mala, nada en el mundo puede justificar su empleo. En cuanto afirmativo, es decir, en cuanta obliga a decir la verdad, no obliga siempre, en todo instante, con relación a toda persona. Según frase de san Agustín, una cosa es decir lo falso, y otra callar lo verdadero: *Aliud est falsum dicere, aliud verum lacere*². En muchos casos es prudente no decir todo lo que uno sabe. Escogéis lo que vais a comer, añade el mismo Doctor; pues del mismo modo escoged lo que vais a decir: *Sicut eligis quo vescaris, sic elige quod loquaris*³. Mas esto no basta: en muchos otros casos, es absolutamente necesario no decir nada de lo que uno sabe. Sois jueces, abogados, notarios, médicos, sacerdotes; ¿revelaréis lo que no sabéis más que según vuestra condición de jueces, abogados, notarios, médicos o sacerdotes? Aquí tiene explicación esta frase del Sabio: El que es fiel en su corazón, guar-

1. MATTH., V, 37.

2. S. AUGUST. Enarr. in psal. V.

3. In PSAL., L.

da cuidadosamente lo que un amigo le ha confiado: *Qui fidelis est animi, celat amici commissum.*¹

Dírigo a los padres y a los maestros las últimas palabras de esta instrucción, por tantos conceptos muy práctica. Deseo con todo mi corazón tener por verdaderas las cualidades que san Juan Crisóstomo atribuye a los niños, cualidades, añade, que motivan estas palabras de Nuestro Señor: El reino de los cielos es para los niños y para los que se les asemejan.² A pesar de ello, el cuadro que traza no es exacto más que en su generalidad. Niños hay a los cuales se aplica esta severa observación de las Escrituras: Se extraviaron desde su nacimiento; apenas empiezan a hablar, cuando ya saben mentir: *Erraverunt ab utero; locuti sunt falsa.*³ Así, pues, vosotros, padres, y vosotros, maestros, que tenéis la hermosa misión y al propio tiempo la pesada responsabilidad de educar a los niños, no permitáis que el hábito de la mentira arraigue en su alma. Tratadlos con bondad, si confiesan francamente sus faltas, pero no perdonéis la corrección, si las niegan. Obrar así es hacer obra útil, es trabajar por la felicidad de los niños, no menos que por la gloria de Dios.

1. PROV., XI, 3.

2. Brev. Rom.. Die 20 juli.

3. PSAL. LVII.

OCTAVO MANDAMIENTO

SERMON TERCERO

La detracción

No levantaréis falso testimonio contra vuestro prójimo

Prohibentur autem hoc præcepto non modo falsum testimonium, sed detestabilis etiam libido et consuetudo detrahendi alteri: qua ex peste incredibile est quam multa, et quam gravia, et incommoda, et mala nacantur. Hoc vitium passim improbat divinae Scripturæ.

Catech. Rom.

Nuestro deber queda trazado de antemano por el Maestro cuyo humilde discípulo soy. Después de tratar del falso testimonio y de la mentira, vamos a hablar de la detracción, de la detracción que, como dice el Catecismo Romano, es un vicio detestable, una deplorable costumbre, una peste de donde brotan, como de fuente emponzoñada, un número incalculable de males gravísimos, molestísimos, de toda especie. Si las Sagradas Escrituras dan testimonio de ello, *hoc vitium passim improbat divinae Scripturæ*, la razón misma, añadimos nosotros, lo demuestra ampliamente. Esto es lo que vamos a ver en esta instrucción. Dios nos ayude con su gracia.

Hablar mal de un ausente, cuando no hay motivo alguno legítimo para hacerlo, sino únicamente por el

deseo de denigrarlo y de arrebatarle su reputación; he ahí la noción exacta del pecado de detracción: *Detractio est occulta et injusta violatio famae alienae, seu denigratio injusta famae proximi absentis.*¹

Ya definida la detracción, ¿será superfluo decir una vez más, siguiendo a todos los moralistas, de qué fuente procede, y bajo qué variadas formas se produce? No lo creemos.

De todos los pecados, la detracción es el más común, y esto por la razón capital de que nuestra naturaleza viciosa y corrompida se inclina a ella por sí misma. Lo que Tertuliano decía de su época, se aplica a todas las épocas, esto es, que la perversidad del corazón humano llega al extremo de creer más fácilmente en el mal falso, que en el bien real, y que jamás se miente con más placer que cuando se inventan las calumnias más atroces: *Facilius falso malo, quam vero bono creditur, et felicius in acerbis atrocibusque mentitur.*² Aunque menos vehemente en la forma, es tan juiciosa la observación de san Agustín cuando dice que cuanto más perrechos nos mostramos en reformar nuestra vida, tanto más solícitos somos en querer conocer la de los demás: *Curiosum genus humanum ad cognoscendam vitam alienam, desidiosum ad corrigendam suam.*³

De todos los pecados, la detracción es el más común, y esto por la segunda razón de que hay numerosas maneras de cometerlo, directas las unas, indirectas las otras.

Por ejemplo: imputáis a sabiendas y con perversa intención al prójimo una falta que no ha cometido, o bien le atribuís defectos que no tiene; es una detracción

1. GURY, n. 445.

2. TERTUL. ad nationes. lib. 1.

3. S. AUG., Confess., lib. 10, c. III.

directa y aun la peor de todas; para denominarla, no basta la simple palabra detracción adicionada de mentira; es una calumnia.

O bien, sin inventar, como en el caso precedente, exageráis, aumentáis notablemente, decís mucho más mal del que hay; la falta del prójimo era apenas una paja, y la habéis convertido en una viga, a fuerza de agrandarla, semejante en eso a esos cristales artificiales, llamados con gran exactitud de aumento, que dan a los objetos proporciones extranaturales. Es una detracción directa.

O bien, sin inventar, ni aun exagerar, divulgáis una falta verdadera, pero ignorada, un defecto real, pero oculto, secretos de familia, o de particulares, que la más elemental discreción os obligaría a guardar, cuando no debiera hacerlo en virtud de la más estricta justicia. No; en vez de cubrir todo esto con el manto de la caridad, experimentáis un malicioso placer en descubrirlo, en difundirlo, en entretenér al público con ello, al público que, por otra parte, tan aficionado se muestra a esta materia. Es una detracción directa.

O bien, todavía, interpretáis como malas, acciones buenas, o por lo menos indiferentes; presentándolas bajo un aspecto, enteramente distinto del que les conviene, las hacéis pasar por criminales. Uno es devoto, pero lo es por hipocresía... otro hace limosna, pero fácil le es dar a Dios una parte de lo que ha robado a los hombres... Detracción directa es todo esto, detracción de la cual fué víctima Nuestro Señor Jesucristo, cuando, sembrando el bien a su paso, lo hace para engañar al pueblo, clamaban éstos; o bien, cuando, expulsando los demonios del cuerpo de los posesos, lo hace en nombre de Belzebú, Príncipe de los demonios, vociferaban aquéllos. Lo censuraban por todo, dice

Bossuet. No hubiesen vacilado en día de sábado sacar del hoyo a su asno o a su buey, pero curar en el mismo día una hija de Abraham, libertándola del maligno espíritu, era a sus ojos crimen abominable.¹

O bien, finalmente, si no practicáis la detracción en ninguna de las formas que acabamos de exponer, llegáis a ella por un camino, a la verdad más largo, pero enteramente seguro. En efecto, ¿qué son, aun a los ojos del menos perspicaz, esas negaciones injustificadas del mérito ajeno, esas medias palabras calculadas, esas reticencias llenas de artificio, esas miradas que hablan sin hablar, y que dicen más que las palabras mismas, esos gemidos pérvidos, ese aire de compasión fingida, y todos esos rodeos estudiados, que comienzan por la alabanza para terminar en la crueldad? ¡Qué lengua, qué lengua la del detractor que es detractor sin querer pasar por tal! ¡Es menos ruda que la lengua del león, que al propio tiempo que lame arranca la piel y hace brotar la sangre? O mejor, para emplear el lenguaje de la Sagrada Escritura, ¿no podríamos decir que es semejante a los dardos mortales de que habla el Salmista, dardos que se tiene buen cuidado de mojar en aceite, antes de servirse de ellos, para que abran en la carne llagas más profundas? *Molliti sunt sermones eorum super oleum, et ipsi sunt jacula.*²

Pero todavía queda mucho por decir. La detracción directa no es toda la detracción. Este pecado va muy lejos. Tú que nos sirves de guía en estas delicadas y difíciles materias, dinos hasta dónde se extiende este pecado. Son detractores, dice el Catecismo Romano, los que escuchan la detracción, la favorecen y aplauden; con el asentimiento que le prestan, ¿no depende de

1. BOSSUET. *Elévations*, XVII Sem., XII Elévat.
2. PSAL. LIV.

ellos que la detracción haga su camino y lo siembre de ruinas?: *Nec vero ab horum hominum numero et culpa se junguntur, qui detrahentibus et maledicentibus fatefacentes aures, non reprehendunt obtrectatores, sed illis libenter assentiuntur.* Son detractores los que, con falsos relatos, o con cualquier otro artificio, desunen los amigos, excitán entre ellos enemistades irreconciliables, y los ponen a matarse: *In eodem genere sunt, qui suis artificiis distrahunt homines... summasque conjunctiones ac societatis fictis sermonibus dirimentes, amicissimos viros ad immortales inimicitias, et ad arma compellunt.* Son, en fin, detractores los que halagan al prójimo con complacencias y alabanzas simuladas, y principalmente los que usan de este medio para sorprenderle y causan su ruina: *Peccant denique in hanc partem blandi homines et assensatores... et quidem hoc in genere illa est assentatio deterior quae ad proximi calamitatem et perniciem adhibetur.*¹ ¡Oh detractores! ¡Oh detractores! ¡Oh engendro maldito! ¡Oh raza, en lo moral, más fecunda que lo es en lo físico, la más prolífica de las especies creadas!...

Por lo que precede, nos vemos llevados a decir qué clase de pecado es la detracción. La respuesta no será difícil ni larga. A menos que tenga una excusa en la inadvertencia del que la comete, o que la materia que constituye su objeto sea una cantidad casi despreciable, la detracción es siempre pecado mortal. Las Sagradas Escrituras lo dicen por modo equivalente en cien puntos diferentes: El detractor es digno de muerte²... El detractor es odioso a los ojos de Dios³... El detractor es asimilado a los avaros, a los impuros, a los ladrones

1. *Catech. Rom.*, cap. I.
2. *ROM.*, cap. I.
3. *Ibid.*

de bienes ajenos, y, como tal, excluido del reino de los cielos.¹ La Iglesia lo repite con la universalidad de sus doctores, de sus teólogos, de sus predicadores, de sus catequistas, de todos los que, por un título u otro, tienen la misión de enseñar. La razón lo demuestra. En efecto, es doctrina de quien pasa por ser una de las más elevadas expresiones de la razón humana, santo Tomás, que entre los bienes del orden natural, el más precioso, después de la vida, el más necesario para vivir como hombre de honor, y mejor aún, para vivir como hombre de bien, es la reputación; hay que citar este hermoso texto: *Inter res temporales videtur fama esse pretiosior, per cuius defectum impeditur homo a multis bene agendis.*² Mas este bien del prójimo, el más excelente de todos, si exceptuamos la vida, el bien que le es propio, en el sentido absoluto de la palabra, y que, aun en el caso en que merezca perderlo, queda en posesión de él, hasta que de él sea despojado por una notoriedad de derecho, o por una notoriedad de hecho; este bien, repito, se lo arrebatais, sin ninguna razón sólida, a sabiendas, por modo perverso. Prescindamos de la enseñanza de la Iglesia, y aun de la doctrina de las Sagradas Escrituras, pues basta la razón: cometéis, al arrebártelo, un pecado mortal gravísimo, no solamente contra la caridad, sino también contra la justicia; por consiguiente, un pecado por el cual contraéis una obligación grave de conciencia, una obligación que la ley humana no impone siempre, pero de la cual no dispensa nunca la ley divina, fuera del caso de imposibilidad absoluta: la obligación de reparar el daño causado, de restituir el bien arrebatado; tal es también la doctrina de santo Tomás,

1. *Cor.*, cap. VI.

2. S. THOM. 2, 2, q. LXXIII, art. 2.

a quien hay que citar hasta el fin: *Et tenetur aliquis ad restitutionem famae, sicut ad restitutionem cuiuslibet rei subtractae.*¹

Mas no solamente he de hablar de la detracción en general, sino también de las especies más o menos odiosas de detracción, de la detracción compuesta, de la complaciente acogida que se hace a la detracción simple o compuesta, del susurro o falsa relación, de la lisonja misma, a fin de medir la culpabilidad de cada una de ellas y establecer las responsabilidades contraidas.

La detracción compuesta, es decir, la calumnia, es pecado mortal gravísimo por su propia naturaleza, más grave que la detracción simplemente dicha, porque entraña una malicia específica más grande, en razón de la mentira que contiene... Calumniadores, propaladores de noticias falsas, escritores sin conciencia que descarriáis la opinión, que falseáis la historia, que llamáis bueno a lo que es malo, y malo a lo que es bueno, retractaos; retractaos; sólo a este precio puede obtenerse la salvación... Por desgracia, aun hecha la retractación, no se borrará del todo la impresión producida, sino que de ella quedará algo, y aun mucho, como en el miembro fuertemente ligado queda la impresión del nudo, aun después de roto.

La acogida que se hace a la detracción. Comete pecado mortal quien la escucha, quien la favorece, quien la alienta, quien la aplaude, y esto por su propia naturaleza. Es el pecado de cooperación directa, positiva, eficaz. No habría ladrones, si no hubiera encubridores; del mismo modo, no habría detractores, si nadie acogiera la detracción. Esto hace decir a San Bernardo: Difícil me es decidir quién es más cul-

1. S. THOM., 2, 2, q. LXXIII, art. 2.

pable, si el que murmura o el que escucha la murmuración: *Detrahere, aut detrahentem audire, quid horum damnabilitius sit, non facile dixerim.*¹ En vez de esta complacencia con los detractores, muestren los oyentes de la detracción la indignación del santo hombre Job; Quebrantaba las quijadas a los malvados, y les sacaba la presa de entre sus dientes: *Conterebam molas iniqui, et de dentibus illius auferebam praedam*²... o bien el celo solícito del Salmista: Tenía piedad de aque- lios a quienes el ardor de la sangre los hacía explotar en cólera abierta; pero si veía alguno que insinuase secretamente el veneno de su malignidad, me sentía como fuera de mí, y me parecía que estaba obligado a perseguirlo y confundirlo: *Detrahentem secreto proximo suo hunc persequabar.*³

El susurro, es decir, el falso relato, que tiene principalmente por objeto, no difamar, como la detracción, sino sembrar la cizafía entre vecinos, entre amigos, entre parientes, entre personas, en fin, aptas, si no para vivir siempre juntas, por lo menos para amarse y estimarse mutuamente, el falso relato, repito, es por su naturaleza pecado mortal. ¡Oh hombres, de doblez de corazón, de doble lengua, la una que sopla el calor, la otra que sopla el frío, de vosotros hablan las Sagradas Escrituras en cien puntos diferentes; vosotros sois objeto de legítimo y universal horror: *Susurro in omnibus odietur*⁴... sois malditos: *Susurro et bilinquis maledictus.*⁵

Después de las seis cosas que el Señor no ama, vosotros sois la séptima que detesta y abomina; el

1. *De Considerat.* Lib. 2.
2. *JOB.*, XXIX, 17.
3. *PSAL.*, C.
4. *ECCLI.*, XXI, 31.
5. *Ibid.*, XXVII, 15.

hermano que siembra la discordia entre los hermanos: *Sex sunt quae odit Dominus, et septimum detestatur anima ejus, eum qui seminat inter fratres discordias.*¹ Como el detractor, y más aún que el detractor, sois dignos de muerte: *Susurrones digni sunt morte.*² ¿Quién no ve la razón de ser de estos anatemas? ¿Hay algo que tan sólo se le parezca? Dice el Sabio: El que ha encontrado un amigo, ha encontrado un tesoro.³ Pero este bien que con ningún otro bien puede compararse: *Amico fideli nulla est comparatio*;⁴ este bien sin el cual nadie puede vivir: *Sine amico nullus vivere potest*;⁵ este bien superior a la buena reputación en la misma medida en que el fin supera a los medios, por cuanto la buena reputación nos sirve para procurarnos amigos: *Fama ad hoc maxime necessaria est, ut homo idoneus ad amicitiam habeatur*;⁶ este bien, repito, me es arrebatado por vosotros, me lo arrebatáis por los medios más odiosos. Sí, ¡oh narrador, oh sembrador de discordias, eres más criminal que el simple detractor, que el mismo calumniador; ¡Sí, eres, como lo dice muy bien la escritura, eres verdaderamente odioso! *Susurro in omnibus odietur...*

Es preciso concluir: la misma lisonja casi siempre es pecado, con frecuencia pecado grave, y en un caso particular, pecado gravísimo. Decimos que es casi siempre pecado, ya porque las palabras lisonjeras, acariciadoras en demasia, rara vez están exentas de mentira, ya porque, si por parte del que las pronuncia no proceden de una intención gravemente culpable, no

1. PROV., VI, 16-19.
2. ROM., I, 29-32.
3. ECCLI., VI, 14-15.
4. *Ibid.*
5. S. THOM., 2. 2. q. LXXIV, art. 2.
6. *Ibid.*

dejan de ser, para el que las escucha, un aliciente de pecado. En las obras del espíritu, para no hablar más que de ellas, vale menos, mucho menos, un solícito adulador, que un juicioso Aristarco. Con frecuencia es la adulación pecado grave; pecado grave cuando alaba una falta grave cometida; pecado grave cuando se propone que se cometa una falta grave, e impulsa a cometerla; pecado grave cuando encubre algún negro propósito. He aquí a Merob, mi hija mayor; voy a dárte por esposa. Tú sobre todo séasme valiente y pelea en servicio del Señor. Así hablaba Saúl a David, y al mismo tiempo ponía los medios para que le mataran¹... Maestro, sabemos que eres sincero, que enseñas en toda verdad los caminos de Dios, indistintamente, sin acepción de personas²... Con estas palabras aduladoras se presentaban al Señor los fariseos, para traicionarlo luego y perderlo con más seguridad. Finalmente, pecado gravísimo, particularmente odioso, dice el Catecismo Romano, *longe perniciösior oratio assentatorie facta*, cuando rodeando a uno de los suyos atacado de enfermedad mortal y haciéndole ver que puede estar tranquilo, pues no es hora todavía de recibir los sacramentos, amigos, allegados o parientes, lo adormecen en una falsa seguridad, y le impiden así pensar en el peligro extremo en que se encuentra: *Et ejus animum avertum ab omni cura et meditatione extremonrum periculorum in quibus maxime versatur.*

Concluyamos. Hemos dicho lo suficiente para demostrar que el pecado de detracción es el más común de todos los pecados, y que es tan común como grave en muchos casos, y en varios otros excepcionalmente grave. No seáis, pues, ni autores, ni fomentadores;

1. I REG., XVIII, 17.

2. MATTH., XXII, 16.

en otros términos, como san Jerónimo escribía a Nepociano: No tengáis lengua ligera, ni oídos curiosos: *Cave ne linguam aut aures habeas prurientes.*¹ Y añade: ¡Plegue a Dios que no seáis víctimas de ello!

No seáis autores, ni directa, ni indirectamente, ni por la maledicencia, ni por la calumnia, ni por el falso relato, ni por la lisonja, formas variadas bajo las cuales se produce la detracción. Las palabras no tienen asas por donde pueda uno volver a cogerlas. Una sola chispa basta para provocar un vasto incendio que todo lo devore. Si se tira una piedra a un estanque, veréis formarse en la superficie del agua ondas, pequeñas al principio, mayores luego, y todo el estanque acaba por mostrarse agitado. Ya me entendéis. Ese defecto, verdadero o falso, que sabéis, o que creéis saber, lo comunicáis a vuestro amigo; vuestro amigo lo confía a otro, y así, de amigo en amigo, de boca en boca, de oído en oído, la onda se ensancha constantemente, y ¿quién sabe dónde se detendrá vuestra confidencia siempre indirecta, con frecuencia culpable?

No seáis fomentadores; ese fuego es ya demasiado vivo, no lo aticéis; esa agua es ya demasiado turbia, no la remováis más. Haced algo mejor: rechazad inexorablemente, como los peores enemigos del orden social, y vuestros peores enemigos, al maldiciente, al calumniador, al propalador de falsas noticias, al que con palabras halagadoras, pero péridas, arrastra al pecado, como las Sirenas al naufragio. Conocida es esta historia; ¿no será mejor una alegoría? Navegando por un mar poblado de escollos, en ciertos pasos muy peligrosos, donde se oían voces de mujeres, que atraían a los navegantes imprudentes hacia los abismos, el prudente Ulises tapóse con cera los oídos, e hizo lo

1. Ap. S. THOM., 2. 2. q. LXXIII, art. 4.

mismo con los de sus compañeros. Podéis hacer la aplicación.

Finalmente—y por mi parte es un deseo muy sincero—quiero Dios que no seáis víctimas de todo eso. Pero si mi deseo no es escuchado; si la malignidad se ensaña con vosotros, ¿habréis de irritarlos, maldecir la lengua que os hiere, lamentarlos amargamente de ella, hasta el punto de hacer al cielo responsable de la injuria que os hacen? No; leed el capítulo XVI del libro II de los Reyes. Semei maldice a David: Hijo de Belial, le grita, hombre sanguinario... y al propio tiempo le arroja piedras. Y David, a la verdad inocente de la muerte de Saúl, que Semei le reprocha, pero culpable de la del más bravo de sus oficiales, Uriás, en quien Semei ni siquiera piensa, David, repito, le deja decir, y cuando uno de los de su escolta, indignado de tanta audacia, se apresta a correr contra Semei, para cortarle la cabeza: Detente, le dice el humilde Rey; ¿quién sabe si Dios mismo le mueve para que me trate así¹?... A este ejemplo, tan digno de imitación, añadiré un consejo, no menos digno de que se siga: Tened compasión del que ha hablado mal de vosotros. Más daño se ha hecho a sí mismo del que os ha causado a vosotros. Padre, Padre, han incendiado la granja del monasterio, todas nuestras cosechas están ardiendo; ¿qué será de nosotros sin provisiones? ¡Qué desgracia tan grande ha caído sobre nosotros! —Dí mejor ¡qué desgracia tan grande ha caído sobre el malvado que ha cometido ese crimen!—responde el buen Padre. ¿Quién tenía razón, el novicio falto de experiencia, que no veía más que la pérdida de bienes

1. II REG., XVI, 7 y sigs. Véase también la manera de decir y obrar sobre este asunto, de san Francisco de Sales. HAMON, t. II, p. 447.

temporales, pérdida apreciable, sin duda alguna, pero de orden inferior, o el Maestro, más sereno, más reflexivo, para quien la pérdida de un alma lo era todo? Vosotros daréis la respuesta exacta y ruego a Dios que permanezca en vuestras almas como uno de los frutos de la presente instrucción.

OCTAVO MANDAMIENTO

SERMON CUARTO

El juicio temerario

El que habla contra su hermano, o juzga a su hermano, habla contra la ley y juzga a la ley

Quando deest certitudo rationis,
puta cum aliquis de his judicat quæ
sunt dubia et occulta, propter aliquas
leves conjecturas: et sic dicitur judi-
cium suspiciosum et temeratum.
Catech. Rom.

Por poco que se reflexione en las palabras que acabo de citar de Santiago, salta al espíritu la observación de que el Apóstol pone en la misma línea, como lado por lado, al que habla mal del prójimo, sin motivo, y al hermano que juzga a su hermano: *Qui detrahit fratri, aut qui judicat fratrem.* Así es, en efecto; porque, si no siempre, por lo menos en la mayoría de los casos en que se habla mal del prójimo, ya se le ha juzgado desfavorablemente. Así, pues, no separemos dos cosas tan estrechamente unidas. En la instrucción precedente hemos hablado del pecado cometido con la lengua; en ésta hablaremos del pecado cometido con el pensamiento, esto es, del juicio temerario. Dios nos ayude con su gracia.

Antes de entrar en esta materia, cuyo carácter prá-

tico no se ocultará a nadie, importa en gran manera precisarla con exactitud y dar a las palabras que la expresan su sentido propio claramente definido.

En efecto, no todo juicio es temerario. Hay actos tan manifiestamente criminales, que es permitido, más todavía, que está mandado juzgarlos. Cuando Sócrates, al ver que un joven se avergonzaba de que le viera salir de una mala casa, le dirigió esta severa, pero útil advertencia: Hijo mío, la vergüenza está en entrar, no en salir, ejercitaba un verdadero derecho. Cuando Jesucristo prohíbe, en su Evangelio, que los fieles juzguen a sus hermanos,¹ Bossuet, que interpretó este pasaje, como tantos otros, con su poderosa inteligencia, exclama: No, no; no creáis que el designio de Nuestro Señor era proporcionar un asilo al vicio, que se le perdone, que se le dejé triunfar. Por lo contrario, quiere que se le perturbe, que se le inquiete, que se le censure, que se le condene.² En el mismo sentido entiende esta recomendación de san Pablo a su discípulo Tito: Repréndelos con dureza: *Increpa illos dure*³. Es decir, que hay que acosar a los pecadores y arrojarles, por decirlo así, al rostro alguna vez, verdades enteramente rígidas, para hacer que se reporten; porque la corrección, que tiene dos principios, la caridad y la verdad, debe tomar ordinariamente cierta suavidad de la caridad, que es dulce y compasiva, pero también debe tomar con frecuencia cierta especie de rigor y de dureza de la verdad, que es inflexible.⁴

Pero no basta conocer el juicio temerario de un

1. LUC., V.

2. BOSSUET, t. II des Sermons.

3. TIT., I, 13.

4. BOSSUET. *In eodem loc.*

modo simplemente negativo, limitándose a saber lo que no es; hay que examinarlo más de cerca, y decir lo que es positivamente y en sí mismo. ¿Qué es, pues, el juicio temerario?

Si queréis hacer un pequeño esfuerzo de memoria, quizás recordaréis el Evangelio que la Iglesia nos da a leer el miércoles de la cuarta semana de Cuaresma; es el Evangelio del ciego de nacimiento. Nada diremos ni de los fariseos, que en aquella circunstancia, como siempre, se mostraron perversos y odiosos; ni de los padres del enfermo, a los que llamaron de nuevo y tergiversaron sus respuestas, tanto temían incurrir en la desgracia de la secta. Dejando aparte la malicia de los unos y la timidez de los otros, lo que asombra es la conducta de los Apóstoles. ¡Cómo! Tienen ante sus ojos un hombre que excita el más vivo interés, un hombre privado de un bien que, excepto la vida, es el más grande de todos los bienes; tienen ante ellos un ciego de nacimiento; la caridad más elemental ¿no les imponía como un deber apiadarse de este hombre, lamentar su muerte, dirigirle algunas palabras de consuelo? Pues bien, no; los Apóstoles no lo hacen, sino que se acercan a Jesús con aire misterioso, y le dicen en voz baja: Sin duda que a causa de sus pecados, o por lo menos, de los pecados de sus padres, ha llegado este miserable a semejante estado...¹ He ahí los Apóstoles: ni más juiciosos, ni más caritativos que los amigos de Job, quienes, viendo al santo hombre desprovisto de todo, cubierto de úlceras y acostado en su estercolero, le dicen por toda consolación: Verdaderamente, preciso es que seas gran peccador para que el Eterno te trate así²...

1. JOANN., IX.
2. JOB., IV.

Los Hechos de los Apóstoles nos ofrecen otro ejemplo memorable de juicio temerario, porque, no os engañéis, en este momento siento la verdadera noción del juicio temerario. El barco que llevaba a san Pablo y a sus compañeros desde Adrumeto a Roma fué arrojado por una tempestad a la costa de la isla de Malta. Los isleños acogieron del modo más hospitalario a los naufragos y encendieron un gran fuego a fin de calentarlos. Entonces el Apóstol, para alimentarlo, echó al fuego un puñado de sarmientos, mas una víbora, que estaba oculta en ellos, excitada por el calor, mordióle en la mano y quedó colgada de ella: Este hombre, dijeron los que le rodeaban, es sin duda un gran homicida, pues que, habiéndose salvado de la mar, la venganza divina no quiere que viva¹... La continuación del relato no nos interesa. No hay necesidad de decir que a este juicio precipitado sucedió al punto la más entusiasta admiración, porque habiendo sacudido san Pablo la víbora en el fuego, sin experimentar el menor mal, los paganos, que lo habían juzgado al principio como un malhechor insigne, acabaron por aclamarlo como un Dios; con tanta rapidez pasa el hombre de la censura al elogio y del elogio a la censura, sin que tenga más razón para un caso que para el otro.

Por estos ejemplos entenderéis bien lo que es el juicio temerario, y lo definiréis con tanta seguridad como el teólogo más consumado. Difiere mucho de la simple duda, y va mucho más lejos que la simple sospecha. Un buen autor compara estas tres cosas, duda, sospecha y juicio, la primera con una balanza que se mantiene en equilibrio, la segunda con una balanza

1. ACT., XXVIII.

que se inclina de un lado más que del otro, la tercera con una balanza que tropieza de repente.¹; por consiguiente, el juicio temerario es ese asentimiento interior por el cual, aunque sin motivos suficientes y razones valederas, un hombre tiene firmemente a otro como sujeto a tal defecto, o como culpable de cierta mala acción: *Judicium temerarium est firmus assensus, ex levibus indiciis ortus, quo aliquod peccatum, vel defectus proximo affingitur.*²

Pero todavía nos hallamos en los preliminares. Definido el juicio temerario según su verdadera noción, queda por decir que es pecado, y qué pecado es.

Es pecado. La demostración, no será ni larga ni difícil; tan formal es, a este respecto, la enseñanza de las Sagradas Escrituras. No juzguéis, dice Jesucristo, a fin de que no seáis juzgados, porque seréis juzgados con el mismo juicio con que juzguéis a vuestros hermanos, y la misma medida que hiciereis servir para los demás, servirá para vosotros.³ Fiel intérprete del pensamiento del Maestro, habla san Pablo como el Maestro: Por donde eres inexcusable ¡oh hombre, quienquiera que seas! que te metes a condenar a los demás⁴. No insistamos; bastan estos testimonios.

Es pecado grave o leve, esto es, mortal o venial, según las circunstancias. Mortal, si es voluntario, es decir, formulado con todo conocimiento de causa; si es verdaderamente temerario, es decir, si se apoya en pruebas poco o nada concluyentes, en indicios impropios de que en ellos se fije un hombre razonable; finalmente y sobre todo, si versa sobre alguna materia

1. P. SEGNERI.

2. El teólogo Clemente Marc, n. 1.191.

3. MARC, IV, 24.

4. ROM., II, 1.

grave. *Si sit de aliquo gravi*, porque entonces, como observa santo Tomás, entraña el desprecio de la persona que es objeto de él: *Si sit de aliquo gravi, est peccatum mortale in quantum non est sine contemptu proximi.*¹ Venial si falta una u otra de estas condiciones, y con mayor razón si faltan las tres.

Finalmente, es pecado grave o leve o mortal o venial, en el sentido que acabamos de explicar, pero siempre pecado contra la caridad y contra la justicia.

Contra la caridad. A quien dudara de ello, bastaría recordarle esta verdad primera: No hagas a otro lo que no quieras que te hagan, o darle a leer la página admirable en que san Pablo nos traza el cuadro de la caridad: La caridad no es recelosa, no piensa mal, es paciente, es suave, no menos se regocija del bien del prójimo, que se entristece del mal que le sobreviene².

Contra la justicia. Es doctrina de santo Tomás y de la sana razón que un juicio sólo es lícito en cuanto es un acto de justicia, y que sólo es un acto de justicia en cuanto quien lo hace, tiene para hacerlo la autoridad competente, el conocimiento requerido y la rectitud de espíritu que lo dispone, que lo inclina a ser equitativo; de lo contrario, no será más que un juicio vicioso e ilícito: *Quodcumque autem horum defuerit judicium erit vitiosum et illicitum.*³ No es posible expresarse mejor, y para el asunto que tratamos, las consecuencias fluyen por sí solas.

Es vicioso e ilícito el juicio temerario, porque se hace sin autoridad. ¿Quién eres tú para juzgar al prójimo? ¿En qué título jurídico te apoyas? ¿Tienes

1. S. THOM. 2. 2. q. LX, art. 3.

2. I Cor., XIII.

3. S. THOM. 2. 2. q. LX, art. 2.

siquiera una apariencia de jurisdicción? Por ventura quien se atreviera a entrar en casa ajena sin llamar antes a la puerta, ¿no sería considerado, y con razón, como hombre incivil? Quien, sin la autorización del copropietario, abriera una ventana en una pared medianera, ¿no ejecutaría un acto condenable, sujeto a las penas dictadas por la ley?... Y tú te atribuirás el poder, no sólo de penetrar en casa de otro, sino de insinuarte también en el secreto de su corazón, de escudriñar ese abismo que Dios se ha reservado para ser el único que sondee sus profundidades? Esto quiere decir, como lo explica Bossuet en su admirable lenguaje, que, además del atentado que cometes contra la libertad de tu hermano, al que juzgas, sin autoridad para ello, usurpas los derechos de Dios, único soberano, único juez; en lo cual eres doblemente culpable, añade este gran hombre, porque te haces a la vez superior a tus iguales e igual a tu superior, violando así con el mismo acto las leyes de la sociedad y la autoridad del Maestro.¹

Vicioso e ilícito es el juicio temerario, porque se hace sin el conocimiento. No digo nada que no sepáis muy bien. No es juez el que quiere serlo; para serlo, preciso es poder serlo. No aspire a las funciones judiciales, tan terribles por los deberes que imponen y las responsabilidades que originan; o bien, descienda de su sitial, si lo ocupa, el que no tiene la ciencia jurídica suficiente, o quien, teniéndola, no sabe discernir, en los casos particulares, entre lo verdadero y lo falso, lo cierto y lo dudoso, lo más y lo menos probable. Juzgar así, no es juzgar, es conjeturar, es pronunciar sentencias sujetas a error: *In similitudinem*

1. BOSSUET, t. II, *des Sermons.*

*arioli et conjectoris, aestimat quod ignorat.*¹ Ahora bien, este doble conocimiento del derecho y del hecho, ¿lo tenéis vosotros? Ese asunto, que no es vuestro, sobre el cual formuláis indebidamente vuestro juicio, ¿lo conocéis? Veis su interior? Podéis discernir con seguridad sus intenciones? Si lo juzgáis según las apariencias, cometéis la primera temeridad, pues no hay quien no sepa ni diga que las apariencias engañan, que muchos hombres no son lo que parecen, ni parecen lo que son. Si lo juzgáis según ajenas referencias, cometéis la segunda temeridad, porque lo que no sabéis por vosotros mismos, a menudo otro lo sabe menos que vosotros mismos, y fundar vuestro juicio en un fundamento tan ruinoso, es querer ser voluntariamente injusto. Si juzgáis de su presente por lo pasado, o de su porvenir por lo presente, es una tercera temeridad... ¡Oh fariseos, que os mostráis escandalizados, cuando en el fondo no sois más que envidiosos, esa mujer que veis a los pies de Jesús, era pecadora, pero ya no lo es, y ya se acerca el tiempo en que su nombre será pronunciado con honor en el mundo entero!... De un modo semejante, ¡oh juez temerario!, ese pecador que tienes ante tus ojos, y al cual precipitarías al fondo del infierno, ¿sabes por ventura si no se ha arrepentido ya, y si es uno de aquellos cuya conversión regocijará a los cielos? Si, pues, ignoráis todas estas cosas ¿por qué lo juzgáis con tanta dureza?

Finalmente, es vicioso e ilícito el juicio temerario, porque se hace sin integridad, ¡Cómo! Si falta la integridad, es decir, si los innumerables juicios que no cesamos de formular contra el prójimo, no proceden ex *inclinatione justitiae*, de esa rectitud de espíritu que

1. PROV., XXIII, 7.

inclina al verdadero juez a ser equitativo, ¿de dónde procede? ¿De la precipitación? Quizás. ¿De la impresionabilidad tan pronta a adelantarse a la fría razón? Posible es. Mas ¡cuán numerosos son los casos en que la malicia representa un papel preponderante, sino único! De tal modo está hecho el hombre, que atribuye a otro sus cualidades, y con mucha más frecuencia sus defectos. El insensato se figura que todos los que encuentra en su camino son insensatos como él.¹ Al hombre malo, dice santo Tomás, no le cuesta creer que el resto de los hombres se le asemeja: *Ex hoc quod aliquis malus est, faciliter de aliis malum opinatur.*² Me creéis bueno, escribía san Jerónimo a san Paulino, porque sois bueno, y porque me medís con vuestras virtudes: *Metiris me virtutibus tuis.* Así proceden los santos. Pero los que no lo son obran por modo enteramente contrario, pues miden a los demás por sus defectos, si no por sus vicios. Otra causa de perversidad en los juicios procede de un fondo, no total, sino parcialmente malo, es decir, de la mala disposición de que estamos afectados con respecto a éste o a aquél de nuestros prójimos, dice también santo Tomás: *Alio modo provenit ex hoc quod aliquis male afficitur ad alterum.*³ ¡Ay de ese prójimo si nos eclipsa, si nos precede en la estimación de otro, si nos contraría en lo que creemos es nuestro interés, o sí, aunque no nos sea molesto, nos es simplemente antipático! Fundados en los más débiles indicios y en las razones menos concluyentes, le tendremos por un mal hombre, porque entre desear que una cosa sea, y persuadirse de que lo es, no hay más que un paso. He aquí el texto

1. ECCLI., X.

2. 2. 2. q. LX. art. 3.

3. S. THOM.

entero del gran moralista: *Cum enim aliquis contemnit, aut odit aliquem, aut irascitur, aut ei indivet, ex levitatem signis mala opinatur de ipso; quia unusquisque faciliter credit quod appetit.*¹

Conclusiones prácticas:

No juzguéis, dice Nuestro Señor, para que no seáis juzgados.

No juzguéis antes de tiempo, *ante tempus*, esto es, aunque el pecado de otro os parezca cierto, esperad todavía alguna nueva y más amplia información. ¿Quién sabe si absolveríais al que condenáis, si se defendiera ante vosotros? De Alejandro el Grande dice la historia que cuando acusaban a alguien como culpable con relación a él, se tapaba un oído diciendo que lo guardaba intacto para escuchar al acusado.

Pero aunque el acto del prójimo sea definitivamente demostrado como malo, la caridad no ha perdido por ello sus derechos. Excusad la intención. Si la intención no es excusable, atribuid la falta a la ofuscación de la pasión, o a la violencia de la tentación. Nosotros, en semejante caso, quizás nos hubiéramos portado peor. El mal que otro comete, puedo yo cometerlo, si Dios no me sostuviera con su gracia.

Sobre todo en el caso de culpabilidad dudosa, el deber es más fácil todavía. ¿Qué debemos hacer en este caso? pregunta santo Tomás. Su respuesta constituye uno de los más hermosos artículos de su doctrina moral: *In meliore partem oportet interpretari quod dubium est.* ¿Por qué? Porque debemos tener por bueno a todo hombre, mientras no se pruebe claramente que es malo: *Ubi non apparent manifesta indicia de malitia alicujus, debemus eum ut bonum tenere.* No cantéis victoria contra mí, añade, por el peligro que

1. S. THOM.

corro de engañarme a menudo obrando de esta suerte. Más vale engañarse a menudo juzgando demasiado bien, que engañarse rara vez juzgando demasiado mal. El primer error, aunque frecuente, como se le supone, no perjudica a nadie, en tanto que el segundo, aunque más raro, viola el derecho ajeno. *Ex hoc fit injuria alicui, non autem ex primo.*¹ Así se expresa el gran Doctor. Exceptúa, con todo, un caso, el del superior, obligado, en virtud de su cargo, a velar por sus subordinados; a éste le es permitido suponer el mal, por lo menos como posible, a fin de tener el derecho de tomar precauciones para el día en que, de posible, haya temor de que se convierta en real.² Interpretando el pensamiento del Maestro, dice un buen autor: Así es, por ejemplo, como una madre debe creer que su hija es virtuosa, y tener de ella buena opinión, mientras no dé serio motivo para creer lo contrario. Mas, por otra parte, debe vigilarla, como si estuviera persuadida de lo contrario, seguir todos sus pasos, saber a dónde va, con quién conversa, como lo haría si sospechase en ella alguna afición peligrosa. Procediendo de este modo, no se juzga temerariamente, sino que se obra con prudencia.³ Me complazco en aprovechar esta ocasión para añadir tan prudente enseñanza a mi precedente doctrina sobre los deberes de los padres con relación a sus hijos.

Queda terminado tan grave y práctico asunto y terminada nuestra exposición doctrinal sobre el octavo mandamiento. Regule la caridad todos los movimientos de nuestro corazón, todos los pensamientos de nuestro espíritu, todas las palabras de nuestra boca.

1. S. THOM. 2. 2. q. LX, art. 4.
2. *Ibid ad 3.*
3. P. SEGNERI, t. III, p. 227.

Guardémonos de juzgar, hasta que venga el Señor, y esclarezca las más espesas tinieblas, y descubra el fondo de los corazones; entonces todos y cada uno recibirán de Dios la alabanza o la condenación, la recompensa o el castigo, según sus obras...

NOVENO Y DECIMO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

La concupiscencia

No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su casa, ni su campo, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que le pertenece

Quanquam haec duo præcepta con-
junxerimus, propterea quod cum non
dissimile sit eorum argumentum, eam-
dem docendi viam habent: parochus
tamen et cohortando et monendo, po-
terit communiter vel separatim, ut
commodius sibi videbitur, ea tractare.
Catech. Rom.

¿Son divisibles el noveno y el décimo mandamiento? Sin duda alguna. No hay nadie que no haga dos partes del texto único que los expresa; una formando un mandamiento, que es el noveno:

Tan sólo en el matrimonio
Desearás la obra de carne;...

la otra formando otro, que es el décimo:

No codiciarás bienes ajenos
Para injustamente poseerlos.

¿Quiere esto decir que hay que tenerlos divididos,

y tratarlos separadamente? En manera alguna: El Catecismo Romano permite que el expositor los una; él mismo lo hace, por cuanto el objeto del uno y del otro, aunque de aplicación diferente, es común a los dos. ¿Cuál es este objeto? Esto es lo que vamos a explicar en esta primera instrucción. Dios nos ayude con su gracia.

No codicies, dice el noveno mandamiento: *Non concupisces...* No codicies, dice el décimo mandamiento *Non concupisces...* No puede haber duda alguna sobre este punto, como lo dicen claramente los mismos términos: el noveno y el décimo mandamiento prohíben la codicia o concupiscencia.

Pero ¿cuál? Porque, en efecto, toda codicia no es condenable. Ejemplos, para emplear los mismos de que se sirve el Catecismo Romano: deseo comer y beber, si tengo hambre y sed; calentarme, si tengo frío; tomar el fresco, si tengo calor. Estos deseos son del todo permitidos; Dios mismo los ha puesto en nuestra naturaleza para nuestro bien: *Et quidem recte haec concupiscendi vis, Deo auctore, nobis a natura insita est.* Otro ejemplo: deseo adquirir tal bien, que pertenece a otro, por medios legítimos, es decir, en virtud de una transacción honrada, cualquiera que sea el nombre con que se la designe, compra o cambio; este deseo es enteramente permitido, como todos los de su misma especie, si se efectúan en las mismas condiciones de probidad; de ahí nacen las relaciones comerciales de individuo a individuo, de provincia a provincia, de pueblo a pueblo, en las cuales el comprador desea el bien del vendedor, el vendedor el dinero del comprador, pues ambos buscan su ventaja particular, y la encuentran, porque así como el bien del vendedor es más útil al comprador, así también el dinero del comprador es

más útil al vendedor. Por consiguiente, uno y otro quedan contentos, y el décimo mandamiento queda a salvo.¹ De esto se deduce que hay deseos enteramente permitidos, por lo cual existe una concupiscencia buena.

Pero desgraciadamente, pues siempre hay un *pero* seguido de una exclamación dolorosa... si hay una concupiscencia buena, hay otra concupiscencia mala, *concupiscentia prava*. Es mala esta concupiscencia, porque mientras la buena procede de Dios, y tiene a Dios por autor, la mala procede del pecado, y es fruto del pecado. Dios hizo al hombre recto, dice el Sabio,² y esta rectitud nativa consistía en que, estando el espíritu enteramente sometido a Dios, el cuerpo, a su vez, estaba enteramente sometido al espíritu. De este modo, reinaba el orden arriba y abajo, en todas partes; este orden es el que nosotros llamamos la justicia, rectitud original. Pero sobrevino el pecado, y deshizo lo que Dios había hecho, y bien hecho. Habiendo sacudido el espíritu el yugo de Dios, el cuerpo sacudió el yugo del espíritu, y el hombre, como admirablemente dice san Agustín, el hombre que, merced a la perfecta sumisión del cuerpo al espíritu, debía ser enteramente espiritual, aun en su carne, convirtióse del todo en carnal, aun en su espíritu: *Qui futurus erat carne spiritalis, factus est mente carnalis.*³ Mala también es esta otra concupiscencia, porque, así como la buena, precioso don de Dios, tiene por objeto, en las intenciones de su autor, hacer del hombre un racio-

1. El Catecismo Romano expresa esto con su habitual brevedad, sin detrimiento alguno de la claridad: *Ii enim (emptores) non modo proximum non laedunt, sed valde adjuvant cum ei pecunia majori commodo usuque futura sit, quam res illae quas ipse vendiat.*

2. *ECCLE.*, VII, 30.

3. *De Civit. lib. 16, c XV.*

nal mediante la sujeción de las potencias inferiores a las superiores, y ayudarle a conseguir su fin sobrenatural merced al cumplimiento, mucho más fácil, de los deberes ordenados a este fin, así la mala, nacida del libre apartamiento de la voluntad, y, por consiguiente, fruto del pecado, y foco, en adelante, del pecado, impulsa al hombre, por la criminal dilación que le da, o hacia un *goce* prohibido, o hacia una *posesión* ilícita. Si unos ejemplos nos han dado idea exacta de la buena concupiscencia, otros nos la darán de la mala. Así, pues, si deseáis el mal, el homicidio, la intemperancia, el adulterio, el estupro, la fornicación, o cualquier otro pecado impuro, cualquiera que sea, o de lujuria consumada, o de lujuria no consumada, porque el noveno mandamiento va tan lejos en la proscripción de los deseos, como el sexto en la proscripción de los actos, la mala concupiscencia es la que os atrae y os hace aspirar a un goce prohibido: *Non concupisces uxorem proximi tui.* Otro ejemplo: ya no se trata del hijo del rey de Siquem, ni de David, que hicieron arrebatar para satisfacer su criminal pasión, aquél la hija de Jacob, la incauta Dina,¹ y éste, la mujer de Uriás, Betsabee, de extremada hermosura;² no, se trata ahora de Acab, que codicia la viña de Nabot, el más humilde de sus súbditos, para ampliar con ella su jardín y convertirlo en huerta, *Da mihi vineam tuam, ut faciam mihi hortum olerum.*³ Y si vosotros le imitáis, si arrojáis una mirada de envidia sobre la casa o sobre el campo de vuestro prójimo, o sobre sus servidores para atraéroslos, o sobre sus animales domésticos para que os sirvan; si deseáis, tú, comer-

1. *GEN.*, XXXIV.

2. *Erat antem mulier pulchra valde.* II *REG.*, XI, 2.

3. III *REG.*, XXI, 12.

ciente por mayor, o tú, comerciante detallista, la escasez de granos o de artículos de consumo, para comprar barato y vender carísimo; tú, obrero, la ausencia de todo concurrente, o si hay uno, su ruina, para imponer tus precios; tú, médico, una epidemia, tú, abogado, procesos, para sacar provecho de ellos,¹—¿son por ventura tan raros estos casos en tiempos de lucro y codicia desenfrenada?—la mala concupiscencia os atrae y os hace aspirar a una posición ilícita; *Non concupisces donum proximi tui, non agrum, non servum, non ancillam, non bovem, non asinum, et uniuersa quae illius sunt.*

Pero el asunto no está agotado. Si existe una concupiscencia mala, y acabamos de ver que no existe la menor duda sobre este punto, pues los más santos personajes sintieron su aguijón: Siento en los miembros de mi cuerpo, exclama san Pablo, una ley distinta de la ley del espíritu, que combate contra ésta, y me hace cautivo de la ley del pecado²; si, pues, existe una concupiscencia mala, ¿quiere esto decir que, por el hecho mismo de ser mala, nos es imputable como pecado, independientemente de toda participación, de toda cooperación de nuestra parte? Me refiero aquí a uno de los puntos más interesantes, y sobre todo, más importantes de la moral práctica. A fin de particularizar más todavía advertiré que hay dos especies de almas, las unas de conciencia demasiado ancha, las otras, timoratas con exceso, éstas creyendo que pecan siempre, aquéllas procurando persuadirse que no pecan nunca. No, aunque proveniente del pecado, y pudiendo conducir a él, la concupiscencia mala, por el solo hecho de ser mala, no constituye pecado; la doctrina de la

1. *Jam vero qui prae coeteris hoc cupiditatis vitio laborant, etcétera.*

2. ROM., VII, 23.

Iglesia es formal sobre este punto¹; la opinión contraria, tan desgraciada y tan inoportunamente sostenida, sólo hubiera logrado, si hubiera prevalecido, acreditar el más monstruoso de los errores; la negación de la libertad, o, en otros términos, la necesidad de pecar. Todo depende de la voluntad. Sin la voluntad, la concupiscencia mala, o, lo que es lo mismo, la tentación de pecar, no es nada, por violenta o persistente que se la suponga, y por desordenados que sean los deseos que hace nacer en nuestro corazón, o las imágenes que hace desfilar por nuestro espíritu, o los movimientos que excita en nuestra carne. Sin la voluntad, la misma delectación no es nada, la delectación que acompaña a la sugerencia o proposición del pecado, la delectación, esto es, esa cosa súbita, instantánea, inadvertida, que es imposible no sentir, como es imposible no sentir la chispa que parte del hogar y salta sobre nuestra mano. Finalmente, sin la voluntad, y con mayor razón aún, si protesta y se indigna, el acto mismo no es nada, aunque, materialmente hablando, sea el más malo posible. Ejemplo: por orden de Antíoco es reducido a prisión Eleazar; varón de edad proyecta y de venerable presencia, y uno de los primeros entre los doctores de la ley, fué estrechado a comer carne prohibida, y se llegó al exceso de violencia de abrirlle la boca por fuerza: *Elcasarus, unus de primoribus scribarum, vir aetate proiectus et vultu decorus, aperto ore hians, compellebatur carnem porcinam manducare*². Eleazar no peca; su acto es un acto forzado, no pecaminoso. Otro ejemplo; se trata de una joven cristiana de Siracusa, por nombre

1. *Conc. Trid.*, Sess. V, Cap. V.—y cinco proposiciones contrarias de Baio, condenadas por Pío V y Gregorio XIII. GOSCHLER, t. V, p. 147.

2. MACHAB., VI, 18.

Lucía. Es conducida al pretorio para que se decida su suerte: ¿Es verdad que en ti mora el Espíritu Santo? le pregunta el prefecto. Pascasio.—Todos los piadosos y castos, contesta la virgen, son templos del Espíritu Santo. Añade el prefecto: Te haré conducir al lupanar, para que el Espíritu Santo salga de ti.—Si ordenas que yo sea violada contra mi voluntad, en vez de una corona, tendré dos: *Si invitam jussesis violari, castitas mihi duplicabitur ad coronam*¹. No insistamos; la voluntad lo hace todo, todo en cuanto al mal, todo en cuanto al bien: *Voluntas est qua peccatur, et recte vivitur.*² Ocurre con la voluntad lo que con un caballero que se sirve de su caballo, ya para caer sobre el enemigo, ya para huir de él: la acción de correr en un sentido o en otro, es propiamente la acción del caballo; pero la gloria o la vergüenza, la gloria en el primer caso, la vergüenza en el segundo, recae únicamente sobre el caballero, que usa de la espuela, medio con el cual el caballo corre a brida suelta.

Pero escuchad... Dos cuestiones saltan aquí, y una y otra piden ser examinadas de cerca y con el mayor cuidado.

Primera... Si la voluntad es requerida como condición indispensable para pecar, ¿basta, para no pecar, que sea simplemente pasiva? O bien, ¿es necesario que resista positivamente? Respuesta: Es necesario que resista positivamente. Es consumado el pecado, dice el Catecismo Romano, cuando, habiéndose elevado hasta el alma los movimientos de concupiscencia, encuentra el alma placer en las cosas hacia las cuales la llevan estos movimientos, ya porque

1. *Brev. Rom.* 13 diciembre. Lect. 6.—S. Thomas dice: *membra non applicantur operi, nisi per consensum rationis.* 1. 2. q. LXXXVII, art. 7.

2. S. AUGUST. lib. 1, retract. c. IX.

consienta en ellos, ya tan sólo porque no los resista: *Cum his rebus pravis vel assentitur, vel non repugnt*¹. En la práctica, a pesar de las divergencias que se han producido entre los teólogos, según la diversidad de los casos, debe tenerse esta doctrina por la única verdadera, sobre todo cuando se trata de alguna tentación de impureza⁴. ¿Tanta distancia hay entre la delectación no desaprobada, no rechazada, y el consentimiento casi perfecto? Y para volver a una comparación que ya hemos hecho, ¿no debemos, desde que se presenta el pensamiento impuro, expulsarlo con la prontitud con que sacudimos la chispa que cae en el vestido, o aplicar por lo menos el espíritu a otro objeto que lo distraiga?

Segunda.... Si la voluntad es requerida como condición indispensable para pecar, ¿es necesario, en la materia que tratamos, que lo voluntario sea directo, esto es, que la cosa querida lo sea por sí misma? O bien, ¿basta que lo voluntario sea indirecto, es decir, que la cosa querida lo sea en su causa solamente? Respuesta: Basta que lo voluntario sea indirecto; en otros términos, que se ponga un acto del cual saldrá un despertar de la concupiscencia, fácil de prever, porque sale, en efecto, si no necesariamente y siempre, por lo menos muy habitualmente y en la casi totalidad de los casos. Por ejemplo: leéis toda suerte de libros malos, asistís a toda especie de espectáculos peligrosos, miráis toda clase de objetos seductores, frecuentáis todo género de personas de moralidad dudosa, escucháis toda variedad de discursos deshonestos, y concedéis la mayor libertad a vuestros sentidos... Milagro sería que la concupiscencia continuase dormida, en

1. Véase todo el texto.

2. S. LIUGORI, Lib. 5, n. 6 y 7.

medio de tantas cosas propias para despertarla. ¿Por ventura arroja uno aceite al fuego para apagarlo? ¿Puede esperar uno conservar la vida tragando veneno? ¿Queda seguro un tesoro donde existen ladrones? ¿No equivale a salir al encuentro a las heridas abrir la puerta al enemigo y proporcionarle armas en su propia casa? Leéis tal libro malo, asistís a tal espectáculo peligroso, miráis tal objeto seductor, escucháis tal discurso deshonesto, frecuentáis tal persona de moralidad dudosa, concedéis tal libertad a éste o aquél de vuestros sentidos; todas estas cosas, causas de pecado, son pecados; todos los efectos que de ellas se siguen, previstos y queridos en su causa, son pecados; causas y efectos, pecados distintos; los unos no son los otros, y cada uno de ellos debe ser acusado en confesión.

Conclusión: Casi no hay página de las Sagradas Escrituras en que no sea expresada. Vedla en el Eclesiástico: *Post concupiscentias tuas non eas.*¹ No corras tras tus concupiscencias, atraído por su cebo engañador, como lo eran, por la voz de las Sirenas, ciertos navegantes, hasta que quedaban sepultados en el fondo del abismo. Vedla en el libro de los proverbios: *Omni custodia serva cor tuum*²: Guarda tu corazón lo mejor que puedas, guarda cuidadosamente tu casa, procura saber quién entra en ella y qué quiere... Guarda tu alma con mayor cuidado aún. Vigila con gran cuidado los avances del enemigo, ya si se apresta a sorprenderte con astucia, ya a someterte por fuerza. Vedla en la épstola de san Pablo a los Gálatas: *Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis*³: Caminad según el movimiento del espíritu y no satisfagáis los deseos

1. ECCLI., XVIII, 30.

2. PROVERB., IV, 23.

3. GAL., V, 16.

de la carne; esto quiere decir que el alma púdica debe apartarse de la ociosidad, de la indolencia, de la afeminación, de las comidas exquisitas, de las ternuras que debilitan; todas estas cosas no son más que pasto de la concupiscencia, y alimentan el fuego que la consume. Finalmente, el Maestro de los maestros, Jesucristo mismo, hablará de ella, y un gran papa comentará sus palabras: El reino de los cielos es semejante a un tesoro enterrado en un campo, que un hombre encuentra y oculta, y dominado por la alegría que experimenta, vende cuanto tiene, y compra ese campo¹... ¿Qué es ese tesoro?, se pregunta san Gregorio. El deseo del cielo; *Thesaurus in agro absconditus, est caeleste desiderium.* ¿Qué es ese tesoro oculto en el campo? La santa disciplina que se abraza para llevar al cielo: *Ager vero in quo thesaurus absconditur, est disciplina studii caelensis.* ¿Quién es el comprador, de ese campo, con el tesoro en él oculto, comprado al precio de todo lo que posee? El que, renunciando a las voluptuosidades de la carne, pisotea, con su obediencia a las leyes divinas, todos sus deseos terrenales: *Agrum profecto, venditis omnibus, comparat, qui voluptatibus carnis renuntians, cuncta sua terrena desideria per disciplinae caelensis custodiam calcat.*²

1. MATTH., XIII.

2. Brev. Rom., Comm. non virg. lect. 9.

NOVENO Y DECIMO MANDAMIENTO

SERMON SEGUNDO

Excelencia, necesidad y oportunidad de estos dos mandamientos

No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su casa, ni su campo, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que le pertenece

Stirps ac germen malorum omnium
incensi sunt, præcipites feruntur in
omne flagitiorum et scelerum genus.
Catech. Rom.

El noveno y el décimo mandamiento están unidos entre sí y se compenetran en cierto modo en el texto común que los expresa. La última instrucción los ha dejado unidos, y unidos los trataremos en la que nos proponemos dirigiros hoy. Expondremos, de estos dos mandamientos así unidos, la excelencia, la necesidad y la oportunidad, hoy más grande que nunca. Dios nos ayude con su gracia.

En primer lugar, sólo este enunciado: No codiciarás la mujer de tu prójimo; no codiciarás tampoco ni su casa, ni su campo, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni nada que le pertenezca; sólo este enunciado, repetimos, suscita una primera reflexión en nuestro espíritu: la excelencia de estos

dos mandamientos y su superioridad bien señalada sobre el resto del Decálogo, y especialmente sobre las leyes humanas. Sobre el resto del Decálogo. Efectivamente, ¿qué se proponen los otros preceptos? Actos, únicamente actos; v. g.: No tallarás imágenes en piedra para adorarlas... No jurarás... No matarás... No cometerás adulterio... No hurtarás... No levantarás falso testimonio... Sobre las leyes humanas: la misma respuesta, y con mayor razón aún. Las leyes humanas tienen por objeto también actos externos reprobables; v. g., en materia de justicia, desde la simple invasión del campo del vecino, o usurpación, por uno de los copropietarios de un muro medianero, hasta los latrocinos más cínicos y las más escandalosas dilapidaciones. En lo referente a pensamientos, intenciones, proyectos, envidias, la ley es impotente, pues encerrándose la conciencia dentro de sí misma, vese obligada la ley a defenderse en el umbral. Más todavía: aunque el legislador fuese Solón o Licurgo, o cualquier otro, haría reir el legislador si se le antojase legislar sobre estas materias, ya que, siendo inaccesibles a toda investigación, y, por consecuencia necesaria, a toda represión, la ley dictada para regirlas, caducaría el día mismo en que fuese promulgada. Toda ley no sancionada con una pena, en caso de infracción, es una ley muerta al tiempo de nacer¹. Pero con Dios no ocurre esto. Como, de una parte, lo ve todo, lo sabe todo, y, para usar el lenguaje de la Escritura, sus ojos, más luminosos que el sol, penetran hasta el fondo de los corazones, y descubren todos los pensa-

1. Vim coactivan lex habere debet, ad hoc quod efficaciter inducit ad virtutem. S. THOM. I. 2. q. XC, art. 3 ad 1. Lo que equivale a decir que la ley solamente cae sobre las cosas con relación a las cuales puede ordenar penas.

mientos y resortes ocultos¹; y, de otra, no está menos provisto, gracias a su omnipotencia, en lo referente a la represión, que lo está en lo tocante a la investigación, gracias a su omnisciencia; es decir, que al propio tiempo que puede leer de corrido en el alma y ver, todo lo que pasa en ella, puede, si así lo quiere, sacarla del cuerpo que habita, y arrojarla al infierno, por esto, obrando en la plenitud de su poder y sus derechos, dice: No codiciarás: *Non concupisces...* No solamente no cometeréis adulterio, ni ningún pecado exterior de impureza, de cualquier naturaleza y modo que sea, sino que ni siquiera concebiréis el deseo de dicho pecado, ni tan sólo voluntariamente el pensamiento de él, ni su imagen acompañada de complacencia, por fugitiva que sea... No solamente no robaréis al prójimo lo que le pertenece, pero ni siquiera deseareis nada de lo que le pertenece; ni su casa, *domum*, es decir, como lo explica el Catecismo Romano, su fortuna territorial, la posición social que ocupa, la estimación y consideración de que goza, cosas todas que forman parte de la casa, *nam haec ad domum pertinent*; ni su buey, ni siquiera su asno, *aut bovem, aut asinum*, es decir, añade el mismo autorizado intérprete, los bienes de orden inferior, por poca importancia que tengan, y de cualquier especie que sean: *Non solum quae magna, ut domus, nobilitas et gloria, sed etiam parva, qualiacumque illa sint, sive animata, sive inanimata...* ¡Oh ley de mi Dios, cuán admirable eres! Eres en verdad lo que el Real Profeta cantó en uno de sus más bellos himnos: la ley santa, la ley immaculada, la ley que convierte y purifica las almas, *lex Domini immaculata, convertens animas,*

1. *Lucidiores sunt oculi ejus super solem, hominum corda intuentes in absconditas partes.* *Ecccl., XIII, 28.*

la ley realmente recta, realmente luminosa, que llena de alegría a las almas, por cuanto lo que más contribuye a hacernos miserables es la maldad de nuestros deseos, *justitiae Domini rectae, laetificantes corda, praeceptum Domini lucidum*, la ley justísima, en fin, que se recomienda por sí misma y entraña el testimonio de su propia excelencia, *judicia Domini vera, justificata in semelipsa*¹.

Pero todavía queda mucho por decir. La necesidad del noveno y décimo mandamiento no es menos digna de atención que su excelencia; sólo que esta necesidad no aparece a primera vista. Si, en virtud de la ley divina, está prohibido cometer adulterio, lógicamente está prohibido abrigar el deseo de cometerlo. Si la misma ley divina condena el robo, sólo se necesita un poco de buen sentido para concluir que el pensamiento del robo es criminal. No es permitido desear lo que no es permitido hacer: *Non enim ea nobis appetere licet, quae possidere omnino nefas est.*² Pero, ¿desde cuándo la ignorancia y las pasiones se ignoran en la lógica del buen sentido? Para los judíos, pueblo grosero y de cabeza dura, como lo atestiguan las Escrituras, sólo los actos externos eran reprobables; el pensamiento de estos mismos actos no entraba en cuenta para nada. Que esta opinión fué la suya, no es dudoso, ya que en la época de Jesucristo, mil quinientos años después de la promulgación del Decálogo, a pesar de la enseñanza de los profetas, que sólo cesó al acercarse los tiempos evangélicos; a pesar de la lectura de la ley, y de la interpretación auténtica, doctrinal, que cada sábado se hacia en las sinagogas, era todavía la opi-

1. *PSAL. XVIII.*

2. *Catech. Rom.*

nión de gran número, aun entre los eruditos¹. Lo prueban estas palabras de Nuestro Señor a los escribas y a los doctores: Habéis oído lo que se dijo a vuestros mayores: No cometáis adulterio; yo os digo más—ellos lo habrían, pues borrado, y ya no lo enseñaban para que Jesucristo se lo recordase—yo os digo más: *Cualquiera que mirase a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulterio en su corazón*². ¿Qué digo, que ya no lo enseñaban...? Peor todavía, pues no lo practicaban. Ellos, que se daban por perfectos observantes de la ley, y que, visto el carácter oficial de que estaban revestidos, hubieran debido serlo, en efecto, no tenían más que una regularidad externa y la santidad de que tanto alardeaban, no era más que una santidad aparente.. Inútil insistir; las páginas del Evangelio en que Jesucristo condena su hipocresía están en la memoria de todos: Sepulcros blanqueados, les gritaba, magníficos por fuera, pero llenos de pordredumbre por dentro³. Y también: Ay de vosotros, fariseos obcecados, que limpiáis por fuera la copa en que bebéis, y el plato en que coméis, mientras que lo interior de vuestro corazón está llena de rapiña y de impureza. Empezad, pues, por limpiar lo interior, para que lo exterior quede también limpio⁴. Podríamos encontrar cien pasajes de esta vehemencia. Y por cuanto el género humano, tomado en su conjunto, rara vez ha sido mejor en una época que en otra; por cuanto, entre los mismos cristianos, a pesar de tener gran

1. Plerique ex Judaeis peccato obcaecati in eam opinionem adduci non poterant, ut crederent id (concupiscere) a Deo prohibitum esse; immo vero lata et cognita hac Dei lege, multi qui se leges sese interpretes profitebantur, in eo errore versati sunt. *Catech Rom.*

2. MATTH., V.

3. Id. cap. XXIII.

4. Ibid.

abundancia de luz y de gracias, hay muchos que, no dando importancia alguna, tan ciega es la pasión, a una infinidad de pensamientos y deseos deshonestos, se creen los más inocentes del mundo, por la razón de que no consuman exteriormente lo que tienen en el espíritu y en el corazón; finalmente, por cuanto, en defecto de la pasión, entra en juego la ignorancia, y porque hay muchos, quizás en gran número, a quienes podrían aplicarse estas palabras de san Pablo: No hubiera conocido la concupiscencia si la ley no me hubiera dicho: No codiciarás¹... por todos estos motivos, concluyo que era necesario que el noveno y décimo mandamiento reforzasen, el uno al sexto y el otro al séptimo; fué preciso que el Legislador supremo dijese, puesto que podía sancionar lo que dijese: No solamente no cometáis adulterio, sino que ni siquiera abrigarás tal deseo; no basta que no robes nada al prójimo, sino que prohíbo aún el pensamiento de hacerlo.

Y concluyo también por otra razón cuya fuerza probatoria no tardaréis en apreciar. Escuchad estas palabras, de tal modo profundas, que dudo que se hayan pronunciado sobre esta materia otras más profundas que ellas; y como, por otra parte, son, no de tal o cual moralista, sino del maestro de los mismos moralistas, de la Iglesia docente, no es posible concebir otras más autorizadas. Vedlas aquí: Aun cuando los pecados de acción sean más graves en sí mismos, o en razón del escándalo, los pecados internos, dice el Concilio de Trento, sobre todo los cometidos con violación del noveno y décimo mandamiento, en muchas ocasiones, hieren con más viveza al alma, y son más peligrosos: *Peccata, etiamsi occultissima illa sint, et tantum*

1. ROM., VII, 7.

tum adversus duo ultima Decalogi praecepta commissa, nonnunquam animam gravius sauciunt, et periculosiora sunt his quae in manifesto admittuntur.¹ ¿Quién no lo ve ya, mientras espera que aparezca toda la luz? Los pecados internos son más peligrosos, porque estando al abrigo de toda investigación humana, se cometen mucho más fácilmente. Un momento de reflexión basta para convencerte de ello. No es adulterio quien quiere serlo. No es ladrón quien quiere serlo. El temor del deshonor, las severidades de la ley, son un obstáculo para ello. Por lo contrario, el que quiere codiciar la mujer de otro, lo puede impunemente. Nada nos pertenece tanto como nuestra voluntad. Dios, dice la Sagrada Escritura, en su lenguaje figurado, puso delante de nosotros el agua y el fuego; a nosotros nos toca extender la mano de este lado o del otro, hacia el agua o hacia el fuego: *Apposuit tibi Deus aquam et ignem; ad quod volueris porrige manum tuam²*, porque estos pecados más fáciles de cometer, no tardarán en pulular. Cedamos la palabra a un autor que ha tratado de mano maestra este asunto³. Hay personas que cometen más pecados de pensamiento en un día, que pecados de acción cometieran en un año. Esto ocurre especialmente a los que viven en la disipación y el tumulto, sin que jamás examinen lo que pasa en ellos, y mucho más aún a los que se abandonan a alguna pasión violenta. En efecto, dadme uno que sea dominado por el odio; ¿quién podrá calcular el número de sus sentimientos interiores de despecho, de rencor, de malevolencia para con su adversario? Por un pecado exterior no que cometa, cometerá cien en su corazón. Dadme

1. Sess. XIV, XIV, 6, c. V.

2. Eccle. XV, 17.

3. RAINERI, t. III, p. 169.—Cfr. Clemente Marc. De peccati internis, n. 345.

otro dominado por una pasión sensual, por un amor impudico; ¿quién podrá contar los malos pensamientos, las complacencias culpables, los proyectos, los deseos, que experimentará continuamente en sí mismo? Por un pecado de acción, cometerá mil en su corazón. He ahí, pues, una multitud espantosa, un caos, un abismo de pecados. Así, el demonio que nos impulsa a las malas acciones es comparado por los Santos Padres a un pescador con caña; este pescador gasta mucho tiempo en sacar un solo pez del agua. Pero el demonio que los tienta con malos pensamientos, se parece algo al que pesca con una red muy grande, el cual, en poco tiempo y de una sola vez recoge una cantidad enorme de pescado. Sería difícil expresarse mejor, porque, más fáciles de cometer, y más propios para multiplicarse, hacen languidecer la conciencia y la adormecen, sin que lo advierta, en el pecado, es decir, en la muerte. Hay enfermedades del alma, como hay enfermedades del cuerpo, añade el autor que acabamos de citar, pero las más incurables son las enfermedades internas. Creéis que sólo tenéis que habérosla con simples tentaciones, con movimientos naturales e involuntarios; error funesto, ya que en realidad son delectaciones morosas, y consentimientos deliberados, en muchos casos, pecados mortales¹... Ahora que estamos en plena luz, ¿quién no ve claramente la necesidad que tenemos del noveno y décimo mandamiento? Quién no ve que Dios se propuso el mayor bien para nuestros intereses espirituales al querer, no que la prohibición de los pensamientos y deseos culpables se sacase únicamente por vía de consecuencia del sexto y del séptimo mandamientos, sino que fuese escrita expresamente y con todas sus letras en la ley: *Non concu-*

1. RAINERI, *ibid.*

Prohibes: No codiciarás; no codiciarás ni la mujer del prójimo, ni su casa, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que le pertenece.

Sentados estos dos puntos, la excelencia y necesidad del noveno y décimo mandamiento, quedará completo nuestro cuadro, si añadimos algunas palabras sobre su oportunidad, más grande hoy que nunca. Esta oportunidad es la evidencia misma. Si el historiador de las costumbres paganas pudo decir que lo propio de su siglo fué corromper y ser corrompido, suponiendo que volviese a este mundo, ¿calificaría de otro modo nuestro siglo? El libro, el folleto, la hoja diaria, la revista semanal o mensual, el grabado, la pintura, la música, el teatro, las modas, todas estas cosas y cien otras, ¿no provocan a la lujuria, y a los deseos de lujuria, como si el hombre no se inclinase ya a ello por sí mismo? En qué tiempo, pues, fué más oportuno recordar el gran mandamiento: *Non desiderabis uxorem proximi tui;* no solamente no harás ningún acto impuro, de cualquier especie que sea, sino que tan sólo el pensamiento de él se te imputará como un crimen?... Pero también nos vemos trabajados por otra fiebre. No que la codicia, el amor desordenado de las riquezas, el descontento de nuestra suerte, la mirada envidiosa arrojadas sobre el bien ajeno, sean hechos nuevos; no, todo esto es tan viejo como el mundo. Pero todo esto es hoy en día algo más que un hecho; es un sistema, una doctrina. Esta doctrina tiene un nombre; se llama socialismo, comunismo, colectivismo. Este sistema tiene sus adeptos, una organización poderosa, una propaganda desenfrenada. ¿Qué hacer, pues, ya que en ningún tiempo fué más amenazado el orden social? ¿Qué hacer? Dejemos hablar aquí a un ilustre obispo de este siglo. A los treinta o cuarenta años de distancia, sus

palabras nada han perdido de su actualidad: ¡Admirable previsión de nuestro Dios! Hace más de tres mil años que un legislador, llamado a comunicación inmediata con el Eterno, bajó de las alturas misteriosas del Sinaí dos tablas de piedra, en las que estaba escrita, en diez mandamientos, toda la ley natural, de tal modo que, desde aquella época, no ha podido tocarse uno solo de ellos sin tocar lo esencial, ni se ha podido añadir nada, sin caer en lo superfluo... Pero el último de estos diez preceptos, el que prohíbe los deseos injustos del bien ajeno, parecía generalmente de una necesidad menos rigurosa y de una aplicación menos habitual que los otros. Mas he aquí que, después de treinta y tres siglos, llega al corazón de nuestra sociedad una enfermedad nueva que la corroe, que la opprime, que amenaza con derrumbarla, y contra la cual este décimo artículo de la Ley de Dios es el único preservativo universal¹.

Hemos creído demostrar la excelencia, la necesidad, la oportunidad, hoy en día más grande que nunca, del noveno y décimo mandamiento. Para terminar, y no es posible hacerlo mejor que con la acción de gracias, digamos con el Catecismo Romano: Dios, por los mandamientos precedentes, habiéndonos puesto a cubierto, a nosotros y a nuestros bienes, de los insultos y violencias del prójimo, en su extremada bondad, quizo, con éstos, defendernos de nosotros mismos y de nuestros apetitos desordenados, los cuales no hubieran dejado de sernos funestos, si hubiesen podido producirse impunemente². Digamos también con nuestro gran papa León XIII: Si bien la religión, por sí misma y de su propia naturaleza, tiene por objeto la salvación

1. Mons. Parisis, obispo de Langres.

2. Nam cum superioribus, etc.

de las almas y la felicidad eterna, en la esfera misma de las cosas humanas, es fuente de tantas ventajas, que no podría procurarlas mayores y en mayor número aun en el caso de que no hubiera sido fundada más que para asegurar la felicidad de la presente vida¹...

1. ENCY. *Inmortale Dei.*

ULTIMO SERMON

Sanción del Decálogo

Ya veis que hoy os pongo delante la bendición y la maldición¹

Hoc (peccata proposita) communis
est omnium legum appendix. Omnis
enim lex ad praecepta servanda homi-
nes peccata et præmio inducit.
Catech. Rom.

Hemos llegado al término de nuestras instrucciones sobre el decálogo.

Pero esta santa ley, que ordena y prohíbe; que ordena tales cosas: amar a Dios y no adorar a nadie más que a El; guardar el día de servicio que se le ha reservado cada semana, honrar a nuestros padres, que tanto se le parecen como continuadores de la obra creadora; que prohíbe otras cosas, jurar, matar, cometer adulterio, robar, levantar falsos testimonios, codiciar la mujer o la cosa del prójimo; esta ley santa fué sancionada por Dios. Se llama *sanción de una ley*, las recompensas que el legislador promete a los que la cumplen y los castigos que pronuncia contra quienes la violan. La sanción de una ley es, como se ha dicho con toda justicia, lo que constituye el nervio de ella, corrobora su autoridad, inspira su respeto e impulsa a su observancia. A falta de un gran amor, el hombre tiene ne-

1. DEUT., XI, 16.

cesidad de que se le excite a la fidelidad merced al temor o a la esperanza. Así, pues, ¿ha sancionado Dios la ley? ¿ha prometido recompensar y pronunciando castigos, según los casos? Sí, sin la menor duda. Ayúdenos su gracia a mostrarlo con toda claridad.

Sí, sin la menor duda, acabamos de decir. En primer lugar, esta doble sanción, sanción de recompensa y sanción de castigo, la hallamos en nosotros mismos, en el punto mismo en que Dios, desde el principio, grabó su ley; en nuestro corazón. La demostración es fácil; vosotros mismos podríais hacerla, y con la mayor facilidad del mundo. Si practicamos y evitamos el mal, si observamos puntualmente y de buen grado cualquier precepto, ya de los que ordenan, ya de los que prohíben, el premio está al final, nos espera: *Si bene egeris, recipies*¹. Ora es la alegría del deber cumplido, ora la dilatación del corazón; ya el buen testimonio que se da la conciencia, ya esa voz desconocida que murmura al oído, como en otro tiempo Dios a su servidor Abraham²: Porque has hecho esto, y porque has tomado tu propia voluntad, como la mejor oveja de tu rebaño, para inmolármela en sacrificio de agradable olor, te bendeciré, y desde este momento te bendigo... Y si trivieramos la suerte de permanecer siempre en estas disposiciones, es decir, de no separarnos nunca de la ley del Señor, y no violarla jamás, no es dudoso que viviríamos en una eterna paz: *Nam si in via Dei ambulasses, habitasses utique in pace sempiterna*³. Por lo contrario, si desgarramos la ley, según frase de la Escritura: *laceratu est lex*, en términos directos, si cometemos el pecado, pecado de perjurio, o de

1. GEN., IV, 7.

2. Ibid., XXVI, 16.

3. BARUCH., III, 13.

blasfemia, o de ultraje a los padres, o de homicidio, o de adulterio, o de robo, o de falso testimonio, o de deseo criminal, no estará tan lejos la pena como antes la recompensa: *Si autem male, statim peccatum aderit*¹: He ahí la conciencia que se revela y grita; he ahí el remordimiento que hace sentir su duro agujón; he ahí días turbulentos y noches de insomnio. Preciso es citar aquí nombres propios. Ya es Caín, siempre inquieto, en cualquier lugar que se halle; de tal modo le parece oír sin cesar, aun en las soledades más profundas, una voz acusadora pidiéndole cuenta de la sangre de su hermano². Ya es Saúl, el celoso, el rencoroso, a quien la verdad obliga a decir, bien a pesar suyo, al suave y pacífico David: En verdad, eres más justo que yo: *Justior tu es quam ego*³. Confesión enteramente fugitiva, ya que al día siguiente vuelve a caer el infeliz rey en sus negros proyectos de muerte, y se prepara nuevos tormentos. Ya es la mujer de Pilato, quien temiendo, si no libra a su alma, incurrir en alguna responsabilidad, en el gran crimen que se prepara, envía a decir a su marido: No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa⁴. Finalmente, si me atreviera, añadiría Agustín, antes de su conversión, Agustín yendo de error en error, de desorden en desorden, y más tarde vuelto ya a Dios, diciendo: Tenía mi pobre alma enteramente desgarrada, sangrando en abundancia por las llagas dolorosas que habían abierto en ella las pasiones: *Portabam consciissam et cruentam animam meam*: era una

1. GEN., IV, 7. Peccatum id est poena peccati.—Culpam poena premit. Horace.

2. Ibid.

3. I REG., XXIV, 18.

4. MATTH., XXVII, 19.

carga para mí mismo; de cualquier lado que me volviese, no me hallaba bien en parte alguna, ni sabía lo que hacer para consolar mi pena: *impatientem portari a me et ubi eam ponerem non inveniebam*¹... No existe transgresor alguno de la ley que no se haga en secreto alguna confesión de esta especie; tanta verdad encierran estas palabras del apóstol san Juan: Independientemente del juicio de Dios que lo espera, ya desde ahora se condena a sí mismo el corazón culpable: *Si reprehenderil nos cor nostrum, major est Deus corde nostro, el novit omnia*².

Pero el asunto sólo está esbozado. Esta doble sanción de la ley, sanción de recompensa, sanción de castigo, encontrámola, en segundo lugar, en el Antiguo Testamento, y, si así puedo decirlo, formando cuerpo con él. Vedla en uno de los libros de Moisés: Considerad que, al daros a observar la ley del Señor, he puesto ante vuestros ojos, de un lado, si sois fieles, la vida y todos sus bienes, y del otro, si no lo sois, la muerte y todos los males: *Considera quod hodie proposuerim in conspectu tuo vitam et bonum, et e contrario mortem et malum*³. Vedla en uno de los libros proféticos: la luz de que os hablo, es la misma luz de Dios, que subsiste enteramente: los que la guardan llegarán a la vida, los que la violan caerán en la muerte: *Hic liber mandatorum Dei, quae est in aeternum; omnes qui tenent eam, pervenient ad vitam; qui autem derelinquunt, in mortem*⁴. Vedla en los libros sapienciales: El que escucha, dice el Señor, reposará exento de todo temor, y nadará en la abundancia, libre de todo mal: *Qui me audierit, absque terrore requiescat et abundantia perfructur; en*

1. *Confess.*

2. *JOANN.*, III, 20.

3. *DEUT.*, XXX, 15.

4. *BARUCH.*, IV, 1.

cuanto a los impíos y a todos los que practican el mal, serán exterminados de la tierra: *Impii vero de terra perdentur, et qui inique agunt auferentur ab ea*¹.

Los hechos responden a los textos

En primer lugar, los hechos generales. Mientras Israel observaba la ley del Señor, todo marchaba viendo en popa, tanto en lo interior como en lo exterior. En lo exterior, los pueblos vecinos buscaban su alianza; en lo interior, las bodegas estaban llenas, los graneros rebosaban, y como se dijo de todo el reinado de Salomón, y más tarde, durante el gobierno de Simón Macabeo, cada cual se sentaba a la sombra de su viña y de su higuera, y nadie le inquietaba: *Sedet* (p. 458)³, y de su higuera, y nadie le inquietaba: *Sedet unusquisque sub vite sua et sub ficulnea sua, et non est qui eos terreat*². Por lo contrario, cuando Israel sacudía el yugo, a pesar de lo bien que con él le iba, la esterilidad, la escasez, la guerra, la cautividad, todos los males caían sobre él, y sus profetas no dejaban que ignorase de dónde venían tantas calamidades: Sus transgresiones innumerables han irritado contra él la cólera de Dios: *Propter quod in ira ad iracundiam provocatis Deum, traditi estis adversariis*³.

Luego los hechos particulares. No acabaríamos nunca si hubiéramos de citarlos todos. ¡Cuántos hijos respetuosos y sumisos han recibido toda suerte de recompensas, aun terrenales, por el honor tributado a sus padres! Pero también, y por lo contrario, en cuántos otros se han cumplido a la letra estas palabras de las Escrituras: *Qui maledixerit patri suo et matri, extinguetur lucerna ejus in mediis tenebris*⁴: La lámpara del

1. *PROV.*, I, 33, y II, 22.

2. *III REG.*, IV, 25 y *I MACH.*, XIV, 12.

3. *BARUCH.*, IV, 6.

4. *PROV.*, XX, 20.

que maldiga a su padre o a su madre, se extinguirá en medio de las tinieblas. ¿Qué quiere decir que la lámpara se extinguirá en medio de las tinieblas? Que los hijos que de él nazcan no tendrán con él ni un átomo de caridad; que habiendo sido mal hijo, será padre desventurado; que por haber extinguido en él todos los sentimientos de ternura que debía a los autores de sus días, Dios, en justo castigo, extinguirá su lámpara, es decir, hará que su posteridad caiga en el desprecio y el olvido, y su nombre quedará borrado de la superficie de la tierra: *extinguetur lucerna ejus in mediis tenebris.*

Pero esto es también demasiado general. ¿Queréis nombres? Pues bien, para sacar una lección de otro mandamiento, recordad sumariamente lo que dijimos del séptimo, esto es, que, como afirmativo, quiere que se haga limosna, y, como negativo, prohíbe el robo, y ved cómo las dos sanciones, de recompensa y de castigo, se encarnan, si puedo hablar así, en dos personajes, una mujer pobre y un rey codicioso. La mujer pobre es la viuda de Sarepta, en los días del profeta Elías. En tiempo de terrible escasez, sólo le quedaba un puñado de harina en un botecito y una pequeña cantidad de aceite en un vaso. Pero no importa; como el hombre de Dios tiene hambre, hace un pan con aquella porción de harina, y se lo da... Entonces el hombre de Dios se expresa así: He aquí lo que dice el Señor Dios de Israel: Nunca faltará harina en este bote, ni aceite en ese vaso, hasta el día en que el Señor devuelva a la tierra su fertilidad. Y ocurrió como el Profeta había anunciado¹. Acab es el rey codicioso. No nos es desconocido este nombre, pues ya lo hemos pronunciado. Fustigado por su mujer, la odiosa Jezabel, Acab hace morir a Nabot, uno de sus súbditos para apoderarse de

1. REG. III, XVI.

la viña que codicia. Si, pero no contó con Aquel que es el vengador del pobre y del oprimido; y así, en el momento mismo en que Acab desciende de su palacio para tomar posesión de la viña codiciada, dice el Señor a su Profeta, que es el mismo que vimos hace un instante en Sarepta: Sal ahora al encuentro de Acab, y háblale así: Has muerto a Nabot, y te has apoderado de su viña: *Occidisti, insuper et possedisti.* Pues bien, he aquí lo que dice el Señor: En este mismo lugar en que los perros lamieron la sangre de Nabot, beberán tu propia sangre, y en el campo de Jezabel se comerán el cuerpo de Jezabel, cómplice de tu crimen... Salió al punto el Profeta, y dijo lo que tenía el encargo de decir; y todo ocurrió como lo dijo¹. He ahí ciertamente, tan palpitante como posible, la doble sanción de recompensa y de castigo. Pero acabemos.

Otra sanción más elevada todavía estaba reservada a la ley de las Dos Tablas. Llegue el Profeta anunciendo largos siglos antes por Moisés, y más grande que él², el Hijo de Dios mismo que se hará hombre para salvar a los hombres; llegue... Ya ha llegado, recorre la Judea, enseña. ¿Abolirá la ley, como de ello le acusan sus enemigos? No; por lo contrario, la confirma, y al confirmarla, la perfecciona, la desembaraza de las interpretaciones farisaicas que la habían falseado, la descarga de una multitud de prescripciones rituales, en adelante sin objeto y de numerosas ordenanzas civiles, administrativas, policiacas, que la convertían en ley de un pueblo único, en tanto que ahora y para siempre, se convertirá en la ley del mundo entero. Mas ¿cuál será la sanción de esta ley renovada y perfeccionada? ¡Será la misma que anteriormente, cuando sólo

1. REGES, III, XXI, y IV, IX.

2. DEUT. cap. XVIII.

era la ley de naturaleza, y más tarde, la ley escrita? Si, como en tiempos de la ley de naturaleza, bien observada la ley nueva, procurará contento y alegría al que la observe; violada, despertará remordimientos y atormentará al que la viole. Si, como en tiempos de la ley escrita, bajo el régimen de la nueva, Dios no cesará de distinguir sus servidores de sus enemigos, y por grandes que sean las apariencias en contrario, bien computado todo, aun durante esta vida, los primeros serán mucho más fieles que los segundos. Pero esta sanción no será más que accesoria. Dios tiene mejores bienes que los bienes de aquí bajo para premiar con ellos a los que le sirven, como tiene en reserva para los que le ultrajan, mayores males que los males presentes. Esto quiere decir que la ley nueva, la ley evangélica tiene por sanción de recompensa, sin perjuicio de las otras, la dicha eterna del cielo: *Qui facit voluntatem Patris mei, qui in coelis est, ipse intrabit in regnum coelorum*.¹ y por sanción de castigo, sin contar las otras dos, la desdicha eterna del infierno: *Omnis arbor quae non facit fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur*.² ¡Oh sanción, de todas las sanciones la más elevada, la más verdadera, la más eficaz! ¡Hay algo más enviable, más delectable, más atractivo que una dicha que dura siempre? ¡Hay nada más terrible, más terrorífico que una desgracia que no acabará jamás? De la dicha del cielo, que dura siempre, reservada a los que observan la ley, dice el Real Profeta que es la más magnífica de las retribuciones: *In custodiendis illis retributio multa*.³ De la desdicha del infierno, que no acabará nunca, y será la parte de los transgresores de la ley, dice Jesucristo: No temáis a los que matan el cuerpo, y

1. MATTH., VII, 21.

2. Ibid., 19.

3. PSAL., XVIII, 12.

una vez hecho esto, ya no pueden nada; pero temed a quien, después de matar el cuerpo, puede arrojar el alma al fondo del abismo... En verdad os digo que esto es lo que debéis temer. *Ita dico vobis: Hunc timete*.¹

Herederos de la ley antigua, hijos de la nueva, cristianos, guardad, pues, los mandamientos del Señor.

Escribidlos, no, como en otros tiempos, en los vestidos, en el umbral de las casas, en el dintel de las puertas², sino en vuestro corazón³.

Observadlos, no por temor servil, sino por amor filial; bajo el suave régimen de Jesucristo, el amor ahuyenta el miedo y le cierra la entrada⁴.

No toméis tal mandamiento para dejar tal otro; guardadlos todos y cada uno de ellos. El apóstol Santiago os dice que para que uno se pierda y vea que se le aplica la sanción del castigo, basta violar la ley en un solo punto⁵.

Finalmente, y para terminar, añadiré, con muchísima menos autoridad que san Agustín, pero no sin cierta razón, lo que este gran Doctor decía a su pueblo: *Vitam nostram infirmam, laboriosam, periculosam, in hoc mundo consolamini bene vivendo...*

Si, laborioso es, y tanto como laborioso lleno de peligros, el ministerio pastoral. Para no hablar aquí más que de lo que las Escrituras llaman *onus verbi*, ¡qué pesada es la carga de la predicación! ¡Cuántas investigaciones, cuántas meditaciones prolongadas, cuántas vigiliadas empleadas! Pues bien, siendo las cosas tales como las he dicho, indemnizaos viviendo bien: *Consolamini bene vivendo*. Esta vida que es la nuestra, labo-

1. LUC., XII, 5.

2. DEUT., VI, 7.

3. II COR., III, 3.

4. I JOANN., IV, 18.

5. JACOB., III, 10.

riosa, peligrosa; esta vida que gasta la vida, consoladla viviendo bien, quiero decir, haciendo de la ley del Señor, ahora enteramente explicada, el *moderamen*, la regla, invariable en adelante, de todas nuestras acciones y aun de vuestros pensamientos: *Vitam nostram infirmam, laboriosam, periculosam, in hoc mundo consolamini bene vivendo*¹...

1. IN JOANN, tract. VXIII, n. 12.

Tabla analítica de materias

SERMON PRELIMINAR

EL DECÁLOGO EN GENERAL

PAGS.

En el Sinai.—Los diez mandamientos y su promulgación.—No basta conocer el texto; tres cuestiones se presentan aquí: 1.^a Los diez mandamientos ¿son tan distintos que el número diez sea el número exacto?—2.^a Los diez mandamientos ¿están dispuestos por orden, es decir, colocados cada uno en el lugar que le corresponde?—3.^a Los diez mandamientos ¿tienen fuerza obligatoria?—Se responde a estas tres cuestiones en esta instrucción preliminar...

1

PRIMER MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

EL CULTO DE SUPREMA ADORACIÓN

El culto de suprema adoración. ¿Que este culto se debe a Dios, lo exige la ley escrita, y la ley natural?—Pero el culto de suprema adoración debido a Dios, ¿qué debe ser en el fondo? Comprende la fe, la esperanza y la caridad. ¿En cuanto a la forma? Debe ser interno. Nada más verdadero; se prueba.—Pero preciso es también que sea externo, y de ello se dan las razones, y público; hermosas citas de los Salmos.—Conclusiones prácticas: el culto que debemos a Dios sea, de hecho, lo que debe ser: supremo, interno, externo, público. Se refiere, según el libro de las Confesiones de san Agustín, la profesión pública de fe de Victorino.

11

SERMON SEGUNDO

EL CULTO DE LOS SANTOS

El culto de los santos. El culto de los santos es legítimo, porque es esencialmente distinto del culto que tributamos a Dios.—El culto de los santos es legítimo, porque en vez de usurpar el culto que tributamos a Dios, se añade a él.—El culto de invocación no es menos legítimo que el culto de honor: textos de la Escritura; enseñanzas de la Iglesia.—Se refutan cuatro errores relativos al culto de invocación: si se afirma que, en virtud de su dominio soberano, sólo a Dios puede legítimamente invocarse, es un error; si se afirma que el culto de invocación tributado a los santos anula en Jesucristo la misión, que es propiamente suya, de mediador universal y único, es un error; si se afirma que los santos no nos conocen, es un error; si se afirma que los santos, abismados en la contemplación de las cosas divinas, están enteramente entregados a este goce que los absorbe, y no se interesan, por nosotros, es un error.—Conclusiones prácticas... 22

SERMON TERCERO

EL CULTO DE LAS SAGRADAS RELIQUIAS

El culto de las sagradas reliquias. Qué se entienden por reliquias de los santos.—Doctrina oficial de la Iglesia sobre esta materia en el cap. I de la sesión 25^a del Concilio de Trento.—Esta doctrina puede reducirse a estas tres proposiciones: 1.^a el culto de las sagradas reliquias es legítimo, porque se trata de cuerpos santos: *Quid?*—2.^a el culto de las sagradas reliquias es legítimo, porque tiene el derecho de apoyarse, como, en efecto, lo hace, en la práctica constante de la Iglesia, y en la autoridad de los Doctores.—3.^a el culto de las sagradas reliquias es legítimo, porque Dios se sirve de él para concedernos muchos favores corporales y espirituales.—Se da a estas proposiciones todo el desarrollo que exigen... 32

SERMON CUARTO

EL CULTO DE LAS SAGRADAS IMÁGENES

El culto de las sagradas imágenes.—La legitimidad del culto de las sagradas imágenes se funda: 1.^o en su antigüedad y en su universalidad; 2.^o en su noción verdadera y bien comprendida; 3.^o en las ventajas espirituales que procura.—Se da a estas proposiciones el desarrollo conveniente.—Conclusión; honor y veneración a las sagradas imágenes.—Devoción al crucifijo.—Un hermoso pasaje de Bourdaloue ... 42

SERMON QUINTO

PECADOS CONTRA EL PRIMER MANDAMIENTO. EL CULTO DE LOS ÍDOLOS

El culto de los ídolos. Se le define.—Pero este culto, al cual el primer mandamiento condena en términos tan explícitos, contra el cual con tanta energía se expresan, y el cual, según la razón misma demuestra, es uno de los más grandes pecados, ¿cuándo empezó? Respuesta. ¿Qué causas lo produjeron? Primera causa, segunda causa, tercera causa, cuarta causa.—¿Fue universal? En cuanto al tiempo, no; en cuanto a las personas, tampoco. Pero, entre los pueblos paganos, en cuanto a las cosas objeto de este culto, sí.—¿Existe todavía, aun entre los cristianos? ¿bajo qué forma? Idolatría del espíritu, idolatría del corazón.—Todo pecado mortal, siendo *aversio a Deo, conversio ad creaturas*, es una idolatría, *lato sensu*.—Conclusión. 51

SERMON SEXTO

PECADOS CONTRA EL PRIMER MANDAMIENTO. EL CULTO DEL DEMONIO

El culto del demonio.—Antes y hoy.—Antes: el culto idolátrico era distinto del culto del demonio?—Prestación del demonio, desde el principio, a los honores divinos, según Isaías.—Evangelio del primer domingo de cuaresma.—Otros textos: del salmo XCV; del evangelista san Juan; de la 1.^a Epístola a los Corin-

tios; de la 2.^a a los mismos; textos de los antiguos Padres, los más autorizados de todos, sobre esta materia. ¿Por qué? En particular un texto de Tertuliano: desafío dirigido a los paganos; naturaleza y fuerza probatoria de este desafío.—Hoy: El culto idolátrico muerto como culto público; ¿qué prácticas le han sobrevivido en los siglos cristianos?—La magia, el maleficio; la adivinación.—Eran prácticas demoniacas.—El magnetismo actual; el espiritismo; ¿son prácticas demoniacas?—La rehabilitación del demonio emprendida por ciertos literatos, *quid?*—Las sociedades secretas de toda especie, *quid?*—Conclusión...

SERMON SEPTIMO

PECADOS CONTRA EL PRIMER MANDAMIENTO. FALSO CULTO DEL VERDADERO DIOS

Falso culto del verdadero Dios, ya porque 1.^o en el culto, aunque tenga al verdadero Dios por objeto, se introduzca una mentira, una falsedad, o simplemente una notable exageración, como nos lo dicen los ejemplos siguientes: primer ejemplo, segundo ejemplo, tercer ejemplo, cuarto ejemplo, quinto ejemplo;—ya porque 2.^o se introduzcan en él inutilidades, superfluidades, como lo hacían los judíos en tiempo de Jeremías, los fariseos en tiempo de Jesucristo, y lo hacen aún muchos cristianos, que, o bien sacrifican lo principal, lo esencial mismo del culto, a lo que es accesorio en él, o bien le mezclan supersticiones que lo deshonran.—Conclusión: se saca de un hermoso capítulo del tratado de san Agustín sobre la verdadera religión... ...

SERMON OCTAVO

PECADOS CONTRA EL PRIMER MANDAMIENTO. EL SACRILEGIO

El sacrilegio. Pecado contra el primer mandamiento, por defecto.—El sacrilegio es la profanación de los lugares, personas y cosas consagradas a Dios y a su culto; detalles y ejemplos sobre cada uno de estos géneros de profanación, gravedad del sacrilegio; prueba intrínseca de la gravedad del sacrilegio: estrecha relación entre Dios y las cosas que le están consagradas;

pruebas extrínsecas: primera prueba, lo que sobre esto pensaban los mismos paganos; segunda prueba, lo que hacían los poderes públicos en esta materia, cuando eran cristianos; tercera prueba, la legislación de la Iglesia. Tenemos algo mejor que lo que precede, los textos de la Escritura, y los hechos que ponen de relieve los textos mismos.—Plegaria final...

SEGUNDO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

EL JURAMENTO

El juramento. Definición. Que el juramento, según su verdadera noción, es cosa sagrada, propia para glorificar a Dios, lo dicen las Sagradas Escrituras, lo testimonia la historia de todos los pueblos y lo demuestra la razón. ¿Qué se requiere para que el juramento sea cosa sagrada, propia para glorificar a Dios? La verdad, la justicia, el juicio.—Una comparación muy juiciosa de santo Tomás, sirve de conclusión...

SERMON SEGUNDO

LA BLASFEMIA

La blasfemia. Definición de la blasfemia.—Diversas maneras de caer en el pecado de blasfemia: primera manera; segunda manera; tercera manera; cuarta manera.—¿Qué clase de pecado es la blasfemia?—La blasfemia es pecado mortal.—¿Es la blasfemia el menor o el peor de los pecados mortales?—¿La excusa Dios alguna vez?—¿La castiga siempre?—Conclusiones prácticas.*

SERMON TERCERO

EL VOTO

El voto. Noción del voto. El voto es la promesa deliberada hecha a Dios de una cosa buena, mejor que su contraria, con intención de obligarse.—Explicación de

cada uno de los términos de la definición.—Textos de la Escritura.—Autoridad de santo Tomás; del Catecismo Romano.—Una consecuencia práctica de lo que precede: no hacer votos sino con extremada prudencia.—Utilidades del voto; como la obligación, se deducen de la noción bien entendida del voto.—Bondad moral específica de una cosa buena ya por su naturaleza, pero hecha por voto.—De dónde procede esta bondad moral específica.—Los tres grandes votos de religión.—Sus utilidades sociales.—Conclusión...

TERCER MANDAMIENTO**SERMON PRIMERO****EL SÉPTIMO DÍA EN LA LEY NATURAL Y EN LA LEY ESCRITA**

El séptimo día en la ley natural.—Aun cuando hay muchas opiniones sobre este punto, se prueba que el séptimo día, como día sagrado, se remonta a la creación del mundo.—El séptimo día en la ley escrita. La ley sabática proclamada por primera y por segunda vez, y fuertemente sancionada.—La ley sabática base de varias instituciones sabáticas.—La ley sabática e Isaías y los otros profetas.—La ley sabática y Nehemías.—La ley sabática en tiempo de los Macabeos.—La ley sabática en tiempo de Jesucristo.—El domingo empieza a dibujarse.—Un poco más, y lo veremos en todo su esplendor

SERMON SEGUNDO**EL PRIMER DÍA EN LA LEY DE GRACIA, O EL DOMINGO**

El domingo. Parte inmutable del tercer mandamiento; parte mudable.—Doctrina de santo Tomás y del Catecismo Romano sobre este punto.—El culto público podía ser trasladado del último día de la semana al primero; esto es lo que se hizo: textos sacados de los Hechos de los Apóstoles; de las Epístolas de san Pablo; textos de san Ignacio mártir; de san Justino; testimonios de los mismos paganos, en particular de Plinio el Joven. *Et nunc, reges, intelligite.*—Constantino, primer emperador

cristiano, y el domingo; sus sucesores, y el domingo; los primeros reyes franceses, y el domingo; Carlomagno, san Luis, Luis XIV, y el domingo.—Tres grandes obras divinas hechas el primer día de la semana: creación del hombre, resurrección de Jesucristo, descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles; otras tantas razones explicativas de la sustitución del primer día de la semana al último...

SERMON TERCERO**OBRAS PROHIBIDAS EN DOMINGO**

Obras prohibidas en domingo.—Obras quasi serviles; su explicación.—Razones que las excusan reconocidas como legítimas por la Iglesia: la costumbre, la piedad, la caridad, la necesidad.—Obras más que serviles: el pecado.—Doctrina del Catecismo Romano, de santo Tomás, de san Agustín, de Bossuet.—Conclusión...

SERMON CUARTO**OBRA PRESCRITA EL DOMINGO**

Obra prescrita en domingo.—Asistencia a la misa.—Asistencia obligatoria, salvo el caso de legítimo impedimento; prueba de autoridad; de razón teológica.—¿Qué misa es la requerida?—¿Qué presencia de cuerpo se requiere?—¿Qué atención de espíritu es imprescindible?—Se responde a estas preguntas con toda exactitud de doctrina.—Plegaria final... ...

SERMON QUINTO**OBRAS RECOMENDADAS EN DOMINGO**

Obras recomendadas en domingo. La misa parroquial.—Disciplina antigua.—Disciplina actual.—Razones que tienen de la asistencia a la misa parroquial una obra muy recomendable; primera razón: el deseo de la Iglesia muchas veces expresado; segunda razón: las ventajas de la misa parroquial; se explican estas ventajas; tercera razón: la razón del buen ejemplo.—Resumen y conclusión,

SERMON SEXTO

OBRAS ACONSEJADAS EN DOMINGO

Obras aconsejadas en domingo. Habéis asistido a la misa, y, si las razones de la última instrucción os han convenido, a la misa parroquial; seis horas por lo menos os quedan todavía, ¿qué haréis de ellas? ¡Por qué no asistís al oficio de la tarde? La iglesia os invita, y por razones excelentes, a que toméis en él parte activa; nada más justo.—El canto religioso, es anterior a todo otro canto.—Se cantaba en el paraíso terrenal; en la ley de naturaleza; en la ley escrita; en los tiempos evangélicos; en los tiempos apostólicos; en los siglos siguientes; ¡por qué no se canta hoy?—Retorno a las sagradas tradiciones de lo pasado; otras obras aconsejadas en domingo.—Apéndice sobre el canto litúrgico.

180

SERMON SEPTIMO

EL DOMINGO Y EL ESTADO PRESENTE DE LOS ESPÍRITUS

El domingo y el estado presente de los espíritus. Demuéstrase que había un movimiento de opinión considerable, y aun general, en favor del domingo.—Que este movimiento es tan legítimo como universal, así desde el punto de vista de la salud del cuerpo y de la dignidad del alma, como de la vida de familia y de los intereses bien entendidos, tanto privados como sociales, demuéstrase igualmente.—Pero esto no basta, sino que hay algo más y mejor que hacer.—No basta que el domingo sea el día del hombre, si, no es también el día del Señor.—El papa León XIII en su encíclica *Rerum novarum*.—El pensamiento del soberano Pontífice desarrollado, sirve de conclusión

194

SERMON OCTAVO

EL SABATISMO O GRAN DESCANSO

El sabatismo. Un hermoso texto del Catecismo Romano.—Se explica por modo completo.—El sábado judío, sábado temporal.—El sábado de la nueva ley, sábado temporal también.—Tercer sábado, o sábado celestial.—Hermosa doctrina de san Pablo.—El Catecismo Roma-

no ha bebido en esta fuente.—Se demuestra que el cielo es el verdadero sábado, el verdadero descanso del pueblo de Dios.—*Festinamus ingredi in illam requietum*.—San Pablo lo decía a los hebreos convertidos: superioridad de esta tierra de vivos sobre la antigua tierra prometida.—A ejemplo de san Pablo, y por invitación del Catecismo Romano, el pastor la repite a sus fieles.—Hermosos textos de san Agustín y de san Juan Crisóstomo.—Oración final sacada de la última página del libro de las Confesiones de san Agustín...

205

CUARTO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

DEBERES DE LOS HIJOS. EL AMOR Y EL RESPETO

Deberes de los hijos. El amor y el respeto. El texto que expresa el cuarto mandamiento ofrece varios sentidos, todos legítimos.—Legitimidad del primer sentido: Honra a tu padre y a tu madre, es decir, respétalos.—*Quod proxim*: Hijos amad a vuestros padres, pero con amor respetuoso, y que vuestro lenguaje dé testimonio de ello. El testamento; por parte de los hijos, ¡qué inconveniencia!; por parte de los padres si lo autorizan, ¡qué imprudencia!—Hijos, amad a vuestros padres, pero con amor respetuoso, y den vuestros actos testimonio de ello.—Hijos, amad a vuestros padres, pero con amor respetuoso, y vuestra paciencia en soportar sus defectos, si los tienen, dé testimonio de ello.—Hermoso capítulo del profeta Jeremías: historia de los recabitas; sirve para terminar esta instrucción y preparar la siguiente...

216

SERMON SEGUNDO

LOS DEBERES DE LOS HIJOS. LA OBEDIENCIA

Deberes de los hijos. La obediencia. Obedezcan los hijos a sus padres; tal es la ley natural, la ley escrita; textos de la ley escrita.—Establecida la obligación, se suscitan varias cuestiones: Cuestión de modo: ¿cómo

deben obedecer los hijos?—Cuestión de tiempo: ¿hasta cuándo deben obedecer los hijos?—Cuestión de cosas: si los padres mandan *mal*, ¿hay que obedecerlos?—Si los padres mandan *el mal*, ¿hay que obedecerlos?—Si los padres mandan cosas buenas en sí, pero que están fuera de su competencia, ¿hay que obedecerlos?—Se responde a estas diferentes cuestiones.—Conclusión práctica: hijos, cumplid vuestro deber; padres, no vaís más allá de vuestro derecho...

226

SERMON TERCERO

LOS DEBERES DE LOS HIJOS. LA ASISTENCIA

Los deberes de los hijos. La asistencia de los padres. Se demuestra este deber con excelentes pruebas.—Hermoso texto de san Ambrosio.—Nada puede dispensar de la asistencia debida a los padres, excepto la pobreza personal, ni la necesidad igual de los hijos, ni la necesidad igual de la esposa, ni la piedad para con Dios; merecidos reproches que Jesucristo dirigió a los fariseos.—Mas, por desgracia, ¡cuántas veces el deber de la asistencia, y más aún, el de la piedad filial, como la llama santo Tomás, es omitido!—Hermoso texto del libro del Eclesiástico.—Otro hermoso texto de san Juan Crisóstomo.—¡Cuántas veces queda incompletamente observado!—Asistencia espiritual, durante la vida—en la muerte—después de la muerte.—Conclusión... ...

236

SERMON CUARTO

SANCIÓN DE LOS DEBERES

Sanción de los deberes que han de cumplir los hijos. Es doble: sanción de recompensa para los hijos virtuosos—textos de la Escritura; explícase especialmente el texto oficial, es decir, el que forma cuerpo con la ley;—promesa de longevidad.—En qué consiste la longevidad prometida? Doctrina de santo Tomás—se resuelven dos dificultades—promesa de vida feliz—¿cómo hay que entenderla?—Dios ofrece compensaciones—da más de lo prometido—sanción de castigo—textos de las Escrituras—hechos que confirmán los textos.—Conclusión. ...

246

SERMON QUINTO

DEBERES DE LOS PADRES. EDUCACIÓN CORPORAL DE LOS HIJOS

Educación corporal de los hijos. Los padres deben proveer a las necesidades corporales de los hijos—alimentarlos—vestirles—preservarlos de accidentes—cuestiones de detalle.—No basta conservarles la vida rodeándolos de cuidados en la primera edad ni siquiera continuándoselos en la segunda, sino que hay que darles una profesión, proporcionarles un empleo—Texto de san Pablo.—A este respecto, cuatro especies de padres son defectuosos—los padres disipadores—los padres avaros—los padres ambiciosos—los padres a quienes su amor excesivo por tal hijo, hace injustos con tal otro... ...

256

SERMON SEXTO

DEBERES DE LOS PADRES. LA EDUCACIÓN ESPIRITUAL DE LOS HIJOS

La educación espiritual de los hijos. Un hermoso texto de un santo Doctor sirve de introducción al asunto.—La educación espiritual de los hijos requiere tres cosas: instrucción, corrección, buen ejemplo.—La instrucción: padres, instruid a vuestros hijos.—Pero ¿que les enseñareis o haréis que les enseñen? El Catecismo Romano responde—y León XIII, en su Encíclica *Sapientiae christiae*.—La corrección: padres, corregid a vuestros hijos—textos numerosos de las Escrituras—pero ¿cuándo? desde el principio—pero ¿cómo? evitando dos escollos: la demasiada severidad—la demasiada blandura.—*In medio stat veritas*.—El buen ejemplo: padres, dad buen ejemplo a vuestros hijos—hermoso texto de la Encíclica *Sapientiae christiana*—diversos detalles—*Pater, quos dedisti mihi, non perdidì ex eis quemquam* ...

266

SERMON SEPTIMO

DEBERES DE AMOS Y CRIADOS

Deberes mutuos de amos y criados. Deberes de los amos; deberes de justicia: alimenten a sus servi-

dores y los paguen.—Deberes de caridad: traten a sus criados bondadosamente.—Deberes de piedad: procuren su santificación—instrucción—vigilancia—corrección—buen ejemplo.—Deberes de los criados: respeten a sus amos—sean fieles a sus amos—criados, la salvación de vuestra alma es más fácil y más segura en vuestra condición...

SERMON OCTAVO

DEBERES MUTUOS DE PATRONOS Y OBREROS

Deberes mutuos de patronos y obreros. Un texto de León XIII.—Sácanse de él tres consecuencias. Primera: los patronos y los obreros deben ser mutuamente respetuosos de sus personas.—Doctrina de Platón y Aristóteles sobre la esclavitud.—Segunda: los patronos y los obreros deben ser mutuamente respetuosos de derechos.—Casos en que el obrero falta a este deber: si hurta a su patrono lo que le pertenece—si cumple mal su jornada—si echa a perder la obra.—A qué obliga este deber al patrono: a no oprimir al obrero con un trabajo excesivo—a proteger sus costumbres—a no obligarle a trabajar en domingo—a pagarle su salario conveniente.—Este salario ¿debe ser proporcionado al trabajo del obrero? ¿a los beneficios del patrono? Se responde a estas dos preguntas.—Tercera: Los patronos y los obreros sean cristianos—si el patrono no es cristiano, ¿qué será?—Si el obrero no es cristiano, ¿qué será? ¿qué hará? ¡hasta dónde irá? Una vista del taller de Nazaret...

SERMON NOVENO

DEBERES MUTUOS DE PASTORES Y FIELES

Deberes mutuos de pastores y fieles. Este asunto está claramente definido.—Deberes de los pastores: deben residir—texto del Concilio de Trento.—Deben apacientar su rebaño (pastor a pascendo).—*Verbo*: con la palabra.—*Exemplo*: con el ejemplo—*Longarum fructu orationum*: con la oración asidua.—Recursos grandísimos que el pastor saca del sacrificio de la misa para cumplir este último deber.—Deberes de los fieles:

deben amar a su pastor—respetar y honrar a su pastor—obedecer a su pastor—orar por su pastor.—El predicador sale un instante de los límites que se había trazado, para indicar sumariamente los deberes de adhesión filial, de respeto, de honor, de obediencia, que deben cumplirse, con mayor título todavía, con relación al Obispo diocesano—y al Papa.—Conclusiones

SERMON DECIMO

DEBERES MUTUOS DEL PODER Y DE LOS SÚBDITOS

Deberes mutuos del poder y de los súbditos. Algunas nociones preliminares referentes: a la necesidad del poder—al origen del poder—al modo de transmisión del poder—a la forma de gobierna bajo la cual se ejerce el poder.—De estas nociones se deducen los deberes de los súbditos: respetar el poder—obedecer al poder—asistir al poder—diversos modos de asistencia—del mismo modo se deducen los deberes de los directores del pueblo: ser desinteresados—padres de sus súbditos—justos.—En qué consiste esta justicia.—Conclusión

QUINTO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

LA MUERTE

La muerte. San Agustín, santo Tomás, el Catecismo Romano... y el buen sentido están de acuerdo para decir que toda vida inferior a la del hombre, vida vegetativa, vida animal, pertenecen al hombre.—Sólo la vida humana no pertenece a su dominio.—Sentados estos preliminares, se entra directamente en el asunto.—*Non occides*: No matarás.—De todas las prohibiciones, ésta es la más antigua—la renovada con más frecuencia—la más general en sus aplicaciones—la mejor justificada en derecho.—Mas a pesar de ser todo esto, si es transgredida: *qui ad praxim?*

SERMON SEGUNDO

EL SUICIDIO

El suicidio. El suicidio, verdadero homicidio.—Texto de san Agustín.—El suicidio es el más grave de todos los pecados que condena el quinto mandamiento—se explica en qué sentido.—El suicidio es el más perjudicial de todos los pecados que el quinto mandamiento condena.—La segunda muerte, más horrible que la primera;—lo que se entiende por la primera muerte.—El suicidio es el más común de todos los pecados que el quinto mandamiento condena.—De qué procede esto? De la debilitación de la fe—de la corrupción de las costumbres,—de los libros.—Conclusión práctica.

329

SERMON TERCERO

EL DUELO

El duelo. Definición del duelo.—Nada justifica el duelo: ni su origen,—ni su utilidad, que es nula,—ni el deber que emana de una orden que no puede obligar,—ni el derecho de vengar el honor sirviéndose de este medio,—ni el temor de pasar por cobarde,—ni la certeza, porque no existe, de que el duelo no tendrá fatales consecuencias.—Todo condena el duelo: la ley natural—la ley divina positiva,—la ley eclesiástica,—la ley civil.—Se da a cada una de estas proposiciones el desarrollo conveniente

339

SERMON CUARTO

EL HOMICIDIO EXCUSABLE Y EL HOMICIDIO LEGÍTIMO

El homicidio excusable y el homicidio legítimo. La doctrina sobre el quinto mandamiento no queda agotada con las precedentes instrucciones. Queda por hacer una pregunta: ¿Todo homicidio es un crimen? No, hay homicidios excusables.—¿Todo homicidio es un crimen? No: hay homicidios permitidos.—¿Todo homicidio es un crimen? No; hay homicidios ordenados.—¿Todo homicidio es un crimen? No; hay homicidios necesarios.—Recapitulación

349

SERMON QUINTO

LA PARTE AFIRMATIVA DEL QUINTO MANDAMIENTO

La parte afirmativa del quinto mandamiento. El amor de los enemigos.—Juiciosa nota del Catecismo Romano: muchos son los homicidas, no de la mano, sino de la voluntad.—El hombre celeso;—el hombre cólera, el hombre lleno de odio.—Se entra más directamente en el asunto; amor de los enemigos;—precepto evangélico preciso;—a mentido renovado;—su cumplimiento es posible;—muy compatible con la dignidad;—se traduce principalmente por el perdón de las ofensas.—Conclusión: *Christianus nullus est hostis...*

359

SEXTO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

EL VICIO IMPURO: EL ADULTERIO

El vicio impuro; el adulterio.—Tomado en el sentido estricto de las palabras que lo expresan, el sexto mandamiento prohíbe el adulterio.—¿Qué es el adulterio? Enormidad del adulterio probada por las Escrituras,—por las diversas legislaciones,—por la razón natural,—por la razón iluminada por las luces de la fe.—Tomado en el sentido amplio de las leyes que lo expresan, el sexto mandamiento prohíbe todo pecado impuro, cualquiera que sea: de pensamiento, de palabra,—de deseo,—de acción.—*A spiritu fornicationis, libera nos, Domine.*

370

SERMON SEGUNDO

CAUSAS DEL PECADO IMPURO

Causas del pecado impuro. Doble deber del predicador: no decir más que lo preciso,—decir todo lo preciso.—¿Cuáles son las causas del pecado impuro? La intemperancia,—la ociosidad,—la inmodestia en las miradas,—el exceso de investigación en el vestido,—la licencia en las palabras,—y en los escritos,—la danza,—los espectáculos

380

SERMON TERCERO**LAS CONSECUENCIAS DEL PECADO IMPURO**

Las consecuencias del pecado impuro. Tras las causas del pecado impuro, las consecuencias. Las consecuencias del pecado impuro son: 1.^o Los castigos infligidos por Dios en diferentes tiempos, y en los cuales mostró su mano por modo visible: el diluvio—el incendio de Sodoma y Gomorra—la muerte instantánea y violenta de Onán—los males que asfilaron a David en la segunda parte de su reinado.—Se desarrollan estos puntos con auxilio de los textos sagrados.—2.^o Los frutos de muerte que el pecado impuro produce, y por los cuales permite Dios que se castigue el mismo: el pecado impuro perverte la razón—propende a destruir la fe—reduce a esclavitud al alma—en muchos casos mata al cuerpo—pierde al hombre entero, en el tiempo presente y en la eternidad.—Oración final para pedir la pureza del alma y del cuerpo

390

SERMON CUARTO**LOS REMEDIOS DEL PECADO IMPURO**

Los remedios del pecado impuro. Doctrina del Catecismo Romano sobre este punto.—Estos dependen del espíritu.—El primero de esta categoría consiste en considerar la fealdad del pecado impuro—el segundo en reflexionar en las consecuencias del pecado impuro.—Aquellos consisten en la acción.—Hay que velar—hay que mortificar la carne—hay que huir las ocasiones—hay que orar—hay que frequentar los Sacramentos.—Oración final.

401

SERMON QUINTO**LA CASTIDAD**

La castidad. Terapéutica divina: tratar los contrarios por los contrarios.—La castidad opuesta al pecado impuro.—¿Quién puede y debe ser casto?—¿Quién puede? Todo el mundo—prueba de la enseñanza de la Iglesia—prueba

de hecho.—¿Quién debe serlo? Puesto que todo el mundo puede, todo el mundo debe.—Luego todo el mundo: los que todavía no han contraído matrimonio—los que lo han contraído—los que han salido de él—los que jamás lo contracrán.—Se da a cada una de las partes de la respuesta el desarrollo conveniente

412

SEPTIMO MANDAMIENTO**SERMON PRIMERO****EL DERECHO DE PROPIEDAD**

El derecho de propiedad. Cuadro general del séptimo mandamiento según el Catecismo Romano.—Deber que incumbe al pastor de explicarlo cuidadosamente.—Dios, propietario supremo.—El hombre, propietario en segundo término, esto es, bajo el alto dominio de Dios.—La propiedad individual—la propiedad estable e inviolable—la propiedad en manos del que la posee, su cosa propia, disponible en todo tiempo, y transmisible a su arbitrio—se examinan y precisan todos estos puntos.—Conclusión...

424

SERMON SEGUNDO**LA NEGACIÓN DEL DERECHO DE PROPIEDAD, O EL SOCIALISMO**

La negación del derecho de propiedad, o el socialismo.—El socialismo, no según esta o aquella forma anterior, sino según el concepto actual—el socialismo es una doctrina condenable, porque supone como verdadera una cosa falsísima (la cual es, o la violencia, o un pacto, o solamente la ley civil) que ha originado la propiedad individual.—El socialismo es una doctrina condenable, porque supone como posible una cosa que no lo es, ni lo será jamás: la igualdad de condiciones.—El socialismo es una doctrina condenable, porque supone como conforme al derecho una concepción que, si se llevara a la práctica, sería una flagrante violación del derecho: la omnipotencia del Estado.—Conclusión: ¡Cuán bueno es seguir las enseñanzas de la Iglesia! ¡Cuán bueno es ser católico!

433

SERMON TERCERO

LA VIOLACIÓN DEL DERECHO DE PROPIEDAD, O EL ROBO

La violación del derecho de propiedad, o el robo. ¿Qué es el robo? La usurpación impuesta de una cosa perteneciente a otro.—¿Qué pecado es el robo? Lo dicen las sagradas Escrituras.—La Iglesia lo enseña.—La razón lo demuestra: el robo es, por su naturaleza, pecado mortal.—¿Quién se hace culpable de robo? Los que roban.—Los que rapiñan.—De unos y otros se da, según el Catecismo Romano, su larga nomenclatura.—Conclusión. ...

442

SERMON CUARTO

LA REPARACIÓN DEL DERECHO DE PROPIEDAD, O LA RESTITUCIÓN

La restitución. Obligación de restituir: el derecho natural—divino positivo—eclesiástico—civil—concurren a establecerla.—¿Quién debe restituir?—¿Cuál es la cosa restituible?—¿A quién?—¿Cuándo debe ser restituida?—Se contestan diferentes preguntas, de conformidad con el Catecismo Romano y los mejores teólogos.—Conclusión: los sermones del párroco guardan más las propiedades que los mejores guardias.

453

SERMON QUINTO

EL DEBER CORRELATIVO DEL DERECHO DE PROPIEDAD, O LA LIMOSNA

El deber de la propiedad, o la limosna. La obligación de hacer limosna demostrada por la ley natural—por la ley escrita—textos del Antiguo y del Nuevo Testamento—por la doctrina de la Iglesia—textos de los santos Padres y de santo Tomás.—¿Cuándo es obligatoria la limosna?—¿En qué cantidad es obligatoria?—¿Bajo qué pena es obligatoria?—Con relación a quién es obligatoria?—Se responde a todas estas cuestiones.—Conclusión: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.*

463

OCTAVO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

EL FALSO TESTIMONIO

El falso testimonio. El falso testimonio puede ser tomado en una acepción general y en otra restringida.—Tomado en su acepción restringida, ¿qué es?—Una deposición hecha en justicia, con juramento, contra la verdad.—¿Qué pecado es? Una violación de los derechos de Dios—de los derechos del juez—de los derechos de la parte perjudicada—de los derechos de la sociedad.—El octavo mandamiento no afecta solamente al testigo, sino también al juez, al jurado, al árbitro, al demandante, al acusador público, al acusado—regula todo el orden de la justicia.—¿Cuándo peca el juez, el jurado, el árbitro, el demandante, el acusador público, el abogado, el acusado?—Conclusiones prácticas.

476

SERMON SEGUNDO

LA MENTIRA

La mentira. Considerada desde el punto de vista de la conciencia, la mentira es siempre pecado—más o menos grave según que es alegre—oficiosa—perniciosa—Considerada desde el punto de vista de las relaciones sociales, la mentira propende a falsearlas, y aun a destruirlas.—Autoridad de san Pablo—de san Agustín—de santo Tomás.—Considerada desde el punto de vista de la dignidad personal, la mentira perjudica a su autor impulsándolo al desprecio.—Conclusiones prácticas—recomendaciones a los padres y a los amos. ...

487

SERMON TERCERO

LA DETRACCIÓN

La detraccción—pecado muy común,—nuestra naturaleza corrompida nos lleva muy fácilmente a él—diferentes maneras de cometerlo—unas directas, otras indirectas—con frecuencia es pecado grave—en ciertos casos, muy

grave—la calumnia, su gravedad—acogida que se hace a la detracción, su gravedad—la susuración, su gravedad—la lisonja, su gravedad.—Conclusión: no seáis ni autores, ni fautores de la detracción.—¡Quiera el cielo que no seáis, por parte ajena, víctimas de ella! 497

SERMON CUARTO

EL JUICIO TEMERARIO

El juicio temerario.—Se le define: 1.^o por lo que no es.—2.^o por lo que es.—El juicio temerario es un pecado—se prueba—pecado mortal, o venial, según las circunstancias—pecado contra la caridad—pecado contra la justicia: 1.^o porque se comete sin autoridad—2.^o sin conocimiento de causa—3.^o sin integridad.—Conclusiones prácticas: 1.^a conclusión—2.^a conclusión—3.^a conclusión—4.^a conclusión 510

NOVENO Y DECIMO MANDAMIENTO

SERMON PRIMERO

LA CONCUPISCENCIA

La concupiscencia. Dos concupiscencias, la una buena, la otra mala.—La buena: textos que la fijan y dicen lo que es—la mala: ¿de dónde proviene?—por qué es mala?—¿Nos necesariamente y siempre imputable a pecado?—Doctrina de la Iglesia sobre este punto.—La tentación, o sugerición, ¿es pecado?—La delectación ¿es pecado?—El acto que se hace por violencia externa ¿es pecado?—El santo anciano Eleazar.—La joven virgen de Siracusa, santa Lucía.—Consentimiento de la voluntad—si la voluntad no resiste, *quid?*—si el consentimiento no es más que indirecto, *quid?*—Conclusión... 522

SERMON SEGUNDO

EXCELENCIA, NECESIDAD, OPORTUNIDAD DE ESTOS DOS MANDAMIENTOS

Excelencia, necesidad, oportunidad del noveno y décimo mandamiento. Su excelencia y superioridad señaladas so-

bre los otros preceptos del Decálogo—y *a fortiori* sobre las leyes humanas—su necesidad: explican y confirman el sexto y el séptimo.—Peligro mucho mayor para la salvación procedente antes de los pecados internos que de los externos.—Doctrina del Concilio de Trento sobre este punto.—Su oportunidad para el tiempo presente: Son el mejor dique que puede oponerse a dos corrientes que amenazan con devastarlo todo: la lujuria y el socialismo; aquélla más desenfrenada, y éste más audaz que nunca—Conclusión. 532

SERMON ULTIMO

SANCIÓN DEL DECÁLOGO

Sanción del Decálogo. Doble sanción de la ley divina: sanción de recompensa, sanción de castigo. Esta doble sanción, de recompensa y de castigo, la hallamos: 1.^o en el punto mismo en que Dios, desde el principio, grabó su ley; en el corazón del hombre.—2.^o en la ley escrita, llamada ley de Moisés, o de las Dos Tablas.—Textos — hechos generales, — hechos particulares, — 3.^o en la ley de Jesucristo, llamada nueva ley, ley evangélica.—Carácter más elevado de la doble sanción, de recompensa y de castigo, en la ley de Jesucristo.—Conclusión. 543

INDICE

INDICE	PAGS.	575
SERMON PRELIMINAR		
El Decálogo en general ...	1	
PRIMER MANDAMIENTO		
1.—El culto de adoración suprema...	11	
2.—El culto de los Santos...	22	
3.—El culto de las santas reliquias...	32	
4.—El culto de las imágenes...	42	
5.—Pecados contra el primer mandamiento. El culto de los ídolos ...	51	
6.—Pecados contra el primer mandamiento. El culto del demonio...	63	
7.—Pecados contra el primer mandamiento. Falso culto del verdadero Dios ...	74	
8.—Pecados contra el primer mandamiento. El sacrilegio.	85	
SEGUNDO MANDAMIENTO		
1.—El juramento...	96	
2.—La blasfemia...	107	
3.—El voto ...	117	
TERCER MANDAMIENTO		
1.—El séptimo día en la ley de naturaleza y en la ley escrita ...	127	
2.—El primer día de la ley de gracia, o el domingo ...	138	
3.—Obras prohibidas en domingo ...	149	
4.—Obra prescrita en domingo ...	160	
5.—Obras recomendadas en domingo ...	169	
6.—Obras aconsejadas en domingo ...	180	
CUARTO MANDAMIENTO		
1.—Los deberes de los hijos. El amor, el respeto ...	216	
2.—Los deberes de los hijos. La obediencia ...	226	
3.—Los deberes de los hijos. La asistencia ...	236	
4.—La sanción de los deberes ...	246	
5.—Deberes de los padres. Educación corporal de los hijos ...	256	
6.—Deberes de los padres. Educación espiritual de los hijos ...	266	
7.—Deberes de amos y criados ...	276	
8.—Deberes mutuos de patronos y obreros ...	286	
9.—Deberes mutuos de pastores y fieles ...	297	
10.—Deberes mutuos del poder y de los subditos ...	308	
QUINTO MANDAMIENTO		
1.—La muerte ...	319	
2.—El suicidio ...	329	
3.—El duelo...	339	
4.—El homicidio excusable y el homicidio legítimo...	349	
5.—La parte afirmativa del quinto mandamiento ...	359	
SEXTO MANDAMIENTO		
1.—El vicio impuro: El adulterio ...	370	
2.—Causes del pecado impuro ...	380	
3.—Las consecuencias del pecado impuro ...	390	
4.—Los remedios del pecado impuro ...	401	
5.—La castidad ...	412	
SEPTIMO MANDAMIENTO		
1.—El derecho de propiedad ...	424	
2.—La negación del derecho de propiedad, o el socialismo.	433	
3.—La violación del derecho de propiedad, o el robo.	442	
4.—La reparación del derecho de propiedad, o la restitución...	453	
5.—El deber correlativo del derecho de propiedad, o la limosna ...	463	

PAGS.

OCTAVO MANDAMIENTO

1.—El falso testimonio	476
2.—La mentira	487
3.—La detracción...	497
4.—El juicio temerario	510

NOVENO Y DECIMO MANDAMIENTO

1.—La concupiscencia...	522
2.—Excelencia, necesidad y oportunidad de estos dos mandamientos	532

ULTIMO SERMON

Sanción del Decálogo...	543
-------------------------------------	-----